

VEGA ARÁMBURU

# **EL ORGULLO PERDIDO**

II Parte de *Los muertos también hablan*



*Dedicado a la labor paciente y dolorosa de todas las madres de Euskadi y el resto de España que han sufrido en su carne la zarpa y el desgarrar de perder a uno de sus seres queridos, víctimas del terrorismo, cuando no las mutilaciones, las extorsiones, el impuesto revolucionario, el secuestro, el destierro, etc.*

*A ellas, víctimas inocentes, cuyo único pecado fue el de concebir hijos a los cuales dedicaron su amor, su paciencia, su sacrificio, hoy quiero dedicarles esta novela con el ánimo de que puedan seguir viviendo, amando y entregando toda su energía para demostrar al mundo que no hay mayor repulsa que la conciencia tranquila de quienes sirvieron y lo dieron todo sin esperar nada a cambio.*

*A vosotras, víctimas inocentes de una causa que en nada os concierne, va dirigido mi apoyo y consuelo, con la esperanza de que deis testimonio vivo de rechazo a la violencia, para que ésta cese y se ponga fin a esta lucha, y no haya más llantos en los ojos de tantas madres inocentes.*

*Con cariño,  
Vega Arámburu*

© VEGA ARÁMBURU PLAZA

*Printed in Spain*

I.S.B.N.: 84-922807-0-0

Depósito legal: M-19670-1997

## PRÓLOGO

*Al dar comienzo a estas líneas del Prólogo de El Orgullo Perdido, quisiera hacer hincapié en varios puntos vitales para nuestro pueblo vasco, hoy mortalmente herido.*

*Viene a mi mente la cabeza de caballo que el genial pintor malagueño ha inmortalizado en el lienzo titulado "Guernica" y que tanto ha dado que hablar y recapacitar a todos cuantos hemos tenido el honor de contemplarlo en el Museo del Prado y que hoy se expone en el Museo Reina Sofía.*

*Yo he podido contemplar este magistral lienzo en ambos lugares y mis ojos han sentido la viva imagen del terror que invadió a Guernika el 26 de Abril del 1937, fecha del brutal bombardeo a la ciudad.*

*No es fácil observar esa imagen, sin sentir un escalofrío recorriendo la espina dorsal, paralizando cualquier sentimiento de rabia, coraje, etc.*

*Hoy, a 59 años del evento, ¿qué ha florecido sobre aquellas cenizas? ¿Una Euskadi feliz? ¿Una Euskadi con proyección de futuro? ¿Un pueblo que tiene fe en sus gobernantes?*

*Yo quisiera creer y hasta convencerme de que es así, pero lo único que puedo ver hoy, a través del lienzo de Picasso, es una Euskadi dividida y perdida, sin esquemas políticos que den un aire fresco en el rostro cada mañana al abrir la ventana.*

*Tenemos ante nosotros una nueva década y el pueblo vasco anda como barco a la deriva, sin rumbo, a merced de las olas de ese mar bravío y querido que es nuestro Cantábrico.*

*Hoy, que podemos actuar en libertad, en democracia,*

*permanecemos como esclavos encadenados a nuestro pasado, obstruyendo nuestro presente, ahogando el futuro.*

*La pérdida de los Fueros, fue algo más que un error político para los vascos. No solamente perdimos nuestra soberanía como pueblo, sino que quedamos divididos en pensamientos políticos, en guerras fratricidas.*

*Tres guerras Carlistas ahogaron en llantos al pueblo Vasco, en luchas contra hermanos, dividiendo y resquebrajando las ideas políticas, que fueron sucediéndose a través de los diferentes gobiernos que dirigieron España.*

*Por un lado los intereses de sus gobernantes, por otro, el desgarró de su ideología política a través de los gobiernos de la Reina Isabel II, Alfonso XIII, la República, la dictadura de Primo de Rivera, la Guerra Civil, la dictadura de Franco y la democracia actual, el terrorismo sirviendo únicamente para que, en cada uno de estos eventos, el pueblo vasco siguiera un largo peregrinaje, en el que hoy todavía se halla inserto, perdido, sin estrella que guíe a buen puerto este barco extraviado.*

*No es momento de lamentaciones, no es momento de acusaciones, pienso yo. A mi juicio, es momento de reflexión coherente hacia quienes tienen en sus manos el timón que puede enderezar esta pesada nave.*

*De sueños no se labra un futuro, de pobreza pasadas no se ganan las batallas presentes, hoy hay un reto ante nuestros ojos que es el mañana.*

*El mañana que desean nuestros hijos, para engendrar a sus hijos, para que puedan vivir en paz y en libertad.*

*Un pueblo dividido nada halagüeño puede ofrecer; de la unión siempre nace la fuerza y de esta fuerza la esperanza.*

*Es momento de actualizar el pasado y dejar de soñar despiertos, con un pasado que nada o poco puede ofrecer a los jóvenes de hoy nacidos en el hogar de la tecnología más moderna, como es la aviación, la informática, la televisión, la red INTERNET donde no hay fronteras, ni países, ni distancias.*

*¿Podemos ofrecer a nuestros hijos el duro trabajo del Baseritarak, sin más alternativas a las puertas del siglo XXI? ¿No*

*es hora de despertar del sueño del ayer y unirnos al carro del progreso? ¿Es que la novia después de la noche de bodas puede soñar con ser virgen de nuevo?*

*Perdamos el miedo al progreso, porque ése está ahí y con volverle la espalda no defendemos nuestros derechos, más bien estamos obstruyendo la gran oportunidad que tenemos ante nosotros y que algún día nuestros nietos nos podrán recriminar por no haber estado a la altura de las circunstancias que exige la era moderna.*

*Sin desvincularnos del cordón umbilical del pasado, es hora de tomar conciencia de qué papel queremos jugar, políticamente hablando. Es comprensible que el aldeano vasco, que nos mira con los ojos del ayer, sienta miedo ante la tecnología moderna y sienta recelos y temores al tener que desvincularse del pasado, aceptando de buen grado la invasión de gentes extrañas, con formas diferentes de conductas, hábitos, etc., que puedan influir de alguna manera en sus costumbres ancestrales.*

*Y ésa es precisamente la reflexión que todos deberíamos hacer juntos: ¿Queremos simplemente el ayer o avanzamos hacia metas más modernas, con los consiguientes cambios que imprime este nuevo rumbo? ¿Acaso no pueden compartirse juntos la historia pasada con la era moderna?*

*Pienso que ambas pueden caminar de la mano, costumbres antiguas y hábitos modernos, por senderos de paz, lejos de luchas entre hermanos.*

*Heridos, sí, heridos como el caballo de Picasso estamos los vascos aún, sumidos en melancolías, en sueños pasados que no volverán, de nosotros depende cerrar esas heridas. A la juventud hay que darle una respuesta y un camino que recorrer con ilusión y esperanza.*

*Hay algo más que debemos tener en cuenta y es que, divididos, nunca podremos trazar planes coherentes para lograr los medios necesarios, tanto para organizar nuestra industria si es que la deseamos, como si es para enfrentarnos a las labores del campo.*

*En medio de tanta confusión, hay algo que sí es tangible y necesario que debemos lograr, que es el bien máspreciado: vivir en*

*libertad, asumiendo cada uno su libre disposición y aceptación en cuanto a sus planteamientos sean éstos políticos o económicos. Sin olvidar que estamos en Europa que nos mira desde arriba y necesita saber en qué bando nos quedamos.*

*Elijamos lo que creamos que más nos conviene, pero desde la paz, y para lograrlo se hace imprescindible la unión de todos los vascos, incluídos los que han venido de fuera.*

*La unión hace la fuerza y ésta, en democracia, se hace transcendental e imprescindible. Los vascos poco habremos aprendido de nuestros mayores, si optamos por continuar en guerras fratricidas que sólo benefician a los que ven en estas luchas un posible lucro.*

*La guerra trae hambre, llanto, desgarrro; la paz, armonía, tranquilidad, descanso. Es hora de descansar y de gozar sin el temor a despertar mañana víctimas de las bombas.*

*Enterremos los odios, los horrores, la amargura, dentro de una fosa común, junto con los caídos, dentro del ataúd, y dejemos que florezcan las rosas sobre las sepulturas.*

*Vega Arámburu.-  
Madrid, 11-4-96*

## I

Amanece despertando del sueño de la noche húmeda y fría al compás de trinos de gran variedad de pájaros cantores, el nuevo día. Uno más en la cuenta atrás del album de la vida. De ese corto final de la empinada cuesta que acumula años en nuestras frágiles espaldas, encorvándolas, encogiéndolas como árbol zarandeado por el viento que dobla su espinazo a la espera de ser talado.

Una mañana que despierta con signos de vida, porque nunca muere, renovándose en cada estación del año, cambiando los colores del paisaje, llevándose consigo lo viejo y ofreciendo lo nuevo, regenerado cada día, una estación y otra, año tras año, siglo tras siglo.

Amama, a duras penas puede levantarse de la cama, su reuma, su artritis y su corazón cansado, le dan una pesadez a su cuerpo un tanto voluminoso, cargado en exceso de kilos, la pesadez del que lleva cargado a sus espaldas un gran saco lleno de maíz o de patatas.

—¡Ay! Antes de un salto me levantaba con el canto del gallo, pero ahora ni el trinar de los pájaros me sirve para tener aquella energía. ¡Jaungoikoa!, ya sé que me queda poco, lo presiento, yo sé cuándo se barrunta una tormenta, cuándo va a salir el sol y cuándo puede llover. Ahora también sé que el camino que me queda es corto, pero estoy preparada... Voy a lavarme un poco, me da vergüenza, pero soy la primera en acostarme como las gallinas y la última en levantarme, como los perezosos. Antes los desayunos los preparaba yo, ahora me los ponen en la mesa, en la cama me niego a desayunar. ¡Hasta ahí podíamos llegar, igual que los inútiles!

Mientras me quede un pequeño soplo, yo de pie –piensa amama mientras revuelve encima de la cama buscando su bata de pirineo, poniéndosela acto seguido sobre su camisión de hilo blanco salpicado de puntillas estrechas blancas y de nervios verticales repartidos por toda la pechera y abierto por la mitad hasta casi la cintura, con grandes mangas anchas y largas anudadas por una fina gomita alrededor de la muñeca, donde sobresale un recogido, ribeteado también, de la misma puntilla que la pechera. Una vez colocada su bata lila, del mismo color que la toquilla que le regalaron su nieta y Eguskiñe por Navidades.

–Hace... –piensa– casi va a hacer dos años, desde las Navidades... A ver si recuerdo... Del 91, claro, el 92 fue el año pasado y el 93 es este año. Mi hijo Ángel, de Madrid, estuvo con Eduardo y me regaló los dos camisones, que me los hizo mi nuera, la mujer de Ángel, uno blanco y otro crema. Nada de guardarlos en el armario, me dijo, rómpalos usted. Pero no creo que los rompa, ellos quedarán, sabe Dios para qué, pero yo, los estrené los dos uno detrás del otro, quita y pon y pon y quita. Y bien rematados que están, buenas manos tiene mi nuera –sigue pensando amama, mientras con cara un tanto compasiva se contempla en el espejo de su aparador, antiguo, como todo el mobiliario de su habitación.

–María, no te conozco, no puedo ser yo aquella chavala ágil, risueña como un cascabel, que cantaba porque le sobraba alegría. Esta cara arrugada, estos ojos cansados de ver, de llorar, de gozar también. Este pelo lacio lleno de canas, estas tetas caídas, no quiero seguir mirándome en ese espejo, que no cambia con el tiempo, ni con los años... No, tú no cambias tampoco, la cómoda donde guardo las pequeñas cosas, los recuerdos, vosotros seguís ahí igual que siempre. No sé si para compadeceros de mí o simplemente deseando que no muera, porque no sabéis a manos de quién iréis a parar después que yo me vaya en busca de la paz... Abriré la ventana, que me ventile bien, que entre el aire, éste siempre es joven, no envejece como yo.

Amama dirige sus pasos cansados, despacio, sin prisa, hacia la ventana de su habitación en el antiguo caserío de los Olavarri, donde generación tras generación, contempló el mismo cielo, la

misma huerta, el mismo aroma de la naturaleza viva.

–Pocas berzas, pocas vainas, poca borona, poca alfalfa, pocos tomates, poco ya de todo, al final tendremos que ir a la tienda a comprar como a la farmacia. Antes teníamos de todo, hasta hierbas para curar los males, ahora con ir con el dinero por delante, ya está, se arregla todo. ¡Qué tiempos! No puedo seguirlos, me llevan por delante... Vaya niebla, este verano poco sol hemos visto y mucha agua. Todo lo han cambiado, hasta el tiempo. La capa esa, como se llama... No recuerdo... de otono... osano... ozono, eso debe de ser, con tanto humo envenenado echando al cielo, hasta el clima ha cambiado. Bueno, el tiempo nunca ha estado en el mismo sitio, no es fijo como la iglesia que tengo allí enfrente... A ver cuántas campanadas da... una... dos... cuatro... siete... ocho... nueve... ¡Las nueve! Como las marquesas me levanto yo, quién me lo iba a decir a mí... la más madrugadora siempre... Bueno, deja ya de lamentarte, María, que con eso no se arregla nada, lo primero es lo primero, o sea, lavarme, peinarme, y desayunar un poco, mientras se olean las sábanas y se quedan frescas, sin malos olores para poder dormir esta noche. ¡Ay! siempre pensando en poder dormir bien... No sé para qué tanto dormir, con lo bonito que es el día. En la noche siempre han andado rondando las sorguiñas, los ladrones y todos los que han querido pecar. El sol es capricho de buena conducta, mientras la noche es tapadera de pecadores. Pero eso también está cambiando: mis nietos contagiados con la moda están, los fines de semana no sé cuándo regresan, con el alma en vilo me tienen. Luego tienen que dormir durante el día. Mañana viernes, miedo le tengo, en las carreteras, Javi ya conduce, con el coche de su madre va a todas partes. ¿La vida es un sueño? ¿Un soplo de viento? ¿Un abrir y cerrar de ojos?... No lo sé, pero ha pasado todo tan rápido... Queda tanto flotando por ahí... Tanto por solucionar... Me gustaría irme, pero con la novela acabada, con el capítulo terminado, con la sensación de que aquí se queda todo bien ordenado –amama hace una breve pausa mientras suspira contemplando la torre de la iglesia–.

El tiempo todo lo arregla, qué gran verdad pero, ¿dónde se acaba éste para el ser humano? Cuando naces quieres andar, después ir al

colegio, después la primera comunión, ser mayor, enamorarte, después casarte, tener hijos, que éstos a su vez hagan lo mismo. Conocer a los nietos y éstos que repitan la misma canción y así los biznietos, siempre queriendo ver qué hay más allá de las nubes... Con miedo siempre de no dejarlo todo completo... Las generaciones nuevas que me toca ver, qué diferencia de las de antes: ni lo uno ni lo otro. Algo se está yendo de las manos con el progreso: lo humano se está olvidando, la máquina al final nos va a dejar sin alma, como ella. Habría que reflexionar un poco más sobre esta cuestión, los pueblos han salido de la esclavitud del amo, para convertirse en adictos al desarrollo. Este final de siglo en este aspecto me parece un poco triste, los verdaderos valores humanos, son los que muchas veces nos ayudan a seguir adelante. Pero sin un tablón donde agarrarse en medio del mar, tarde o temprano el cansancio podrá con la Humanidad. ¡Ay, María!, tú no llegarás al comienzo del año dos mil, me gustaría ver a mis nietos casados, pero dicen que ellos no se casan, como si fuese un pecado. No, no lo puedo comprender, tanto desprecio a la única institución bendecida por Dios, sin la cual el barco pierde su rumbo, por eso anda tanto joven a la deriva... Bueno, María, deja ya de pensar tanto que la cabeza te va a estallar y después vas a tener que tomarte una aspirina...

De pronto algo la saca de sus pensamientos volviéndola a la realidad. Se queda escuchando.

—Mucho revuelo oigo en la cocina, ¿qué estará pasando?

Amama deja de pensar y de hablar en voz alta, alternativamente, entre pausa y pausa, para oír bien el alboroto que viene de la cocina.

Las voces son de Eguskiñe y sus dos hijos, que pelean como es habitual en ellos, aunque no pueden estar en casa sin preguntar dónde está el uno o el otro y quieren saber qué es lo que el otro hace en cada momento.

—Tú siempre igual, machista de mierda, ¿por qué tienes tú que tener el carnet de conducir y yo no? Ya he cumplido los dieciocho años hace tiempo, puedo votar, irme de casa, casarme... Bueno, de casarme nada.

Oye amama a su nieta en tono malhumorado.

Javi la mira con aire suficiente y, sin responderle, le hace un gesto de que se calle, que está más guapa con la boca cerrada.

Más indignada aún ante la actitud de superioridad de su hermano, coge un trozo de pan de encima de la mesa, lanzárselo en el mismo momento en que entra amama por el quicio de la puerta de la cocina, teniendo que hacerse a un lado para que no le dé en la cara.

Al ver los dos hermanos la figura de su amama, se llevan un gran susto pensando que ha podido ser golpeada por el pan.

Amama finge enfado, sobre todo para parar la discusión de ambos jóvenes.

–El pan, pecado es tirarlo con tanta hambre que hay en el mundo. El pan es sagrado, tírale la plancha, pero nunca el pan.

Se ha quedado de piedra y reaccionando después de unos segundos de estupefacción, Maite mira a su hermano con los ojos que le salen de las órbitas, sin decirle nada, culpándole por lo sucedido.

–Ésta, como no ha pasado hambre, amama, qué sabe de eso –le da la razón a su amama con picardía Javi.

–¡Ni tú tampoco! Deja ya de pincharla, a ver cuándo os veo hacer algo de provecho, en vez de pelear tanto –les recrimina desde la fregadera Eguskiñe.

Maite se acerca a su amama abrazándola cariñosamente, mirando a su hermano con ojos de quererlo matar.

–Mira que si le doy con el trozo de pan en un ojo y la dejo tuerta... –piensa mientras abraza a su amama con ternura, arrepentida de su arrebato anterior.

–Perdona, amama, pero es que me saca de quicio. Yo quiero ir a Bilbao a comprar unas cosas y este tonto no me quiere llevar, dice que tiene que ir a pagar la matrícula de la Universidad. Total, porque me tiene que esperar un poco. Convéncele tú, amama

Amama guiña un ojo a Javi con un movimiento de cabeza y, sin mediar palabra, Javi ha comprendido la petición de su amama.

–De acuerdo, porque me lo pide amama, que si no, te iba a llevar tu tía. Dices una hora y luego te olvidas del reloj, que éste no se

para como el de la iglesia –dice señalando su reloj de pulsera.

–Arreglado, ahora coged el pan y dejadlo ahí, en la caja ésa, para darle a las gallinas, que hay que aprovecharlo todo... ¿o no os habéis enterado de que estamos en crisis?

–¿Desde cuándo sabes tú esas cosas? –pregunta Maite ante la actitud de ahorro de su amama, sin comprender el significado que puede tener un trozo de pan en la economía doméstica.

–Un trozo de pan íbamos a tirar nosotros, así como así, en nuestros tiempos... Si yo os contara...

Ahora son ambos jóvenes los que se miran cómplices, y sin decir nada, le dan un beso a su amama despidiéndose de ella.

–Zalameros, eso sí que sois, claro, las historias de viejos sólo les interesan a los viejos como yo. A propósito, ¿qué sabéis de Ramón Atutxa? –pregunta amama a sus nietos antes de que salgan por la puerta.

Vuelven a mirarse ambos jóvenes y Javi es el primero en hablar:

–No anda bien, es mayor que tú, claro –le responde Javi tratando de no darle demasiada importancia.

–Tú eres una chavala comparada con Ramón, él anda... Cómo te diría yo, con una cachaba, le operaron de la cadera, pero bien...

Tampoco Maite quiere decirle que tiene cáncer de huesos y que apenas sale de casa. Últimamente amama anda muy sensible, se han muerto un par de buenos amigos, y en cuanto oye las campanas de la iglesia tocando a muerto, pregunta sobresaltada:

–¿Quién se ha ido?

–Tú, el siglo por lo menos, amama, te queda mucha guerra que dar... –le dice Javi abrazándola.

–Qué más quisiera yo que dar mucha guerra, quisiera morirme con las botas puestas, o con las zapatillas, pero eso, de pie... –le responde emocionada a su nieto amama, que se ha dado cuenta de que le oculta la verdad sobre la enfermedad de su amigo Ramón Atutxa.

Eguskiñe aparece arreglada también para salir. Ha cambiado mucho últimamente, viste mejor, cuida de su aspecto, se tiñe el pelo y puede sonreír.

Ha tomado una actitud nueva sobre la vida, colaborando con la

organización “Pro-gestora por la paz”, se va a todas las manifestaciones pacifistas que convoca la misma y esta nueva actividad le ha dado una nueva dimensión a su vida.

Fermín, más enamorado que nunca de Eguskiñe, la lleva en su coche cada vez que ésta tiene que ir a algún pueblo o ciudad para asistir a dichos actos y cuando no puede acompañarla, porque su trabajo se lo impide, le presta su coche.

Poco amigo de conducir desde que tuvo un accidente en Somorrostro que casi le cuesta la vida a él y a un amigo, vendió el coche y no quiso conducir durante varios años. Pero Oquendo es una aldea con dificultades para el transporte y poco comunicado con el exterior. No pasa el tren y los autobuses de línea no tienen comunicación con Llodio, el pueblo más importante de la zona, donde se surten de todo aquello que necesitan para cubrir las necesidades domésticas así como de los aperos para el campo. Por lo que esa necesidad vital de dependencia así como la de ir a trabajar a Aceros de Llodio y otras industrias importantes, le obligaron a comprar un nuevo coche, hartos de hacer auto-stop y de pedir favores a los amigos para que lo llevaran hasta la fábrica.

Hoy Eguskiñe se va con el coche de Fermín a Bilbao, tiene que estar en la Gran Vía, quiere ver de cerca a Sus Majestades los Reyes, que llevan una misión de apoyo a los empresarios vascos en el parque empresarial de Zamudio (Vizcaya), el primer encuentro de la Conferencia Entorno y Tecnología, organizado por la Fundación COTEC para innovar la tecnología.

Según palabras de Su Majestad Don Juan Carlos, los empresarios contarán siempre con el respaldo “decidido” de la Corona en el “empeño innovador” de nuestro país de recorrer “una de las vías” inexcusables para alcanzar la posición que le corresponde, combinando la capacidad empresarial con el avance científico.

–Esta pareja, como siempre, como el perro y el gato, ama... ¿Qué tal estás hoy? ¿No te importa que me vaya? Últimamente ya sé que te tengo abandonada, pero sé que lo comprendes, yo quiero ayudar al pueblo vasco de la única forma que sé. Hay que ayudar a los empresarios, sin ellos mis hijos se irán de casa en cuanto acaben

sus estudios. Debo luchar porque se queden. Sé que soy un granito de arena, pero uno y uno, hacen una playa. También, no debemos olvidar que Julio Iglesias Zamora está secuestrado, tres meses, sabe Dios en qué condiciones... Hace años muchos se manifestaron contra los empresarios porque los llamaban explotadores, pero los tiempos han cambiado... Todo ha cambiado, necesitan nuestro apoyo en la lucha contra ETA que los echa de la tierra como si fuesen apestados. No estoy de acuerdo, yo no quiero el pasado, quiero futuro para mis hijos.

Amama escucha en silencio a su hija, prefiere esta nueva imagen de mujer luchadora, que la anterior de mujer derrotada. La lucha, por lo menos, da esperanza, la derrota sólo victoria a los enemigos.

–Ya quisiera acompañarte, pero no me encuentro con fuerzas para resistir de pie entre la gente. A la Diputación vas, ¿no?

–Sí, allí estaremos los herribatasuneros y nosotros y que sea lo que Dios quiera. Si salimos a tortas, pues también les daré yo a alguno algún cacharrazo, de brazos cruzados no me voy a quedar, lo tengo muy claro. Mis hijos no saldrán de Euskadi porque no tengan trabajo, si se van será porque quieran irse –le dice con coraje mientras le pone el café con leche y unas magdalenas a amama para desayunar.

–Ten cuidado, no podría aguantar si a ti te pasa algo y entonces..., entonces sí que se quedan tus hijos solos de la noche a la mañana –le dice amama a su hija con los ojos llenos de preocupación, pero sin impedir que haga lo que siente que debe hacer y se manifieste si éste es su gusto. A ella, en el fondo, también le gustaría ir, cualquier apoyo a poner fin a la guerra le parece bien. Pero siempre hay un riesgo que correr y eso la paraliza cada vez que su hija se prepara para asistir a cualquier acto, sea éste para lograr la paz, o como en el caso de hoy, para apoyar a los empresarios.

–Voy a lavarme la cara y alisarme un poco el pelo, mientras se enfría el café con leche, no me gusta sentarme a la mesa sin aliñarme un poco. Después desayunaré y me vestiré. Ya te haré yo las camas –le dice amama a Eguskiñe, mientras se levanta de su silla de enea que cruje con el movimiento trabajoso de amama.

Lentamente se dirige por el pasillo al cuarto de baño, mientras su cabeza no deja de pensar.

–Este pueblo siempre en lucha, antes de nacer yo, mucho antes de nacer mis padres, y mucho antes que mis abuelos, siempre luchando. ¿Hasta cuándo estará la herida abierta?... No creo que vea yo ese día, quién sabe si el dos mil tenga la respuesta, porque este pobre siglo termina como yo, a duras penas. Menos mal que el rey se pone de nuestra parte, ya era hora, elogiando el “coraje” del pueblo vasco frente a ETA, pero un poco antes ya podían haber empezado. ¡En fin, nunca es tarde cuando la dicha es buena!... –hace una pausa y continúa para sí–. Ya empieza a refrescar y con tanta agua, habrá que encender la chimenea y la chapa. Ya echo de menos yo la chimenea baja en la cocina encendida. En cuanto se vayan todos, me preparo un fueguito que purifique todo lo malo que nos ronda por la casa.

Javi y Maite se han ido a Bilbao en el Ford Fiesta de su madre y Eguskiñe en el coche de Fermín.

Amama, sentada a la mesa, desayuna frente a la ventana, sola. Le gusta ver pasar los pocos coches que circulan por la carretera y a los transeúntes que también son escasos. En Oquendo uno siente que el tiempo se detiene, no se respira ni tráfico, ni prisas, todo camina despacio.

Hay ocasión para pararse a hablar con el que va de camino, preguntarle por sus cosas, su familia, ningún habitante es ajeno, todos se pertenecen y se conocen.

A amama no le gusta la ciudad para vivir, ni los pueblos grandes tampoco, ha vivido siempre respirando el aire no contaminado, los ríos limpios de vertidos por la empresas ubicadas en sus orillas, viendo el paisaje verde de los pinos, los campos en su constante renovarse de hortalizas, maíz, alfalfa, etc., en cada estación del año y este cambio continuo en su entorno, este renovarse la savia cada primavera, le ha dado parte de su fuerza, para seguir siempre adelante, a pesar de los continuos pesares que la vida le tuvo deparados a lo largo de su recorrido.

–Puedo dar gracias a Dios de estar viva, aunque ya no pueda correr como antes. No veo bien, pero eso me parece... a ver... Sí, es

Ricardo Alcorta... Le voy a saludar.

Esta visión de su amigo la saca de sus pensamientos, levantándose de la mesa a medio desayunar, para ir directa a la ventana.

La abre y sacando un brazo por la misma en voz alta llama un par de veces a Ricardo Alcorta. Éste, al oír su nombre y mirar de refilón, ve a María. Al ver su brazo extendido, hace el mismo ademán, devolviéndole el saludo.

–¿Qué tal por casa? ¿Cómo va todo? –le pregunta amama.

Ricardo Alcorta se para en la acera de la carretera frente por frente, dispuesto a entablar un corto diálogo de cosas intrascendentales con amama.

–Ya sabes, tirando... ¿Y tú?... Mucho tiempo que no te veo, sales poco de casa.

Le dice Ricardo a María, amigos del pueblo de toda la vida.

–Las piernas que me sostienen poco..., pero vamos tirando. Tú estás arrecho, no pasan los años por ti –le dice amama alzando la voz todo lo que puede para hacerse oír, ya que padece un poco de sordera.

–Ni falta que hacen, para esos a cuestras están. Bueno, agur.

Se despide Ricardo de amama con un ademán de la mano, continuando su camino.

Amama se le ha quedado mirando con una sonrisa, mientras cierra la ventana, para seguir desayunando.

No ha terminado de sentarse en su silla, cuando siente unos pasos que suben por la escalera de la cuadra que conduce al hall de la casa.

–Parece Fermín; sí, esos pasos son de él.

–Egunon, amama. Hoy sola te han dejado, en esta casa cualquier pretexto es bueno para irse todos y dejarte... –no quiere ir directo al grano, para que sea amama quien concluya la frase que Fermín ha empezado.

–Siéntate, y en cuanto termine el café te pongo de desayunar –le hace ademán amama con la mano para que se siente al lado de ella.

Fermín obedece sumiso y, juntando las manos sobre la mesa, se queda contemplando a amama en silencio.

Termina ésta de beber su café y de comerse la segunda magdalena, preguntándole:

–¿Qué te pongo para desayunar?

–Me pongo yo, que tengo dos manos. Tú, siéntate y no te muevas –Le dice Fermín a amama en tono preocupado, tocándole un hombro con cariño, pues sabe que la salud de ésta no es buena.

–¿Ni el desayuno voy a poder ponerte? ¿Qué pinto yo aquí? ¿Como las inútiles me voy a quedar viendo cómo cocinas tú? Vaya tiempo, los hombres cocinando y las mujeres de pingoneo –amama meneas la cabeza de un lado para otro, no estando de acuerdo con esta actitud moderna de las mujeres, en alguna de sus nuevas actividades.

–Menos mal que parir no podemos, que si no, nos dejan el encargo a nosotros, aunque desde que hay esos cambios de sexo, quién sabe, nos quitan los colgajos y nos cambian los bajos. ¡Ja, ja, ja! Yo digo eso siempre, bersolari tenía que haber sido y como te decía, ellas miembro y nosotros madres... Los tiempos modernos, amama; las vacas tienen chalas sin padre y sin echar un polvo, madres solteras sin lo mismo, hombres que quieren ser mujeres, mujeres que quieren ser hombres, el mundo lleno de traumas está, amama, tú y yo no somos de esa galaxia, ¿te acuerdas de aquella canción?: “¡Cómo han cambiado los tiempos, don Marcelino, las chicas en las tascas bebiendo vino, ay, ay, ay, bebiendo vino...” Pues hoy whisky, ginebra beben, amama, hombres parecen, esto poco arreglo tiene, no sé dónde vamos a ir a parar, porque no lo para nadie. Nadie se quiere quedar atrás, a velocidad de avión vamos... Pero tú y yo como siempre, lento, lento... que para llegar ya hay tiempo, ya sabes tú donde... –hace una pequeña pausa acompañada de un gesto con la mano en dirección al Camposanto.

–Amama, la chapa te voy a encender mientras te cambias la bata y el camisón. Ya sé que no te gusta que te vean así a las nueve y media de la mañana, ahora dan, exacto. Este reloj, bueno es, no como los de ahora, que se descacharran antes de salir de la tienda.

Fermín se ha quedado mirando el reloj antiguo grande de la pared con incrustaciones de nácar, números romanos y marco de madera negra, que está colgado de la pared de la cocina.

–Mejor que yo anda éste. Sí, me voy a cambiar, eso mismo iba hacer yo... Hace frío, con tanta agua... Este verano no nos hemos enterado del tiempo, se nos echa el invierno encima sin darnos cuenta... Voy a cambiarme mientras tanto, que aunque tengo confianza contigo... se entiende, claro... –hace un gesto pícaro amama moviendo su cabeza poblada de canas y su larga melena sujeta por una cinta suelta sobre los hombros, sin recoger en un moño sobre la nuca, como es habitual en ella, levantándose lentamente de la silla que cruje aliviada al sentirse libre del peso de su voluminoso trasero.

–Amama, tengo que contarte algo... No sé, pero... ¿No es raro lo de Eguskiñe? Tanto ir y venir, ya no atiende a la huerta, el caserío... Yo no digo, pero, ¿no te parece que está muy abandonado el caserío?

Fermín, sentado a la mesa, con gesto preocupado, con las manos juntas y casi pegadas a su cara, se queda mirando a amama.

Amama va a salir de la cocina y de pie en el quicio de la puerta, se le queda mirando unos instantes, asombrada por el aire patético y derrotado de Fermín.

Con un gesto de duda, regresa de nuevo a su lado, sentándose frente a él.

–Deja... Bastante tienes tú... Pero... yo aguante tengo, pero... ¿a una loca se la puede seguir?... Perdona, no debería decir estas cosas...

Fermín mira con pesar a amama después de que ella ha pronunciado estas últimas palabras. Pero siente que no puede callar por más tiempo. Lleva demasiadas preocupaciones en su interior y éstas se desbordan como e. agua del río después de una gran tormenta, arrasando con su furia todo cuanto encuentra en sus orillas en su ciega y devastadora carrera para encontrarse libre en el mar.

–Yo te comprendo... No sé cómo aguantas tanto, yo en tu lugar... –amama hace una pausa mirándole con ternura, conteniendo su preocupación.

–De pronto quiere estar en todas partes, menos en su casa, que es su sitio, tú, quién sabe... te da algo ¿y qué? Nunca está en casa,

cuando no es por una cosa es por otra y la casa sin barrer.

Fermín ha levantado la cabeza, mirando fijamente a amama, preocupado.

–Bueno, tengo teléfono, si algo me pasa, con llamar al médico y a urgencias, alguno aparecerá... Además, tengo muchos años, cualquier día... Ya un estorbo soy, así que lo mejor es dejar paso a otros, que con tanta gente, la mitad sobramos, incluida yo.

Amama esboza una sonrisa triste, sintiendo sus palabras, que son la savia de su experiencia.

–En todo caso, otros antes que tú deberían ir... Porque entonces, ¿a quién le puedo contar yo estas cosas? En fin, no sé, pero me preocupa cada vez más que Eguskiñe se empeñe en ir a todas las manifestaciones, me pongo... Mira, las manos temblando.

Muestra sus manos que, en efecto, tiemblan y están sudorosas.

–Lo que tenga que pasar, escrito está, pero prefiero verla como ahora que como antes... Por lo menos ahora lucha, pero antes... aquel desaliño, aquella tristeza, siempre con los pelos como yo ahora, sin peluquería, parecía yo su hija, por lo menos se pinta y se compra algún vestido nuevo, ha rejuvenecido. No me dirás que no está ahora más guapa que antes –le dice amama haciendo ligeros gestos con la cabeza para que comprenda que antes Eguskiñe tampoco estaba mejor.

–Sí, eso es verdad, pero vender un piso para tanto ir y venir, ¿a ti te parece bien? –le pregunta Fermín a amama.

–Yo creo que, haciendo lo que hace, se siente mejor. Déjala, es otra cuando regresa de cada manifestación, es como si hubiera resucitado... Yo comprendo lo que te pasa... Pero cada uno debe de hacer lo que cree que es su deber en esta vida, aunque se equivoque. A mí me van a quedar varias asignaturas pendientes, por miedo a herir a los demás, y no creo que sea justo tampoco. Así que... que sea lo que Dios quiera, pero a veces hay que comprometerse... En dos bandos las dos partes corren los mismos riesgos, pero si sólo hay un bando, éste dominará siempre. Tiene que haber siempre dos bandos, ¿comprendes? Déjala, sabe cuidarse. Yo, porque soy vieja, que si no me iría con ella.

Amama se levanta de nuevo despacio, sin dejar de mirar a

Fermín compasivamente, dirigiéndose al armario de la cocina, abriendo una de las puertas de arriba, sacando dos copas de cristal y una botella de coñac, poniéndola sobre la mesa y, sin decir una palabra, escanciando el líquido en las mismas, ofreciendo una a Fermín y cogiendo la otra. Bebe un pequeño sorbo dejando su copa sobre la mesa.

—Lo necesitamos tú y yo, con esconder la cabeza como el avestruz y creer que los demás deben hacer las cosas, el mundo no se arregla, ¿comprendes?

Amama se queda mirando a un punto perdido de la cocina, sintiéndose un poco más aliviada después de haber ingerido el pequeño trago de coñac.

Fermín carraspea después de beber también casi de un trago su copa y un tanto confortado por las palabras de amama y por la ingestión del alcohol, en tono humilde le dice:

—Perdona, ya tienes bastante para que yo encima te venga con preocupaciones. Arréglate un poco, que te estoy entreteniendo con mis tonterías y ponte guapa, yo voy a encender la chapa, que el frío ha llegado antes de tiempo, a ver si vas a coger catarro.

\*\*\*

## II

### NO HAY BATALLA GANADA, SI ÉSTA NO HA PODIDO SER CONTADA.

Eguskiñe está con dos señoras de edad aproximada a la suya, comiendo en un restaurante próximo al Ensanche, el menú del día, ya en los postres, comentando los incidentes de la llegada de Sus Majestades a la Diputación de Bilbao y el posterior enfrentamiento con los herribatasuneros.

—Con quedarnos en casa poco se arregla; antes yo no me movía del caserío, pero desde que compré unos libros por metros, hace casi dos años, aquí, en la Gran Vía, no paro y desde luego lo tengo claro... Hay que conseguir la paz como sea.

–Estoy de acuerdo, con cruzarnos de brazos nada se arregla. Yo, al principio, no creáis, tenía miedo, pero ahora no, hay que hacerles frente.

Carmen Goitisoló es una señora casada de cuarenta y seis años, que no los representa, con el pelo corto y liso, de mediana estatura, de mirada noble, que vive en Basauri y se ha desplazado a Bilbao con el mismo objetivo que el de Eguskiñe: estar en todas las manifestaciones de repulsa y demostrar su rechazo al terrorismo.

Mari Solchaga, de cuarenta y tres años, natural de Galdakano, al igual que Eguskiñe y Carmen, siente la misma necesidad de actuación, por lo que desde hace casi un año se presentan juntas en los acontecimientos antes citados, se conocieron en una manifestación y se hicieron amigas desde entonces.

Se llaman por teléfono quedando en un punto determinado y juntas se sienten fuertes ante cualquier acontecimiento que pueda producirse por parte de Herri Batasuna. Mari también es morena con una sonrisa especial, ya que su cara no es muy agraciada, pero irradia candidez e influjos de buena persona.

–La verdad es que no siempre me viene bien el venir, he dejado a mi padre en la cama con bronquitis y estoy un poco preocupada, aunque preocupado también se ha quedado él, tiene miedo, es normal. Las personas mayores ya han estado en la guerra, les asusta todo, se pasa los días recriminándome, un poco harta ya me tiene, pero el pobre tiene sus motivos para estar preocupado. Cuando el jaleo empieza hasta la policía da sin mirar a nadie. Cómo corrían los herribatasuneros y nosotras también. A mí no me han dado de milagro. En casa no lo puedo contar, mi marido no quiere tampoco que me meta en líos, pero yo le digo que así no se arregla nada tampoco si todos nos quedamos en casa. Mis hijos no encuentran trabajo y se me quieren marchar fuera, eso es peor, ¿no os parece? –comenta Mari mientras se come el flan casero bañado en caramelo.

–Claro que me parece, las madres tenemos mucho que hacer. Mi abuela trabajaba en la huerta para ayudar al sueldo de la fábrica, mi madre cosía para afuera por lo mismo y nosotras ni carne ni pescao, porque sólo hemos sido amas de casa con el marido trabajando;

bueno, tú, Eguskiñe, no, pero Mari y yo es lo único que hemos aprendido; hasta los catorce años, en la Escuela Nacional, aprendimos a coser y bordar y para de contar. Hemos llegado tarde para poder estudiar como nuestros hijos e hijas, los mismos derechos. ¿Para qué? ¿Para que estén peor que nosotras? Porque a nuestros maridos, por lo menos, no les faltó trabajo, ¿pero ahora qué chaval puede hacer planes para casarse y comprarse un piso? Pues lo que yo os digo: yo en casa no quedo de brazos cruzados, demasiado tiempo hemos estado mudos todos, sin atrevernos a hablar de política y sin manifestarnos. ¿Sabéis qué os digo? Que si me matan me da igual, pero las madres no podemos consentir ver a nuestros hijos como pobres, mendigando un trabajo –concluye con coraje Carmen interrumpiendo su postre, mirando fijamente a sus amigas.

–A mí qué me vas a decir, si después de que me mataron a mi hijo mayor, que no me fui a la tumba con él de milagro, y si no llego a tener a mi familia y mis amigos, no reacciono, aunque no sé ni cómo tuve fuerzas para seguir viviendo. Pero que no te dé Dios lo que puedas aguantar. Gracias a la curiosidad que me entró de conocer la historia de Euskadi, que de esa curiosidad pasé a la investigación y, por supuesto, a la acción y a lo que sea. Un piso he vendido y si hace falta el otro que me queda, pero donde haya que ir, allí estaré yo. Además, desde que os conozco me han entrado nuevas ganas de vivir. Cuando luchas, por lo menos sientes que cumples con tu obligación, ¿no os parece?

Los ojos de Eguskiñe muestran un brillo especial que contagia su entusiasmo, con la fuerza que da la seguridad y la firmeza de estar obrando con el deber y la obligación que implica la lucha y defensa del bienestar de sus hijos que son para ella, en este momento, su principal objetivo en la vida.

–Un hijo perdido por la droga tengo yo, ya lo sabéis, y tampoco hay derecho... De haber tenido más confianza en el porvenir, seguro que no habría caído. Pero los chavales están desesperados y les da lo mismo... ¡Qué tiempos...! No podemos cruzarnos de brazos las madres, no y no. Mi marido, por ahora tiene trabajo, ¿pero quién dice que lo tenga mañana? ¿Quién lo garantiza? Por eso hay que

traer a los industriales al País Vasco de nuevo, tienen que regresar, nosotras tenemos que hacer algo y rápido.

Carmen también está convencida de que cruzarse de brazos por miedo no es la forma de evitar males peores, por lo que, de alguna manera, esta forma pacífica de intervención le parece que tiene que ir encaminada a metas más ambiciosas que la pacificación en Euskadi.

Mari la escucha tan entusiasmada que, contagiándose por el ardor que pone en sus afirmaciones, abraza a su amiga emocionada.

–Si fuésemos capaces de lograr algo así sería fabuloso, recuperar las industrias, tener el trabajo asegurado para nuestros hijos y maridos, me parece un sueño. ¡Con la crisis encima, lo que nos faltaba! Pero de las grandes catástrofes, siempre han salido los pueblos fortalecidos, lo leí en un libro, porque es bueno aprender de los errores, lo malo es el que queda en el camino –Mari afirma con una sonrisa, como si fuese capaz de ver el final del largo túnel en que está metido el pueblo de Euskadi.

–Mi hijo sé que cualquier día me lo traen muerto a casa por una sobredosis o por una adulteración. Mi marido, más de una vez viene a casa con una copa de más, el pobre no puede con el problema. Los abuelos me dejaron un poco de herencia, todo lo estamos gastando con él... Pero el día que se acabe, ¿qué? Nos matará a nosotros si no le damos para pincharse. Hay cruces y cruces que cuesta subir al calvario, pero cuando tienes quien te eche una mano, por lo menos la cuesta se sube más fácil. Para mí estos ratos con vosotras son muy importantes, no me siento sola, y la razón de hacer algo me da valor y fuerza para seguir adelante.

Carmen se ha quedado con la mirada fija en el plato haciendo esfuerzos sobrehumanos para contener los impulsos de echarse a llorar delante de todos, sin ver su contenido y sin poder ingerir una cucharada más de su postre.

El restaurante está lleno de oficinistas, empleados de distintos comercios, que toman el menú de la casa, mientras la conversación general gira hoy en torno a la llegada de Sus Majestades a Bilbao, de una parte hay quienes opinan que está bien el apoyo moral que dan con su presencia a las víctimas del chantaje de ETA y, de otra,

hay quienes piensan que es un acto temerario, ya que se exponen con su visita a sufrir un posible atentado.

El restaurante está lleno hasta los topes, teniendo que esperar de pié varios clientes, que tratan de acortar la espera en la barra tomando unos vinos blancos y picando alguna banderilla en el bar que hay contiguo al restaurante.

Se ha hecho un silencio en la mesa que comparten las tres amigas, absortas en lo que pasa en torno suyo, tratando a duras penas de reanudar la conversación, pero sumidas en el fondo de sus propios pensamientos sin poder pronunciar palabra, conmovidas por sus propias vivencias. Optan por seguir así unos segundos hasta lograr serenarse un poco, lo suficiente como para cambiar de actitud y tratar de sonreír con el ánimo de infundirse valor y confianza.

Mari, compadecida por el grave problema de Carmen y por el pasado de Eguskiñe que conoce a la perfección, ya que ella misma se lo ha contado en varias ocasiones, las mira con ternura y para quitarle hierro al tema, trata de animarlas:

—Pero lo bien que comimos en la última manifestación en San Sebastián, ¿eh? A Eguskiñe hasta un pretendiente le salió. ¡Vaya pelmazo!, al caserío de Abadiano te quería llevar. Menos mal que apareció Fermín, que si no lo tienes pegado a ti todavía.

Recordando el hecho, Carmen y Eguskiñe vuelven a la realidad esbozando una sonrisa.

—Yo creí que se liaban a hostias. Este Fermín es terrible. Hoy no ha querido venir. Yo creo que está cansado de ir de manifestación en manifestación, a él no le van estas cosas. No tiene causas, la única causa soy yo, pero creo que también se está cansando —responde Eguskiñe pensativa, quedándose seria, mientras bebe un trago de vino.

Carmen hace un esfuerzo para sonreír y con el gesto crispado, mirando hacia un punto fijo, le contesta:

—A veces te envidio, Eguskiñe, tú lo tienes fácil, eres libre, sin marido que te mande, sin un hijo que cada día sientes que puede ser el último que lo ves, con otro hijo que mira a su hermano sin decir nada, pero que tú sabes que sufre. Sí, Eguskiñe, muchas veces te

envidio... Fermín me parece un hombre de los pies a la cabeza. No lo dejes.

-La verdad es que tiene razón Carmen; llegas a una edad en la que sientes que tantas obligaciones te asfixian. A mí, el venir con vosotras a manifestarme, aparte de cumplir con lo que siento, me hace sentirme útil de otra manera. ¿Y qué pasó después en San Sebastián con Fermín?, porque con tanto barullo nos perdimos. Dicen que unos ochenta mil estábamos allí. Fue grande ver a tantos pensando como nosotras. Yo creo que ha sido la más importante manifestación registrada, por lo menos, eso dijo el periódico.

Mari ha conseguido desviar la conversación y observa a ambas amigas mientras bebe un sorbo de vino, el último que le queda en su copa.

Eguskiñe mira al camarero que pasa cerca de ellas con una bandeja en la mano llena de vasos y platos vacíos, preguntando:

-¿Pido un poco más de vino?

-No, que como beba un poco más me tenéis que llevar a casa. Nunca bebo, pero hoy me he pasado. Mira qué colores tengo. No sé si son los sofocos de la menopausia o los vapores del vino  
-Carmen se toca la cara con el dorso de la mano derecha, sintiéndola caliente, desabrochándose el jersey de punto azul marino que lleva puesto sobre su blusa camisera blanca.

-Dichosa menopausia: cuando tienes la regla, deseando que termine y cuando se va un estorbo te viene otro peor. Yo al principio lo pasé fatal; ahora, gracias a las inyecciones de estrógenos, que si no...

-Pero tú eres joven todavía -es Eguskiñe quien le contesta a Carmen, recordando su edad y pareciéndole muy joven aún para andar con esos problemas.

-La edad es lo de menos, pero llevo un año que no sé qué hacer. Tendré que ir al ginecólogo, con la vergüenza que me da a mí enseñar el potorro a nadie, aunque sea médico, no lo enseño ni al marido... Buenas discusiones tengo con mi marido, pero que si quieres arroz Catalina, con la luz apagada y va que arde... Bueno, arder cualquier día... Me dice que él no se muere sin verme desnuda y que va a pegar fuego a las mantas... Porque ardería él también,

sino ya se lo habría pegado en más de una ocasión... –responde sin poder contener la risa al recordar estas escenas en la cama con su marido.

Eguskiñe y Mari también ríen imaginándose a Carmen con su marido en el tira y afloja entre sábanas, tratando de desnudar a Carmen con la corpulencia que ésta tiene.

–De recién casados y después durante años, no me importaba, pero ahora que parezco un botijo sin asas... Bueno, tampoco él está mejor con sus ciento diez kilos... Fermín tiene mejor figura, me encanta, como un perro faldero, pero sin que te levante las faldas... –deja en el aire maliciosa Carmen, mientras Eguskiñe y Mari ríen la forma que tiene de describir las cosas, buscándole el doble sentido a las mismas.

–No, si al final las que mejor están son las viudas, que nadie las controla... –Mari dice esto con cara maliciosa, retirando el último vestigio del plato de su postre y limpiándose con la servilleta blanca de tela.

–Y el pobre Julio Iglesias Zamora secuestrado desde hace más de tres meses, ¿qué me dices? Pobre mujer, ésa sí que lo tiene que estar pasando mal y los hijos. Que tengamos que vernos los vascos en boca de todo el mundo, es el colmo, pero con tantos problemas quién puede vivir a gusto en esta tierra... Como para quedarse de brazos cruzados estamos, con tanto como queda por hacer...

Eguskiñe cambia de conversación, no le gusta hablar de su viudez, de un tiempo a esta parte su vida ha dado un giro de tales proporciones, que siente ligeros remordimientos al no recordar en ningún momento a su marido. Ha iniciado un nuevo rumbo y éste está tan lleno de sensaciones, que han logrado que pueda vivir su presente con nuevas perspectivas, nuevas metas fijadas en su cabeza.

Al poder dirigir sin resistencias su timón, ha podido descubrir la libertad que le brinda el poder hacer lo que le dicta su propia conciencia. Lo único que le produce dolor y miedo a veces, es el deterioro lento pero implacable que va minando poco a poco la salud de su ama. No quiere ni pensar que un día despierte en su caserío sin su presencia y para alejar estos posibles fantasmas, continúa:

–A propósito, ¿por qué no venís a casa a comer el próximo domingo? Ahora que hay buenos puerros en la huerta, una buena porrusalda con bacalao ya os pondrá mi ama y encantada, además le gusta mucho cocinar, más que a mí.

Carmen se queda pensativa y después de reflexionar unos segundos le contesta:

–Hace mucho que no voy al Mesón. Hace años íbamos a comer buenas alubias. ¿Todavía rigen los mismos dueños?

–Todavía. Los domingos hay mucho ambiente, pero comemos en casa, mi ama nunca sale del caserío, excepto para ir a la huerta. Preocupada anda, porque la borona con tanta agua todavía está verde. Gracias a eso, también va tirando. Ya os dará algún pimiento y alguna berza para que la pongáis con garbanzos.

Eguskiñe invita a sus amigas poniendo énfasis en sus palabras porque sabe lo contenta que se pondrá su ama, las tertulias de sobremesa siempre le encantaron, en más de una ocasión se prolongaron tanto que hubo que cenar y después de cenar continuaron hablando. Pero una de las que recuerda más a menudo, fue la que protagonizaron el médico, el cura y el maestro. Muchas cosas de las que allí se hablaron sobre historia las ha leído y vuelto a leer para comprender su significado. Sí, el detonante fue esa noche, no cabe duda, de vital importancia para ella. La política por un lado, por otro Fermín y el beso en el balcón hicieron que ella tomara un nuevo rumbo en su vida, sacándola del pozo oscuro en que se encontraba sumergida.

Después la venida de sus hermanos, cuñadas, sobrinos... Sí, Dios aprieta pero no ahoga, a última hora te echa un cable para que puedas salir. Lo que pasa es que mucha gente se desespera sin esperar con paciencia ese momento y se pierden por el camino sin llegar a ninguna parte, al no encontrar sus metas a corto plazo.

Mari, al igual que Eguskiñe, se ha quedado seria de pronto recordando.

–En la sala de fiestas que había pegada al Mesón de Oquendo, cómo se llamaba... El Poliedro, ya lo creo, allí conocí a mi marido. Habíamos ido a una boda de una prima mía y en una plaza pequeña donde había vaquillas también, allí estaba él, tratando de torear,

igual que otros jóvenes con una copa de más después de comer. Cómo nos reíamos con los revolcones por la arena, a uno tuvieron que entablillarle el brazo porque se lo rompió. Qué día más bonito pasamos. Después, a la noche, me sacó a bailar en la sala de fiestas. Toda la tarde estuvimos mirándonos de reojo, hasta que se decidió. Cómo bailamos, hasta las tantas. Después me pidió la dirección y en poco tiempo éramos novios. Después nos casamos. Una hija, otra hija, un hijo, otro, hasta cuatro –y en voz alta añade:

–¡Ay, qué pronto pasa todo! ¿verdad? Estaba pensando en tu pueblo. Ya lo creo que iremos el domingo, para recordar... ¿Sabíais que allí conocí a mi marido? –se queda pensativa Mari de nuevo, sonriendo al evocar estos hechos.

Las dos amigas se miran y haciendo un gesto afirmativo con la cabeza asienten.

–Sí, ya nos lo has dicho en alguna ocasión.

–A mí me lo ha contado un centenar de veces.

Carmen es amiga de Mari desde pequeñas, vivían en Basauri en la misma casa próxima al Ayuntamiento, incluso hicieron juntas la comunión en la iglesia de San Pedro.

–Por qué estaremos recordando siempre, ¿verdad? No sé, pero si los niños supieran esto, no querrían crecer, ¿no os parece? –pregunta Carmen pensativa.

–Lo que creo es que debemos dejar sitio a otros para que coman también. Tomemos café en la Gran Vía, me trae buenos recuerdos y malos también... En fin, que nos estamos pareciendo cada vez más a nuestras madres, que se pasan la vida hablando de sus tiempos pasados.

–Razón no te falta. Sí, vamos a tomar café al Guernika. A ver, las tres y media, buena hora para cualquier cosa. Aprovecharé para hacer unas compras después. Si queréis acompañarme... –dice Mari llamando al camarero y pidiéndole la cuenta.

–A escote, como siempre, ¡eh! –más que una sugerencia es una orden lanzada en tono enérgico por Carmen, mientras coge su bolso del suelo y lo abre sacando de su interior un billetero negro, mostrando al abrirlo un sinfín de fotografías, notas pagadas, varios billetes de mil y alguno de cinco mil. De entre la primera tapa

transparente de plástico, saca una fotografía de ella con su marido y sus hijos. La muestra a sus amigas.

–Aquí, en esta foto, están mi marido y mis hijos, antes de caer ya sabéis qué...

Carmen muestra la foto primero a Mari y luego a Eguskiñe.

Eguskiñe la contempla y pensativa comenta:

–Qué guapos los dos, qué lastima. Si no es por una cosa es por otra, la cosa es siempre la misma, matar y matar, los jóvenes como siempre, son las víctimas más fáciles. No dejes de luchar, Carmen, quién sabe si algún día quiere dejarlo. No sería el primero que lo hace, cuenta conmigo, ya lo sabes –dice Eguskiñe en tono serio pasándole la foto a Mari.

Ésta también, con expresión que denota la pena que le da el problema de su amiga, en el mismo tono que ha empleado Eguskiñe, le dice devolviéndole la foto:

–Y conmigo cuenta también, si quieres puedo enterarme de un centro de rehabilitación, tengo un pariente trabajando en él, él también estuvo enganchado. Ahora ayuda a los demás. ¡Qué lacra, vaya década que les toca vivir a nuestros hijos! El que sale limpio de toda esta podredumbre, creo que tendrá fuerzas suficientes para lograr lo que se proponga, ¿no os parece? –pregunta Mari moviendo la cabeza de un lado a otro con preocupación.

–Y que lo digas, como los negros que llegaron a América, quedaron los mejores, ya lo creo, aquí va a pasar lo mismo, los débiles se van a quedar en el camino, la droga, el alcohol, el sida, el que pase de todo esto teniéndolo al alcance de las manos, que le echen al monte, que no se muere de hambre –contesta Eguskiñe sacando también de su bolso negro de piel, una cartera similar a la de Carmen y abriéndola. También les muestra a través de la solapa de plástico transparente, a sus hijos y a su marido junto a ella, una fotografía hecha aproximadamente ocho años antes.

–Qué guapo era tu marido, Eguskiñe y qué guapos tus hijos. ¿Cuál fue...? –deja en el aire Mari la pregunta devolviéndole la cartera a Eguskiñe.

Eguskiñe con el dedo señala a su hijo Mikel, poniéndose seria.

Carmen también contempla la foto y al hijo muerto en un atentado perpetrado por ETA.

–Lastima de juventud, ¿no es todo una injusticia?... que estos jóvenes que no han sabido lo que es un catarro se maten así...

Carmen hace un gesto de rabia y a punto de llorar, mira para otro lado tratando de que no salgan las lágrimas al exterior.

El camarero en ese momento se ha acercado a la mesa y solícito pregunta.

–¿Van a tomar café?

–No, danos la cuenta –le pide Eguskiñe.

–Ahora mismo, me hacen un favor, tenemos un jaleo de miedo, con la llegada de Sus Majestades está todo a tope.

–La verdad es que sí, eso es bueno, que vengamos muchos a manifestarnos, ¿no crees? –pregunta Carmen al camarero, hombre más joven que ellas, que corre de un lado a otro en su afán por atender a todos lo más rápidamente posible.

–Así es, estoy con ustedes, por eso llevo también el lazo azul, con este lazo damos prueba de que no tenemos miedo a que se nos identifique, igual que ustedes, que también lo llevan.

–Ojalá sea por poco tiempo –dice Mari torciendo el gesto, mientras con una de sus manos acaricia el lazo azul.

El camarero asiente igual que sus amigas mientras se dirige a pedir la cuenta, después de haber recogido sus platos de postre.

–Yo, desde que salió, no me lo he quitado de encima, de una chaqueta me lo paso al vestido y a lo que lleve, hasta en la bata de estar por casa, tengo varios por si acaso –Carmen comenta mirándose también el suyo.

–Hay que dar la cara aunque nos la partan. Ya está bien de que nos las den todas en el mismo carrillo y a callar. Esta bola no hay quién la pare. Nosotras, las madres, con mayores razones tenemos que salir a manifestarnos. Si antes nuestros maridos iban a las guerras y las mujeres se quedaban defendiendo los caseríos y a sus hijos, luchando contra el mal tiempo y las malas cosechas para que nuestros hijos no se murieran de hambre, ahora también en este momento estamos en la misma encrucijada. Que puedan tener un trabajo, crear una familia como Dios manda y todo eso sin empresarios es imposible, así que tengo unos planes en la cabeza, que el domingo en mi casa quiero que los comentemos. Éste no es

un sitio para poder hablar con tranquilidad. ¿No creéis que las mujeres tenemos que acabar con todo esto? –pregunta Eguskiñe con mirada penetrante, observando fijamente a sus amigas.

–A mí mándame lo que sea, estoy dispuesta a todo –dice Carmen categóricamente.

–Yo igual, el domingo en tu casa, que los hombres se vayan a echar una partida al bar del pueblo, mientras nosotras hablamos –corroborra Mari las palabras de sus amigas.

–El camarero regresa con la nota, pagan a escote las tres dejándole una propina, despidiéndose de él.

–Agur.

–Hasta otro día.

–Gracias por todo.

–A ustedes, y sigan adelante –les dice el camarero con un ademán de despedida y una sonrisa.

Ya en la calle, las tres mujeres sorteán a los numerosos viandantes que se les cruzan en el camino y que al igual que ellas han acudido a la Diputación a mostrar su adhesión a Sus Majestades, mostrando bien visible su lazo azul sujeto por un pequeño imperdible, en la solapa de sus prendas de vestir.

Hay una gran camaradería en el ambiente y se siente el espíritu de apoyo y protección hacia ese nuevo retoño, tierno aún, que acaba de nacer, que es el rechazo a la violencia y que una gran parte de los vascos cuida con cariño para que pueda continuar creciendo a pesar de las tormentas y los vientos que le azoten y pueda lucir en un futuro próximo el árbol gigante, orgullo de quienes pusieron un día su semilla bajo la capa de la tierra y lo defendieron, aún a riesgo de ser sepultados con él en el mismo hoyo.

Eguskiñe se queda de pronto mirando a un grupo de jóvenes que vienen de frente por la acera por donde ellas circulan. Uno de ellos es su hijo. Le llama:

–¡Javi! ¿Qué haces tú por aquí? ¿Y Maite? ¿No ibais juntos?

Javi se aproxima a las tres mujeres al ser descubierto.

–Lo mismo que vosotras. Hemos estado en la manifestación, antes ya he ido a pagar la matrícula. Maite anda por ahí con unas amigas. Luego iremos juntos, ya hemos quedado ahí en un bar.

–Mirad, éste es mi hijo –les presenta Eguskiñe a Carmen y Mari su hijo, mirándole con cariño.

Las dos mujeres le contemplan con una sonrisa saludándole.

–Muy guapo, ya lo creo –dice Carmen sincera.

–Y vaya altura. Qué guapos son los chavales de ahora, nos pasan a la madre y al padre –corrobora Mari, orgullosa.

–A esa chica la conozco yo no sé de qué... –dice en voz alta Eguskiñe mirando a una de las jóvenes que van con la pandilla de su hijo y que se ha quedado a un lado esperando, sin intervenir en la presentación.

–¿A ésa? ¿De qué la conoces tú? –le pregunta extrañado su hijo.

–No sé, pero me suena de algo. ¿Es ésa con la que estás saliendo? –le pregunta Eguskiñe a su hijo con ligera curiosidad, no perdiendo ningún detalle de su apariencia física y su forma de vestir, así como de sus ademanes a la hora de moverse cuando habla.

–Sí, es ésa, pero no te la presento ahora. ¡Vaya corte! Bueno, encantado. Me voy con ellos. Agur.

–Agur. Luego nos vemos –se despiden todos yendo en direcciones opuestas. Los jóvenes siguen su camino y las tres mujeres también, volviendo a la Gran Vía, a la cafetería.

La cafetería también muestra los signos evidentes del gentío que ha participado en la manifestación, por lo que les ha costado estar de pie un rato esperando un hueco para poder acercarse a la barra, que tres camareros recorren de un lado a otro sin dar abasto, sirviendo bebidas y café principalmente.

–Tanta gente agobia un poco, pero qué a gusto estoy... Parecemos parientes todos... –comenta Mari sentada en un taburete en la barra.

–Es que lo somos, pertenecemos a una raza y se nos tiene que notar, por lo menos a la hora de no estar de acuerdo con el terrorismo, ya está bien de aguantar –dice Carmen en tono suficientemente alto para que la puedan oír las personas próximas a ella.

–Así es, ya está bien de aguantar –le contesta un señor mayor que ellas, con el pelo blanco.

–Y de callar. A mí no me para ni una locomotora, aquí llevo yo también el lazo, pobre hombre... Y mi marido en el paro con cincuenta años. Se acabó de echar a los industriales, éstos tienen que volver con la cabeza bien alta, no como delincuentes. Yo tengo un hermano empresario, que se tuvo que marchar por amenazas, y el pobre era un infeliz que en lo único que pensaba era en trabajar, pues hasta que no le echaron no pararon y no pararán; menos mal que los empresarios que quedan se están uniendo. Antes tenían que haberlo hecho y defenderse unidos contra éstos... –va a continuar la señora elevando el tono de voz, hecho que ha provocado el silencio a su alrededor y su marido, temeroso de que la oigan, le ha hecho un gesto con el dedo pulgar sobre sus labios, de que se calle y mida lo que dice.

–¿Por qué tiene que callarse si tiene razón? Ya está bien de silencio. Peor que con Franco. ¿Cuándo acabaremos con las dictaduras? –dice otro señor mayor que ha escuchado a la señora hablar y ha visto el gesto que su marido le ha hecho prudentemente.

–Así es, ya está bien de callar y aguantar –le da la razón al nuevo interlocutor Eguskiñe.

–Ya está bien, pues claro, tanto callar y callar, ellos bien que hablan, parece que son los únicos que tienen la verdad en la mano –dice Carmen cogiendo el taburete de una joven que se va y lo deja vacante.

–Callaremos en señal de repulsa en las manifestaciones, pero en las tabernas y en las cafeterías, se acabó el callarse, como si los pecadores fuéramos nosotros.

El tono de voz sube por momentos en la cafetería, mientras se desahoga este grupo de personas mayores próximas entre sí por sus ideas, reivindicando el lazo azul que muestran orgullosos en las solapas.

–Claro que ya está bien –concluye Eguskiñe llena de coraje, sentándose también en un taburete que acaba de quedarse libre.

–Perdonen que hayamos tardado un poco, pero ya ven... ¿Qué van a tomar? –se disculpa el camarero amable ante la tardanza que le ha supuesto el acercarse a las tres señoras, que llevan un rato sin ser atendidas debidamente, como es costumbre en el prestigioso establecimiento.

–Tres cafés con leche y un vaso de agua. Tranquilo, que aquí no pasa nada –tranquiliza al camarero Carmen con un gesto de la mano y continúa hablando con el grupo recién compuesto de clientes de la cafetería.

Uno de los señores que se une a la tertulia invita a las tres señoras, no dejándolas pagar el café con leche que acaban de pedir, siguiendo la costumbre vasca de invitar a las señoras aunque se las acabe de conocer.

Al cabo de un rato de debatir sobre los últimos acontecimientos se presentan y, casualmente, tienen lazos comunes de conocerse bien las familias o tener amigos comunes entre casi todos.

Eguskiñe mira su reloj Cauni, que aún le anda bien a pesar de los años que tiene y haciendo un gesto de que no puede quedarse más rato, comenta:

–Ya sabéis, en Oquendo frente al Mesón, el único caserío que hay, si queréis el domingo os invito a una porrusalda, ahora los puerros son buenos, recién sacados de la huerta.

Son varios los nuevos conocidos en la cafetería los que agradecen la invitación a Eguskiñe.

–Igual voy yo –dice el señor que las ha invitado pagando la consumición.

–A nosotros, ya nos gustaría, pero quién sabe... –dice el matrimonio que ha intervenido en la conversación.

–Bueno, encantada de haberles conocido a todos –se despide Carmen con una sonrisa feliz por haber encontrado personas afines a ella con quienes poder decir lo que piensa, liberada del miedo que este hecho no hace mucho tiempo los tenía paralizados por temor a las represalias de ETA.

–En la próxima manifestación nos veremos.

–Allí estaremos –le responde mientras se va despidiendo de los recién conocidos.

Mari también está feliz, contagiada por el ánimo y apoyo de todos en la lucha por la paz.

–El que quiera que venga, y pondré un buen puchero de porrusalda y algún chorizo que me queda de la matanza del año pasado. Pocos comemos, por eso de que dan tanto colesterol y

tantas puñetas, acabamos por no poder comer más que verduras y escurridas –invita Eguskiñe de nuevo.

Se despiden con sonrisas llenas de simpatía y cariño, saliendo las tres mujeres a la Gran Vía para despedirse allí mismo, reiterando de nuevo Eguskiñe su invitación.

–Como vayamos todos los de la cafetería y nosotras con los maridos, ya nos contarás –dice Carmen abrazando a Eguskiñe y despidiéndose de ella.

Mari también abraza a Eguskiñe y besándola en ambas mejillas le promete hacer lo posible por ir al caserío el próximo domingo.

\*\*\*

### III

Son las cuatro y media de la tarde y en el caserío de los Olavarri el único sonido, es la campana del reloj marcando la hora.

Fermín, sabedor de que a dicha hora amama se levanta de la siesta, se dirige hacia el caserío por el estrecho camino que conduce al mismo, flanqueado por huertas a derecha e izquierda.

Se adivina el otoño en el rubor de doncella desnuda que muestran los pocos árboles frutales, al ir perdiendo las hojas muertas y haciéndose visibles sus ramas desiguales.

El suelo muestra las hojas esparcidas que cubren la verde frondosidad de la hierba, fruto de tanta lluvia como ha caído durante el verano, dándole tonalidades de alfombra imperial.

Hay silencio por doquier y se respira paz y tranquilidad junto con el limpio aroma del campo que inunda los pulmones de aire puro, purificándolos.

–Que la gente quiera vivir dentro de jaulas en las ciudades como los monos del zoo, no lo puedo comprender, con lo bien que se está en el campo... Cogeré un par de berzas y algunos puerros para amama, mañana ha dicho que va a poner garbanzos.

Fermín se agacha dentro de la huerta y saca unos puerros de la tierra, quitándoles el barro adherido a la piel, dirigiéndose a la

cuadra para coger una hoz y poder cortar el tronco que une las berzas, separándolas y liberándolas.

Regresa con la hoz en la mano y agachándose de nuevo sobre la pieza sembrada de berzas, elige una de buen tamaño, segándola de un fuerte y certero tajo. Con ella en la mano, corta las hojas duras y ásperas que no sirven para cocer, mirándolas con cariño.

Siente un grado de orgullo al sentir su peso y su tacto entre las manos, pensando para sí:

–Una a una las planté, unos tallitos de nada y con buen abono y estas manos, ¿hay algo más hermoso?... Ni las flores... Con refrito de ajitos, después de cocer y escurrir el agua, tienen que estar para chuparse los dedos... Y esos puerros, buena sopa, ya lo creo... Luego iré a la carnicería a por zancarrón y unos huesos de rodilla, aunque huesos... Ahora a todo le ponen pegas: sin tocino, sin chorizo, vaya manera de comer. Los médicos, con tal de joderle a uno, no saben qué hacer, como si no tuviéramos bastante –se queda unos instantes pensativo–. Tenía que haber ido con Eguskiñe a Bilbao, pero amama me preocupa, si le pasa algo ¿quién va a quedarse por si acaso? Está bien que vaya a manifestarse, pero las obligaciones abandonando está con tanto ir y venir, cualquier día le van a dar un estacazo, porque la boca no sabe cerrar, con repetir que demasiado tiempo hemos callado, ya tiene bastante. Como las cotorras anda con eso que estudia, lecciones no para de darnos de política de ésa, de Historia, no calla. Antes no entendía, ahora se pasa, yo creo, las mujeres mucho han cambiado, no sé qué es mejor, si antes o ahora... En casa no está, no veo mi coche ni el de ella, aquí no para nadie y cualquiera le dice nada. Cada vez que quiero fijar la boda, con decirme que no hay prisa ya tiene bastante. La muy jodida, ella tendrá bastante, pero yo...

Recoge Fermín los puerros y la berza junto con la hoz, metiéndolos en un cesto de eneas, cogido a la altura de la cadera, acercándose a un grifo que hay colocado a la entrada del caserío, abriéndolo y borrando todo vestigio de tierra incrustada en los puerros y en la berza.

Los sacude bien, escurriendo el agua y, con los puerros en las manos, junto con la berza, una vez dejados el cesto y la hoz en la

cuadra, sube las escaleras que conducen a la vivienda en el piso superior.

Amama está en la cocina comprobando si la chapa tira bien, cuando llega Fermín con la berza y los puerros en las manos.

–Hola, Fermín. ¿Has adivinado mi pensamiento? ¿Cómo sabías que tenía que ir a la huerta a por esto? –le pregunta amama sorprendida.

–Porque tengo poderes de adivino. Una copita ya se merece esto, ¿no? –le pide Fermín a amama con ojos pícaros.

–Antes que llegue Eguskiñe. Me ha llamado desde Bilbao para preguntar qué tal estaba. Ya me ha contado. Cualquiera día la van a dar un golpe, no quiero ni pensarlo –dice amama en tono de preocupación, mientras coge una copa y la botella de coñac, poniéndolo sobre la mesa al lado de la berza y los puerros.

–¿No tomas tú conmigo un culito? Ya sé que el médico te lo ha prohibido, pero el espíritu, si no lo alegramos un poco, enfermar puede también. Además, con tanta preocupación...

Amama mueve la cabeza de un lado para otro y con sentimiento de culpabilidad, coge otra copa poniéndola junto a la de Fermín y sirviéndose la mitad.

Beben en silencio, están preocupados aunque no quieran manifestarlo.

–¿Cómo tienes el reuma hoy? –pregunta Fermín tratando de desviar sus pensamientos.

–Hoy no es el reuma lo que me preocupa, ya lo sabes tú bien... Hasta que no la vea en casa... Ésa es capaz de venir con la cabeza debajo del brazo y decir que no pasa nada. De pequeña se hacía una herida y no venía a decirme, se metía en el cuarto y de la cómoda sacaba el alcohol y el guaté y se limpiaba sin decirme nada. ¿Y no me dices nada de la bata que he estrenado y el jersey? De no sé qué sitio lo ha comprado Eguskiñe a los gitanos, sí, de Sodupe, del mercado que pusieron ayer precisamente.

Amama se mira las prendas que lleva puestas sin demasiada coquetería, como es lo habitual en ella, quiere distraer los pensamientos que pugnan por traerle mensajes negativos, tratando de no escucharlos.

Fermín, que se da cuenta de ello, le sigue la conversación en el mismo tono.

–Guapa como siempre, te pongas lo que te pongas, como yo. Esta camisa también la compré allí. Les llevé unas cuantas berzas y puerros como éstos y unas vainas, e hicimos cambio: esto para ti y esto para mí. Unos pantalones también me dieron y unas albarcas de buena goma, total que aquí están –dice Fermín tratando en vano de buscar en su cabeza una salida divertida que haga reír a amama.

–Que iba a comprar bacalao también me ha dicho, no la he entendido bien, para una porrusalda, que había invitado a no sé quién el domingo. Como ahora tiene amigas, pues las habrá invitado.

Apenas bebe un poco de coñac, sin abandonar su gesto de preocupación.

Fermín apura de un trago su copa, mirando por la ventana tratando de descubrir su coche conducido por Eguskiñe.

–Amama, ¿verdad que soy tonto?

Amama, sorprendida por la pregunta inesperada de Fermín, se levanta de la silla en la que se encuentra sentada, y mirándole con ternura, le dice lo que su corazón siente:

–Ojalá el mundo estuviese lleno de tontos como tú, no habría guerras, no habría envidias, no habría engaños, no habría traiciones, ni tampoco adulterios. ¿Tonto tú? Tontos los que así piensan. Ellos sí que son tontos. Ojalá el mundo estuviese poblado de tontos, otro gallo nos cantarían...

Fermín escucha a amama, sin apenas oírlo, los pensamientos le golpean la cabeza sin dejarle oír las palabras de amama, que aunque sinceras le suenan a cariño y cuando el cariño abunda, la balanza se inclina forzosamente del lado del ser querido.

Por eso no puede Fermín prestarle la debida atención, sin escuchar también lo que le dice su conciencia.

–A ti no te puedo ocultar nada, ¿pero tú crees que nuestras relaciones son normales? ¿Es normal que todavía no nos hayamos acostado con la edad que tenemos? Cuando hoy los chavales al cuarto, qué digo, casi al mismo día ya andan... Ya me entiendes... –deja la frase en el aire para no tener que darle detalles sobre el

comportamiento de muchos de los jóvenes actuales, que horrorizan la conciencia de amama.

–Cuestión de culturas, se dice ahora, o de vergüenza, diríamos nosotras, o de conducta como debe de ser, diría Eguskiñe. Ella está chapada un poco a la antigua. Porque al marido ya lo ha olvidado, yo soy muy bruja y ya me he dado cuenta del cambio, cuando sin que tú la veas, se asoma a la ventana para ver si te ve llegar. Sí, sí, no me mires con esa cara de sorpresa. Luego finge que le da igual verte o no. La semana pasada que estuviste varios días sin venir, no hacía más que preguntarme si sabía si te había pasado algo.

Al escuchar de amama estos datos reveladores, a Fermín se le ilumina la cara, transformando su gesto de preocupación en otro ilusionado y esboza una sonrisa que delata lo feliz que le hacen esas palabras que siente que son sinceras.

–¿De veras?, ¿no lo dirás por ayudarme?

Amama hace un gesto afirmativo con la cabeza y continúa.

–Los que hemos vivido una guerra, sabemos de estas cosas, es como un veneno. Necesita hacer lo que hace, de esta manera su conciencia no le reprocha nada. Además, su razón de vivir tiene sentido, el matrimonio ya sabes lo que es, atadura y obligaciones. Casada no tendría la libertad que tiene ahora.

Fermín le hace un gesto con la mano, interviniendo en este punto.

–¡Alto, alto! Que yo no me metería en esas cosas y ellas lo sabe bien. Lo que pasa... Lo que pasa es eso, que después las amigas, luego el café... que hay más que ir a manifestarse.

–Déjala, demasiados años metida en este caserío: cuánto ha luchado con los hijos, el marido, las dos desgracias casi seguidas... Déjala respirar un poco. Ten paciencia, todo llegará si Dios quiere –suspira amama absorta en sus propios pensamientos, ajena a las cuatro paredes de la cocina en la que ha pasado más de media vida–. Lástima que yo no pueda acompañarla, esa es la pena que tengo, la vida con sentido se vive de otra manera. Si no, dime ¿qué sentido tengo yo aquí ya?, llena de achaques, ¿crees que es mejor no tener otra cosa que hacer que el que te lo den todo hecho? No, lo bonito es tener metas, las metas son como el motor de los coches,

cuando se ponen en marcha te pueden llevar lejos, o cerca, pero no te dejan en el mismo punto –amama parece cansada al hablar y este pesimismo preocupa a Fermín, no está acostumbrado a él. Ahora es él quien preocupado por su estado de ánimo no sabe qué decirle para cambiar de conversación y hacerla sonreír con algún dicho de los que se le suelen ocurrir a menudo, pero en ese momento no le viene ninguno a la memoria por más esfuerzos que hace.

–Amama, no te pongas así, porque la jodemos, tú sabes que hasta las estatuas de los santos son necesarias, aunque no digan ni una palabra. Vas a la iglesia, les hablas y les hablas, les cuentas tus problemas y todos contentos pensando que te han escuchado. Pues eso eres tú, una santa que bien nos viene a todos. Todos en esta casa te cuentan las cosas y a todos les das respuesta. ¿Te parece poco que hacer? Las de la iglesias, ni un gesto, nada, mudas se quedan. ¿Vas a comparar? Así que ni en broma te quiero el ánimo bajo, ¿eh? Ya sé que te pasa lo mismo que a mí...

Fermín se rasca la cabeza inclinándola y mirando hacia un punto del suelo, haciendo una pequeña pausa, prosiguiendo seguidamente:

–Que estamos preocupados, eso es lo que nos pasa a los dos.

Amama se levanta de la silla asomándose de nuevo a la ventana, regresando de nuevo a su asiento, un poco nerviosa por la tardanza de Eguskiñe.

Hay un silencio sepulcral en la casa que acentúa aún más la intranquilidad de amama y Fermín.

–¿Te pongo la tele mientras voy a la carnicería o prefieres que me quede contigo?

Amama le coge la mano con gesto cariñoso, haciéndole ademán de que prefiere su compañía a la del televisor.

–¿No te importa que te cuente cosas de cuando yo era joven? –pregunta amama a Fermín sabedora de que el pobre ya sabe más de su vida que ella misma, pero amama disfruta recordando y aparte de Fermín no tiene a nadie más que la escuche y ponga, al oírla, una cara de asombro como de primera vez.

Fermín comprende la necesidad de amama, de distraerse alejando de esta manera los temores y para que así sea, se levanta,

yendo al aparador para coger la botella de coñac, él también necesita un estímulo para alejar la sombra del miedo que siente y haciendo un esfuerzo para mostrar la mejor sonrisa, le responde en tono un tanto eufórico:

–Me temo otro trago, ¡tú no!, que te puede sentar mal... Mal o bien, qué puñetas, un poco también, ahora que no te ve el médico ni tu hija, que ésa es peor que él y cuéntame cuando te embarcaste en Gijón durante la guerra y te llevaron a Francia.

–El hambre que pasamos por el camino, pero la gente era caritativa: en las aldeas nos daban de comer y nos dejaban dormir en los pajares. Había unión y compasión, el dolor une, eso está claro, se es más solidario cuando hay problemas. Comprendo muy bien a mi hija...

Continúa amama relatando, mientras Fermín con gestos de cabeza asiente a cuanto dice.

\*\*\*

## IV

Eguskiñe regresa conduciendo el coche de Fermín con una sensación de bienestar dentro de su corazón, rememorando los acontecimientos de la mañana, pensando también con tristeza en el hijo drogadicto de su amiga Carmen, pasando de un sentimiento a otro.

–Ojalá vengan a comer el domingo al caserío, mañana me lo confirmarán por teléfono. ¡Ay, qué bien me encuentro! Hasta el paisaje me parece más bonito. Ya estoy llegando a Alonsótegui, en un cuarto de hora en Oquendo. Lo único que me preocupa es mi ama, ella es mi mejor aliada, lástima que su salud no la acompañe. Piensa como yo: con los brazos cruzados y sintiéndonos angustiados, no vamos a solucionar nada. Cada día cierran una fábrica, más y más gente en el paro. En una casa cuando reina la anarquía nos come la mierda, demasiado tiempo hemos

abandonado el barco por miedo, es hora de coger el timón para no estrellarnos contra las olas. Hay que hacer algo, el agua nos llega hasta la boca y vamos a morir ahogados todos si no le ponemos remedio a esto. Si los Reyes se han arriesgado a venir aquí, ellos que no tienen nada que perder, con más razón tenemos que colaborar para que esto se acabe cuanto antes. Hasta el miedo a hablar en cualquier sitio público, nos habían metido en el cuerpo. Tanto luchar en el pasado por la libertad... ¿Qué libertad es ésta que amordaza la lengua? Demasiado tiempo callados. En el fondo pienso que nos ha faltado valor, no se puede sólo actuar como en mi caso, porque tengo un motivo, también hay que pensar en los demás, en los que están pasando por momentos de dolor. Nadie puede estar seguro con el terrorismo, cualquiera puede ser el siguiente y el siguiente. Prefiero morir en una manifestación a quedarme en casa esperando que el mundo lo cambien los demás.

Eguskiñe es una conductora prudente. Al llegar a la entrada de Alonsótegui, disminuye la velocidad; los semáforos ubicados en medio de la calle principal, señalan intermitencia, invitando con sus movimientos rítmicos a una velocidad limitada y controlada.

—Ahí había un caserío con un bar, hace años ETA puso una bomba y murieron varios, entre ellos un amigo mío, sólo queda el solar y el recuerdo, ¿qué de malo hizo? Sólo fue a tomar unos txiquitos, entraron y ya no salieron, —sigue pensando Eguskiñe con dolor, mirando por el rabillo del ojo el lugar del atentado a la orilla de la carretera. Un gesto de rabia se dibuja en su rostro, a punto de llorar, al recordar a su amigo, a su viuda y a sus hijos huérfanos, sin poder pasar por alto el recuerdo de su hijo Mikel.

—Con los brazos cruzados me voy a quedar... Fermín, ya puedes esperar si quieres, te casas y te atan de pies y manos. Me viene un hijo ahora, porque todavía puedo tenerlos, ¿y qué? Mi ama no podría quedarse con él. No, no es lo mismo, nadie me manda. Algún día, no digo que no, la verdad que me he enamorado como una tonta y mis esfuerzos me cuesta el no dejarme llevar por los sentimientos, pero... quita, quita, quién sabe si más tarde, pero ahora no... No es el momento oportuno.

Hace una pausa y luego exclama:

–¿A donde iré ese loco? Luego dicen que hay accidentes, algunos qué poco respeto le tienen a la vida, hasta cuando sufres, creo yo que tiene sentido vivirla –recrimina Eguskiñe en voz alta a un coche que pasa a más velocidad de la permitida.

–Cuando no es por una cosa es por otra, siempre hay un motor que te empuja... Eguskiñe, sigue así, que hacía mucho tiempo que no te encontrabas tan bien y tan a gusto contigo misma... –frunce el ceño– No dejo de pensar en la chavala que iba con mi hijo Javi, ¿de qué la conozco? Qué raro... pero esa cara me era familiar... Tengo que buscar una gasolinera, la aguja hace un rato está en reserva, en Sodupe echaré, allí trabaja un amigo mío, por lo menos lleva veinte años, le conozco de siempre a él y a su mujer... hace dos días éramos unos chavales como nuestros hijos y pronto abuelos... no lo quiero pensar.

Hace una pausa y luego comenta:

–Esta carretera es igual de estrecha y peligrosa... Cuidado, que éste que tengo detrás parece que tiene prisa también por llegar. Seguro que para enfrente de un bar para tomarse algo y allí no le importa que el tiempo corra... Cagaprisas, deja ya de tanto darme las luces, que te vas a cargar la batería –le dice Eguskiñe en voz alta al conductor que la viene acosando acercándose a ella demasiado, en su afán de intimidarla para que se eche a un lado y le deje vía libre.

–Esta carretera no es una autopista, aquí hay que tener paciencia... Bueno, a lo mejor es que la tiene, pero qué va, que les dan el carnet y ya creen que la carretera es suya...

Eguskiñe no ha puesto la radio, le gusta pensar y sentir lo que piensa, a veces en voz alta y otras escuchándose a sí misma. También disfruta de la conducción, contemplando el frondoso paisaje de diferentes tonalidades verdes, sorteado de valles, pinares a orillas del río Mastondo que la conducen a Oquendo, su pueblo, al que siente con el mismo cariño que si fuese propiedad suya.

–Bueno, ya estoy en Sodupe, menos mal, un poco más lejos la gasolinera y tengo que hacer auto-stop como aquella vez, hace años, que me quedé a dos kilómetros, sin gasolina y tuve que venir a pie, tampoco se ríe el de la gasolinera cuando le pedí una garrafa

para poder llegar hasta aquí... “Mujeres tenían que ser”, me contestó el muy machista, como si a ellos no les pasaran estas cosas, ¡no te jode! Eso, ahora que nadie me oye, puedo jurar a gusto. Estos cabrones de hombres se creen todavía con derecho de pernada... En algunos aspectos, estoy con la juventud de ahora... Ya lo creo, son más iguales los hombres y las mujeres. ¡Vaya cambio! Me quedo con la igualdad que tienen mis hijos, no con la que tuve yo, y no digamos mi ama, esclavas parecían más que otra cosa. En la manifestación, había más mujeres que hombres y en todas partes, en el restaurante igual, en la cafetería lo mismo. Da gusto ver a las mujeres por todas partes.

–Menuda papeleta les espera a los hombres como no se anden listos! Qué cambios en unos pocos años..., conduciendo, ahora mismo me he tropezado con cantidad de ellas... Mi hija, cualquier día también tendrá que sacarse el carnet, ¿y por qué no?... ¿No conduzco yo? Lo que pasa es que todo son gastos y más gastos, no sé, pero tendré que ponerme a trabajar, con los brazos cruzados... es un decir, porque en la huerta todavía tengo bastante... pero no saco más que cuatro perras gordas... No sé, algo diferente tengo que hacer, pero ¿qué?... Si no me voy a comer el piso en cuatro días y, en fin... Muchas dudas tengo de todo, pero la vista atrás no quiero volver, para adelante y que sea lo que Dios quiera... Dos kilos de bacalao he comprado y tres mil y pico he pagado... ¡qué barbaridad! Lo que ha subido. Tres mil de gasolina, la comida... No quiero ni pensarlo, la matrícula de Javi, Maite que también necesita más cosas, total... ¡Vaya día!... Vaya futuro para mis hijos y vaya... ¡Vaya, ese imbécil que porque lleva pantalones se ha colado!... Que no me ande con leches, que como baje del coche, ése paga las consecuencias... –increpa Eguskiñe al conductor que la ha adelantado por la derecha, metiéndose en la gasolinera, para llenar el depósito de gasolina antes que ella.

–Si es que la culpa la tenemos las madres, que todavía en casa marcamos a los hijos con la diferencia de que los trabajos de fregar y barrer, para la mujer... Me gustaría ir al extranjero para ver si es verdad, que allí son menos machistas que aquí y cómo educan a los hijos. Estamos los padres atrasados en este sentido y esto se nota,

ya lo creo que se nota, les das categoría de reyes y te creen vasallos... Pero de un tiempo a esta parte no sé lo que me pasa, que no acepto el machismo, desde que leo más y salgo más, muchas cosas están cambiando dentro de mí, que hace que no me conozca –piensa mientras se sitúa próxima a la máquina automática de la gasolinera de Sodupe, deja el motor en punto muerto y abre la ventanilla de su lado.

–Hola, Eguskiñe, ¿cuánto te pongo? Oye, muy guapa estás –le dice el empleado que la conoce de muchos años ya, y aunque es aproximadamente de su edad aproximadamente, aparenta tener más años que ella.

–Tres mil... Hay que cuidarse... A ver si no... ¿Qué tal tu familia? –le pregunta Eguskiñe a su vez, mientras el empleado y amigo de la gasolinera acciona el mecanismo de la máquina poniéndola en funcionamiento.

–Tirando..., jodidos pero tirando. A ver..., ya me entiendes... Las cosas no andan bien aquí. También se nota, menos gasolina, menos aceite y menos de todo, pero tú en cambio... cada día más joven –el empleado la mira con ojos pícaros, ya que el cambio experimentado por Eguskiñe, lo mismo en su atuendo como en su peinado y hasta en su forma de maquillarse, le hacen percibir vibraciones de la necesidad, tal vez, de una nueva relación sentimental.

–Tú tranquilo, que con tu mujer ya tienes bastante –le dice Eguskiñe, a la que su sexto sentido le hace intuir que su amigo Aniceto, va ir demasiado lejos en sus piropos y quiere cortar por lo sano.

–Porque tú no quieres que si no... –le contesta Aniceto sin hacer caso de su indirecta.

–Que acabes de una vez; sois todos los hombres iguales, si pudierais nos usaríais como los kleenex, “usar y tirar”. Toma las tres mil y da gracias de que te conozco de hace muchos años, que si no a hostias me iba a liar contigo –le responde Eguskiñe en tono ofendido, pero sin querer ir muy lejos en su enfado. En el fondo le halaga que le haya dicho que está guapa.

–Oye, cuando quieras un favor, ya sabes... –le responde riendo Aniceto, mientras el coche arranca dejándole Eguskiñe con la

palabra en la boca, y riéndose de la proposición deshonesta de su amigo al imaginarse una relación sexual con él.

–Estos hombres todos iguales. Como se lo cuente a Fermín... viene y le quema a lo bonzo con la gasolinera y todo junto. ¡Ja, ja, ja! –ríe Eguskiñe imaginándose el ataque de celos de Fermín y también las consecuencias que tendría si llegase a enterarse de las proposiciones de su amigo Aniceto.

\*\*\*

## V

El domingo siguiente hay animación en el caserío, la mañana ha amanecido fría, pero con un cielo azul poco usual dado lo temprano de la hora, el sol muestra en lo alto su cabellera dorada bañando con sus destellos los húmedos campos cubiertos de una fina capa de plata, vestigios de la reciente llovizna, haciendo relumbrar la huerta de amama, que la contempla como si fuese la primera vez.

–No me canso de mirar mi huerta, siempre puedo ver algo diferente en ella. Aquel rosal no estaba el año pasado, ni aquellas boronas plantadas en esa pieza de la huerta, la higuera temprana es, dará buenos higos para embotar. La tierra siempre joven, siempre dando buenos frutos, siempre fértil.

Amama deja de contemplar con ojos un poco cansados, el espectáculo majestuoso que le ofrece la tierna mañana, para posar su mirada en el viejo espejo del ropero de su habitación, y torciendo el gesto, se contempla en él de arriba abajo.

–María, es mejor contemplar el campo, él no envejece, en cambio tú... ¡Ay, Jaungoikoa, cada día te sobra más espejo! O él da de menos, o eres tú la que se va encogiendo. ¿Por qué me miraré tanto en él últimamente? Si es mejor cerrar los ojos a veces a la realidad.

Se queda absorta en sus propios pensamientos, tratando de recordar cuándo fue joven, como su nieta Maite, cuándo fue una mujer madura, como su hija Eguskiñe y comparando con lo que se

ha convertido a sus casi ochenta años.

–¡Ay! –suspira de nuevo amama haciendo una pequeña pausa para seguir con sus pensamientos. –Tendré que quitarme los complejos de vieja igual que este pueblo, Eguskiñe, que aún le quedan complejos de aldeano en lugar de sentirnos orgullosos de pertenecer a un pueblo antiguo y sabio por ello. Lo mismo que me dicen mis nietos, que me ven vieja pero sabia, esa es nuestra recompensa: la sabiduría, no suena mal, viejo y sabio, vieja y sabia. Euskadi, tú y yo parejos andamos. Bueno, menos charla y menos filosofías, que hoy hay que poner porrusalda, no sé cuántas amigas vienen de Eguskiñe con los maridos a comer. Comida de pobres era hace tiempo, hoy de ricos, diría yo. ¡Vaya precio que tiene el bacalao! Eguskiñe quiere que lo ponga yo. Yo de mil amores, ya lo creo. Necesito sentir que puedo ser útil todavía. Cuando me dicen, “siéntate, amama, que estarás cansada”... razón no les falta, pero todavía tengo agallas, ya lo creo, se van a chupar hasta la última espina del bacalao.

Habla sola en voz alta amama, mientras va recogiendo la habitación. Ya está vestida y peinada, después desayunará y empezará a limpiar los puerros y pelar patatas para preparar el sencillo y tan exquisito plato.

Una vez que amama ha recogido su habitación la mira con cariño, orgullosa de ver cada cosa en su sitio y en perfecto orden.

Va a cerrar la ventana que está abierta para que se ventile la habitación y se renueve el aire viciado durante la noche.

Aspira el frescor del aire no contaminado y llenando sus pulmones con el perfume fresco del campo, se queda todavía unos segundos así, contemplando el cielo azul y el regalo del sol, que siente como una bendición acariciándole el rostro. Con los ojos cerrados, permanece durante unos instantes recordando tantos momentos como éste.

–Siempre me gustó el sol, será por lo escaso que lo tenemos. Cuántas veces tentada estuve de irme al sur, allí les sobra y aquí nos falta. Claro que esta vegetación sin tenerla que regar en agosto, tampoco la tienen ellos, pero vas a dejar cualquier día este mundo y no sé si lo has hecho bien del todo. No, creo que no, demasiadas

obligaciones, qué difícil ha sido ser mujer, siempre trabajando, cargando con los hijos, atada a la pata de la mesa. Mucha ignorancia, creo yo ahora. Entonces no me daba cuenta, pero mi hija con su coche que puede ir y venir donde quiera, mi nieta estudiando para no depender, si no quiere, de un hombre, razón no le falta. Vieja y sabia, creo que vieja y tonta también. ¡Ay, si yo volviese a nacer...! –suspira amama abriendo los ojos a la realidad, mientras se pasa las manos por el pelo recogido, con su moño en la nuca bien hecho, comprobando al tacto que está perfecto, sin necesidad esta vez de contemplarse en el espejo.

–Muy ignorantes hemos sido los dos, si los dos volviésemos a nacer, muchos errores evitaríamos... –le dice en voz alta a la tierra que la vio nacer–, aunque tú no eres la que se equivoca, aunque la cosecha sea mala, los hombres somos unos tontos de baba. Tantas guerras, ¿para qué? Complejos tampoco nos han faltado, que no hable yo euskera porque era de aldeanos, eso decíamos, bien coloradas nos poníamos en el baile cuando algún chico nos llamaba aldeanas porque repetíamos el “pues”. Culpa nuestra ha sido, ya lo creo; los judíos más persecuciones y más sufrimientos que nosotros tuvieron. Claro que nosotros hasta en la escuela; recuerdo cuando para distinguir a las que hablaban euskera, les ponían un anillo de papel de colores en el dedo, como si estuviesen cometiendo un pecado. Complejos nos metieron y miedo también, no supimos comprender lo que estábamos haciendo, por ignorantes, olvidando nuestra preciosa lengua. Pesar tengo yo ahora, pero el mal está hecho, ignorantes éramos, hoy no nos habría pasado esto. Los gitanos repartidos y también perseguidos, pero ellos a lo suyo, en cambio nosotros, demasiado infelices y poca malicia hemos tenido. Esto es algo que tengo como un cuchillo clavado en el alma, que mis hijos no hayan podido hablar euskera y en cambio hablen inglés. Dos lenguas y tres, también se puede hablar. Qué tontos fuimos, represiones ya lo creo que tuvimos y grandes, pero en comparación con los judíos... y por eso ellos nunca consintieron perder sus costumbres, aunque estuvieron en los campos de concentración. Bueno, no pienses más en ello, que pensar no lo arregla, pero muchas veces no puedo dejar de hacerlo. Deben de ser

los remordimientos o las dudas ante la muerte, que está ahí, tan cerca... Dios ya me habrá perdonado, con malas intenciones nunca he obrado.

–Amama, amama –Maite llama desde el pasillo, tratando de localizarla

–Es capaz de haber bajado a la huerta a por los puerros, sin decir nada. ¡Qué mujer! Un día de éstos nos da un susto y nos dicen que se ha roto un tobillo bajando las escaleras de la calle... –va Maite hablando en voz alta por el pasillo camino del hall que conduce a las escaleras de la entrada a la casa. Aún va en bata, camisón y zapatillas y el pelo desaliñado, sin peinarse.

–¿Decías algo, Maite? –de pronto aparece delante de Maite la figura majestuosa de su amama, a pesar de su edad y de sus continuos achaques, con una expresión sonriente.

–¡Ay, Jesús! ¡Qué susto me has dado! ¿De dónde sales? Te he estado llamando.

–Ya sé lo que quieres tú –le responde con un deje malicioso amama, mirándola de arriba a bajo, sin aprobar el que ande por la casa sin lavarse, por lo menos la cara, y sin peinarse.– A ver, ¿qué pantalón quieres que te planche hoy? –ataja amama a su nieta en tono de fingido enfado, a lo que ésta con cara de sorpresa le pregunta:

–¿Y cómo lo has adivinado?

–¡Ah! Un pequeño duende que anda por la casa, me lo cuenta todo –le responde con gesto pícaro amama.

–¿Todo? –exclama colorada como un tomate Maite.

–Tu cara me dice que tienes algún amor por ahí... –le responde amama riéndose ante el gesto de sorpresa de su nieta.

–Tú eres un poco bruja. ¿Quién te lo ha dicho? ¿El chivato de Javi? Seguro –exclama ofendida Maite–. Pensaba contártelo, pero el tonto de mi hermano me vio con él el otro día y no hace más que tomarme el pelo. Pero ¿sabes?, él también tiene un ligue.

–¿Un ligue? ¿Qué es eso? ¿Que sale con una cualquiera? –amama, escandalizada, responde en tono de enfado, sujetándose bien el delantal con ambas manos.

–¡Ja, ja! –ríe Maite ante la expresión de enfado de amama,

echando su larga cabellera hacia atrás.

–Que no, amama, un ligue es eso... una amiga.

–¿Una amiga?... ¿Y nada más? –pregunta amama extrañada, no estando convencida del significado, en este caso de la palabra “amiga”, así como suena.

–Bueno, que sale con una chica y... bueno, tienen relaciones de amigos... –intenta explicarle Maite no queriendo entrar en más detalles sobre el ligue de su hermano.

–Ya, de amigos... Y tú también tienes relaciones de amigos... Entonces, ¿por qué te has puesto tan colorada si sólo es un amigo?

Amama escudriña la cara de su nieta y ésta, nerviosa, ante los ojos de halcón de su amama capaces de atravesar su alma para verlo todo como un espíritu es capaz de atravesar paredes, trata de desviar la conversación por otros derroteros.

–A propósito, amama, hablando de duendes, ¿tú crees en los fantasmas y en esas cosas de apariciones? –pregunta en tono bajo para que nadie la pueda oír, al oído de amama.

Esta la mira no sabiendo a qué viene esa pregunta y después de pensarlo un poco, recapacita y en el mismo tono que su nieta, le contesta seriamente:

–Ya lo creo, si yo te contara...

A lo que Maite, decidida, replica:

–Pues cuéntame. Vamos a mi habitación.

Maite ya no duerme con amama, tiene su propia habitación. Después de mucho pedir y discutir con su madre, ésta accedió a su deseo, reconstruyendo la despensa que, en realidad, era una habitación normal sin decorar, donde únicamente se almacenaban los restos de las cosechas: patatas, maíz, botes de conserva de pimientos, tomates, etc., trasladando toda esta mercancía en el camarote, en el piso superior de la vivienda, bajo el tejado de dos aguas, donde las paredes laterales obligan a agacharse para no golpearse la cabeza con las antiguas vigas de roble que Maite imagina llenas de nidos de arañas lo que la llena de pavor.

Maite tiene su habitación decorada informalmente: un gran sofá que hace de cama–nido, con una colcha de flores, cojines de colores haciendo juego, una gran alfombra sobre la que tiene

repartidos un radio-cassette, con cassettes de música moderna, algún libro, cuadernos y más cuadernos, notas y grandes pósters en las paredes, de sus artistas favoritos, Michael Jackson, Madonna y otros. Fotos de ella y sus amigas, un ramo de flores secas, un sombrero antiguo que encontró en un arcón de su amama y un perchero de madera con varios brazos, donde hay colgadas un sinfín de prendas: jerséis, pantalones, camisas y algún abrigo del invierno pasado.

Abre la puerta mirando con sigilo al fondo del pasillo por si ve a su hermano o a su madre por la casa, y al comprobar que no hay nadie, invita a pasar a su amama:

–Pasa y ten cuidado, no me pises nada del suelo.

Amama mira la habitación de su nieta detenidamente, suspirando al comprobar que dentro de las cuatro paredes existe otro mundo, donde ella poca cabida tiene.

–¿No me dirás que no está en orden? –pregunta Maite a su amama sin dejarla de observar, ante el prolongado silencio de ésta, sin saber lo que piensa, pero que sintiendo que algo no entra en la noción de orden que ella tiene y que manifiesta escrupulosamente en su propia habitación.

–Si esto es orden que venga Dios y lo vea, pero de lo que estoy convencida, es de que aquí hay una v' da nueva. Todo es tan diferente. ¿Puedes decirme tú qué es lo que pinto yo en este mundo, no te parece que no encajo en este rompecabezas? –amama, después de dar un repaso a cada objeto de la habitación de su nieta, suspira de nuevo, al sentir que la nueva era de su nieta nada tiene que ver con la suya, ni la de su pasado.

Trata de aparentar naturalidad, la misma que tiene su nieta, para quien todo es absolutamente normal: su equipo de música, sus cascos para oírla sin molestar a nadie, libros y libros para estudiar, su recipiente para dejar los bolígrafos, lapiceros y rotuladores de los que hay tantos que podría repartir a sus compañeros de escuela y sobrarían, y cuadernos y más cuadernos.

Amama mira a su nieta, orgullosa de lo buena estudiante que es, pasando por alto tres pares de zapatos en el suelo, un par de calcetines por otro lado, una mochila y una toalla de baño.

–En este rompecabezas, como tú misma dices, eres la pieza clave, o sea, la imprescindible, que es la página donde viene dibujado el juego que se quiere hacer, y sin esa página no hay rompecabezas que valga. Además, no te he traído aquí para hablar de eso.

Amama está un poco intrigada, aunque trata de no darle importancia y aparentar normalidad. Seguro que quiere preguntarle algo sobre sexo, que no quiere contarle a su madre, ya que con ella tiene menos confianza, piensa y en voz alta pregunta:

–¿Es algo de chavales, alguno en particular, o simplemente charlar de mujer a mujer?

Maite se ríe ante la salida de su amama, tan falta de malicia.

–Amama, de esas cosas yo sé más que tú, que ahora no es como antes...

–Tú qué sabes, antes y ahora, los hijos se han hecho de la misma manera. Mira por dónde, eso es lo único que no ha cambiado.

Amama también se ríe ante la actitud de sabelotodo de su nieta, dándoselas de mayor, cuando a ella aún le parece estar viéndola en pañales y de eso no hace tanto tiempo.

–Bueno, no te he traído por eso... Es que... ¿cómo te diría yo? Esta habitación está... ¿por qué no la usabais antes? –pregunta con gesto intrigado Maite, sentándose encima del sofá–nido invitándola a que lo haga también su amama.

La pregunta ha sorprendido a amama y para no responder de inmediato, trata de pensar y medir bien sus palabras antes de hacerlo.

Ya sentada junto a su nieta que la mira y observa atentamente, amama no sabe cómo empezar a hablar.

–Bueno... ¿a ti te dan miedo los espíritus? –pregunta en tono suave amama a su nieta, mirándola preocupada.

–Yo he leído algo sobre eso. Ni creo, ni dejo de creer, pero es que llevo varias noches que tengo la sensación de que aquí pasa algo –le responde Maite a su amama, en tono preocupante.

–¿De verdad crees que anda algo por las noches?... Bueno, puede ser, no sé, a veces los espíritus no encuentran la luz que los conduzca al más allá y viven dando vueltas entre los vivos –explica

amama, sin dejar de observar a su nieta, queriendo que sea ella quien diga qué es lo que la preocupa, y qué es lo que ha visto y sentido por las noches.

–Pues algún pariente, no sé, pero a veces alguien me cambia las cosas de su sitio, ¿no andaréis vosotros por la habitación? –pregunta de nuevo Maite a su amama, pero sin convicción. ¿Quién no le dice a ella que mientras duerme, su amama, su madre o su hermano simplemente, no entran y le revuelven las cosas?

–No, ¿nosotros a qué vamos a entrar? No, no... Pero aquí, no quiero asustarte, pero en esta habitación murió mi padre y mi madre, que yo recuerde, y en cada habitación durante tantos años, imagínate, difuntos no han faltado, quién sabe... –amama va a continuar hablando, pero no quiere inquietar a su nieta más de lo que está, por lo que se calla, sin terminar de decir lo que piensa.

–Pues sí, amama, aquí anda un espíritu, estoy convencida de lo que digo.

–¡Maite, amama, Maite! ¿dónde estará esa pareja? –recorre las habitaciones de la casa de Eguskiñe, sorprendiéndolas en la habitación de su hija a las dos sentadas encima del sofá–nido.

–Muy bien, de charla... ¿Se puede saber de qué estáis hablando? Con la de cosas que tengo yo que hacer –Eguskiñe se las queda mirando y recriminando, sin comprender por qué están las dos sentadas sin hacer nada a las once de la mañana, con invitados como tienen hoy para comer.

–Bueno, llegó el sargento, amama, a espabilar, ésta para general habría hecho buen papel. Cada cosa a su tiempo, todo se hará, de momento la casa ya está hecha.

Amama se ha levantado con parsimonia y, mirando al suelo para no tropezar con ninguno de los objetos esparcidos sobre la alfombra, camina hasta la puerta de la habitación.

Maite, con gesto de fastidio, la ve irse y haciendo aspavientos con las manos, refunfuña en voz baja:

–Siempre igual, ahora que estábamos tan a gusto... No sé por qué hay que pensar tanto en los demás, también los de casa necesitamos un poco de atención. Antes, porque no salía, ahora porque no entra... No tiene términos medios esta mujer.

–Ya hablaremos de eso en otro momento –le dice amama en tono bajo desde el quicio de la puerta, para que Eguskiñe que se aleja por el pasillo, no la pueda oír.

–En otro momento, total por cinco minutos más... ¿Y quiénes son las que vienen a comer? Ya me figuro que las de las manifestaciones. Desde que tiene amigas por ahí... Al pobre Fermín le trae frito, no sé cómo tiene paciencia, yo la habría mandado a la porra cien veces.

Maite se ha levantado también reflejando en su rostro un aire contrariado.

–Luego me ayudas a pelar patatas y continuamos hablando de eso.

Trata de tranquilizarla amama, hablándole con un gesto significativo de la cabeza, despidiéndose de ella.

–Reunión de pastores... oveja muerta –es Javi que pasa para el servicio por el pasillo.

–¿Y a ti qué te importa? Como me vaya yo de la lengua, ya verás... –le responde Maite amenazadoramente a su hermano.

–¿Tú qué, qué tienes que decir? –amama interviene una vez más ante los dos hermanos, que ya tienen adquirido el hábito de discutir.

–Bueno, bueno, cada uno a lo suyo. ¿No ibas al wáter? Pues eso, vete a mear.

–A eso, claro, a eso va... –deja maliciosamente en el aire Maite la frase sin terminar.

Amama finge no darse por entendida, riéndose por lo bajo camino de la cocina.

–¡Ay, Jaungoikoa! Qué hermoso es ser joven, lástima que pase como un soplo de aire fresco, sin dejar más huella que la caricia del viento. Se va tan rápido todo, vuela tan rápido el tiempo, que a veces no sé quiénes somos los vivos los que habitamos en esta casa o los muertos los que están recorriéndola. Me parece que todos andamos dando vueltas uno detrás de otro. No me extraña que mi nieta crea que alguien anda por la casa aparte de los vivos. Hasta una bisabuela mía recuerdo haberla visto, los abuelos, hermanos, aquella tía soltera... mejor no pensar. Muchas veces los siento a todos aquí conmigo, debe ser el espíritu de los muertos, que hablan o quieren hablar con el espíritu de los vivos. En el fondo es lo

mismo: los vivos hablan con los vivos, los espíritus quieren relacionarse con los espíritus aún cuando los llevamos dentro de nuestro cuerpo. Para el caso es lo mismo, no sé por qué hay que tenerle miedo a estas cosas, el espíritu no muere, por tanto es lógico que se comuniquen ambos. Miedo, miedo a los muertos no, hay que tener miedo a los vivos que gobiernan los espíritus. Si los escuchásemos más, otro gallo nos cantarían. Mejor sería que dejásemos de preocuparnos tanto por los cuerpos y escuchásemos más el sentido común de los espíritus.

Almas que vagáis en espera de consuelo  
entre la ceguera de quienes solamente  
quieren ver el mar en calma,  
sin tormentas que les azoten.  
A la espera del reencuentro,  
libres de cadenas  
que os tienen presos.  
Extendiendo vuestras manos  
pidiendo consuelo  
sin más eco que el silencio  
de la roca dormida.  
Almas que vagáis en espera de consuelo,  
¿qué os ata al mundo de los vivos,  
qué mensajes traéis en vuestro equipaje?  
Como soldados en guardia  
vigiláis el posible ataque,  
del enemigo maligno,  
defendiendo el territorio  
que se os ha encomendado,  
la roca salvaguardando.  
Estad atentos, no os durmáis,  
cual viejos mortales,  
amparadnos y defendednos.  
Almas que vagáis  
en espera de consuelo.

Repite amama por lo bajo, mientras busca el cesto de las patatas,  
dispuesta a pelarlas.

\*\*\*

## VI

Son las dos de la tarde y todo está listo en casa de los Olavarri. La porrusalda en su punto, una gran cazuela de porcelana de color rojo, despide el aroma inconfundible de la buena preparación de los puerros frescos de la huerta, cogidos a primera hora de la mañana. Las patatas de la cosecha anterior, guardadas en el camarote, a la espera de ser cocinadas por las manos rugosas de amama, junto con el bacalao comprado en Bilbao por Eguskiñe, regados por el aceite de oliva de buena calidad y la paciencia y el amor infinitos puestos en su condimentación, son el punto de ese olor inconfundible esparcido por toda la casa, que gusta a todos, menos a su nieta que, haciendo ascos, entra en la cocina donde se encuentra amama, dándole el último toque a la comida.

—¡Ah! ¡Qué asco! Estoy empachada con el olor, ¿no puedes abrir bien la ventana? No sé cómo te puede gustar tanto cocinar, amama, con lo fácil que es prepararse un sandwich en cinco minutos. Entre encender la chapa, pelar patatas, limpiar los puerros, el bacalao... —mueve la cabeza Maite con gesto airado, sin comprender a su amama ni a su generación.

—El bacalao para el de la lao, ¿qué sabrás tú de estas cosas?

El que así habla es Fermín que entra en la cocina con una gran bandeja de pasteles en una mano y un par de botellas de champán en la otra.

—Hola, Fermín. Tú, con tal de tentarme, no sabes qué hacer; ¿no sabes que tengo diabetes? —exclama amama feliz ante la visión de la bandeja de dulces, adivinando su contenido entre el que se encuentran un par de carolinas de merengue, que tanto le gustan a ella, pero que el médico le tiene prohibido.

—La diabetes te la metes... Bueno, ya sabes por dónde... Un día es un día... —deja la frase sin terminar Fermín ante la presencia de Maite.

—Sí, y seis media docena; con tus mimos buenas broncas me echa el médico. Por cierto, iba a venir a traerme una medicina de

ésas que le dan de propaganda, no creo que tarde –le dice amama a Fermín, cerrando la tapa del puchero, tratando de separarlo de la chapa y dando por finalizada dicha operación.

–Quita, quita, que abulta más el puchero que tú, déjame hacer a mí.

Fermín aparta con cariño a amama, después de dejar los pasteles a buen recaudo encima del armario–aparador que hay próximo a la chapa, y pone al lado derecho de la cocina el puchero para que mantenga la temperatura, pero sin hervir.

–Aquí ya está todo: platos, vasos, cubiertos, servilletas, pan, vino y agua. No comprendo por qué tenemos que comer siempre en la cocina teniendo un comedor. La última vez que lo usamos, creo recordar, fue en las Navidades del 91. ¿Para qué lo queremos? Mejor una sala de estar.

Maite habla así repasando con la mirada la mesa por si falta algún detalle.

–Sala de estar, ¿te parece poca sala de estar la cocina? ¿Dónde mejor sitio? Aunque aquí a uno le dan demasiadas tentaciones. A mí también me ha puesto al orden el médico, en un mes he bajado, amama, ocho kilos. Ya sabes cómo... Tres agujeros me sobran en el cincho, y ocho más que tengo que bajar me ha dicho... La porrusalda no engorda, ¿verdad? –pregunta Fermín a amama abriendo la tapadera del puchero, disfrutando de su contenido y sintiendo el aroma embriagador de las docenas de puerros de su interior.

Coge un cazo que hay colgado de la pared y metiéndolo en la cazuela saca un poco de contenido soplándolo para que se enfríe y lo prueba, cerrando los ojos para concentrarse más en la operación de degustar su sabor.

–En su punto, amama, como siempre; en el cielo también estaré contigo para comer tus guisos –exclama feliz Fermín.

–Qué cosas dice este hombre, allí no hace falta ni comida, ni apetito... –le recrimina Maite, haciendo un gesto de que no está del todo cuerdo.

Ríen amama y Fermín, la salida airada de Maite. Ésta, que ya ha cumplido los dieciocho años, muestra una belleza de mujer, con los

inconfundibles rasgos del canon de belleza femenina de la mujer vasca: porte altivo, uno setenta de altura, largas piernas bien torneadas en sus pantalones vaqueros ajustados y una blusa de franela de florecillas que marcan, a pesar de su holgura, sus pechos pequeños pero firmes. Su melena larga y abundante de color rubio, marcado con una permanente a la moda, junto con su rostro inocente aún, son la nota de nueva savia, nueva promesa, en el marco de la antigua cocina.

Fermín también está impecablemente vestido: pantalones de color verde oscuro, camisa crema y chaqueta de punto y ante de color verde a juego con el pantalón, y zapatos marrones de ante, le dan un aire de señor que a él poco le agrada. Pero como su ropa, de un tiempo a esta parte, se encarga de comprarla Eguskíñe, él acata cuanto le sugiere ésta, reconociendo que en estas cuestiones las mujeres saben más que los hombres.

Amama también se ha puesto su mejor vestido, un estampado discreto de color gris y negro seda, con manga larga, y zapatos curapiés de piel, negros de tacón rasgado y su inconfundible delantal negro para no mancharse el vestido. Su bien peinado moño junto con los pendientes de oro que le regaló su hijo, el que está en California, en las navidades del noventa y uno.

—Fermín, ¿no te parece que es poca comida? Una ensalada con huevos duros y bonito, aparte de la lechuga, pero no sé... pobre me parece la ensalada y un único plato, le llaman ahora. Este año ni chorizos tenemos como otros años... ¡Ay, Jaungoikoa!, cuanto más tenemos, menos comemos, y yo que creía que los ricos eran más afortunados porque podían comer más... Si se levantara de la tumba el tío Pantaleón y viera esto... —dice amama señalando la gran fuente de ensalada ya dispuesta en medio de la mesa a la espera únicamente de ser aliñada y la gran olla de porcelana roja.

—Y yo que estaba a punto de preguntar si el puchero era el aperitivo y a ver dónde estaba la comida... —bromea Fermín, mientras amama continúa hablando.

—Pero con tanto miedo al colesterol, a engordar...

Amama gesticula con las manos al no comprender bien tantos cambios en la conducta de los jóvenes, los menos jóvenes y los

mayores como ella, incluídos lo cambios alimenticios, adivinando lo que piensa Fermín.

–¿Te acuerdas, amama, la de veces que tú y yo...? –iba a continuar hablando maliciosamente Fermín, abrazado a amama, cuando la mirada de desconfianza de Maite frena en seco sus comentarios de guasa, para cambiar de expresión, recriminando a Maite:

–¡Oye, oye, no me mires con esa cara, eh!, que amama y yo, aparte de comer algún huevo frito y un chatito de vino, suficiente, qué hostias, para reírnos un rato, ¿verdad?

Amama ríe al evocar Fermín estas pequeñas travesuras, comentando entre risas:

–Entonces no sabíamos, ni hacíamos caso al engordar o no engordar. Tú estás más delgado y yo también, más guapos, dicen... pero no sé, no sé, si tuviera que camelar a alguien... pero como no sea al toro de Alejandro, que bien muge de vez en cuando... claro que no es por mí...

Fermín ríe malicioso y Maite tuerce el gesto, comentando:

–Qué dos, lástima que amama te lleve tantos años, si no, creo que haces tú mejor pareja que con ama.

–Pues no sería el primer caso, pero amama es sagrada –replica solemne Fermín.

–Como todas, una mujer; lástima que ha nacido en una época machista, hoy, con lo lista que es, estaría... –va a continuar Maite, cuando desde la ventana, ve pasar a un grupo de amigas suyas por la acera de la carretera, que está enfrente. Se dirige hacia la ventana a gran velocidad, interrumpiendo lo que está diciendo y abriéndola de par en par.

–¡Ainhoa, Nerea! ¿Adónde vais?... Ahora voy... Si, de acuerdo –se vuelve hacia amama–, Amama, ahora vuelvo, ya está todo, en media hora vuelvo a comer; todavía no ha venido nadie –le dice de carrerilla y a toda velocidad.

Amama asiente con un gesto de la cabeza, sentándose en su silla, ofreciéndole asiento a Fermín, ajena a las prisas de su nieta. Ella también tuvo sus ansias y el creer que el mundo acababa a los veinte.

Fermín toma asiento mirando al reloj de pared que está dando dos campanadas en ese momento, haciendo un gesto a Maite de que no necesita correr tanto, de que hay tiempo de sobra.

—Antes, a la una, ya estábamos comiendo, ahora, a las tres, no sé si es la merienda o la comida la que vamos a hacer, todo anda al revés.

Fermín se rasca su incipiente calva, mirando fijamente al suelo y seguidamente a amama, preguntándole, bajando el tono de voz:

—¿Dónde está Eguskiñe? No la he visto por ningún lado; la verdad que poco nos vemos y siempre cuando hay alguien delante. Menos mal que cuando la llamo por teléfono no puede haber nadie más que dos, ella y yo hablando, que si no, seguro que tendríamos tendido completo. ¡Que no, que no, que esta relación no es normal, siempre con testigos delante!

Fermín reanuda su contemplación del entarimado del suelo, sin atreverse a mirar de frente a amama por miedo a hacerla sufrir, ya que lo conoce mejor que él mismo, y quiere evitar que se disguste con esta situación, que para él carece de sentido, y para los del pueblo, amigos o familiares también. Continúa con amargura:

—Antes, de acuerdo, me rechazaba, y yo con la esperanza vivía... Pero ahora no sé si es peor tener la comida delante y tener que dejarla en el plato sin probarla —dice en la misma actitud adoptada hace unos segundos.

Amama suspira y sus ojos se posan en las vigas de roble del techo de la cocina ennegrecidas por tantos humos soportados, para que Fermín no se dé cuenta de que sabe perfectamente cuanto cruza por la cabeza y el corazón de Fermín, recordando aquel amor imposible que ella sintió después de estar casada, al que no tuvo acceso, aún cuando él no dejaba de acosarla en cuanto tenía ocasión, con cuánto dolor lloró a solas el no poder corresponderle... Hoy las parejas, cuando esto sucede, se divorcian. Hasta que la muerte nos separe, le dijo el cura, y así fue. Todo por mantener la familia unida. Tampoco habría podido soportar el escándalo que esta relación hubiera producido en sus padres, en sus hijos, con contar con su marido Genaro, que le fue fiel a ella, al menos eso creyó siempre.

–Si después me hubiera enterado de que tenía algún lío por ahí... No quiero pensarlo, casi llegue a enfermar, sí, a enfermar de amor, buenas depresiones tuve por ello. ¿Qué es mejor, lo de hoy o lo de ayer? ¡Jaungoikoa!, allí me darás la respuesta, porque lo que es aquí, aún no la he encontrado –piensa amama produciéndose un largo silencio, que no es interrumpido por ninguno de los dos.

\*\*\*

## VII

Eguskiñe, mientras tanto, se ha arreglado; bien peinada de peluquería, el pelo bien teñido de caoba oscuro, donde no asoma ninguna de sus muy abundantes canas, disimulando de esta manera sus cuarenta y muchos años cumplidos. Guarda régimen y su figura también se ha visto compensada con la pérdida de casi diez kilos. Se ha maquillado discretamente y pintado los labios.

Ha cambiado el mobiliario de su habitación: no se sentía cómoda pensando en Fermín en la misma cama donde su marido y ella tuvieron tantos momentos apasionados, llenos de ardor y con alguna que otra discusión también, pero que servía, precisamente, para aumentar e incrementar sus amores, cuando hacían las paces. Por eso no le parecía justo hacerle eso a la memoria de su marido, por lo que sustituyó su antiguo dormitorio, aún en contra de la opinión de su ama, que no comprendió por qué un dormitorio, sin tantos años, nuevo, hubo de ser prácticamente regalado a los gitanos, que ellos no preguntan los porqués de que la gente regale las cosas nuevas que, para ellos, es el subsistir de cada día.

Su dormitorio era ya de sus padres, de buen roble, le repetía una y otra vez amama, pero Eguskiñe se sintió más cómoda con el mobiliario cambiado.

Como la habitación es espaciosa, le añadió varias estanterías donde poner su colección de libros que se fue incrementando desde que en Bilbao comprara, hacía casi dos años, “por metros”, veinte libros que cuida y mimas para que no tengan polvo.

También junto a la ventana tiene una pequeña mesa de escritorio, donde muchas noches se queda leyendo y tomando notas.

Eguskiñe mira el conjunto y queda satisfecha, poco queda de la mujer afligida únicamente por la pérdida de su marido y de su hijo.

A su marido, en el fondo, lo ha reemplazado con la figura de Fermín, pero sin relación sexual, de esta manera se mantiene ilusionada y esperanzada. Sabe que cuando llegue ese momento en las relaciones, le será difícil prescindir de su compañía y de la libertad que disfruta. Por eso prefiere el sufrimiento que a veces esto le supone, con tal de seguir libre, hasta que llegue el momento que ella crea oportuno.

A su hijo no, a ése no le puede olvidar, pero el dolor se va suavizando y la herida duele menos a medida que pasan los días. Su búsqueda continúa en cada página que lee de sus amados libros. Cuánto desconocía de su pueblo y de su Historia, así como de sus costumbres... Qué orgullosa se siente de ser vasca, a pesar de todos los sufrimientos...

-No, no me cambiaría por otra raza, aunque haya sufrido tanto con la pérdida de mi hijo, lo que tengo que hacer, es impedir, como sea, que lloren más madres, evitar más muertes. ¿Pero cómo? ¿Cómo? Hay tanto que hacer... incluida mi casa, que cada día está más abandonada. Menos mal que ama no reprocha nada. Pero nada está en su sitio como antes. Ahora doy prioridad a otras cosas, que antes no la tenían. Los cristales de las ventanas necesitan un repaso, los armarios por dentro, no caben de abandono. No recuerdo cuándo emparejé por última vez los zapatos... Las colchas de las camas necesitan un buen lavado; no tengo vaca, cuatro gallinas que se cuidan solas, ya no emboto conservas, no tengo tiempo. El día tiene veinticuatro horas para todos, ¿por qué a unos les da para tanto y a otros para tan poco? Estoy cada día más confundida, llena de dudas, llena de miedos, ¿pero a quién le digo y le cuento todo lo que pasa por mi cabeza? Me llamarían loca. Todo cambia dentro de mí, creí estar muerta igual que ellos y de pronto descubro que hay tanto que hacer..., tanto que aprender dentro de estas cuatro paredes... Cuando era joven pensaba, que a la edad que yo tengo,

sopitas y buen vino, a recluirme en casa y esperar a los nietos, vestirse con discreción como mi ama, y adiós a otro amor, a otros comportamientos... Los nietos, ¿quién se acuerda de eso? ¿es normal lo que pasa?... ¿o es que esos años de dolor me han transformado...? No, no creo que sea eso, creo que son mis libros, ellos han cambiado mi vida. Pero ahora, ¿dónde estoy? Creo que no soy ni carne ni pescado. Antes tenía claro mi destino, pero ahora hay tantas cosas nuevas dentro de mí, que ni yo misma logro comprender... Empiezo a no encajar en estos rompecabezas: para unas cosas soy mayor, para otras joven aún comparando con mi ama, pero yo, ¿dónde encajo? Quiero ir más lejos, ¿pero dónde, cómo?

Eguskiñe mira un punto perdido del paisaje, sin ver qué hay delante de sus ojos negros, brillantes. Dentro de ella se debaten sensaciones juntas, que lejos de tranquilizarla, la angustian, pero al mismo tiempo es como un gato salvaje al acecho, dispuesto a sacar sus afiladas uñas al primero que quiera interferir en su nuevo estado de cosas. Cada minuto, cada día, es un nuevo despertar, una nueva manera de sentir, buscando qué hay más allá de lo que sus ojos vislumbran.

—La mujer empieza a ser mujer de verdad a los cuarenta y yo ignoraba eso, la belleza no es necesaria llevarla en la cara, hay que llevarla dentro. He hecho mucho daño con mi manera de ser, soy una más entre millones que ha pasado por experiencias parecidas, mientras yo creía que sólo a mí me ocurrían las desgracias. Al salir a la calle he podido comprender muchas cosas, sobre todo la cantidad de seres humanos que sufren como he sufrido yo y con problemas mucho peores, y saben sonreír. Mis hijos han sido, sin yo quererlo, víctimas de mi dolor y de mi mal carácter. ¡Pobres, no sé cómo podré compensarles!... ¡Quiero cambiar!, pero se dice pronto cambiar, cambiar tantas formas de vida, de manera de pensar... Me estoy volviendo... no sé si loca o si voy por el buen camino, pero es tan difícil ver qué hay más allá de nuestras conductas... Antes, todo lo tenía claro: odiar a los asesinos de mi hijo daba sentido a mi vida. Pero ahora siento que todos somos víctimas de algo, y ese algo es nuestro pasado con sus errores y con

sus aciertos. Siento dudas, cosa que antes no me sucedía, pero, cómo justificar las muertes, es tanto como dar la razón a los asesinos de mi hijo... No, no puedo perdonarlos, ¡hasta ahí podíamos llegar!...

Eguskiñe, con el ceño fruncido, se ha quedado mirando a un punto fijo de la habitación, sin ver la alfombra de lana con flores que tiene bajo sus pies, sin dejar de darle vueltas a la cabeza, que gira sin parar como una rueda de molino, sin aceleraciones, pero sin dejar de girar...

—Sí, las mujeres vascas hemos estado sometidas dentro de un sistema social de dominación patriarcal, creo que se llamaba Kate Miller la primera mujer que utilizó este término y con mucho acierto, a mi manera de ver. De jóvenes teníamos que obedecer al padre, después al marido, y así sucesivamente, como la cosa más natural del mundo. Lo dijo Blas y punto redondo. Tampoco yo sabía por qué, pero eso era lo establecido y había que acatarlo. Algunos pensadores decían que el sistema patriarcal que existía en Occidente, derivaba del sistema capitalista, llamándolo Patriarcado Capitalista; el hombre en la fábrica, la mujer en la cocina. Y el caso es que yo llegué también a creer en su día, que eso era lo justo. Mi ama siempre estuvo ocupando ese papel, mi amama también; las tradiciones marcan y la mujer vasca también fue marcada con ese hierro. Gracias a que ya el siglo pasado surgió el movimiento feminista, que si no, hoy estaríamos todas condenadas a coser y guisar —sigue pensando alzando la mirada hacia las estanterías de libros—. Esos libros, que son el artífice de mi cambio y de mis dudas después de tanto leerlos, me han hecho sentir tantas sensaciones y tantos descubrimientos, que no sé cómo ordenarlos en mi cabeza. En cien años sólo y, gracias a la revolución industrial, el campo laboral, el político y el empresarial, han sido los detonantes para que la mujer ocupara cargos que antes parecían demasiado... cómo diría yo... hombrunos, eso de ir a la fábrica a trabajar estaba mal visto hasta no hace tanto tiempo. En cambio ahora... La verdad, que nunca me sentí por debajo de ningún hombre, pero reconozco que sí tenía la sensación de no cumplir bien... mi cometido de ama de casa, renegaba por tener que hacer

cosas y trabajos propios de la mujer, si exceptuamos los trabajos de la huerta, que bien duros eran, pero no está mal visto que lo hagan las mujeres en el caserío. He ordeñado la vaca, sembrado patatas con buenos fríos, he recogido las berzas... Y con las heladas, buenos sabañones en las manos, anda que... No quiero ni pensarlo... Claro que la industria, que muchos aquí no han querido porque trajo la pérdida de la identidad vasca, un poco de razón ya tenían... a nosotras las mujeres, nos trajo la liberación sexual y la económica también... Pues ni tan mal, tanto depender de los hombres, gracias a eso puede estudiar mi hija y yo también, porque nunca es tarde, qué cojones... Bueno, menos mal que nadie me oye, y si me oyen, que me oigan, qué leches... Tanto fingir buena educación, un taco de vez en cuando parece que te libera. Mi hija jura más que yo y eso no me gusta, ni tanto ni tan calvo, pero de vez en cuando me saca el coraje y me quedo como nueva. Ahora, que la mujer siempre llevó las de perder... antes poco se les pagaba, éramos mano de obra barata, y después de la fábrica en casa, dos trabajos, sin contar con las obsesiones sexuales de los hombres, que siempre las creían más fáciles, por ser mujeres liberadas... ¿Liberadas?... Yo las llamaría heroínas; fue muy duro para ellas, pero en cambio, les dio acceso a las universidades y a la educación en los colegios, cosas que no tenían antes, ya que al hombre se le daba carrera y a la mujer un marido para que la mantuviese y a no chistar, por si acaso... ¡Ay, qué cosas! Hoy parecen cuentos de Calleja, pero qué tuvieron nuestras predecesoras... Aunque con tanto afán de hacerse todo el mundo rico, en aquellos tiempos de mis abuelos y bisabuelos, muchos se fueron a hacer fortuna al extranjero, a América, para dejar de ser pobres y comprar a la vuelta una gran casa con palmeras cerca del mar y presumir de buenos relojes de oro de dieciocho quilates, llevarlo en el bolsillo, y sacarlo cada cinco minutos para comentar con los amigos lo bien que andaba sin retrasarse un minuto siquiera. Yo me acuerdo de aquel fanfarrón tío de mi ama, que nos daba en el morro presumiendo de las onzas de oro que tenía... Por el culo mejor se las hubiera metido, no contaba lo mal que lo pasó cuidando ganado y la novia que dejó para que le esperase, con otro se le casó... Como la canción... Le estuvo bien

empleado, por fanfarrón... Pero sí, gracias a esas cosas, la que no quería casarse se colocaba y no tenía que depender toda la vida del marido, porque la que quedaba soltera, tenía que vivir poco menos que de la caridad, y cuando no, al convento, como una hermana solterona de mi abuela. La religión y la política bien se la jugaron a nuestras abuelas y bisabuelas, y hasta a la pobre de mi ama. La religión condenaba la salida del hogar de la mujer, Sabino Arana lo mismo en su política nacionalista; menos mal que los protestantes lo tuvieron más claro, eran más liberales, aunque encontraron también lo suyo en el camino, no, no les fue fácil, pero ellos abrieron camino a los demás, lo de siempre, tenían que nacer de la desigualdad con el hombre, en el salario, en el trato, hasta que se hartaron de aguantar vejaciones y protestaron, ¡como debe de ser...!

Eguskiñe deja de pensar en voz alta; últimamente no puede evitar el manifestar sus pensamientos de esta manera. Siente que así reafirma lo que piensa con más precisión, dándose la razón a ella misma en todo cuanto le viene a la cabeza.

Comprueba su reloj y no siente ningún movimiento ni ruido dentro o fuera de la casa. Tampoco oye a Txakur ladrar, por lo que prefiere continuar en la misma posición sentada, absorta en sus pensamientos, antes de quedarse a solas con Fermín y su ama, sabedora de que se encuentran en la cocina a la espera de sus amigos, igual que ella.

—Sí, sí, el bueno de Sabino Arana, vaya fenómeno nos salió, el muy jodido. Que no se perdiera el idioma, las costumbres, las tradiciones, todo correcto, pero de ahí a ser racistas hay un paso y él ya lo creo que lo era... Con su pensamiento político contribuyó bien a que no pudiéramos avanzar, convencido como estaba de que éramos inferiores al hombre, lo mismo intelectualmente, que en el terreno afectivo. ¡Qué sabía él de eso!... Que la mujer que no ama al hombre lo tiene como un ser liviano y cobarde... A veces los hay que se cagan por las patas abajo en cuanto oyen un ruido en la noche... Mi marido, sin ir más lejos, bien se arrimaba a mí las noches de luna llena... Le tenía más miedo que el torero al toro... Que no sabíamos más que ser desgraciadas, aborrecer y no amar, ¿pero es que nos dejaban elegir lo que queríamos? ¿No quieres

taza? Taza y media, para que te jodas. Los defectos de esta infeliz mitad del género humano son cosas inseparables de su sexo. De su sexo, si sabría él para qué lo tenía... Con lo vano que es amarse, el mundo sería una orgía continua... eso lo decía porque no me conocía bien a mí... porque si no se iba a tragar esas palabras... Bien me cuesta a mí no lanzarme en los brazos de Fermín... Pero no, tengo que hacer muchas cosas aún... Que no teníamos ni sexo ni corazón. Ya le voy a demostrar a ese lo que tengo yo en la cabeza... Y de sus locuras estaría saturada la vida social, vana e inferior al hombre, sin sexo ni corazón... ¡Anda, jódete y baila, Catalina, aunque tengas dolor de cabeza! Porque de suceder lo contrario, la lucha entre el hombre y la mujer iba a ser terrible desde el hogar doméstico, llegando incluso a las esferas más elevadas del gobierno... Si tanto miedo tenía, es que ajos comía. Lo que pasaba, es que en el fondo nos tenía miedo, sencillamente. Pero bien nos hizo la puñeta, porque la mujer en Euskadi ha despertado bien tarde... Sólo a través de la maternidad, lográbamos las cotas más importantes de sublimación y nos significábamos como ser humano... Anda que... Claro que no era el único, grandes autores llegaron a decir de nosotras y con gran éxito encima, que la naturaleza había dotado a la mujer de debilidad nerviosa-mental, enfermas eternas... Bueno, un poco de razón no les falta, pero eternas... no hay que buscar mucho para ver a las viudas eternas... –Eguskiñe hace una pausa riéndose de su propia salida, recordando a su marido que la espera (y que espere por mucho tiempo, sigue pensando) en el nicho del cementerio del pueblo. Continúa hablando en voz alta:

–Por eso, claro, teníamos que estar protegidas por los padres, los maridos, los hermanos, sin salir del caserío, por si acaso. Peor que los moros, lejos están pero algunas cosas... los hombres piensan lo mismo aquí que en China. Así que la que no pasaba por la piedra, era mal vista. Vamos, que te daban a elegir bien... Puta o mal vista... o como se la quiera llamar, sólo por estar protegidas... ¿Cómo llamarle a eso? Este Sabino bien nos hizo la puñeta, contribuyó bien al retroceso de la mujer, con su pensamiento, si a esto se le puede llamar pensamiento... Claro que él era muy viril,

esa palabra le gustaba mucho, viril, virilidad... ¿No tendría algo que ocultar?... Lo de femenino y afeminado, también le traía de cabeza... Claro que la religión católica se lo puso de primera...

Eguskiñe de pronto se queda mirando al ángulo derecho de su habitación, descubriendo en el techo blanqueado por cientos de manos de cal, un gran nido de una hermosa araña, que absorba en su labor de tejer su tela, hilando de un lado a otro sin descansar, ajena a los comentarios de Eguskiñe, que se la queda mirando, mientras le dice en voz alta:

–Desde que me ocupo menos de limpiar andáis a vuestras anchas... Un día de éstos tengo que hacer una buena pasada por la casa, llega el otoño y éstas buscan refugio para el invierno... Qué sabia es la naturaleza y eso que no piensan, que si no... os iban a poner a las hembras cinturones de castidad, como en la Edad Media en España, cuando iban los maridos a la guerra... ¡Ay, qué mundo!... Y se sorprenden los hombres de la mujer de hoy, tantos años esperando una oportunidad. Ya desde el Génesis, Eva fue sacada de la costilla de Adán y para satisfacción de éste, ya que el pobre se encontraba solo. Así, para relajo del hombre; Adán, de Su aliento divino, Eva, de la costilla de Adán; con su debilidad se dejó embaucar por la serpiente y así sucesivamente. En bandeja se lo dieron al hombre... ¡En fin!, no te quejes, Eguskiñe, que tú estás a tiempo de hacer de tu vida lo que tú decidas hacer... Aquí, la verdad, en Euskadi, tarde surgió el feminismo organizado, mucho retraso llevamos con respecto a Europa, y al resto de algunas provincias españolas: hasta el año treinta, poca participación activa tuvimos... Los republicanos sí tenían organizaciones de este tipo fuera de la influencia nacionalista, que nos condicionó, ya lo creo que sí. Siempre culpándonos, encima, de las desdichas que le acontecían al hombre en su lucha por la supervivencia... Nos negaron la igualdad, aunque eso sí, nos dejaron el papel de ser madres... Claro, como diría Napoleón: “Para salvar una nación, hacen falta madres”... Para que luego sus hijos se maten en guerras que los hombres inventan. ¿Dónde está el sentido común? pregunto yo... Claro que tantos siglos queriendo las mujeres ser iguales a los hombres, como el tapón de champán hemos salido las mujeres de la

cocina, con una energía que el hombre, ¡pobre!, no puede asimilar, andan como perdidos no sabiendo por dónde les da el aire...

\*\*\*

## VIII

El timbre de la puerta saca de sus pensamientos a amama y a Fermín, así como a Eguskiñe.

—Qué raro, no he sentido llegar a nadie, será Maite que regresa... Pero no, esa forma de llamar no es de ella, ¿quién será?

Amama con gesto sorprendido se levanta de su silla, que cruje al sentirse libre de sus hermosas posaderas, en el mismo momento que Fermín hace un gesto con la mano indicándole que se siente, que él va a abrir la puerta.

Amama se sienta de nuevo, pero la curiosidad es más fuerte y levantándose de nuevo, se dirige a la ventana, mirando a través de los cristales sin ver ningún signo de coche, por lo que supone que será algún amigo de sus nietos, que cada momento, sobre todo los días de fiesta, llegan al caserío preguntando por ellos. Como tienen a medio pueblo de jóvenes por amigos y el resto se saludan, nada de extrañar sería que fuera alguno de la pandilla, por lo que se vuelve a sentar, repasando con la mirada el entorno de la cocina por si faltara algún detalle que se le hubiera pasado por alto.

—Creo que falta una jarra de agua, el bacalao siempre está un poco salado, voy a poner otra encima de la mesa por si acaso.

Se levanta a buscar una jarra de cristal en el armario aparador de la cocina, cuando al abrir una de sus puertas de la parte superior, entra Fermín, todo ilusionado, sonriendo abiertamente.

Amama, sujetando el tirador con ambas manos y en posición de abrir de par en par las puertas del armario, se le queda mirando con aire de no comprender qué es lo que le pasa y cómo ha podido cambiar de expresión en tan poco tiempo.

—Carta, carta de California, los sellos y la letra de tu hijo; la chavala del cartero la acaba de traer. Dice que ayer no pudo repartir,

con la gripe estuvo. Bueno, por un día más o menos, tampoco importa mucho, porque si son malas noticias, un día menos de sufrir, y si son buenas, prepárate... para disfrutar.

Fermín entrega la carta a amama haciendo la señal de la cruz para que sean solamente buenas, no queriendo pensar en que les haya podido pasar algo malo.

–Tienen que ser buenas, porque cuando hay malas, el teléfono anda rápido –continúa hablando Fermín, mientras amama, a punto de llorar, toma la carta y, sujetándola con ambas manos, la presiona contra su pecho no pudiendo contener la emoción.

–¡Jaungoikoa!, que sean buenas, tendrán que serlo, tienes razón, el teléfono pronto se encarga de darnos malas noticias. Aquí hay por lo menos dos, abulta mucho. Voy a coger un cuchillo para abrirla.

Fermín ya lo ha cogido y lo tiene en su mano ofreciéndoselo a amama con una expresión mitad seria, mitad sonriente. Está impaciente por saber qué es lo que dice la familia en la misiva.

Eguskiñe también ha oído la puerta y no ha salido rápidamente al suponer como su ama, que sería un amigo de sus hijos y, al oír los pasos de Fermín por el pasillo, ha esperado sentada, sólo que le ha parecido que tampoco era un chaval porque en muy breves momentos Fermín ha vuelto a cerrar la puerta, regresando rápidamente a la cocina, hecho que la ha inquietado un poco por lo que su curiosidad ha sido más fuerte que su sentido común, y se ha dirigido a la cocina, sorprendiéndola lo que ven sus ojos.

–¿Qué haces tú con un cuchillo apuntándole a mi ama? ¿Estás loco? ¡Ni en broma hagas esas cosas!

Eguskiñe se acerca a Fermín, que empuña un cuchillo de cocina en su mano derecha, cabreada y dispuesta a quitarle de las manos el arma, cuando ve a su ama con la carta en las manos, apretada contra su pecho.

Entonces comprende la escena y se echa a reír ante su propia desconfianza.

–¿Seré tonta? –exclama riendo– Pues no he creído que...

–¿Que qué, que la voy a matar? ¿has visto, amama, lo retorcida que es? Eso, como no tengo otra cosa que hacer, ahora mato

suegras, a ti te tenía yo que... –deja en el aire la frase Fermín, ofendido, entregando el cuchillo a amama con cara de pocos amigos, enfadado como está con Eguskiñe por suponerle capaz de cualquier agresión a nadie y menos a amama.

Eguskiñe deja de reírse sin pedirle disculpas y, pasando por alto el incidente porque la curiosidad se apodera de ella, pregunta intrigada:

–¿De quién es la carta? ¿De Eduardo?

Amama frunce el ceño y, mirándola con gesto de reproche por la escena representada al pobre Fermín, ignora la pregunta.

Eguskiñe está nerviosa y un poco excitada, igual que su ama, un ligero miedo se apodera de ella y apremia a su ama para que abra la carta rápidamente y se enteren de lo que dicen.

–Sí, aprémiala, a ver si se corta y vas diciendo que la culpa es mía por darle ese cuchillo... Que tú, mucha pintura, pero de modales... Peor que los torrones de la huerta...

Fermín la mira, y al verla tan arreglada y guapa, a medida que va hablando va bajando el tono, devorándola con la mirada.

–Si con las miradas se derritieran las personas, ésta ya se había convertido en mantequilla de Soria, cada día está más guapa, la muy cabrona –piensa Fermín, mientras la observa cómo mira la carta que amama saca del sobre, la desdobra, comprobando que tiene una fotografía de toda la familia junta frente a su casa, en California, donde viven.

Amama, no puede reprimir las lágrimas, al mismo tiempo que besa la fotografía, mirándola con todo el amor que siente su corazón, sin miedo a expresar sus emociones delante de Eguskiñe y de Fermín.

–Mira qué guapos y qué pochosos están frente a la casa que compraron hace poco, con jardín, garaje y todo, tiene hasta piscina... Qué bonita. Fermín, mírala tú también.

Eguskiñe trata de ocultar su emoción y le pasa a Fermín la fotografía, comentando:

–Muy bonita, lástima que no la haya comprado aquí...

Fermín se queda mirando la fotografía en color y orgulloso comenta:

–Tu hijo no vendrá con una mano delante y otra detrás, éste fue a hacer fortuna y con ella regresará. Pero lee, a ver qué dice, que intrigado estoy de saber qué tal andan...

Amama no puede hablar y sacando su pañuelo blanco doblado, sin usar aún, del bien planchado delantal negro, se enjuga las lágrimas y le entrega la carta a Eguskiñe, para que sea ella quien la lea.

Eguskiñe va a leerla y al comprobar que no ve muy bien las letras, busca con la mirada sus gafas de ver de cerca. Fermín, que capta que sin ellas no es capaz de leer, saca de su bolsillo unas medias gafas, transparentes como el cristal, sin graduar, de las que venden en todas las ópticas para casos de apuro como el de ellos. Se las ofrece:

–Toma éstas, que para un remedio ya valen.

Eguskiñe las coge y colocándoselas, inicia su lectura, también un poco emocionada, aunque trata de fingir normalidad.

–“Hola, familia: como siempre luchando para conseguir esta casa que veis en la fotografía. ¿Qué os parece? Una chulada, ¿verdad?”

Eguskiñe sigue los pormenores que su hermano cita con respecto al trabajo; los hijos, su mujer, irradian alegría por la nueva adquisición.

Amama no parpadea escuchándola, mientras se seca las lágrimas, primero un ojo, después el otro, ininterrumpidamente, sin emitir palabra alguna.

Fermín, con una sonrisa bonachona, escucha feliz, ante el relato de tantas noticias buenas.

Eguskiñe ya se ha leído dos hojas y cuando está llegando al final se calla, omitiendo unas cuantas líneas y reanudando la lectura en voz alta al llegar a la despedida, con un ...

–“Cuidaros mucho, muchos besos para todos. Ama, tienes que venir a California. La familia Olavarri al completo os enviamos muchos besos, abrazos y mucho de todo. Eduardo”. Y, seguidamente, la firma de todos acompañadas de unas cuantas líneas cariñosas.

Al finalizar la carta, amama extiende la mano derecha, mientras

con la izquierda sujeta el pañuelo, para que Eguskiñe se la entregue.

Eguskiñe vacila unos instantes y enseguida, con un ligero nerviosismo, se la da.

–Luego, tranquilamente, la quiero leer en mi habitación. La guardaré en el cajón de la cómoda.

Con ella en la mano sale de la cocina en dirección a su habitación, con una expresión feliz en su rostro, apretándola contra su corazón, como si con su acto, tuviera a toda la familia abrazada de igual manera que a la carta.

Eguskiñe se ha quedado pensativa mirando a un punto invisible del techo de la cocina.

Fermín aprovecha este pequeño paréntesis para acercarse a ella, para abrazarla y besarla con la pasión acumulada en su corazón que anula a la razón.

El primer impulso de Eguskiñe es hacer un gesto de rechazo, pero se siente impotente, también su corazón late con fuerza entregándose poco a poco al abrazo y al beso, sin rechazarlo, entregándose libre a sus propios deseos ardorosos. ¿Cuántos segundos ha durado dicha vehemencia? Ambos pierden la noción del tiempo, sacándoles de sus ardores el claxon de un coche y seguidamente el de otro coche. Un distinto pitido.

Azorada, Eguskiñe se separa del cerco de los brazos de Fermín que la tiene prisionera en un fuerte abrazo alrededor de su cintura y cabeza, inmovilizándola y, un poco nerviosa, tartamudea al decir:

–Ya los tenemos aquí...

–Inoportunos ya son: podían haberse quedado en el Mesón tomando algo –dice irritado Fermín, soltando sus brazos del cuerpo de Eguskiñe.

El reloj da el cuarto de las dos. Eguskiñe y Fermín comprueban la hora alzando la mirada y, algo azorados, toman la iniciativa de ir a recibir a sus amigos, a la entrada del caserío, bajando las escaleras de piedra del primer piso donde se encuentra la entrada a la vivienda con una sonrisa un poco forzada.

Los ladridos de Txakur se hacen sentir, haciendo que el caserío se estremezca de ruidos, cierres de puertas, voces, risas, saludos,

dando una nota de color, de alegría y de vida el conjunto de coches aparcados por los amigos de Eguskiñe, que también lo son de Fermín, ya que han coincidido varias veces en las manifestaciones pacifistas, a las que suelen acudir, causa por la que ha nacido entre ellos un gran sentimiento de solidaridad, amistad y cariño.

Amama también ha oído las bocinas de los coches y ha salido a la puerta principal contemplando feliz la escena del encuentro entre las parejas de matrimonios, a simple vista de edades próximas a la de su hija y Fermín.

—¿Cuándo la veré casada a esta hija?... No sé a qué espera... ¡Bueno, querrá ir con la moda! Que haga lo que quiera, este Fermín, casada o no, a su lado estará... —piensa mientras saluda con la mano y una sonrisa dibujada en sus labios un tanto marchitos, como la fruta madura al cabo de mucho tiempo de estar cortada del árbol.

—Creía que no veníais... Hola, Carmen, qué tal Mari, Nemesio, algún kilo de más ya tienes, que luego Carmen no gana para arreglos, y tú Agapito, ¿qué traes en las manos, más pasteles?... ¿No vamos a engordar?

Se abrazan unos y otros con sentimientos de hermandad y cariño, creándose inmediatamente dos grupos de hombres y mujeres que preguntan y responden a los saludos.

Fermín también se siente feliz con estos dos matrimonios amigos que le hacen sentir la igualdad de tener pareja, aunque le queda la espinita de no estar casado como sus amigos, hecho éste que no depende de él.

Hay muchos momentos en los que ciertas bromas le resultan molestas, especialmente cuando los amigos le comentan que Eguskiñe está cada día más guapa, la mujer con los años mejora, como el vino.

—Ten cuidado, Fermín, que ésta vuela más que un galimochó...

Con más de uno ha acabado discutiendo en el bar, cuando no a punto de soltarle un puñetazo por estos comentarios, para él irreverentes, hacia Eguskiñe. Sólo sus convicciones pacifistas, han evitado dichas agresiones, pero en más de una ocasión con las ganas se ha quedado.

–Que os voy a presentar a este sobrino mío –dice Carmen señalando a un joven de unos treinta y tantos años, no muy alto, ni tampoco fuerte, bien vestido con pantalón de franela gris, camisa de rayas azules, tipo inglesa, chamarra tres cuartos de ante marrón y pañuelo de seda natural anudado al cuello. En su rostro, un tanto aniñado, no hay que resaltar ningún rasgo predominante, excepto unos labios carnosos y una mirada franca, que no rehusa al saludar, mirando de frente sin apartar sus ojos del interlocutor, analizando cualquier gesto que hacen sus nuevos amigos.

–Encantado, señora. ¿Qué tal Fermín? Tenía muchas ganas de conoceros, mi tía me ha hablado mucho de vosotros –dice Josu Larralde, dándole la mano primero a Eguskiñe con ademán de llevársela a los labios, gesto de educación al que Eguskiñe no está acostumbrada y por el que se siente halagada, ya que demuestra un grado de caballerosidad que se va perdiendo poco a poco en los hombres de la nueva generación, poco amiga de manifestaciones galantes y que consideran una cursilada pasada de moda los refinamientos propios de hombres de los que piensan que todavía viven en el pasado, refinamientos que a la mujer madura complacen.

–Muy fino parece tu sobrino, Carmen –comenta Fermín muy poco amigo de florituras, como él dice, mirando de reojo a Josu, recorriéndolo con la mirada de arriba abajo, no muy convencido de acertar a qué clase social pertenece.

–Hijo de una hermana mía, siempre está en nuestra casa, es como un hijo... más bien un hermano, que no soy tan vieja, mi hermana me lleva doce años, es la mayor... –aclara con un gesto de susto Carmen, mirando a su sobrino que ya ha cumplido los treinta y cinco años.

–¿Qué más quisieras tú que ser mi madre? –le dice en un tono de voz un tanto burlón Josu, y agrega–. Un hijo como yo no se concibe todos los días, lo que pasa es que tienes celos de que yo soy más guapo que tus hijos.

–Bueno, bueno, dejemos lo de guapo, que para guapo yo, y no lo voy pregonando por ahí como si fuese una vedette de ésas –responde en tono burlón Nemesio, guiñándole un ojo a Fermín y echándose a reír ambos hombres.

–Podemos ir al mesón antes de comer, ¿no? Tomamos algo y luego comemos –dice, dirigiéndose a todos, Agapito Llorente, alto y delgado, todo lo contrario de Nemesio Martín y Fermín, cuyas prominentes barrigas denotan haber superado largamente los noventa kilos. Agapito es el marido de Mari.

Josu Larralde tampoco está gordo, más bien en el peso justo, diría amama, que observa las presentaciones y los saludos desde la puerta principal, sin bajar las empinadas escaleras de piedra, desiguales por el uso, escaleras por las que no baja salvo en raras ocasiones, para ir a la huerta o a dar una vuelta por el pueblo, ya que don Ismael le ha recomendado que ande un poco a fin de que sus piernas no se entumescan por no hacer más ejercicio que el de andar de un lado para otro de la casa, de las habitaciones a la cocina y viceversa.

–Primero, vamos a saludar a amama, después nos iremos al Mesón –dice Mari saludando con la mano a amama, gesto que devuelve amama con una sonrisa y un:

–Yo también iría, pero no ir a misa para ir al bar, no me parece bien. Iros vosotros mientras vigilo la comida. Pero no os quedéis hasta mañana, que vamos a comer a la hora de merendar.

Suben las escaleras todos para abrazar a amama, despidiéndose acto seguido y dejándola con la bandeja de pasteles en la mano y una sonrisa de placidez en los labios.

–¡Ay, cómo me gusta ver la casa llena de gente! Qué triste es no tener a nadie, aunque sea sólo para que te diga, “ahí te pudras”. Como aquella amiga mía, Teresa, que se quejaba cuando éramos jóvenes y a mí me echaban flores los chicos y en ella nadie se fijaba... Pues eso decía: “Si por lo menos me dijeran, ahí te pudras...” Mucha pena me daba, ¡pobre! Pero luego tuvo suerte y se casó con un representante gallego y no le fue mal... –piensa amama, mientras sin moverse de la puerta, ve cómo se aleja la comitiva camino del Mesón, entre bromas y risas, mientras Txakur ladra ferozmente, atado a la gruesa cadena, con ánimo de seguirles y, si fuera preciso, hacer uso de su agresividad. Está a punto de ahogarse al querer abarcar más territorio del que le permite la corta cadena atada a un lado de la caseta de piedra y techada con tejas redondas iguales a las del tejado del caserío.

—¡Calla, calla, Txakur, que te vas a ahogar! ¡Qué animal más fiero! El pobre, viejo es, pero aún da guerra... Bueno, antes de una hora éstos no están aquí, echaré un poco más de carbón a la chapa y terminaré de leer la carta de mi hijo, que me he quedado en la mitad, porque con la emoción no he prestado toda la atención, aunque me tomaré antes una taza de caldo de la porrusalda, tengo el estómago que me llega a los pies. ¡Vaya horas de comer...! Y quién les dice nada. Qué fundamento, todas las horas cambiadas, como si el cuerpo entendiese de cambios... Éste es como mi reloj de la cocina, que suena siempre a las horas, y si no es así, es que anda escacharrado. No se acuestan a la hora, no se levantan a la hora, los domingos, claro, todos estreñidos y con ardores de estómago. Si en el orden está la virtud, claro que las virtudes piadosas y las otras, andan de cabeza... —mira ante sí—. Ahí viene don Ismael. ¡Pobre hombre! Éste también ya lleva lo suyo a cuestras —piensa amama en el momento de cerrar la puerta, viéndole por el amplio recuadro de la mirilla que tiene la puerta a la altura de la cabeza.

Vuelve a abrirla, dejando antes la bandeja de pasteles encima de la gran arca de talla de roble, donde antiguamente se guardaba, entre sábanas blancas, el pan que se hacía una vez por semana en el viejo horno, al otro lado de la casa, quedando así protegido de los ratones, sin que le diera el aire, conservándose fresco durante este tiempo.

—Voy a dejar aquí los pasteles, porque como me los vea, seguro que me recuerda lo de la diabetes, y no quiero comerme luego un par de ellos con cargo de conciencia.

Habla en voz alta amama, sabedora de que, desde el camino por donde se dirige hacia la entrada del caserío, no la oye don Ismael.

—¡Hola María...! ¿Dónde andan todos? No veo a nadie. ¿Comen fuera en el Mesón? —pregunta el doctor desde las escaleras, un poco extrañado de que a esa hora no estén de sobremesa como es lo habitual, cuando no echando una cabezadita amama, después de recoger la mesa.

—Al Mesón han ido todos a tomar cualquier cosa... —dice amama señalando con la cabeza la dirección del mismo.

—¿Todos? ¡Ah, ya...! Veo dos coches que no conozco, ¿han

venido parientes? –pregunta de nuevo sin darle demasiada importancia, no es hombre curioso que le preocupe lo que hagan los demás, ni dentro ni fuera de sus hogares.

–Amigos de Eguskiñe y de Fermín; ¿pero ya ha comido usted...?

Últimamente el aliño y el semblante del doctor han sufrido un deterioro que se observa en los kilos que ha perdido y en sus ropas un tanto deslucidas por la falta de planchado y conjuntado.

–No, no quiero molestar; tome las medicinas, María, las que le dije. Hoy llevo un día... con tantos cambios de tiempo abundan los catarros y las gripes. Usted también tenga cuidado, que este año está haciendo estragos, vengo de ver a dos con fiebres muy altas, uno de ellos con neumonía.

–¿Pero ya ha comido usted? –amama vuelve a insistir preocupada por el aspecto que ofrece el doctor, que a su juicio necesita, lo primero, tomar algo caliente.

–La verdad que no tengo ganas, ahora me acuerdo, creo que tampoco he desayunado nada, excepto un café, pero no quiero molestar, tomaré también yo algo en el Mesón y más tarde me echaré la siesta.

Va a dar la vuelta y marcharse cuando de pronto siente el olor a comida que le viene de la cocina y sin poderlo remediar, pregunta a amama:

–¿A qué huele?

–Pase, pase, y no ande con remilgos, que le pondré un buen plato, que sé lo que le gusta la porrusalda –le dice amama, con un gesto cariñoso invitando al doctor, que en el fondo lo está deseando, pasando seguidamente a la cocina, mientras mira de reojo la gran bandeja de pasteles sin hacer ningún comentario. Pero no puede permanecer en silencio cuando, ante sus ojos, encima del armario de la cocina, ve otra semejante a la anterior.

–¡Ah, María, María! Cuidado con los pasteles...

Amama dirige una mirada hacia la bandeja de pasteles donde tiene puestos los ojos el doctor, sonrojándose un poco.

–Yo no los he mandado traer, pero como son muy cumplidos ahora la gente, que cualquier día celebran, como si hubiese un bautizo... Pues claro, a ver quién se resiste, con lo golosa que yo soy... Uno por lo menos...

Amama se disculpa ante el doctor como si fuera una niña pequeña, a la que han pillado in fraganti, cometiendo alguna travesura.

–Bueno, bueno, por uno... Pero que sea uno, últimamente está usted mejor, así hay que seguir, que yo quiero pacientes sanos, no enfermos –dice el doctor dejando a un lado su maletín de piel negro, donde lleva siempre el material sanitario de urgencia.

Se sienta a la mesa, frente a la chapa económica y de espaldas justo a la chimenea que está apagada porque con el calor de la chapa le ha parecido a amama suficiente para caldear la habitación.

Amama, sin mediar palabra, coge un plato hondo, sirviéndole una buena ración del sabroso alimento que contiene el puchero.

–Con un buen trozo de bacalao, esto le levanta el ánimo, don Ismael, ya verá.

Amama le pone el plato delante, bien caliente y el humillo que desprende el guiso hace exclamar al doctor, con su énfasis habitual:

–Sí, señor, esta visión puede hacer cambiar el mundo en un momento determinado de la Historia. Parte de la industria de Euskadi se la deben a sus guisos, en los grandes restaurantes se ha debatido el poder que rigió la gran industria de este pueblo y la poca que queda, por desgracia, pienso yo.

Amama sonrío feliz ante las palabras de don Ismael, que la mira con cariño.

–Un sabio –piensa amama con admiración. y pregunta:

–¿Un poco de vino?

–Dice bien, María, un poco, yo también debo cuidarme, me he excedido bastante últimamente y he de tomar conciencia de que el alcohol con exceso mata y con medida sana, y yo me estaba matando.

Don Ismael comenta en tono pesimista sin mirarla a la cara a amama, hablándole a su propia conciencia. Comienza a comer, mientras amama le sirve un vaso de vino sin hablarle durante unos minutos, yendo de un lado para otro para no molestar al doctor mientras come, le gustaría ayudarle pero no sabe cómo.

Hace un año aproximadamente que perdió a su esposa, en un

accidente de coche, viniendo de Valmesada; había ido con una hermana suya a ver muebles a una factoría importante que hay en dicho pueblo cuando, al regreso a Oquendo, un camión las embistió. Dijeron que al salir del p rking, no miraron al lado izquierdo de la carretera y ella sufrió el impacto de lleno, muriendo en el acto. Su hermana sufrió varias fracturas, pero qued  ilesa.

Desde entonces, don Ismael a duras penas ha podido ir superando la pérdida, de ahí su aspecto, fruto de dicha desgracia.

Le gustaría a amama darle ánimos, pero no sabe cómo empezar, no es la primera vez que lo hace, pero siempre es difícil comentarle sobre lo sucedido aquel día nefasto.

–Más a menudo podía venir a comer, ya sabe que aquí, gracias a Dios, un buen cocido no falta, aunque sin el chorizo de antes.

Dice esto último amama levantando la vista hacia el techo donde no hay signos visibles de ninguna ristra de chorizos caseros.

–Poco chorizo y poco tocino hay que comer, esta comida es más sana, María, buenos puerros, buen bacalao, en fin, me encuentro mejor. Me voy antes de que vengan todos, no estoy para multitudes y menos para bromas. Como sería un estorbo, no la entretengo más, amama. Gracias por la comida, estaba deliciosa, como siempre –dice esto último levantándose de la silla y cogiendo su maletín–: Gracias de nuevo por todo, María. Ir  a ver a mi último paciente y me echar  la siesta, estoy agotado, llevo unos días terribles, sin dormir lo suficiente.

–Gracias a usted. No se vaya del pueblo, porque nos hace falta a todos, otro como usted no nos viene, ya lo sabe, además que le queremos, por lo menos en esta casa y en muchas más... A propósito,  c mo van Lorenzo y Felisa? Últimamente no los veo –pregunta amama por el pasillo acompañando al doctor hasta la puerta.

–Felisa como siempre, tiene un espíritu que es de envidiar, y Lorenzo tan cascarrabias. Muchas veces me llama con el pretexto de que le duele algo, pero en el fondo lo que quiere es que le cuente historias sobre Euskadi.

–A todo el mundo parece, que de repente, le ha dado por lo mismo, bueno, el saber no ocupa lugar. Gracias otra vez por las

medicinas – despide amama al doctor desde la puerta.

–Cuidado con los pasteles –le responde el doctor sin mirar para atrás a amama, alejándose del caserío con paso cansino y la cabeza gacha, mirando al suelo.

–Ahora que recuerdo, no ha tomado postre –le dice amama en tono fuerte para que la oiga, pero el doctor no le contesta, dirigiéndose hacia la carretera donde ha dejado aparcado su coche, sin escuchar las últimas palabras de amama.

Amama lo mira comprensivamente, dirigiéndose a la cocina después de haber cerrado la puerta de entrada.

–Pena da ver a un hombre viudo. Las mujeres somos más fuertes, no nos abandonamos, en cambio, ellos... Me hubiera gustado hablarle del accidente y poderle consolar un poco, pero no da pie para hacerlo, así no arregla nada, si sabré yo de eso. Es mejor hablar y hablar, porque hablando llegas a sentirte libre de la opresión que te produce el dolor. El dolor es un enemigo que hay que combatir con la ayuda de los demás, porque cuando no lo compartes con los amigos, te puede y te dobliga. El dolor y el amor hay que compartirlos, porque si no... algo andará mal dentro de uno mismo; como el comer tan tarde, son las tres y aquí sin aparecer nadie, el bacalao se está quedando duro y las patatas como pelotas de frontón, qué fundamento de comida –comenta para sí amama con gesto de preocupación dibujado en su rostro y los ojos puestos en las agujas del reloj que rompen el silencio del caserío con el sonido rítmico de uno, dos, tres golpes seguidos, uno detrás de otro, ininterrumpidamente.

–La siesta tendría que estar echando yo también, me dan ganas de irme a mi cuarto y dormir un poco, porque me está entrando un sueño y un cabreo también... Eso es lo que tengo que hacer, irme a mi cuarto y terminar de leer la carta de mi hijo y que sea lo que Dios quiera, porque con la gente de hoy no hay quién pueda. Encima se quejan... Si vieran esto mis abuelos y mis padres... En crisis dicen ahora, crisis la de antes, qué sabrán éstos de crisis, llegar tarde a comer... tarde habríamos llegado nosotros con el hambre que había...

\*\*\*

## IX

SÓLO LA PACIENCIA TIENE EL PRIVILEGIO DE  
COSECHAR BUENOS FRUTOS.

Amama se despierta sobresaltada al escuchar unas fuertes carcajadas que llegan de la cocina.

Un escalofrío la recorre de pronto por el cuerpo y sin saber bien a ciencia cierta qué ocurre, mira a un lado y a otro desde el pequeño sillón de cretona a flores azules y blancas y hojas verdes, un poco chillonas para el gusto de amama, que Eguskiñe le compró por miedo a que un día se cayese de la silla de la cocina donde solía quedarse dormida con los brazos apoyados sobre la mesa y se fracturase algún hueso.

—¡Ay, Jesús!... Me he quedado dormida sin darme cuenta... La carta en el suelo y la foto también... tantas comodidades... Claro, la tela no me gusta, pero el culo y la espalda se quedan tan bien metidos que no hay quién pueda con el sueño... ¿Qué hora será...? Bueno, y qué más da... hasta la manta de cuadros me han puesto encima y no me he dado cuenta. El hambre me ha despertado, ¿y de qué se reirán tanto...? Voy a levantarme, a ver... el moño torcido, el delantal flojo y la madre que los parió, hoy voy a echar un recoño, ahora que no me oyen, la culpa la tienen ellos, vaya horas... Por poco se van y no me entero, si es que ahora no hay fundamento por ninguna parte. Son peores ellas que ellos, pobres hombres, vosotros vais a ser los que peor parte llevéis en este entierro... Bueno, creo que ya puedo salir —dice amama contemplando su figura en el viejo espejo de su aparador, después de dejar la carta guardada en el primer cajón y la manta bien plegada.

Se estira lo que puede diciendo por última vez:

—Bueno, María, tú has llegado hasta aquí, por lo menos puedes contarlo... A ver qué cuenta esta gente, por lo menos humor ya tienen, si se pudiese comprar la risa... A precio de oro valdría, ya lo creo, dichoso el que nace con la risa en los labios y muere sin haberla olvidado dentro del arcón. El cielo tiene que ser como una

risa constante... Ahora que me acuerdo, tengo que hablar con Eguskiñe, no he comprendido bien lo que dice sobre los negocios que quieren hacer los hermanos. Hay palabras que no entiendo. Esta Eguskiñe ha pasado de un extremo a otro. Antes no salía y ahora lo que quiere es no entrar y en la puerta, esperando siempre, el buenazo de Fermín. Esto no sé todavía cómo va a acabar... A mi hijo Ángel también lo van a meter en no sé qué sociedad. Todo el mundo hablando de crisis y que no puede hacer negocios, pues ellos la quieren emprender juntos como si los negocios fuese ir a la escuela otra vez.

Amama, se dirige hacia la cocina de donde llegan las voces mezcladas de los hombres y las mujeres, que hablan prácticamente al mismo tiempo, no distinguiendo amama lo que dicen porque de la risa pasan a la discusión y de la discusión a la risa.

Quiere poner cara de enfado por la tardanza, pero por un momento recapacita quedándose parada, para poder escuchar qué es lo que les hace reír tanto y las carcajadas de todos la frenan en seco, haciéndole cambiar la expresión de su cara.

–María, María, déjalos, si en el fondo lo que importa no es la vaca, sino el guiso.

Al ver la figura de amama en el marco de la puerta, todos dirigen la mirada hacia ella, levantándose los hombres en señal de respeto.

–¡Hola, ama...! ¿Qué tal? Buen aspecto tienes...

–Como una chavala todavía, si quisiera...

–Siéntate aquí.

–A ver, hacédle un poco de sitio y abrid la ventana que aquí no ha llegado lo de prohibido fumar... –Son algunos de los comentarios de todos los contertulios.

–Ama, como te hemos visto dormida no hemos querido despertarte. ¿Has comido? Me figuro que sí, has hecho bien en no esperarnos.

Es Eguskiñe la que habla en tono humilde queriendo justificarse por la tardanza de todos en llegar a comer.

–Ya veo que me habéis dejado unos pasteles, las carolinas que a mí me gustan, eso os salva de una buena bronca, bueno, es un decir... ¿Qué tal estaba el bacalao? Pasado, seguro –amama hace un gesto de resignación.

–Alguno ha querido meterle mano a tus carolinas, pero como ves, ni tocarlas nadie –dice Fermín solícito poniéndolas en un plato de postre con una cucharilla para que pueda comérselas.

Ríen todos el gesto picaresco utilizado por Fermín al nombrar las carolinas, llevándose las manos a la altura de los pezones, simulando dos tetas con las manos.

–¡Ja, ja, ja! –ríe también amama, contestándole en el mismo tono.

–Lástima que estén mustias, y no precisamente porque alguien las toque... Aquí todo se va cayendo con el tiempo... –dice maliciosamente mirando a Nemesio y a Agapito y pasando por alto a Josu.

–Ya lo creo que cae todo, antes no pudiéndola sujetar y ahora no pudiéndola encontrar –le contesta Agapito fingiendo estar afligido.

–Antes en la mili, bromuro nos daban para bajar, y ahora tendremos que hacer un implante para levantarla...

Dice Nemesio en el mismo tono divertido, sonriendo abiertamente. Todos ríen imaginándose el transplante de Nemesio.

Están en los postres, con las dos bandejas de pasteles de los que ya han dado buena cuenta, encima de la mesa. Tazas de café a medio tomar, algunas ya vacías, junto con copas, restos visibles de estar en la sobremesa, al final de la comida. Momento especial donde el alma se libera de tensiones, sacando a la luz la parte positiva que el hombre lleva consigo.

La risa, la simpatía, el buen carácter, el olvido de lo que se deja tras la puerta cerrada, sin pensar ni preocuparse por los problemas con los que habrá que enfrentarse horas más tarde.

Las sobremesas son la parte mágica, reconfortante, donde el cuerpo y el espíritu tienen la virtud de sentirse libres, uniéndose en fraternal abrazo, convirtiendo el cuerpo en un instrumento feliz que goza por compartir ese tiempo con buenos amigos o con la familia. Como en este caso, donde reina la amistad y el cariño entre todos los presentes.

Amama pronto olvida su pequeño enfado, al ver las caras coloradas de todos, feliz por los resultados obtenidos de su guiso, que no necesita de comentarios a la vista de los resultados.

Sus nietos se han retirado a sus respectivas habitaciones, dejando a los mayores en sus tertulias que a ellos les parecen comentarios trasnochados y pasados de moda, sin comprender cómo pueden reírse de chistes y de gracias tan poco actuales.

–A Josu una novia le hace falta, ¿no conocéis alguna chica del pueblo? –pregunta Carmen mirando a su sobrino, colorada como una manzana, fruto de haber comido y bebido más de la cuenta.

–Chicas no faltan, pero como no tengas trabajo lo vas a tener jodido –le contesta Fermín a Carmen.

–A mí dejadme así, que estoy muy bien, no os metáis conmigo –se defiende Josu de los ataques, harto sobrados de su tía Carmen, que está empeñada en buscarle una novia donde sea, con tal de que pierda su soltería.

–Casarme, casarme con lo bien que se está libre, te casas y te cagas. Luego todo son obligaciones. ¡Quita, quita, que se está muy bien así! –dice Eguskiñe haciendo un gesto de susto con la mano como si estuviese ahuyentando algún fantasma.

–Quita, quita, como si fuese yo algúnapestado. No sé cómo te aguanto, porque el amor no se puede manejar como si fuese un arado de bueyes, que si no... –deja en el aire la frase Fermín que a duras penas puede frenar el deseo de acostarse con Eguskiñe y estas salidas, lo único que consiguen, es enfurecerle más de lo que ya está. A veces le entran dudas sobre si habrá alguna parte de su cuerpo que repugne a Eguskiñe, no dejándola libre para gozar del amor y del sexo, como corresponde a una pareja normal y a una mujer entera como ella.

–Pues a Fermín no lo perdería yo de vista, que desde que ha perdido peso... parece más joven y hasta más guapo que estos dos –dice Carmen con gesto pícaro.

–Sin ofender, sin ofender, Carmen, que a ti nada te falta por ahora, que ya sabes que no doy abasto –contesta Nemesio guiñándole un ojo malicioso a amama, que escucha mientras saborea la segunda carolina, sin intervenir en la conversación, disfrutando de este modo de lo que dicen, de lo que quieren decir y de lo bueno que están los pasteles.

–Bueno, no me pongas colorada, que a mí, hablar de sexo así,

delante de todos, me da un poco de corte... –dice Carmen poniéndose colorada como un tomate maduro, algo poco acorde con su aspecto de mujer madura que parece estar ya de vuelta de todo.

–Es curioso cómo las mujeres de antes tenéis más pudor que las chavalas de ahora, a mí más de una me ha sacado los colores y ella encima se ha reído de mí. Las mujeres han cambiado tanto, las de ahora, me refiero, que mira, yo prefiero quedarme soltero.

Josu es el que así se expresa, denotando en su rostro un poco de tristeza.

–La verdad es, que ni lo de antes, ni lo de ahora. Creo que antes nos pasábamos de tontas y ahora se pasan de listas –dice Carmen moviendo la cabeza.

–Nosotros a tiempo justo llegamos –dice Nemesio aspirando el aroma de su cigarrillo.

–Y tan a tiempo, un poco más y nos ponen delantal para fregar. Yo soy bueno, pero me ponen el delantal y quemo la casa con mi parienta dentro –dice Agapito encendiendo una cerilla y haciendo un gesto de querer quemar a Mari, su mujer.

Esta hace un ademán de broma, de quererle pegar y ríen todos la salida.

–Pues mira por donde, yo no estoy en vuestro caso, ni soy de las de antes, porque ya me he liberado, y tampoco de la era de mi hija, me quedo en medio que es el término justo.

Es Eguskiñe la que contesta con remango mirando a Fermín, que le responde antes de que concluya la frase, en tono cabreado:

–En el medio, claro, que si no fuera por el medio íbamos a estar los hombres detrás de vosotras.

Todos ríen con ganas, incluída amama, mientras se limpia los labios con una servilleta, contestándole a Fermín:

–Ahí os duele, tiran dos tetas más que dos carretas, conque la raya del medio... esa más que la bomba atómica.

Vuelven a soltar la carcajada todos los contertulios con ganas.

–Quejaros, quejaros vosotras, ¿qué diré yo entonces...? Atadlas en corto, que éstas se disparan como las escopetas de feria y al que le dan, pobre de él –continúa amama mientras ríen de nuevo.

–Qué bien lo estamos pasando y qué buena porrusalda, que por cierto, no le hemos dicho nada a amama y otro día no nos va a invitar a comer, ¿verdad?

De pronto Mari, mira la fregadera y sus ojos se detienen en el gran puchero de porcelana rojo, de cuyo contenido no ha quedado ni para muestra.

–Eso, de desagradecidos el mundo está lleno, de eso sé yo bastante –responde Fermín mirando a Eguskiñe, mitad enfadado, mitad riendo.

–Otro día también vendremos. Carmen prepara un rabo de toro...

Deja en el aire pícaramente el comentario guiñando un ojo a Nemesio con su bonachona cara de luna llena.

–¿De verdad? Yo quiero probarlo –contesta malicioso Agapito.

–Tú, menos confianzas, que te conozco, Agapito.

El reloj da las cinco de la tarde y nadie parece prestar atención a este hecho.

–Bromas aparte, amama, estaba muy bueno todo y no sé qué tiene este caserío, pero me parece que la lengua se nos ha desatado un poco a todos, ya puede perdonar, amama –es Carmen la que se disculpa, primero, por haber llegado tarde, después por no haberla despertado para comer y, finalmente, por las bromas que no sabe si pueden molestarla.

–Por mí, tranquilos. Lástima que en la vida son pocos los días de risa y muchos los de llanto; en fin, que creo yo que la risa cura y el llanto mata, así que con momentos como éstos, uno se cura de tantos ratos amargos. Fermín, echa unas copitas, que hace rato que están vacías, mientras preparo un poco más de café, que también vendrá bien, y un poco de carbón a la chapa, que parece que está refrescando ligeramente, y a ésta, si no se la carga se apaga como la vela.

–Sí, este año parece que llega pronto el invierno, aunque aquí nunca se sabe.

Nemesio es el que contesta a amama, mientras se lleva a la boca un poco de Pacharán en su interior.

–Menos mal que a falta de buen sol, los vascos tenemos buenos recursos, como el comer bien, porque si no, jodido lo íbamos a

tener... –dice Agapito mirando hacia la ventana donde se puede ver la humedad del ambiente exterior reflejada en los cristales.

–Abre un poco la ventana, Carmen, que hay demasiado humo –ordena Nemesio a su mujer.

–Podías pedir por favor algún día, ¿no?... –le responde Carmen que sabe que para lograr esto último tendría que matarlo antes y reencarnarlo de nuevo, y aún así, duda de que lo consiguiera, y menos delante de los demás.

–Sí, a la vejez viruelas, lo que no se aprende de niño, se lo vas a meter en la cabeza a Matusalén –replica Nemesio sin inmutarse.

–Como empecemos dándoles la mano, éstas nos cogen el codo y después todo... –Agapito dice esto mirando a su mujer que hace gestos de que los alcornocos no pueden dar fresas.

–Que no, que las fresas se cogen en el suelo y a éstos no hay quién los parta, que no tienen arreglo. Como me quede viuda, me busco uno y como Eguskiñe, sólo para ir de fiesta –replica Mari de nuevo con un gesto de impotencia.

–¿Por qué será que ahora hay tantas mujeres que no se quieren casar... si tienen de todo? En mis tiempos, a lavar al río íbamos, al cine, ¿cuándo?... No sé si fui media docena de veces yo, en toda mi vida. A América va cualquiera, todo el mundo ha estado en Madrid y en Barcelona; planchar, lo llamarán planchar a lo de ahora, antes, debajo del colchón poníamos los pantalones del marido y muchas cosas más, porque las planchas eran de hierro y había que calentarlas aquí, encima de la chapa. Cuando no manchabas la camisa con el carbón, se quemaba porque estaba demasiado caliente. Ahora se apaga, se enciende, echa agua, de brujería parece –concluye amama con los brazos puestos en jarras en la cintura.

–Eso, amama, saca el ramal de la cuadra, que a éstas hay que atarlas corto y bien corto.

Es Agapito el que responde a amama moviendo la cabeza ante el hecho de que cuanto más tienen menos hacen.

–Cuanto más se tiene, peor; a veces es mejor no tener tanto, el ser humano no sabe hacer honor a la era moderna, ni a su tecnología. Los países industrializados que han creído que en el confort estaba la felicidad, se han equivocado de lado a lado –comenta Josu en tono pesimista quedándose pensativo.

–Quéjate tú, que tienes de todo, buena herencia, buen trabajo, buena posición, los demás para qué contar... –le recrimina su tía que no puede comprender por qué su sobrino no es más feliz de lo que aparenta, cuando a simple vista es un hombre afortunado.

–Tienes razón, a nadie le oyes decir ahora que es feliz, parece que esa palabra no existe y cuando yo me acuerdo de la posguerra... no pasé hambre y frío y desde los catorce años trabajando y qué contentos nos poníamos por cualquier cosa, de pinche en una panadería empecé. Sabíamos reír, jugar, buenas partidas de fútbol he jugado yo en la plaza de mi pueblo en Galdakano.

Eguskiñe no quiere rememorar el pasado por lo que trata de desviar la conversación.

–Bueno, lo bailado, bailado está, también influye el factor suerte, hay a quien todo le va bien, como a ti, y no tiene por qué quejarse, pero los demás podríamos contar otras experiencias que mejor dejarlas como están.

Nemesio de pronto se pone triste y Carmen también, vuelven a la realidad cambiando su expresión feliz por otra llena de amargura.

Amama se da cuenta que de lo que hasta aquí ha sido un rato divertido, amenaza con trocarse en comentarios tristes y trata de desviar la conversación hacia otros derroteros, sentándose en la silla, una vez que ha echado carbón y abierto el tiro de la chapa.

–Hay algo que llevo estudiando hace mucho tiempo y lo llevo en la cabeza; este sobrino tuyo, Carmen, que tiene carrera, a lo mejor él sabe algo de esto, ¿a qué te suena la palabra estrategia?

Todos habían guardado silencio pensando en qué pregunta difícil le haría amama a Josu, pero una vez formulada todos quieren responder a la vez, por lo que amama pide silencio:

–Un momento, un momento, que no hablo de cómo cazar palomas, se trata de otro tema.

Josu también se ha quedado sorprendido ante la pregunta inesperada que le hace amama, por lo que medita unos segundos antes de preguntarle:

–¿A qué estrategia se refiere, a la de la guerra o a la del amor?

–¿Desde cuándo hay que usar estrategia para el amor? Este Josu no está bien –exclama Fermín, barrenándose la frente con el índice.

–Bueno, un poco hay que utilizar para conquistar a una mujer, cuando se resiste hay que ser astuto... –responde Nemesio mirando a su mujer y a Fermín.

–Natural, si no es por los cebos que me puso éste, iba a caer yo –dice Carmen que está a favor de lo que dice su marido.

–Como es uno y bastante, pues vaya si hay que organizar el amor como una batalla –responde Agapito mirando a Mari con desdén.

–Pues yo bien que me arreglaba cada vez que venías los jueves y los domingos a verme, ¿no es eso una estrategia? ¿Podía yo recibirte con los rulos en la cabeza? Pues no –responde Mari, dándole un poco la razón a Josu.

–Pues Eguskiñe sin estrategia, con rulos, sin peinar, de todas las maneras la he visto yo, y por aquí estoy. Claro que ahora se pinta un poco más y ¡qué cojones!, más celoso también estoy, así que las estrategias para la guerra y no para el amor.

Responde Fermín negando este hecho tan evidente.

–Por eso será por lo que no me he casado todavía, porque no utilizo la estrategia bien –le contesta riendo Eguskiñe, que le gusta pincharle un poco y hacerle enfadar.

–A lo mejor la tienes que comprar un visón este invierno. Buenas joyas le compré a Carmen, y qué cojones, también influyó lo suyo. Un mes llevábamos enfadados y no había manera, y con el pretexto de regalarle una sortija, porque era su cumpleaños, fui a su casa. Su madre, que me vio con la sortija cuando se la enseñaba a Carmen, directa me dice: “¿Cuándo es la boda?”. Ésta, colorada como un tomate de la huerta, y yo, como conejo atrapado me vi dentro de la jaula; ya me han pillado, me dije... Para estratega mi suegra, la cuenta he perdido de los años que hace de esto, pero a los tres meses nos casamos –Nemesio concluye su relato, corroborando, con Josu, el hecho evidente de que para conquistar y vencer, lo mismo en la guerra que en el amor, hay que servirse de la estrategia.

–Es que tu suegra manda cojones, capitán con Franco y le quita los galones –le contesta Agapito, haciendo un gesto con la mano.

Fermín se ha quedado pensativo. Mira a Nemesio, después a

Carmen, luego a Eguskiñe, seguido a amama y, tímidamente le pregunta a Nemesio.

–¿Y cuánto vale el visón?

Se quedan todos sorprendidos por la pregunta inesperada de Fermín y luego se echan a reír.

–¡Sí, reiros! Que estas cosas no son bromas, porque si hay que conquistar con estrategias, me voy aunque sea de nuevo a la mili...

Vuelven todos a reír, menos amama que oye en el fondo de las palabras de Fermín, el grito desgarrador del enamorado que no es correspondido en toda plenitud, sino en una pequeña parte de su ser.

–Mari, tú sabrás más de esto, tu hermana está colocada en una peletería –le dice Agapito a su mujer al que le parece buena idea que le regale Fermín un visón a Eguskiñe, hecho que le situaría por encima del difunto marido de ésta que le había regalado un chaquetón de zorro, hecho que todos conocen, por tanto todos aplauden el rasgo generoso de Fermín, entre risas y bromas.

Eguskiñe de pronto se ha puesto colorada también al recordar el chaquetón de zorro que tantos años llevó puesto, regalo de su marido y nunca soñó con tener un abrigo de visón, conociendo a Fermín, sabe que no pregunta por simple curiosidad, sino porque está concibiendo un plan o quiere utilizar una estrategia, como ha dicho su ama, o quizás sea su ama la que de hecho esté utilizando una estrategia, o lo ha sugerido para que Fermín... De pronto no sabe cómo reaccionar, si en contra de su ama o a favor de Fermín o en contra de los dos, ya que estos métodos no van con ella, por lo que contesta airada:

–Dejaros de estrategias y de visiones, además, con los precios que tienen...

–Bueno, ahora han bajado y desde doscientas cincuenta mil ya tienes uno, que bueno, no es el mejor, pero... tampoco está mal...

–Mari contesta a la pregunta de su marido.

–¿Sólo? Bueno, como si hay que pagar medio millón, tú tienes uno este invierno –zanja la cuestión Fermín dando un puñetazo en la mesa, haciendo tintinear todas las tazas y copas, vasos que hay encima.

–¡Alto, alto! Tendré uno si yo quiero cogerlo, que con visones a mí no se me compra –afirma rotunda Eguskiñe.

Amama tiene que reír la salida de Fermín, ella en sus tiempos no habría dudado en casarse en la situación de su hija y más con una persona de las cualidades humanas de Fermín, pero son otros tiempos los de ahora, de eso no cabe la menor duda, por lo que comprende la actitud de su hija y eso le hace dudar de que con un visón pueda convencerla Fermín, ésta tiene, primero, que poner en orden muchas cosas que aún lleva dentro y después Dios dirá.

–¡Por el visón!

–¡Por la boda!

–¡Por el amor!

–¡Por la estrategia!

–¡Por la libertad!

–¡Bebamos!

Brindan todos con las copas en alto, festejando la salida de Fermín que se apunta a la estrategia y a lo que haga falta, pasando por alto los comentarios sarcásticos de Eguskiñe.

Amama los deja aún un rato que sigan gastando bromas con el visón y, cuando este tema va decayendo, amama vuelve a insistir en el mismo punto que empezó al referirse a la estrategia.

–Bueno, yendo a lo mismo de antes... La estrategia es para usar en el amor y en la guerra, me parece bien, te compro joyas y ¡hala!, la que es avariciosa, como el cebo de la zanahoria para cazar conejos.

En este punto las carcajadas son las más sonadas de toda la tarde.

–Bien dicho, amama, nunca mejor dicho que para cazar conejos.

Fermín, con los ojos desorbitados, pide silencio:

–¡Chiss, chiss, silencio! Que os voy a contar un sucedido.

Poco a poco guardan silencio todos y Fermín, levantándose de su silla, sonriente y colorado como una amapola en primavera, toma la palabra:

–Este sucedido le pasó a un amigo mío la noche de bodas... La mujer que era un poco estrecha y siempre se lo había puesto difícil...

Ríen todos menos Eguskiñe que se da por aludida torciendo el gesto.

–Continúa –le apremia Agapito con ojos pícaros.

–Como iba contando, Andrés, que así se llamaba, ya en la habitación, le apremia a su mujer: “Desnúdate, ¿no?”. María Jesús, colorada, le pregunta: “¿Aquí? ¿delante tuyo?”, “¿Delante de quién va a ser, del alcalde de mi pueblo? No seas tonta, que esto pecado no es, el cura nos ha dado la bendición esta mañana...” Andrés, conteniendo como puede su cabreo, le dice en tono suave mientras por dentro se cagaba en la madre que la parió, claro...

Sueltan todos la carcajada contemplando los gestos maliciosos que Fermín adopta imitando a su amigo Andrés.

–Continúa, ¿y qué pasó? –pregunta sin dejar de reír Carmen.

Mari también ríe con ganas, mientras Eguskiñe lo mira de reojo, indicando con gestos que él es como es y que hay que dejarlo o matarlo.

Amama también está disfrutando con la charla, mientras sigue dando cuenta de las carolinas, sin dejar de mirar feliz a Fermín.

–Como iba contando, Andrés trata de calmar sus ardores y le dice con todo el amor que puede en esos momentos: “Mira, María Jesús, tú te desnudas en el cuarto de baño, aquí, o donde quieras. Yo me voy al bar, tomo una copa mientras y te metes en la cama.”. María Jesús, más tranquila y aliviada acepta el trato. Se ducha y desnuda y perfumada se acuesta, pero empieza a estornudar, claro, no tenía costumbre de dormir sin camisón... ¿Y qué se le ocurre? Echarse encima el visón que le había regalado Andrés...

Fermín hace una pausa y con más picaresca, bajando un poco el tono de voz, continúa mientras guardan todos silencio.

–Llega Andrés, ya cabreado, pensando en lo mojigatas que son las mujeres, abriendo la puerta de la habitación, estaban en un hotel claro... La habitación a oscuras la encuentra, más cabreado porque no sabe dónde está la llave de la luz, se acerca donde cree que está la cama, palpando bien y haciéndosele la boca agua a medida que va palpando el abrigo de visón que se había echado su mujer encima y con un hilo de voz, comenta: “Todo coño, todo coño...”

Todos ríen con ganas sin excepción.

Cuando dejan de reír, Josu interviene ayudando a amama a que prosiga, ya que él está un tanto intrigado con respecto a dónde quiere llegar y a qué clase de estrategia se refiere, ya que cree haber comprendido que quiere ir aún más lejos de lo que ha insinuado.

–Vosotros, como todos, pensando siempre en lo mismo. Siga, amama, por favor, son unos viejos verdes.

–No hay quién pueda con éstos, están entrando en la etapa de viejos y verdes además, como tú bien dices, pero yo me refería a las personas que ya nacen con ese instinto de utilizar la estrategia, a ésas les va mucho mejor en la vida.

Ahora guardan todos silencio, las últimas palabras de amama los han dejado intrigados.

–Eso de ir bien o mal, es cosa de Dios, creo yo –responde es Carmen, siendo corroborada por Mari.

–No creo yo que la estrategia tenga nada que ver, como Dios lo tenga escrito...

–Dejarla hablar, mujeres, si callan revientan –sale en defensa de amama Fermín, que aunque ignora lo que preocupa a amama, está seguro de que tiene sentido.

–Sí, esto es algo que me ronda en la cabeza desde hace mucho tiempo atrás. A casi todos los que les va bien en la vida, es curioso, pero he observado que utilizan un plan antes de hacer las cosas. No hacen nada sin ton ni son, todo lo piensan, le dan las vueltas, hacen un plan y después lo ponen en práctica, lo mismo para comprar una vaca si quieren pagar poco ya le verán un defecto para bajarle el precio al tratante, como para conseguir un trabajo o convencer a la suegra.

Ahora escuchan todos con atención sin interrumpirla, aunque no tienen nada claro que durante toda la vida se pueda estar utilizando estrategias, sin dejarse llevar de los propios instintos.

–¿Y las desgracias también las evitan con un plan? –le pregunta Eguskiñe a su ama moviendo la cabeza en señal de no estar de acuerdo con lo que dice.

–Eso, eso, ¿las desgracias quién se encarga de hacer un plan con ellas? –pregunta muy seria Carmen que ha vuelto a la realidad.

–De ésas se encargará Dios y lo demás depende de cómo

nosotros utilizamos la manera de hacer –se queda pensativa ahora amama.

Josu se queda pensativo también antes de responder y sorprendido por este tema tan profundo y digno de haber sido descubierto por otra persona a su juicio, más preparada que amama.

–Si no entiendo mal, usted me habla de dos clases de estrategias, las que utilizan ciertas personas y las que utiliza Dios desde arriba, con lo cual desbarata los planes de las primeras.

–Más o menos algo así, yo todo lo que me he propuesto con mi voluntad, he trazado un plan y lo he conseguido; a mi marido, que todo lo quería conseguir a su manera y porque sí, porque él creía que todo era ir y besar el santo, todo le salía mal. Luego, claro, con los planes de Dios ahí no entraba, pero lo demás no ha habido cosa que yo haya pensado, trazado un plan y que no haya logrado –concluye pensativa amama mirando a un punto de la cocina, que no ve, porque está rememorando alguno de los planes a los que se refiere.

–Será entonces por eso por lo que todavía a Eguskiñe no la he llevado al altar –reflexiona Fermín descubriendo una posibilidad que a él no se le había ocurrido antes.

–Bueno, ahora que ha dicho eso amama, yo tengo una cuñada que siempre me pareció una zorrilla, pero lo que dice amama, ella no da un paso sin pensárselo dos veces y siempre le sale todo bien...

Carmen, con cara de descubrir algo nuevo le responde a amama.

–Pues muchas estrategias íbamos a necesitar todos entonces, y no digamos los empresarios, porque deben estar en los cargos todos los gafes, con un buen plan de estrategia, arreglábamos entonces también la industria –corrobora Josu, dándole la razón a amama, ya que tampoco a él se le había ocurrido utilizar tal sistema en asuntos tan competitivos como son las alternativas en los logros y resultados de las pequeñeces a resolver dentro del hogar doméstico.

–Todo entonces, según amama, ¿se puede conseguir con una buena estrategia?

Es Nemesio el que al hablar lo hace ahora desde una reflexión, no convencido del todo.

–Así es, cualquier problema que hay que resolver, por duro que

sea, estoy convencida de ello –ahora es Carmen la que cambia por completo de expresión mostrando un rostro triste y preocupado, contestándole la primera.

–¿Y cómo se puede anteponer la estrategia a los sentimientos? Porque yo utilizaría un plan para curar a mi hijo, pero si no quiere... ¿qué...? –continúa Carmen con un rictus de amargura dibujado en su rostro.

Todos se han quedado de piedra de momento, no atreviéndose a intervenir en un tema tan delicado como el de la droga del hijo de Carmen; motivo éste por el que Carmen ha pasado de la risa al pesar más profundo.

Amama es la única que se atreve a contestarle, despacio y con un gesto también un poco triste, mientras hace ademán de sacarse una horquilla del pelo con la mano derecha, tanteando con la izquierda tatea dónde colocarla de nuevo.

–Ahí creo que no sirve ningún plan por tu parte, porque la estrategia es para que la utilice cada uno, y en este caso, si él no quiere salir, no saldrá, desgraciadamente, el resultado es para uno mismo, no para los demás, en tu caso no depende de ti, si él no quiere de nada sirven las estrategias tuyas.

Nemesio apura un gran sorbo de pacharán ante la impotencia de Carmen, que se ve indefensa, sin armas con las que luchar, y sin un plan previo que pueda utilizar para ayudar a su hijo y con la desesperación de todos los componentes de su familia, deseosos de ayudar, pero que se estrellan contra el muro de piedra que supone la falta de voluntad de su hijo.

La conversación entra en un punto delicado y tenso.

Fermín carraspea y aspirando el aroma de un puro, una vez exhalado el humo, trata de distender este momento dramático, haciendo un esfuerzo por sonreír, y para quitar un poco de hierro a la tensa situación, trata de hablar de otra cosa.

–Bueno, ya llegará el día, Carmen; tú reza, que también sirve. Mi ama todo lo arreglaba rezando y poniendo velas a la Virgen de Begoña. Allí arriba también seguro que lo arreglan cuando quieren metiendo un plan en la cabeza al más duro de pelar. ¿A que no sabéis vosotros que las que hacen el amor con los gordos tienen dos placeres...?

Ahora se quedan todos en silencio, no saben si seguirle la broma o contestarle que está mejor callado.

Eguskiñe le va a contestar airada lo que le parece una gracia poco oportuna, pero antes de decirle nada, se queda pensativa, en el fondo no quiere que la tarde devenga en contar desgracias, por lo que, sin proponérselo, utiliza una estrategia animando a Fermín a que continúe.

-¿No lo dirás por ti...?

-Eso, a lo mejor Eguskiñe, no sabes lo que te estás perdiendo.

Mari también quiere cambiar de tema, se siente impotente con el problema de su amiga Carmen, nadie puede ayudar a un drogadicto si él no quiere ayudarse a sí mismo, y ése es precisamente el caso del hijo de Carmen y Nemesio, que él no hace nada por salir de la droga.

-¿Qué tiene eso que ver? Los gordos lo tienen más difícil que los delgaos como yo -le contesta Agapito a Fermín malicioso.

-Pues no es así, porque primero tiene un placer la mujer cuando se le pone el hombre encima y otro más grande cuando se le quita. Contigo uno, conmigo tendría dos.

Ríen sin demasiado entusiasmo, pero Fermín ha logrado por lo menos romper el hielo en un tema tan desdichado y doloroso.

-Bueno, yo propongo que nos vayamos donde Txaparro a echar una partida de mus los cuatro y dejemos a las mujeres solas cosiendo trajes -dice Agapito dándolo por hecho y zanjando la cuestión mientras se levanta.

-Yo no soy muy bueno, pero para ganaros a vosotros no hay que correr mucho -acepta Josu levantándose de la silla.

Parece como si de pronto hubiera llegado una galerna llevándose consigo parte de lo que no hacía tanto tiempo había sido un rato feliz, descartando la sonrisa y destruyendo la alegría. Al levantarse los cuatro hombres a la vez, saliendo de la cocina, empieza a sonar la media de las cinco de la tarde.

-Los hombres todo lo arreglan en la taberna.

Mari, un poco contrariada, es la que así ha hablado, mientras van saliendo los cuatro, primero en dirección al cuarto de baño.

Eguskiñe se levanta también, recogiendo todo cuanto hay de

sucio sobre la mesa: vasos de agua, de vino, tazas de café, bandejas de pasteles a medias...

Quieren ayudarla Mari y Carmen, pero con un gesto de la mano, Eguskiñe les ruega que se sienten.

–Parece una desbandada de patos salvajes, no tienen coraje los hombres como las mujeres, con coger una cogorza, creen que lo solucionan todo. Bueno, Carmen, igual queréis echaros la siesta un rato –pregunta Eguskiñe.

–Lo que nos faltaba. Vaya poco respeto: los hombres al bar y nosotras la siesta, nada de eso, ¿te importa poner un poco más de café? Ellos al alcohol, nosotras al café, ¿qué quiere decir eso? Ellos embrutecidos y nosotras despiertas, ya llegará la noche.

Amama se calla examinando a Carmen con mirada de halcón, pudiendo adivinar cuánto pasa por su cabeza y cuánto sufre su corazón.

No necesita que le cuenten los problemas que ocasiona un hijo drogadicto, ni tampoco las dificultades con que se enfrentan los hombres cuando su virilidad va mermando, que incapaces de reaccionar con nuevos valores, se sumergen en la depresión, cuando no en el alcohol o intentan nuevos comportamientos en la búsqueda del paraíso perdido que fue el primer amor, queriendo conquistar jovencitas que podrían ser hijas suyas, con tal de poder recuperar una hombría y una juventud que se perdió entre campos de trigo, cuando no asfixiada por los cardos.

–Muy sería se ha quedado, amama, ¿se encuentra bien? –ante el ceño fruncido de amama, Mari le pregunta solícita.

–Demasiao, pero trátame de tú, yo también a veces necesito sentir que soy una neska.

Carmen, que a duras penas puede contener las lágrimas, suspira y en tono amargo, contesta:

–Si uno pudiera a veces borrar el pasado y quedarse en eso, en una neska... Nuestros hijos todos están en edades de poderse casar, y yo no estoy en contra de la familia, pero qué difícil es arrastrar a veces esta cruz. Mi marido beberá unas cuantas copas y un día más; ahora que no me oye Fermín, Eguskiñe, qué bien estás sola. Hay días que no puedo seguir adelante, es triste, pero cuántas veces deseo la muerte de mi hijo, por no verle tan desgraciado.

Ahora las mujeres han guardado silencio. De pronto el caserío parece ensombrecerse ante la amargura de Carmen.

–Hay que luchar, hay que luchar y no desfallecer, tienes otro hijo y te necesita, pero es verdad, en estos casos pocos hombres tienen la valentía necesaria para seguir adelante, si lo sabré yo. Tiempos con aires nuevos presiento, el hombre dormido en la poltrona ha estado porque nadie se la quitaba, pero ahora la mujer lucha y lucha. Dormidos se quedan ellos y despiertas las mujeres, al acecho como las aves de presa, dispuestas a atacar. Ellos en el bar, sí, las mujeres maquinando cómo lograrlo todo, grandes ideas van a salir de las cabezas de las mujeres, el siglo XXI, este nuevo siglo, va a ser vuestro, yo ya no creo que llegue a verlo siquiera –amama habla y habla sin mirar a ninguna parte, tiene las manos cruzadas sobre la mesa y da vueltas y vueltas a los dos anillos de oro, uno de casada y otro de viuda, uno que estrenó el día de la boda, y otro el día que enviudó, aunque ambos por el desgaste han tenido que ser en varias ocasiones arreglados por el joyero.

–Mi ama ha nacido antes de tiempo, si lo sabré yo, tiene un espíritu y una visión de la vida que no parece de ayer, muchas veces dice cosas que van por delante de mí, en lo moderno, quiero decir. Con mis hijos es demasiado condescendiente, cree que con dejarlos ellos sabrán el camino.

Eguskiñe intenta por todos los medios hablar de lo que sea. De pronto la cocina, antes alegre, se ha convertido en un refugio de tristezas que están guardadas dentro de los corazones de las cuatro mujeres y necesitan ver la luz del día.

Mari, que no tiene motivos aparentes para sentirse mal, sin querer es contagiada y sólo puede balbucear:

–¿Viene el café, Eguskiñe?

Eguskiñe, como impulsada por un resorte, se levanta de la silla apartando los fantasmas de su sufrimiento y cambiando de tema, contesta:

–Con un pastel, ahora que no están los hombres y no nos pueden reprochar que engordamos, vamos a terminar la bandeja y que sea lo que Dios quiera.

–Buena idea, Eguskiñe, yo como no tengo problemas de engorde...

Mari responde sonriendo, levantándose de la mesa y preguntando dónde está el baño.

–Saliendo a la derecha –le responde amama desde el otro extremo de la cocina.

Carmen, que no quiere seguir hablando de sus problemas para no amargarles la tarde a sus amigas, de pronto se queda pensativa y pregunta a Eguskiñe:

–¿Has encontrado tu respuesta, Eguskiñe? Me dijiste que los libros esos que compraste te ayudaron, ¿tú crees que yo también puedo hallarla en unos libros? Muchas veces pienso que si no seremos yo o su padre los culpables del problema. Perdona que te pregunte, no quisiera hacerlo, pero yo también necesito una respuesta.

Se ha hecho un silencio sepulcral que permite que se oiga el minuterero del reloj con toda claridad, en su rítmico tic-tac.

Mari, en el quicio de la puerta, se queda quieta, mirando con tristeza a su amiga, no sabiendo si contestarle o marcharse al servicio.

Amama sacude la cabeza buscando una respuesta para aliviar el sufrimiento de Carmen.

Eguskiñe, con gesto contraído le contesta, mientras deja a un lado lo que está haciendo, secándose con el delantal las manos.

–Todavía lo estoy buscando, aunque me siento mucho mejor desde que los compré, ahora puedo decir, antes de comprarlos y después de haberlos comprado y de haberlos leído, todavía me faltan algunos. Mi problema es más difícil que el tuyo de resolver, el mío es un tema político y de intereses, que está ahí desde hace más de ciento cincuenta años sin resolver en Euskadi. El tuyo es sólo de intereses, aunque en Euskadi pudiera ser político también, no puedo saberlo con certeza. Pero sí puedo decirte una cosa, tú también debieras leer lo que pasa y los motivos que conducen a la droga en esta generación. Descubrirás el por qué tu hijo empezó y tal vez desaparecería el sentimiento de culpabilidad que tenéis Nemesio y tú, no creo que seamos los padres los causantes, más bien creo yo, que parte de la culpa la tiene el sistema que no funciona.

-Dices bien, Eguskiñe, cuando uno no puede solucionar los problemas, hay que buscar ayuda donde sea, antes de que te asfixie la impotencia. Quién sabe si así y con una buena estrategia, como ha dicho amama, encuentran la manera de entenderlo y rehabilitarlo

-Mari, con cara seria, corrobora las palabras de Eguskiñe.

Amama, con el ceño fruncido, también le responde:

-A Eguskiñe le ha hecho bien, y hasta a mí también, muchas noches nos quedamos hablando y hablando... Es bueno hablar con alguien de nuestros problemas por duros que sean, más de una discusión ya hemos tenido también. Pero entre discusiones y aclaraciones, hemos encontrado muchas respuestas y muchas soluciones para calmar el dolor. Don Ismael, también nos ha ayudado mucho, muchas horas hemos pasado hablando y hablando en esta cocina, ése es su sitio. Viudo ha quedado el año pasado. Pobre, tampoco comprende por qué tuvo que ir a Valmesada a comprar muebles aquella tarde su mujer. El le había dicho que el día siguiente le acompañaría, pero vino la hermana y juntas se fueron, y regresaron cada una por un lado.

Mari sale en dirección al lavabo con gesto triste, dándole gracias al cielo de que en su familia todo vaya bien y de que sus pequeñas inquietudes nada tengan que ver con la magnitud de los problemas de Eguskiñe, Carmen y el doctor.

Carmen asiente a las palabras de amama y como una frágil hoja de árbol que es zarandeada por el viento, siente dentro de su alma la rabia, y la impotencia de saber que el problema de su hijo puede con ella y con su marido, que no pueden dominar la situación ya que supera sus limitados conocimientos sobre esta lacra moderna que es la droga, lo bastante poderosa como para devastar los hogares y los frágiles espíritus de la juventud.

Eguskiñe quiere mostrar entereza, pero está a punto de llorar al recordar la tragedia de su hijo en su pensamiento, con gesto de rabia y llena de ira, sólo puede exclamar:

-¡Cabrones, cabrones, cabrones todos, los unos y los otros! No deben de tener madre, o quererlas muy poco, porque si vieran nuestro sufrimiento y a sus madres en la misma situación, no creo que tuvieran cojones de matar, de una manera o de otra, que para el caso, no sé cuál de las dos es peor.

Amama saca en silencio su pañuelo blanco del delantal y pasándoselo por los ojos cansados, se enjuga las lágrimas, sonándose la nariz acto seguido y, con voz apenas audible, habla como para sus adentros:

—Siempre las madres para parar todos los golpes, todo cambia con los tiempos, gracias a que las mujeres muchos logros hacen, somos más fuertes que los hombres, eso está claro. Por eso tenemos nosotras que buscar las respuestas y la solución también, ellos con ir a la taberna, ya está, una forma cómoda de huir y el que huye pierde siempre la batalla. Hay que luchar, mientras luchas estás viva. Yo apoyo a Eguskiñe, desde que lucha es otra. Tú, Carmen, haz lo mismo con tu problema. Busca tu estrategia también, donde no llegues tú, otros tendrán la respuesta para tus problemas.

Carmen abraza a amama emocionada, conteniendo a duras penas sus lágrimas, mientras le responde:

—Gracias por todo. Tener a mano una familia como vosotros para poder compartir lo malo y lo bueno, es una gran suerte. Para mí sobre todo, el haberos encontrado. Creo que Dios os ha puesto en mi camino, por lo menos para que me deis ánimos. No sé cómo agradeceros, me encuentro tan bien aquí y tan protegida... no sé qué tienen estas paredes...

Carmen, abrazada aún a amama, comenta emocionada.

—Lo que tienen que tener, oídos y a veces hasta comprensión también y mucha sabiduría, diría yo. Han visto y oído tanto que debe ser eso, están llenas de sabiduría, y eso es lo que se siente. Protección también, creo yo, somos tan frágiles las personas y tan débiles los espíritus...

\*\*\*

## X

Maite está recogiendo sus libros, bolígrafos, cuadernos, etc., dando por finalizado su rato de estudio, se dirige a la mesita de noche donde tiene su radiocassette, para ponerlo en marcha.

Busca su emisora, “Onda Cero”, y al no sentir ningún signo de voz, sube el tono, no escuchando más sonido que el que emite el silencio que reina en la casa. Este hecho, poco habitual después de una comida, también le llama la atención agudizando su oído.

–Vaya, parece que el silencio es lo único que se puede oír en esta casa –exclama en tono sorprendido–. Buscaré otra emisora. A ver Radio Euskadi... Tampoco. estará desenchufada. Qué raro, si esta mañana he puesto la cinta de los Beatles... Ahora me ha dado por la música de los tiempos antiguos de mi ama... A ver... Está enchufada y no funciona.

¡Zas! Le da un golpe para comprobar si la causa es alguna pequeña desconexión, pero tampoco surte efecto, la radio permanece muda. Enfadada, le da un golpe más fuerte y ésta se cae al suelo, víctima del fuerte rechazazo propinado.

–Lo que faltaba, que se descacharre del todo, está mi ama como para pedirle tela para comprarme otra.

De pronto la radio se pone en marcha, como por arte de magia, sin que nadie la toque ni accione el botón.

–”Buenas tardes, aquí Radio Euskadi, para informarles...”

–No, si lo que pasa aquí es cosa de brujería, si no ¿cómo se come esto? Hala, ahí en el suelo, y la radio transmitiendo. No sé, pero aquí, dentro del caserío, pasan cosas muy extrañas. Con la paga de este mes, me voy a comprar un libro de temas paranormales y sobre los espíritus, a ver qué o quién se pasea por la casa, como dice amama... Tanto muerto bajo las paredes, seguro que alguno anda por ahí suelto y a mí me está dando la lata. Tocaré madera, ahora que tengo mi habitación, resulta que le molesta que yo duerma aquí, que la despensa está arriba, a lo mejor es que antes se ponía morao de manzanas y de botes de tomate, porque otra cosa... y como eso era lo que le gustaba y mirar por la ventana... ¿Y si es mi hermano?... ¡Qué cosas! Últimamente dan demasiados programas sobre las regresiones y los espíritus en la tele y es eso... me estoy volviendo receptiva.

Maite recoge la radio del suelo y la deposita en la mesita de noche, dejando en ese instante de emitir la radio sin que ella haya hecho nada para que así sea.

Con el ceño fruncido la contempla, sin saber qué actitud tomar, si tirarla al suelo de nuevo o si, por el contrario, dejarla por imposible.

Opta por la segunda solución, contemplándose en el espejo de su tocador, haciendo movimientos de un lado para otro, luego moviendo su cabellera rubia y haciendo gestos con los labios en actitud llena de coquetería.

\*\*\*

Javi, que se está preparando para salir, comprueba, metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón de paño azul marino, que no le quedan más que doscientas cincuenta pesetas y en calderilla.

Cuenta las monedas otra vez y, ha quedado con Inma en ir al cine y, en efecto, no le llega, además el depósito de gasolina está casi a cero, por lo que se queda pensando, a quién puede pedirle un préstamo hasta finales de mes que es cuando su ama y su amama le dan la paga.

Aunque ayuda en un bar de vez en cuando y le pagan las horas con todo no le llega para sufragar los pequeños gastos; este mes se ha pasado del presupuesto, la causa ha sido la factura de siete mil pesetas del arreglo del coche, con lo que no contaba, quedándose únicamente con el capital que tiene entre sus manos.

Con gesto preocupado exclama en voz alta:

—A mi ama ni una pela más le puedo pedir, a amama con estas amigas de ama que está, no es el momento, Fermín no está, a la única a la que puedo recurrir es a la enana de mi hermana, ésa siempre tiene algo ahorrado, pero cualquiera le pide nada, es más tacaña que las Tacañonas del Un, Dos, Tres; pero no me va a quedar más remedio. Seguro que me recuerda la última vez que le pedí y tardé más de un mes en devolvérselo. Bueno, Javi, échale cojones o te tienes que quedar en Oquendo por falta de combustible.

Se yergue dándose valor y dice en voz alta.

—¡A por ellos, que son pocos y cobardes!

Se dirige, con paso decidido por el pasillo hacia la habitación de

su hermana y al ver la puerta entreabierta, sin llamar, convencido de que no está, ya que nunca la deja abierta por miedo de que alguien vea su desorden, entra sin llamar.

Una vez dentro ve a su hermana en actitud coqueta frente al espejo, no es la primera vez que la sorprende de esta manera y, sin poderlo remediar, con voz afeminada, moviendo el cuerpo, le dice, olvidando por un momento el favor que le iba a pedir:

–Todas queriendo imitar a Claudia Schieffer. ¡Ay! ¿Estoy bien así?

Maite al ver así descubierta su intimidad, lanza a su hermano un cepillo del pelo que va a parar detrás de la puerta.

Javi, que ha previsto la reacción de su hermana, se ha retirado a tiempo poniendo como parapeto la puerta de la habitación.

–¿Se puede? –ahora Javi pregunta con tono fingido dando unos golpecitos con los nudillos en la puerta.

–Se puede, se puede... Eso se dice antes de entrar. Pasa y cierra –más que una sugerencia es una orden, por el tono con que ha sido pronunciada.

Javi duda entre obedecer o marcharse, pero esta segunda opción no le conviene, dado que necesita un préstamo urgente y el gesto y la expresión de su hermana, no son solamente de cólera, sino más bien de preocupación por lo que se decide por la primera opción que es la de obedecer y con gesto de fingida humildad, cierra despacio la puerta no dándose por enterado, fingiendo un enfado que no siente.

–Menos órdenes, que cada día te pareces más a ama, y con ella mandando ya tengo bastante –deja caer la última frase despectivamente, mirando de reojo a su hermana cuyo su gesto hosco lo tiene un poco intrigado y a la vez preocupado.

Maite pasa por alto la observación que en otro momento habría sido motivo de discusión entre ambos, para dar paso a lo que quiere decirle.

–Siéntate –ordena, y al darse cuenta de que está dando otra orden de nuevo, rectifica dulcificando su tono–. Bueno, si quieres.

Esta nueva forma de pedir inquieta más aún a Javi, prefiere a su hermana colérica, lanzándole el cepillo del pelo, que sumisa. La

mira de reojo sin perder detalle y fingiendo indiferencia, una vez que se ha sentado en su cama, le pregunta:

–¿Tienes algún problema, tía?, digo Maite, ya sé que tampoco te gusta lo de tía.

–Bueno, que no tengo hermanas y a ti no sé cómo contarte, me da corte. Yo salgo con un chico, ¿sabes? –pregunta Maite sin atreverse ir al grano.

–Sí, lo sé, ¿y qué? –pregunta fingiendo naturalidad Javi, cada vez más preocupado por la actitud confidencial de su hermana, ¿por qué querrá comentárselo si ella sabe que él lo sabe?, ¿no estará...? Javi empieza a ponerse nervioso.

–Pues eso... pues mira qué casualidad... –Maite, con el gesto triste y a punto de llorar, no sabe cómo proseguir su relato.

–Qué casualidad, ¿qué?... –más intrigado pregunta Javi mirándola a los ojos directamente.

Ahora es Maite quien esquiva la mirada de Javi.

–Tú no te hagas el tonto... ¿qué opinas de eso? –le pregunta Maite en tono susurrante.

–¿Cuánto tiempo lleváis? –pregunta a su vez Javi mirando hacia el suelo, reflejándose una gran preocupación en su semblante.

–No mucho... pero yo estoy enamorada de él... –Maite, en tono desgarrado deja su queja en el aire esperando una palabra de alivio.

–Bueno, ¿y qué más? –Javi, cada vez más nervioso, apremia a su hermana.

Maite, tartamudeando y sin poder mirar a los ojos de su hermano, concluye, esperando seguidamente que el mundo se hunda bajo sus pies en cualquier momento.

–Que su familia es de Herri Batasuna y él también –dice deprisa y en tono tajante, sintiendo un gran alivio. Lleva más de un año tonteando con él, pero saliendo formalmente sólo desde agosto. Una tarde, estando ella con sus amigas en las Piscinas Municipales, después de haber estado nadando y jugando con una pelota chicas y chicos del pueblo, se vieron tomando una Coca Cola en el bar instalado dentro del complejo deportivo. Charlaron durante un largo rato y quedaron en verse más tarde en el Mesón, después en Llodio en una cafetería. Ambos comprendieron que estaban enamorados,

que Enrique Aguirre que así se llama el chaval, al igual que los Capuletos y los Médicis, pertenece a un grupo político con ideas diferentes y en casa de Maite se ignora quién mató a su hermano.

Con cara seria y gesto lleno de preocupación, Javi empieza a pasear de un lado a otro de la habitación, aliviado por un lado ya que por un momento temió lo peor, si es que es peor aún que estuviese embarazada.

Pero en efecto, no deja de ser un grave problema el que su hermana, con la de chicos que hay en Oquendo, en Llodio, en todo Euskadi, haya ido precisamente a enamorarse de un hijo de la familia Aguirre. Él no ignoraba este hecho, pero tampoco sabía que iba tan en serio la cosa. “Una cosa es que te lo digan los demás, la veas hablando con él, al fin y al cabo todos se conocen o son amigos en el pueblo... Pero nada tiene que ver el que lo supongas con la realidad. ¡Y vaya realidad! Cuando se enteren amama y ama...” piensa Javi que no sabe qué contestar a su hermana.

–¿Pero tan en serio va la cosa?... Tú eres una cría todavía y no sabes ni quitarte los mocos –le dice Javi en tono paternal.

–No soy una cría, tengo dieciocho años, amama ya estaba casada a mi edad y ama, casi, casi... –le responde Maite con gesto serio tratando de aparentar más edad de la que tiene.

Javi, que no ve una mujer frente a él, sino una niña a la que teme que el amor haga muy desdichada, en tono suave y adoptando por primera vez el papel de padre, se para frente a ella. En ese momento algo chirría, haciendo que ambos se sobresalten.

–Mi muñeco de goma, lo has pisado y te ha pitado. Cuidado, que es mi mascota –le pide en tono humilde Maite a su hermano.

Éste, fingiendo naturalidad, ya que se ha llevado un gran susto, coge el muñeco del suelo y dándole a su hermana le reprocha suavemente:

–Si fueses un poco más ordenada... Bueno... tú estás enamorada, ¿y él?

–Él también está enamorado de mí, y yo no puedo vivir sin él, y no puedo de dejar de pensar en lo que va a pasar cuando ama se entere. Me dirá que podía enamorarme de otro, ¿y yo qué culpa tengo? Quien manda es el corazón. ¿La razón? No, está ciega y

sorda. Éramos pocos y parió la abuela. ¿Tú qué piensas que debo hacer? Ayúdame.

Maite, con los ojos llenos de lágrimas, suplica por primera vez a su hermano. Javi, impresionado por su dolor, no pudiendo mirar a su hermana de frente, porque también se pondría a llorar, guarda unos segundos de silencio para recapacitar antes de emitir un juicio, aunque más de una vez se ha hecho esta misma pregunta: ¿Qué harían ante una situación semejante?

Su ama no ha perdonado a ETA la muerte de su hermano y en el fondo, él tampoco y verse emparentado con una familia que piensa y siente a favor de ETA, es un hueso difícil de roer sin que las esquirlas del hueso se te atraganten en la garganta al tratar de ingerirlo.

—¡Vaya papeleta, tía! ¿Qué puedo decirte?... Que la historia se repite. Parece que todo se pone en contra nuestra. Ahora que ama parece más tranquila con sus rollos, sus manifestaciones, sus relaciones con Fermín... Otra cosa no puedo entender, pero allá ellos con sus rollos... Tú, precisamente tú, te cueles por un hijo de los Aguirre... ¡Joder, qué fuerte, tía!... Tú sabes que soy pacifista, yo no quiero odiar a nadie, pero... Enrique... —deja la frase en suspenso Javi mirando a través de la ventana, como si el paisaje majestuoso que tiene enfrente pudiese responderle con la sabiduría de un buen maestro. Quiere no herirla, pero esta relación no va a afectar solamente a ambos jóvenes, sino que va a enfrentar a ambas familias.

Su novia tiene un hermano, a su juicio gilipollas, y raro es el día que no se mete entre ambos amargándoles, durante unos minutos cada vez que se ven, sus excelentes relaciones. Inma sale en su defensa protegiéndole, dado que, como en el caso de su hermana, ella es mayor y su hermano el pequeño.

El pequeño... Qué bien se burla de todos, sólo porque fue sietemesino y mide 1,80 y pesa ochenta y cinco kilos. No trabaja, no estudia, no quiere ir a la mili, ni hacer el servicio social.

Y eso es parte de las discusiones un día y otro, conque no quiere ni pensar en lo que se le viene a la familia Olavarri. No quiere ni imaginar una relación nada menos que los emparenta con etarras, o

por lo menos con gente que piensa igual que ellos.

El silencio prolongado de Javi pone más nerviosa aún a Maite que prefiere discutir con él antes que verle en esa actitud que la desarma y la hace sufrir más, ya que está confirmando sus temores.

–Dime algo, no te quedes así... Yo no quisiera dar problemas, pero no puedo dejar de quererle por eso... Llevo un año que tú no sabes... Porque antes de decidirme me lo he pensado mucho, siempre esquivándole, pero desde que empezamos en agosto, es que no puedo, yo le quiero... –va a romper a llorar, pero sacando parte de su coraje, manantial de donde saca su energía para aparentar una fuerza que en estos precisos momentos no tiene, porque es muy consciente de las repercusiones que pueden tener en un futuro para ella y para toda su familia, incluida la de su novio, se dirige a su hermano, salvando la poca distancia que los separa, se abraza a él en busca de protección y de cariño, sentimientos que necesita para recuperar su bienestar espiritual, en busca de consuelo y refugio contra los vendavales que sacuden su frágil cuerpo, zarandeándolo como barco a la deriva a merced de las olas.

Javi, emocionado, rodea a su hermana con sus brazos sintiendo que se rompe su corazón en mil pedazos.

Ambos han discutido, peleado como perro y gato cientos de veces, pero precisamente, era de alguna manera también una forma de ocultar el gran cariño que sentían el uno por el otro.

Javi se siente en estos momentos con la autoridad y la responsabilidad de un padre, haciendo estas funciones por primera vez y una nueva sensación emerge del fondo de su corazón iluminándole y dándole la energía que lo reconforta y al mismo tiempo la fuerza que necesita para darse cuenta de que si quedaba algún vestigio de niño dentro de él, éste ha desaparecido para dar paso al hombre que debe tomar partido y decidir qué clase de consuelo y ayuda debe prestarle a su hermana, para que se sienta menos desdichada.

–¿Hay algo más hermoso que el amor?, ¿por qué entonces la jodemos cuando no es por una causa por otra y así, la historia se repite una y otra vez? Tranquilízate, seguro que encontramos una respuesta nosotros también. Ama tampoco puede disfrutar del amor,

aunque me consta que se ha enamorado de Fermín. Pero no puede disfrutarlo antes de hallar una respuesta, que no puedo entender, pero que por lo menos le da coraje para luchar y sentirse bien consigo misma. No llores, porque entonces yo no puedo tener el valor que necesito. No te desespere y lucha tú también, pero no te desanimes, porque me voy a creer que no eres mi doberman, sino una gatita que sólo sirve para presumir mirándose al espejo.

Las palabras paternales de Javi y el abrazo prolongado de su hermano acariciando su larga cabellera mientras habla despacio y casi en un susurro, han tenido el poder del ungüento mágico que alivia las heridas del alma, más dolorosas que cualquier enfermedad.

Devolviéndole una tibia sonrisa, color a sus sonrosados labios así como a sus pálidas mejillas, suspirando con sentimiento agradecido, pudiendo balbucear emocionada:

–Sabía que lo comprenderías, pero me ha costado mucho decírtelo. No sabía cómo te lo ibas a tomar. No habría podido soportar que me hubieses reñido encima, para mí es muy importante Enrique, pero yo a ti... –no se atreve a proseguir, es la primera vez que desnuda su corazón mostrando sus sentimientos a la luz del día, sin velo que oscurezca la realidad y el pudor se apodera de ella, costándole grandes esfuerzos mostrar así, libremente, todo lo que siente hacia él, sin disimulos ni comportamientos que podían parecer más que de cariño, de aversión hacia su hermano.

–Yo a ti... –vuelve a balbucear suspirando de nuevo pero sacando fuerzas de flaqueza para poder continuar– de un tiempo a esta parte, no sé, pero te vas pareciendo tanto a aíta y era tan bueno, ¿te acuerdas? Siempre que tenía un problema, por pequeño que fuese, antes de ir donde ama o donde tú, iba donde él, siempre tenía una palabra o algo guardado en el bolsillo del pantalón, un caramelo o un pequeño juguete de plástico para que yo me sintiera bien y se me olvidase el disgusto. ¿Por qué no? Tenía miedo de equivocarme, pero hoy, ahora tengo la sensación de que he recuperado a aíta y puedo contar contigo. Y algo más... –Maite balbucea al pronunciar las últimas palabras, no pudiendo mirar

directamente a los ojos a su hermano, gira en torno a sí, terminando la frase:

–Yo también te quiero más de lo que supones y después de esto, mucho más.

Vuelve a suspirar sintiéndose liberada y por primera vez desde que murió su padre, siente que tiene otros brazos y otro pecho donde poderse refugiar, y hallar cariño y consuelo cuando lo necesite.

Javi, emocionado por las últimas palabras de su hermana, y a la vez porque siente que deposita toda su confianza en él, a duras penas puede contener todos sus sentimientos juntos dentro de su corazón. El también necesitaba esta prueba de cariño y confianza que deposita su hermana en él, para sentir la hombría, que todo hombre debe sentir en una casa, que con dolor sentía que había perdido porque imperaba de forma excesiva el matriarcado, relegándole al último peldaño de la escalera.

Su amama, su ama y por último el remango de su hermana, lo tenían suficientemente frustrado, sin contar con el faldero de Fermín, que a todo dice que sí porque él es así. Anulando el temperamento de líder que lleva dentro de sí, pero que a duras penas ha podido ejercer ante la excesiva opresión de la familia.

Al cabo de unos segundos puede al fin hablar, tratando de disimular sus sentimientos, quisiera estar a la altura de su hermana en cuanto a sinceridad, pero lo único que puede balbucir es:

–Bueno, el cariño no hay por qué ir pregonándolo por ahí, como si fuesen las fiestas del pueblo, pero la familia es la familia. Yo no tengo que decirte que te quiero, aunque... ¿Por qué no? Claro que te quiero, pero a veces ya sabes que me gusta hacerte renegar. En serio, puedes contar conmigo.

Maite se ha sentado en su sofá–nido y mira a su hermano como cordero que va al matadero. Sus ojos muestran una gran tristeza y una gran preocupación.

Su hermano también se siente próximo a ella y con su brazo derecho rodea los hombros de su hermana en actitud de corresponder al cariño que siente hacia ella, pero con palabras es incapaz de expresarlo.

Se quedan en esta actitud durante unos segundos, sin hablar, dejando al silencio que sea él, el que sea quien diga todo lo que se puede sentir, sin necesidad de decir ni una sola palabra.

Hay tanta magia en este instante que sus corazones sienten que comparten ambos los mismos sentimientos de amor y cariño.

La habitación se ha convertido de pronto en la pequeña ermita donde se puede rezar con más fervor que dentro de una hermosa y gigante catedral.

Ambos jóvenes continúan en esta actitud durante unos instantes más, sin pronunciar palabra alguna.

Al cabo de un rato de reflexionar ambos sobre la situación en la que se halla la comprometida relación de Maite con Enrique, son conscientes de que de ahora en adelante se van a necesitar más que nunca el uno al otro. Que la comprensión, el apoyo van a ser armas importantes con las que tendrán que enfrentarse a su ama, dentro de poco tiempo. Pronto se enterará algún vecino del pueblo y se lo contará o, simplemente, les verán salir juntos y en actitud enamorada.

Maite es la primera en romper el silencio y en tono derrotado le dice a su hermano sin atreverse a mirarle a los ojos:

--¿Cuándo se lo decimos? Yo no me atrevo. A amama y a Fermín aún, pero a ama... No hay derecho, ¿por qué tenemos que andar así y todo por política? ¡La odio, la odio, la odio!

Ahora, en este instante, Maite no pudiendo contener todo su dolor, rompe a llorar estrepitosamente sobre el pecho de su hermano.

Javi abraza a su hermana sintiendo que su corazón se rompe como si fuera el cristal de la ventana al lanzar sobre ella la piedra que lo hace estallar en mil pedazos.

Quiere consolarla con alguna palabra que pueda expresar lo mucho que la quiere, pero no puede. Impotente y conteniendo a duras penas él también sus lágrimas, la mantiene abrazada dejándola que se desahogue.

El problema de Maite es de difícil solución. Javi no quiere imaginarse el que Inma, su novia, estuviese en su situación. No, ellos son apolíticos, por lo menos eso es lo que ella le ha dicho. ¿Y

si le ha mentado? Ahora, en este punto, Javi tiene fuertes dudas, No, no quiere pensarlo. Aunque, ¿por qué no podía ser verdad? ¿Cuántos casos similares se producen en este instante en Euskadi? Nunca se había parado a pensar. Claro que todos no están en la misma situación que ellos. Pero, ¿y los hijos de empresarios vascos? ¿Los que se han visto obligados a irse fuera de Euskadi? ¿Cómo lo tomarían los padres de esos hijos, si éstos se enamorasen de sus enemigos?... Capuletos y Médicis, Romeo y Julieta podrían levantarse de sus tumbas para decirles que nada ha cambiado, que la historia sigue repitiéndose una y otra vez, porque el hombre comete una y otra vez los mismos errores, fruto de su intransigencia y su falta de amor entre unos y otros.

–¡Política, mierda, mierda! Dale una patada a un perro y éste te morderá la próxima vez que te vea –dice lleno de coraje Javi, sacando su rabia. Algo sabía de las relaciones de su hermana, pero pensó que sería un ligero tonto. Pero no, esto es más fuerte y más serio de lo que podía imaginarse. Maite no es una niña, Maite siente como una verdadera mujer, y esto, en vez de tranquilizarle, le duele más aún.

No, ya no es la niña a la que podía tomar el pelo y hacer renegar, porque le divertía ver en su cara el coraje y el enfado y sus mejillas encendidas como brasas de la chimenea de la cocina.

No, Maite de pronto se ha convertido ante sus ojos en un ser adulto, con las responsabilidades y los problemas de los adultos.

Aunque ellos han crecido y madurado demasiado rápido, todo se precipitó de repente: la pérdida de su aíta, seguidamente la de su hermano Mikel y cuando parecían las aguas calmadas de pronto, esta nueva borrasca se les echa encima.

Javi siente tantas emociones encontradas, su joven corazón late con tal fuerza, que a duras penas puede reprimir el ansia de lanzar un fuerte alarido, para expulsar el dolor que hay dentro de su alma dolorida.

Se encuentra como león enjaulado. Se separa con suavidad de su hermana y levantándose del sofá, donde estaban sentados ambos, empieza a dar paseos de un lado a otro de la habitación, tratando de pensar, lo primero, en la manera de seguir consolando a su hermana y después en tranquilizarse él mismo.

–Yo soy pacifista, amo la paz, aunque sólo sea por egoísmo. Porque, ¿qué estamos consiguiendo con matar y matar? ¿Un fin político? No tiene sentido esta lucha. Hemos nacido y crecido con ETA, no hemos oído otra cosa desde que éramos enanos que las rivalidades de la maldita política. Siempre la política por medio, y a los ciudadanos que nos den por el culo. ¿Para qué diablos queremos la democracia si no podemos convivir en paz?, ¿qué diferencia hay entre Franco y ETA? ¿Cuándo va acabar todo esto? ¡Estoy hasta los cojones, sí, hasta los cojones! ¿Por qué tenemos que pagar justos por pecadores? ¿Qué mal hizo Mikel y ahora tú, qué culpa tienes de nada, si opinas lo mismo que yo, que sólo queremos vivir y vivir en paz, sin odiar, aunque razones no nos falten? ¡Mierda, mierda, mierda! –Javi dice estas palabras subiendo el tono de voz, sintiéndose aliviado de poder desahogarse aunque sólo sea expresando libremente lo que siente.

Maite también se ha levantado del sofá–nido, y con los ojos enrojecidos se dirige al espejo que tiene encima del su tocador, mirándose en él. El espejo le devuelve su imagen joven y su alma traspasada por el dolor.

–¿Por qué no podremos ser felices en esta casa, qué mal hemos hecho nosotros? ¿Por qué tenemos que vivir siempre con el dolor a cuestas? Enrique es para mí como una necesidad para seguir viviendo; si me falta él, no sé si podría seguir haciéndolo.

Maite, con todo el dolor de su corazón apenas puede balbucear.

Javi también se queda mirándose en el espejo detrás de su hermana y en su rostro se dibuja también la gran amargura que ha supuesto para él el hecho de que su hermana se haya enamorado de un enemigo de su familia, pero enemigo a su juicio por mediar únicamente la política actual.

–¿Sabes qué te digo? –Javi busca dentro de su cabeza alguna solución válida para que su hermana alivie su pena y no se sienta sola y abandonada.

–Mira, yo he quedado con Inma en Bilbao, ¿y tú? –le pregunta en tono dulce.

–Bueno, yo también he quedado en Llodio, podías llevarme, tú puedes seguir a Bilbao por la autopista –le responde Maite en un

tono tan sumiso que es como si le clavasen a Javi un puñal en su corazón.

Prefiere la actitud rebelde de su hermana, dispuesta a atacar en cualquier momento, a la imagen patética que ve frente a sí, esa nueva joven le resulta irreconocible con la mirada triste y el ceño fruncido, que en algunos aspectos le recuerdan el rictus amargo de su ama tantas veces contemplado a hurtadillas, para que no se diese cuenta de que la miraba. Muchas veces tuvo que ir a llorar en silencio a su habitación la pena de verla tan preocupada y tan triste.

Maite le hace sentir parecido dolor y para no dejarse llevar por él, fingiendo sarcasmo y alegría, le dice para animarla:

–Pues mira... ¿qué te parece si salimos hoy los cuatro? Inma conoce a Enrique, tomamos unas copas y nos vamos de marcha... Bueno, que tú no bebas...

Maite le mira y le responde, esbozando una leve sonrisa que quiere decir más que mil palabras. Maite agradece su comprensión y la sensación de que puede contar con él, alivia su pena, suspirando y con una nueva luz en las mejillas, signo evidente de que las ganas de vivir han regresado de nuevo del fondo del fatalismo a la superficie del Paraíso Terrenal.

–Me parece estupendo, podríamos ir al cine, tengo ganas de ver...

Maite vuelve a ser la joven de antes, y Javi al ver esta imagen recuperada, adopta él también la actitud de siempre, de aparentando indiferencia para ocultar bajo una capa espesa el amor que siente hacia su hermana, pero que sólo muestra en momentos determinados, para guardarlo de nuevo dentro del cofre de su alma, escondiendo acto seguido la llave para que nadie la encuentre.

–Enana, te doy media hora, si no te dejo plantada, ¿de acuerdo?

–¿Media hora? ¿No ves que me tengo que duchar y secarme el pelo? –le responde en tono de reproche Maite a su hermano.

–Tú verás, media hora –dice Javi levantando su muñeca izquierda mirando las agujas del reloj y a los ojos de su hermana amenazadoramente.

Ésta va a soltar un improperio, pero se contiene y tratando de disimular su coraje, ya que por lo menos necesita una hora para arreglarse como a ella le gustaría, asiente, no sin gritarle:

–¡Machista, que eres un machista!

Javi, fingiendo que no la oye, sale de la habitación, feliz de sentir que ha recuperado a la hermana que a él le gusta, e insiste desde la puerta sin mirarla, dándole la espalda:

–Media hora...

¡Zas! se oye un fuerte golpe en la puerta. Javi ha salido de prisa, conoce las reacciones de su hermana, y el golpe del cepillo lanzado de nuevo por Maite desde el tocador contra la inocente puerta, es la prueba evidente de que todo sigue igual, lo que le hace sentir gratamente aliviado.

–¡Uf! Por unos instantes creí que mi hermana era el vivo retrato de mi ama, pero no, Maite sigue siendo Maite –dice mientras su hermana dentro de su habitación sigue refunfuñando.

–Pero la verdad es que buena papeleta se nos presenta... –piensa Javi, en dirección a su habitación, también él quiere ducharse y cambiarse de ropa antes de salir.

Preocupado por la conversación mantenida con su hermana segundos antes, va a abrir la puerta de su habitación y de pronto recuerda a lo que había ido.

No considera oportuno regresar de nuevo y se queda pensativo reflexionando sobre lo que debe hacer y opta por ir al bar de Chaparro, donde están echando la partida Fermín y sus amigos, para pedirle un anticipo.

No quiere ni pensar en el día en que éste sume el total de la deuda contraída... ha perdido la cuenta.

–Qué gran persona y ama venga a darle largas, no sé cómo no se cansa y la manda a la mierda. Conmigo podía haber tropezado, con la de mujeres que hay por todas partes deseando llevar a un tío al altar. Bueno, no tengo otra alternativa, de paso necesito tomar algo más que el fresco. ¡Qué fuerte lo de mi hermana!

Suena el timbre de la puerta en ese preciso instante y Javi sale de sus pensamientos tomando la iniciativa de abrirla y salir a la calle.

Coge su cazadora colgada en el perchero de la entrada, abriendo seguidamente la puerta.

–Hola, ¿puedo pasar? –pregunta un poco inseguro Josu, el sobrino de Carmen, al ver al joven.

Javi se hace a un lado y le hace un gesto con la mano derecha de que puede pasar hasta la cocina.

Josu le hace un gesto de agradecimiento mientras entra, colgando su chaqueta en la entrada antes de dirigirse a la cocina, un poco preocupado por si interrumpe alguna conversación de mujeres.

–Lo siento... ¿Molesto? Es que en el bar había varios para echar la partida y como a mí esas cosas no me van demasiado, si es que no les importa, he preferido venir con ustedes –Josu se disculpa al ver la cara sombría de las cuatro mujeres, que ante su presencia tratan de aparentar naturalidad, gesto que no pasa desapercibido y al notar que algo negativo vibra en el aire, no sabe de repente si quedarse o irse de nuevo al bar.

Amama le hace un ademán de que se siente y con una leve sonrisa le pregunta si quiere alguna cosa.

–No, gracias amama, si molesto... –sigue disculpándose Josu que no sabe a ciencia cierta qué ocurre y no puede disimular su malestar por haber regresado inoportunamente al caserío.

–Nada, nada, siéntate, aunque entre mujeres y viejas encima, poca diversión te vamos a dar, en todo caso alguna preocupación –le dice Eguskiñe dando los últimos toques al fregadero ayudada por Carmen y Mari que se han unido para recoger y secar tantos platos y vasos sucios.

–Dejar eso y sentaos de una vez, tanta mujer levantada parece esto una estampida –les dice amama a las tres mujeres indicándoles con un gesto que se sienten, que hay tiempo de sobra para hacerlo más tarde, cuando todos se hayan ido.

–Para lo que queda, acabamos y no sentamos –dice Mari con el paño en la mano secando los cubiertos que le va dando Carmen una vez fregados éstos y limpios.

–Yo también puedo ayudar –sugiere Josu yendo hacia las tres mujeres, remangándose las mangas de la camisa.

–Los hombres de ahora da gusto, no les importa echar una mano, pero los de antes... que le pidiera yo a mi marido una mano, al cuello me la echaba y bastante. Claro que estas joyas se quedan solteros, han empezado a tenernos miedo, ¿cómo se come esto?

Carmen comenta orgullosa el ofrecimiento de Josu para ayudarlas.

–Mal, antes era de maricas ver a un hombre con un delantal, en cambio ahora hasta las alfombras sacuden. Jaungoikoa, a dónde vamos a llegar... Quién lo iba a decir antes –dice un poco escandalizada amama ante esta era moderna que no puede comprender en todos sus aspectos.

–Qué diferencia hay entre los tiempos de antes y los de ahora... A mí me gusta más esta igualdad, mis hijos ayudan igual en mi casa, los chicos ponen la mesa y la quitan si hace falta, hasta el café me pone el pequeño... Celos suele tener mi marido, pero él no es capaz aunque me vea muriendo de echarme una mano para hacer una cama –es Mari la que así habla, esbozando una sonrisa que ya tiene asimilado el comportamiento machista de su marido.

–Ya me habría gustado a mí que mi marido, Genaro, de vez en cuando me hubiera hecho las camas, que entonces los colchones había que darles la vuelta cada mañana y buenas sacudidas a la lana de oveja, para que no tuviera pelotas, buenos golpes para separar bien la lana, cama por cama. Con estos colchones modernos se estiran las sábanas y en un santiamén están listas. ¡Ay, Jesús! Yo no me acostumbro, dicen que es mejor para la espalda, pero yo echo de menos mi colchón de buena lana de oveja. Ovejas del caserío, las trasquilábamos cada año y a guardar las lanas después de lavarlas bien en el tinako... Después de muchos años los gitanos se los llevaron también. Todos los restos se los llevan los gitanos... –dice amama en un tono de añoranza, rememorando el balar de las ovejas mientras comían en la huerta poblada de avellanos a la orilla del río.

–Las miserias y los recuerdos, acaban todos en el trapero y como bien dice usted, en los gitanos también. Mi madre, haciendo limpieza, una vez tiró un óleo que luego resultó ser un Iturrino. Cada vez que veía a un gitano se ponía mala desde aquel día –comenta Josu dándole la razón a amama.

–¿Que es un Iturrino? –pregunta Mari, que no le suena ese nombre.

–Un gran pintor vasco. Después de tirarlo, un día descubrió en

una librería un libro con su biografía y por poco no le da algo, había regalado a los gitanos más de dos millones de pesetas –sigue Josu contando el incidente del cuadro con pena.

–¿Tanto vale un cuadro? –pregunta ingenua amama.

–Y más, depende de la firma –le contesta Josu poniendo encima de la mesa varios utensilios de cocina, colaborando en el fregado y recogida de cubiertos de las tres mujeres.

–Yo de pintura no entiendo, pero mi cuñada tiene la casa llena de obras de arte, a mí me parece que se pasa tu madre y me extraña que tirase algo así a la basura –le contesta Carmen a su sobrino.

–Pues mira por donde, como no puede ver un desnudo colgado de la pared, lo tenía en el trastero y creía que pecaba cada vez que lo miraba, así que un día se le torcieron los cables y sólo se le ocurrió dárselo a los gitanos –explica Josu con unos platos en las manos mirando a amama que tuerce un poco el gesto al oír lo del desnudo.

–Un poco de razón no le faltaba a tu ama, porque una mujer desnuda en la pared, semejantes pendejos, cómo podían estarse quietas mientras las mira un hombre, ni para pintar, pretexto parece.

Amama responde dándole la razón a la madre de Josu, para ella los desnudos, desnudos son, por mucho arte que digan que tienen.

–Desde luego las hay con más cara que alforjas, por mucho arte que sea... –Eguskiñe también le da la razón a su ama.

–Que disimulan muy bien, pero yo creo que son unas despendoladas.

Carmen ratifica las palabras de amama y Eguskiñe y Mari asiente con la cabeza.

Josu, que comprende que no puede llevarles la contraria disertando la diferencia con que el artista puede ver un cuerpo desnudo mientras pinta y lo quiere manifestar a través del lienzo, opta por cambiar de tema.

–Pues sí, yo compro muchas antigüedades en la “Galería El Prado”, los dueños son Luis y Bego, son muy amigos míos, todavía el otro día compré un colmillo de marfil labrado, y me hicieron un buen precio y como había cobrado una deuda que no esperaba, me fui y me dije: “Josu, hazte un regalo de cumpleaños y no digo lo

que me costó, pero sí, el marfil es una buena inversión, porque cada día hay menos elefantes y es más difícil de lograr. Por cierto, tienen una gran vendedora Amagoya que la conozco desde hace años y le he comprado pintura vasca: Apellaniz, Pérez Díez, Miguel Carbonell, éste es catalán, pero pinta unos paisajes vascos muy bonitos; como no tengo mujer ni hijos, pues me doy esos caprichos... –concluye Josu convencido de haber interesado a las mujeres en el tema del arte, ya que le dejan hablar sin interrumpirle.

–Claro, cada uno invierte de diferente manera, si yo tuviera todo el dinero que me he gastado con mis hijos, pues mira, tendría un par de pisos más –le contesta con gesto airado Carmen a su sobrino, moviéndose nerviosa en la silla.

–Ya lo creo, a mí me gustan los cuadros y tengo algunos en casa, uno de mis hijos pinta, pero a mí me parece que poco da el arte, galerías, no sé... de vez en cuando yo voy a ver por enterarme, como mi hijo pinta... pero el pobre tiene para rato –comenta Mari, no muy convencida del porvenir que le espera a su hijo mediano, como artista, como para poder vivir únicamente del arte de pintar.

–El arte funciona cuando el marchán es influyente, más artista por sí mismo, todo es un negocio –le contesta Josu moviendo la cabeza afirmativamente, para preguntarle a continuación:

–Me gustaría ver la obra de tu hijo, si me gusta tendré mucho gusto en comprarle algo.

A Mari se le ilumina la cara y con expresión feliz le responde:

–¿De verdad? No sabes la ilusión que le haría, es muy tímido y le da corte ir a presentar sus cuadros a ninguna galería, a lo mejor tú puedes hablar con esos amigos tuyos y pueden exponerle.

–¿Por qué no? Yo voy, los veo, y si me gustan hablaré con Luis, el dueño de la galería –Josu se interesa por el hijo pintor de Mari, sacando un cuaderno de notas y anotando la dirección junto con el número de teléfono.

–Las madres, lo que habéis dicho antes, tenemos que ponernos manos a la obra –exclama feliz Mari.

Eguskiñe, con el ceño fruncido, no puede dejar de pensar, sin escuchar a Josu que es el que está hablando de arte, tema en el que es un gran experto, a juzgar por las explicaciones que está dando y

del que ella pasa, ya que aparte de las fotos familiares, los pósters de sus hijos y algún calendario, en las paredes de su caserío no cuelga nada de valor. Bueno, si de valor se le puede llamar al reloj de madera, negro, grande y antiguo con esfera blanca y números romanos, que no cesa de dar los segundos, los minutos y las horas con precisión suiza.

Amama, que no ha perdido detalle de la conversación, recuerda una escena similar cuando su hijo Eduardo no quería presentarse ante don Eugenio de Valdivieso, marqués de Larridulce, para trabajar de tornero en un taller que tenía en Llodio y lo tuvo que acompañar ella, porque él solo no se atrevía.

–Qué poco cambian los tiempos para algunas cosas –exclama en voz alta y le comenta a Eguskiñe–, estaba recordando cuando llevé a tu hermano ante el marqués, ¿te acuerdas, Eguskiñe?

Eguskiñe finge no oírla, ya que estos recuerdos en vez de alegrarla, lo único que consiguen es entristecerla más. Eran años difíciles de posguerra, de hambre, cuánto trabajo y qué pocos beneficios.

–No me extraña que se quisiera marchar a América, con los pocos estudios que tenía y lo poco que aquí había, creyó que era más fácil y rápido el hacer fortuna lejos, tan lejos, que apenas lo hemos visto desde entonces. No, mis hijos no se irán de aquí, ya lo creo que no, y menos por falta de trabajo... –piensa con ira y rabia contenida. Sacándola de sus pensamientos Josu, que sonriendo abiertamente y un poco ingenuo en cuanto al sentir de los graves problemas de su tía Carmen y ella, hace el siguiente comentario:

–Bueno, esto ya está, cuando entra un hombre en la cocina se nota y si no que se lo pregunten a Arguiñano, que en vez de cocinar parece que está cortando un traje, porque no mancha nada.

–Los hombres en la cocina, las mujeres en la oficina, ¿a dónde vamos a ir a parar? –suspira amama, que no deja de observar con qué estilo y práctica ayuda Josu a las tres mujeres, no habiendo diferencia en quién es más diestro, si ellas o él.

Eguskiñe ha terminado de fregar, ayudada por Carmen, Mari y Josu, más calmada, haciendo un esfuerzo por aparentar naturalidad y con una leve sonrisa, mientras se va quitando el delantal,

colgándolo enseguida en un clavo que hay cerca de la ventana, invita a sus amigas, ignorando la pregunta de su madre. Varias veces le hizo proposiciones deshonestas el marqués y el sólo recuerdo de su cara le crispa los nervios, por lo que prefiere cambiar de tema.

–Podíamos jugar a las cartas.

Amama mira sorprendida a su hija. No recuerda los años que hace desde la última vez que alguien propuso jugar a dicho entretenimiento, pero revive en su memoria a su marido Genaro con varios familiares y amigos. Después de haber matado el cerdo y por la noche, tras haberlo descuartizado, hecho las morcillas, los chorizos... y después de celebrar la txarriboda, acto al que siempre asistían familiares y amigos, a los que a su vez la familia Olavarri ayudaba cuando éstos mataban sus cerdos. Mira amama al techo de la cocina y con gesto nostálgico suspira con pena al verlo vacío de ristas rojas.

–Qué partidas de mus y de brisca, los hombres en una mesa y las mujeres en otra, hasta el día siguiente. Reventados terminábamos, pero qué risas y qué juergas pasábamos. Más de uno a la fábrica seguido marchaba por la mañana, después de desayunar un par de huevos fritos con la morcillita hecha de cebolla y sangre que había sobrado. Quién la pillara ahora, no le haría ascos, no, ni a un choricito tampoco... Lástima, qué poco me dejan para darme capricho, todo es malo, todo tiene no sé qué historias, ganas de jorobarle a uno.

Amama está abstraída en sus pensamientos, ignorando el ir y venir de Eguskiñe que anda recorriendo toda la casa, abriendo todos los cajones que encuentra, a la búsqueda de la baraja, ya que han acordado por unanimidad, jugarse la cena en el Mesón.

Josu, hombre un tanto educado a la antigua, le comenta a su tía Carmen, ajeno a los pensamientos de amama:

–Sabes que me molesta que me pague la cena una mujer y si son dos, para qué contarte.

–De eso nada, además, vas a pagar de todas maneras, porque yo juego con Carmen y os vamos a ganar, ya lo creo –contesta Mari que a fanfarrona no la gana nadie.

Eguskiñe regresa con la baraja de cartas bastante usada, y con ellas en la mano escucha la última frase hecha por Josu, desde la puerta de la cocina, contestándole en tono más bien mordaz:

–Si Sabino Arana hubiera levantado la cabeza y te hubiera visto fregar hace un rato, se metía de nuevo en la tumba para no salir jamás... Decía que las mujeres éramos un pedazo del hombre, como en la Biblia, claro, una compañera y el hombre el tipo personal de la raza humana, así que no vengas con que las mujeres no pagamos porque, a ver, ¿cómo se come eso?

–Bueno, con Sabino Arana las mujeres lo tenían crudo entonces, como frágiles criaturas que se suponía que erais, estabais destinadas a que el hombre os protegiera, una tutela amorosa a cambio.

Termina la frase ligeramente guasón Josu, sonriendo y mirando con malicia a su tía Carmen.

Ésta, que capta el tono de su sobrino, le contesta en tono airado mientras se seca las manos con el paño de secar los cacharros:

–¡Y un jamón! Tutela amorosa, así, bien controladitas, en casa y con la pata quebrada.

–La mujer tenía que ser sumisa, eso nos decía mi ama, con el marido, porque hacía las funciones de dueño y señor, defensor, compañero y no sé cuántas cosas más –continúa amama haciendo un gesto de horrorizarse recordando los tiempos antiguos.

–Como esclavas, diría yo. Vaya forma de comprarnos, ni los moros con las moras –Mari comenta escandalizada.

–También él las aplicó en su matrimonio, ojo, estas normativas. Claro, que en contrapartida a la mujer se os dio una categoría social, y podíais gozar de ciertas prerrogativas, por ejemplo, podíais heredar la casa solar, si el hombre no era el adecuado para la mujer. Así que conservabais derechos individuales, lo que ahora se llama bienes gananciales que cada uno se quedaba con lo suyo, gozando ante la ley de igual trato en caso de adulterio. Como veis nada nuevo, sólo que aquí nosotros nos adelantamos al sistema de separación de bienes muchos años nosotros –comenta Josu, medio en broma, aún sabiendo que estos temas molestan a su tía Carmen.

–Pues qué bien, sólo nos faltaba que después de putas apaleadas –le contesta en tono iracundo Carmen a su sobrino.

Todos sueltan una carcajada ante el tono empleado por Carmen.

–Eso sí, dentro del hogar, no os quejéis, podíais decidir, pero el cabeza de familia era, sin lugar a dudas, el padre, pudiendo utilizar su autoridad sobre sus hijos también –continúa Josu, un tanto flemático.

–Bueno, sobre los hijos me parece bien, porque si no se pone un poco de respeto en casa, la casa no es una casa, es una casa de eso, de putas, ahora que nadie me oye –dice Carmen de pie y con los brazos en jarras.

–¿Así que eso era lo único que podíamos pretender? –pregunta Mari sin salir de su asombro.

–Vuestra misión importante era la de tener hijos. Según Juan Aranzadi, mujer y madre eran palabras sinónimas –concluye Josu también de pie, terminando de secarse las manos a la vez que se coloca su sortija de oro con un pequeño zafiro azul se la queda mirando y comenta:

–Recuerdo de mi padre de cuando hice la primera comunión.

Las mujeres pasan por alto este detalle y amama, que es la única que permanece sentada, también contempla sus dos aros de oro en el dedo de la mano derecha y en tono pensativo comenta:

–La verdad es que tiene razón tu sobrino, la pobre mujer que no tenía hijos, se la miraba mal, bajaba de categoría. Cuantos más hijos más importantes éramos, cuántos quedaban en el parto, diez, doce, catorce hijos, más de la mitad para verlos morir por falta de medios y remedios. Amama se calla quedándose pensativa.

–Una locura hacer sólo de comadreas, parir y parir, como símbolo cultural nos utilizaron igual que la tierra, pero la tierra nada tiene que ver. Una cosecha cada año no es lo mismo que parir un hijo. Si los hombres hubieran tenido que hacerlo, seguro que no habrían dictado esas leyes, no te jode –añade Eguskiñe llena de coraje.

–Bueno, no hay mal que por bien no venga, de ahí nació el mito indicativo de la categoría social de la mujer, arraigado fuertemente en el País Vasco, que es el matriarcado, en otras regiones de España, encima no tenían ni ese privilegio, derivado precisamente de la maternidad, sopas y sorber no puede ser.

En tono un tanto burlón, responde Josu, que no está conforme con el antiguo machismo.

–Así que con la pata quebrada y bien atada, mucha categoría, pero atadas a la pata de la cama –comenta Mari con gestos de cabeza que indican lo inaceptable de esos conceptos para la mujer de hoy, a las puertas del siglo XXI.

Ahora hablan las tres mujeres a la vez dando su opinión al respecto, mostrando su disconformidad con estas conductas antiguas, quizá válidas a principio de siglo, pero inaceptables en los tiempos actuales, para esa nueva mujer que estudia en universidades, trabaja en empresas codo con codo con el hombre, en todos los niveles, políticos y empresariales.

Josu espera a que se apacigüen un poco las aguas para poder proseguir. Cuando éstas parecen calmarse, continúa.

–El prototipo de la familia pre-industrial, era de estructura patriarcal de asentamiento, precisamente en el caserío se componía de dos elementos básicos: el baserritar o etxeko y vosotras, las etxecoandres.

–Menos mal que nos llamaban señoras, porque si encima nos llaman parientas como mi marido, apaga y vámonos –contesta Carmen a su sobrino sentándose cerca de amama.

–Bueno, aquí acabo, el primero como prototipo de la raza, hacía posible que la raza se perpetuase, por lo que la familia constituía la perpetuación de la misma. De ahí también Sabino Arana, y concluyo, os dio la categoría de símbolo de la Patria.

–Sí, todo eso está bien, pero pasado de moda, los dos hermanitos buena la armaron con sus teorías.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Los hermanos Arana Goiri procedían del Carlismo no siendo de extrañar que en su ideología aparezcan concepciones de tono Carlista.

El lema utilizado por Sabino Arana: “Jaungoikoa eta Lagi Zarra”, es simplemente un derivado del lema utilizado por los Carlistas que consistía en “Jaungoikoa eta Foruak” (Dios y Fueros).

Ambos son diferentes en cuanto a concepto sobre la causa vasca. El primero separa el vasquismo de sus concomitancias españolas, mientras que el segundo involucra la causa vasca con legitimismos españoles. Aquí se hace constancia de la separación de las ideologías de orden español.

Contesta Eguskiñe que está terminando de colocar cada cosa en su sitio, con gesto airado.

–Pobre siglo, cayó todo demasiado junto, demasiado revueltas las aguas desde que yo nací,<sup>2</sup> antes ya estaban también. Don Ismael, que por cierto ha estado antes para traerme unas medicinas, cada vez que puede habla y habla de guerras y más guerras, que si los Carlistas, que si con la lucha para defender la lengua y nosotras, en aquellos tiempos, sin enterarnos de la misa la media –concluye amama haciendo gestos con las manos y con cara de no comprender tanta causa y tanto motivo, para que los vascos no hayan aún concluído con las guerras y el terrorismo.

---

<sup>2</sup> La Iglesia también participó a la hora de unir el nacionalismo vasco bajo los conceptos de “Legi Zarra” (Leyes Viejas), haciendo que brotase un constante aire de autosuficiencia. Trampa mortal para un pueblo, como el inglés, por ejemplo, que hace que no se esfuerce en aprender idiomas porque todo el mundo se expresa en inglés como segunda lengua.

Así el vasco se creyó que con mirar al pasado y recrearse en él tenía suficiente con soñar con la recuperación de los Fueros y más tarde el logro del Autonomismo.

Lo aldeano surgió como palabra mágica no queriendo abordar la industria, que destruía el entorno, las costumbres, aunque fueran más avanzadas, a la altura de Europa.

Para el vasco esto se percibía como una agresión al pasado, a las costumbres ancestrales.

Las ciudades oprimen ahogando los sentimientos de libertad y ahí el vasco empieza a sentirse como pie en dos zapatos.

Creciendo el sentimiento de antiespañolismo, la doctrina de Sabino Arana no aportó soluciones a los cambios que la industria traía, ahogándose en resentimientos y cuando no en odio ante los emigrantes que lo único que hacían era luchar por su supervivencia, al igual que lo hacen hoy los africanos y los pobres que nos miran como una esperanza donde apoyarse.

Por eso nosotros no tenemos porque involucrarnos en sus costumbres.

Eso mismo deberían haber hecho nuestros predecesores, quedándose cada uno en el margen del río que le correspondía.

Aquí el río también sufrió sus alteraciones de ir de un extremo al otro. En un lado los que no querían desprenderse de lo aldeano, lo rústico, lo antiguo, en el otro, los que eran fervientes españoles universales.

En este punto es fácil predecir que no conseguimos una política de adaptación conveniente para los años venideros. Hoy, cien años después, estamos viendo los resultados de esa política errónea, como en el caso de E.T.A., fruto de aquellas ideas nacionalistas que se quedaron soñando con el pasado, como si les hubiesen sacado del Paraíso Terrenal, añorando lo que de bueno hubo y olvidando que carecíamos de casi todo lo imprescindible para poder vivir. (Ver “Nueva Vasconia”, pág. 262, Nacionalismo)

–¿Don Ismael dices que ha estado en casa? –pregunta a su ama Eguskiñe en tono preocupado, recordando de pronto.

–Sí, y con mal aspecto, por cierto. Pobre hombre, acabado parece, un hombre joven y viudo casar tenía que hacer –amama con cara triste, juntando las manos y apoyando en ellas su barbilla, suspira.

Eguskiñe también cruza las manos apoyando los codos sobre el hule de la mesa antigua, como todo el mobiliario de la cocina.

Han guardado todos silencio, ya que no conocen al doctor y tampoco les parece bien preguntar por alguien que desconocen.

–Ya tenemos todos bastantes palos con la vida misma para que ahora, que podemos vivir en paz, encima esta lacra. Porque, ¿a qué viene tanto interés en no acabar de una vez? –amama continúa hablando sin mirar a ningún contertulio, como si hablase consigo misma.

–Así es que don Ismael ha estado antes aquí. Pobre hombre, en dos años tres muertes, su madre y la mujer también, una persona tan buena... Dios castiga a quien menos se lo merece.

Eguskiñe dice estas últimas palabras con rabia, volviendo a recordar a don Ismael, por el que siente un especial cariño.

Mari mira de reojo a todos, y no puede por menos de dar gracias a Dios de que en su casa estén normales, dentro de lo que cabe. Empieza a deprimirle hablar de tantas desgracias juntas, tanto muerto, muertos que hablan más que los vivos, porque están en todas las tertulias.

–Hay rachas que no cabe duda de que el diablo tiene que estar por medio, llegas a nuestra edad, ¿y qué pasa?, que todos pagamos factura, cuando no son los padres, se te va un hijo, cuando no, el marido, y como tenemos poco, el paro, con las industrias en quiebra y un día descubres también que un hijo tuyo es drogadicto. El día que descubrí a mi hijo pinchándose en el cuarto de baño, si me pinchan la que no sangra soy yo... –Carmen no puede seguir hablando, las lágrimas han brotado de sus ojos, saca del bolsillo interior de su falda un paquete de kleenex con qué secárselos y sonarse la nariz.

–Pues eso, que como éramos pocos pues parió la abuela. Aquí en

Euskadi están sucediendo demasiadas cosas juntas, para que no nos preocupemos y no nos preguntemos todos qué hay detrás de tanto desastre. Las madres tenemos que hacer algo, ¿pero qué? Es una pregunta que me hago cien veces al día y todavía no he hallado respuesta. ¿Conocéis algún país que destruya su propia industria? ¿Que eche a los empresarios que nos dan de comer? Decidme uno solo, porque yo no conozco ninguno. ¿Droga? ¿Dónde hay más droga que aquí? En ninguna parte. ¿Qué ha pasado entonces? No, si como siga así me voy a volver loca. Fermín me pide que nos casemos cada día y cree que así puedo olvidarme de todo lo que pasa. Naranjas de la China. Las madres, cómo vamos a cruzarnos de brazos, ¿eh?, decidme. Tenemos que agarrar a más de uno de las pelotas, porque a nosotras nos quitan nuestros hijos de una manera o de otra, me da igual, y encima el pan también, ¿es que se puede quedar una en casa a esperar? ¿Esperar, qué? ¿Milagros? Los milagros nosotras tenemos que hacerlos, porque en el cielo el cupo ya debe estar lleno, sólo con los problemas que tenemos en Euskadi.

Mari, que se ha emocionado oyendo a Eguskiñe, aplaude su actuación, corrigiendo su entusiasmo al instante al ver los gestos de contrariedad de Carmen y amama indicando que el horno no está para bollos.

Josu observa a Eguskiñe y no puede por menos de pensar:

—Qué carácter, sí señor, tiene toda la razón, aquí están pasando demasiados sucesos que no están claros para el pueblo llano y para los que como yo se precian de tener una buena cultura —y en voz alta añade—: Estoy de acuerdo contigo, Eguskiñe, aquí huele cada día más a gato encerrado. Demasiados sucesos tristes, demasiados años extorsionando y empeñados en destruir las industrias, demasiada droga, demasiado terrorismo. ¿Qué hay detrás de esta pantalla? Tenemos exceso de mucho y malo, ¿cuáles son las verdaderas causas?

—Las de siempre: política y más política, pero a mí me tienes que matar si no doy con lo que hay detrás de todo esto.

Zanja Eguskiñe dando un fuerte golpe en la mesa con la palma de la mano derecha.

Amama observa a su hija, y esa energía junto con la convicción con que pronuncia sus palabras, tienen la virtud de aliviar en parte su pena y su gran preocupación ante hechos tan palpables como los que acaba de describir su hija.

–Conmigo, ya sabéis, podéis contar, porque ¿quién me dice a mí que mañana no seré yo la que batalle con un problema como el vuestro? Tengo hijos, así que antes de que venga el diablo a verme, voy yo a su encuentro –asiente Mari tímidamente, impresionada por el fuerte carácter de Eguskiñe, que tiene el don de motivarla lo suficiente como para seguirla donde ella le pida.

–Yo, de momento, no tengo más respuestas que ir a manifestarme, pero cuando tenga claras las cosas, cuento con vosotras, si hay que organizarse, nos organizamos las madres en contra de los terroristas y contra los narcotraficantes, y a ver quién puede contra las madres.

Eguskiñe termina mirando fijamente a Carmen y a Mari.

Éstas asienten cogiéndola de una mano y, en tono solemne, afirman:

–Lo que tú digas, Eguskiñe, como si hay que pegarle fuego a alguien.

–Eso, si hay que pegar fuego a alguien yo llevaré cerillas por si acaso.

Josu no deja de observar la bravura de estas tres mujeres y no puede por menos que evocar a aquellas valientes etxecoandres, que en la antigüedad se quedaban en el caserío al cuidado del ganado, la huerta, los hijos, los animales del establo, mientras sus maridos iban a las guerras, requeridos por los reyes de España, siempre librando batallas en alguna parte del mundo, o bien embarcados a la pesca del bacalao en aguas en tierras tan lejanas como Terranova. Mientras ellas, fieles y abnegadas, luchaban en sus hogares hasta el regreso de sus maridos, sin que la unidad del hogar se resquebrajase por ello.

Al ver a estas cuatro mujeres, Josu siente orgullo al comprobar que ese espíritu sigue vivo en la cocina de este caserío de Oquendo.

–¿Y cuándo nació usted, amama? –pregunta Josu emocionado y aún preocupado por la salud de amama.

Amama, con expresión triste mira a Josu y se da cuenta que éste se propone implemente cambiar de conversación, para serenar los espíritus de las cuatro mujeres, que lo necesitan dado su estado de agitación.

–Yo soy del dieciséis, mis padres del noventa, bueno, de mil ochocientos noventa, del siglo pasado, la misma edad tenían, por ahí anda todavía una foto y parece que fue ayer, mentira me parece; a los jóvenes veinte años les parece un siglo, a mí me parece que hace un momento iba a la escuela, de esto ya no recuerdo –responde amama en tono bajo, sin mirar a nadie, absorta en sus recuerdos.

–En el dieciséis... A ver, sí, en el dieciséis, si no recuerdo mal, murió Rubén Darío, un gran poeta y también Rasputín en San Petersburgo –Josu hace una pausa y amama continúa.

–Sí, mucho se habló de ese personaje, en casa, cuando yo era una cría. Eso era en Rusia, nos metían miedo, sólo mencionarlo era peor que Drácula ahora. Lo envenenaron, mi aíta lo contaba y yo sólo oír su nombre me entraba un miedo... –amama con una sonrisa recuerda la figura de este personaje de la época que tanto terror despertó en Rusia, debido al gran poder que ejercía a través de la zarina que estaba enamorada de él y que utilizó para sembrar el terror entre la población rusa.

–En plena Primera Guerra Mundial, también y en plena guerra con Marruecos. ¡Qué tiempos, cuánta hambre había en España! Un dicho de entonces era, “A perra gorda la vaca te daban, como no había perra gorda, tampoco había vaca”. Antes de nacer yo, sobre el diez, creo, cuántos vascos y de todas partes, pero vascos y gallegos sobre todo, tuvieron que emigrar a América para hacer fortuna, dos tíos de mi padre, allí se quedaron, no volvieron nunca, no es como ahora... –amama guarda silencio recordando.

–Unos cuatrocientos mil españoles, se calcula, fue por el mil novecientos diez.

Josu corrobora las palabras de amama.

–Cuántos hogares destrozados, ¡ay!, en cambio ahora son ellos los que vienen aquí, gracias a Dios, y encima nos molesta que lo hagan, eso tampoco está bien. El que se va, siempre con la

añoranza de volver, y el que se queda, con la pena de no verlos. Yo tengo un hijo, nuera y nietos en California, hoy han escrito. Estuvieron hace dos años por Navidades, han comprado un chalet con piscina, les van bien las cosas, pero tampoco sé las que les han ido mal, como ésas no las cuentan... –guarda de nuevo silencio amama, rememorando las Navidades con todos los miembros de la familia Olavarri reunidos en torno a la cocina, viendo cada uno de sus rostros, no pudiendo seguir hablando ya que la emoción se lo impide, por lo que hace grandes esfuerzos por contener las lágrimas.

–Yo también tengo un tío en México, Distrito Federal, cerca de la estatua del Ángel, ha venido un par de veces; a mí también me gustaría salir y ver mundo, no estar siempre anclados en el mismo sitio... ver otras ciudades, otras gentes. Si yo pudiera me iría a ver qué pasa por ahí –Mari mira a todos, sintiendo la desaprobación general.

–Yo, de visita, no digo, pero dejar los amigos, la familia, ni hablar, más vale malo conocido que bueno por conocer, será que con mi hermano ya tengo bastante, siempre añorando. No y no, de aquí yo no me voy, porque aunque el de Madrid no es que esté lejos, pero tampoco los vemos demasiado.

–En algunos aspectos, yo creo que las cosas han cambiado poco, en otros vamos a una velocidad de relámpago –le da la razón Josu a Eguskiñe.

–Yo creo que los vascos estamos tan atados al ayer que eso mismo nos impide avanzar en este momento –contesta Eguskiñe con el ceño fruncido, en tono pensativo.

–No entiendo en qué estamos atrasados –objeta ingenuamente Mari mirando seria a Eguskiñe.

–Será en lo bárbaros, porque un terrorismo en estos tiempos... Entiendo que en Sudamérica y por esos sitios donde la miseria acampa a sus anchas, bien, pero aquí... –va a proseguir hablando llena de coraje Carmen, pero las caras llenas de dolor de amama y Eguskiñe, hacen que sus últimas palabras las vaya pronunciando en un tono más suave.

–Así que en el dieciséis, en plena Primera Guerra Mundial

–recalca Josu, memorizando dentro de su cabeza tratando de cambiar de tema, ya que en el ambiente flota la amargura, como la espuma blanca sobre el mar a merced de las olas que la traen y la llevan donde el mar acaba.

–Así es, en el dieciséis, la edad poco me gusta decir, pero ahí están los años, en los huesos y en los achaques. Cuando eres joven, ¿quién piensa en esas cosas? Pero ahora, cada uno que viene, un nuevo dolor me trae con él.

–Pues a mí también, ya han empezado a darme la lata, tengo algo de reuma en cuanto empieza el invierno y este año me parece que tiene prisa por llegar, ya me empieza el hombro izquierdo...

Dice Mari gesticulando, haciendo gestos de dolor y al mirar las caras de amama, Eguskiñe y Carmen, no puede por menos de sentirse ridícula al mencionar un simple dolor de reuma, cuando en el ambiente flota el dolor de problemas tan superiores al suyo.

Josu, tan observador de lo que las mujeres sienten, mira al suelo de la cocina como buscando alguna señal que desvíe la conversación por otros derroteros menos dolorosos.

El silencio se ha hecho latente como la niebla capaz de ocultar el más bello paisaje en trampa mortal.

–Bueno, cambiemos de tema, aunque no por eso vayan a dejar de existir los problemas, es duro, pero hablando por lo menos podemos olvidar. No sé cómo no hemos explotado con tantos años callando y callando.

Eguskiñe sacude la cabeza sin poder comprender todavía tanta desdicha, los hechos que acontecen cada día carecen de sentido para ella, a pesar de tener claro lo sucedido en siglos anteriores, lo que la llena de confusión, a pesar de haber leído montones de libros, es que estos sucesos dolorosos se produzcan, precisamente en este siglo de abundancia para el pueblo vasco, despreciando el progreso, tratando de impedir que el poder económico avance de la mano de la industria, que es el único medio que ella entiende que puede traer la prosperidad ahuyentando la pobreza y la miseria de épocas recientes.

Amama suspira, emocionada, fijando su mirada en el gato que está hecho un ovillo en una esquina de la cocina y dormita con

respiración rítmica ajeno a cuanto acontece a su alrededor.

También Txakur parece hacer lo mismo, por el silencio que reina fuera del caserío.

El silencio más absoluto se ha hecho de pronto en la cocina. Las cuatro mujeres y Josu guardan silencio también, pudiéndose oír con nítida claridad el tic-tac del reloj colgado de la pared que, ajeno también a los avatares de la vida, continúa en su avance infatigable a favor del tiempo, que no duerme ni se detiene jamás.

Se revuelven en las sillas los cinco queriendo encontrar algún tema que abordar que no tenga relación con el sufrimiento, pero como un boomerang cada palabra pronunciada tiene la virtud de hacer retornar un problema.

Amama junta las manos en actitud de oración, con la vista fija en el gato, por el que siente un gran cariño, ya que es el silencioso y agradecido oyente de pasajes de su vida que ella le narra mientras, tumbado sobre sus rodillas, le acaricia el lomo, gesto que le produce placer, por lo que permanece en esa posición largo rato, el suficiente para que amama se desahogue, exponiéndole dudas, contándole sus temores cuando Eguskiñe va a las manifestaciones, y tantas y tantas cotidianas pequeñeces, que no tiene a quien comentar. Sabe que no puede estar dando la lata con lo que le sucede a su hija, a sus nietos o al pobre Fermín, que es un santo, por lo que agradece infinitamente el silencio y la paciencia mostrados por el pequeño animal que escucha sin pestañear y que, parece hacerle feliz con cuanto le cuenta si a cambio le acaricia el lomo despacio y sin prisas. Muchas tardes cuando se encuentra por una razón u otra sola, sentada en el sitio de siempre, suele quedarse largo rato con el gato en su regazo, hasta que éste, siente la necesidad de cambiar de posición, buscando otro entretenimiento, saltando al suelo en busca de algún pequeño papel, una bolsa de plástico, una patata perdida, jugando sin descanso durante largo rato, hecho que fascina a amama que lo contempla divertida, olvidando así más de una inquietud.

—Pues sí, qué feliz está el gato, él tiene la vida resuelta, parece que fue ayer cuando de pequeña oía a mis padres contar tantas historias. ¡Ay, Jaungoikoa! Por qué pasará todo tan rápido. A

principios de siglo no había fiestas para descansar, hasta los domingos se trabajaba. Muchos años debatiendo en el Gobierno hasta que aprobaron, por fin, la ley para que los obreros pudieran descansar los domingos... Ahora hay más días de descanso que de trabajo, esto bueno tampoco es –dice amama en voz alta.

–Ni lo uno, ni lo otro, ésa es la verdad –le contesta Josu con la mirada perdida en un punto invisible de la cocina.

–Las mujeres trabajaban en las minas, allí dejaban los huesos, para conseguir que trabajasen las ocho horas diarias, mucho hubo que pelear también. Cuántas miserias entonces. Pobres padres...

Amama suspira al recordar. No entiende el romanticismo ni el excesivo amor a la tierra, cuando ésta nada da si no es a cambio de esfuerzo y lucha, sin más alternativas.

Ella sabe lo que es mirar al cielo un día y otro para que llueva, para que no hiele, para que el viento no deje los árboles sin frutos antes de tiempo. Que una enfermedad no se lleve la mejor vaca del establo, que el veterinario examine los interiores del cerdo y te diga que se pueden hacer chorizos, porque no tiene la triquinosis.

–Pues no he pasado yo desde que era una cría... Al pasado nos quieren mandar de nuevo, en el pasado los tenía yo a todos los que todavía no han despertado a la realidad. La realidad es la que está enfrente de nuestras narices, nada es igual... Si un indio vive sin ver más mundo que el suyo, se conformará con hacer fuego con dos palos y un poco de estopa, pero enséñale a comer caliente todos los días y luego dale los palos a ver qué pasa. Qué lucha entre el pasado y el presente, qué difícil de encajar con este siglo moderno. Demasiado aldeanos durante miles de años y en un siglo solamente hemos pasado a señoritos, se conoce que no ha sido suficiente tiempo para adaptarnos unos a otros, a tantos cambios en las costumbres –Amama suspira.

–¡Qué principios de siglo! Cuando los hermanos Wrigth con el Flyer, realizaron su primer vuelo, toda la era moderna proviene de este siglo, somos testigos de excepción –exclama emocionado Josu, prosiguiendo en el mismo tono–. La radio, la televisión, el tren, el teléfono, las comunicaciones... Amama, usted es testigo de excepción de un siglo vital –Josu comenta orgulloso de pertenecer a

los últimos avances del siglo XX. Él tiene muy claro que la era moderna le fascina con sus nuevos avances.

—No cabe duda, pero demasiado rápido para mi gusto, no sé, pero es como si no encajáramos, nos llevan como si fuésemos máquinas y no podemos con todo —ahora es Eguskiñe la que habla, mirando a unos y a otros, haciendo un esfuerzo por ir alejando los fantasmas de la pena de la cocina, siguiéndole la conversación a Josu.

—En el trece nació precisamente don Juan de Borbón, era más viejo que usted, amama y, el pobre, un ejemplo de buena persona.

Josu recuerda con cariño la figura de don Juan, hijo de Alfonso XIII y padre del rey don Juan Carlos, guardando unos instantes de silencio a la vez que se santigua.

Las mujeres se le quedan mirando respetando su actitud.

Al cabo de unos instantes Eguskiñe, con la baraja en la mano, propone iniciar el juego para ver si de esta manera dejan de hablar del pasado, no tiene humor para hablar de él.

—Pero con dinero, que si no, no tiene aliciente —dice Eguskiñe yendo en busca de su monedero, que está encima del aparador.

Mari también se levanta de la silla para ir en busca de su monedero que está dentro del bolso de vestir que ha traído y se halla en la habitación de Eguskiñe, junto con su chaqueta. La sigue Carmen que necesita estirar un poco las piernas y respirar un poco de aire fresco fuera de la cocina.

—¿Pero no íbamos a tomar los pasteles que quedan y un café?

Amama pregunta en tono amable. Hace un rato que está observando las bandejas medio vacías y el pastel que le gustaría comerse y aunque ya lleva dos, no todos los días tiene una ocasión como la de hoy, demasiados días tiene para poder llevar el régimen y el control de lo que come, piensa esperando la comprensión de su hija. Ésta va a regañarla, pero se la queda mirando con actitud seria y al ver su mirada de niña traviesa, se compadece de ella y sólo puede decir en un tono mitad reproche:

—Ama, que luego don Ismael nos riñe a las dos con razón, pero ¡qué leches! Un día es un día y hasta un poco de anís.

Eguskiñe, que tiene las dos bandejas de pasteles a medio

terminar frente a ella, en la repisa del aparador, las coge y sin más las pone sobre la mesa.

Mari y Carmen también se miran y comenta Mari, la primera, regresando a sus respectivas sillas un poco más animadas ante la visión de los pasteles y lo propuesto por Eguskiñe.

–Amama, vamos a quitarnos un poco las penas, que como no las hagamos frente, nos pueden. Muy bien, y un poco de anís, hace años que no lo pruebo, desde que era pequeña –comenta Mari asintiendo y continuando–. ¿Os acordáis? Por Navidades en todas las casas había una botella de coñac y otra de anís, pero de garrafón –ríe con ganas recordando las Navidades de su infancia, donde el único lujo en cuanto al número de botellas de alcohol, eran aquellas dos botellas de garrafón, que se tomaban durante las fiestas porque el resto del año, salvo algún cumpleaños, no había.

–En mis tiempos, ni eso –recuerda amama trasladándose a su niñez.

–Café hago ahora. Parece que hace fresco; voy a echar unas leñas y un poco de carbón a la chapa, no vayas a coger frío, ama. Y vosotros iros mientras a la habitación por dinero para jugar a las cartas.

Eguskiñe dice solícita, contemplando el semblante de su ama y ocultando su preocupación al dirigirse a ella. Es notable el deterioro que va sufriendo poco a poco y no quiere ni pensar en la cocina sin su presencia.

–Ya te echo yo una mano –amama se levanta de la silla, ocupándose de sacar tazas y el resto del servicio para tomar el café y la bebida junto con los pasteles.

Josu también se ha levantado dispuesto a ayudar a amama, mientras Carmen y Mari salen en busca de sus respectivos monederos a la habitación de Eguskiñe sin poner objeción alguna. Una vez dentro de la misma, ambas mujeres se quedan sorprendidas por la cantidad de libros que hay en el mueble de la biblioteca y encima de la mesa del escritorio.

Se miran las dos sorprendidas, es la primera vez que tienen amabas mujeres acceso a la habitación de Eguskiñe.

Al llegar, ésta les ha cogido los bolsos y las chaquetas

guardándolos en su dormitorio.

–¿Para qué querrá leer tanto? –exclama Carmen sorprendida.

–La verdad es que no me lo esperaba... ¿Pero de verdad se puede leer alguien todo esto? A mí la lectura nunca me gustó mucho –comenta Mari en tono humilde, sintiéndose un poco acomplejada.

–Yo de vez en cuando leo algo, pero aquí hay una buena inversión... Carmen se queda fascinada recordando que, en efecto, Eguskiñe le ha comentado que los primeros los compró en la Gran Vía, en una gran venta que se hizo de libros por metros. Ella se esperaba que fueran novelas corrientes, de bolsillo, pero no aquellos que tenía enfrente, así, a simple vista, eran de una gran categoría: Aíta Barandarian, Unamuno, Pío Baroja, etc., encuadernados en piel de diferentes colores y tamaños.

Sin decir nada ambas miran curiosas, las tapas, su encuadernación, los títulos, comentando extrañadas.

–¿Se puede cambiar tanto a nuestra edad? –pregunta Mari sin comprender que Eguskiñe, una mujer sin preparación prácticamente, en dos años haya dado un cambio tan rotundo en su forma de vida y modo de pensar, sólo por haber leído parte de los libros que tiene delante de ella.

–Si a mí el leer libros me diera un poco de luz con el problema de mi hijo, no lo dudaría tampoco, pero yo no tengo ni la misma fe, ni las mismas necesidades; no creo que esté ahí la respuesta que yo necesito –responde Carmen derrotista.

–Claro, aquí en estas historias no creo que te pongan nada de droga porque antes no había esos problemas... Pero en otros libros que hablen de casos como el tuyo, ¿por qué no?... ¿Por qué no miras en otros libros? Yo no lo dudaría después de ver a Eguskiñe... Mírala... No es más lista que tú, y sin embargo no se queda parada –Mari, en tono modesto se atreve a decirle a Carmen con un poco de miedo que trata de disimular delante de su amiga.

Carmen la mira dudando si creerla o no; guarda silencio un momento recapacitando sobre las palabras de Mari.

–¿Alguien habrá escrito en algún libro un caso como el mío? En el mundo hoy hay millones enganchados a la droga, millones de madres con problemas, quizá deba averiguar, o por lo menos

intentarlo, dónde está la verdadera causa de que un pueblo como el nuestro que ha sido modelo de seriedad y rectitud, de pronto, nos estemos convirtiendo en un estercolero.

Mari, ajena a los pensamientos de Carmen después de abrir un par de libros y hojearlos por encima, con cara de sorpresa se vuelve a su amiga exclamando:

—¡Qué barbaridad! Me deja de una pieza.

—Vámonos, no se vaya a creer que la estamos fisgando.

Salen ambas de la habitación, pensativas. Mari, casi en la cocina, se para y comenta en voz baja:

—¿Te parezco yo tonta, Carmen? A veces no sé, pero tengo complejo, no sé de qué... Tenéis vosotras más vivencias que os hacen tener ganas de hacer cosas, yo, en cambio, siento como vergüenza de ser como soy, no sé, un poco simple, ¿me comprendes?

—Te comprendo, yo también era así antes de que empezara mi problema, las desgracias te van cambiando. Pero no puedo comprender muy bien a Eguskiñe, en la cabeza tiene muchas inquietudes, por eso mismo trata de buscarle soluciones. Si no fuese por ello a estas horas se habría vuelto loca. Yo, como siga así, no sé, pero cualquier día hago un disparate...

Carmen dice estas palabras como si dictase sentencia.

Mari la mira apenada, sintiendo un leve remordimiento, sin saber qué decir para animarla.

—Vamos a tomarnos unas copitas, un café y unos pasteles, ¿te parece?

Carmen la observa envidiando su candidez. Ojalá estuviese ella en su misma situación, tampoco le importaría disfrutar viendo las telenovelas, saliendo todas las tardes con sus amigas a la misma hora a tomar café, criticar un poco a las vecinas, los maridos, así todos los días, sintiéndose contenta tratando de adivinar lo que sucederá en el próximo capítulo de la telenovela *Azabache*, sin pedirle más a la vida.

—Sí, Mari, tomemos unas copitas, a lo mejor mi marido tiene razón, te evades y Dios dirá después —dice estas palabras Carmen cediéndole el paso a Mari para entrar en la cocina.

–No sé para qué he ido a por dinero, si os pienso ganar –dice Mari con una sonrisa casi infantil.

–Yo, por una peseta soy capaz de todo –dice Eguskiñe contestándole mientras atiza el fuego de nuevo para que éste reciba el oxígeno de la chimenea y produzca la llama, que hará arder durante un buen rato las leñas y el carbón.

–Cierra la puerta, que entra un barojil... –le pide amama a Carmen.

–Ese café y ese anís, Eguskiñe, necesito animarme, además, como dice amama, “un día es un día, otro día uno más, y seis, media docena y si le añades otro, la semana completa” –Mari se ríe de su propia salida, empieza a cansarse de oír tanto problema, necesita reírse, respirar un poco de alegría, está convencida de que si se toman todos unas copas, el balance de la tarde será más agradable, sólo les falta sacar el rosario, como cuando de pequeña en casa de su abuela en Orduña, sus tías solteronas rezaban el rosario, con letanías incluídas, para animarse cuando se aburrían.

–Ahora me río, pero entonces me aburría más que una ostra.

Suena el teléfono en este momento, junto con las campanadas del reloj.

Guardan todos silencio. Amama, acaba de coger un pastel de la bandeja, se queda paralizada en su actitud, clavando la mirada en Eguskiñe que se dirige a cogerlo.

El gato, asustado, lanza un fuerte maullido seguido de un gran salto, metiéndose debajo de la mesa. Txakur al mismo tiempo, ladra desaforadamente como si entraran a robar una banda de gitanos en el caserío.

De pronto reina en la cocina una gran agitación, como si todos los fantasmas hubiesen despertado de pronto, animando la cocina, dándole un nuevo rumbo a las conversaciones, cambiándolas de tono.

Mari ríe ante tan extraña situación. Carmen siente hacia ella una extraña envidia por la candidez de Mari, a pesar de que ambas son más o menos de la misma edad, Mari no sólo parece tener veinte años menos que ella sino también la ingenuidad propia de la edad que aparenta; en cambio Carmen se siente como si tuviese ochenta,

amargada y cansada, su imagen en el espejo no se corresponde con su estado interior, su espíritu que parece estar herido de muerte.

Josu también ríe el salto junto con el maullido que ha lanzado el gato asustado.

Ya en el teléfono, Eguskiñe con el dedo índice de su mano derecha, pide a ambos que se callen, que no oye bien quién es su interlocutor ni qué es lo que dice.

—¿Sí?... ¿Quién?... Claro, sí... faltaría más... un café y una copita... Hasta luego... Sí, todo lo contrario... Hala, hasta ahora.

Cuelga Eguskiñe un tanto azorada, ya que todos tienen la mirada clavada en ella y, tratando de aparentar naturalidad, comenta:

—Don Ismael, el médico, ya os he hablado de él, que como sabe que teníamos invitados, ha llamado para ver si podía venir a tomar una copa y un café. Le he dicho que sí, ya lo habéis oído, de paso lo conocéis, da gusto escucharle, y de aspecto tampoco está nada mal.

Amama asiente con la cabeza, sin dejar de observar a su hija. Últimamente don Ismael viene con demasiada frecuencia al caserío, cosa que no parece molestar a Eguskiñe, sino más bien todo lo contrario. Varias tardes se han quedado solos en la cocina, habla que habla. Él dice que es porque le gusta hablar de política y ella dice que aprende de él, casi más que leyendo libros, porque parece una enciclopedia. Esto Fermín no lo sabe, lo que aún preocupa más a amama.

—Tanto ir el cántaro a la fuente, puede romperse —piensa para sí. Al fin y al cabo, ambos están viudos y con demasiadas cosas en común y, precisamente, éstas pueden ser la base de un buen entendimiento primero y, quién sabe si de algo más, más tarde.

—¿El médico? A lo mejor me da algo para el reuma —dice Mari haciendo un gesto de dolor y señalando su brazo derecho.

—Eso en la consulta, no en la cocina —le responde Josu gesticulando con las manos queriendo decir que cada cosa en su sitio, y en su sitio cada cosa.

—Amama, come el pastel antes de que llegue el médico, y nosotras también, porque seguro que a mí también me pone pegas en cuanto me mire —dice esto Carmen cogiendo un relámpago de chocolate con la gula reflejada en sus ojos.

–A mí me gusta poder comer con la satisfacción con que lo hace mi tía, pero soy de poco apetito, así estoy yo que no peso nada más que sesenta kilos, con ropa y todo.

Se miran todas las mujeres imaginándolo desnudo y echándose a reír acto seguido sin poder disimular.

–Bueno, bueno, a ver si me vais a acomplejar –les dice Josu un poco colorado, ya que se ha sentido como un pollo desplumado dentro de una cazuela.

Amama quiere dejar de reírse, pero no puede, ya que le recuerda a su amigo Lorenzo. Se queda pensativa, dejando de reír al evocarlo. Cuánto le gustaría pasar una tarde recordando tiempos pasados, han compartido tantas vivencias juntos... y eso les ha unido más de lo que, a veces, puede unir una familia.

–Si viene el médico no podemos jugar a la brisca, seguro que nos cuenta todas las enfermedades del pueblo. ¿No quieres taza? Taza y media, Catalina –comenta Mari con cara de fastidio sin poder disimular lo que siente.

–Mari, coge el pastel que queda y tira la bandeja dentro de la chapa, que sólo falta que encima nos eche sermones por comer demasiado, para eso tenemos al cura de mi pueblo –le dice Eguskiñe a Mari, por la que siente una gran simpatía y cariño, también a ella le encantaría parecerse en lo simple y en lo cándida a su amiga, pero se sabe a años luz de su mundo.

–Tú lo que quieres es que pese más que tú... De todas maneras, no insistas, porque me lo como y aquí no ha pasado nada –Mari, con el pastel en una mano y la bandeja en la otra, se dirige con una sonrisa a la chapa para echar la bandeja dentro y no dejar de esta manera prueba alguna del pequeño delito.

Eguskiñe sale de la cocina en dirección al cuarto de baño, quiere retocar un poco su peinado y pintarse los labios y perfumarse un poco. Tiene razón amama, últimamente don Ismael viene más a menudo al caserío, pasando largas veladas hablando y hablando, especialmente de la política actual.

Ha hallado en el transcurso de estas veladas, muchas de las respuestas que ella necesitaba en cuanto a política se refiere. Pero aunque puede entender y comprender que las guerras son números,

cifras y objetivos a lograr, cómo puede una madre aceptar estos principios cuando su hijo ha sido víctima de un trágico error cometido por hermanos de una misma raza y sin estar en guerra, ya que sólo hay un bando luchando con armas, no dos...

–No te pintes demasiado, que como aparezca Fermín... –Carmen en voz alta comenta para que lo oiga Eguskiñe, que no la responde, absorta como está en sus propios pensamientos.

–Las mujeres y sus devaneos, aunque aparezca un cura delante de ellas celebrando misa, sois capaces de pintaros el ojo... –Josu comenta malicioso, moviendo a un lado y otro la cabeza.

–Depende de qué cura, porque en mi parroquia hay uno... –va a proseguir con sus piropos Mari, cuando se da cuenta de las caras serias de todos y decide callarse, sin saber dónde mirar, un poco cortada.

Amama, a quien Mari le cae muy bien, quiere ayudarla en su ingenuo comentario.

–Como todo el mundo, ahora los hombres son más guapos, más altos, pues a los curas les pasa lo mismo.

–Además, son hombres como todos, Mari tiene razón, ya que me gustaría a mí tener el tipo y el cuerpo de más de uno, pero no, en el reparto no me tocó el gordo. Por eso estoy yo soltero y lo peor, sin compromiso. Menos mal que de dinero y de salero ando bien, que si no... –Josu hace este comentario sin darle demasiada importancia al hecho de no ser un sexsymbol masculino precisamente.

–La guapura con los años, te das cuenta que no está en la belleza, sino en la forma de ser. Lástima que cuando eres joven no valoramos estas cosas. Yo desprecié a un pretendiente, porque era un desastre vistiendo. En cambio tenía unas cualidades excepcionales, era una bellísima persona. ¿Habría sido más feliz con él? ¿Quién lo sabe? Pero cuando uno es joven, sólo se fija en las apariencias y éstas, ya lo creo que engañan, sobrino. Lástima que no sea yo una jovencita porque ibas a estar tú entre los primeros de la lista de mis pretendientes, que a bueno no hay quién te gane.

Carmen mira con cariño a su sobrino. Éste se levanta de la silla y abrazándola le da un fuerte beso.

–Como siempre, desde Adán y Eva, el mundo ha estado mal repartido, tía, tú lo sabes bien que eres la madre que me habría gustado tener a mí. En fin, qué le vamos a hacer –le dice Josu a su tía.

–Que nadie está contento con lo que tiene por mucho que tenga –Mari va a proseguir pero se calla, tampoco ella es feliz del todo. Algo en su interior anda desequilibrado, no puede comentárselo a sus amigas porque se escandalizarían, pero de un tiempo a esta parte la sujeción al marido, durante tantos años la misma rutina, las mismas cosas que hacer cada mañana, un día y otro, un año y otro, empiezan a pesarle como una losa, no se atreve a desahogarse con sus amigas, porque comparando con ellas, ella tiene muchos motivos para dar gracias a Dios, pero aunque se esfuerza en ser todo lo feliz que, según la opinión de los demás, debiera envidia a Eguskiñe que es libre y puede coquetear con dos pretendientes al mismo tiempo, haciendo renacer en ella el sentimiento siempre joven de ser pretendida, creando nuevas ilusiones. Más de una vez ha recurrido al sistema, de tomar una copa en su casa para animarse, deseando quedarse viuda para dar rumbos diferentes a su vida, tan monótona y aburrida. No cree en el divorcio por el efecto negativo que estas rupturas suponen en los hijos. Si por lo menos tuviese un ideal, algo por qué luchar de verdad, pero las manifestaciones y su participación en las mismas no son más que un pretexto para salir de la monotonía de su hogar.

No entiende de política, no entiende lo que pasa, no entiende por qué hay tanto paro, no entiende por qué se cierran tantas fábricas. ¿Cómo puede ser feliz alguien viviendo en un medio tan hostil y encima oyendo cada vez que quieres quejarte, que tú sí que estás bien? ¿Bien? ¿Hay alguien que pueda estar bien y contento cuando en su entorno no reina nada más que la desconfianza, la hipocresía, de no saber con quién hablas, si es de ETA, de HB, de PNV, socialista, comunista...? Sí, pobre País Vasco, unos por una razón y otros por otra, pocas risas, pocas canciones se oyen, y el que cante o ríe es porque se ha tomado unos vinos de más o porque se ha fumado un porro, cuando no algo más fuerte.

–¿En qué piensas, Mari? –le pregunta Carmen que la ve con el

ceño fruncido, absorta en sus propios pensamientos, muy lejos del caserío de Oquendo, donde se halla en este momento.

–En que somos en números, me lo decía un hijo el otro día, de los primeros de la lista de alcohólicos, de drogadictos y de personas en el paro. Pero yo insisto, porque a pesar de tantos problemas de política que no entiendo, yo quiero vivir. Amama, ¿es mucho pedir vivir, reír si quiero reír? Antes todo el mundo reía, en las guerras y en los hospitales estoy segura de que también se puede reír. Entonces, ¿por qué aquí ya no se ríe la gente? Yo tengo sólo una vida y muchas veces tengo que fingir, siempre fingiendo... ¿Es que hay que disimular el estar contento y en cambio tenemos que aparentar que todo nos va mal?... Yo ya no puedo más, no sé dónde estoy, no sé dónde quedarme...

Mari se sirve una copa de anís y se la bebe de un trago, lanzando un suspiro y conteniendo las ganas de llorar.

Todos quedan en silencio, porque tiene razón, quítale a un pueblo su risa, su alegría, y lo conviertes en pobre de espíritu, en pobre de esperanza, en pobre de ganas de luchar, reinando en su lugar la apatía, el desánimo, la falta de esperanza. El peor enemigo de un pueblo es la pérdida de sus ilusiones, su deseo de sobrevivir, quedándose enterrado dentro del pozo de la desesperanza, la impotencia, el desencanto.

Amama asiente a las palabras de Mari, con un gesto afirmativo de la cabeza, recostándose en la silla mientras se limpia con una servilleta de papel, la boca manchada con los restos del pastel.

–Ya lo creo que se cantaba en la guerra, cuando desfilaban, cuando iban al frente a dejarse la vida, claro que cantaban y bien fuerte. A lo mejor era que al miedo se le arremete mejor cantando... Tienes razón, Mari, se ríe poco, se canta menos y los vascos que hemos sido un pueblo cantarín, pocas canciones cantamos ahora.

–Y buenos orfeones, músicos y compositores tenemos, el Donostiarra para empezar, Guridi, Carmelo Bernaola, Gayarre, y tantos y tantos... Pero sí, Mari tiene razón, predomina en el ambiente el pesimismo, el derrotismo y hasta para ir a la guerra hay que llevar un buen optimismo. Como empezamos una guerra ahora, nos aniquilan antes de empezar –Josu, con gesto un poco pesimista,

da la razón a Mari, completamente de acuerdo con lo que ella ha dicho.

–Lo último que hay que perder en esta vida son las ilusiones, porque sin ilusión, ¿qué somos? Pues como los postes de la luz, estacas que esperan a que llueva o salga el sol y nada más, y ni eso. Hay que salir y buscar lo que uno necesita para poder tener eso, ilusiones, da igual que sea una cosa u otra. Mi hija, ahora tiene ganas de vivir porque ha vencido el dolor, pero porque ha luchado. Cuando traje tantos libros a casa, yo creía que de verdad estaba loca, pues no, Dios estuvo ahí echándole una mano. El amor con Fermín pues también fue otra, el ir a manifestarse, otra más, y con tantas manos ha podido salir del pozo, a la luz. Cada uno debe de luchar y buscar donde sea, la respuesta no siempre está delante, ni en un día se encuentra. Pero un día y otro, ya lo creo que aparece. Carmen, tú también necesitas una respuesta aparte de ir con Eguskiñe a manifestarte por la paz de Euskadi. Tienes un hijo que salvar, lucha buscando a los traficantes, denuncia a esos tipejos, ten los ojos bien abiertos, defiende a los que pueden caer mañana. Las madres, siempre las madres, quién mejor que nosotras, que somos las que hemos parido y a las que más nos duelen los hijos... para defenderlos de tanto sinvergüenza. Tú tienes otra causa también muy importante, denunciar a los traficantes. Mis nietos me cuentan cosas, que ni en la guerra. Roban a sus padres, matan a ancianos, todo por la maldita droga. –Amama hace una pausa y continúa.– Ya lo creo que las madres tienen qué hacer en Euskadi. Lástima que no pueda ir con Eguskiñe, aunque me conformo con eso... con escuchar a todos y dejarles las manos libres... –amama mueve de un lado para otro la cabeza con rabia, llevándose las manos a la nuca, tratando de poner en orden el moño que está perfectamente, intentando, con este gesto, desahogar su rabia.

No conoce al hijo de Carmen, pero sí sabe bien la cruz y el calvario que arrastra Carmen, porque Eguskiñe la tiene al día de lo que le sucede a este respecto.

Se ha hecho un silencio en el que puede oírse el monótono tic-tac del reloj colgado de la pared.

Mari no puede más, tanto oír desgracias es superior a sus

fuerzas, por lo que quiere cambiar de conversación como sea.

–Yo me tomo una copa y vosotros tomaros otra –sirve una copa a cada uno sin preguntarles si desean tomar otra cosa.– ¿No hemos dicho que hay que divertirse y que a las penas hay que combatir las? ¡Pues a la guerra contra las penas! Nos bebemos una copita y ya está –alzando su copa– Por amama, que es la más joven de todos.

Mari, con su copa en la mano, brinda, mirando a todos, especialmente a amama.

Carmen mira a Mari con tristeza y sacando fuerzas de flaqueza, ya que por unos momentos se ha venido abajo, balbucea:

–Por amama.

–Por este ramillete de guapas señoras –Josu corea con Mari tratando de levantar los ánimos.

Amama ha guardado silencio, aceptando la copa que le ha ofrecido Mari y con una leve sonrisa en los labios y su copa en la mano, se levanta mirando a los tres, agradeciéndoles con un gesto el brindis. Eguskiñe entra en la cocina en ese momento, contemplando la escena, sin aprobar la conducta de su ama. Va a decirle algo, pero se contiene.

Son muchas actitudes las que han cambiado en ella últimamente. Sí, de vez en cuando hay que tratar de salir de ese pozo donde se esconden las penas y una copita a ella también le va a venir bien, ya que de alguna manera está involucrada en la causa del dolor. Flota demasiada amargura en el ambiente y hay que combatirla. Claro que sin pasarse, ni todos los días, por supuesto, porque el alcohol no da respuestas, sólo un poco de euforia pero nada más, y siempre y cuando no nos pasemos del límite, de ese límite que todos sabemos donde se encuentra, es hasta necesario y beneficioso.

–Bueno, ¿y yo qué? –Eguskiñe exclama risueña, se ha retocado el peinado un poco, también se ha maquillado discretamente, se ha pintado los labios y el olor a perfume no pasa desapercibido a ninguno, por lo que con la copa en la mano, sin llevársela a los labios, no pueden por menos de comentar:

–Vaya, vaya, me dan ganas de hacerle alguna proposición deshonest a Eguskiñe –comenta Josu con gesto de admiración.

–Demasiada fiera para un pobre gato –Carmen le responde a su

sobrino, haciendo un esfuerzo por hacer gracia.

–Josu, ¿por qué no me dices a mí lo mismo? Esto de estar casada es una lata, nadie te dice nada... –ríen todos al ver la cara de cabreo que ha puesto Mari.

–Toma mi copa, yo me sirvo otra –galante Josu ante la visión atractiva de Eguskiñe.

Eguskiñe se siente halagada ante el gesto galante de Josu. Sí, poco a poco y gracias a su lucha, va encontrando los resortes que hacen grata la vida a pesar de las desgracias. ¿Cómo podían echarle un piropo todavía no hace un año, si no se miraba ni al espejo? En cambio ahora, procura ir bien peinada, un poco maquillada, su vestuario también es otro, luce ropas con colores que de estacan su tez y su pelo bien teñido, han logrado que se activen los resortes que tiene una mujer para sentirse bien consigo misma.

En sus facciones va desapareciendo ese rictus de amargura, para dar paso, poco a poco a ese gesto más suave, haciendo que de la profundidad de sus ojos surja una mirada nueva con más luz, más bondad y más comprensión hacia los demás.

Se hace de nuevo otro pequeño silencio, para beber un sorbo de anís. Seguidamente se miran todos un poco más confortados por la acción del alcohol.

–¡Agggh, qué bueno!

Mari con los ojos chispeantes, hace un gesto de sentirse mucho mejor.

Miran todos su copa comprobando que no queda nada dentro de ella. Se miran unos a otros sorprendidos sin decir nada. Josu le hace un gesto a Eguskiñe de que retire la botella de la mesa y la guarde en cualquier parte, porque Mari al paso que va, la va a coger y cualquiera sabe por dónde puede salir.

–Déjala, ¿para qué tanta prisa?, ¿es que nos vamos?

Pregunta maliciosa Mari, que ha captado el gesto de Josu.

–Mari, que te has bebido dos copas en menos que canta un gallo y tú no estás acostumbrada. Guarda la botella, Eguskiñe, que ésta nos coge una tranca –Carmen ordena en tono ligeramente autoritario a Eguskiñe.

–Bueno, tampoco es para tanto... –a Eguskiñe que conoce a

Mari, no le parece bien tratarla de esa manera. Es la primera vez que la ve tomarse dos copas seguidas.

–Gracias, Eguskiñe, eres una amiga y me gustaría ser como tú, fuerte, segura y viuda.

Todos sueltan una carcajada debido al tono empleado por Mari que siente que la lengua se le ha desatado y actúa libremente como pluma lanzada al viento.

–¿Qué sabes tú...? –le responde Eguskiñe cambiando el gesto de risa por el de preocupación.

–Pues eso, lo que he dicho lo repito: viuda, para poder ligar, hacer lo que quiera, ir donde me dé la gana y sin que el marido me pida explicaciones –Mari se queda pensativa unos segundos mientras con gestos por parte de todos los reunidos de que el anís está haciendo efecto en Mari, guardan silencio dejándola que se desahogue.

–Además, ¿por qué hay que enamorarse sólo una vez? ¿Eh? No creo en el amor eterno, no creo en lo de hasta que la muerte nos separe y no creo en la fidelidad eterna. Ya está, lo he dicho, mira por dónde, si no iba a reventar un día de éstos –Mari, con los ojos chispeantes, sonrío feliz.

Las cabezas de los cuatro son un ir y venir a medida que Mari expresa lo que siente sin el menor rubor ni vergüenza.

Amama suspira, no sabiendo qué contestar, coge su copa apenas probada y llevándosela a los labios bebe un pequeño sorbo mientras cavila sobre las últimas palabras de Mari.

–¿Pero dónde tenías guardado todo eso, Mari...? –pregunta sorprendida Carmen, mirando a Eguskiñe con cara de extrañeza.

–Tanta telenovela tiene la culpa, os cuentan cuatro cuentos y os lo creéis todo. Tú no debes ver esas cosas, los artistas todos son guapos, hasta los negros, pero luego, ¿dónde están esos ligues? Y con lo que sabemos nosotras, ¿dónde encuentras al artista que sea guapo y cariñoso y que nos quiera a nosotras, viejas y con hijos que se van a la mili un día de éstos, y dentro de poco suegras y abuelas? –Eguskiñe mira a Mari mientras le dice estas palabras, convencida de que no sabe lo que dice.

–Eso, tanta telenovela tiene la culpa –corrobora las últimas

palabras de Eguskiñe Josu.

—Tú qué sabes de estas cosas, si eres soltero. ¿Qué harías tú si te enamoraras? Nada, seguro, porque para ti es más cómodo no tener líos, por si acaso. Pero yo necesito sentir el amor, sentir que estoy viva, que cantan los pájaros, que la luna me sonrío... que mirarme al espejo es una necesidad.

Mari, con la lengua un poco pastosa, mirando al techo de la cocina, habla como si desde el mismo estuviese mirándola la persona que la comprende y asiente a todo cuanto dice.

Amama guarda silencio de nuevo, comprendiéndola perfectamente. Es duro negarse a sí misma tantos deseos de amor que deben quedar ahí atrapados como leones enjaulados, rugiendo pero presos de las conveniencias sociales.

Carmen va a decirle que está loca, pero calla también, hace mucho tiempo que no sabe dónde se quedó el amor, porque no siente emoción alguna cuando practica el sexo con su marido, porque es eso, sexo, pero amor... Cuántas veces se ha preguntado dónde quedó aquel casi morir de amor, cuando recién casada le dieron la noticia de que su marido había sufrido un accidente y no sabían si se salvaría... En cambio ahora, no siente nada, aquel amor no sabe dónde, ni cuándo, ni cómo fue apagándose lentamente como hoguera de San Juan, para quedar en su lugar las cenizas que recuerdan que hubo llamas, de las que solo queda un surco negro en el suelo como recuerdo. Tampoco sabe a ciencia cierta si algún día podrá el viento avivarlas de nuevo. Todo lo siente perdido y lejano.

Instintivamente, coge la copa de anís e inconscientemente se la bebe de un trago.

—¡Hala, hala, tía!, que aquí como sigamos así... —exclama Josu sorprendido mirando estupefacto a su tía Carmen.

—Que sí, Carmen, que tú tampoco... Que yo parezco tonta, pero no... Eguskiñe, ponme otra copita, que me empiezo a encontrar bien, mira por dónde —Mari, sonriente, le pide a Eguskiñe, pero ésta le hace un gesto con la mano de que ya tiene bastante.

—Un café y bien cargado, es lo que te voy a poner, porque como sigas así... —Eguskiñe se levanta de la mesa yendo hacia la chapa,

para avivar el fuego, seguidamente busca la cafetera italiana, se dirige al grifo llenándola de agua, busca el café y, una vez cargada, abre de nuevo la chapa con el gancho que está frente a la misma sobre la ranura del tiro, con gestos rápidos y seguros que indican la costumbre de realizar ese acto a diario.

Todos observan a Eguskiñe, no es raro, ya que este antiguo sistema de calentar la cocina y cocinar en ella sólo existe en muy lejanos recuerdos de Carmen, Mari y Josu.

–Qué silencio, ¿os habéis quedado mudos? –pregunta Eguskiñe extrañada de que no le quiten la vista de encima.

–Perdona, pero concretamente yo no recuerdo una escena como ésta desde que mis abuelos me llevaban al caserío de sus padres, cuando era un chaval –Josu se queda pensativo recordando aquellos veranos en Bermeo, en los que contemplaba el puerto desde lo alto del monte donde estaba ubicado el pueblo.

–En mi casa había cuando era pequeña, luego mi madre la quitó cuando empezamos con el butano –Carmen comenta también nostálgica.

–Pues yo estoy pensando una cosa, que mira por dónde puede ser divertida...

Miran todos a Mari esperando que diga una de las suyas y guardan silencio a la espera de que siga hablando.

–Pues eso... ¿Os imagináis a cualquiera de nuestros hijos enamorados de algún etarra? ¿O de un HB, simplemente?... ¿Qué haríamos...? ¿O qué pertenezca al Jarrai?

Un gesto de estupor se refleja en todos los rostros, todos se miran perplejos, esta salida inesperada de Mari ha hecho que de pronto cambien todos los semblantes, que la miran sin poder reaccionar. Amama suspira, tomando la palabra:

–Pues lo de siempre, Carlistas y liberales, falangistas y Requetés, rojos y nacionales, comunistas y franquistas, ahora peneuvistas y HB, los Romeos ésos y las Julietas, siempre haciendo la puñeta, ¿qué sería sin el amor de los jóvenes?, lo único bueno de verdad que hay en la vida.

–Pues yo no lo quiero imaginar, me viene mi hija o mi hijo diciendo que salen con uno o con una de HB o etarra, y creo que

salen de casa –responde Eguskiñe con ira, apurando lo que quedaba en la copa para poder serenarse.

–Es muy fuerte, ya lo creo... Mari, tienes cada cosa... ¿no podías dejar de nombrar al reo en casa del ahorcado? –reprocha Carmen a Mari.

Ésta quiere disculparse pero no puede articular palabra. Se sirve otra copa antes de que puedan impedirselo, apurándola de un trago. Los gestos de alarma dan paso al estupor. Amama se levanta de la silla y cogiendo la botella se la lleva fuera de la cocina, lejos del alcance de Mari.

–¡Pero bueno, Mari,...! Las que teníamos que coger una cogorza a diario bebemos agua, y tú, que eres la que mejor está, la tienes que coger. Ésta no está bien de la cabeza... –recrimina Carmen a Mari preocupada porque se vaya a emborrachar precisamente en casa de amama y de Eguskiñe.

–Pues mira, que hoy no sé por qué, pero a los fantasmas hay que echarlos fuera y yo también tengo fantasmas en mi cabeza, que salen por las noches y no me dejan dormir...

Mari, con voz pastosa, gesticulando, se expresa sintiendo cada vez más que se le desata la lengua.

–Bueno, a lo mejor hoy lo necesita, quién sabe, todos tenemos nuestros problemas y no siempre parecen importantes a los ojos de los demás, pero para uno sí lo son y los más difíciles de solucionar –Josu sale en defensa de Mari, que le parece un gato desvalido necesitado de ayuda, quizás tanto o más que Eguskiñe o su tía Carmen, mujeres con más recursos en su haber para poder afrontar los problemas de la vida por duros que éstos sean, por no hablar de de amama cuya serenidad es fruto de duras luchas a lo largo de su vida.

–Gracias, Josu, pero en esta casa no sé qué me pasa, todo lo que llevo callado quiere salir, necesito decirlo, siempre callando y callando, algún día tenía que reventar.

Mari mira a Josu con ojos de agradecimiento por su ayuda.

–¿Pero de qué te puedes quejar tú...? –insiste Carmen que no comprende su comportamiento.

–Eso, ¿de qué te puedes quejar? –corrobora Eguskiñe con escepticismo.

–Pues me quejo porque también tengo mis motivos, ¿es que sólo vosotras sois las que no dormís por las noches? Pues yo tampoco duermo. Tengo cuarenta y tres años, se me está yendo la juventud de las manos y también los mejores años de mi vida, mis oportunidades, y mis hijos empiezan a no necesitarme, y ¿con qué me encuentro...? ¿Dónde están mis causas para luchar...?, ¿podéis decirme? ¿Eh? Porque yo me encuentro perdida. Vosotras tenéis un motivo para vivir... ¿Y yo qué? Si no sé ni conducir...

Mari rompe a llorar como una niña, desconsoladamente, apoyando la cabeza entre las manos, ocultando su rostro.

Los cuatro se levantan sin saber qué actitud tomar. Amama mueve la cabeza de un lado a otro, poniendo los brazos en jarras, en actitud de comprensión, ¿qué sabemos unos de otros?

–Lo que necesita es dormir, Eguskiñe. Llévala a tu cuarto y acuéstala en tu cama, que duerma un poco, se le pasa y después verá las cosas de distinta manera. ¡Ay, Jesús, Jaungoikoa! No se puede almacenar más de la cuenta, porque revienta la cuba...

–¡Yo no quiero dormir, yo me quiero morir!, porque los muertos bien descansaditos están y no tienen que pensar en que se hacen viejos ni si les quieren o no. Yo me quiero morir... –insiste Mari entre hipo y suspiros.

–No se muere nadie hasta que Dios lo manda –contesta Eguskiñe sin entender la actitud de Mari y que le parece más infantil que otra cosa.

–Es la primera vez que coge una, no sé qué le ha pasado –exclama Carmen asombrada de creer que conocía a su amiga, pero cuya actitud la desconcierta completamente y la avergüenza un poco.

–Mari, amama tiene razón, duermes un poco y te despiertas nueva –la consuela Josu que puede comprender a Mari, no hace falta llegar a extremos como los que tiene Carmen, para sentirse también desgraciado, sintiendo que el mundo se te viene abajo por falta de respuestas.

–Sí vamos a llevarla a la cama, será lo mejor –asiente Eguskiñe aceptando el consejo de amama.

Mari se niega permaneciendo en la silla sentada.

Las palabras pronunciadas por Mari han dado en la diana, clavando el dardo de la duda. ¿Por qué no podía suceder que sus hijos se enamoren de uno o de una de HB, de un o una etarra?

Eguskiñe mira con expresión alarmada a Mari, que entre hipos sigue llorando desconsoladamente, creando una situación tensa entre los reunidos en la cocina.

—¿Y por qué no? Los jóvenes se relacionan sin medir las distancias, porque no pueden comprender, no conocen el alcance ni las consecuencias que dichas relaciones podrían traer consigo, para ellos mismos y para sus familias.

Ellos todo lo justifican con el amor, el casarse blancos con negros no es ningún motivo negativo ni de preocupación, aunque la víctima sea un hijo inadaptado al medio. Como tampoco el que la diferencia de ideas políticas sea un motivo de rivalidad entre familias opuestas y esto sin contar, como en su caso, con antecedentes que prefiere no recordar, para no remover la herida...

Eguskiñe deja de preocuparse de Mari, para dar rienda suelta a su imaginación, si en el fondo el peligro está ahí, van a los bares juntos, a las discotecas, tabique con tabique viven, unos y otros. ¿Y por qué no? El amor es capaz de hacer olvidar qué hay más allá, dejando a un lado la razón.

Mari ha logrado serenarse después de beberse dos vasos de agua, lavado la cara y tomarse dos cafés solos, sintiéndose un poco avergonzada, pero a la vez también reconfortada al haber podido decir lo que tanto tiempo llevaba ocultando y que ha estado a punto de ahogarla por no poderlo expresar libremente.

Amama, que en ningún momento la ha perdido de vista, siente una gran lástima por ella, está atravesando esa barrera amarga para cualquier madre que ve, como las gallinas, que sus polluelos crecen y deben dejarlos sueltos sin la vigilancia constante, ni la dedicación hacia ellos, las venticuatro horas del día.

Tienen la edad, al igual que sus nietos, en la que hay que dejarlos poco a poco a su libre albedrío, y esta parcela de libertad que la madre cede le produce un vacío que el marido no llena, porque al no haberle dedicado durante años la atención necesaria se ha convertido en un extraño, como en el caso de Mari, que se

enfrenta a la soledad y al vacío, enemigos nuevos con los que no está acostumbrada a combatir.

Ha visto muchos casos como éste, ellos, cansados de no ser atendidos por sus mujeres, ni escuchados a su debido tiempo, se alejan yendo con la cuadrilla a tomar txikitos a los bares, distanciándose cada día un poco más de sus mujeres, y cuando ellas intentan rescatarlos, se encuentran con que el barco se ha perdido en la niebla sin que se pueda hacer nada para atracarlo en el muelle de nuevo.

—¡Pobre mujer! Parece una palomita herida en el ala, pena me da, a los hijos hay que cuidarlos, pero sin olvidar al marido tampoco, porque en esto y en tantas cosas, el tiempo factura pasa y con qué intereses... —amama piensa para sus adentros sin pronunciar palabra.

—Bueno, Mari, ya tienes mejor color, ánimo, que porque estás casada y yo respeto mucho esta digna institución, que si no... —Josu trata de animar a Mari, que se siente más tranquila pero también un poco azorada, apenas puede sonreír.

—Soy mayor que tú, pero más joven que Eguskiñe y Carmen... —Mari responde entre acobardada y halagada por las palabras de Josu, agradeciéndole de este modo sus piropos, con los que caballerescamente le ha confirmado que se conserva muy bien.

—Antes, las mujeres más jóvenes éramos que los maridos, porque con los partos y las crianzas envejecíamos antes, pero ahora... con cuarenta mejor que las de veinte. Los hombres son los que envejecen primero, no hay más que mirar a tu marido, Carmen, parece mayor que tú, el marido de Mari lo mismo y Fermín... Fermín es más joven que tú, ¿no?

Eguskiñe mira a su ama que le ha lanzado el interrogante, azorándola un poco.

—La verdad es que algo más joven ya es, pero sólo unos meses —se disculpa Eguskiñe, que en el fondo siente un poco de pudor de que así sea.

—No serás una revientacunas, ¿no? —Josu exclama en tono de broma, ya que tampoco se nota que sea mucha la diferencia entre ambos.

Mari y Carmen ríen sin poderlo evitar.

–¿Qué ha dicho éste? –amama exclama, sorprendida ante esta nueva comparación cuyo significado no conoce bien por ser la primera vez que la escucha.

–Nada, una expresión de los chavales de ahora.

Eguskiñe mira a Josu con cara medio ofendida, continuando:

–Tampoco es mucha la diferencia, cuatro o cinco meses más o menos...

–Mejor un hombre joven, porque como ellos se hacen viejos antes que nosotras... Yo también me iría con uno más joven si tuviera que empezar de nuevo.

Mari suspira al hablar con los ojos puestos en las viejas vigas de roble, negras por los humos de tantas y tantas matanzas ahumadas al fuego bajo la chimenea.

Txakur rompe el silencio de la tarde ladrando en el exterior del caserío.

Carmen, poco acostumbrada a que sea sólo el ladrido de un perro el que rompa el silencio de la tarde, o los cuartos, las medias y las horas del negro reloj con incrustaciones de nácar colgado en la pared de la cocina, lleva descorazonada toda la tarde por un nuevo sentimiento interior que no sabe a ciencia cierta porqué la desasosiega. Por un momento deja de lado la conversación, prestando atención únicamente a las sensaciones que emergen dentro de ella. ¿Será un presentimiento? ¿Estará ocurriendo algo en su casa? ¿O es simplemente que su alma no puede desnudarse sin pudor delante de sus amigas y sobrino y le da miedo hacer el ridículo? ¿Será que dentro del caserío los sentimientos fluyen libres sin ataduras? Sí, algo de esto puede que sea, porque tiene que hacer grandes esfuerzos por contenerse para no dar, como Mari, rienda suelta a sus sentimientos más íntimos, dejándolos aflorar, como el campo en primavera ofrece sus brotes, irrefrenables por más tiempo, tras concluir largo y frío ciclo de invierno.

Hay tantas cosas dentro de ella que no ven esa primavera, que siente que puede interrumpir su ciclo de espera, para dejar que aflore libremente lo que siente que es suyo, sólo y únicamente suyo... Este temor la hace revolverse en la silla, esperando que

ocurra algo que lo evite. Va contra su manera de ser, parecer frágil e indefensa como acaba de demostrar Mari, a la que no le causa trauma alguno el desnudarse por dentro y que descubran todos cómo es, lo mismo en sus debilidades como en sus actitudes a la hora de afrontar la vida, que como dice, tampoco la hace feliz, muy por el contrario, a pesar de que en su casa, no reina ninguna causa aparente que la haga desgraciada.

–Amama, yo soy un poco poeta y mi tía me ha dicho que tiene muchas poesías escritas. –Josu decide desviarse del tema principal de conversación de las mujeres que es el de hablar de sus maridos, tema que no le divierte demasiado, o escarbar dentro de ellas para liberarse y, más tarde, arrepentirse, de haberlo hecho por miedo a que se divulguen sus sentimientos.

Amama, que comprende a Josu, modestamente y halagada en el fondo, le contesta:

–Bueno, alguna tengo, pero ya no recuerdo cuándo escribí la última... Por ahí están... –concluye con falsa modestia.

–Ya lo creo que tiene, y muchas. En cuanto yo pueda, mi ama tendrá un libro suyo, se lo he prometido –Eguskiñe contesta orgullosa mirando con admiración a su ama.

–¿Por qué no? Hay tantos poetas anónimos... Euskadi está lleno de ellos, lástima que se lea tan poco y poesía menos, que es la más bella de las expresiones donde los sentimientos vivos cobran una dimensión diferente a la hora de expresarlos. Me gustaría, amama, que nos leyeras alguna de las que guardas en el cajón de la cómoda.

–Léenos una poesía –Josu le pide en tono sincero.

Mari y Carmen se unen a la petición de Josu. Ninguna de las dos quiere seguir hablando de sus vidas, de sus frustraciones.

Mari se siente más aliviada, después de haber manifestado lo que siente, pero un poco avergonzada también y necesita cambiar de conversación.

A Carmen este rumbo en la conversación la alivia también, porque está a punto de seguir hablando y decir cosas que sabe, positivamente, que después lamentaría haber dicho.

Amama no se hace mucho de rogar y se levanta despacio de su silla, apoyando las manos sobre la mesa.

-Bueno, revolveré en el cajón de la cómoda a ver qué encuentro...

\*\*\*

## XI

### SOÑÉ CON UNA SOLA PLAYA Y AL DESPERTAR ME ENCONTRÉ RODEADA DE ISLAS LLENAS DE ORILLAS...

Es noche cerrada, empieza a llover finamente y la atmósfera rezuma serenidad, el olor a hierba húmeda mezclado con el de los zarzales, los rosales y las higueras que ya han dado su fruto y esperan la venida del otoño para despojarse de sus hojas, invitan a la quietud y al reposo.

Los caracoles salen en silencio de sus escondrijos entre los muros de piedra que marcan las lindes de los diferentes propietarios y se arrastran por aceras y carreteras, ignorando que pueden ser presa fácil de los zapatos del hombre o de los pocos coches que circulan camino de Arceniega o en dirección a Bilbao.

Fermín, Nemesio y Agapito caminan despacio y sin prisas por la acera que conduce de la plaza hasta el caserío de amama.

Han terminado su partida de mus y están enfrascados en una animada discusión sobre las formas y maneras de resolver las diferentes jugadas y los errores cometidos por todos y cada uno de los participantes.

-Pues el compañero tuyo no tenía ni idea. Ese cabrón no ha visto las cartas ni por la tele, no sabía ni sujetarlas, ¡qué cojones!...

Nemesio cabreado comenta, mientras caminan por la acera, sobre el pequeño puente que deja libre el paso del riachuelo por el que baja con fluidez el agua desde la montaña, perdiéndose entre campos y laderas.

-¡Calla, calla! Lo que pasa es que te ha jodido perder y eso a todos nos molesta -le responde Agapito, colorado y con dos copas

de más, que le hacen sentirse bien y más después de haberles ganado a Nemesio y a Fermín, que formaban pareja contra él y Gaspar, un amigo de Fermín que ha jugado de compañero con él.

—Que las habéis cogido todas, con cartas, cualquiera —Fermín pronuncia estas palabras, cabreado, por haber perdido ante compañeros tan poco duchos en el juego del mus.

—Y con buena picha bien se jode. Que me lo digan a mí... Bueno era yo, y bueno sigo siendo. ¡Eh!... Lo que pasa es que últimamente...

Nemesio se queda mirando al río desde la balaustrada del puente, donde apoya los codos, escuchando el sonido del agua, quedándose pensativo.

—Pues yo, como un toro, si no preguntárselo a mi mujer... —Agapito va a proseguir, pero guarda silencio y adopta la misma actitud que Nemesio. Se queda mirando el caudal de agua que baja incansable de la montaña que está detrás de ellos.

Ha llovido durante varios días seguidos y el río, a rebosar, canta gozoso, acariciando sus orillas, mientras besa el ramaje que con sus movimientos rítmicos agradece la generosidad de quien siembra vida, alegría y armonía por cada rincón que atraviesa.

—Cuántas veces me he metido yo ahí de pequeño a coger cangrejos. Todavía recuerdo un día de chaval, hice pira en la escuela y yo solito dejé los zapatos ahí —dice señalando Fermín— Olvidar me hice después dónde los había puesto y empiezo a levantar una piedra, otra piedra. Allí estaban esperándome los cangrejos, hermosos, corrían patrás, pero yo sabía más que ellos, con la derecha hacía que los iba a coger, pero la izquierda la ponía detrás y ¡zas!, hasta cuatro docenas en una mañana. Buenas tortas me daba mi ama, menudo remango, no había derecha como la de ella. Pues sí, los zapatos todavía los recuerdo... Ahí quedaron, a otro le vinieron bien, después se los vi puestos, pero quién le decía que eran los míos...

Fermín comenta apoyado también sobre la balaustrada del puente señalando las piedras que él movía para coger a los cangrejos, hoy esquilmados por el abuso de su captura.

Se hace un silencio sólo interrumpido por el ir y venir de algún

coche que otro, circulando a ambos lados de la carretera.

Al cabo de unos segundos, Fermín observa a sus amigos, que siguen en actitud silenciosa y para romper el silencio, sólo se le ocurre decir:

–Buena posición tenemos para que nos den por culo, ¿no?... Os voy a contar un chiste, no, no digáis nada –sigue Fermín al comprobar que con su salida, que a él le parece graciosa, de sus amigos sólo ha logrado que cambien de postura sin mediar palabra.

–Pues sí, éste me lo contaron en la mili: el recluta que le llevan a Sidi Ifni, ya sabéis, un amigo mío hizo allí la mili y a la semana de estar sólo entre hombres se va donde el sargento y le pregunta: “¿Da su permiso, mi sargento?

–Pasa, ¿qué es lo que quieres?

–Bueno, mi sargento...

Se rasca la nuca, no por el calor sino porque le daba corte.

–Habla de una vez... –ya cabreado le apremia el sargento chusquero.

–Bueno, que soy un hombre... y que...

El recluta, sudando ya a mares, se seca la nuca y la frente y sacando valor, se arranca:

–Que aquí no hay mujeres y yo soy muy ardiente... –le dice por fin al sargento de un tirón.

–Aquí tenemos un negro, si te viene bien y si no, a cascarla a otra parte o darle por el culo a un asno.

–Qué asco –dice el recluta.

Pero al cabo de un mes a punto de explotar sin mujeres, vuelve al sargento. Éste, cabreado le pregunta:

–¿Qué te pasa ahora?

–Mi sargento, lo del negro, no se enterará nadie, ¿verdad?

–¡Por supuesto! El negro y los diez que lo tienen que sujetar...

–¡Ja, ja, ja! –ríe Fermín.

Nemesio y Agapito también ríen.

–Este chiste es más viejo que la catedral de Burgos –le dice Nemesio.

–Oye, y tú, ¿cómo te las arreglas con Eguskiñe, si no es mala la pregunta? –Nemesio en tono de misterio le pregunta a Fermín, que

se rasca la oreja izquierda y no sabiendo qué contestarle se queda mirando las ondulaciones del agua que provoca la crecida del río.

Agapito también va a hacerle la misma pregunta, pero opta por guardar silencio, convencido de que él no es quién para meterse en la vida de Fermín y menos en un tema tan privado y tan personal.

—Ése es el problema, milagros tengo que hacer... Yo, como el recluta estoy a veces... pero la muy cabrona, hasta que no nos casemos no quiere saber nada y como tampoco quiere casarse, cuando no es por una cosa es por otra, pretextos y más pretextos. Os envidio, vosotros lo tenéis seguro, pero yo... No me fío, cada día se pinta más, se viste mejor, porque claro, cuando no es la manifestación es el abogado, o la Hacienda, no sé en qué líos se quiere meter con su hermano de California. Jodido ando con tanto ir y venir. Antes no había relaciones, pero como no se arreglaba espantaba a todos menos a mí... Pero ahora la muy cabrona... —va a continuar pero se calla de pronto, no quiere descubrir sus temores a sus amigos, bastante tienen ellos... Se queda mirando al río tratando de hallar la solución debajo de las piedras, a lo mejor está ahí igual que los cangrejos cuando era un chaval, esperándole para darle una respuesta que él no tiene.

—Bueno, tampoco es tan malo, no la tienes que mantener, porque tú no te casas con la generala, te casas con un batallón... ¿Pero sabes bien dónde te metes? —Nemesio en tono bajo pregunta midiendo las palabras para no ofenderle.

—Eso, tú no te casas con la aldeana, te casas con el caserío entero... —Agapito hace un gesto con la mano derecha señalando el infinito.

Fermín sale de su abstracción sin sentirse molesto por las comparaciones de sus dos amigos.

—Razón no os falta, pero yo soy así. Veinte años o más, perdida la cuenta tengo ya, que me enamoré de Eguskiñe y desde entonces como los perros fieles, esperando un mendrugo de pan, una patada o que me pasen la mano por el lomo. Carácter tengo, ¡eh!, que quede claro y a cojones para trabajar no me gana nadie tampoco, que quede pero que bien claro... Pero como los perros detrás de la perra en celo ando, claro que ella parece machorra, la muy cabrona...

Fermín apoya la mejilla en la mano derecha y su codo en la barandilla sin apartar su mirada de las aguas que veloces bajan, infatigablemente...

–Yo, como las aguas éstas, siempre bajando... Me parece que cuando ellas puedan subir, me va a llegar a mí el turno... si me llega...

Ahora guarda silencio así como Agapito y Nemesio.

Permanecen unos minutos en esta posición contemplativa, sólo interrumpida por el canto del agua, único sonido que rompe el silencio de la noche.

Un caracol circula ajeno por la balaustrada, próximo a ellos y Fermín que lo ha visto de reojo venir en dirección a ellos, lento, dejando su estela brillante por donde pasa, lo observa y se le ocurre decir:

–Qué bien llevas los cuernos, con qué gallardía.

–¡Ja, ja, ja! –ríen Nemesio y Agapito.

–Con unos cuantos más, buena cazuela haríamos –responde Nemesio dejando de reírse de pronto al observar las proporciones del hermoso caracol.

–Ya lo creo, allí hay otro y en medio de la carretera otro.

Agapito exclama sorprendido, hacía mucho tiempo que no veía caracoles circulando libremente por el campo, y se siente como el que descubre de pronto su niñez.

–Yo solía coger en la tapia del cementerio de San Miguel, allí vivían unos tíos míos, solía ir a visitarlos con mi madre, y cuando llovía como ahora, nos íbamos mis amigos y yo y con una linterna los enfocábamos en la tapia del cementerio por la noche, como ahora viéndoles salir y entrar.

–¿Los cuernos o los muertos? –pregunta malicioso Nemesio, sin escuchar el comentario de Agapito. Éste le mira cabreado, va a responderle que los muertos, pero él también desde hace tiempo ha notado que su mujer no es la misma y no sabe a qué achacarlo. Como tampoco tiene el vigor ni la fuerza de antes, su virilidad ha descendido y este hecho junto a las rarezas de su mujer, hacen que sienta ante ella complejo de inferioridad.

No quiere pensar que su mujer tenga un amante o esté enamorada de otro, no, eso no, no quiere ni suponerlo, pero hay

indicios que le tienen muy preocupado últimamente: su mujer no es la misma. ¿Habrá algo que él no sepa? ¿Por qué ha mencionado los cuernos?

–Mejor será que no me dé por aludido, porque sería peor. Además, uno es siempre el último en enterarse. Las mujeres ahora, con eso de que se están liberando, nos están jodiendo bien a los hombres, ya no hay edad que se las ponga por delante.

–¿Por qué no cogemos unos cuantos? –pregunta Nemesio sin darse cuenta de los pensamientos amargos de su amigo Agapito.

–En una hora podemos coger suficientes para cenar, los limpio yo bien con vinagre y sal, buen jamón, choricito casero bien picante, hago yo una salsa que Arguiñano al lado mío mozo de cuadra.

Fermín ya está viéndolos en la cazuela con su salsa roja, fruto de los pimientos choriceros, guindilla, el tomate enlatado en casa, la zanahoria, los ajos, cebollas, buen pimentón, bien pasado por el tamizador, y el jamón y el chorizo dentro de la cáscara del caracol una vez extraído el interior y limpiados uno a uno.

–Nunca tanto cuerno junto van a dar tanto gusto... –Nemesio insiste con retintín.

Esta vez Agapito enfadado, le responde:

–A ti qué cojones te importan los cuernos... –va a proseguir pero contiene su ira, en el fondo no sabe a ciencia cierta por qué se da tan pronto por aludido, si en realidad no puede aportar ninguna prueba.

–No te pongas así, Agapito, total, cuerno más o cuerno menos, qué más da... –Nemesio insiste machacón y ahora es Fermín el que tiene que sujetar a Agapito que está a punto de darle un puñetazo a Nemesio.

–Pero bueno, ¿qué cojones os pasa? –pregunta Fermín enfadado.

Agapito se libera de su presión, provocando a Nemesio:

–Habla, habla, dile a Fermín lo que piensas...

–Oye, oye, no te pongas así, que aquí nadie está seguro, yo no pondría la mano en el fuego, ¿y tú...? ¿Y Fermín? –le contesta Nemesio sin saber a qué viene tanto enfado por parte de Agapito. ¿Tendrá algo que ocultar? Ahora es Nemesio el que se mosquea.

¿Le estará poniendo los cuernos su mujer?

En este momento cruza un coche por la carretera iluminándolos con la luz de sus faros, a la vez que se oye el claxon del mismo.

Fermín deja pasar el coche y siguiéndole con la mirada trata de identificar al conductor que va dentro, que es alguien que le conoce por la forma que ha tenido de saludarle.

–Yo tampoco pondría la mano en el fuego –responde Fermín en tono abatido; ha visto la silueta del conductor así como la matrícula del coche, ya no le cabe la menor duda de que es don Ismael. Poco a poco va parando el vehículo delante del caserío de amama, prueba evidente de que va a hacerles una visita de amigo, porque en calidad de médico ya ha estado antes.

Con tono sombrío ha respondido a Nemesio, él también está dominado por la duda.

–Eguskiñe no es la misma, ya no es la mujer que no salía de casa, no se compraba un vestido, no se pintaba, primero su viudez, después la desgracia de su hijo asesinado por ETA, la habían transformado en una mujer dura, agresiva, sin ilusiones y yo me encontraba a gusto con su dolor, consolándola, apoyándola, ese papel me iba bien, pero ahora la casa está patas arriba, lucha, estudia como si la hubieran metido un cohete en el culo, no para, y yo no sé qué hacer. ¡Como que no me doy yo cuenta de que el médico la pretende! Alguno, que siempre los hay con retintín, ya me ha dicho que tengo un contrincante y menudo contrincante, quién me lo iba a mí a decir... Se ha quedado viudo, bueno, pero que sabiendo lo que yo tengo entre manos venga él y me lo quiera quitar... ¿Y qué puedo hacer yo? Ella dice que no hay nada, pero si no hay nada, ¿por qué toman café en Bilbao y en Llodio?

Se queda pensativo Fermín, observando de nuevo al caracol y exclama en voz alta:

–Sí, señor, con gallardía los lleva... no como otros...

–Los hay de muchas clases: de oro, de plata y quemado.

Nemesio responde con la vista puesta hacia la carretera, vuelto al río.

–Qué cosas dices. Los cuernos sólo son de una manera, de traición y nada más... –las palabras de Agapito suenan dolientes,

como si él ya hubiera experimentado la humillación de haberse encontrado en la cama a su mujer con otro rival.

—Eso, ni de oro, ni de plata, ni requemados, porque yo puedo aguantarlo todo, todo, menos eso, además, ¿qué diferencia hay entre el chamuscado ése y los otros? A ver, explícate.

Fermín cabreado con la vista fija en la lejanía donde el doctor ha aparcado el coche, frente al caserío, no puede disimular el coraje y la rabia que esto le produce, que toma cuerpo en ni más ni menos que un ataque de celos. Pero él no quiere pensarlo siquiera, que el doctor esté... eso, acostándose con ella, y que por eso a él se le niegue lo que se le niega.

Fermín, deja de torturarte, le dice una voz en su interior, tan bajo es su tono que apenas la puede oír. Cabreado, está a punto de aplastar con su mano derecha al inocente caracol, que no se inmuta por su presencia y menos por lo que dicen y piensan los tres hombres.

—Fermín, te voy a contar un chiste yo ahora. Mira, es aquél... éste sería el de los cuernos de oro: es aquél que está en el paro y su mujer llega de la compra con el carro lleno de víveres, bien cargado: angulitas de Aguinaga, jamón de Jabugo, buena coliflor, buen coñac, buenos puros y el marido asustado le pregunta: ¿De dónde ha salido todo esto? Ella le responde: Mira, cariño, ayer fui al Bingo con las últimas quinientas pesetas que me quedaban y gané un bingo. Al día siguiente una gabardina para él, un abrigo para ella. Cariño, la Bonoloto, y así varios días más. El marido, más mosqueado que un marrano por Todos los Santos. Una mañana le pide ella: Mi amor, ¿me pones el baño? —¿Cómo no, mi vida? Y a los cinco minutos: Ya lo tienes. Ella, con camisón transparente de nylon, vuelve enseguida: —¡Sólo me has puesto un dedo de agua! —Querida, no quiero que se te moje el décimo.

Sueltan una carcajada Agapito y Nemesio. Este chiste cabrea aún más a Fermín.

—¿Eguskiñe? ¡No!... Mira que si... No puede ser, vendió el piso, claro que al ritmo que va... —Fermín, ajeno al chiste no escucha a Nemesio, sino a su propio yo, que le está torturando con sus dudas.

—Oye, oye, ¿no te ha hecho gracia? Ése es un cuerno de oro, ya

lo creo –¡Ja, ja, ja!, –ríe Nemesio imaginándose la escena, aspirando el humo de su cigarrillo.

–¿Y el de plata, cuál sería? –pregunta Agapito mosqueado, después de dejar de reír.

–El de plata, que te ponga buena chuleta todos los días ganando veinte mil duros al mes, y el requemado, que de tu sueldo ella le compre un traje al querido.

Vuelve a reír Nemesio con ganas.

De pronto Agapito se ha quedado lívido, hace tiempo que su mujer le oculta qué hizo con el traje nuevo de la boda. ¿Se lo habrá dado a...?

–Eres un cabrón, ¿no puedes callar?

Ahora se miran sorprendidos Fermín y Nemesio. El que se enfada de esa manera o es que tiene pecado o simplemente es un cornudo –piensan ambos.

–¡Joder, con el caracol, la que armado! Anda, vete lejos de aquí, que empieza de verdad a oler a cuerno quemado.

Fermín retira con suavidad al caracol, depositándolo sobre una rama, cambiándole el rumbo.

–Agapito, ¿te encuentras bien? Vamos a bajar al río a refrescarnos un poco, yo creo que tenemos una copa de más y mi mujer cuando me ve, es capaz de fundirme los cuernos con la mirada, y yo sí que voy a oler a cuerno quemado... Pero por todos los que yo le he puesto a ella.

Ahora ríen los tres a la vez, siguiendo a Nemesio por una pequeña cuesta que conduce a la orilla del río.

–Como nos caigamos a ver qué les decimos a las parientas, dirán que las copas tienen la culpa, y con razón.

Fermín recobra la serenidad perdida hace unos instantes, rememorando la idea de coger caracoles y cenarlos esta noche.

–Mira, ¿sabéis qué os digo?, que los cuernos donde mejor están es dentro de una cazuela. Aquí hay una bolsa de plástico, hasta llena de cuernos no nos vamos.

–Eso, vamos a llenarla de cuernos... Ja, ja, ja.

Ríen los tres tratando de olvidar la conversación anterior, y

guardando dentro de ellos esa duda, que siempre está ahí, dentro de los corazones de quienes tienen la virtud de poder amar.

\*\*\*

## XII

### EN LA PLAZA DE MI PUEBLO

Sí, hoy echo de menos  
las tormentas de verano  
a las tres de la tarde  
en la plaza de mi pueblo.

Cuando después de un sol brillante,  
demasiado brillante, de pronto,  
en cuestión de minutos,  
el sol era eclipsado  
por una espesa capa  
de nubes negras.

Como sombras amenazadoras, éstas  
celosas por la belleza que emitía  
la luz cegadora de los campos,  
cuajados de bellas florecillas silvestres,  
rugían de pronto como león enjaulado,  
a los pobres mortales.

Sí, hoy echo de menos  
las tormentas de verano,  
a las tres de la tarde,  
en la plaza de mi pueblo.

Cuántas veces hube de buscar un refugio  
precipitadamente,  
porque al poco rato  
de amenazarnos las nubes  
con truenos secos venidos de lejos,  
hacía su aparición la cortina

de agua cerrada,  
que con ira mal contenida,  
se precipitaba de pronto,  
sobre los campos tranquilos,  
pinares desiertos,  
acequias dormidas.

Refugiada en el portal de la casa  
de cualquier vecino,  
de pies a cabeza calada,  
contemplaba fascinada,  
las orillas de la carretera,  
donde se agolpaba  
en pequeños oleajes,  
el torrente de agua clara,  
que con anhelo su caudal buscaba,  
camino del río, cerca del molino.

La plaza quedaba desierta,  
la ermita dormida, y en el cielo,  
cantaban enfurecidos  
los ángeles negros.

Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva,  
los pajaritos cantan,  
las nubes se levantan,  
¡que sí, que no!  
que llueva un chaparrón,  
cantaba una niña alborozada.

La ira envidiosa del trueno  
tronaba, amedrentando  
con su estallido,  
al sol dormido.  
Asustada, daba un alarido,  
junto con un ¡hurra!,  
ya se ha ido.

Otro, otro y otro,  
éste casi no se ha oído.  
¡Qué pena! Ya deja de llover,

los ángeles no cantan,  
las nubes se levantan,  
y el arco iris sale majestuoso  
de entre la verde colina,  
atravesando el río de parte a parte,  
sin mojarse, milagro divino.

Las últimas gotas de lluvia  
van dando paso  
a los tímidos rayos de luz,  
el sol dice que estaba ahí  
esperando el milagro.

El milagro de ver la hierba mojada,  
el río cantando gozoso llevando  
su cosecha abundante de agua  
benedicida por montes, prados,  
colinas, que generosos entregan  
su mercancía al Dueño y Señor.

El río que corriente abajo canta  
la abundancia que lleva consigo  
en sus alforjas repletas convertida  
en el agua bendita, bien de bienes,  
trigo, pan, verdura, fruta fresca!

Aquí estoy, nada temáis,  
todo es para vosotros, despertad,  
que traigo conmigo el alimento  
que es mi manantial de vida.

Sí, hoy echo de menos,  
las tormentas de verano,  
a las tres de la tarde  
en la plaza de mi pueblo.

Ese pueblo tranquilo, querido,  
que agradecido, mostraba embellecido  
la hermosura de sus campos floridos.

Donde niños y niñas corríamos  
jugando, rodeados de tallos verdes,

zarza, llenas de verdes moras,  
crecida hierba que feliz  
soportaba nuestra intromisión,  
disfrutando a cambio  
del sonido de la risa inocente,  
del canto glorioso de gorriones,  
golondrinas venidas de tierras lejanas.

Tantos fueron los instantes vividos  
como éste, que crearon dentro de mi alma,  
la imagen bella de lo bello.

El amor a la tierra mojada,  
el sol picante antes de la tormenta  
embravecida.

A las gotas de agua, que como  
diminutos brillantes se posaban  
en las hojas verdes del castaño en flor,  
dándole tonalidades de árbol Navideño.

Sí, hoy echo de menos  
las tormentas de verano,  
a las tres de la tarde  
en la plaza de mi pueblo.

Amama acaba de leer un poema, porque así se lo ha pedido Carmen, sabedora de las cualidades de poetisa que tiene, ya que Eguskiñe se lo había comentado en varias ocasiones.

A amama, le gusta escribir más que leer lo que ha escrito, aunque sabe que al escribir ha dejado constancia de sus sentimientos en un momento en que se encuentra inspirada, pero luego en frío, siente el pudor de quien se siente desnudo; sus faltas de ortografía y el hecho de que alguien pueda ver su letra, de difícil trazo, casi sólo legible para ella y para su nieta que la conoce mejor que ella misma, le hacen experimentar una cierta vergüenza.

Muchas veces la ha consolado diciendo que los médicos escriben peor y tienen una carrera, pero aún así no se siente cómoda mostrándola, por eso dobla despacio las dos hojas de papel

guardándolas en el fondo del bolsillo de su delantal, rememorando la plaza de su pueblo a las tres de la tarde... de aquel domingo de verano.

–¡Qué bonito! Ahora me siento peor, más inútil, si por lo menos hablara euskera, ni eso, decidme, qué puedo hacer... –Mari mira a lo lejos, esperando que alguien pueda ayudarla a encontrarse bien con ella misma.

–Dejarte llevar por lo que tú sientes dentro de ti, sin barrera que lo detenga –amama le contesta también con la vista puesta en las agujas del reloj, siguiendo su leve pero infatigable movimiento.

–Bueno, vaya tarde que tenemos. Los hombres tenían que haber venido ya, si no se han perdido por el camino. Vete tú a saber...

Eguskiñe hace este comentario deseando que algo ocurra para no caer de nuevo en el pesimismo hablando y rememorando únicamente desgracias, o simplemente sacando los problemas de cada uno a relucir. Su mundo ha cambiado pasando de la noche al día y necesita borrar tanto sufrimiento pasado, aunque esté ahí, porque el pasado nadie lo puede olvidar, pero ha superado la barrera de vivir cargándolo a sus espaldas cada minuto de su vida. Siente que hay un nuevo amanecer cada mañana para ella y lucha por no quedarse enganchada sólo al dolor. El amor que siente la hace vivir con ilusión y con esperanza, no puede perdonar pero puede sobrellevarlo. Puede reír, quiere hacer cosas nuevas, está llena de ansias por realizarse. Son tantas las cosas que quiere hacer con esta sociedad que está enferma, muy enferma, como ha estado ella, pero a la que hay que curar dándole respuestas, soluciones, esperanzas. No puede quedarse de brazos cruzados esperando en casa un milagro que no se produce, llorando y consumiéndose como una rosa marchita. No, ella siempre luchó, antes con unos objetivos que eran su marido y sus tres hijos. Sus metas se vieron truncadas por las desgracias cuando todo parecía ir viento en popa: primero su marido, la enfermedad, su muerte, con ella la viudez, el sentirse sola de pronto, su brazo derecho, su apoyo, se desplomaron haciéndola sentir desamparada y perdida. Sólo la presencia de sus tres hijos y la fuerza de su ama ayudándola, aguantándola, tuvieron la virtud de que pudiera continuar adelante. Pobres hijos, ellos

también pasaron por un trance tan triste como la pérdida de su padre y su hermano y encima mi amargura y mi mal carácter. Pero afortunadamente todo cambió dentro de mí, el pozo donde me encontraba metida no tenía salida. Sin reponerme aún de la pérdida de mi marido, la bomba que mató a mi hijo vino de nuevo a hundirme dentro del túnel. No, no quiero recordar... Si me hubieran matado a mí, qué bien me hubieran hecho, pero Dios tiene escrito quién va primero y quién después, estoy convencida y nada tiene que ver con lo que nosotros queramos o deseemos. No, no quiero pensar en cosas tan tristes, nada se adelanta con vivir y vivir el pasado y con él los recuerdos y las penas. Hay que mirar el surco recién abierto y seguir por él sin desfallecer. He emprendido un rumbo nuevo y nada debe desviarme de él, ni siquiera Fermín. A mí no debe preocuparme el hecho de que lleve media vida enamorado de mí, siguiéndome como un perro, ése será su destino, no el mío. Yo tengo ahora otras metas nuevas, y están lejos aún de lograrse. Me queda mucha lucha, sé que muchos tropiezos también y nada podrá detenerme, ni siquiera el amor.

El ronco timbrazo repetido varias veces en la puerta principal, saca de sus pensamientos a Eguskiñe y a todos los presentes, ya que se había hecho un pequeño silencio que nadie parecía atreverse a romper.

Josu se levanta de la silla como impulsado por un resorte, aliviado de que alguien llegue, no se encuentra cómodo del todo con las señoras, que con sus comentarios le recuerdan en tantos aspectos a su madre, siempre rememorando del pasado la parte amarga, nunca las alegrías, creando en él un resentimiento de culpabilidad, porque a lo mejor su madre quiso ser artista, o soltera, o vivir lejos de las ataduras del hogar y con su inesperada venida tuvo que casarse, como se hacía antiguamente, para ocultar su grave falta, ya que los hijos debían de ser siempre dentro del matrimonio y no antes ni fuera de él, y así se vio atada de por vida a las obligaciones y deberes que imponía el matrimonio. Por eso la tarde le está resultando del todo amarga e interminable, deseando que alguien llegue con aires nuevos para poder hablar de algo más transcendental que los problemas, las angustias de estas señoras

que, con todos los respetos, sobre todo a amama, tienen el don de ponerle triste al recordarle una y otra vez a su madre.

Maite y Javi, que ya ha regresado después de que Fermín, como siempre, le anticipe dos mil pesetas para poder pasar la tarde, están arreglados para salir y al oír el timbre se han asomado al pasillo para abrir la puerta, pero al notar que alguien va a abrir, esperan, con un gesto de que este caserío se parece al mesón, siempre lleno de gente, con la diferencia de que éstos no pagan por consumir.

–Qué raro, tú ya arreglada, cuando quieres cómo espabilas. Vámonos, que hay más carrozas aquí que en el Palacio de Versalles.

Javi le dice a su hermana al mismo tiempo que con la mano derecha golpea el brazo izquierdo, haciendo la señal de la flecha y señalando la puerta de salida.

–Les diremos adiós y basta, porque si no amama se enfada, cree que tenemos diez años todavía –dice Maite mientras entra de nuevo en la habitación para coger su mochila.

En la puerta se oye el saludo y presentación de Josu a don Ismael, en tono cordial. Don Ismael le saluda correcto pero sin prestar demasiada atención a Josu, al que ve por primera vez.

–Yo soy sobrino de Carmen, una amiga de Eguskiñe.

–Encantado –dice don Ismael sin más dirigiéndose a la cocina.

Josu le sigue en silencio, don Ismael no le ha dado pie para iniciar ninguna conversación. La mirada y el gesto seco del doctor le han sellado la boca y piensa para sus adentros:

–Pues sí que estamos buenos, este doctor habla menos que la estatua de don Diego López de Haro, fundador de la Villa de Bilbao.

Maite, curiosa, con la mochila en la mano, se ha quedado esperando en la puerta de su habitación para ver al recién llegado, la forma de llamar al timbre le es familiar y un cierto sexto sentido le hace presentir de quién se trata.

Al ver la silueta del doctor meterse en la cocina, tuerce el gesto y, contrariada, mira a su hermano que está junto a ella dispuesto también para salir y le hace gestos de que camine y se vayan cuanto antes, esta vez sin despedirse de nadie.

Ya dentro del viejo Ford Fiesta, heredado por Javi, unos cuantos metros después de iniciado el viaje, Maite se revuelve en el asiento del coche, y no puede por menos de comentar, en tono preocupado, a su hermano:

–Oye, no te parece a ti un poco raro...

Va a proseguir, pero no se atreve, callándose de pronto.

Javi, que la está observando por el rabillo del ojo, sin dejar de prestar atención a la carretera, le pregunta sabedor de antemano de la pregunta que le va a hacer:

–Un poco raro, ¿qué?

–Bueno, no sé... pero ama... el médico... ¿No te parece que...?

Quiere seguir hablando, pero no puede, no se atreve.

–¿Que ama tiene un rollo con el médico? ¿No es eso? Mira, tía, yo ya no sé nada. Ama no es la misma, tú no eres la misma, sólo falta que amama se líe la manta... Las mujeres lo liáis todo de una forma que sois la leche.

Javi mira ahora a Maite, con gesto serio, va con la vista fija en el parabrisas del coche que con lentitud va limpiando el agua de lluvia, facilitando así la visibilidad de la carretera.

–No me mires a mí, mira la carretera que ésta tampoco está para bromas. Pues sí, el otro día los he visto en Llodio tomando café en la Cafetería Lepanto. A casa viene cada dos por tres... No sé, pero me da pena Fermín. A mí no me gusta don Ismael, con Fermín ya me había hecho la idea, además, es como nosotros... –Maite se calla, quisiera seguir dando su opinión, pero al recordar a su novio, se calla y, con cara de fastidio, prosigue:

–El amor es un rollo, en menudo lío estamos metidas ama y yo... Solo falta que tu novia tenga algo que aún no te haya dicho y el trío sea perfecto, y amama a consolarnos a todos, incluido a Fermín que se va a pasar toda la vida esperando un milagro del cielo.

–Deja a mi novia en paz, además, no corras tanto, que tú tienes mucha imaginación, en un momento te has montado una novela que ríete de esas que dan en la tele y paralizan a las tres y media de la tarde a medio Euskadi y media España.

Le responde cabreado Javi, que en el fondo también piensa lo mismo que su hermana.

–¿Por qué el amor todo lo cambia...? Antes creía que las cosas cambiaban porque sí, ahora sé que el amor manda en nosotros, y nos hace esclavos y a mí no me gusta sentirme esclava, porque yo quiero ser libre.

Comenta Maite, con gesto contrariado, sin dejar de mirar a la carretera aunque sin ver el frondoso paisaje.

–Bueno, uno es libre de elegir entre ser libre y ser esclavo, igual que en la política, si los que mandan quieren someterte con la dictadura o gobernarte con la democracia, con la primera eres esclavo de obedecer, con la segunda libre para elegir, pero con sus consecuencias también. Con el amor te pasa igual, si te hace daño porque te perjudica, te lo quitas de en medio y listo, y si por el contrario te hace feliz, continúas y en paz.

Le responde Javi pensativo a su hermana tratando de ser lo más preciso posible al establecer la comparación más factible.

–Así que el sentido común es el que tiene la palabra, ¿no?, porque el corazón dice que naranjas... ¡Vaya lata! No sabes la lucha que tengo... –Maite dice estas palabras suspirando y cambiando de postura en el asiento.

–Más o menos y espero que ama así lo entienda también, porque a mí algún amigo también me ha dicho que los ha visto, pero de ahí a... Bueno, ya me entiendes... –Javi, con tono preocupado, le responde. No le gusta inmiscuirse en la vida privada de los demás, pero en este caso se trata de su madre y de su hermana... Sobre todo su hermana, porque su madre seguro que sabe lo que tiene que hacer, aunque a él, en el fondo, le disguste que en el pueblo empiecen a hacer comentarios tanto sobre un tema como sobre el otro.

En los pueblos pequeños todo el mundo se conoce, y todo sirve de comidilla y un hecho como el de su hermana y el de su madre, pueden dar mucho que hablar, al menos mientras dure la duda, porque hasta la fecha, que él sepa, su madre sigue la relación con Fermín. Lo del doctor puede ser un pequeño coqueteo, pero que no va más allá, claro que lo suficiente para tener a todas las lenguas de Oquendo sin otra cosa que hacer, ocupadas, .

Javi ha guardado silencio atento a la curva cerrada que viene y

Maite se ha asegurado en el asiento en un acto preventivo sin decir nada. Pasada la curva y recuperada su posición normal, Maite le pregunta a su hermano:

—¿Qué te parecería la idea de que yo me fuese a Madrid en cuanto termine la carrera?

—Ama ya sabes lo que piensa de eso... —Javi lo dice en tono bajo y muy preocupado, no se hace a la idea de que su hermana un día se vaya del caserío. Todavía no está suficientemente preparado para aceptar este hecho, que por otro lado nada tendría de particular, son varios los jóvenes del pueblo que ya lo han hecho hostigados por la falta de trabajo en Euskadi.

—A mí Oquendo se me queda pequeño; Vitoria o Bilbao estarían bien si hubiese trabajo, pero tú sabes que aquí no hay nada. ¿Cuántos chavales conocemos que terminan la carrera, y qué hacen? Desesperarse, tío... Por otro lado, estar enamorada como yo, es un rollo, no sé, creo que voy a reventar.

Maite cabreada, se mira en el espejo retrovisor para comprobar si con las prisas se ha pintado bien los ojos, los labios y si el maquillaje está bien extendido, así como su larga melena rubia bien rizada.

Javi tiene bien clara su postura: si no encuentra trabajo después de hacer la mili y una vez terminada su carrera de la que ya le queda prácticamente este curso y un par de asignaturas, se quedará en el caserío aunque sea sembrando calabazas o puerros, con un par de vacas para empezar y criará algún cerdo, no le gusta la cocina sin más decoración que las vigas ahumadas sin que nada cuelgue de las mismas. Claro que a su novia no le hace ninguna gracia esta posibilidad, pero él seguirá fiel a la tradición de ser baserritarak. O lo toma o lo deja, pero éstas son lentejas —piensa sin dejar de observar a su hermana. Tan sólo han pasado un par de horas desde la conversación sobre la relación amorosa con Enrique y es como si hubieran pasado un par de años. Le es nuevo para él, ver a su hermana enamorada de un chaval que era el último del que debía haberse enamorado y diciéndole que quiere irse de casa, tal vez a Madrid, no puede por menos de observarla a intervalos. ¿En tan poco tiempo puede producirse un cambio semejante?

–Pero si es una cría, o por lo menos eso creía yo...

Javi piensa dándole vueltas y más vueltas en la cabeza.

–Claro que Inma tiene su misma edad, pero es diferente...  
¿Diferente...? ¿En qué?

El silencio prolongado de su hermano inquieta a Maite, que prosigue en tono bajo:

–Bueno, la verdad... es que estoy muerta de miedo, porque cualquier día ama se va a enterar, y como se oponga yo me largo y él también, lo tenemos decidido.

Maite remata la frase, convencida de lo que dice.

–¿Tú qué crees que es irse así, a la aventura?, ¿no sabes que nadie te va a dar nada así porque sí? –le contesta Javi, cabreado, a su hermana, enfadado por su terquedad.

–Tú me dirás... Como si el amor se eligiese igual que un par de zapatos; vas a la tienda, te gustan éstos y ya está, y la que se va a armar, va a ser de traca –Maite se mira las manos, pasa revista a sus uñas, como si en el brillo de las mismas se escondiese una respuesta que no tiene.

–Lo tienes jodido, hermana. Termina la carrera y luego lo piensas bien, ¿eh? –Javi trata de serenarse, pero no puede: su hermana enamorada de un herribatasunero y de qué manera... El no creía que era para tanto, sí les había visto algunas veces hablando en la calle, pero de ahí a que esté dispuesta a todo por él...

–Eso es lo que yo quiero, pero en cuanto se entere ama, arma la gorda. ¿Qué hemos hecho nosotros de malo? ¿Y qué debemos hacer, lo que los padres quieran? Es nuestra vida, ¿no? Supongo que en la guerra pasaría lo mismo, esto no es nuevo, pues claro que no, lo que pasa es que siempre creemos que las cosas les pasan a los demás, y en las novelas. ¡Pues no! –ahora responde Maite cabreada a punto de llorar.

–Mira, cálmate, habrá una solución, se lo diremos a ama poco a poco para que se vaya haciendo a la idea, porque de sopetón, seguro que le da algo... –Javi cambia de velocidad con brusquedad, dando el coche una sacudida que casi derrapa saliéndose al arcén, al borde de la carretera, próximo a una fuerte pendiente. Maite se asusta agarrándose al asiento con ambas manos, exclamando asustada:

–Ten cuidado, que por poco nos matamos y acabamos con el problema, tío.

–Enana, ¿pero te has creído que me han dado el carnet en una tómbola? ¿O qué? Pues no me lo empapé bien... ¡Menudo empacho cogí!

\*\*\*

### XIII

En la cocina del caserío de la familia Olavarri, don Ismael, que acaba de llegar, con cara un tanto descompuesta, al ver a amama en medio de las tres mujeres, se dirige a ella sin dar las buenas tardes.

–¿Ha tomado amama las pastillas que le di?

Amama, azorada como una niña pillada en falta, balbucea:

–Bueno... como estamos de charla, olvidar he hecho, ahora mismo me las tomo –dice esto último sacando la caja que aún tiene metida en el bolsillo de su delantal.

El doctor, sin mirar las caras de sorpresa de los demás, en donde es fácil adivinar sus opiniones respecto al civismo del doctor, guardan silencio.

–Démelas, no le van bien, éstas en cambio son mejores, por eso he venido, es lo último que ha salido para su corazón.

Amama pone cara de sorpresa, no sabiendo a qué atenerse.

–¿Será una equivocación o pone ese pretexto de que son mejores? ¿Querrá ver a Eguskiñe y es una forma de hacerlo? ¿O se siente solo y necesita tomar una copa con ellos? Bueno, quiero pensar que esto último es lo que le trae aquí y pretexto pone con las pastillas. ¿Y si se ha equivocado y me ha dado cualquier cosa? Cara de preocupación ya tiene, cualquiera sabe, porque lo seguro es que no me va a decir la verdad, así que mejor será que le quite importancia.

–Usted sabrá mejor lo que me va al artritis, al reuma, al colesterol, al corazón, y no sigo... –dice amama con cara de circunstancias, ya que la edad no siempre perdona y a ella hace

tiempo que le está pasando la factura.

–Buenas tardes –el doctor saluda después de hacer el cambio, guardándose en el bolsillo de su chaqueta las pastillas que le ha devuelto amama, sintiéndose aliviado.

Josu, que no ha perdido detalle, piensa:

–Algún patinazo, a un tío mío lo mató un doctor por una excesiva dosis de estreptomocina... Me huelo que aquí pasa algo parecido.

Eguskiñe se siente halagada por la visita de don Ismael, pensando para sus adentros que el cambio de pastillas no es más que un pretexto para tomar una copa con ellos.

Mari y Carmen piensan lo mismo que Josu, el doctor ha patinado y eso le ha traído al caserío, sin dar las buenas tardes hasta que ha recuperado la caja de pastillas que había entregado a amama por equivocación.

–Buenas tardes.

–Buenas tardes...

–Un poco frescas...

–Pronto empezamos este año con el frío.

–¿Una copita, don Ismael? –pregunta Eguskiñe al doctor con la mejor de sus sonrisas.

–Bueno, no me vendría mal –le responde cogiendo una silla y sin pedir permiso se sienta en ella, al mismo tiempo que se quita la chaqueta entregándosela a Eguskiñe para que la cuelgue en alguna parte.

Eguskiñe recoge la chaqueta del doctor y con ella en la mano hace las presentaciones:

–Mari, Carmen y el sobrino de Carmen, Josu.

Como el doctor no hace intención ni de levantarse ni de darles la mano, los tres se quedan un poco cortados y optan por tomar la misma actitud que él, seguir sentados en sus respectivas sillas intercambiando saludos.

–Mucho gusto.

–Encantada.

–¿Qué tal?

–Hola.

Guardan todos unos segundos de silencio y Eguskiñe sonriendo, añade:

–Ya le he hablado de mis amigas, éstas son.

–Muy bien, –responde el doctor con cara de tristeza y preocupación, sin mirar a ningún punto en concreto de la cocina.

Mari sonríe, va a contestarle pero su actitud taciturna la contiene haciéndole guardar silencio.

–Gracias –responde Carmen cortante, la presencia del doctor, así como su aspecto no la incitan ni a la confianza ni a la simpatía tampoco.

Josu se mueve en su silla excusándose, porque quiere ir al servicio, pensando mientras se levanta:

–Bueno, la tarde se las trae, no sé, me parece que ahora nos contará el doctor el fallecimiento de su esposa con pelos y señales. Mientras, las señoras se lo pasarán de miedo escuchando desgracias. Eguskiñe, no sé... Fermín, me parece que lo tiene crudo, se ha puesto Eguskiñe colorada como un tomate al verle... En Marbella, diría mi amigo Juan, como un salmonete recién pescado. Mari, que está más salida que la proa del Santa María de Güeñes, querrá flirtear con él y mi tía Carmen le endosará todo el expediente médico de su hijo, sin contar amama... Bueno, amama, por lo menos escucha y habla cuando tiene que hacerlo. ¿Qué me queda a mí?... Escuchar también y callar. De buena gana me iría, pero no me parece correcto, sería una grosería, otro día me lo pensaré antes de venir.

Eguskiñe, siempre sonriente, le ha puesto una copa bien llena al doctor que la mira con cara asustada.

–Demasiado coñac, Eguskiñe, que yo tampoco puedo beber lo que quisiera... –le dice en tono serio don Ismael.

Carmen y Mari se miran como diciendo: Buena nos ha caído y Eguskiñe no hace más que alabar su conversación, será con ella, porque nosotras nos sentimos como pie fuera del zapato.

Amama, una vez más, se revuelve un poco cansada en su silla y se levanta con el pretexto de ir a tomar una pastilla que le tocaba hacía más de una hora.

–Menos mal. Porque en duda estoy si éstas serán de verdad las

que me convienen, leeré primero las indicaciones por si acaso –piensa amama por el pasillo camino de su habitación.

Eguskiñe trata de entablar una conversación pero no sabe cómo, por lo que decide preguntarle por su salud, que es una de las formas más comunes de iniciar un tema junto con el del tiempo, pero la primera le parece más acertada dado el aspecto derrotado del doctor.

–¿Qué tal los análisis...? Bueno, mis amigas son de confianza –en el momento de hacerle la pregunta al doctor se da cuenta de que ha pecado de indiscreta y rectificando rápidamente:

–Bueno, cambiemos de tema, a Mari y a Carmen estas cosas ni les van ni les vienen.

Mari, compadecida por el aspecto del doctor y aunque Eguskiñe ha querido quitarle importancia a la pregunta sobre los análisis, no puede por menos de decirle a don Ismael en tono compasivo:

–Cuánto siento lo de... –va a proseguir hablando pero la mirada taladrante del doctor sugiriéndole que no se meta donde no la llaman, tiene hace que se quede con la palabra en la boca, sin saber para qué lado mirar. “Si por lo menos estuviese amama” –piensa azorada.

Carmen, vista la reacción del doctor, guarda silencio a la espera de que se tome su copa que ya va por la mitad, y que se vaya por donde ha venido.

–Porque cualquiera inicia una conversación con este señor, no da pie ni para pedir un vaso de agua... –piensa mientras toma un poco de café frío que le quedaba en la taza.

–Los hombres en la taberna de Txaparro están, no creo que tarden –inicia un nuevo tema de conversación Eguskiñe sonriendo al doctor.

–He estado esta mañana en el caserío de Lorenzo y Felisa, cada vez que voy se acuerdan de las canciones y de lo bien que lo pasamos hace dos años por navidades. Me dicen que a ver cuándo los invitamos a otra reunión como aquella –el doctor se incorpora un poco, recordando también aquella tarde, donde no podía presagiar lo que le sucedió meses después, dando un rumbo trágico a su vida.

–Ya lo creo, fue una tarde y una noche porque bien tarde acabamos. pero está bien, ¿no? Estuve a visitarlos este verano y Felisa da gusto verla, nació antes de tiempo, es más moderna que yo, se ha comprado un microondas y le calienta la leche a Lorenzo en él, y una discusión tienen cada día, porque él quiere que se la caliente en la chapa aunque sea verano, y ella que la chapa la enciende en invierno y que así es más fácil que no tiene que ensuciar cazuelas. También una hija le ha regalado un congelador para que cocine una vez a la semana y luego, aprovechando el microondas, vaya sacando lo justo descongelándolo, para no tener que cocinar de esta manera todos los días, y Lorenzo por la ventana le ha tirado el plato en más de una ocasión... Pero Felisa le dice que ella no cocina todos los días, así que si no está a gusto, el divorcio. Como tiene un pretendiente, un viudo de la edad de ella, Lorenzo traga y traga con la era moderna –Eguskiñe ríe sin poderlo evitar, recordándolos a ambos en su caserío discutiendo sin parar a causa de la nueva era moderna que Lorenzo no asimila, pero Felisa le repite una y otra vez que quiere apuntarse a un viaje espacial, mientras Lorenzo le contesta, que si ella se cree que hay nada mejor fuera de Oquendo, nada de nada.

Ahora ríen Mari y Carmen, han oído hablar a Eguskiñe de Felisa y Lorenzo y no pueden por menos de reírse al imaginarse la escena de los dos viejos.

–Mi marido tampoco lo quiere, claro que él no se da cuenta del adelanto que supone para las mujeres... –responde Mari de acuerdo con la era moderna que le toca vivir y que cambia los antiguos esquemas .

–Yo también tengo uno, después de visitar a Felisa, vine tan convencida, que ahí está... –dice Eguskiñe señalando la última adquisición de electrodomésticos, colocado encima de la baldosa blanca del fogón.

–¿Son tan buenos como dicen? –pregunta Mari con la vista puesta en el aparato.

–Yo también tengo uno; sí, la verdad que te ahorran un montón de trabajo, porque en el mismo plato puedes calentarte si tienes algo hecho del día anterior o lo que tienes cocinado dentro del

congelador... –corroboraba Carmen aliviada de poder hablar de algo.

–A lo mejor tendría que comprarme yo también uno, porque la asistenta me deja hecha la comida, sólo para que me la caliente, pero cuando no se me quema, se me pega, muchas veces me la como fría por miedo a esto último. ¿Me lo compraría usted, Eguskiñe? –le dice el doctor levantándose de la silla y dirigiéndose hacia el aparato.

Eguskiñe le hace una demostración calentando un vaso de agua en dos minutos, mostrando feliz el nuevo invento.

–La verdad es que nos invade la tecnología, yo acabo de comprar un equipo moderno para tomar la tensión, un detector, bueno... que la carrera del médico ahora, un gran porcentaje depende de los aparatos eléctricos también... –corroboraba el doctor satisfecho por el nuevo adelanto.

Josu entra en la cocina y se suma al coloquio después de escuchar las últimas palabras del doctor.

–Ya hemos entrado en la era de la tecnología. El año dos mil está ahí, a la vuelta de la esquina, y las energías van a dar paso a la época de los minerales, el carbón ha caído, el hierro va dando paso a las nuevas fibras y el petróleo también será sustituido dentro de poco. Los países con sol revolucionarán el mundo –se sienta Josu mientras habla sin mirar a ninguno de los presentes.

El doctor, al escuchar a Josu, repara de pronto en su presencia, la poca corpulencia, así como que tampoco puede presumir de guapura, han sido las causas por las que don Ismael no ha reparado en su insignificante persona. Excepto al escuchar sus palabras, por las que puede deducir que es un hombre de un nivel cultural elevado.

–Ahí nos duele a todos –responde el doctor mirándolo seriamente.

–Sí, a mí el reuma me da unos pinchazos en el hombro... –Mari dice esto último señalando su hombro dolorido.

Carmen y Eguskiñe se miran como diciendo: “Ésta no tiene arreglo”.

Josu y el doctor pasan por alto la salida de Mari, tomando una nueva actitud.

El doctor se sienta en su silla sin dejar de mirarle.

—¿Qué clase de estudios ha realizado usted?

—Tengo Filosofía y Letras, Doctorado en Filología Inglesa, ahora, por problemas de salud estoy retirado, si no tengo cuarenta años y ya tengo la invalidez total —Josu no especifica la clase de dolencias que tiene, ni tampoco cuáles son las causas de su joven jubilación.

El doctor, sin dejar de observarle, tampoco quiere entrar en los detalles de sus dolencias, tiene experiencia en oír hablar de enfermedades en las cocinas a los habitantes del pueblo, que evitan de esta forma pasarse por la consulta, motivo por el que no permite que le cuenten los problemas de salud si no es en el ambulatorio.

—¿Soltero? —pregunta el doctor, sin un ápice de interés.

—Soltero, no quiero ser una carga para nadie —le responde Josu al doctor, que en el fondo no le cae del todo bien.

—Pues con el dinero que tienes... más de una ya te haría de enfermera... —dice Mari cándidamente, observándolo más atentamente y pensando para sus adentros: “Pues no está tan mal... bueno, un poco enclenque... pero de cara puede pasar, y si encima cualquier día se muere... Lo que me pierdo por estar casada... ¿Y si pido el divorcio? Claro que soy mayor que él, bueno... Eguskiñe también es mayor que Fermín y en cambio...”. Se queda pensativa mirando fijamente a las vigas quemadas del techo, sin ver las caras de los cuatro que la miran, cruzándose las miradas en actitud interrogante: “¿Estará bien de la cabeza?”.

\*\*\*\*

## XIV

Amama se deja caer, cansada, en su sillón de flores, sintiéndose aliviada de poder estar sola en su habitación. Cada vez le suponen más esfuerzo las reuniones, las conversaciones y sobre todo, los comentarios tristes.

—No sé por qué, pero parece que a mí me vienen todos como las moscas a la miel. Quieren hablar, hablar y que yo les dé una

respuesta, aunque sea pequeña, pero a mí, ¿quién puede escucharme? Tú, Dios mío. Contigo tengo yo a mi confidente delante –amama habla en voz alta mientras se coloca sobre las rodillas la manta de cuadros, disponiéndose a descansar, después de haberse tomado la pastilla que don Ismael le ha traído, no sin antes haberse leído bien el prospecto que viene dentro de la caja, comprobando que en efecto, las indicaciones corresponden a uno de los males que ella padece. Ese descuido por parte del doctor, no ha dejado de preocuparla, junto con su aspecto descuidado, que es la tónica en él últimamente, degenerándose cada día un poco más.

–Pobre, no es la sombra de lo que fue, aquí también viene a por un poco de consuelo, pero cuando estamos a solas aún, puedo oírlo y consolarle con palabras de aliento, pero Carmen con su hijo también, vaya palo, son demasiados. Mari la pobre, más perdida que la Cruz de Gorbea; ése, no sé cómo se llama, no sé si es marica pero parece, un poco raro también. En fin, que no puedo con tantos a la vez queriendo que yo acierte en lo que quieren oír cada uno.

Amama habla en voz alta al Cristo que tiene en el centro de su cómoda. Un Cristo clavado en Su Cruz de unos quince centímetros de alto, de plata, con base de mármol, el único confidente con que cuenta, cuando quiere ser de verdad sincera y decir todo cuanto siente, sin miedo a no dar una respuesta acertada a cuantos la solicitan. Que cada día son más, desde que Eguskiñe sale, perdida tiene la cuenta de las caras desconocidas que entran y salen por el caserío.

–Lástima no tener la edad y las piernas de mi hija. En casa me iba a quedar yo sin dar la cara, contra esos asesinos, que matan a los inocentes, matan las industrias, a los industriales, para que no tengamos con qué comer. Y lo peor de todo, están matando la esperanza y la ilusión, ahogando la rabia muchos en la taberna, también buenas borracheras cogen por esa causa. Yo cuenta me doy de todo, luego los jóvenes con un porvenir como éste, ¿qué hacen? pues eso, allá me las den con queso, presa fácil de los traficantes de droga. El campo bien abonado lo tienen, no tienen más que salir a la calle, pocos esfuerzos han de hacer, para que salgan las calabazas en la huerta... Porros y porros, alcohol y a perderse en esa

inmundicia. ¡Qué pena! Los vascos en mi tiempo, el cuerpo era templo de Dios y sagrado por tanto, ¿en manos de qué gobierno estamos que dejan a los jóvenes las manos libres para que hagan lo que quieran...? ¿Se puede dejar sueltos a los jóvenes sin que nadie los controle? Qué fácil es perderse, pero regresar, como el hijo pródigo, qué difícil. Lástima que yo no pueda, porque las madres tenemos las respuestas para poder con todo. Todas juntas a tanto cabrón, ahora que nadie me oye, más de un susto les iba a dar yo. Hay que quitar el miedo de una vez, más vale ir con la cabeza alta, que mirar al suelo por la vergüenza de no hacer nada más que callar y callar, el que calla otorga. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta que ellos quieran? Yo he vivido mi guerra y qué guerra, con bombas y metralla, pero eso era una guerra. Con la droga se mata más, pero eso sí, con guante blanco, hasta para matar hay que saberlo hacer bien... Y la ETA...

Amama no puede continuar hablando en voz alta, porque rompe a llorar... Entre sollozos, mientras se seca con su pañuelo blanco las lágrimas, puede continuar balbuceando:

—Entre vascos, cuándo vamos a desterrar el odio y luchar por una causa justa todos juntos, olvidando a qué partido político pertenecemos cada uno, y la única causa que yo conozco y merece la pena luchar por ella, es la de poder vivir en paz. Esta Euskadi que sufre en silencio los clavos que Tú llevas en esa Cruz... —dice amama percibiendo la silueta de la Cruz borrosamente, entre la cortina de lágrimas, a la vez que se suena la nariz y con las manos unidas en actitud de oración, en voz alta recita una de sus poesías:

### HOY SIENTO

Hoy siento que Tú me miras  
con cara de lamento,  
fijando Tu mirada sobre la mía,  
diciéndome con expresión de dolor,  
que no son los clavos la causa,  
que no es la corona de espinas,  
ceñida a Tu cabeza, la causante  
de Tu amargura.

Que no es el abandono,  
la soledad, la repulsa de quienes  
ayer te glorificaban  
y hoy te crucifican,  
motivo de Tu llanto.

Que tampoco es Tu corazón  
traspasado por la lanza,  
causante de Tu agonía.

Hoy siento que Tú me miras,  
con cara de lamento,  
fijando Tu mirada sobre la mía,  
y he sentido el frío del mármol  
recorriendo libre por mi espalda.

Porque Tú y yo hemos padecido juntos  
parecidos sufrimientos  
y estos se han unido en un abrazo  
sintiendo, que ambos compartimos  
la incomprensión de quienes  
amando, son abandonados,  
de quienes comprendiendo,  
no son comprendidos,  
de quienes dando tanto,  
se les niega un vaso de agua.  
De quienes no tienen nada,  
por que todo te lo dieron  
y están desnudos.

De quienes pudiendo vivir  
en loor de multitudes  
no tienen almohada  
donde apoyar su cabeza.

De quienes sienten que el deber  
está por encima de la propia voluntad.  
De quienes se amparan  
para ser libres,  
porque vinieron al mundo,  
no para acaparar,  
gloria sólo aquí, si no allí.

Porque allí, sólo allí  
se puede vivir,  
libres de cadenas,  
coronas de espinas.

Teniendo como hermano el amor,  
como compañero la comprensión,  
como Padre, el perdón.

Pudiendo vivir disfrutando  
de los frutos obtenidos  
gracias a la Crucifixión.

Poco a poco le es menos visible la silueta de Cristo Crucificado que la consuela sólo con su visión, tranquilizándola, entrando en un ligero sopor, quedándose en pocos segundos dormida profundamente con su pañuelo sujeto en la mano derecha.

\*\*\*

## XV

—Joder, Nemesio, qué cogorza más chula tienes, te has caído dos veces entre las zarzas y parece que te han echado las zarpas a la cara una docena de putas con las uñas bien afiladas —dice Fermín sujetándole por los hombros, ya que ha estado a punto de caerse esta vez dentro del agua fría del río, ya que están en la orilla del mismo cogiendo caracoles.

Fermín tiene una bolsa de plástico con más de un kilo de caracoles en su interior, sujeta con la mano izquierda. La derecha la lleva libre para poder coger más caracoles y sujetar a Nemesio en sus idas y venidas al suelo.

Agapito tampoco está muy sereno pero a excepción de un pie que ha metido en el río con zapato, calcetín y pantalón incluido, no ha dado ningún otro susto a Fermín.

—Vaya vista que tienes, se nota que has salido más de una noche de picos pardos, ¿o es que los silbas y salen a pedirte la hora?,

porque yo he cogido cuatro, Nemesio las moras que quedan de agosto en las zarzas únicamente y tú solito el resto... –le dice en tono irónico Agapito, un poco cansado de andar por la orilla del río de noche, lloviendo y mojado de arriba a abajo.

–Un poco más; mira ahí detrás de las zarzas, hay una tapia de piedras, ahí se esconden los maricones –anima Fermín, sorteando con dificultad las zarzas para llegar a dicha tapia.

–No sabía que los caracoles aparte de cornudos eran maricones, claro, éstos pueden con todo, chiquitos pero matones, ya quisiera tener yo las pelotas que ellos tienen para llevar a las espaldas todo el peso –responde Nemesio, a punto de caerse al río, a Fermín. Éste vuelve la cabeza, cabreado ordenándole:

–Siéntate en esa piedra y quédate ahí, que en vez de caracoles a la cazuela, vamos a tener bacalao en remojo para cenar.

–Buena bacalada iba a dar este Nemesio, un poco estropajoso, diría yo y también un poco correoso...

Agapito hace el comentario sin mirar al suelo, perdiendo el equilibrio. En el momento de caerse se agarra con fuerza a Nemesio y éste, que no está sujeto del todo tampoco en el suelo, pierde el equilibrio yendo a parar ambos al río.

Fermín está de espaldas a ellos y no puede verlos, pero al oír el fuerte chapuzón, gira la cabeza como impulsado por un resorte viendo en lugar de las siluetas de pie a la orilla del río, los dos cuerpos dentro del agua.

Corre en su auxilio sin soltar la bolsa de plástico, hablando en voz baja:

–A que se me ahoga uno de los dos... Bueno, con este chapuzón seguro que se les pasa la borrachera, algo habremos ganado.

–¡Que no sé nadar! ¡Socorro, socorro! –grita Nemesio debajo de Agapito agarrado a él.

–Ni falta que te hace, para lo que cubre el río... –Fermín le responde.

–Tú, con tal de llevarme al huerto, no has sabido qué hacer, ahora remojo completo tengo. Órdago, pares, chica y órdago a la grande, cuando me vea la parienta, la bronca la oyen los monjes de Orduña.

Agapito trata de incorporarse sujetándose a Nemesio que está debajo de él, pero no puede, su equilibrio no se lo permite y las copas que lleva dentro tampoco.

—¡Pero maricón, quítate de encima mío! Si a ti lo que te va son los tíos y con tal de joderme no sabes qué hacer —le recrimina Nemesio cabreado por el inesperado baño de agua fría.

Nemesio, más tranquilo al comprobar que tiene el culo apoyado sobre una piedra y el agua sólo tiene de profundidad unos cuarenta centímetros, no llegándole más que hasta la cintura desde la posición en que se encuentra sentado, no sabe si matar a Agapito o dejarlo. Un poco más tranquilo trata de quitárselo de encima.

—Buen colchón para caer, mejor que las zarzas ya es. ¡Hostias, qué fría está el agua! Buen pretexto vamos a tener para tomar unas copas, porque si no ¿cómo reaccionamos para entrar en calor? —Agapito le dice a Nemesio que hace esfuerzos empujando a Agapito para incorporarse ayudado por Fermín.

—¿Pero se puede saber con qué cojones habéis tropezado? —pregunta Fermín a punto de echarse a reír al verles en esta posición dentro del agua.

—Éste marica y tus caracoles tienen la culpa, si los cuernos nada bueno pueden traer, sólo falta que se nos indigesten después de esto...

Nemesio, ya fuera del agua, chorreando por todas partes, comenta socarronamente:

—Cómo le explico yo a Mari lo que hacíamos aquí a estas horas y con esta noche, que está más para estar bajo techo, o en la taberna, o en casa viendo el partido, que cogiendo caracoles... —hace un gesto de cabreo alzando ambas manos al cielo y comprobando el estado en que se encuentra todo mojado.

Bueno, tranquilo, dame la mano y sal del agua de una vez, ¿o es que te estás meando a gusto...? Vamos a mi casa y allí os cambiáis, algo habrá para los dos... ¿Y cómo dices que te caíste? —pregunta Fermín que no ve ningún serio obstáculo a la orilla del río.

—El pie se me enroscó entre una cuerda, yo no la vi —explica Agapito a Fermín, mientras sale del río tan empapado como Nemesio. Suben por la ligera pendiente que hay entre la orilla del

río y la altura de la carretera, comprobando sus lamentables estados a la luz de la farola que está próxima a ellos.

—Una cuerda... sería una zarza y vaya cómo me he puesto, como encima te salgan picantes los caracoles... —amenaza Nemesio a Fermín, cabreado.

Éste no deja de mirar a la orilla del río donde se han caído ambos. Ha visto algo que le ha llamado la atención, pero no quiere comentar sus sospechas, por lo que sugiere, con la bolsa de caracoles en la mano sin soltarla en ningún momento:

—Vamos rápido a mi casa a secaros y poneros ropa mía seca, y después Dios dirá... porque la que se va a armar cuando os vean con mis modelitos, el hipo les vais a quitar a vuestras parientas de lo guapos que os van a ver.

Fermín hace una indicación de que, para atajar, cojan el sendero que hay frente a ellos fuera de la carretera general, que conduce a su caserío.

—Sí, vámonos, porque lo único bueno que me ha pasado es que la borrachera se me ha ido de viaje a otra parte con el susto —dice Agapito iniciando el camino que le indica Fermín, el frío está haciendo presa en él y en todos sus huesos, empezando a estornudar.

—¡¡Atchís!!

—¡Jesús! —responden los dos.

Nemesio vuelve a mirarse a la luz de la farola, comprobando que lo único que tiene seco es la garganta, reflejo del susto que tiene dentro del cuerpo.

—El agua para las ranas, que nadan bien, me hace falta un trago para estar completamente mojado por fuera y por dentro. En tu casa algo tendrás, ¿no?.

Fermín asiente, iniciando el camino hacia el caserío, dándole vueltas y más vueltas a sus sospechas.

—Después, cuando los deje en el caserío de amama y se vayan a sus casas, volveré a ver, con qué ha tropezado este patoso... Me ha parecido ver... Sí, tengo que volver a comprobar qué clase de cuerda y un plástico negro me ha parecido ver también. No me huele bien este asunto. Así que a callar ahora y más tarde veré qué

encuentro aparte de caracoles, cuernos y la madre que los parió... Como sea lo que me imagino... –piensa Fermín con la mirada fija en donde pisa, no pudiendo resistir la tentación de agacharse varias veces para recoger algunos caracoles más que circulan libremente por el camino que conduce al caserío de Fermín, bordeado de árboles a ambos lados, huertas, zarzales, pinares...

\*\*\*

## XVI

Don Ismael y Josu han entablado una animada conversación dejando a un lado a las señoras que, viendo su actitud, han formado una especie de corrillo para hablar de sus cosas, principalmente de sus respectivas familias.

Mari, cansada de tanta charla, se queda mirando a las manecillas del reloj, absorta en sus propios pensamientos, comprobando que son las nueve y media de la tarde y que empieza a estar cansada.

Se encuentra un poco mejor, aunque le duele la cabeza. Ante la poca comprensión que halla por parte de los presentes respecto a sus dolencias, la mitad del tiempo la pasa en silencio, porque para poder quejarse en esta cocina... –piensa para sus adentros.

–Cuando me corten la cabeza a lo mejor puedo hablar. El doctor no está por la labor de oírme; el sobrino de Carmen bastante tiene con las cien cosas que padece; Carmen, con su hijo, para qué decir... Amama, una santa, que con aguantar a todos ya tiene bastante, y Eguskiñe... empeñada en arreglar el mundo. Así que yo no sé qué pinto en este entierro. El que entra en este caserío, o viene con la cabeza bajo el brazo, o no tiene cabida, como yo. Me encuentro como pez fuera del agua... Bueno, ¿y cuándo vendrá Agapito? Porque yo quiero marcharme a mi casa a ver una película en la tele, aunque aquí hay temas para varios culebrones...

Eguskiñe también ha mirado el reloj, preocupada. Su ama lleva un rato sin dar señales de vida, cosa rara en ella que disfruta de la charla con la gente, y hoy apenas ha aparecido por la cocina.

–No sé, pero algo le pasa, me tiene muy preocupada. Voy a la habitación a comprobarlo. Me encuentro rara, como si presintiera algo malo... Voy a dejar de pensar, aunque llevo un rato intentándolo pero no sé qué es lo que presiento. ¿Les habrá pasado algo a mis hijos?... Sólo me faltaba eso. Javi conduce mejor que yo, pero... En fin, a ver si vienen los hombres de una vez. Si hubiésemos jugado a las cartas, mejor habría sido, sobre todo para mis nervios. El otro día vi a mi hija de la mano de un chaval. Ella no me vio a mí, ni yo al que iba con ella... Mira que si es de Herribatasuna... Esta Mari, qué inoportuna, ya podía haberse callado, porque no dejo de pensar en ellos desde que lo ha mencionado.

Carmen mira a ambas amigas que con caras serias observan el reloj, como si aparte de dar la hora, pudiese también dar respuestas exactas a lo que piensa cada una de ellas.

Carmen tampoco se siente mejor que Mari y Eguskiñe. Se levanta despacio de su silla y, estirándose un poco la blusa y la falda, sin decir nada, sale de la estancia hacia el cuarto de baño.

El doctor, que un poco acalorado rebate a Josu, dice:

–Como siempre, el principal problema de Euskadi, es la consecuencia de la no aceptación social de “pobres y ricos”.

Josu le mira con cara de ver visiones y en tono, también acalorado, le rebate:

–No estoy en absoluto de acuerdo con usted, me parece una barbaridad lo que me está diciendo.

El doctor mira a Eguskiñe con una expresión que Eguskiñe capta, de que a él le va a rebatir... a él, que sabe de historia vasca más que muchos catedráticos de Euskadi, sin ofender a nadie.

Eguskiñe le hace un gesto con los ojos de que tenga paciencia.

Mari observa a ambos, y esta actitud tan receptiva entre ellos, le hace pensar para sus adentros:

–Yo puedo ser tonta, pero éstos... No sé...

–Que aquí no hay más lucha que la de pobres y ricos, o llamémoslo lucha de clases sociales, que para el caso es lo mismo. Desde que los primeros carlistas defendieron el aldeanismo hasta hoy, lo tenemos vigente con las actitudes tomadas por ETA de echar

a todos los industriales de Euskadi. Con ellos se van los maquetos, nos empobrecemos y volvemos al punto donde estaba este país: al aldeanismo. ¡Así de claro! –dice tajante el doctor bebiendo despacio un pequeño trago de coñac de su copa. Las dos cosas que logran sacarle de su tristeza: el hablar de política de cualquier país, y si es vasca mejor, y tomar una copa de coñac, como ahora, aunque su único contertulio sea este infeliz que tiene delante, que le mira con cara alucinada de no saber si está frente a un loco de atar, o un fanático trasnochado.

–Yo respeto lo que dice, pero insisto en que no estoy de acuerdo, explíqueme qué quiere decir “pobres y ricos”, porque visto así, sin hacer ningún análisis aclaratorio... Porque la guerra española comenzó, precisamente, porque la gente no tenía ni para alpargatas... Por lo menos eso es lo que he leído yo y de oírles a mis padres, bueno, a mis abuelos, porque ellos sí pasaron, antes, durante y después.

Josu hace un gesto con la mano, apoyándola de nuevo sobre la mesa, mientras piensa:

–Sí que es buena la tarde; éste más loco que una cabra suelta en el monte.

–Insisto, los Carlistas fueron de un catolicismo retrógrado y defensores, como he dicho, del aldeanismo, o dicho de otra manera, que los aires nuevos de modernidad no les iban; para ellos no tenía cabida el desarrollo capitalista dentro de las clases sociales, creadas por los Fueros. De éstos surgen los movimientos populares de pobres contra ricos. De ahí, que en el seno de las familias vascas, continúen hoy tan divididas, y si no no hay más que mirar en nuestro entorno para hallar la respuesta.

El doctor mira a Josu con suficiencia. A él le va a venir este niño a dar lecciones de historia... –piensa con aires de superioridad. Si por lo menos se callara...

–La guerra carlista, no me negará que fue por motivos dinásticos. Todo el mundo lo sabe, hasta los más tontos, como también todo el mundo sabe, que la división de partidos existe desde que Napoleón paseó sus tropas por toda España. Si no, ahí tenemos los integristas, los carlistas, los conservadores, los

liberales, los republicanos, los legitimistas, los bonapartistas y, por qué no, los socialistas, y si quiere siga... –Josu se crece delante del doctor. El tampoco es manco en conocimientos de historia, por algo es Licenciado en Filosofía y Letras.

–Sí, señor, pero no me negará usted tampoco, que divididos, porque el integrista, el legitimista y el carlista son de denominación católica, y los liberales, los conservadores, los bonapartistas, los republicanos y los socialistas poco amantes del clero. Así que, no solamente tenemos aquí una lucha de clases de pobres contra ricos, sino de católicos y no católicos. Y aunque hoy, esto último tiene menos importancia, la lucha de clases existe, igual que la de ideologías políticas. La Iglesia desde siempre ha fomentado la lucha de pobres contra ricos, y en Euskadi no iba a ser diferente –el doctor hace una pausa. No sabe si seguir hablando de algo que está harto de decir y que poca gente tiene la virtud de comprender.

–Bueno, los ricos siempre han querido llevarse el botín, y eso no es justo, es lógico que los pobres no quieran aceptarles. Además, el tema es diferente en Euskadi, no me negará que aquí concretamente, el problema deriva más por el miedo de la pérdida de la identidad que por razones económicas –Josu mira al doctor enfadado, no le gusta la forma con que lo mira, esos aires de superioridad que adopta, él también tiene una carrera terminada y con sobresalientes.

–Nadie ignora eso, que aquí ambas causas se juntaron, la economía y la pérdida de identidad, claro... Pero que en estos tiempos sigan en lucha queriendo tomar las mismas posturas que defendieron los carlistas, ¿no es un poco trasnochado? –el doctor mira a Josu con expresión de que hay muchos locos sueltos.

Josu guarda silencio, pensativo, mientras mira las agujas del reloj distraídamente. No le gusta el doctor, le está tratando con menosprecio, y puede aceptar muchas cosas, pero eso no.

–Bueno, yo no quiero discutir con usted; la verdad es que querer cambiar las formas de vida actuales para volver al pasado, es tan demencial, que sólo los fanáticos pueden apoyar hoy estas cuestiones, pero estoy de acuerdo, ETA pretende llevarnos a ese pasado, cuando Euskadi se regía por sus propios Fueros. Que todo

el mundo hable euskera, que sigamos siendo aldeanos, que los maquetos se vayan todos... incluído yo... –termina la frase el doctor mirando a su vez también al reloj de pared.

–Incluído usted si es de fuera. Para ETA los maketos han contaminado el alma vasca, el espíritu vasco, impedido la independencia vasca. Con la industria, con los nuevos ricos, todo ha cambiado, este pueblo no es lo que fue, pero ¿qué país es lo que fue antes de la revolución industrial? ¿Es que la ley de “sólo pobres” puede subsistir? ¿O la de ricos? ¿Dónde está el equilibrio? El equilibrio está en el propio individuo que debe saber dónde empieza primero su libertad, segundo dónde se encuentra y adónde le conduce su capacidad, su sentido de superación y, tercero, cuáles son sus metas, sus logros. Y cuando este individuo sea capaz de pensar por sí mismo, es cuando habremos alcanzado aquí y fuera de aquí lo más importante de todo: saber quién es, quiénes somos como personas, realizarnos como seres humanos y después de todo esto, tendremos la conciencia tranquila todos de actuar en consecuencia, hablando euskera, castellano, inglés o alemán, siendo católicos, protestantes o musulmanes. Pero mientras haya fanáticos que nos quieran someter por la fuerza a sus doctrinas o sus ideas políticas, debemos negarnos todos al capricho de ser manejados, por ETA; por los socialistas, o por los capitalistas, me da igual quién quiera nombrarse en único señor nuestro.

De pronto se ha hecho un silencio en la cocina. El doctor mira al suelo sin interrumpir a Josu que con un ardor que no sospechaba ninguno que tuviera, así se ha expresado.

Mari que ha escuchado al joven, guarda silencio por unos instantes cambiando su forma de pensar respecto a Josu.

–Sí, señor, bien dicho, no somos peleles, somos personas y bien distintas todas. Una madre para cien hijos y todos son diferentes.

–Ni comunismos, ni socialismos, ni etarras, ni fascismos, cada uno debe de pensar por sí mismo. Se acabaron las doctrinas de meternos a todos en el mismo cesto. Antes la Iglesia y los reyes sometían a los ciudadanos, después las ideas políticas, después el capitalismo, ¿hasta cuándo tenemos que estar sometidos? Que dejen de bombardearnos con lo que tenemos que hacer: vestir,

calzar, veranear, comer, joder... Un día de estos nos viene un monitor a la cama para decir cómo tenemos que joder con la mujer. Pero todo cobrando, ¡eh!... Y perdonen las señoras –continúa Josu en el mismo tono enérgico.

Carmen que regresa del cuarto de baño y Eguskiñe de comprobar que su ama está durmiendo, al entrar en la cocina escuchan las últimas palabras de Josu.

Mari, Carmen y Eguskiñe ríen un poco cortadas por la salida inesperada de Josu, no se esperaban este final en boca del joven.

Josu, con cara de pocos amigos, continúa como si estuviese compitiendo con el doctor en un mano a mano con el mismo ardor.

–Toda la historia del mundo está basada en eso, en manejar al débil y como son mayoría, pues ahí está un ejército de seguidores del dios consumismo, esperando que una crema les haga milagros en la cara, una colonia les consiga un ligue con la Schieffer y un coche le proporcione un buen polvo con Madonna. Perdón, señoras, pero lo que de verdad nos falta es coraje para decir no y hacer lo que de verdad llevamos dentro, negarnos a todo sólo porque le guste o no al vecino, al marido, a los hijos. Si me gusto yo como soy el resto carece de importancia, pero si queremos ser “yo” a base de lo que se inventen otros, no seremos ni carne ni pescado.

Estas últimas palabras las dice Josu en tono fatalista, cambiando de posición en su silla de enea.

–Sobrino, sabía que hablabas bien, pero me has dejado de una pieza –le dice Carmen en tono admirativo desde el quicio de la puerta de regreso del servicio.

Mari se ha levantado de la silla al oír a Txakur ladrar, deseando cambiar de tema, tanta seriedad la pone nerviosa, todo lo que dicen le parece muy bien, pero ella sabe que no tiene otra opción que la de seguir la corriente.

–Yo también me estoy quedando de una pieza... porque las copas de antes me están haciendo efecto de nuevo. ¡No puede ser ése Agapito, ni ese otro Nemesio, ni ese otro Fermín!

Ahora son Carmen y Eguskiñe las que se miran y, haciendo un gesto de que no está bien de la cabeza Mari, se hacen un guiño en actitud de que ambas están de acuerdo.

–A lo mejor son los Reyes Magos y los has confundido con los maridos –ríe con ganas Carmen de su propia salida.

–Sí, riéte, pero cuando los veas a ver si puedes contenerte sin echarle la bronca a Nemesio.

Josu y el doctor ponen el oído y, en efecto, se oyen las voces por las escaleras de los tres hombres junto con sus carcajadas.

–Éstos vienen bien, me parece –comenta Eguskiñe con gesto afirmativo.

–Con dos copas de más mi marido, seguro.

Carmen le da la razón a Eguskiñe, haciendo un gesto de resignación.

Las voces se oyen en la puerta junto con el sonido del timbre, subido de tono, apretado por el dedo índice de Fermín.

–Joder, macho, sólo con verte no necesito más para reírme imaginando la cara que va a poner tu parienta al verte –dice Agapito sujetándose a la baranda de piedra, para no caerse muerto de risa ante la visión poco conjuntada que ofrece Nemesio con las prendas prestadas de Fermín.

–Calla, que todavía vuelvo al río y te comes todas las piedras que hay en el fondo y los mocos de los caracoles que trae en la bolsa Fermín.

–Tengo la espalda jodida del golpe que me he llevado por tu culpa. Y encima te ríes de cómo me ha disfrazado este maricón –dice señalando a Fermín Nemesio, que viste de cualquier manera.

–Yo, de maricón y gusto para vestir, cero, pero para coger caracoles, el primero. Vaya cazuela que vamos a hacer, pero deja de insultarme que dejo viuda a tu mujer –Fermín le contesta en tono burlón–. La verdad, es que de maniqués ésos de la tele, no os ganáis la vida y de maricones, tampoco.

–Ni falta que hace, el hombre y el oso cuanto más feo, pues eso, más hermoso. La verdad es que tienes razón, Fermín, me has dado unos pantalones, una camisa y un jersey, que porque no son de ningún partido político, porque si no, se mataban los colores entre sí.

–¡Ja, ja, ja!... –ríen Nemesio y Fermín, contemplando descaradamente a Agapito, que ofrece la viva estampa de un payaso de circo.

–Bueno, los payasos ya los tenemos aquí, pero ya verás cuando aparezcan las fieras, se os van a quitar las ganas de reír –dice Nemesio haciendo un gesto con la mano derecha, conteniendo a duras penas la risa.

\*\*\*

## XVII

El timbrazo de la puerta ha despertado bruscamente a amama, que asustada mira a un lado y a otro, sin saber dónde está, qué hora es y si está echada o sentada.

Al cabo de pocos segundos reacciona haciéndose con cuál es la situación en la que se encuentra.

–¿Qué hora será?... ¿Todavía andan todos por ahí? Seguro que ya han cenado y todo y yo aquí. ¿Qué pensarán?... Que estoy vieja –dice en voz alta, levantándose despacio del sillón de flores, dejando a un lado la manta de cuadros para componerse el moño y despacio, acto seguido, tanteando la habitación da con el pomo antiguo de la luz, comprobando acto seguido la hora que es.

–¡Jaungoikoa! –exclama sorprendida. Casi las diez de la noche. Deben de ser las pastillas las que me dan tanto sueño, porque no es normal lo que me está pasando.

Habla en voz alta, saliendo al pasillo un poco nerviosa por su larga ausencia de la cocina con Eguskiñe y sus amigos.

–¿He dicho normal? Yo no debo estar bien de la cabeza, o es que me ha dado don Ismael alguna droga de ésas y veo visiones. ¿Vais de carnaval, Fermín?, ¿venís de hacer alguna apuesta? A éste le van a reventar los pantalones y a ese otro le sobran como para meter a otro dentro. ¿Y de dónde habéis sacado esas camisas?...

Amama se calla siguiendo con la mirada el resto del conjunto.

Los tres se quedan mirando en actitud de complicidad y el primero en hablar es Fermín:

–Donde Txaparro hemos hecho una apuesta a ver quién se combinaba peor la ropa y hemos ganado un premio. Mira qué bolsa

de caracoles traigo para cenar.

Nemesio y Agapito se callan, asintiendo con la cabeza a las palabras casi creíbles de Fermín.

—Desde luego que habéis ganado el premio, porque méritos ya habéis hecho para que así sea, pero los caracoles ahora no me hagais cocinar, que eso lleva mucho tiempo.

—Amama, tú tranquila que hoy cocino yo, y estos dos de ayudantes del chef.

Amama abre bien los ojos y no puede por menos de reírse de los tres viendo sus vestimentas.

—¡Ja, ja, ja! Ni en carnaval, no sé si es un concurso, pero a lo mejor os presentáis en el programa de la tele “¿Qué apostamos?” y ganáis al peor conjunto —vuelve a reír amama.

Ahora es Mari la que acompaña en el quicio de la puerta de la cocina las risas de amama.

—¡Ja, ja, ja! Esto es lo mejor de toda la tarde. ¡Ay, que me mondo de risa!

—Si ya le decía yo a este maricón que no veníamos a un concurso de disfraces. Espera que aparezca la tuya... —Agapito le dice a Nemesio con cara seria.

Las voces y las risas en el pasillo tienen expectantes al doctor, Josu, Carmen y Eguskiñe, que se preguntan con curiosidad cuál es el motivo de las risas de amama y Mari.

Van entrando uno a uno en la cocina y las caras de sorpresa dan paso a una exclamación unánime:

—¿Pero se puede saber de dónde venís así?

—¿Hay algún concurso de disfraces en el Mesón?

—¿Pero no han pasado los carnavales ya?

—Yo no entiendo de vestir, pero estos ganan el premio en un concurso de la tele.

Fermín pone un poco de orden levantando ambos brazos, sin soltar la bolsa de caracoles que lleva en la mano.

—¡Un momento, un momento! La culpa la tienen los cuernos, todo empezó... —va a proseguir pero las tres mujeres hablan a la vez.

—¿Cuernos...? ¿Dónde?

–¿Cuernos? ¿Con quién?

Van a contar lo sucedido los tres, pero Fermín con el dedo pulgar de la mano derecha cerca de los labios, pide silencio pudiendo reanudar su relato.

–Si hablamos todos a la vez no nos entendemos. Los cuernos, sí –dice mirando al doctor–. Ellos tienen la culpa.

Eguskiñe, que ha captado la mirada de Fermín sobre el doctor, corta el tema tratando de quitarle importancia a la causa para que aparezcan los tres como si regresaran de los carnavales de Cádiz.

–Bueno, sentaros. Os voy a presentar a don Ismael, el médico del pueblo.

Se suceden los saludos mientras Nemesio se parte de risa viendo las caras de las mujeres.

–Luego en la sobremesa os contamos con pelos y señales cómo nos hemos caído al río –dice Agapito cogiendo una silla para sentarse, después de haberle ofrecido otra a amama para que se siente cerca de él.

–¿Al río? –no pueden por menos que exclamar, ahora las cuatro mujeres, incluídos el doctor y Josu.

–¡¡Atchísss!!

–¡Jesús! –responden todos al estornudo de Agapito.

–Sí, en el río, se han caído estos dos y yo, cuando he intentado sacarlos.

Un gesto de sorpresa se dibuja en los rostros de todos.

–Qué cosa más rara, ¿y qué habéis ido a pescar al río si la merluza la traéis a cuestras? –le dice Carmen a Nemesio con gesto de estupefacción.

Se hacen varias risas por la salida de Carmen, y Mari, insiste:

–Eso, si la merluza ya la traéis puesta. ¿Hay que pasar el río para ir al bar?

–Ya sé lo que ha pasado, que éste en cuanto ve algo que se mueve que se pueda comer...

–Pues eso, mira... Ya que de joder... sólo a la marrana, pues en algo tengo que pensar, y como los cuernos se pusieron a tiro...

Fermín le responde a Eguskiñe en un tono que no da lugar a dudas, de que es de cabreo. A Eguskiñe no le pasa desapercibido ni

el retintín ni la actitud celosa tomada por Fermín frente al doctor.

Josu, que no sabe de qué va, pregunta:

—¿Son caracoles lo que se mueve dentro de la bolsa de plástico?

Todos desvían la atención del comentario sarcástico de Fermín, para fijar sus miradas en la bolsa de plástico que hay encima de la mesa.

—Sí, caracoles, bien hermosos, bien gordos y con buenos cuernos.

Responde Fermín levantándose de la silla y levantando bien la bolsa para que todos la vean.

Los comentarios surgen, así como las preguntas de qué y cómo ha sucedido el cambio de vestuario, cobrando una animación nueva la cocina, junto con alguna que otra risa al ir relatando todo lo sucedido en la orilla del río, incluida la causa por la cual han tenido que ir al caserío de Fermín para cambiarse de ropa, mojados los tres hasta los huesos.

\*\*\*

## XVIII

La velada ha finalizado después de cenar sobre las doce de la noche, levantándoles el ánimo las regañinas de Carmen por ir a coger caracoles de noche con frío y llovizna.

Por unanimidad han decidido que los caracoles se los comerán el próximo domingo, ya que necesitan mucho tiempo de preparación y para cenar serían demasiado pesados, ya que ninguno de los presentes, exceptuando a Fermín, podría tomarlos sin tener problemas digestivos por la noche, en el mejor de los casos simplemente no podrían dormir a causa de la pesadez de estómago que les ocasionarían.

Se han retirado poco a poco todos yéndose para Bilbao en sus respectivos coches, incluido don Ismael que ha sido el último en abandonar el caserío, desapareciendo en la penumbra de la noche lluviosa y más fría de lo habitual para ser solamente octubre.

Fermín, un poco defraudado por tener que cenar tortilla de jamón de York y un poco de queso, ya que ha prevalecido la opinión de todos de que no se pueden hacer barbaridades con la comida, por el contrario hay que cuidar el colesterol, el exceso de peso, la circulación... Pretextos que Fermín a duras penas puede aceptar, negándose a la evidencia de que los años no pasan en balde e insistiendo en que él, concretamente, se encuentra hecho un chaval.

Un poco deprimido, camina cabizbajo y pensativo por el camino estrecho que le conduce a la orilla del río. Por el sendero ve brillar el caparazón de algún que otro caracol, pero esta vez, menos optimista, solamente los mira de reajo prosiguiendo su camino, mientras piensa melancólico:

-Total, para qué me voy a agachar después de tanto oír que si esto es malo, aquello también. A lo mejor me agacho y me quedo torcido con el lumbago, llama mucho a los diablos que verás cómo aparecen. Total, que con más hambre que antes estoy. En casa, yo solito, algo me prepararé. Tanto régimen peor que con Franco, estas mujeres mandan más que él. Con lo bien que está un cuerpo que tenga los huesos bien cubiertos de carne y buena grasita. Como el cerdo, si no se pueden hacer ni morcillas ni chorizos tampoco, aunque éstos abundan... ¡A ver! Así andan todos que les da un aire y cogen un catarro. No tienen defensas, ni ganas de bromas, no sé para qué hay que luchar tanto... si no puedes comer... Bueno, ya estoy llegando al río, estoy muerto de curiosidad por ver con qué el patoso de Agapito se ha caído dentro del agua. Aunque si pudiera ahogar a alguien, ahora que nadie me oye... Ese doctor me está jodiendo bien, pero que muy bien. Mira que quedarse viudo, desgracia ya es, y que se quiere buscar a otra mujer, bien me parece, pero que se atreva a quitarme lo que es mío... La muy cabrona no se deja atar, buenas son las mujeres ahora; antes daba gusto, como corderitas andaban; pero se están destapando, como las ollas a presión andan, revolucionadas, echando más humo... que como no tengas paciencia con ellas, explotan antes de abrir. ¡Mujeres! Lástima que amama sea tan mayor, porque si no... Esa sería la mejor de todas, una mujer como debe de ser. Ninguna se

merece una lágrima y en cambio, yo tonto de mí, más de una estoy echando con tanto desaire y tanto esperar. Antes, ni contar, pero ahora el doctor y alguno más, que yo no soy tonto, andan como los perros en celo. Bueno, ya estoy llegando. –dice aproximándose al lugar donde se han caído los tres al río.

Separa las zarzas con cuidado de no pincharse, palpa bien el suelo tratando de encontrar la cuerda, y al cabo de pocos segundos su mano derecha da con algo que le hace exclamar en voz alta:

–¡Ya te pillé! Aquí estás... A ver... No veo nada, pero me parece que aquí hay algo enterrado. Sí, por lo menos es medio metro, plástico negro y cuerdas.

Retira despacio las zarzas que cubren lo que parece ser un paquete cuadrado, por su aspecto y por lo bien guardado que está no deja de ser un tanto sospechoso.

–La curiosidad me ha mordido desde que Agapito ha tropezado antes, esto es como quitarle el velo a la novia la noche de bodas... Siempre me gustaron las sorpresas y los Reyes Magos cuando era pequeño. La última semana se me hacía interminable hasta ver lo que me dejaban. Más de un susto me dieron con el carbón, que aparecía primero; menos mal que después siempre había algo más... A ver, a ver, con cuidado.

Fermín suspende su tarea. Se queda quieto mirando hacia el puente por si hay alguien que le pueda ver, gira la cabeza hacia el otro lado con mucha cautela.

Al comprobar que está solo y que no anda nadie por la calle, continúa su trabajo de averiguar qué hay dentro del paquete.

Ha separado bien las zarzas y esta vez ahoga una exclamación al comprobar que, en efecto, es un buen paquete el que tiene entre sus manos.

De pronto le viene una duda a la cabeza y se queda pensativo antes de seguir adelante.

–¿Y si no es lo que yo me imagino...? ¿Y si es de alguien...? ¿Quién me dice que no es lo que pienso...?

Fermín se rasca la oreja en actitud pensativa sin saber qué decisión tomar. Al cabo de pocos segundos no se lo piensa más y agachándose trata de levantarlo.

–¡Hostias, ni que fueran bombas!... ¿Y quién me dice que no lo son? A ver si me explotan en las manos...

Un sudor frío de pronto cubre la frente de Fermín que empieza a transpirar a pesar del frío y la humedad de la noche.

–Fermín, calma, porque esto puede ser peligroso... Los chavales que vi la otra noche que andaban por aquí seguro que fueron los que lo dejaron. Aquí contrabando no existe. ¿Y qué se puede guardar con tanto misterio en un sitio como éste? Como sea lo que me sospecho...

Fermín siente un sudor frío deslizándose por su cara y todo su cuerpo haciéndole respirar a todo pulmón para darse valor.

–¡A por ellos, Fermín, me cagüen la leche, que son pocos y cobardes!

Va a tratar de romper el plástico que cubre el paquete, decidido, esta vez sin titubear, cuando siente un ligero murmullo no muy lejos de donde él se encuentra.

Su instinto de cazador lo primero que le exige es esconderse entre los matorrales próximos, ocultándose tras los mismos con el ánimo de que no lo vean. Seguidamente aparta a la altura de los ojos con cuidado, las zarzas que obstaculizan la visión del paquete y agudiza el oído y la vista para poder identificar a los dos que se aproximan, con sigilo, con cuidado de que nadie los vea ni los oiga.

Poco a poco se van acercando hasta un par de metros de donde se halla Fermín.

–Qué casualidad, estos me parecen que andan detrás de la misma pieza que yo... ¿Quiénes serán...? No oigo bien lo que dicen. Menos mal que a última hora no me echado esa colonia que tiene Eguskiñe en el cuarto de baño, que a mí no me gusta, pero como a ella sí... Pues eso, que en cuanto estoy a su lado me la echo por darle gusto, que si no... me iba a poner yo colonia... Pues he hecho bien, mira por dónde, porque con el olor a maricón que se me pone, éstos me huelen que estoy aquí antes que los perros a las perras en celo, que ya es decir...

–Vamos a comprobar que está ahí el paquete, con cuidado puede írsenos de las manos...

Fermín oye una voz muy próxima a él.

El que ha hablado tiene un timbre de voz joven, vestido de cuero y con aire resuelto tantea el paquete, cerciorándose de que está en el mismo sitio que lo dejaron sin sufrir ningún desperfecto.

El compañero que está junto a él es también de apariencia joven no mayores de veinte años ninguno de ellos.

–Cuidado con las manos, como se le dé un golpe salimos por los aires y no sé si no está muy próximo al río, con tanta lluvia, como crezca el agua un palmo más... Creo que debemos cambiarlo de sitio y dejarlo detrás de esas zarzas –le responde el compañero señalando la posición donde se halla Fermín escondido.

Éste, más intrigado que asustado, piensa para sí:

–Como se acerquen aquí esa pareja de mocosos que no tienen ni media hostia, me lío con los dos y descargo la mala leche que llevo dentro... Y esa voz y esa cara... No veo bien, pero me parece... Voy a poner cerca la oreja...

–No traemos herramientas para hacer un zulo nuevo. Vendremos mañana... Oye, tío, dame fuego que esto me pone nervioso, voy a fumarme un porro... –le dice el joven más alto al compañero.

–Eso, un porro, tío, te descuidas con la cerilla y vas a ver alucígenos hasta llegar a Marte, gilipollas. Vámonos de aquí antes de que alguien nos vea.

–Vamos, colega, me lo fumaré por el camino, que esos perros andan por todas partes... –le contesta el joven que parece más bajo de estatura y que también viste de oscuro, quizá para pasar más desapercibidos entre la oscuridad de la noche.

–Mira, tío, a mí estos encargos me ponen nervioso, no valgo para llevar armas, qué quieres, romper alguna cabina, pues bien, romper escaparates me alucina, pero, macho, la dinamita... –comenta el más bajo en un tono que Fermín puede apreciar el tono de voz perfectamente, desde donde ambos se encuentran.

–Yo diría que ése, el más bajo, es el hijo de... ¡Joder, qué fuerte!, como dicen los chavales de ahora, ¿no es el novio de...?

Fermín se queda mirando desde su escondite a ambos jóvenes después de reconocer la voz del más bajo de los dos.

–Claro que es ese mocoso, que romper cabinas dice que no le importa... Porque no puedo salir de aquí que si no al río iban esta

pareja de gandules. ¿Pero en manos de estos mierdas está la dinamita?

De pronto se percata de que ha apartado demasiado las zarzas para poder ver bien y que tiene clavadas en la mano derecha por lo menos media docena de espinas y, pasado el mal momento, y ya fuera del punto de vista de ambos jóvenes que siguen su camino sin haberse percatado de la presencia de Fermín, exclama éste con un quejido de dolor:

—¡Hostias y rehostias! Con las zarzas parece que se ha metido la corona de Cristo en toda la mano; la tendré que limpiar en el río. Esos maricones tienen la culpa. ¡Vaya día que llevo! Sólo hace falta que me caiga encima del paquete y estalle. ¿Qué han dicho esos cabrones? ¿Que hay dinamita? Yo me largo de aquí por donde he venido, a mí nadie me ha dado vela en este entierro.

Fermín se lava la mano, ya ensangrentada, pasándose los dedos de la otra con suavidad por la palma derecha, comprobando al tacto que, en efecto, tiene varias espinas de buen tamaño incrustadas.

Trata con suavidad de ir sacando las que puede mientras con cara crispada y preocupada piensa en qué decisión tomar.

—Éste es un paquete lleno de armas, si las dejo alguno caerá con ellas; si me las llevo a casa y se descubre que las tengo yo, al que le dan para ir pasando es a mí... Ya me daba a mí en la nariz, el otro día vi moverse algo por aquí, esta pareja sería los que andaban cavando para guardar el paquete.

Fermín está sudando por los cuatro costados, a él no le gusta meterse con unos ni con otros, aunque no simpatice con el terrorismo, cuyas consecuencias al fin y al cabo ha sentido, indirectamente, a través de la familia Olavarri, y ésta es, de alguna manera, la causa de que Eguskiñe no se decida a casarse con él, ya que piensa que el matrimonio le restará libertad para participar en las manifestaciones y reivindicar así su repulsa.

Al cabo de unos minutos, que se le hacen interminables, Fermín toma la decisión que le parece más correcta.

—Yo de momento, cargo con esto, lo llevo a mi casa, lo guardo en el camarote debajo de la paja y después Dios dirá. Mañana, más tranquilo, si antes no me ha descubierto la ertzantza por el camino,

¿cómo les digo yo que me lo encontrao tirado por ahí...? Y si me encuentran los etarras, ¿cómo les convenzo de que en mi casa están más seguras?, porque el río puede llevárselas. El caserío de Eguskiñe está más cerca que el mío, pero ésta es capaz de hacer un disparate, un día de éstos se le cruzan los cables y cualquiera sabe de lo que es capaz... A mi casa y santíguate, bragueta, para que el demonio no se te meta, porque en buen lío te has metido tú solito. Y todo porque soy un glotón, porque si no hubiera sido porque los caracoles estaban delante... Los cuernos tienen la culpa, siempre los cuernos, mira que se me cruzan un día y tengo al alcance... Fermín, lávate la cara, coge de una vez el paquete, quítalo de en medio y si sales por los aires le dejas el camino libre a esa pareja.

Fermín trata de sacar con cuidado el paquete después de mirar a todos los lados para ver si anda alguien por los alrededores, comprobando que la noche no invita a nadie a andar por la calle, excepto él.

Fermín es hombre corpulento, de buena estatura, pero al tratar de sacar el paquete con cuidado, exclama:

—¡Hostias, esto más que la dinamita pesa! Con cuidao, que como estalle esto despiertas a todo el pueblo... Un hombre miedo no debe tener, pero yo la garganta como el estropajo de fregar tengo. No me pasa ni la saliva; lo voy a intentar de nuevo porque esta alzada en el suelo se ha quedado.

Coge de nuevo las dos cuerdas que cruzan por encima del paquete y Fermín nota que con grandes esfuerzos puede moverlo un poco.

—Más fuerza voy a tener que hacer, si por lo menos hubiera cenado los caracoles, pero con una triste tortilla de jamón de York... si por lo menos hubiera sido de jamón serrano... —dice en voz alta.

Insiste de nuevo Fermín levantando un palmo el paquete del agujero en donde se halla ubicado.

Lo deja de nuevo en el suelo. descansa, escupe saliva sobre las palmas de las manos y refregándolas, después de habérselas pasado por la pechera de su camisa de franela, se agacha para coger de nuevo el paquete y siente, de pronto, que algo se le rompe en la espalda.

-Por la mitad se ha partido, estas camisas de ahora, todo lo hacen para que vayamos corriendo a la tienda. ¡Vaya susto! Yo creí que me había dao un algo, con tanto hablar antes de rotos... Bueno, tengo la chamarra, echaré a la espalda este trasto si es que puedo.

Sigue dándose ánimos en alta voz. Fermín, a la tercera hace un gran esfuerzo levantando el paquete hasta la altura de la espalda, pero el impulso, junto con el peso del paquete, hacen que las fuerzas de la gravedad venzan su resistencia, cayendo ambos tan próximos al río que puede Fermín tocar el agua casi con las manos.

-¡Hostias!, por poco me he librado, hoy tengo el día de remojarme, veremos cómo me levanto sin caerme al agua otra vez. ¡Ay mi mano! No sé si me la he roto también. ¡Joder con el paquete! La guerra que me está dando, ¿y cómo me pongo yo de pie sin caerme al río?...

Fermín pone el oído, sin moverse de la postura incómoda en que se encuentra y siente las risas de una pareja que camina por la acera de la carretera, sin prisas, hasta el puente próximo al lugar donde Fermín está, dolorido, maltrecho por el golpe recibido, porque las espinas clavadas en la mano junto con el esfuerzo que ha realizado tratando de levantar el paquete, han aumentado su grado de dolor, por lo que tiene la mano dentro del agua con el ánimo de aliviarla.

La pareja se para en medio del puente mirando hacia el lugar donde se halla Fermín, sin verlo, ya que éste permanece inmóvil camuflado entre la maleza del río.

-¿No se irán de una vez?... Capaces de quedarse ahí y darse el morro delante mío. Lo que me faltaba, tras de puta apaleada.

La pareja de jóvenes, ajenos a la postura incómoda de Fermín, comienzan sus galanteos, dibujándose su silueta romántica en un abrazo, que junto con los besos y murmullos, que Fermín no puede oír, pero que adivina, le hacen ir repitiendo lo que supone que ellos se están diciendo.

-“¿Me quieres?” “¡Qué cosas dices!” “¿A cuántas has besado?” “No te creo, seguro que ha habido alguna más...” Como no acaben pronto la juerga, voy a tener que dormirme aquí, sólo hace falta que vengan los otros también para completar la fiesta.

Los jóvenes continúan sus ardorosas manifestaciones de amor,

ajenos a las miradas de envidia de Fermín.

–Si fuese como ésa Eguskiñe de cariñosa, del puente me caía yo al río por la emoción... La muy cabrona, con un beso de despedida me ha mandado a casa más cachondo que una vaca subida. Sí, daros más el morro y aquí mismo voy a reventar, si no revienta la bragueta y lo que hay ahí dentro junto...

Al cabo de un rato a Fermín, cansado de la postura forzada en la que se encuentra y a punto de caerse al agua, harto y exhausto, se le ocurre una idea.

–Ya lo creo que os vais a ir, pareja de gandules, de ahí... –dice en tono bajo hablando para sí.

–¡Guau, guau, guau! –imita el ladrido de un perro fiero.

El rugido tan amenazador y próximo a la pareja, logra el efecto deseado por Fermín y los jóvenes se alejan como medida preventiva.

–Menos mal que se van, por eso no compro perro yo, ladro cuando alguien se acerca a casa y de la puerta de fuera no pasan y más feroz también me sale.

Por fin puede Fermín enderezarse y estirar las piernas, sintiéndose aliviado con dicho gesto.

–Bueno, claro está que tengo que traer un carretillo y cargarlo en él, porque yo solo no puedo con esto. Lo dejaré como estaba y volveré más tarde. Entre una cosa y otra, vaya juerga que me traigo yo. Ahora, cómo le digo yo a Maite, con lo enamorada que está, que el chaval suyo estaba aquí. Y a Eguskiñe, no, con esa fiera yo no me atrevo, con amama tendré que hablar. ¡En menudo lío estás metido, Fermín, por donde tires crucificado vas a salir!

Sorteando zarzas, Fermín logra salir al camino que conduce a su caserío, con la cabeza gacha sin querer coger caracoles que circulan cruzando libremente el sendero por donde camina, mirándolos de soslayo.

–Os puedo ver y oler donde estéis, pero ya tengo caracoles para una buena temporada, sin comerlos. Empachado me he quedado. Claro, tanto hablar de que son malos por la noche... Si es que mencionas al diablo y aparece.

\*\*\*

## XIX

Amama está en la cama acostada con unas décimas de fiebre, aquejada de un fuerte constipado, estornudando a menudo y lagrimeándole los ojos, junto con el goteo constante de su nariz, hecho que le hace llevarse continuamente el pañuelo blanco a la nariz. Tiene tres más limpios en la mesita de noche de repuesto. Se niega a utilizar kleenex de usar y tirar, siguiendo fiel a la vieja usanza de ahorrar. “Grano a grano se llena el granero”. Un pañuelo dura años y esos paquetes se gastan en un momento; no, ella no entiende porqué no se puede lavar teniendo una lavadora automática que todo lo hace.

Eguskiñe anda por la casa haciendo limpieza general. Hacía tiempo que quería poner en orden tanto desorden acumulado y como a todo Santo le llega su día, hoy, vísperas de Todos los Santos, ha decidido ordenarlo todo.

Javi y Maite están estudiando ambos en la Universidad. Fermín ha trabajado de mañana en la fábrica de Llodio y de regreso ha comprado en la floristería dos ramos de flores para poner en el cementerio en el nicho de Mikel, el hijo muerto de Eguskiñe en un atentado perpetrado por la banda terrorista de ETA, cuando circulaba por una calle de Bilbao, hace cuatro años, y el otro para el marido de Eguskiñe; va pensativo Fermín mientras camina hacia el caserío preocupado. Mira hacia el río y un sentimiento amargo le invade mientras cabizbajo piensa recordando el último domingo pasado con sus amigos en el caserío.

—Vaya tarde que pasamos... Tan a gusto que volvimos de echar la partida y desde entonces la paz y la tranquilidad me han quitado. No me he atrevido a hablar ni con amama, pobre... enferma en la cama está... Material como para volar una catedral tengo escondido en el camarote: pistolas, escopetas de marcianos parecen, el arma que manejé en la mili, de juguete de niño es, comparada con éstas... El sueño tengo olvidado desde que tengo eso guardado. En menudo lío me he metido. A amama, cómo le cuento que el chaval de Maite

está metido en esto; a Eguskiñe, menos, con los asesinos de su hijo Mikel... suegra de uno de ellos; ¿sabrá la chavala algo? ¿Como decirle a Maite la verdad...? Porque una cosa es hacer encargos y otra tocar armas... ¿Y Javi? Éste hombre ya es, cada día está más hecho, pero ¿cómo se lo tomará? Entre el régimen y las preocupaciones, cada día me sobra más cuello de camisa y más cintura en el pantalón. El apetito se me ha ido, no como, no duermo y reventar voy a hacer... ¿Y si voy donde el cura amigo de amama, le cuento todo esto y él me dice qué hago? Porque las armas andan tranquilas ahora, para qué darles disgustos con los Santos delante, los recuerdos andan frescos en el pensamiento, sólo faltaría que yo les diga lo que sé y lo que tengo escondido.

Txakur ladra alborozado al sentir la presencia de Fermín, dando saltos de alegría acercándose a él y lamiéndole la mano izquierda que la tiene libre, ya que en la derecha sostiene los ramos de flores cubiertos con papel de celofán.

—Qué bien vives, Txakur, todo arreglado lo tienes: comida, familia, casa... Ahora que se habla de que es posible la reencarnación como Jesucristo, yo de perro voy a volver la próxima vez. Hasta el joder lo tienes resuelto, ya que te he visto con la perra de los Goitisolos, y encima no mantienes ni a la perra ni a los cachorros. Sí, no me mires así, que razón ya sabes que no me falta, gandul.

Como si comprendiera lo que Fermín le está diciendo, Txakur le lame la mano mientras da saltos de alegría, ladrándole de forma cariñosa.

—Bueno, déjame que me vas a poner perdido con tanto chuparme y con esas patas llenas de barro. Anda, anda...

Sube las escaleras de piedra Fermín, y se detiene frente a la puerta para tomar un poco de aliento y tratar de cambiar su gesto tosco, por otro más risueño con el que poder enfrentarse a Eguskiñe y a amama con el fin de que no adivinen sus pensamientos. No quiere preocuparlas con sus problemas. La idea de ir a ver a su amigo el cura, le ha tranquilizado un poco, ellos están más capacitados que él para dar cualquier solución y más si es tan delicado como el tema que tiene entre manos, piensa Fermín, y en voz alta:

–Eso, y además ellos siempre han estado metidos en estas causas políticas; eso es lo que tengo que hacer, él me aconsejará bien. Mañana me acerco a Llodio, creo que sigue allí, le preguntaré a Eguskiñe, seguro que ella sabe por dónde anda. La puerta está cerrada, cogeré la llave que está detrás del tiesto de flores, antes no faltaban los crisantemos, las siemprevivas, ni las crestas de gallo por estas fechas en la huerta, ahora ni para hacer un ramo... Buenas coronas se hacían para el día de los Santos, ahora comprar y comprar. Cinco mil pesetas estas cuatro flores, cuatro claveles y mucho perifollo; bonitos ya son los ramos, pero se marchitarán pronto, en cambio las crestas de gallo... de terciopelo parecían con color de vino, no se marchitaban nunca. En mi casa muchas coronas vi hacer con ellas... A propósito de vino, yo bebería un chatito con algo para picar. Parece que después de encontrar la respuesta, me encuentro mejor y hasta el apetito me ha entrado, lástima que este año tampoco haya cerdo colgado, porque una morcillita de puerros me tomaba yo. Eguskiñe me dirá que tiene jamón de York y queso de Burgos... Todo sin calorías... Claro, así estamos todos, incluida amama que nos da el aire y con catarro, sin defensas nos están dejando... ¿Y todo para qué? ¿Para vivir más años? Como si no hubieran los antiguos sabido vivir... Pues ellos sí que sabían... Buenos panes de harina... Buenos chorizos, todo natural, hecho en casa, como Dios manda. Con tanta máquina, que saben más que nosotros, nos meten dentro y hala, a joderte que nadie te oye. La alegría me han quitado a mí y a amama. Los kilos que nos han quitado, se han llevado las risas y hasta las fuerzas. No, si cuando Eguskiñe diga que quiere casarse, hasta las ganas de joder se me habrán pasado, a este paso... A ver... No veo ni la cerradura, la vista cansada tengo, los pies cansados también y el espíritu de vacaciones anda. La única con remango es Eguskiñe, la muy cabrona, parece que tiene alas en los pies, no para de ir de aquí para allí. Ahora pertenece a la Sociedad “Pro la Paz”, presidente la hacen cualquier día... Arzallus, anda con cuidado porque ésta te va a quitar el puesto de Presidente... Con eso de que lee tanto... Con lo bien que estaban las mujeres en su casita antes y los hombres tranquilos, porque de ahí ni con agua hirviendo se iban a tomar un

café al bar. Bueno, acierto o no acierto, porque me van a dar las uvas a este paso.

Fermín quiere introducir la llave en la cerradura, pero la oscuridad de la tarde, la bombilla de la entrada fundida, su vista cansada y los ramos de flores, hacen que tenga que intentar una y otra vez introducir la llave de grueso tamaño, de unos diez centímetros de larga con un único diente de dos centímetros por dos en la cerradura.

Ya algo cabreado, a punto está de soltar los ramos encima de la balastrada, cuando Eguskiñe, que ha sentido su presencia en el rellano junto con sus intentos fallidos de abrir, le facilita la tarea abriendo la puerta y dejando a Fermín en actitud un tanto ridícula, inclinado y con la llave en la mano.

—Ahora que ya la tenía dominada... Te he contado el chiste alguna vez de la aceituna...

Fermín, intenta gastar una broma por no maldecir la cerradura, la llave y a la madre que parió a ambas.

—Pasa, pasa, anda, y con cuidado que he hecho limpieza. Quítate las botas y déjalas fuera que las traes llenas de barro.

Eguskiñe, con gesto autoritario, le señala las botas con el índice de la mano derecha.

—¿Y los pantalones no quieres que me los quite también? Porque esos antes que las botas iban a salir si tú quisieras.

Fermín le responde tratando de abrazarla. Eguskiñe se resiste sin demasiada energía y le insiste nuevamente con un gesto de la mano que no da lugar a dudas, que las botas y bastante.

—No sé hasta cuándo voy a tener paciencia contigo, porque tú, ¿no sabes que ésta también se agota? Toma las flores y ponlas en agua.

Fermín entrega los ramos a Eguskiñe, y una vez que ésta alza los brazos para cogerlos con ambas manos, Fermín la rodea con fuerza por la cintura, estrechándola contra sí.

Eguskiñe, que tiene en medio los dos ramos de flores y con miedo de que se estropeen, para que no presione con más fuerza Fermín, coqueta le insinúa despacio:

—¿Qué te parece un poco de guisado de carne con un vaso de vino y pan que he hecho esta mañana?

Fermín, al oír este ofrecimiento tan sugestivo a su paladar, al tiempo que los jugos gástricos de su boca y de su estómago empiezan a funcionar como si hubieran escuchado las voces de un coro de ángeles, va cediendo en su abrazo dejando libre a Eguskiñe.

—¿El que estabas preparando anoche para el mediodía? Pero dos platos, ¿eh? Porque tengo las tripas con más música que el acordeón de Agapito.

Pasan ambos para la cocina y Fermín no puede evitar el comentario:

—Buena limpieza, buena cera le has dado al arca y a las sillas, ¿tenías ahí un cuadro? Unas zapatillas ya me darás, aparte del guisado, y hasta las cortinas otro aire tienen.

Fermín se dirige derecho a la chapa de la cocina comprobando con satisfacción que allí está la cazuela de guisado, con una expresión de felicidad en su rostro.

—Javi y Maite están a punto de llegar, tenían que ver a no sé quién para tomar unos apuntes, de no sé qué historia. Merienda tú y no los esperes, porque ellos cenarán más tarde.

Eguskiñe se dirige al aparador para sacar un plato y cubiertos y se dispone a servir de la cazuela caliente, ya que, sabedora de la hora aproximada a que llegaría Fermín, Eguskiñe se lo tenía preparado.

—A qué hombre no le gana un guiso...

Fermín de pronto gira la vista a un lado y luego a otro y lo único que oye es el silencio de la casa.

La tele está apagada, cosa rara, ya que a amama últimamente también le ha dado por ahí, preocupándose de si Felipe podrá seguir o no pagándole su pensión de vejez y de viudedad.

—Amama no está, la tele apagada, ¿pasa algo? —pregunta de pronto alarmado, interrumpiendo su labor de probar el guiso con una cuchara en la mano.

—Con un poco de fiebre, no sé si constipado o gripe. Don Ismael a punto de llegar está, le he avisado por si acaso...

Eguskiñe con gesto preocupado le responde a Fermín.

Éste, con gesto contrariado dice:

—Últimamente al médico es al que más oigo mencionar y eso que

yo no tengo ni un catarro... ¿No viene por aquí demasiado? –le pregunta Fermín en tono enfadado.

Eguskiñe, que capta los celos de Fermín, en tono que quiere ser ofendido, pero que en el fondo le divierte, le responde:

–Anda, anda, merienda primero y luego visitas a amama si no se ha dormido, acabo de llevarle un caldo, lleva sin comer casi desde ayer y preocupada me tiene, no tiene ganas de nada, la pobre.

Fermín, delante de su plato bien servido de guisado de carne, un buen trozo de pan de aldea y un buen vaso de vino, no puede resistir la tentación de merendar primero y de visitarla más tarde, aunque no dejan de preocuparle las palabras de Eguskiñe sobre el estado de salud de amama.

Ésta le deja merendando, para irse a dar una ducha y arreglarse un poco, ya que para limpiar la casa se ha puesto una bata vieja, un pañuelo por la cabeza para evitar el polvo, unas zapatillas un tanto usadas y unos calcetines de deporte de su hija, además no lleva ninguna clase de maquillaje en la cara, con lo que su aspecto deja mucho que desear. Junto con la excesiva transpiración que el duro trabajo le ha acarreado, Eguskiñe siente desde hace rato que el desodorante la ha abandonado y no se encuentra a gusto, no por Fermín, al que sabe que su olor corporal le atrae enormemente, sino porque el período también ha hecho hoy acto de presencia, y siente que su propio olor le es insoportable a ella misma. Mirando el reloj, comenta mientras sale de la cocina:

–Sírvete más si quieres, voy a arreglarme un poco que tengo una pinta...

Fermín interrumpe su acción de servirse un buen vaso de vino, con el plato a rebosar delante de él de buen guisado de carne, quedándosele mirando arrobado, contestándole seguidamente en tono dolido:

–Así es como más me gustas, una hembra es una hembra, no tiene por qué ser el escaparate de El Corte Inglés. Pero claro, como ahora tienes a otro pretendiente más señorito, pues claro... a ése le tienes que gustar más que a mí...

Eguskiñe se le queda mirando con gesto de no creerse lo que está oyendo, contestándole en tono airado:

–Tú de la cabeza bien no andas, o qué crees, que me iba a acostar contigo, ni con nadie oliendo a tigre... ¿pero qué clase de mujer crees que soy? ¿Tú me has tomado por una marrana? ¡Ni que fueses tú el cerdo de la cuadra!

–El cerdo no sé... pero ojalá lo fuera, porque marrana no me iba a faltar. Tú, mucho darme largas, por una cosa o por otra, pero de casar, ¿cuándo? Y sin casar ¿no es lo mismo? Ahora todo el mundo anda sin tantos remilgos. Tú pretexto pones porque así loco me tienes y tú lo sabes. Y el médico...

Deja en alto la frase sin apartar los ojos de Eguskiñe que más contrariada, le responde:

–Te he dicho cien veces lo que pienso, hasta el día de la boda no hay pastel.

Dando por finalizada la conversación sale de la cocina en dirección a su habitación para coger ropa limpia y mudarse después de la ducha.

Fermín cambia su gesto contrariado por el de resignación, sentándose frente al plato de guisado hablando en voz alta como si éste pudiese escucharle y comprenderle:

–Menos mal que por lo menos tú no dices nada, tú sabes a gloria y sin darte humos de reina. Aquí ya todos se creen que son más que el Papa y yo de monaguillo no paso. Si supiera ésta con quién está liada su hija, se le iban a quitar esos humos que de reina tiene. Mujeres, menos mal que el guiso ella lo ha hecho, pensaré que me la estoy comiendo, seguro que si la hago tajadas serían como suelas de zapatos. ¡Pero de qué cojones estará hecha esta mujer, como todas, una retorcida...! Este guiso está cojonudo y este vino tampoco es manco, y cómo hace el pan la muy cabrona, buen cebo nos ponen: buen pan, buen vino, mejor guisado, para qué tenemos que mirar si están guapas o feas si para echar un polvo sólo hace falta que ellas quieran. Cualquiera que me oiga hablando a un plato por loco me va a tomar. Fermín, los celos te están cambiando y la paciencia acabando también. Días tengo que locuras se me ocurren hacer, y ahora que pistolas tengo, pues más todavía. Como se entere alguien... En buen fregado estás metido, Fermín... Iré a visitar a amama en cuanto rebañe bien el plato, si no guisara tan bien la

jodida... Aunque ni punto de comparación con amama, el punto de ella...

El fuerte timbrado del teléfono le saca de sus reflexiones. Levanta la vista hacia el aparato no sabiendo si esperar a que lo coja Eguskiñe, o él. Suena otra vez, y otra y al no sentir los pasos de Eguskiñe, se decide a contestar.

—Con ésta cualquiera sabe, si lo coges porque lo coges, y si no lo coges, a qué estás esperando...

Toma Fermín el aparato en el momento que se le escapa un eructo.

—Sí.

La voz al otro extremo del hilo se oye después de una fuerte carcajada. Fermín, un tanto mosqueado se rasca la oreja con la mano izquierda en actitud desconcertada, a punto de contestar con un desaire, pero reconoce que su respuesta tampoco ha sido muy oportuna, ese eructo involuntario puede que sea la causa de la risa incesante que escucha al otro extremo del hilo.

—Bueno, menos chufas, que después de merendar bien, qué quieres, y quién eres, si saberse puedo...

—Fermín, ¿qué tal estás? Sabía que eras tú y que te he levantado de la mesa.

Ahora Fermín, tras escuchar esa voz un tanto gastada pero cantarina, reconoce su origen y con un:

—Felisa, ¿cómo estás tú y el bueno de Lorenzo?... Cuánto tiempo, ¿noticias malas no tendrás?

No puede por menos de responderle Fermín, un poco asustado.

—Qué raro que llame Felisa, es la primera vez que lo hace, pero no, no puede ser, porque esa risa si estuviera Lorenzo mal no tendría —piensa en décimas de segundo tranquilizándose.

—Que me han puesto el teléfono hoy, por fin Lorenzo ceder ha tenido que hacer, ya sabes que por él, como los indios estaríamos, mandado los mensajes con humo.

Felisa ríe sus palabras, se la nota feliz con su nuevo aparato, ya que lleva toda la tarde hablando, primero con sus hijos, sus nietos y ha dejado para el final el hablar con amama, aunque tampoco le importa el poder hacerlo con Fermín, al que quiere igual que si

fuese un miembro más de la familia Olavarri.

–¿Y cómo va el chaval de Lorenzo? , ¿y tú?, ¿como siempre, hecha una neska?

Felisa ríe feliz al escuchar las palabras de Fermín.

–¿Cuándo vamos hacer una buena fiesta? Ya sabes que yo me apunto a un bombardeo si hace falta, ¿y la boda?, que yo quiero ir, a ver si no te vas a acordar de mí, ¿pero cuándo va a decidirse esa Eguskiñe, a qué espera pues? –le pregunta Felisa un tanto indiscreta, producto del exceso de confianza que tiene.

–Cuando a las ranas les crezca el pelo; ahora tiene otro pretendiente, sí, no te rías, la muy jodida, ahora que no me oye, tiene un viudo, pocos y parió la abuela.

Las carcajadas de Felisa se oyen como el agua cantarina, sin ánimo de ofender a Fermín, pero que no puede contener ante su salida espontánea.

–¿No será que estás celoso porque no pone la fecha? –le responde

Felisa que no le cree el comentario del todo.

–Nada de eso, el médico, tú ya le conoces, demasiadas veces viene a casa, para cosa buena y ella buenas risas le hace –Fermín, al recordar varias de las escenas del doctor y Eguskiñe en la cocina, así como algún que otro encuentro de ambos en Llodio, que siempre hay algún alma caritativa que le viene con el cuento, con el deseo de hacerle bien, y lo que quiere es joderle a uno, le responde en tono dolorido.

–¿Todavía...? –va a continuar Felisa, pero no le parece oportuno gastarle una broma jugando con los sentimientos de Fermín, por lo que rectifica cambiando la frase:

–Quiero decir si todavía sigue Eguskiñe con los libros, porque sabes, por fin le he convencido a Lorenzo para que compre una enciclopedia y estudiar también hago. Sé más de la guerra que cuando me guardaba debajo del puente de las bombas, que inocentes éramos entonces... Fermín, ¿qué es mejor, estar con los ojos cerrados o saber qué hacen estos gobernantes...?

Fermín se vuelve a rascar la oreja de nuevo y no sabiendo qué responderle, al cabo de varios segundos lo hace sin demasiada convicción:

–Pues qué quieres que te diga, pero creo que los tiempos aquellos de estar al margen ya han pasado, aunque no nos guste, todos estamos metidos dentro del saco. Por una causa o por otra, al margen de todo ya ni los caracoles, a estos cualquier día los ponen también comunicación en las antenas de los cuernos...

Felisa ríe de buena gana las palabras un tanto preocupadas de Fermín.

–Lorenzo también lee, la tele no quiere ver, con tantas marranadas, ni la pone, así que la mitad del tiempo leyendo como los chavales. El otro día buena discusión tuvimos, porque descubrió leyendo que aquel tío mío que vivía en Lekeitio, era falangista; casi nos pegamos, una semana sin hablarnos estuvimos, como si yo tuviera la culpa, que secretos tengo con él, me dijo enfadado.

Fermín ríe con ganas imaginándose la escena.

–La política bien nos jode a todos, aquí no se salva ninguno, siempre hablando de lo mismo. ¡Ay, qué bien vivíamos antes!... Felisa, ahora cualquiera es ministro, todos son políticos, todos quieren mandar, demasiados queriendo comerse el pastel están, ni antes con uno solo que todo se lo llevaba él, ni ahora que no hay manzanas suficientes para repartir entre todos. La cabeza tengo que me va a explotar, quieren que ¡hala!, todos sepamos. ¿Sabes que ni por teléfono la pilló?, porque la mitad de las veces no está en casa Eguskiñe.

Felisa compasiva le responde:

–Nos quitan el dinero, nos quitan la risa también y nos quitan la vida... Coitaos, ¿ya nos dejarán algo? a Eguskiñe déjala...

Se hace un silencio entre ambos interlocutores escuchándose únicamente una voz lejana:

–Felisa, la cuenta la vas a pagar tú...

Ambos se echan a reír. Fermín ha reconocido la voz inconfundible de Lorenzo.

–Sí, el cascarrabias de mi marido, como siempre, yo aguanto eso que has dicho y encima a éste... –deja la frase en el aire Felisa.

–¿Encima? Ese es peso ligero, los otros pesados son, ¿no te parece?

Los dos sueltan una carcajada y ríen por espacio de varios

segundos. Fermín es el primero en recuperarse preguntándole:

–¿Cuándo hacemos una fiesta?

–Por eso llamaba, voy a matar el cerdo, bueno, yo no, no estoy para eso, el hijo que se ha empeñado, y la nuera y los nietos, que ahora le da a la gente por ahí... y nos van a dejar un poco de matanza, y nosotros no estamos para comer cerdo, así que veniros todos, quiero ver a María, ¿dónde está?– de pronto Felisa pregunta asustada, es raro que no esté al teléfono y tarde tampoco es, eso la preocupa.

–Un constipado, en la cama está pero nada serio, no, no, tú tranquila, cuando le diga contenta se va a poner, tiene muchas ganas de veros, si os quiere mucho, yo también. Y corta, porque el que se va a poner celoso va a ser Lorenzo.

Felisa ríe contenta.

–Ja, ja, ja, qué más quisiera yo, pero más viejos ya me salen, si esperando hay dos a que éste... Ya me entiendes... pero hierba mala...

–Nunca muere... –le termina la frase Fermín, tratando de cortar la conversación consciente de que vale dinero esta llamada, aunque no sea conferencia.

–Entonces, ¿el domingo venís?

–Dame el teléfono, espera a ver si encuentro por aquí para apuntar y que te llame Eguskiñe, no cuelgues...

Fermín deja el auricular descolgado encima de una baldita destinada a dicho menester, yendo al aparador rebuscando en ambos cajones. Por fin encuentra, entre varias facturas un bolígrafo, pero no un papel en blanco, titubea entre escribir en una de ellas o no, pero al no tener otro papel a mano, decide coger una cualquiera sin mirar a qué corresponde, dirigiéndose hacia el auricular para tomar nota del recién estrenado número de teléfono de Lorenzo y Felisa en dicha factura.

–Buen invento es este cacharro, para los viejos sobre todo, que en cualquier momento les da un achaque; gracias a él amama ha salido de varios apuros. También hay que reconocerlo. No se puede llegar a viejos y menos sin achaques, buen negocio tienen las farmacias, son los que más consumen, y como se aburren a las

telefónicas ricas las hacen. Si no, no hay más que mirar encima de la cómoda de amama, parece una farmacia, no le falta de nada. Claro, si no cómo iba a justificar las visitas el médico al caserío sin levantar sospechas.

Fermín, en voz alta, dice lo que piensa tomando el auricular.

—¡A ver, lastana!

—¿No tienes bastante con Eguskiñe? A éste voy a atarle corto, sólo hace falta que le dé por ligar por teléfono... —el que contesta al otro lado del auricular es Lorenzo, simulando estar celoso de Fermín.

—¿Pero aún vives, Lorenzo? Cuánto tiempo, ya era hora de que des señales de vida. Bueno, que un día por otro, a visitaros queríamos ir, sobre todo amama, que se acuerda mucho de vosotros... Pero ya sabes, pues... —Fermín le responde feliz al escucharle, aunque sea como siempre a cambio de alguna que otra salida fuera de tono por parte de Lorenzo, que parece querer demostrar a todos que por una u otra causa, no está contento con nada.

—Hay que estar al día, dicen los hijos, y como ellos son los que mandan ahora, que somos viejos dicen. Un par de achaques ya he tenido, dos catarros, ¡eh! —le responde rápidamente cambiando el tono lastimero por otro más enérgico, de acuerdo con su personalidad, que es la aparentar que los otros a él le tienen sin cuidado.

Dice en tono todo lo enérgico que puede:

—Viejos los trapos —le responde a Fermín dando por hecho que él es aún un chaval.

—Que decía Felisa de ir el domingo, pero ya habíamos quedado con amigos aquí. ¿Por qué no bajáis vosotros? ¿Voy a buscaros? —sugiere Fermín.

—Y al médico invitarle también, que ahora a ver si me deja atrás a mí hablando de política, de guerras, o de la madre que le parió...

Lorenzo en tono chulo le responde a Fermín que capta, de inmediato, que en la Navidades de hace ya dos años, les dio sopas con onda a todos los contertulios que estaban en la cocina, hablando y hablando, demasiado a su juicio, de historias pasadas,

de guerras, reyes, que él ni entendía, ni entenderá porque lo pasado no le quita el sueño, pero ver discutir a Lorenzo y a don Ismael en un mano a mano, aunque sea de política el tema en el que él ni entra, ni sabe, ni le importa, verles a los dos debatiendo... es demasiado tentador para no darle cualquier oportunidad al médico, y cómo no, a Lorenzo –piensa Fermín imaginándose los.

–Tráete alguna morcilla de paso –le dice Fermín riéndose por lo bajo.

–Oye, que no te he preguntado, todos bien, ¿no? –pregunta Lorenzo acordándose de la familia.

–Bien jodidos, pero bien, ya sabes... –responde Fermín encogiéndose de hombros.

–Que corre... –se oye una voz detrás del auricular, recordándole a Lorenzo, Felisa, el tiempo que lleva hablando su marido, en tono de reproche, señalando con la mano derecha las agujas de su reloj de pulsera.

–Esta cabrona; las cuentas las pago yo, pues... Bueno, Fermín, saludos a todos...

Lorenzo se despide de Fermín, no sin antes recordarle de nuevo que no se le olvide a Eguskiñe invitar al doctor, porque está preparado para ir a un concurso en la tele, si hiciera falta.

Fermín, riéndose de la fanfarronada de Lorenzo, ya que la parece absurdo que a su edad le dé también por leer enciclopedias de ésas, cuelga el auricular y mira el número anotado en la factura que, ahora, observa con atención, sin ánimo de inmiscuirse en la vida de la familia.

En efecto, es una factura de Telefónica por un importe excesivo, le parece a simple vista a Fermín.

–Ni que hablara con la China, cómo se puede gastar... A ver, treinta y cinco mil pesetas.

Se queda pensativo, olvidándose por un momento de la conversación así como de la invitación hecha por él a Felisa y Lorenzo, que tendrá que confirmar Eguskiñe, ocupando su mente en descubrir con quién puede hablar tanto Eguskiñe. Se queda tratando de descifrar los números marcados así como cada importe sin descubrir a qué número corresponden.

—¿Estarán los chavales llamando al teléfono ése...? ¿Cómo le llaman?... ¿De sexo...? No de... eso... erótico, sin saberlo Eguskiñe? Me extraña, porque buena es ésa, como para no darse cuenta... Con el médico, seguro que se pasa horas hablando. Yo voy a hacer un disparate un día de éstos... Invitarle encima... Sí, echándole un laxante en la comida y a ver si así se va con una cagalera por el wáter.

El gato que duerme plácidamente en una de las sillas de enea, maúlla tratando de llamar la atención de Fermín para que éste le acaricie el lomo, sacándole de sus negros pensamientos.

—Para acariciar estoy yo, la merienda se me va a avinagrar, con tanta mala leche que llevo dentro... Encima tengo que poner buena cara, claro, yo de qué me puedo quejar... una úlcera de estómago me va a entrar... Calma, Fermín, calma... ¡Eh!... No vaya a ser que la jodas, encima. Ahora que tienes el chaquetón de visón comprado y pagado al contado, nada de letras de ésas... Buena, buena bronca me ha echado mi hermana, cuando le dije que comprara uno para Eguskiñe, como no la compre uno a ella va a dejar de echarme una mano en el caserío, me ha amenazado en serio, otro medio millón que tengo que soltar... esa pareja hablando de estrategias... Como no funcione el visón... Viudas las voy a dejar... Bueno, de eso ni hablar, qué más quisieran ellas, sobre todo Mari, porque ni con estrategias el pobre Agapito lo tiene claro, igual que yo. ¡Joder con las mujeres de hoy...! Quién las entienda...

El gato insiste con nuevos maullidos, en su afán de que Fermín le haga alguna caricia. Fermín lo mira de reojo tratando de no darse por aludido, aunque él únicamente se encuentra en la cocina y a él van dirigidas las insistentes llamadas de atención. Finalmente se acerca al animalito y le pasa la áspera mano por el lomo, acto que el gato le agradece con susurrantes maullidos.

—Si por lo menos el chaquetón lo hubiera querido de piel de gato, más barato habría salido, pero de visón para Eguskiñe... ¿Y si le compro uno de gato o de conejo a mi hermana...? ¡Hostias! Esa coge la escopeta y de la piel mía hace cuatro maletas para ir de vacaciones a Marbella el verano que viene...

\*\*\*

## XX

### ¿QUÉ SON CIEN AÑOS BAJO LA SOMBRA DE UN VIEJO ROBLE...?

En la balaustrada del puente, Maite y Enrique están discutiendo acaloradamente.

–Sí, siempre me dices lo mismo, cada día nos vemos menos, ya ni salimos los jueves, cualquier día una vez al mes, ¿qué tienes que ir tú tanto a Bilbao? ¿No estudias en Llodio...?

Maite quiere frenar su mal carácter pero no puede y sin hacer balance de cuáles pueden ser los motivos de que Enrique no esté casi nunca con ella, se deja llevar por una mezcla de celos y coraje.

–Ya te he dicho, tengo otras preocupaciones, además no quiero ni que entres ni que salgas en mis cosas. ¿Estás de acuerdo? Tú tienes tu vida y yo la mía, tú unas ideas y yo otras, además...

–Enrique que va a continuar hablando, pero fijando su mirada preocupada a la orilla del río, guarda silencio.

La desaparición del paquete con las armas le ha puesto en un grave compromiso ante la banda terrorista. El estaba encargado de vigilar cualquier movimiento sospechoso en la orilla del río, junto con su compañero de misión, Daniel. Y ambos tendrán que investigar quién ha robado el paquete y a qué manos va a ir a parar, si a las de la ertzantza, a las de la policía, o a las de cualquier particular y qué piensa hacer con el armamento, antes de dar cuenta de su desaparición y adivinar quién ha sido –piensa cabizbajo y más preocupado.

Maite, ajena a sus pensamientos, insiste, cabreada:

–Pues para vernos un par de horas a la semana y encima estar discutiendo, ya me dirás qué hacemos...

Maite, disgustada, se queda mirando al río, preocupada y dolida por el comportamiento frío que tiene con ella últimamente Enrique.

–Y contenta. Mira maite, que las cosas no son como crees, tú tienes tus planes para el futuro y yo tengo los míos –le contesta airado Enrique a Maite, a la que no puede contarle el motivo de su

grave preocupación, las cosas para él se le están poniendo muy difíciles cara a Maite y a su familia.

Maite, a punto de llorar, no sabe qué contestarle, porque intuye que en el fondo no es sincero.

—¿Y si tiene otro lío por ahí?

Plato de segunda mano ella no quiere ser, es muy orgullosa como para aceptar que él salga a la vez con otra, piensa dolorida.

—Porque si estudiara por lo menos... ¿No estará involucrado en la política? ¿Y si lo está...? El otro día tenía un ojo negro, dijo que le pegaron en el Pub porque habían bebido una copa de más... Y hace quince días, qué casualidad, hubo un enfrentamiento con la policía en Vitoria y vino con una mano hinchada...

Maite guarda silencio y un nudo se le hace en la garganta, no quiere llorar pero tiene que hacer grandes esfuerzos para poderse contener. No quiere creer que él esté involucrado en algo peligroso o algo que vaya más allá de unas ideas diferentes a las suyas.

Enrique le coge la mano en actitud cariñosa queriendo tranquilizarla a ella y a él mismo, sólo tiene esta noche para tratar de averiguar qué ha sucedido con el paquete de armas.

No puede contarle la verdad, la verdad que él sabe que va a impedirles seguir el romance iniciado el verano pasado, del cual no puede prescindir, lo ha intentado tratando de verla cada día menos, pero ese distanciamiento hace que se sienta cada día más deseoso de verla, aunque sea unos instantes como ahora.

Pertenece a dos mundos opuestos, antes lo fueron sus tatarabuelos, sus bisabuelos, enfrentados en las tres guerras Carlistas contra los liberales, pobres contra ricos, después los nacionales contra los rojos, pobres contra ricos. Y ahora, los peneuvistas y los herribatasunos, la misma cuestión: pobres contra ricos. Dos bandos, uno enfrente de otro, queriendo tener la razón en cuestiones políticas y de repartición del capital —piensa un poco apesadumbrado Enrique, dejando escapar un:

—¡Hostias! Siempre igual, ¿por qué tenemos que enfrentarnos los unos con los otros...?

Maite lo mira sin comprender bien lo que quiere decir, y a qué viene su repentina salida de mal humor, pero creyendo

comprenderle le responde:

—¿Pero no podemos vivir respetándonos como somos cada uno? ¿Es que a nosotros nos tiene que preocupar en estos tiempos quién quiere imponer a quién? ¿No será mejor convivir en paz y nada más? ¿Para qué está la democracia, para adorno solamente? —Maite le responde en tono malhumorado a Enrique, al que quisiera hacerle comprender tantas cosas, que ella siente, para hacerle cambiar muchas de sus ideas que le condicionan en su manera de ver las cosas.

Éste se la queda mirando, arrobado al verla así un tanto alterada, la encuentra más hermosa aún de lo habitual y olvidándose de la política y del mundo que los rodea, abraza a Maite y la besa con pasión.

Maite quiere rechazarlo, pero no puede, su amor por Enrique es más fuerte que las causas que han provocado esta discusión, que casi siempre es debido a los mismos motivos: la política, la forma diferente que ambos tienen de ver la realidad de la vida.

Permanecen besándose apasionados, varios minutos sin pararse a mirar a los pocos transeúntes que pasan por la misma acera en la que ellos se encuentran, olvidándose por unos momentos qué hay más allá del círculo que ocupan sus pies posados en las baldosas de la acera, qué hay más allá de las estrellas que hoy permanecen ocultas por las espesas nubes.

Volviendo a la realidad, al cabo de unos minutos, Maite, más tranquila, abrazada a Enrique, siente que no puede contener las lágrimas, igual que el caudal del río que baja libre desde la montaña, buscando su destino a través de prados y huertas dormidas a esas horas de la noche, no demasiado tarde aún.

—Yo sé que los jóvenes no podemos quedarnos al margen, pero estoy muy confundida, no soporto los muertos y mañana es su día. Me siento mal, mi hermano, mi aíta, es muy fuerte para imaginarme que tú estás metido dentro de la mierda de la política, la odio porque no nos une, nos divide y eso no es bueno, yo he vivido su zarpazo, en cambio lo tuyo es diferente, sólo tienes sueños en la cabeza, en cambio yo una realidad, yo quiero la paz y tú que no acabe la guerra, porque siempre tenéis un pretexto para que así sea.

–Balucea Maite entre sollozos, apoyada en el hombro de Enrique, en tono que es casi un susurro.

Enrique va darle su visión de la política pero guarda silencio, no puede darle su opinión porque Maite no lo comprendería y esta diferencia es la que tiene la virtud de ponerles un muro en medio, volviéndole loco, cuando trata de verla lo menos posible y no puede prescindir de ella, aunque sólo sea para unos instantes, y tenerla abrazada como ahora deseando que la tierra se abra bajo sus pies y ambos se oculten en sus entrañas, lejos de la realidad cotidiana, donde el mundo no exista, la política tampoco y los relojes estén parados porque el tiempo no tiene cabida, igual que en el cielo, porque estos permanecen dormidos.

Cruzan varios coches iluminándolos con sus faros, dibujando sus figuras jóvenes, transportadas al más allá donde amarse es algo natural y sublime y el odio no tiene cabida ni razón de ser.

Maite vuelve a la realidad al cabo de un rato y, comprobando la hora que es, mira y vuelve a mirar su reloj de acero inoxidable, y con tristeza le dice a Enrique:

–Tengo que irme a casa. ¿Cuándo nos vemos otra vez?

Enrique, que también ha visto la hora que es en su reloj, sólo puede contestarle con amargura:

–¡Pero si sólo son las diez...! Quédate un poco más... unos minutos...

Maite le coge de la mano llevándoselo poco a poco camino del caserío sin decir una palabra, tiene demasiadas sensaciones dentro de ella que se debaten sin encontrar respuesta.

Quiere dejarlo, pero no puede, quiere convencerle de que no se meta en política, pero no puede, quiere preguntarle tantas cosas como tiene en la punta de la lengua, pero éstas se quedan guardadas dentro de su pecho que late con tal intensidad, que teme que su corazón estalle en mil pedazos. Sólo su amor hacia él es una realidad y lo demás pertenece al destino, porque el amor no tiene razones, ni elige, ni entiende de privilegios, ni de política con bandos que separan a padres e hijos, a esposas y a esposos, a novios y a novias, porque sólo es sentimiento vivo que arde en el fuego de la pasión y ésta es ciega, sorda y muda, por eso es sólo amor. Sin

distinciones de raza, de colores, de recomendaciones, porque como muda y sorda ignora a sus pobres víctimas cuando éste pone sus ojos en la diana y ésta no es la persona que creemos más idónea para amarle y comprenderle.

Ambos jóvenes caminan así cogidos de la mano durante unos metros, absortos en sus propios sentimientos, deseando que la noche no desvele la cruda realidad a la que se enfrentan cada uno de ellos, al despertar cada mañana.

Se paran de nuevo en medio de la acera, y sin decirse una palabra vuelven a besarse dejándose llevar por la magia del amor, que nada sabe de convencionalismos, ni de realidades, ni de lo que está bien o mal en cada momento, porque no está hecho de materia sino únicamente de sentimientos y éstos sólo son espíritu vivo que habitan dentro de los corazones de quienes tienen la fortuna de poseerlos, porque están ahí alojados y nadie tiene el poder, ni la voluntad de echarlos cuando están instalados dentro del alma de un ser humano.

\*\*\*

## XXI

Javi va camino de su casa, ha pasado un rato en el Mesón jugando a las cartas con unos amigos, una forma de distraerse un rato, sólo juegan la consumición, poniendo mucho ardor y pasión en el juego. está preocupado, el curso no lo lleva bien, a medida que la carrera avanza se siente impotente de poder acabarla un día.

Ha discutido con Inma a causa de ello. Ella saca mejores notas que él, ve la sociedad con otros ojos. Su realidad es distinta a la suya. Ella quiere salir, viajar, estudiar en Londres, en cambio a él nada se le ha perdido lejos de Oquendo.

Respira con fuerza el aire fresco de la noche no contaminado y primero ensancha sus pulmones llegando a sus orificios nasales los mil olores del campo, así como su quietud, su silencio, su tranquilidad y es como si de pronto su espíritu hallase la serenidad,

la calma, y la paz que necesita para hallarse bien consigo mismo.

–A Londres, ¿qué demonios se me ha perdido a mí allí? Un año quiere estar aprendiendo inglés. Yo prefiero el euskera, aunque yo para cantar y para los idiomas, no tengo oído, tengo orejas y aquí el euskera lo piden antes que nada y tampoco lo llevo muy bien que se diga. No sé qué hacer, pero a mí el caserío me tira mucho, dejaría los estudios, que a mi ama, ya está bien, le están costando un pastón, y dedicarme al campo. Los antiguos vivían de ello, claro que no como nosotros, pero a mí me gusta. Tengo ideas y a lo mejor asociándome con Fermín podíamos dedicarnos a criar ovejas y caballos, a los de la yeguada no les va mal, es duro... pero más dura es esta jodida carrera que encima no me gusta. Decidido, yo dejo la carrera y me asocio con Fermín, además, de política no sabré pero de cómo se lleva un caserío, más que nadie.

Javi, cabizbajo, va pensativo por la acera sin percatarse de quién viene detrás de él, ni delante tampoco, embullido en sus propios pensamientos.

Fermín también camina absorto, sin mirar quién viene de frente. Ha tenido una pequeña discusión con Eguskiñe. Los celos se han apoderado de él robándole el sosiego y la paz. Nunca los había sentido antes, quizás porque nunca tuvo adversario tampoco y raro es el día, que si no es por una causa es por otra, no discutan ambos.

–Esto es peor que el infierno, al enemigo lo puedes pegar de hostias y ya está, pero a la duda, ¿qué haces? ¿También te lías con ella a tiros...? Ni con flores, ni con chaquetón de visión, ni con estrategias de guerra... Me quedo soltero, como la madre que me parió. ¿Y para qué quiero casarme...? Esta cabrón acaba conmigo porque yo hago un día de éstos un disparate.

Javi y Fermín, absortos ambos en sus reflexiones, sólo se percatan de la presencia del otro, cuando casi se rozan al cruzarse por la acera.

–¡Mira por dónde, tío!, digo, Fermín, no te enfades. No te había visto... precisamente quería hablar contigo –Javi le dice a Fermín en forma de saludo, parándose en medio de la acera.

–Dirás primero buenas noches, ¿no?

Fermín no puede disimular su cabreo delante de Javi y molesto

por su saludo un tanto moderno para él y fuera de tono, le responde enfadado.

–Perdona, tío, bueno... ¿Tomamos algo y podemos hablar...?

Javi le pone una mano en el hombro en actitud amable y éste, al sentir el contacto afable de Javi, baja la guardia y con un gesto que quiere ser condescendiente y medio enfadado aún, le responde:

–Sí, vamos a hablar... a mí falta me hace también.

Ambos caminan despacio hacia el Mesón, que se encuentra a pocos pasos de donde están, no sabiendo cómo iniciar un diálogo para que ambos puedan expresar lo que sienten.

–Este un hombre ya es, ¿y si le cuento lo de la otra noche? Pero si le digo lo de las armas, le tengo que contar quién está metido dentro de todo esto. No, no le puedo explicar lo que pasó, porque entonces le hago mi cómplice, ¿y si luego le cuenta a la novia? Mejor callar... Pero voy a explotar, bueno, una copa bien me va a venir.

Y en voz alta:

–Tu madre preocupada se ha quedao, llámala primero por teléfono, que si la cena, que si está cansada, ya le he dicho que sois mayores, para prepararos vosotros lo que queráis, ¿no te parece?

–Mi ama cree que somos unos críos todavía y de eso nada. Bueno, la llamaré de todos modos...

Se queda mirando hacia un punto:

–¿Esos no son...?– le pregunta a Fermín, aunque de sobra sabe quiénes son la pareja que vienen acaramelados por la acera de enfrente, a unos cuantos metros de distancia.

Fermín baja la mirada y con gesto preocupado le responde en tono bajo:

–Sí, sí... Vamos a hablar...

\*\*\*

## XXII

Eguskiñe está sola en la cocina, con ropa cómoda, un pijama y una bata. Está cansada, pero prefiere ver un poco la tele antes de acostarse, ésta tiene el don de relajarla más que si tomase una tila.

Sus hijos se están retrasando un poco en llegar, no quiere preocuparse por ello, pero le cuesta hacerse a la idea de que son autosuficientes y que pueden arreglarse solos.

Es difícil para cualquier madre determinar el momento en que se van rompiendo las lianas que la unen con el niño, porque éste va necesitando poco a poco menos de sus cuidados y sus desvelos.

—La verdad, es que siempre preocupada por tenerles todo a punto, la ropa, la comida, de pronto te das cuenta que tú sólo eres un tronco en el mar al que solamente se agarran cuando hay tormenta o cuando necesitan algo material, pero claro, la cadena de la vida así es. Qué difícil es nuestra edad, estamos llenas de vida, pero también de miedos, porque la experiencia te dice lo que hay en el camino sin que tengas que pasar por él... Este Fermín... No sé si casarme y ya está; mis hijos poco caso me hacen, mi ama... pobre, cada día le cuesta más superar un triste catarro, y quedarme sola tampoco me gustaría... ¿La tele y nada más...? ¿Es ésa la compañía que quiero? ¡Vaya cacao que tengo en la cabeza! Como la noche está: oscura y cerrada... Mañana, día de Todos los Santos es... Qué tristeza... Don Ismael también hace unos minutos que se ha ido... Pobre, solo en su casa, le hace falta una compañía, si yo quisiera... Pero aunque por él siento una fuerte atracción que a veces, no sé, me inquieta un poco... Con él tengo una serie de temas para hablar que aliviar me hacen, físicamente no está mal, es un buen hombre, si yo le diera el más mínimo pie... No, no quiero pensar, aunque en el fondo tampoco me disgusta. Ahora sí que estoy hecha un lío... Qué silencio, no se oye ni una mosca. Amama duerme, esa tos preocupada me tiene... El terreno que he visto no tiene suficientes metros. Mi hermano Eduardo quiere comprar un pinar, todos los días la gente no vende. De todas maneras iré a hablar con el marqués; he quedado en Llodio con don Ismael, a ver si le interesa lo que hay. Le hace ilusión invertir en Oquendo, para mañana, otro día; quiere que me encargue yo de toda la gestión, poner una serrería y que la dirija, nunca he hecho negocios y un poco de miedo me da, pero cuando él se fue le pasaría lo mismo, hasta que se instaló en California. Bueno, tengo que enterarme de precios, los metros, el plano; mañana se lo mando todo por correo certificado o

por un fax. Don Ismael sabe de montes y de pinares, su familia tiene varios en Ávila, me ha enseñado fotos, con unos pinos impresionantes mejores que los de aquí, quién lo iba a decir. Me está ayudando mucho, no sabía que supiera tanto del tema, más que Fermín, que ya es decir...

Hace una pausa mirando al reloj:

–Las diez y media y éstos sin venir. Voy a cambiar el canal y deja de preocuparte, Eguskiñe, por los hijos, que ellos ya saben andar solos.

Eguskiñe habla en voz alta desahogándose de esa manera.

–Que sí, macho, mi novia es un problema, yo la quiero mucho, pero está obsesionada con la carrera, con viajar y con meterse en política. ¿Tú crees que puedo pensar en casarme con una mujer así? Bueno, casarme por ahora tampoco quiero yo... Fermín, no sé, pero tú y yo vamos a tener que asociarnos...

Javi mira a Fermín con gesto preocupado y con ternura también, junto a él siente la figura del padre que le falta y esta sensación le conforta.

Fermín y Javi se hallan de pie en la barra del bar, la tele está puesta y hay un par de clientes en el establecimiento, además de los propietarios y sus hijas, que están viendo la televisión sentados en una de las mesas que hay en la sala, ajenos a ellos y a sus comentarios.

Fermín bebe un sorbo de coñac y, sintiéndose un poco más aliviado de poder hablar, se sincera con Javi, al que cada día descubre la madurez que va adoptando sintiendo que es un hombre de los pies a la cabeza.

–Como ya te he dicho, Javi, no me parece mal, pero dejar de estudiar... Sí, ya te entiendo, pero yo a tu madre de esto no puedo decirle nada. ¿Por qué no acabas, si ya poco te queda?

A Fermín, la decisión de Javi de interrumpir sus estudios, no le parece correcta, pero en cambio, el planteamiento del negocio sí le ha gustado mucho, significaría de alguna manera ilusionarse con el proyecto y con su realización.

–De acuerdo, pero cuando acabe la carrera el año que viene, ¿tú me ayudarás? –Javi pregunta ilusionado.

–Bueno, de momento conozco en Villa Real a un buen pastor, le podíamos comprar un buen rebaño de ovejas. Por poco hay que empezar, no te emociones, despacio y poco a poco...

Fermín no deja de observar a Javi y el brillo de sus ojos le hace sentir un poco de nostalgia y de tristeza, jamás pudo él hablarle así, con esa franqueza y sin miedo a su padre.

Cuánto le habría gustado participar en algún negocio con él, pero siempre le trató como a un criado, más que como a un hijo o a un socio.

Hasta que murió no se repartió una peseta ni a él ni a su hermana, así que se fue a trabajar de aprendiz a Aceros de Llodio, donde, aunque poco, algo ganaba.

Después, continuó en Vidrieras de Llodio, de encargado de embalajes, y con el caserío fue tirando con la crisis y los problemas actuales, unas veces trabaja y otras no, cualquier día le dan el retiro, él es joven para seguir trabajando, pero como no sea autónomo, los que rondan los cincuenta lo tienen crudo con el paro, piensa no queriendo transmitir a Javi sus pensamientos y de alguna manera también le hace feliz a él asociarse con el joven, ambos juntos sabe que pueden hacer muchas cosas.

Él se siente joven, con experiencia, con vitalidad suficiente para ser padre y para iniciar una vida nueva.

Tiene unos cuantos amigos que con cincuenta años están ya en el paro y sin posibilidades de trabajar nunca más.

Los hombres de esa generación, salvo pequeñas excepciones, no están preparados para trabajar dentro de los hogares; antiguamente todo el mundo se retiraba a los sesenta y cinco años, edad adecuada para poder disfrutar después, una vejez digna.

Pero ahora, con el exceso de personal, resultado de que las nuevas tecnologías sustituyen al hombre en su labor, el trabajador queda relegado en un segundo plano, al no ser productivo ni rentable para la empresa a partir de una edad madura, con el consiguiente trauma para los hombres, que se ven incapacitados y disminuidos ante una sociedad consumista que no se aprovecha de la experiencia que, en el mejor momento intelectual del hombre, puede ofrecer marginándolo, al plano traumático de la depresión, la

impotencia y la vejez prematura, con el consiguiente desequilibrio de su personalidad, su creatividad y privándole de su recompensa principal que es la de poder enseñar a los nuevos valores, dónde y cómo se pueden realizar las inversiones, dónde se producen los errores y por qué caminos se llega a la cima por el camino más recto.

Fermín mira distraído a la televisión, se ha quedado absorto, mira pero no ve, sólo siente de pronto que él es uno más que se halla dentro de esa rueda que no se detiene, que él forma parte también del engranaje que constituyen los nuevos métodos empresariales y se halla en el punto de mira.

Nunca hasta este momento se había percatado de esta circunstancia y siente de pronto como si el mundo se le viniera abajo.

Apura su copa, con el ansia con que un sediento en el desierto se tomaría un vaso de agua. Mira a Javi con los ojos llenos de esperanza.

—Sí, hay veces que la Virgen se aparece... —piensa—, éste puede ser mi tabla de salvación, ya lo creo, él me puede dar el empujón que necesito. Eguskíñe quiere hacer cosas con su hermano, a mí no me ha propuesto ser socio, la muy cabrona. No se quiere comprometer casándose ni con los negocios, por si acaso, en la depresión voy a caer yo también. Nunca tuve problemas y ahora, todos encima me han caído. Este Javi puede ser el milagro que necesito. ¿No quieres compromisos tú conmigo? Pues me lío con el hijo, la entrada en la casa libre la tendré siempre, con el pretexto de que voy a ver al socio... Pues eso, a comer ya me invitarán de vez en cuando.

De pronto se le iluminan los ojos y con expresión de niño feliz, abraza a Javi que, un tanto perplejo, se sonroja, azorado ante la euforia de Fermín y sin comprender a qué se debe ésta.

—Empezaremos poniendo un millón, pero cuando acabes la carrera, ¿vale? ¿Dónde empezaremos, en mi caserío? Sí, allí mejor, porque tu madre seguro que con las ovejas y los borregos no quiere tratos. ¡Ja, ja, ja!

Ríe como un niño por primera vez desde que Agapito y Nemesio se cayeron al río.

Javi, feliz, también se ríe de la salida de Fermín aceptando su proposición que puede ser el comienzo de una buena sociedad, la experiencia por un lado y las ganas y el empuje por otro. La madurez y la juventud, la experiencia y la necesidad, buenos elementos para conjugar.

—Ahora vete a tu casa, y no se lo digas a tu ama... Vaya, se te ha olvidado llamarla por teléfono. No le digas que hemos estado juntos... A propósito, quería hablar contigo, socio, sobre...

Va a continuar, pero algo le dice que no es el sitio ni el momento oportuno, por lo que cambiando de conversación le da una palmada en el hombro invitándole a que se vaya, no vaya a ser que su ama se enfade, y más si es él quien le está entreteniéndolo.

—¿Sobre qué? —pregunta Javi emocionado. Está feliz, esta posibilidad de asociarse con Fermín, le ha dado un nuevo aire en el que respirar aliviado.

El paro, junto con las pocas perspectivas de trabajo hoy en Euskadi, son motivo, junto al político, de graves preocupaciones para mayores y jóvenes que ven imposibilitadas sus aspiraciones de crear una familia.

La inestabilidad política, los trabajos temporales para jóvenes, les impiden tener acceso a créditos para comprar piso o para poner en práctica alguna iniciativa empresarial.

De ahí que ambos sientan que su próxima asociación puede ser beneficiosa para ambos en todos los sentidos.

—Bueno, tío, perdona, ahora me voy como una moto. Le hemos dicho a ama que estábamos tomando apuntes mi hermana y yo... Ya sé, no te gusta Enrique, a mí tampoco...

Va a seguir hablando, pero la llegada de dos clientes, uno de ellos de Herribatasuna, les hace guiñar un ojo en señal de complicidad, cambiando de tema.

—¡Hala, hala, vete ya! Mañana nos veremos, de esto ni una palabra a tu ama; acaba los estudios. Si me prometes que continúas, la semana que viene nos vamos a Villa Real.

Fermín de pronto siente que tiene prisa por iniciar algún negocio, arriesgarse en algo, agarrarse a la vida, para que ésta continúe su curso pero con una sonrisa en los labios.

-¿A Villa Real? ¡Qué grande eres, tío! ¡Ja, ja, ja!

Se ríe Javi al ver el gesto de enfado simulado en la cara de Fermín.

-¡Tanta Universidad, y no sé qué cojones aprendéis allí, para luego no saber nada como Dios manda!

Javi sale riéndose feliz y contento del Mesón. Fermín es el socio que necesita y encima le pone las pilas, ¿qué más quiere?

Dando saltos de alegría, se dirige al caserío, sinte que ya es dueño de un rebaño de ovejas.

-Las voy a poner a cada una un nombre, empezaré con los nombres de todos los montes de Euskadi, después los ríos, después...

En su mente joven, llena de fantasía, puede ver rebaños y rebaños de ovejas... sintiéndose por unos momentos el hombre más feliz de la tierra.

\*\*\*

## XXIII

Al día siguiente Eguskiñe ha quedado en Llodio con don Ismael, en la cafetería Itxasgane, encima del monte, próxima a la plaza. Sentada en la barra, termina de tomar un café con leche en el momento que don Ismael hace acto de presencia. Llega con media hora de retraso y Eguskiñe empezaba a preocuparse por su tardanza.

-Buenos días, Eguskiñe, lo siento, he tenido que ver a un paciente que me pillaba de paso cerca de las piscinas de aquí, un caso perdido, pero mientras quede esperanza... por lo menos le he aliviado los dolores, algo es algo.

Eguskiñe, al oírle, no puede por menos de sonrojarse un poco y, quitándole importancia, le pregunta:

-¿Qué quiere tomar?

-Un pincho de tortilla y un café con leche... ¿Toma algo usted?

Eguskiñe agradece la invitación señalándole su taza vacía con un gesto negativo de la cabeza.

Lleva un traje de chaqueta de lana de color azul marino, una blusa crema y, destacando en la solapa derecha, una cinta azul en forma de lazo, en solidaridad con el industrial secuestrado por la banda terrorista ETA. El doctor se percata del detalle, mientras le pide al camarero su consumición invitando a Eguskiñe a sentarse con él en la mesa libre, próxima a la ventana.

Eguskiñe tiene una carpeta azul tamaño folio debajo del brazo derecho, que deposita encima de la mesa un poco nerviosa, separa las dos gomas que sujetan la tapa de la misma y sin más preámbulos saca el contenido de la misma, despacio, y se lo muestra a don Ismael, que la observa distraídamente.

El doctor, en silencio, examina uno por uno los documentos una vez que se ha puesto las gafas de ver de cerca, mientras le sirve el camarero su consumición, haciendo sitio en la mesa para que quepa todo.

–Bueno, creo que faltan algunos detalles, pero es factible. ¿Cuánto le han pedido por todo? –pregunta con el fin de saber si es correcta la oferta, o por el contrario tendrá que hacer una contraoferta, con los pinares para cortar dentro de tres años...

Ambos se enfrascan en el tema que les ha reunido en la cafetería, comprobando los pros y los contras en relación con la compra, si está bien hecha la forma de pago, y todos los requisitos que conlleva una operación de estas características.

Eguskiñe no ha querido que la acompañe Fermín, no quiere que sea él el que la acompañe a visitar al marqués. Don Ismael sabe mejor cómo tratarle, ya que su carrera y su cultura le hacen más idóneo para dicho menester. Hasta que no lo tenga todo resuelto no le quiere decir nada. De ganado y de campo entiende mucho más que el doctor, pero de transacciones de dólares de Estados Unidos a España y de tanto papeleo como va a conllevar la operación, ha preferido que sea don Ismael el que se encargue de asesorarla, así como los documentos notariales, etc., ya que está lo suficientemente preparado como para que los pasos a seguir vayan por buen camino.

Don Ismael se ofreció voluntariamente después de que Eguskiñe se lo comentara en la misma cafetería hace ya casi un mes, un día

en que vino ella a Llodio a hacer unas compras y coincidieron en el local.

Desde entonces se han visto en varias ocasiones con relación al mismo tema, siempre en el mismo sitio, próximo a la Notaría.

Fermín camina distraído, tras dejar el coche aparcado a la entrada de la plaza, en dirección a la iglesia. Un amigo de Llodio le saluda devolviéndole a la realidad al saludarle mientras se cruza en su camino.

—¿Cómo va esa vida?

—Jodida, como a todos... —sin mirar quién es el que le saluda en ese tono que no le ha gustado mucho.

—Bueno, Fermín... ahí la tienes —le dice el otro cuando va a cruzar la calle y se queda mirando a un lado.

No está con el ánimo de pararse a hablar con nadie, va taciturno, pensativo y un poco deprimido.

—Sí, ahí —le responde distraídamente.

En la iglesia le han dicho que a esa hora puede que esté don Fernando, el cura. Tiene que hablar con él para pedirle consejo, lo de guardar secretos no se ha hecho para él, necesita que alguien le ayude, con respecto al zulo encontrado y a la relación de Maite con Enrique y, por qué no, para que le aconseje un poco sobre la conducta de Eguskiñe, a la que siente que está perdiendo paulatinamente.

Gira de pronto la vista y se queda petrificado: ve delante de la ventana de la cafetería al doctor que bebe en este momento su café y junto a él Eguskiñe, sentada, riéndose. La sangre se le hiela en las venas y sin poder contener sus celos, en voz alta exclama:

—¿Qué hago? ¿Entro y los mato? —mil dudas sacuden la cabeza de Fermín— Que me lo cuenten es una cosa, pero que los vea yo... ¿No me lo negarán? Ahora entiendo los saludos de esos cabrones, no me han señalado con los dedos en la frente, pero el retintín...

De pronto un coche da un frenazo rozando el vientre de Fermín. Este se queda paralizado. No ha mirado al lado derecho de la carretera y no ha visto el coche, que, afortunadamente si no llega a ser por los reflejos del joven que lo conduce, podía haberle costado un gran disgusto: la fractura de algún hueso o algo peor.

Quiere coger por el cuello al joven que casi le pilla, pero se contiene al reaccionar y darse cuenta de que ver al doctor y a Eguskiñe dentro de la cafetería, han sido los únicos culpables del posible accidente.

Varios transeúntes se han parado al oír el frenazo, respirando aliviados al ver que todo ha quedado en un buen susto.

–Tranquilo, chaval, no ha pasado nada. Hala, sigue –le dice en un tono de voz casi imperceptible dirigiéndose a la acera de enfrente y pasando de largo como haciéndose el distraído, mientras el joven conductor sigue su camino jurando y pronunciando insultos de toda clase, que no escucha Fermín.

El mundo ha dejado de existir para él en este momento, no siente las voces de las gentes que caminan a su alrededor, el tibio sol no brilla para él, ni tampoco ve las montañas, ni el río, ni los juegos de los niños que juegan en la plaza bajo la vigilancia de las jóvenes madres.

Si la tierra pudiera tragárselo, piensa, le haría un gran favor.

Próximo a la iglesia ve un bar conocido por él, en el que en muchas ocasiones se ha parado a tomar un txikito de vino con los compañeros del trabajo y dudando si entrar primero en la iglesia o en el bar, decide lo segundo.

–Si, cálmate, Fermín, porque puedes hacer un disparate, deja enfriar la cabeza, tómate una copita de coñac o dos y después decides. También le puedo contar al cura, ¿y si no está en la iglesia? Tenía que haber llamado por teléfono... Es que todavía no estamos acostumbrados a estos adelantos; antes llegabas al caserío y ya está, aquí he venido, decíamos, pero ahora cita te tienen que dar las eminencias éstas para todo –piensa ya dentro del bar. Mira a un lado y a otro y ve un par de mesas ocupadas; en una hay varias señoras de edad madura tomando café con leche, en la otra le parece ver a un joven que no distingue bien con un señor más o menos de su edad.

No sabe si quedarse de pie o sentarse en la mesa próxima que está vacía. Opta por lo segundo, le tiembla todo el cuerpo, ha sido demasiado impactante para él el verse casi bajo las ruedas del coche, tras la visión de Eguskiñe y el doctor, en la cafetería,

riéndose ambos, ¿de qué? ¿De él tal vez? ¿De lo bien que lo están pasando...?

El cuerpo se le ha descompuesto de tal manera que necesita tomar algo fuerte para recuperarse de ambas impresiones.

–¿Qué tomas, Fermín? –le pregunta a guisa de saludo el camarero, dueño del bar y conocido desde hace muchos años de Fermín.

–Un explosivo –pide con el ceño fruncido sin mirarle, apoyando su brazo izquierdo sobre la mesa.

–¡Calla, calla! No nombres la soga del reo en la casa del ahorcao –le responde el camarero haciéndole un signo de silencio con el dedo índice en los labios, porque le pueden oír.

–Cabreado vengo y de mala leche también. Dame un coñac o dos, o tres, o la botella entera, igual me da ya todo –Fermín le mira con expresión derrotada. Gabriel, que así se llama el camarero y le conoce bien, con gesto preocupado, ya que el carácter de Fermín es siempre alegre y risueño y nunca le había visto con ese gesto mezcla de odio y de rabia, coge la botella de Veterano y una copa sirviéndole rápidamente.

Fermín se la toma de un trago inmediatamente. Gabriel, sin soltar la botella, le sirve otro chorro de coñac.

Fermín la apura de nuevo y bajo la atenta mirada del camarero, le hace un gesto de que deje la botella en su sitio, mientras piensa que ya tiene bastante.

–Siéntate conmigo en la mesa, quiero contarte una cosa –Fermín invita a Gabriel haciendo un gesto con su brazo derecho.

Gabriel, hombre afable que ha visto muchos rostros doloridos en su bar, se preocupa ante el aspecto desolado de Fermín y aunque hay clientes que atender en la barra, acepta:

–Bueno, tomaré un café contigo.

Prepara Gabriel dos cafés solos, poniéndolos en la mesa próxima al joven y al señor de mediana edad, quedando Fermín de espaldas a dicha pareja.

–Mala cara tienes, Fermín, ¿amama...? ¿No...? –deja la pregunta en el aire Gabriel que sabe que Fermín no tiene madre ni padre pero sabe también que el cariño que Fermín le profesa a amama es

incluso superior al que muchos hijos sienten por sus padres. Fermín, además, le ha comentado anteriormente que la salud de amama es muy delicada últimamente por lo que Gabriel se pregunta si ésta ha empeorado.

Fermín sale un poco de su abstracción, levantando la vista, viendo el temor en sus ojos, le responde rápidamente:

—No, no gracias a Dios, pues sólo faltaba eso. No, no sé, Gabriel, pero Eguskiñe... —no termina la frase, está a punto de llorar y no quiere que nadie le vea en esa actitud humillante para cualquier hombre maduro.

—Tranquilo, hombre, las mujeres... Haciendo los papeles para la separación ando yo... —le responde el camarero en tono abatido.

—No jodas, ¿qué dices? —Fermín se ha quedado de una pieza— Pero si lleváis treinta años casados... ¿Pero cómo ha sido? —pregunta sin salir de su asombro, olvidándose por un momento de sus problemas.

—Hace años que ya no nos entendíamos, como los hijos cada uno tiene su vida, fue al quedar los dos solos... —quiere continuar Gabriel, pero el dolor le paraliza, haciendo una pausa para beber un sorbo de café.

Fermín, pensativo también, le imita bebiendo un sorbo de café, sintiendo una ligera sensación de ridículo ante lo que imagina que ha supuesto para su amigo una separación, después de treinta años de matrimonio.

Al fin y al cabo, Eguskiñe y él son novios y no llega a dos años este compromiso, pero treinta años juntos... y matrimonio.

—De piedra me dejas —sólo puede decirle como consuelo.

—Hace una semana que me planteó la separación, en el abogado andamos, tenía que cerrar el bar y ya está, no tengo ganas de nada, pero aquí, aunque sea con uno y con otro, puedo hablar, pero si me quedo en casa es peor —Gabriel con los ojos fijos en su taza le responde con tristeza.

—El domingo tenemos comida en el caserío, vente, lo pasaremos bien —le invita Fermín tratándole de ayudar, aunque duda que pueda hacerlo con una simple invitación a comer.

—No puedo, el domingo tengo una despedida de soltero, la gente

no escarmienta –le responde mirándole a los ojos.

–Treinta años casados, ¿qué estará pasando ahora? –se pregunta– que las mujeres se han destapado, quieren estar en todas partes, menos en su casa. ¿Cómo vamos a adaptarnos los hombres a estos cambios de la noche a la mañana? ¿Y si les da también a ellas por ponernos los cuernos sin que nos enteremos? Rencorosas ya son las muy cabronas. Pobre Gabriel, no me has contado cómo ha sido... pero...

–Cómo ha sido te lo acabo de decir, no es así de simple, claro...

–Así de claro no son las cosas, gilipollas, alguien tiene que haber cogido el paquete.

–Hemos mirado centímetro a centímetro toda la orilla del río, a mí qué cojones me dices. Yo no quería esta misión...

–Tú haces lo que nosotros te ordenemos.

Fermín escucha distraído esta conversación de la pareja que está sentada detrás de él. De pronto siente curiosidad al oír la palabra paquete, poniendo más atención a lo que dicen ambos.

–Será si quiero, ¿no?

–Será lo que nosotros queramos, gilipollas, y si no ya sabes quién lo va a pagar.

–A mi padre le dejáis en paz.

–Tú verás...

Fermín quiere seguir escuchando, pero consulta su reloj y se levanta, no sin antes, por curiosidad, mirar a la pareja que está sentada de espaldas a él.

–Lo que me temía, esa voz la conocía yo...

–Vaya mierda de vida, si es que no sabemos más que jodernos unos a los otros, así cómo va a funcionar el mundo –piensa en voz alta– Bueno, Gabriel, ¿cuánto te debo?

Gabriel saca la cuenta y mientras cobra otra consumición le responde:

–Quinientas pesetas, los cafés invita la casa.

–¿De veras no quieres venir al caserío el domingo? –le invita de nuevo, compadeciendo a su amigo.

–Ya te he dicho, ojalá. Otra vez será. Bueno, tienes mejor cara.

Le dice Gabriel mientras guarda dentro de la caja las quinientas pesetas que ha depositado sobre el mostrador Fermín.

–Agur y ánimo –se despide Fermín.

–Lo mismo, ánimo, que lo vamos a necesitar.

Fermín sale del bar un poco más aliviado, “mal de muchos consuelo de tontos”, pero Gabriel el pobre, después de treinta años, se dice pronto...

Eguskiñe enrollada con el médico, como dicen ahora, Enrique con ese etarra. Aquí no se salva ni el apuntador. El pobre secuestrado por ETA, pasan los días y el coitado ahí le tienen; está bien llevar lazos azules, Eguskiñe no se los quita... pero quién va a invertir aquí... Las ganas le quitan a uno de vivir y de invertir... Pobres chavales, ¿quién les va a sacar de este lío? Porque si me quitan a mí las ganas, ¿quién va a comprar el cordero? A ver, ¿eh?

–Hay que seguir luchando contra estos que la casa la ponen patas arriba, Fermín hay que seguir luchando pase lo que pase, con pararnos tampoco adelantaremos nada. La semana que viene yo empiezo a trabajar con Javi. Iré a Villa Real. Que estudie primero y el negocio que lo trabaje un par de horas diarias, del resto me ocupo yo, a ver si reacciono y dejo pasar unos días y me encuentro mejor. Hoy el pastor sacaba tajada, porque por no discutir le daría lo que me pidiese, y en los tratos hay que estar con ganas de pelea para sacar buenos precios, si no te pillan dormido y te roban la manta.

\*\*\*

## XXIV

–Desde luego este secuestro de Julio Iglesias Zamora paraliza las inversiones, la ilusión por luchar en las empresas y a los pobres empresarios que ya tienen bastante con la sobrecarga de impuestos de Hacienda, para qué quieren ampliar sus empresas si en cuanto ETA les huele que tiene ingresos en los bancos, los raptan o les imponen el impuesto revolucionario.

El doctor lee en el Egin que está leyendo frente a él un joven bien parecido, un comunicado de la familia de Julio, pidiendo la liberación de éste, con fotografías.

Eguskiñe también dirige su mirada en dirección de la del doctor y mirándose a la solapa de su traje, comprueba que lleva puesto el lazo azul en solidaridad con Julio.

–Pero caso nos van a hacer por llevar o no el lazo, pero yo no me lo quito, se tiene que notar a los que estamos en contra del secuestro y de los terroristas, que lo único que quieren es arruinarnos del todo. ¿Quién se va a atrever a invertir aquí...? No conozco ningún grupo terrorista en el mundo que se cargue a los empresarios como en Euskadi. Quieren que desaparezcan los empresarios y que nuestros hijos no tengan un puesto de trabajo.

Comenta Eguskiñe, compasiva, sin apartar la vista del cliente que próximo a ella lee el periódico, y que ante las insistentes miradas del doctor y de Eguskiñe, se levanta de la mesa en actitud poco amigable, doblando el periódico y mirándolos malhumorado.

–Seguro que es uno de ellos, abundan como las ratas, matas a una y vienen al entierro una docena –comenta Eguskiñe sin apartar la mirada del joven que paga su consumición y sale de la cafetería.

–Me da también a mí, en efecto, que es uno de ellos, por la forma en que nos ha mirado, además llevaba el Egin. Es curioso cómo la doctrina de Sabino Arana está aún presente aquí después de casi cien años, no hay más que leer un poco la historia, para encontrarnos con los mismos vascos románticos de ayer. Soñando y añorando el fuerismo, aunque me parece bien que luchen por recuperar lo que se les quitó en las Cortes de Cádiz. El renacimiento cultural que surgió por aquella década cuando buscaban el pasado como un niño perdido busca a su madre, sin poder aceptar el presente que surgía con cambios, el renacimiento de la industria en toda Europa antes que aquí les afectó en su cultura, pero trataron de adaptarse al nuevo capitalismo, a las nuevas costumbres. Sí, los intelectuales tampoco ayudaron mucho para dar el primer paso hacia el nuevo desarrollo. Yo he leído el Régimen Foral del Señorío de Vizcaya, de Sagarminaga, el Señorío de Vizcaya de Artiñano. Muy buenos, pero con querer rescatar el

pasado, el pasado pasado está, y la derrota en las dos guerras Carlistas, tampoco ayudaron a enrolarse en el desarrollo. La oposición españolista hacia la cultura vasca, tampoco ayudaron entonces al desarrollo de la lengua y la cultura vasca, por tanto, entre la oposición españolista por un lado y la defensa a ultranza por otro los vascos olvidaron que se puede defender lo segundo mirando al presente. No quiero cansarla, Eguskiñe, pero todavía quedan muchos románticos de entonces que se resisten a engancharse al carro del progreso. De ahí que les moleste la industria, el progreso y todos los españoles que vinimos a asentarnos aquí.

Don Ismael no mira a ninguna parte, hay mucho dolor en sus palabras.

Eguskiñe le escucha asintiendo, respondiéndole en tono todo lo suave que ella puede permitirse, ya que su carácter es fuerte por naturaleza.

—Sí, para tener que pasar por la experiencia de quedarse viudo, si se hubiese quedado en su tierra... En fin, el destino nos trae y nos lleva a todos, a veces no sé dónde pero somos como las veletas a expensas del aire. Los terratenientes y los liberales, éstos fueron entonces más comprensivos hacia los Fueros que los conservadores. Lo que no saben muchos tampoco, es que la posición del socialismo, ése que la ETA ha querido proclamar defendiendo a los trabajadores, es más antiforal que nada. ¿A quién querrán engañar matando y secuestrando los muy...

Va a soltar un impropio pero se contiene frente al doctor.

—Sí, Sabino Arana vino en un momento muy crítico para los vascos y para España; los tratados comerciales de 1893, de libre cambio concertados por el gobierno de Sagasta, con Austria, Alemania e Italia, fueron un detonante para la oligarquía vasca que reaccionó en contra. Ya Víctor Chávarri, Pablo Alzola, Federico Echevarría, reivindicaron que “España para los españoles”. Aquí se decidió precisamente, en julio de 1894, que no se aprobaran los tratados, agradeciendo a Cánovas, jefe de fila de los liberales bilbaínos, y así se convirtió de en jefe del Partido Conservador de Vizcaya, lo que supuso que tras él fuera toda la oligarquía. El odio

del pueblo hacia Sagasta, cuando visita San Sebastián en agosto, la manifestación popular en contra fue atronadora: “Vivan los Fueros”, “Muera Sagasta”. El pueblo cantaba el Guerniko Atbola y, curiosamente, “La Marsellesa”. Claro que la carga de la Guardia Civil contra los manifestantes, fue grande. Tiempos difíciles para el pueblo vasco. España no le dio entonces ni la paz que necesitaba, ni el tratamiento adecuado al respeto que necesitaban los Fueros, de ahí que mitificaran los vascos su pasado añorándolo aún más y luchando por la defensa a ultranza del mismo. No han sabido los gobernantes manejar a este pueblo, demasiados errores dan fe de ello. Sabino Arana vino justo en el momento adecuado, el caldo estaba servido, sólo hubo que revolverlo. A él se agarraron los vascos como a tabla de salvación cuando creó el Nacionalismo Vasco, pero esa defensa de ayer, puede ser la ruina de hoy, por no saber dar un rumbo nuevo a esta pesada nave. De hecho, de esa herencia, no olvidemos, es la existencia de ETA, que sigue aferrada al pasado, queriendo destruir la economía para regresar a ese mítico paraíso de antes de la pérdida foral. De haber actuado con más respeto los diferentes gobiernos, hoy no estaría el pueblo vasco metido dentro de un pozo con tantas dificultades para salir de él...

Deja en el aire la última frase el doctor, como si él estuviera viviendo ese pasado mezclando sus sentimientos de añoranza, recordando a su mujer antes de perderla, igual que el País Vasco, que lucha por querer vivir y resucitar aquel campesinado vasco que está mortalmente herido, cuando no muerto.

—El pasado hay que respetarlo, pero querer vivir atrapado en él antes de... No, a mi hijo, a mi marido, les debo recuerdo, respeto, pero yo tengo que seguir viviendo. ¿Quién me iba a decir a mí que iba a estar tomando café con usted? Y a usted, ¿quién le iba a decir que su mujer...? Tenemos que seguir viviendo y con nuevos proyectos, en ellos están mis hijos, que ya son parte del siglo veintiuno, su porvenir, ¿dónde está? ¿En enfrentarnos en otra guerra? ¿Por qué no se puede defender la cultura y los intereses de cada uno siguiendo un mismo camino? Destruyendo, poco conseguiremos, creando será mejor el futuro nuestro.

Eguskiñe, con expresión llena de coraje, observa a los pocos

clientes que hay en la cafetería, entre los que se encuentran en la barra chicos y chicas de las edades de sus hijos, y siente una gran lástima por su tan incierto futuro.

El doctor consulta su reloj, haciéndole un gesto a Eguskiñe de que deben irse, han quedado a las once con el marqués y son menos cuarto.

Eguskiñe, sin decir nada, asiente, recogiendo sus papeles, guardándolos de nuevo en su carpeta azul y volviendo a la realidad.

—Yo lucharé por crear puestos de trabajo, aunque sólo sea uno, pero un grano y otro grano llenan el granero. Tenemos nosotros la responsabilidad de que esto no se vaya al traste, sólo nosotros somos ahora los responsables de salvarlo. Las madres tenemos que luchar por defender a los maridos y a nuestros hijos. Antes lo hicimos y tiempos más difíciles eran, pues ahora no vamos a ser menos que mis antepasadas, qué carajo, para eso tenemos más medios que ellas.

Dice Eguskiñe, de pie frente al doctor, con todo el coraje que la embarga en este momento. Una madre que está cerca de ella y ha oído las últimas palabras de Eguskiñe, corrobora:

—Yo tengo un puesto de verduras en el mercado, para que a mis hijos de comer no les falte y estoy luchando por ellos, faltaría más, a mis hijos no les va a faltar un pedazo de pan mientras yo viva. Yo también defenderé a mis hijos, y a mi marido que está en el paro, para acabar con los que quieren acabar con todo.

—Como debe de ser, las mujeres vascas buenas...

Va a continuar la frase, pero delante del doctor no se atreve, despidiéndose de la señora:

—Agur.

—A seguir.

—Qué remedio.

Se despiden ambas señoras mientras don Ismael se dirige hacia el mostrador para pagar la consumición, recordando que a las doce tiene que visitar a un paciente en Oquendo.

—¿Ha traído coche, Eguskiñe? —le pregunta el doctor a la salida de la cafetería.

—No, me ha traído una amiga que venía a hacer unas compras —le

responde Eguskiñe que se ha visto sin vehículo. Ha preferido no decirle a qué hora salía a Fermín, para evitar verse él en la obligación de traerla, y ella en la de darle toda clase de explicaciones relacionadas con la nueva operación de la compra del pinar.

No sabe cómo se lo tomará Fermín, pero esta cuestión no se la quiere plantear tampoco. Demasiados años dando explicaciones a su marido cada vez que salía fuera del pueblo, han creado una rebeldía que le impide darle explicaciones a Fermín.

El amor debe vivirse en libertad porque si no creará esclavos y ella no quiere ser una esclava que tenga que dar explicaciones cada vez que debe tomar una decisión. Un consejo puede aceptar, pero un reproche no, por tal motivo no siente ningún remordimiento por no haberle comentado el motivo de su entrevista en Llodio con don Ismael. Si lo cree necesario, se lo dirá en su momento.

—¿Puedo llevarla a Oquendo después de la entrevista? —se ofrece amable don Ismael, mientras caminan por la acera en dirección al lugar donde tiene aparcado su coche. El marqués vive a dos kilómetros aproximadamente, en un palacio antiguo en las afueras.

—Pues me viene bien, porque no tengo coche y esto de ir a Oquendo es una lata, no sé cuándo van a poner algún medio de transporte...

—Se arruinarían. Bueno, aquí está el mío. Perdona el desorden.

Se disculpa el doctor ante la visión de su coche, que de las últimas lluvias lleva pegado a las ruedas y parte de la carrocería, una buena cantidad de barro seco.

Eguskiñe hace caso omiso a este pequeño detalle; ella también ha ido abandonando, en parte, pero paulatinamente, la dedicación exclusiva a la limpieza de su caserío y el sembrado en la huerta, así como los cuidados de su coche, para dedicar más tiempo a ser una mujer actual y no una simple ama de casa obsesionada con la limpieza, atrapada en las calidades de los productos, en cuál de ellos limpia mejor y más rápido o está de oferta.

Ambos en silencio, se sientan en el coche, ocupando su mente únicamente en cómo han de tratar al marqués para conseguir sacar lo más barato posible el pinar y cómo llevar a efecto la compra,

que es el objetivo que les lleva a visitarle, pagando lo menos posible.

En la última carta que recibió de su hermano desde California, éste conocedor de la situación dramática de la industria en Euskadi por falta de inversiones y de empresarios decididos a lidiar con los problemas que plantea ETA, le comunicaba su intención de invertir en Euskadi.

Eguskiñe, mientras el doctor arranca el motor de su coche, recuerda los últimos párrafos de su carta: “Yo desde aquí reuniré amigos vascos que vivimos en California con el ánimo de crear una cooperativa, con el fin de invertir y ayudar a nuestra querida Patria. Incluso iré más lejos aún, crearé una sociedad de inversionistas, con objeto de llevar grandes capitales a nuestro pueblo, que serán la hucha de nuestra vejez cuando regresemos para acabar nuestros días junto a los nuestros. De aquí pasaremos a Sudamérica y levantaremos de nuevo la industria en Euskadi para entrar en Europa con la cabeza bien alta”.

–Bien alta, recuperaremos el orgullo perdido y las aguas revueltas tendrán que encontrar su destino en el próximo siglo, nada hay que dure eternamente, al pueblo de Euskadi todavía le queda mucho por recorrer, ya lo creo... –repite para sí Eguskiñe, mientras observa su carpeta, apretándola fuertemente entre sus manos mientras suspira emocionada.

Recuerda de pronto que tiene que ir al cementerio en cuanto llegue a Oquendo a depositar los dos ramos de flores que tiene dentro de un cubo de agua para que no se estropeen, regalo de Fermín.

Se acuerda de él, suspirando, y para sus adentros, con una especie de remordimiento, sólo puede decir:

–¡Pobre Fermín!... Se me había olvidado.

\*\*\*

## XXV

–Sí, pobre Fermín, pobre Gabriel, pobre Euskadi. ¡Joder con tanto pobre! La lástima para los inútiles, yo no tengo que dar lástima a nadie. ¿Desde cuándo tenemos que dar pena? Pena para los muertos y que nos esperen muchos años. Fermín, ¡échale cojones!, deja de tanto lamentarte, pareces una mujer...

Fermín, un poco entonado por las dos copas de coñac, va dándose ánimos él solo, mientras habla y piensa al mismo al mismo tiempo para sí mismo.

Por su lado cruzan varias señoras con ramos de flores, que se supone van camino del cementerio.

El luto ha desaparecido del atuendo de la gente, ya nadie viste de colores negros, excepto los jóvenes que se lo han impuesto en sus vestimentas casi a diario.

Fermín evoca su niñez, las muertes familiares, las tintadas de las prendas, antes de colores, pero que por mediación del tinte se transformaban tristemente en un color negro no siempre muy logrado.

Aquellos tinakos de madera hirviendo en medio de la calle llenos de agua, a los que se les habían añadido varias barritas de tinte “Iberia”, convirtiéndose ésta en tinta oscura en donde se introducían las prendas dejándolas hervir, hasta que iban pasando del verde al negro, del marrón al negro. Viudas parecían las jovencitas vestidas de luto, dos años si era padre o madre, y seis meses por un pariente próximo. Las viudas casi toda la vida iban con prendas negras.

–Que le digan a Eguskiñe que se vista de negro; negro me iba a dejar a mí si se lo insinuó solamente. Fermín, o vas de la mano de lo moderno, o como el cangrejo, vas a ir para atrás...

Alza la vista y dice:

–Ya estoy llegando a la iglesia. Bueno, los curas siempre han estado metidos en todos los fregados, a mí eso no me lo van a decir, no sólo han consolado a viudas y huérfanos, que yo puedo ser tonto

cuando quiero, pero éstos saben por dónde nos movemos todos de sobra... Pero como la boca la tienen que tener bien cerrada, yo le cuento lo que me pasa, me da un remedio como el médico y el boticario y me quedo nuevo, sin nada por dentro. Yo voy al cura y él me quita el peso de encima y todos contentos –sigue pensando sin percatarse de que va entrando en la iglesia más gente de lo que es habitual a diario.

Al darse casi de bruces con un señor mayor, vuelve a la realidad dándose cuenta del detalle.

–¡Vaya día que he elegido! Estos curas trabajo tienen con tanto difunto. Por teléfono tenía que haber llamado también. Bueno, no sé qué hacer, mezclar a los muertos con nuestros asuntos, es como ir a comprar los corderos... El día nos ha elegido bien, Fermín...

Se rasca la cabeza, gesto muy característico en él, cuando se da cuenta de que hay algo que no va del todo bien y titubea durante unos instantes.

–¿Y si le invito a comer el domingo? A Eguskiñe no creo que le importe demasiado. Pero allí no podré contarle nada, porque querrán hablar, seguro, todos a la vez, no meto yo un gol aunque me ponga delante de la portería. Una chavala parece en vez de un hombre, Fermín. Decídetes de una vez.

Parado a la puerta de la iglesia, mientras le saludan personas que le conocen, Fermín contesta distraído sin saber qué decisión tomar.

–Regresaré al bar, tomaré otro café para espabilarme, consolaré al pobre Gabriel y me fijaré en quién era el acompañante de Enrique. Con el cura, bueno, le invitaré de todas maneras, a amama hay que darle alguna alegría, que se encuentra muy sola últimamente. Ten hijos para que luego te dejen solo... Sola la iba a dejar yo... Claro, los que no tenemos padres, estas cosas las apreciamos más... A ver, Fermín, qué hora es... ¡Cojones! Ahora que me acuerdo, a la una he quedado en el cementerio, lo había olvidado. Bueno, pero un café y un poco de charla con Gabriel tampoco me vendrán mal, seguro que él conoce al acompañante de mi futuro yerno... ¡Anda, que manda cojones, en qué follón estamos todos metidos!

Fermín entra de nuevo en el bar de Gabriel, distraído, sin fijarse

bien en los nuevos parroquianos que abarrotan el local.

–Bueno, me daría la vuelta, pero me ha visto Gabriel y no estaría bien, y un poco de hambre ya tengo también. Si con tanto nervio... Ahora que recuerdo no he desayunao. Tomaré una ración de ensaladilla rusa... –piensa mientras busca entre los clientes un sitio vacío en la barra donde poderse apoyar.

Espera sin prestar atención a las diferentes consumiciones que realizan los otros clientes, sabedor de que Gabriel se ha hecho cargo de su presencia y acudirá en cuanto pueda atenderle.

Mira distraído a un lado y a otro con el ceño fruncido mirando su reloj de pulsera. Las once y media.

–Pronto es todavía. No sé si sentarme para hacer un poco de tiempo. Me quedaré aquí, cansado no estoy. Bueno, cansado de trabajar no, pero de tanto cavilar, sí. No sé si cansa más lo primero o lo segundo.

–Bueno, ya estoy aquí, rápido has hecho el encargo, ¿no? –pregunta Gabriel a Fermín, sacándole de su abstracción.

–Sí, que he cambiado de opinión, hoy no es día más que para ir al cementerio. El asunto lo dejo para otro día... Dame, a ver... dos pinchos de...

Mira al expositor como un niño delante al escaparate de una pastelería y, como animándose ante la presencia de tantos pinchos de diferente condimentación, pide sin titubear:

–Dos de ensaladilla, a ver... Dos de lomo... y dos de jamón. Larri traigo el estómago, el café de antes... las copas en ayunas, como no les meta caña descontentos se van a quedar, ¿no te parece? –le explica Fermín a título de disculpa.

–Me parece que el orden lo has invertido, te voy a poner en vez de lomo una de callos... Sólo lo tengo para los amigos, acaban de salir. Siéntate en la mesa, que te lo pongo todo allí. ¿Y para beber? –pregunta Gabriel solícito.

–Para beber... un chiquito ya aguantaré, ¿no crees? El coñac antes, por poco me tumba. Es que beber así a palo seco... pues claro...

Fermín se disculpa como un niño pequeño que ha hecho una travesura, delante del profesor.

–Eso, para resucitar a los muertos no hay como una buena comida y un buen trago de vino –le responde Gabriel utilizando una frase tantas veces repetida en las mismas circunstancias con los clientes.

–La pena es que no se levantan, porque si lo hicieran seguro que no podrían con tanto...

Va a proseguir diciendo lo que piensa en voz alta, pero el dedo índice en la boca de Gabriel le advierte que es mejor callarse, que no es el sitio más adecuado para hablar.

–Siempre callando, mudos nos vamos a quedar de tanto callar...

Refunfuña por lo bajo Fermín, mientras se sienta en la misma mesa donde ha estado sentado antes.

Distraído mira a los ocupantes de la mesa donde estaba sentado Enrique con el desconocido, comprobando que en vez de dos ocupantes son cuatro los que parecen discutir, sin levantar la voz, procurando de esta manera que nadie escuche lo que dicen.

–Éstos, ajos deben comer cuando no quieren que nadie les oiga...

Piensa Fermín sin prestar atención a los cuatro contertulios, cuya identidad ya no está interesado en definir.

Al cabo de unos minutos que a Fermín le parecen siglos porque su estómago le urge cada vez con más insistencia, un poco malhumorado, mira a un lado y a otro distraídamente, fijando de pronto la mirada en uno de los cuatro sentados detrás de él hablando por lo bajo.

– A ése... miraré con disimulo... A ése lo conozco yo y bien... reunión de pastores, oveja muerta... esos cuatro me huelen peor que un sobaco en verano a las diez de la noche...

Haciéndose el distraído, vuelve a mirar otra vez, ahora de un lado a otro como si buscase o esperase a alguien, comprobando la hora en su reloj.

–Padre, hijo... y... qué mal huele esto...

La curiosidad es más fuerte que él y girando un poco la cabeza adopta una posición falsamente distraída mirando al mostrador sin prestar atención más que a la conversación de los cuatro que tiene detrás.

–Vosotros veréis, pero el lío es cojonudo; tu hijo es gilipollas,

podías haberlo hecho tú que tienes más experiencia –dice en tono cabreado uno de los cuatro, de mediana edad.

–A mí me conoce todo el mundo y tengo que andar con cuidado, pero mi hijo pasa desapercibido. Además, yo le dije que lo guardara en el monte, no en el río –contesta la voz del otro señor, también de edad mediana, en tono cabreado, pero tratando de aparentar naturalidad.

–Esteban dijo que allí estaba bien, además yo no sirvo ni quiero hacer esto –se rebela una voz más joven.

–¡Pero bueno! ¿cómo íbamos a pensar que algún cabrón iba a pasar por allí, eh? –se defiende el otro joven que compone el cuarteto.

–Padre e hijo metidos hasta los huesos.

Fermín, taciturno, enciende un cigarro para que pase desapercibida su atención a la conversación.

–Aquí tienes, dos y dos, y los callos, y un txikito y que aproveche.

Le dice Gabriel, guiñándole un ojo en señal de complicidad y señalando la mesa de al lado, cuyos ocupantes no son precisamente santo de su devoción.

Fermín, ante el aspecto que ofrecen los aperitivos, que parecen decir “cómeme”, sin pensárselo dos veces se lanza a comer, olvidando por unos segundos lo que se cocina en la mesa de al lado.

En un santiamén han desaparecido los pinchos y el vino y cuando va por la mitad de la cazuelita de callos, mira a Gabriel haciéndole señal de que le sirva otro txikito de vino.

Ahora, al girar la cabeza, ha dado con la cara de uno de los cuatro ocupantes de la mesa de al lado, quedándose ambos mirándose sin decir una sola palabra.

–Fernando, el padre de Enrique... ¿a que se me indigestan los callos?... A estos cabrones, ¿es que me los tengo que ver en todas partes?... El hijo también ahí con... no los veo bien, pero el joven ese parece el que vi de noche en el río... ¡Hostias, Fermín, que no se te note nada, porque como se huelan estos algo, mi cara no vale ni para sello de correos!

–Aquí tienes el vino; pálido te has quedado, ¿es que no te ha sentado bien...?

Fermín le hace una señal de que se calle, Gabriel, que se las sabe todas, cambia de conversación.

–Claro, mirando a las chavalas, están cojonudas.

–Cojonudos los callos. ¡Qué mano tiene la cocinera! –le contesta Fermín sin recordar que Gabriel ya no vive con su mujer.

–Ahora los cocino yo, el fregado lo hace una tía mía que viene a ratos –comenta Gabriel dirigiéndose a la barra para atender a unos cuantos clientes.

Fermín termina de rebañar la cazuelita en el momento de escuchar como en un susurro la palabra “bomba”. Se queda como petrificado, esta vez aguzando el oído de tal manera, que no oye una sola palabra de las que los clientes emiten hablando con potente tono de voz sobre sus cosas.

–Es la segunda vez que metéis la pata, la primera fue hace cuatro años con la bomba que pusiste en Bilbao y mataste al chaval aquel en vez de al guardia y ahora, con esto. Tú verás cómo sales del lío, a mí no me vengas con hostias, estas meteduras de pata se pagan

Fermín siente que un nudo se le hace en la garganta, impidiéndole tragar el trozo de pan que tiene dentro de la boca.

Un sudor frío le recorre todo el cuerpo, memoriza la fecha y el local donde por error mataron a Mikel y no hay duda. El padre de Enrique fue uno de los autores del suceso –piensa, mientras su cara, transformada por lo que acaba de oír, se ha puesto pálida como la cera. Tiene que hacer grandes esfuerzos para recuperar su estado normal.

–¡Vaya mañana que llevo!

–Y ahora tú te enrollas con la hermana. Un día de éstos te pones cachondo y le cuentas la verdad –insiste la voz en un tono tan imperceptible que Fermín agudiza el oído como un perdiguero agudiza el olfato para cazar. Como convertido en estatua de piedra se queda inmóvil sin hacer el menor gesto.

–Estoy harta los cojones de vosotros y de ti también, y no aguanto más. Que os den por el culo... –en tono seco, Enrique da un puñetazo en la mesa y zanjando la cuestión, se levanta saliendo sin mirar a ningún lado, como una exhalación.

Fermín ha girado la cabeza para que no le vea y bebiendo el vino

que le queda en el vaso, dando la espalda a los contertulios, se levanta de la mesa para pagar la consumición.

Un ramo de flores le da en la nariz haciéndole estornudar.

–Mala cara tienes, Fermín, cuídate –le dice solícito el dueño del bar, que lo ve pálido.

–Todos vamos a tener que cuidarnos, porque seguro ya no se está en ninguna parte –le contesta con un guiño.

–Ni en el cementerio me parece a mí que pueden dormir en paz. Encabronados estamos todos por una cosa o por otra.

Cobra la consumición Gabriel, dándole una palmada en el hombro.

–Buena persona ya eres, cuídate tú también –le dice Fermín mientras coge el cambio de encima del mostrador.

–Cuídate, Fermín. Agur.

–Agur. Al cementerio voy a hora, le responde Fermín con cara desolada.

–Al cementerio de visita y bastante –le responde con una sonrisa Gabriel cruzando los dedos.

Ya por la puerta, gira de nuevo la cabeza viendo al fondo los tres componentes de la mesa y siente que las piernas no son capaces de sostenerle y tiene que sujetarse por unos instantes al pomo de la puerta. Haciendo un gran esfuerzo, sale despacio, en dirección al parking donde tiene el coche aparcado, invadido por una gran tristeza.

–¿Es que los muertos no nos van a poder dejar en paz? Cuanto más lo pienso, más claro lo veo. El padre de Enrique el asesino de Mikel... Cómo le digo a Eguskiñe... Ésta va y le da más hostias de las que tiene el cura en el Copón. Ahora, tema para rato tengo yo que hablar con don Fernando, es sacerdote, y él sabrá qué aconsejarme... En el cementerio he quedado con Eguskiñe, pero, ¿cómo puedo estar con ella y callar? Callar lo de su hija, callar lo de su futuro suegro, callar quién mató a Mikel... y para colmo, ¿qué cojones está pasando con el médico? En loco voy a dar. La paz a mí ya me la han quitado también. ¡Menuda guerra llevo yo dentro...! ni la de los serbios ésos.

\*\*\*

## XXVI

Amama está a sus anchas sola en el caserío. Se ha levantado, aún en contra de las recomendaciones que le hicieran don Ismael y su hija, de que permaneciese en cama un par de días más.

Se encuentra mejor aunque sigue teniendo de vez en cuando las pocas décimas de fiebre que tuvo el día anterior, ahora han desaparecido y siente apetito. Buen síntoma, como ella dice, "Cuando entran ganas de comer, es que hay deseos de vivir".

Ha recogido su habitación, se ha vestido y aseado, y aunque la cabeza le da alguna vuelta que otra, después de tomar un vaso de leche con galletas, ya que el café se lo ha prohibido el doctor, entre otras muchas cosas, decide dar una vuelta por la casa y recoger un poco.

-Eguskiñe siempre encuentra algún pretexto para salir. Vaya día para ir a visitar a nadie, aunque sea un marqués. Ya tendrán que murmurar otra vez en el pueblo, el médico y ella demasiado tiempo emplean, hablando, dicen ellos, pero cuando la campana repica es porque después hay misa, cuando no a difuntos, como ahora. Otro año que me he quedado en casa, a mí también me hubiese gustado ir. Poco a poco prisionera me estoy quedando en estas cuatro paredes.

Amama habla en voz alta, mientras recoge restos del desayuno suyo y de Eguskiñe. Se encuentra mucho mejor cuando se siente útil, no como un trasto, como ella dice, cuando se queda quieta en la cama.

Al terminar de recoger la cocina, amama comprueba que encima de la chapa hay un cocido de lentejas para el mediodía.

-Bueno, por lo menos la comida está a punto... Y aquí, a ver... Conejo, buena pinta ya tiene también... Y en este puchero... verduras, geranios en el moño me van a salir con tanto comer verde. A las vacas me estoy pareciendo cada día más en la forma de comer, con los cocidos que tú has comido siempre, María...

Suspira y exclama:

–Voy a ver cómo está la habitación de mi nieta. Cada día se está volviendo más ordenada, ya es una mujer. Qué guapa está –sigue hablando amama en voz alta, mientras se dirige despacio a la habitación de su nieta.

Abre la habitación y comprueba que hay más orden que en la habitación de Eguskiñe.

De pronto algo cae al suelo. Amama dirige su mirada hacia donde ha sonado el ruido, comprobando que es la ventana la que ha producido el ruido dando un golpe al cerrarse de pronto.

Entra dentro de la estancia y la radio suena de pronto sin ser accionada.

Amama mira el aparato y tuerce el gesto, dejándolo funcionar; el reloj de la cocina da las doce campanadas una detrás de otra; el caserío parece recuperar un poco de vida de pronto.

Se queda mirando el oso de peluche que tiene su nieta sobre la cama y éste parece moverse.

–Será que la debilidad no me deja ver bien las cosas –piensa mientras suspira; algo le dice que de pronto no está sola, siente como si alguien la mirase sin apartar la mirada de ella.

–Sí, ya sé que estás aquí, sé cuándo me sigues por la casa, ¿por qué te quedas aquí? Si yo pudiera comprender, tranquila me quedaría –le dice al espíritu que siente que la sigue a todas partes, dentro del caserío.

–Sí, Mikel, sé que quieres decirme muchas cosas, pero tú y yo no podemos hablar. ¿Qué quieres, que me vaya contigo? ¿Llevarme quieres? ¿Contarme porqué aquí, desde hace más de un siglo no puede haber paz? Guerras Carlistas que se llevaron a los antepasados, guerra contra Franco, que se llevó a parientes y amigos, y ahora el terrorismo que te ha llevado a ti también. ¿Hasta cuándo nos mataremos hermanos contra hermanos? ¿Es que la rivalidad de Caín y Abel no tiene otra manera de arreglarse que matándonos unos a otros? ¿No me lo puedes tú explicar? ¿Tendré que ir contigo para poderlo entender?... ¡Ay, Jaungoikoa!... ¡Qué pena ser viejos, qué pena ver siempre este pueblo en medio de luchas! En una tercera parte de mi vida otra cosa no he visto hacer. Hay días que quisiera irme para poder comprender, pero de aquí no

se va el que quiere, sino el que Dios le llama... –amama habla en voz alta, para que el espíritu de su nieto, que presiente cerca de ella, la oiga.

Va a parar la radio, pero ésta cesa de emitir el parte informativo en este momento.

–Tengo más gente conocida y parientes allí que aquí, estorbar sólo hago... Con depresión estoy y más hoy día de difuntos. Si tú pudieras hablarme... A tu madre, gracias a Dios, sí le ha servido tu muerte para algo; por lo menos tiene ganas de vivir y de pelear también. Ahora en el cementerio está con Fermín, gracias a él me río de vez en cuando, pero esta hija, no sé qué hará al final... Sí, seguro que tú respuesta ya me darías de porqué matan y secuestran. Sí, ya sé que Dios me escucha y tú también, pero hay una justicia que es peor que la divina: vivir con la conciencia. El que te puso la bomba, ése tiene que dormir peor que tú y que toda esta familia, porque nosotros somos las víctimas, pero ellos los verdugos, y en sus pellejos no quisiera estar yo.

En la guerra civil un primo mío, mató a su hermano en una discusión por no pensar lo mismo; loco se volvió, después de acabar la guerra, pero yo creo que fue la conciencia que no le dejó vivir después y la causa de aquella locura los remordimientos con él acabaron en un manicomio. Muchos más que conocí no fueron los mismos después de haber matado, por unas ideas o por otras. No hay idea que valga la vida de nadie, matar es jugar con fuego y el único que de verdad se quema es el que prende la cerilla y queda vivo para recordar a los muertos y éstos se vengan estando presentes en sus pensamientos... Que no hablan los muertos... Ya lo creo que hablan, su silencio mata precisamente a los asesinos. Hay tantas maneras de hablar...

Amama se siente mejor después de rezar y de hablar en voz alta, puede ver la presencia del espíritu de su nieto llena de paz, corroborando sus palabras, desapareciendo de la presencia de amama.

Amama vuelve a la realidad, después de santiguarse de nuevo, al oír el teléfono sonar.

Sin demasiada prisa se dirige a su mesita de noche donde le han

colocado un supletorio, para que si en cualquier momento no se encuentra bien, pueda hacer uso del mismo desde la cama.

–Todo son facilidades ahora, todo son comodidades y no estamos a gusto, mucho pecado debemos de llevar dentro, cuando este mundo no nos gusta a pesar de los adelantos... Bueno, vamos a ver quién es...

Amama descuelga el auricular, y un poco emocionada aún por la presencia del espíritu de su nieto, sin recuperarse del todo, pregunta:

–¿Quién es?... ¿Quién?... No oigo bien... ¿Eduardo? ¡Ay Jesús! Espera que me siento en la cama –escucha unos instantes– No, es que el teléfono me han puesto en la mesita de noche, ¿cómo estáis todos?

Eduardo, desde California, habla con su madre durante un buen rato. Amama, insaciable, pregunta y pregunta por su nuera, sus nietos, con la avidez del sediento en medio del desierto. Luego exclama, emocionada:

–¿Para Navidades? ¿Un mes? ¿Todos?

Amama siente que su corazón palpita a ritmo acelerado llevándose la mano al pecho, como tratando de controlarlo, pero la emoción es más fuerte que su deseo de control, teniendo que dejar que poco a poco adopte un ritmo más tranquilo, mientras feliz, ríe, llora y ríe, pasando de un estado de ánimo a otro. Uno a uno los componentes de la familia de Eduardo han hablado con amama. Para todos ha buscado una palabra cariñosa, pero todos ha tenido una frase elocuente de ánimo, de esperanza.

Cuando por fin cuelga, emocionada por el recuerdo de sus voces, sus vivencias, su forma de vida, lo que hacen, lo que estudian, feliz, se queda sentada encima de su cama, con lágrimas en su rostro, pero esta vez de felicidad.

–¿Qué seríamos los humanos sin estas inyecciones de felicidad? De la tristeza he pasado a la alegría más grande, el mes que viene regresan a pasar las navidades me han dicho. Otra vez habrá que pintar la casa y darle un repaso a todo... Que tiene novio y novia me han dicho, pero, ¿no son todavía unos críos?

Amama, como si la hubieran puesto alas en los pies, de pronto se

levanta de la cama y dirigiéndose a su pequeño crucifijo de encima de la cómoda, le da las gracias y a su nieto también.

–Seguro que él lo ha arreglado todo desde arriba. ¿Y el domingo? Ahora que recuerdo vienen Felisa y Lorenzo a comer, todos los males se me van con estas noticias, pero... ¿por dónde empiezo yo ahora?

Amama, nerviosa, va de un lado a otro de la casa, sintiendo que la casa es el Paraíso Terrenal.

\*\*\*

## XXVII

Maite, a la salida de misa, está conversando frente a la iglesia con unas amigas y su hermano Javi está cerca del grupo de jóvenes, en el frontón de pelota jugando a la pala con unos compañeros.

Maite ríe en este momento la salida de una de sus amigas, al ver a un joven del pueblo, alto, guapo y rubio.

–No te enrolles, que ése está mejor que Enrique –le dice una de sus íntimas amigas.

–Y cómo te mira, Maite, con ese conjunto, cualquiera –comenta otra jovencita, un poco gordita para la moda que impera.

–¿A dónde vamos? –pregunta Maite.

–¿Vamos al cementerio? –pregunta otra sin saber qué hacer.

–¿Al cementerio? Allí se liga menos que un mono en Alaska.

Todas ríen la salida de la joven.

–¿Desde cuándo hay que ir al cementerio para ligar? –pregunta la morenita y regordeta.

–Algún vivo andará por el cementerio, ¿no? –le responde otra con cara risueña.

–Seguro, porque se le murió el padre a Ernesto Aldecoa el otro día, a lo mejor va a llevar alguna flor...

Se miran las jóvenes y en tono de complicidad asienten.

–Vámonos para allá.

Alguna señora junto con algún señor, también han tomado la

dirección del cementerio con flores en las manos.

–Me deprimen los cementerios –comenta Maite a quien no le hace mucha gracia la visita al cementerio, la pone triste y prefiere olvidar a su aíta y a su hermano Mikel, sin contar con la presencia de tantos rostros conocidos que allí duermen el sueño eterno, prefiere recordarlos en vida, no imaginando su decrepitud y su desintegración dentro de los nichos, a los que encuentra más decrepitos que la propia tierra. Esto último lo ve más natural, aunque para ella la incineración es preferible, así como esparcir las cenizas al viento sobre los campos y dejando sólo el recuerdo vivo de los vivos. Además, es más higiénico y más natural, piensa mientras sus amigas siguen hablando y riéndose por cualquier cosa.

Se ha quedado pensativa ajena a los comentarios de sus amigas, preguntando de pronto:

–¿No os parece que los cementerios no debían existir?

Sus amigas se la quedan mirando extrañadas.

–¿Y dónde enterramos a los muertos?

–Eso, tía, ¿qué hacemos? ¿Los guardamos en el camarote?

–responde otra riéndose.

–No, no es eso, quiero decir que incinerándolos y echando sus cenizas al campo, sería más higiénico y menos doloroso, es mejor el recuerdo y ya está. Porque yo no quiero imaginarme... –se calla, de pronto no puede seguir hablando.

Las amigas hacen un silencio y una de ellas se agarra al brazo de Maite con cariño, mientras dice:

–Mejor es que vayáis vosotras al cementerio, nosotras nos vamos a dar una vuelta, ¿te parece, Maite?

Maite asiente, no puede con los cementerios y menos con el de Oquendo, donde descansa su familia.

–Sí, es mejor, vámonos a dar una vuelta –le responde mientras el resto se despide, quedando para dentro de un rato para tomar algo en el Mesón.

Caminan despacio las jóvenes en dirección opuesta por la acera de la carretera, saludando de vez en cuando a algún conocido.

–¿Cómo vas con Enrique? –le pregunta su amiga, una morenita delgada con grandes ojos negros, melena ondulada y de una altura

considerable, lo que hace que más que un joven y algún viejo verde, se le quede mirando igual que a Maite, ya que ambas jóvenes forman una pareja de gran belleza, llamando la atención.

–Bueno... de todo... No lo sé, pero no lo entiendo, unas veces está raro, nervioso, otros cariñoso, yo no sé qué pensar, si le gustará otra o qué le pasa...

Maite se queda mirando a un punto de la carretera, tratando de esquivar la mirada de su amiga.

–Tú ya sabes que esta familia... todos son... –le responde su amiga sin atreverse a ir más lejos por miedo a ser inoportuna.

–Sí, de sobra lo sé... pero... en fin... No creo que el amor sepa precisamente de estas cosas –le contesta con expresión seria Maite a Nieves, que así se llama su amiga.

–¿Pero ese rollo va en serio, o es un... bueno, ya me entiendes, algo pasajero...? –le pregunta Nieves con expresión preocupada.

–Mira, Nieves, tú eres mi mejor amiga... No sé qué hacer, cada día me cuesta más vivir en esta sociedad, hay más cosas que la mierda de la política. No me gusta este rollo, no me gusta el ambiente, estoy harta de esconderme con Enrique porque todo el mundo cuchichea detrás de nosotros. No puedo, no sé qué hacer, te aseguro que estoy hecha un lío –Maite respira contemplando el bello paisaje de pinos que tiene a la derecha de la carretera.

–Unas amigas, ya sabes, Eva y su hermana, están en Madrid trabajando y dos chavales, amigos míos del Instituto de Llodio, también se han ido a Madrid. A lo mejor, cuando acabe este año, ya sabes que los estudios los llevo fatal, me voy también con unos parientes de mi ama. Aquí no tenemos nada. Tú puedes irte a América con tu tío o a Madrid, lo tienes de miedo, tía –le dice Nieves convencida de que irse es una buena alternativa, dada la crisis para encontrar trabajo en Euskadi.

–Ya lo he pensado, he pensado muchas cosas. ¿Por qué no podemos cambiar esta sociedad de mierda? Dicen que tenemos que cambiarla los jóvenes, pero yo creo que son los que la han puesto como está los que tienen que cambiar. ¿Quién empezó con la ETA? Pues ése es el responsable de acabar con ella también, porque mientras estos cabrones sigan secuestrando y matando... ya me contarás...

Maite dice estas palabras con rabia y con una expresión fría en sus ojos.

–Yo no entiendo más que nos estamos jodiendo los unos a los otros; el otro día, un amigo mío en Sodupe, de una sobredosis en el acto se quedó. Me quedé de piedra cuando me lo dijeron. No hay más que mierda... ¿Dónde puedes ligar si están todos con un pedo a partir de las dos de la mañana que no se tienen?

–Mira, tanta libertad, lo único que hemos conseguido, es que la mierda nos llegue hasta el cuello; no sé qué era mejor, los tiempos de nuestros padres o este rollo de ahora...

Nieves mira a lo lejos de la carretera con gesto serio también.

–Nuestra generación, creo que empieza a abusar de la hipocresía, de la falta de compañerismo, aquí cada uno va a su rollo, no hay nada más que egoísmo. A veces pienso que me gustaría conocer otras civilizaciones, más autóctonas, menos contaminadas por el consumismo. Todo es tener y tener, tener valores creo que es lo más importante, pero de eso se pasa. El viernes pasado salimos tres parejas y fue de horror; ellos bebidos, ellas, para qué te cuento, y a mí me sentó mal una copa que me tomé. Total, que sólo puedes hablar de tonterías y sinsorgadas. Como si no hubiera otros problemas que discutir. ¿Tú crees que se puede llegar casi a las manos porque el color del coche de Fernando es verde manzana y a uno de ellos no le gustaba el color? ¡La que armaron...! Anda, que de llorar...

Maite tuerce el gesto, a la vez que mira a su amiga con expresión de que están todos locos.

–Yo cada día salgo menos, no me va esta mierda, ni estos rollos, que si no te pones a su altura, te fumas un porro o te bebes varios zuritos y no te metes en el rollo, te miran como si fueras de la era de nuestras abuelas.

Nieves se para en la acera, sentándose en el pretil que separa las huertas de la acera, hecho de piedra, con una anchura de unos cuarenta centímetros, con suficiente base para estar cómoda, mientras los pies cuelgan un poco, sin llegar al suelo, debido a su altura.

–¿No está demasiado húmedo para sentarse? –pregunta Maite.

–Cuando se enfríe el culo, pues me bajo. Maite, ¿qué podemos

hacer? Los chavales no se enrollan por miedo a que los caces, sólo te quieren para eso, para el rollo y ya está. A mí me gustaría casarme, tener hijos, ¿pero con quién? –pregunta Nieves, como si pidiese peras al olmo.

–Nadie quiere comprometerse, yo estoy hecha un lío, porque tampoco me van los rollos para un rato. Entonces, ¿qué haces? ¿Te acuestas con uno y mañana con otro...? Pues a mí no me va, para eso soy muy chapada a la antigua...

Maite le contesta, saludando al mismo tiempo a una señora amiga de su madre.

–¡Joder, qué generación! A veces me dan ganas, te lo voy a decir y no te rías, de irme de monja –Nieves se lo dice con toda la sinceridad del mundo.

–¡Hala!... Tampoco es para tanto... –ríe Maite imaginándose a Nieves vestida de hábito.

–Yo es que no veo nada claro; mi madre quería casarse, pues se ligó a mi padre y punto; pero aquí, ¿quién quiere casarse?... Bueno, que se me queda frío el culo –se baja Nieves del pretil iniciando el paseo de nuevo.

–La verdad, que casarme tan joven, yo no me veo, quiero hacer cosas, viajar, ver el mundo, pero para todo hace falta pelas y yo no tengo ni para ir a Castro; tengo ganas de conocer la nueva carretera que han abierto, de pequeña estuve allí, me encantó, el mar me tira, será porque aquí estamos metidos entre montañas y he oído tantas veces a mi amama decir que detrás de esa montaña está el mar... A veces me gustaría derribarla, ésa y todo lo que hay enfrente, hasta ver las olas y oler a algas y marisco...

Maite ha cerrado los ojos pudiendo ver las montañas derribadas y un gran espacio abierto frente a ellas con el mar por delante.

–¡Qué imaginación, tía!, y los barcos atracando frente al Mesón, ja, ja, ja... –ríe Nieves imaginándose la escena.

–¿Por qué no? Un gran brazo de mar que entrara por ahí y siguiera...

–Hasta Vitoria –concluye la frase Nieves.

Las dos ríen con ganas, imaginándose los barcos a través de la montaña navegando.

\*\*\*

## XXVIII

Don Fernando Cortázar, el cura, junto con su familia, amigo de la familia Olavarri, ha visitado la tumba de su hermano recién muerto en accidente de coche, en el cementerio de Oquendo.

Ha saludado a varios amigos y tomado unos vinos con ellos, recordando siempre el pasado.

—¿Por qué estará siempre más vivo el pasado que el presente y el futuro, en este pueblo de Euskadi? Yo no puedo evitarlo tampoco, pero este legado lo llevamos todos o casi todos auestas, como losa de cementerio. Si nosotros hacemos esto, también lo harán las próximas generaciones, ¿cómo nos verán en el futuro? ¿Como defensores de la Patria o simplemente como asesinos? Tal vez como inadaptados o simplemente como retrasados, pero de lo que estoy seguro, es de que nos juzgarán y sin piedad, probablemente. No hay peor legado que el arrepentimiento después de pecar —piensa mientras camina por un sendero, fuera de la carretera general que le conduce al caserío de amama.

Ha estado un momento con Eguskiñe y Fermín en el cementerio, y ésta le ha dicho que últimamente amama, no se encuentra del todo bien.

Por lo que don Fernando, antes de ir a comer con sus padres, con los cuales ha quedado por la mañana, previa llamada telefónica, decide ir a visitarla aunque sea solamente media hora.

Se para de pronto en medio de la huerta y, aspirando el aire húmedo del campo, contempla su entorno quedándose quieto, meditando en la contemplación del paisaje de pinos que tiene frente a sí, en la ladera de la montaña que se junta con las nubes grises que amenazan lluvia.

—Si el deseo de regresar al pasado es tan fuerte hoy en el País Vasco, quizá sea porque nos sentimos orgullosos de él. ¿Pero se sentirán igual de orgullosos nuestros descendientes después de los últimos acontecimientos producidos por la política y por ETA? Ésa es la cuestión, o por el contrario ¿tendremos que arrastrar la

vergüenza producida por un sistema político que actúa erróneamente? Mientras, las aguas del río bajan demasiado turbias, imposibilitando ver el fondo con claridad. Las próximas generaciones, me gustaría saber con qué ecuanimidad juzgarán esta década de horror e intransigencia. Nosotros somos jueces de los resultados de vivir en una dictadura fascista. Pero no ha sido menos dura esta dictadura de ETA. Si yo contara todo lo que sé... pero a mí me es negado hacerlo. ¿Dónde está parada nuestra democracia...? Convertida en agua de borrajas.

Hace una pausa arropándose con la chamarra de tela de gabardina, subiéndose el cuello, sintiendo una especie de melancolía recorriéndole por todo el cuerpo, produciéndole un frío igual a la baja temperatura del ambiente, que parece tener prisa por acelerar la llegada del invierno que se halla tan próximo.

—¡Ay, Fernando! ¿Cómo convencer a los jóvenes de hoy de que la dictadura de ETA es la dictadura de los intransigentes? ¿Podrán sentir confianza en el futuro cuando todas las puertas estén cerradas sin sentir rencor hacia el pasado? Porque el legado que les ofrecemos ahora, en este momento, crea sentimientos cada vez mayores de repulsa, desconfianza hacia la Iglesia, la política y todos los organismos que mueven los hilos de esta sociedad, que de por sí es la que más repele a los que la componen. ¿Cuándo se calmarán las aguas para vivir en una sociedad en democracia, libre y feliz, sin dictaduras que la ahoguen y la asfixien pudiendo recuperarse de nuevo nuestro orgullo perdido?

Don Fernando continúa por el sendero aproximándose al caserío, oye los ladridos de Txakur que, amenazadoramente le ladra con rabia, al no reconocerle de tanto tiempo como hace que no venía por el caserío.

\*\*\*

Javi ha finalizado el partido de pelota junto a Santiago, su pareja de juego, quedando vencedores por 22 tantos a 18.

Están dando saltos de júbilo chocando las palmas de las manos, expresando así su satisfacción por el éxito obtenido. Se hallan

sudorosos ambos pero contentos por la victoria lograda.

–Macho, qué palada en el séptimo tanto, ¿y la volea del quinto? Todavía están buscando la pelota, tío. ¡Ja, ja, ja!

Sus rivales en el partido discuten entre sí mientras tanto, echándose la culpa entre la pareja de quién ha sido el culpable de tan nefasto resultado, así como de las diferentes jugadas por las cuales sus rivales les han ganado una consumición en el bar de Txaparro.

De pronto Javi cambia su expresión de júbilo por la de un gesto serio y preocupado.

Dirigiéndose hacia él ve a Enrique, el joven que sale con su hermana, con gesto desencajado y paso ligero.

–¿Qué hostias querrá éste ahora...? –piensa Javi sin perderlo de vista.

Enrique, al llegar a su altura, sin saludar a Santiago ni a los demás jóvenes, a modo de saludo le dice a Javi, en tono que más parece una orden que un ruego:

–Quiero hablar contigo.

Javi mira a los lados y su intuición le dice que Enrique no quiere testigos. Duda un momento, pero algo le dice en su interior que obedezca:

–Tú dirás –le responde a Enrique y a los compañeros– Oye, Santiago, diles a los otros que nos vemos luego donde Txaparro.

–De acuerdo –le responde Santiago con una sonrisa en los labios, fruto aún del triunfo conseguido en la cancha.

Se apartan ambos jóvenes del resto y cuando comprenden que hay una distancia suficiente entre los pocos feligreses que quedan hablando en pequeños grupos, después de haber asistido a la misa de difuntos y los compañeros de Javi, Enrique, con gesto de no saber bien por dónde empezar, carraspea un poco y mirando al suelo, con gesto preocupado, inicia la conversación:

–Mira, tío... no sé cómo decirte... Se lo tenía que decir a Maite, pero no me atrevo...

Javi le deja hablar sin interrumpirle, pero con expresión preocupada. Qué rara le parece esta situación. Tratando de ocultar su preocupación le contesta:

–Bueno, entre mi hermana y tú yo no me meto...

–Es que verás... ¡Joder estoy en un lío! Tú ya me conoces y yo a ti desde que robábamos peras a Jacinto de pequeños, no te tengo que decir nada...

Hace una pausa Enrique sin especificar a dónde quiere ir a parar en su conversación ni en sus intenciones.

Javi, que le conoce bien, no necesita que le aclare de qué va, porque ambos se conocen bien.

–Bueno... entonces, ¿qué quieres? –va directo esta vez Javi, tratando de que vaya al grano, ya que empieza a preocuparse más con tanto rodeo.,

–Javi, tengo problemas, y problemas gordos, tú ya sabes... Estoy hasta los cojones de la política, creo que puedo confiar en ti, así que yo sólo quiero decirte que yo quiero a tu hermana... –toma aliento mirando al suelo mientras Javi se halla cada vez más intrigado, es la primera vez que así le habla Enrique.

–He decidido marcharme, no tengo claras las ideas, me están manejando y extorsionando, yo soy un tío con dos cojones... ¿Te acuerdas la paliza que le dí a Gregorio Elosúa porque se metió con las amigas de Maite? Pues eso me pasa, que cuando veo una injusticia soy capaz de todo, tengo espíritu de Quijote.

Hace otra pausa, mirando esta vez al cielo como pidiendo un poco de ayuda para seguir hablando.

–¿Marcharte, a dónde? ¿Al extranjero? ¿Por qué?... Bueno, no me digas nada. ¿No es nada que haya pasado con mi hermana? –Javi más inquieto, pregunta, sin andarse con rodeos.

–No, tu hermana no tiene la culpa, pero ya te he dicho, tengo problemas y no quiero que nadie sepa dónde voy, ¿me comprendes?, ni siquiera tú.

Javi asiente sin preguntarle nada, comprendiendo que está metido en algún problema gordo con la organización.

La cara desencajada de Enrique habla por sí misma, sin necesidad de que le dé más detalles de sus problemas políticos, que son los que le tienen así de descompuesto, no su hermana.

–Bueno, entonces, ¿qué quieres que le diga a mi hermana? ¿Y

por qué no hablas tú con ella y le comentas tus planes?

–Hasta que pasen varios días, no le digas nada, sólo que necesito aclarar las cosas dentro de mi cabeza, buscaré trabajo por ahí, sólo dile que la quiero y que ya la escribiré más adelante... de momento nadie debe saber adónde voy.

Enrique le da la mano en actitud de despedida, a punto de llorar.

–Que te vaya bien, tío... Descuida que se lo diré, pero nada te costaba...

Va a continuar la frase, pero Enrique da media vuelta y con paso ligero se aleja de la plaza, quedándose Javi preocupado y pensativo.

–Este cabrón está metido en un lío y gordo, pero podía haberse despedido de mi hermana... Seguro que está metido en algún fregado... ¡Joder, cuándo acabaremos con esta política de mierda...!

–Javi, Javi... –le llaman los compañeros de partido, haciéndole señas de que ya se van por si quiere irse con ellos.

Javi, con paso lento, se dirige hacia sus compañeros imaginándose la cara que pondrá su hermana cuando se lo diga, junto con el bombardeo de preguntas con el que le atosigará y al que tendrá que responder o al menos intentarlo, procurando herirla lo menos posible.

Las caras de sus amigos no expresan tampoco indiferencia de verles a Enrique y a él, y piensan que algo sucede entre ellos o con la hermana de Javi. Por lo que, antes de que le pregunten a qué ha ido o si hay algún problema, Javi piensa con rapidez una respuesta que sea aceptable y convincente, para que no le hagan más preguntas.

–Que le deje mi coche... ¡Éste es gilipollas! Que quiere llevar a mi hermana a Arceniaga a comer al “Mesón Dorado”, con la olla que tiene... Bueno, a ver, a pagar y a callar...

Sus compañeros no preguntan, saben que no les dice la verdad, pero tampoco quieren inmiscuirse en temas que no les conciernen, por lo que, cambiando de conversación, se enfrascan en una discusión sobre las diferentes jugadas y el número de tantos que podían haber ganado o perdido los unos y los otros, los espectadores discuten también acaloradamente que no es como

ellos cuentan las jugadas, enzarzándose en una discusión que continúa dentro del bar y después de tomar la consumición, y pagar los perdedores, fuera del establecimiento.

\*\*\*

## XXIX

Eguskiñe sale del cementerio con la cabeza baja mirando a los pocos escalones que hay a la salida del mismo, para no tropezar y tratando de ocultar sus ojos enrojecidos por las lágrimas que ha derramado, junto con las que a duras penas ha podido reprimir.

Lleva así un rato sin decir palabra, son muchos los sufrimientos reprimidos que quieren salir a manifestarse sin barreras que los detengan.

De nuevo los recuerdos cobran vida y los muertos están presentes junto a ella en el caserío cuando podía sentir su calor, sus dolores, sus risas, sus gestos, sus palabras, sus olores.

No puede creer hoy, al cabo de tanto tiempo, que se tienen que quedar ahí en el cementerio para siempre.

La rabia se apodera de ella de nuevo, siente que el odio no ha desaparecido de su corazón, que su lucha no ha hecho nada más que empezar, que ese mismo dolor que siente tiene que darle el coraje para seguir luchando por los hijos que hoy le quedan huérfanos de padre, de hermano y de un futuro asegurado.

Fermín tampoco dice nada, camina en silencio, esta visita al cementerio cada año le pone triste.

El cementerio de pequeñas dimensiones, dado que Oquendo en su censo no supera las mil familias, es acogedor y recogido por un muro de piedra que guarda el recinto, una pequeña cúpula, sus pocos panteones y tumbas, y ahora en su parte izquierda adosada de nichos, a todos los seres que un día se saludaron por la calle, comieron juntos, compartieron risas y llantos sintieron amor de esposos, esposas, de hijos, hermanos...

Fermín siente un nudo en la garganta al recordar a la gran

mayoría cuando era niño, a sus padres, aquel criado suyo que tanto le hacía renegar.

A varios amigos de su edad, a su hermano, aquella media novia que tuvo y que dejó más tarde a dos huérfanos.

La lista es demasiado extensa, hay demasiados seres queridos que recordar, naturales del pueblo, a los que conoció ya siendo un niño y están ahí, no puede creer que todo haya pasado tan pronto... Le parece que si un soplo de aire de pronto se los hubiera llevado dejando a cambio este sabor amargo de la nostalgia.

–Si fue ayer cuando... –los recuerdos se agolpan en sus sienes.

El dolor de Eguskiñe, sus lágrimas, esas flores depositadas en cada una de las tumbas, los nichos, lejos de alegrarle le entristecen aún más.

Él ama las flores, pero en el campo, en la iglesia, no en el cementerio, donde queriendo dar una nota de vida, sólo consiguen crear más tristeza.

Hay un ir y venir fuera de lo común, de gentes como ellos que quieren rendir un pequeño homenaje a sus muertos con su presencia en el cementerio y los comentarios de “pobre”, “qué buena persona era”, “aquí nadie se queda”, “algún día nos tocará a nosotros”, “¿tan joven?”, “Hilario Basterrechea, 94 años”, “que nos esperen mucho tiempo”... no ayudan a alejar los fantasmas que parecen querer salir de sus tumbas para recriminarnos o para darnos las gracias por lo que hicimos por ellos y esa duda que no desaparece, parece recobrar nueva vida cada año en su cita con el día de Todos los Santos.

–Desde luego que día de Todos los Santos le va bien, porque los que quedamos somos otros santos, porque para poder con tantas losas que nos echan encima... –piensa mientras va saludando a varios amigos del pueblo, que no dejan de preguntarse entre cuchicheos: “Por fin, cuándo decidirá Eguskiñe casarse de una vez con Fermín, y a qué esperan, si no son unos chavales...”

Han cruzado la carretera y caminan unos cien metros sin decir una sola palabra, no olvidando. Poco a poco, Eguskiñe va serenándose, suspirando de vez en cuando.

Ya calmada, al cabo de un largo rato, le recuerda a Fermín:

–Después de comer iremos a Bilbao al hospital de Basurto. Sí, no me mires con esa cara –el tono de Eguskiñe es más una orden que una sugerencia.

–¿Al hospital...? ¿Algún enfermo de don Ismael? –le responde Fermín en tono de cabreo– Lo que me faltaba –piensa taladrándola con la mirada.

–De don Ismael no, claro, no te enteras –le dice Eguskiñe cayendo en la cuenta de pronto.

–¿Que no me he enterado? ¿Es que hay algo más todavía? –ahora Fermín se pone colorado como un tomate, parándose en medio de la carretera por donde no circula coche alguno en este momento.

Varios vecinos del pueblo, que regresan también del cementerio, se les quedan mirando cuchicheando.

–Calla, que nos van a oír hasta los muertos –le dice Eguskiñe que se percata de que están llamando la atención.

–Callar, callar, siempre callando, ¡pues se acabó! Es hora de que todos hablemos y claro... –le responde Fermín con los ojos encendidos como las ascuas de la chimenea del caserío de amama.

–¿Qué tenemos que hablar claro tú y yo... es que me quieres mangonear? Si tenía yo razón, si de soltero te pones así... de casado ya me dirás... Además, ¿qué mosca te ha picado a ti? Porque no puedo entender lo que te pasa últimamente.

Es una de las pocas veces que Eguskiñe lo ve tan excitado y encendido, de pronto siente que le puede dar algo, y cambia su expresión colérica por otra más paciente, tratando de sosegarlo un poco.

–Vamos a ver... Dime a qué viene el ponerte así, sólo porque te digo que vamos al hospital.

Fermín se la queda mirando cambiando el gesto y como si temiera que Eguskiñe le ocultara algo con el doctor, sólo le puede contestar en tono melancólico:

–¿Sólo el hospital...? ¿No hay nada más...? Porque yo... –va a continuar pero se calla, prefiere que sea ella la que continúe hablando.

–Porque tú... tú has estado en Llodio... Te he visto cruzar la plaza desde la cafetería.

Eguskiñe empieza a comprender que son los celos los que le han provocado esta reacción colérica.

—Claro, en la cafetería, podías haberme llamado para invitarme a tomar algo, pero claro... —no continúa para que sea Eguskiñe de nuevo quien continúe hablando—. Si es que no tiene pecado hablará, y si no lo tiene, ¿por qué se calla? —deduce desde sus oscuros pensamientos.

—Claro que... ¿no sabías que había quedao con... ? Bueno, con don Ismael para ir a ver al marqués... —se calla mirándole con una expresión de comprensión en sus ojos, descubriendo que lo único que le pasa a Fermín, es que está tan celoso que no puede con ello.

Reanudan la marcha guardando un ligero silencio interrumpido por el motor de un coche que, a más velocidad de la que está permitida, circula en ese momento haciéndoles retirarse a un lado, casi de un salto.

Fermín sujeta fuertemente a Eguskiñe en actitud de protección, mientras lanza un juramento contra el conductor, descargando así su ira y su mal humor.

—¡Vaya día llevo! Hoy dos veces... por poco me matan, seguro que alguno ha puesto una vela ahí arriba para que le deje libre el camino... —dice Fermín, sin soltar a Eguskiñe a la que tiene fuertemente abrazada.

Eguskiñe se queda pegada a él sintiendo su excitación, provocando en ella un deseo sexual irrefrenable, que a duras penas puede reprimir, separándose un poco de él, para que no perciba sus deseos. Cada día le cuesta más trabajo no decirle “vamos a la cama”, sólo el miedo a sentirse atada de nuevo a un hombre, le impiden dar este paso.

Conoce el poder de dominio sobre la mujer que el sexo concede al hombre, también sabe por experiencia, que no sería la misma fiera que puede agredir, porque se convertiría en una gatita sumisa y eso no se lo puede permitir... ¿y por qué no? ¿Por qué no pueden cambiar las cosas? Ella no es la misma jovencita inocente que se casó, hace de eso... No quiere recordar... ¿Es que no puede dominar a este infeliz aunque se haya acostado con él? Yo tampoco soy la misma, éste no es el mismo.

–Mi carácter ha cambiado, yo he evolucionado, ¿qué diferencia puede haber entre acostarse y no acostarse? Todo el mundo lo hace... Pero casarme... ¿Y por qué tengo que casarme? Soy una anticuada, cualquiera diría... Con la edad que tengo y que tenga que debatirme con estas tonterías...

Como un meteoro que cruzase raudo el cielo en una noche estrellada de verano llana de luz, cruzan estos pensamientos por la cabeza de Eguskiñe, azorada por sus propios deseos, olvidando por un instante el dolor y la pena que ha sentido frente a sus seres queridos en el cementerio.

–Sí, dos veces, pero a ti eso poco te importa...

Fermín, con gesto derrotado ante el silencio de Eguskiñe, que lo interpreta como si en el fondo nada de lo que le pueda pasar a él le importase un comino, le reprocha:

–Claro que me importa... Oye Fermín...

Está a punto de preguntarle “¿Cuándo nos casamos?”, pero se muerde la lengua, tiene que madurar aún más las cosas... De pronto recuerda la llamada telefónica que le ha hecho su amiga Mari antes de ir a Llodio.

–Agapito que tiene una neumonía y está bastante fastidiado en el hospital –le dice a Fermín en un tono que es casi un susurro.

–¿Qué has dicho? –pregunta extrañado Fermín que empieza a comprender un poco lo de ir a Basurto al hospital.

–Hemos estado hablando en el cementerio recordando a los muertos y me he olvidado de los vivos, que mira por dónde... Por lo visto cogió frío el otro día en el río... y ya sabes, no es un aizkolari precisamente Agapito y desde entonces no se encontraba bien y ayer decidieron ingresarlo, me ha contado Mari preocupada, a ver, no es para menos.

Ahora es Fermín el que siente que le han echado un jarro de agua fría.

–No, si todavía la visita al río nos va a traer la negra... ¿Pero es grave lo que tiene? –pregunta preocupado Fermín, olvidándose del doctor y de sus continuos celos, así como de preguntarle qué tal le ha ido la entrevista con el marqués, si compra o no compra el pinar y cuál es el último precio fijado por su propietario.

De pronto recuerda que su amigo Fernando Cortázar estará visitando a amama.

–Mira, vamos al caserío, comemos y luego nos vamos a ver a Agapito y en el camino me cuentas lo de la compra, ¿vale?

Fermín acelera sus pasos cambiando sus celos por un sentido algo más práctico como es el de hablar con su amigo y contarle cuanto le está sucediendo de un tiempo a esta parte.

Eguskiñe que no comprende las prisas que le han entrado de repente, comenta para sí:

–Éste cada día está peor, ¿qué le pasará ahora? Antes no quería ir al hospital y ahora me lleva a la carrera...

–Espera, no corras, que me hace daño este zapato, si hubiéramos venido en coche... pero tú no has querido.

Eguskiñe se saca el zapato derecho para poder mover los dedos que tiene lastimados con unas rozaduras.

–Por presumir, claro... –se calla y agrega– Ahí va el Tuercas.

Se pone en medio de la carretera haciendo señas para que se pare el coche que viene detrás de ellos.

En efecto, es el Tuercas, amigo de toda la vida de Fermín, y al ver a éste en medio de la carretera, intenta frenar pero no le responden los frenos y Fermín, esta vez, tiene que saltar a la cuneta para no ser atropellado, cayéndose al suelo y dándose un buen porrazo en el trasero.

El Tuercas para unos metros más adelante, saltando rápido a la carretera para ir a auxiliar a Fermín, asustado por si se ha roto algún hueso.

Eguskiñe, a la que la visión de ver a Fermín quieto en mitad de la carretera así como la velocidad que traía el coche, habían dejado petrificada, recrimina enfadada a Fermín:

–¡Pero a quién se le ocurre! Y si no le funcionan los frenos, ¿qué? ¿Cómo sabías tú si te ha visto? ¿y si te mata?

–Pues uno menos –le responde Fermín tratando de levantarse, dolorido por el golpe que acaba de darse contra una piedra en el muslo izquierdo.

–Fermín, los frenos, que los tengo jodidos. ¡Vaya leche que te has dado...! ¿Tienes algo roto? –pregunta el Tuercas asustado aún,

pero tranquilizándose al verlo ponerse en pie.

–¿Pero es que no me has visto, cabrón? –pregunta Fermín a punto de cogerlo por el cuello.

–Claro, pero los frenos... los tengo para el arrastre... Pensaba mañana llevarlo al taller... Anda, sube, ¿os llevo al caserío?

Mira a Eguskiñe con cara de que lo siente:

–Sí, al caserío –le dice Eguskiñe al Tuercas, amigo común de ambos.

Los visitantes del cementerio han acudido corriendo en ayuda de Fermín, pero éste hace unos gestos de que está bien y de que no es para tanto, con una sonrisa en los labios.

Se suben al coche y Fermín, sacudiéndose todavía el pantalón, le dice al Tuercas:

–¿Tú crees que hay días que uno está mejor y más tranquilo en casa. Bueno, en la del vecino quiero decir, porque en la tuya también puede pasar cualquier cosa...

–Claro, que te encuentras sin nada que comer y eso sería la mayor desgracia; éste, con tal de invitarse, no sabe qué hacer... Además, ya sabe que tengo lentejas y éste no las deja... ¡Ja, ja, ja! –ríe Eguskiñe respuesta del susto.

–Pues las penas comiendo son menos... Y no sé por qué, pero ahora que lo dices, les habrás echado el chorizo y el tocino que te compré, ¿no?

El Tuercas, que le conoce bien, ríe junto con Eguskiñe, guiñándole un ojo a ésta.

–Fermín, no hay pena que no se le quite comiendo –comenta Eguskiñe sentada en el asiento trasero del coche.

–¡No me lo recuerdes, hostias! ¡Qué estacazo me he dado! Si fuese marica, por el culo no me podrían dar, negro lo debo tener, pero no porque no me lo haya lavado esta mañana.

De pronto siente Fermín un fuerte dolor en el trasero recordándole que el golpe ha sido lo suficientemente fuerte como para haberse fracturado un hueso.

El Tuercas y Eguskiñe ríen, imaginándose la escena; están más tranquilos también, ya que ellos se han asustado más que el propio Fermín, al verlo tirado en la cuneta.

–Sí, reíros, pero a éste no le fallan los frenos, lo que le falla es la vista; zanahorias tendrías tú que comer... –le dice Fermín comprobando que no lleva bien la dirección del coche, ya que circula por el centro de la carretera.

–¿Zanahorias, para qué? –le pregunta extrañado el Tuercas.

–¿Para qué va a ser? ¿Has visto alguna vez un conejo con gafas? –le dice Fermín, fingiendo estar enfadado.

Ríen de nuevo el Tuercas y Eguskiñe, dejándolo por imposible.

\*\*\*

Don Fernando, el cura, ha estado un rato con amama, hablando con ella. Amama le ha pedido que la confesara, no porque se encuentre mal, sino porque hacía mucho tiempo que no lo hacía y necesitaba ponerse bien con Dios y con ella misma.

–Voy a celebrar misa la semana que viene, me han encargado los Aristeguis que les celebre las bodas de plata. Ya sabes, fuimos juntos a estudiar cuando éramos críos, a los Salesianos.

Amama no se considera una mujer pecadora, pero sus costumbres las tiene arraigadas como buena católica y practicante que ha sido, desde que era una niña y la llevaban sus padres a misa. Don Fernando lamenta que sus obligaciones le impidan estar más tiempo con sus feligreses, y siente que se vayan haciendo mayores, como amama, y no pueda verles más a menudo.

–Ya te he entretenido bastante; cada vez que vengo a Oquendo, entre que saludo a los amigos, una cosa y otra, el tiempo se me va que no me entero; la vida, amama, es un sueño, como decía Calderón de la Barca.

Amama asiente:

–Un sueño y corto, le añadiría yo...

Se levantan ambos de la mesa y amama le agradece la visita y que la deje en paz con Dios.

–Dales recuerdos de mi parte a tus padres, diles que se vengán a hacerme una visita cuando puedan, tengo ganas de verles.

Don Fernando se pone su chamarra colgada a la entrada de la casa en el perchero que hay en la pared.

Se despide con un abrazo de amama y ésta se emociona al recordarle naciendo entre las bombas en el refugio.

–Cada vez que te veo me acuerdo de cuando...

–¿Ves como siempre volvemos la vista hacia atrás? Siempre queriendo ir al punto de partida, no cabe duda que es donde vive Dios, ése es nuestro punto de partida y de regreso también, a ver qué llevamos en la mochila cuando partamos, buenas obras o sólo venganzas, odios, pesada cruz es llevar sólo eso: odio... En fin, tú, amama, sólo buenas obras has hecho, por tanto nada debes temer. Porque aún cuando Dios perdona, la conciencia recrimina y eso nos hace sentir desgraciados si no estamos libres de malas obras.

Don Fernando tiene apoyada su mano derecha sobre el hombro de amama, mirándola con cariño y con ternura.

–Buena persona eres tú también, Dios ya te tiene a ti también preparado un buen sitio cerca de El. Agur y gracias por tu visita.

Por las escaleras de la entrada sube Maite, saludando a Don Fernando a la vez que le despide.

–Pero si ayer fue cuando te bauticé; amama, nos dejan atrás... Bueno, que no me puedo entretener más. Agur, hasta otro día.

–Agur, adiós.

Se despiden desde lo alto de la entrada amama y Maite.

–¿Todavía no han llegado? Tengo un hambre que me muero. ¿Qué tenemos para comer? –Maite, abrazándose a su amama, le pregunta sonriente.

–Unas croquetas que te he hecho de pollo, como a ti te gustan; los cocidos ya sé que no te van y las lentejas menos, pero que comamos hierro quiere tu madre, yo porque pocas fuerzas tengo y tú, porque con tanto miedo a engordar estás en los huesos –le dice mitad seria, mitad preocupada.

–Amama, ¿cuándo seguimos hablando de espíritus? Ayer se me cayó el florero de cristal con flores y todo, al suelo, y no veas cómo se puso todo. Yo te digo que no lo toqué, ¿tú sabes algo de esto? Seguro que sí... Bueno, se acabó, ahí llega esa pareja de carrozas...

–dice Maite con gesto contrariado, tendrá que dejar la respuesta de amama en el aire, como a los espíritus de la casa, que campan a sus anchas, porque cada día está más convencida de su presencia.

Amama siente los pasos de su hija y de Fermín por el pasillo, desde de la cocina, así como sus voces un tanto airadas, la de Eguskiñe sobre todo que se eleva sobre la de Fermín.

—¿Qué le estará diciendo ahora...? —se levanta de la silla separando con el pie derecho al gato con suavidad, para que se aparte a un lado y no pueda pisarle.

—Iré calentando la comida, con cuidado, porque si me descuido se pegarán las lentejas como las lapas a las rocas y luego protestar harán.

—No sé por qué corres tanto, podíamos haber ido a tomar algo al Mesón... —Eguskiñe cabreada increpa a Fermín, que no sabe el por qué de tantas prisas por llegar al caserío.

—¿Dónde está don Fernando? —pregunta Fermín olvidándose de dar los buenos días.

—Acaba de marchar, le he dicho que se quede a comer pero con prisas andaba. ¿Le querías para algo? —pregunta amama mirándole desde la chapa, con cara de preocupación.

Le ha sorprendido el tono empleado por Fermín. Últimamente la tiene preocupada, no parece el mismo. Está nervioso, se enfada por cualquier cosa, su instinto le dice a ella, que hay algo que no le ha contado, que es el causante de lo que le sucede y le tiene alterado.

—¿Los celos? No, me parece que...

Se queda pensativa amama observándole bien, como indagando en sus pensamientos.

—Como siempre, el hambre le ha traído a toda velocidad —Eguskiñe le deja en la cocina, mientras va a su habitación para cambiarse de ropa, con gesto de contrariedad.

Fermín va a contestarle, pero se contiene.

Amama no deja de observarle y esto la pone más nerviosa aún, porque no ignora que puede leer más allá de lo que tiene delante y en un día como el de hoy ya tiene suficientes preocupaciones como para añadir la tontería de ir o no ir a tomar algo al Mesón.

—Ahora que no me oye Eguskiñe, la he traído a casa porque quería ver a don Fernando, para saludarle... Ya sabes... —Fermín con expresión de niño pillado en falta, no sabe cómo salir de la situación.

–¿Y cómo sabías que estaba aquí?... –amama no comprende bien lo que quiere decir Fermín.

–En el cementerio le he visto, a tu nieto, a tu yerno, a mi aíta, a mi ama y a medio pueblo... Bueno, que estaban de visita allí, ya sabes... precioso todo de flores, y el cura también ha ido...

Fermín no quiere hablar del cementerio porque sabe que amama tiene a muchos familiares esperándola y ella lo sabe también.

–El cura siempre va en estas fechas, la misa hace años en la capilla se celebraba, ahora también, supongo, hace tanto tiempo que no voy por allí, desde... Bueno, cuéntame a quién has visto...

Cambia amama de conversación para dejar el fantasma de los muertos que descansan en paz en el pequeño cementerio.

–El Tuercas con el coche casi me mata, bueno, que me pilla. Los reflejos buenos tengo aún que si no... Menuda hostia que me ha dado, aquí, negro debo tener...

Fermín, con la mano derecha, se señala la parte dolorida por el golpe.

–Pero al cura no querrás porque... –amama le mira extrañada.

–Para tanto no ha sido, peor que este cacharrazo lo de esta mañana... No te lo cuento, en otro momento... Deja que te ayude con eso, que se te va a agarrar.

Amama le mira con gesto extrañado, no comprende bien qué es lo que le pasa y menos a cuento de qué tanta prisa por comer si sólo son las dos campanadas, que por cierto dan en este momento en el reloj de la pared de la cocina.

–Pronto es, ¿no te parece? Antes de las dos y media no se come los días de fiesta. Yo pocas ganas tengo, creía que era más tarde cuando os he visto. Voy a retirar otra vez el puchero del fuego. Javi no vendrá como pronto, hasta las dos y media.

Amama, confundida por la hora, aparta a un lado el puchero y lo deja en un rincón de la chapa donde la temperatura es templada.

–Pues sí. Siéntate y sírvete un vaso de vino, que te voy a contar la visita del cura, ya me he reído también, cuando le he dicho que Lorenzo ha comprado una buena enciclopedia y como un chaval anda leyendo todo lo que no aprendió en la escuela cuando era un mocoso. Más malo que el veneno era, por cierto, más de una

pedrada ya me echó a mí, y yo coitada, infeliz de mí, llorando a casa más de una vez me fui.

Fermín escucha sin oír lo que tantas veces le ha contado amama, su mente y su corazón están en lo que acontecido en lo que va de mañana, repasando hecho tras hecho, tratando de entender cómo le ha venido todo de golpe, cuando sin comérselo ni bebérselo, se encuentra metido en buenos líos.

–Cuando le he hablado de revancha con el médico y con Lorenzo a reír con ganas se ha echado. Me ha dicho que no puede olvidar las navidades aquellas... Lo pasó tan bien que un libro quiere escribir de tertulias de las nuestras. No sé para que le puede interesar eso a la gente, ¿no te parece?

Fermín, saliendo de su abstracción trata de contestarle con naturalidad.

–No hay quién entienda a los curas, a los frailes... –va a continuar con “ni a la madre que los parió”, pero dándose cuenta de que no sería lo más correcto, cambia el término un poco fuera de tono, por otro más adecuado.

–Ya sabes, ellos en la gente ven lo que no vemos los pecadores.

Fermín respira hondo por la ocurrencia que acaba de tener para contestarle a amama en un tono tranquilo.

–He confesar, también de paso.

Amama, con expresión libre de pecado y con una aureola llena de paz en sus ojos, sonrío feliz.

–¿Confesar tú, de qué? –ahora el que se muestra extrañado es Fermín.

–Todos algo guardado tenemos en el cajón del armario –amama mira con cara de picardía a Fermín.

Éste no puede resistir su mirada penetrante y desvía la suya fingiendo que mira a ver quién pasa por la carretera.

–En el armario, en el pesebre, en el tinako, en cualquier parte; total, cualquier sitio es bueno, bueno, si no viene el diablo y lo encuentra. Los curas, claro, siempre saben dónde está guardado, como las mujeres callar no sabéis, pues claro, ellos todo lo encuentran esté donde esté metido.

–Menos mal que no le conté nada, resulta que viene el cura y se

entera donde tengo las pistolas guardadas, porque ella cree que es pecado tener armamento en casa. No, si al final me las voy a tener que comer y encima callar, ni que yo fuera el culpable –piensa mirando a un punto de la cocina sin ver qué tiene frente a él.

–Pero ellos callar hacen, si no pecar harían también. Un problema y grande ya tiene que ser lo de tener que callarlo todo, pueden explotar con tanta bomba dentro –amama cae en la cuenta de pronto, de lo difícil que tiene que ser quedarse tantos secretos ahí dentro sin poder comentar con nadie y encima dar consejo a los feligreses, que cada uno es de una madre y ella diferente.

–Vamos a explotar todos de esta hecha que hay muchas formas de estallar, ¿no te parece? –pregunta Fermín, que en estos momentos se siente el ser más desgraciado de la tierra.

Amama lo mira compasivamente, y cogiéndole con sus manos las suyas, se las aprieta en actitud de infundirle ánimos.

–El domingo nos vamos a reír con todos aquí, el cura también va a venir, me traerá la comunión primero, y después se quedará a comer, me ha dicho.

–Eso, vamos a echar unas risas y después Dios dirá. Dame un vasito de vino y que sea lo que Dios quiera.

\*\*\*

### XXX

Regresan para Oquendo tras visitar a Agapito en el Hospital de Basurto, Eguskiñe y Fermín, sin mediar una palabra desde que salieron, en el coche de Fermín.

Bajando el Alto de Castresana, Fermín, preso de la depresión que le ha causado la vista de tantos enfermos, tantos rostros con señales evidentes de sufrimiento, quiere apartar esta visión pero no puede, la tiene fijada así como la máscara de oxígeno colocada en la cara del pobre Agapito, su pálido rostro, las ojeras que le llegaban de lado a lado de la cara y para colmo de males, la marimandona de la enfermera tomándole el pulso, que sin ninguna

contemplación le ha puesto el termómetro en la boca y encima se ha enfadado porque ha ido demasiada gente a verle, demasiados elementos juntos para el que en el fondo se siente el causante de tantos sufrimientos, sin contar con la pobre Mari y sus hijos... Mira que si se queda viuda y sus hijos huérfanos... ¿Y él? ¿Con remordimientos de conciencia toda la vida, total por querer coger unos caracoles?

—No los vuelvo a probar en la vida, así los cocine la mismísima amama... —piensa.

Eguskiñe también está impactada por el recuerdo de Agapito, y de la pobre Mari, junto a sus hijos. Suspira y no pudiendo seguir callada, sin dejar de observar a Fermín, en un tono inusual en ella, comenta:

—Pobre... Qué buena persona...

Fermín se siente peor de lo que está al oír el comentario y en tono asustado le pregunta:

—No se ha muerto ¿no?

—No, pero... quién sabe. ¿Te acuerdas de Águeda, aquella amiga de Acerniega? Pues así estaba y a la semana...

Fermín desvía la mirada de la carretera fijándola en la cara de Eguskiñe; ésta, que siente que la curva es muy cerrada y necesita de toda la atención, le recrimina cambiando de tono:

—¡Mira lo que haces, que viene uno de frente!

—Mira tú lo dices, porque tienes una manera de decir que ya estoy oyendo las campanas de la iglesia. ¡Vaya ánimos que me das...!

Fermín, dolido, ya que se siente culpable de la neumonía de Agapito, lo que necesita es que le reconforten, pero con las palabras de Eguskiñe, de pronto sólo puede imaginarle metido en una buena caja de pino.

—Pues el médico ya has oído lo que ha dicho...

Eguskiñe continúa en sus trece, extrañada del tono empleado por Fermín, al que últimamente no entiende.

—Pero puede equivocarse, ¿o no? También le dijeron a mi ama que yo no me salvaría cuando me operaron de apendicitis y mira por dónde, él se murió de un catarro y yo aquí estoy. ¿Te acuerdas

de don José? –pregunta Fermín descargando su mal humor.

–Ya lo creo, y de su hermano, se casó con Manuela, la de Jacinto; por cierto, ¿qué vería en aquella mujer? Más fea no la hubo.

–Lo que hay que ver en una mujer, pues eso... Una buena persona, una buena madre y lo demás sobra; no sé para qué te has pintao tanto para venir a un hospital. El pobre casi muriéndose y tú pareces que vas a la verbena de San Juan.

Fermín la mira de nuevo girando la cabeza olvidándose de lo que tiene frente a él que es la carretera, resbaladiza por el agua que va cayendo y que obstaculiza la visión. En el fondo, es que cada día está más guapa y, en vez de sentirse más satisfecho, es todo lo contrario.

–Pues si es por eso, lo mejor que podemos hacer es dejar lo nuestro, porque ya me tienes hasta, sí, hasta los cojones. ¿O tengo yo que meterme monja a estas alturas? No te jode, si a ti no hay quién te entienda. Antes que iba como una zarrapastrosa, andabas perdiendo el culo y encima no te hacía caso, y ahora que me arreglo, me pinto un poco... Porque Mari tenía pintados hasta los ojos, y es la mujer del pobre Agapito; no me irás a decir que no. O sea, que ella se pinta y yo como voy al hospital, me visto de luto. Lo tuyo no tiene arreglo. Anda que...

Va a continuar pero se calla, en el fondo se da cuenta de que Fermín tiene sentimiento de culpabilidad y eso le frena el continuar discutiendo para cambiar su tono de enfado por uno más dulce.

–Además, tú no tienes la culpa, él poca salud ya tenía. A mí Mari me ha contado que se quejaba desde hace algún tiempo y ella venga a decirle que fuera a hacerse una revisión, pero como a los hombres no se os puede llevar al médico, pues no le hacía caso. ¿Qué pasó? Que a nada que cogió frío el otro día, pues eso... se descacharró.

–¿Tú crees que andaba ya jodido de antes?

A Fermín las palabras de Eguskiñe le aligeran un poco ese sentimiento de culpabilidad que, en el fondo, es lo que le tiene tan afectado desde que le dijera Eguskiñe lo de su ingreso en el hospital.

–¡Pues claro! Aunque de pensión se queda bien, peor sería que...

Eguskiñe no termina la frase, quedándose pensativa en este punto, contemplando a través del cristal de su ventanilla la lluvia que cae ininterrumpidamente.

Fermín ha pisado el acelerador a fondo al escuchar la salida de Eguskiñe de muy mal tono para él. De buena gana le hubiera sacudido un soplamocos en toda la cara, como si fuese una niña irresponsable, porque sólo al diablo se le ocurriría una cosa así y quedarse tan fresco.

–¿Te has vuelto loco? Que si nos matamos se queda el Estado con nuestras pensiones, porque mis hijos poco iban a cobrar, ya son mayores.

Eguskiñe, cabreada, está a punto de sujetarle el volante para que frene, pero se contiene al comprobar que Fermín disminuye la velocidad del vehículo.

Guardan silencio ambos por un rato. Sigue lloviendo y lo único que se oye dentro del coche es el ruido del motor y el zumbido monótono del parabrisas en su rutinario ir y venir de un lado a otro del cristal delantero del coche.

Al cabo de unos instantes de guardar silencio, un poco más calmados los ánimos, Eguskiñe le coge la mano a Fermín que la tiene en el volante y, suspirando le dice:

–¡Qué le vamos a hacer...! No somos nada...

Fermín, feliz por el gesto de cariño de Eguskiñe, suspira también, la mira de reojo y sin decir nada piensa:

–A ésta no hay quién la cambie. No somos nada... dice la muy cabrona; me pasa a mí lo de Agapito y seguro que dice lo mismo... No somos nada... Y menos en calzoncillos... Yo, por lo menos... ¡No te jode la cabrona! Seguro que no se casa conmigo, porque le quitarían la pensión del marido... Claro, seguro que es por eso...

Fermín frena parándose detrás de una fila de coches que se ha formado ante la barrera del paso a nivel en el carril del centro, con el intermitente izquierdo encendido, esperando a que pase el tren para poder cruzar las vías, camino de Oquendo.

La temperatura es húmeda y un poco más fría de lo habitual en estas fechas del año. Eguskiñe con su traje azul marino en el que

destaca su lazo azul en solidaridad con Julio Iglesias Zamora, secuestrado por ETA, y un poco fino para la temperatura baja del exterior, coge impulsiva con ambas manos el brazo derecho de Fermín, acurrucándose contra él un tanto mimosa, cerrando los ojos. Está cansada y se siente aliviada al notar el contacto del cuerpo de Fermín.

Fermín, al sentir su presión y su cabello próximo a su cara, siente que sólo importa ese instante y que en este momento el mundo se reduce al interior de su vehículo, olvidándose de las miserias que acontecen fuera del pequeño habitáculo, deseando que el tren no llegue nunca para que él no tenga que arrancar el coche y Eguskiñe se quede así junto a él sin decir una sola palabra, suspirando pasa su brazo derecho por encima del hombro de Eguskiñe, en un gesto instintivo de protección.

La mira con todo el amor que siente y guarda silencio. Sigue pensando:

—Qué guapas están las mujeres cuando no hablan... Como gatitas se comportan. Se parece al gato de amama, cuando le pasas la mano por el lomo, se queda como Eguskiñe ahora, pero cuidado, porque como te descuides las uñas que las tiene guardadas las saca y pobre de ti... Ojalá el tren llegue hoy con retraso... Al final parece que el día se está arreglando, menos mal, no todo iban a ser desgracias; por si acaso, Fermín, lo mejor es que te quedes callado, no la vayas a joder... A joder, ¿qué más quisiera yo...?

\*\*\*

## XXXI

Amama ha bajado a la huerta. El día está espléndido, brilla el sol y la temperatura ha subido en relación con los días anteriores, por lo que al sentirse con energías, ha decidido dar una vuelta por la huerta para sentir sus olores y disfrutar del paisaje próximo al río, donde puede verse el incipiente otoño que, como cada año, desnuda a los árboles de sus ya ralas hojas, mostrando éstos con rubor sus ramas peladas.

–Otros años preparando la matanza estaríamos. ¡Ay, Jaungoikoa! Mucho trabajo da pero parece que me falta a mí también algo en la cocina, como desnuda está, igual que la higuera que va perdiendo las hojas. La cosa es dejarnos, a ti por una cosa y mi cocina por otra, desnudas andáis las dos. A ver... ¿Quién es el que me está saludando desde la carretera...? No le conozco, cualquiera sabe... A lo mejor es un pariente, de lejos cada vez veo peor y de cerca también.

El que saluda desde el borde de la acera se acerca a ella. Amama, al ver su intención, camina a su encuentro intrigada un poco sobre quién pueda ser.

A medida que se acerca la cara le va siendo familiar a amama... Su sonrisa, esa cara...

–¿No te acuerdas? Claro, después de tanto tiempo...

El timbre de voz le es familiar, recordando de pronto:

–Tú eres... a ver... el maestro. ¿Cómo te llamas? Ahora no recuerdo, qué tonta soy –amama con los brazos extendidos, abraza con cariño a don Roberto, el maestro amigo de la familia.

–Demasiado tiempo que no venía por aquí, pero al verte no podía pasar de largo sin saludarte. ¿Qué tal estás? Como una chavala, como siempre –le dice don Roberto abrazando a amama emocionado.

–Qué más quisiera yo que como siempre. ¿Qué tal por casa, todos bien? ¿No estará enfermo nadie? –pregunta amama con acento preocupado, porque los hijos a veces sólo vienen a ver los padres cuando se les comunica que están graves en el hospital o muertos en el cementerio.

–No, es el cumpleaños de mi padre y hemos venido a celebrarlo. ¿Y tú familia, cómo va todo? ¿Fermín y Eguskiñe se casan o son como los modernos de ahora...? –pregunta don Roberto a amama a la que tiene cogidas ambas manos.

–Ésos cualquiera sabe... Eguskiñe que... –deja en suspenso la frase sin concluir.

–¿Todavía sigue leyendo? Oye, ¿se le pasó aquello...? –pregunta con una sonrisa recordando la víspera de navidad de hace dos años, que se lo pasaron tan bien.

–Más que antes, cuerda parece que le han dado, pero es otra también. A no sé qué ha ido a Vitoria, no para de dar vueltas a un lado y a otro –le responde amama, con actitud de resignación.

–Eso es lo bueno, tampoco podía quedarse de brazos cruzados, ella vale y mucho –le responde sincero don Roberto.

–Ahora que recuerdo, ¿a qué no sabes quién viene mañana a comer?

Amama rememora también aquella víspera de navidad, iluminándosele los ojos.

–No, así no... –don Roberto con cara de no ser adivino le responde.

–Mañana tienes que venir. La revancha le ha pedido Lorenzo a don Ismael, ¿qué te parece?

Amama se echa a reír imaginándose a Lorenzo discutiendo con el doctor.

–¿Qué? ¿Qué revancha...? –don Roberto pregunta curioso.

–La revancha de ese día, como no pudo entonces con el médico, ahora está estudiando historias antiguas, y quiere la revancha. En casa los tengo a todos a comer. Vente tú también. Don Fernando también viene. Solo de pensarlo ya me estoy riendo –amama ríe feliz imaginándose las escenas que puedan ir surgiendo entre los dos contrincantes.

–¿Que viene también Fernando mañana? Espera... Había quedado con unos alumnos para hacer una escalada al Gorbea... Pero esto es mejor que subir al monte. Veré cómo lo puedo arreglar, lo teníamos todo preparado. Ya está. Les mandaré con Ignacio, un amigo mío. Así que a comer. ¿Y Felisa también vendrá, y Fermín?

Se va animando por momentos don Roberto, imaginándose a Lorenzo rompiéndose casi la mano frente al doctor.

–Pues vente con tu mujer si quieres...

Don Roberto se la queda mirando, dudando.

–No, a ella no le van estas reuniones, contento que la he podido traer a casa de mis padres, pero yo, seguro que haré lo posible –responde radiante de felicidad– No te he preguntado, ¿qué tal tus hijos, Ángel el de Madrid, y Eduardo el de California, cómo van?

–Para navidades vienen otra vez, estaremos todos. Quiere poner

no sé qué de una serrería. Eguskiñe no para de ir a un lado y a otro, a punto de comparar un monte andan. Yo contenta que los hermanos trabajen juntos. El dinero lo pone él, pero en buenas manos está, porque a Eguskiñe no se le escapa una peseta... –amama deja la frase en alto, feliz de que poco a poco todo se vaya solucionando.

–Bueno, amama, te dejo. Os llamaré más tarde para confirmarlo, pero seguro que mañana estoy aquí a comer. Por cierto, ¿qué nos vas a poner? –pregunta curioso don Roberto.

Amama duda en decírselo, pero puede más su deseo de ver la cara que va a poner al descubrirle el menú.

–Menestra de cordero y callos bien picantes con buenos pimientos secos, y de postre natillas.

–Cuánto tiempo hace que no como ni lo uno ni lo otro, desde que se fue un cocinero que había en el Mesón que ponía una menestra... pero seguro que la tuya es mejor, rebozados los espárragos, las alcachofas, ¿no? –pregunta curioso, imaginándose la cazuela con todos los ingredientes dentro de la misma, así como su olor, su sabor...

–... y las pencas de las acelgas –amama concluye contenta.

–Tú cocinas mejor que muchos cocineros, ya lo creo –don Roberto abraza de nuevo a amama prometiéndole venir mañana, llamando por teléfono caso de que surgiera algún problema.

–Hay muchas maneras de cumplir en esta vida, tú con tus chavales, yo con mis guisos; más de una siesta después... han traído más de un crío al mundo... –amama ríe al recordar a un primo suyo que después de una buena menestra, como la que va a poner ella mañana, se echó una siesta de dos horas con su mujer y a los nueve meses gemelos tuvo, chico y chica.

Ríen ambos sintiéndose cómplices de sus propias deducciones.

\*\*\*

Javi ha bajado también para ayudar con el cesto que tiene en las manos cargado de unos puerros y unas berzas.

Se le acerca por detrás sin que ésta se dé cuenta, con sigilo y con

ambas manos le tapa los ojos, con ánimo de jugar con ella.

Amama finge enfado, la estatura de su nieto, el tacto de sus manos y el olor corporal del joven le son inconfundibles, al recriminarle por la broma tan ingenua:

–¿Qué te crees que no sé quién eres? Seguro que algún gamberro.

Javi tiene que reprimir la risa por la fuerza que pone en sus palabras y el ímpetu con que trata de soltarle las manos.

–Si me pones la merienda te suelto, pero primero dime quién es el que te quiere más que yo, que voy por él y te traigo su cabeza.

Javi trata de imitar a un personaje de los teleñecos de la tele.

–¿Algún marica no serás por casualidad? –pregunta amama no pudiendo contener la risa.

–¿Yo, amama? ¿Ya me has visto la camisa que me ha comprado ama? Porque eso mismo le he dicho yo cuando la he visto, como es tan moderna... pero quiere que parezcamos payasos... Mira, mira... –le dice Javi a amama soltándola y dándole la vuelta para que le vea bien.

–¡Jaungoikoa!... ¿Pero eso lleváis los hombres ahora? ¿No es de...? Bueno, ya me entiendes.

Amama abre los ojos no dando crédito al conjunto de colores verdes, negros, marrones que mezclados no puede adivinar si tienen rayas, un paisaje o, simplemente, que los han lanzado uno detrás de otro y han conseguido el efecto que tiene frente a ella sobre la tela, hecha camisa.

–Pero hijo, ¿tú sales a la calle así...? –con las manos apoyadas en las caderas le pregunta perpleja.

–Ya le he dicho cientos de veces a ama que no me compre nada, que me dé las pelás y en paz, yo puedo comprarla. Mírala, sí, mírala bien, que lo único que me gusta de la camisa es que cuando le caigan manchas quedarán perfectas formando conjunto.

Javi también apoya sus manos en la cintura, moviendo resignadamente la cabeza.

–A propósito, ¿has visto a Maite? –le pregunta Javi evitando darle importancia.

–A la peluquería creo que ha ido. Oye, ahora que no me oye, ¿no

crees que un poco rara ya está? No la oigo cantar, estudiar no sé, pero algo raro le pasa.

¿Tú crees? –pregunta amama tratando de sonsacarle a Javi algún dato que ella no sepa.

–No, no me he dado cuenta; las mujeres cuando se enamoran con estar en las nubes ya tienen bastante. Creo que lo que le pasa es que está enamorada.

Javi dice estas palabras a la vez que recoge el cesto de enea que está en el suelo a los pies de amama.

–¿Tú sabes de quién? –le pregunta amama a Javi sabedora de que los hermanos se cuentan sus secretos antes de decírselo a su ama o a ella misma.

–Bueno, cosas de críos, sin importancia. ¿Oye, cuántos vienen mañana a comer? porque te he visto esta mañana sin parar en la cocina con las cazuelas –Javi trata de desviar la conversación, no quiere mentirle a amama, pero tampoco le quiere decir la verdad.

–Pues entre unos y otros, unos cuantos. Yo, por si acaso, he puesto para doce, si son menos sobraré, y si son más, pues ya nos arreglaremos también. Fermín ha comprado los callos y el cordero en la carnicería –hace una pausa y comenta– Bueno, raro también ya anda, ¿tú no sabes nada? –pregunta amama con acento lleno de preocupación.

Javi, que no esperaba esta pregunta, arqueando las cejas le contesta:

–No, como yo en esas cosas que hay entre los dos no me meto y como tampoco me comenta nada... Pues no sé...

Amama lo mira seriamente sin hacer ningún comentario.

Javi, que también ha percibido que de un tiempo a esta parte Fermín está como ido, serio y sin las ganas de broma tan habituales en él, cae en la cuenta que, en efecto, algo le debe de pasar porque en su semblante únicamente hay un gesto hosco, como si tuviera algún problema, que no se atreviera a contar a nadie.

–¿No será porque quiero ser socio suyo? ¿Se estará arrepintiendo de la oferta que me hizo el otro día...? Cuando le vea le preguntaré. Ahora el que se queda preocupado soy yo... Maite también anda desde que le dije que Enrique se tenía que marchar,

que con llorar ya tiene bastante. Como siga así, no sé qué va a pasar, no hace nada más que repetir que “odia la puta política y a los políticos que no hacen nada para que esto se acabe”. En eso yo también estoy de acuerdo y el pueblo es el que paga las consecuencias. Mi novia tiene encima de ella unos vecinos, que son una pandilla de chavales entre dieciséis y veinte años, que por los ruidos que meten en la casa tienen por lo menos un taller de chatarra. Ha ido a quejarse su madre al Ayuntamiento y a la policía, y lo único que le han dicho es que tomen pastillas para dormir. O sea, que tienes que denunciar si hay algo sospechoso entre los vecinos, pero cuando de verdad lo hay y el otro día con los gases que se desprendían en toda la casa, que encima eran tóxicos, casi se desmayó la pobre mujer, resulta que haces el gilipollas y los cabrones de ellos con risitas le contestaron a la cuarta vez que se quejó, que fuera a la policía. ¿A dónde hay que ir entonces, a la Comunidad Europea para resolver esto? Porque los polis fueron y con decir que no pasa nada ya tienen bastante.

Javi se ha quedado en silencio mientras camina detrás de amama, una idea ilumina su cabeza.

—¡La Comunidad Europea...! ¡Pues claro! ¿Y por qué no? Aunque seguro que los problemas de aquí, fueron más o menos parecidos a los que tuvieron ya en Belfast y en el Eire... Cuando quieren pueden acabar, estoy seguro, con el terrorismo, lo que pasa es que aquí todavía no les interesa acabar la “guerra”. Mucho llevo pensando yo y tampoco puedo verlo claro, todos queremos saber qué es lo que ocurre de verdad, pero en este mundo capitalista lo único que manda y tiene poder, son las pelás, y mucho les tiene que interesar que las cosas sigan así como están, a los gobiernos de España y de Europa, porque no quiero creer que aquí tampoco interesa la paz. Porque Kennedy quiso la paz, y lo mataron, también a Luther King, sin decir de Ghandi, el apostol de la no violencia. Indira Ghandi en la India, hasta al mismo Che Guevara en Sudamérica se lo cargaron, y aquí pasa lo mismo, que en todas partes donde quieren que la guerra no termine, la paz no les interesa. ¿Por qué? Porque la guerra da dinero a muchos y nosotros fuera de Euskadi tenemos repartidas las industrias, cuando recorrí

España de vacaciones, mi curiosidad me llevó a buscar nombres vascos de empresas repartidas por toda la geografía; descubrí mogollón de ellas en Burgos, en Madrid, mi tío Ángel me citó en un momento instaladas sólo de empresarios vascos en Madrid, lo mismo en Valladolid, Marbella está llena de inversionistas vascos, en Castellón, me contaron la cantidad de industriales vascos que han invertido allí, en Guadalajara... Y todas creadas desde que empezó ETA a echar a los empresarios de Euskadi. Mientras ETA mata y secuestra y pide el impuesto revolucionario, aquí nadie querrá invertir, al contrario, hasta los obreros se están marchando, los cualificados que les hacen falta en estas nuevas industrias, sin contar al mogollón de chavales de mi edad, que andan buscando un puesto de trabajo fuera de aquí. La mierda de la política, la mierda del capitalismo y los cabrones de los terroristas; a ellos que nadie los toque, porque los convierten en mártires, pero nuestros muertos sólo son un objetivo dentro de sus planes, y a joderse. Porque mi ama poca ayuda ha recibido de nadie, salvo de mi familia. Si yo pudiera hacer algo... algo, ¿y qué puede hacer uno solo contra estos asesinos? ¿En son de paz? ¿En son de guerra? ¿Otra vez enfrentamientos entre hermanos? ¿Continuamos con las guerras Carlistas? ¿Una guerra civil? Europa, si quiere, es la única que puede parar esta guerra, porque está claro que al resto de España nuestros problemas no les afectan y no les interesa solucionarlos. Al contrario, las industrias que a esta gentuza le estorban se van allí y solucionan los problemas de las restantes capitales de España. Bien para unos, y mejor para los otros, y aquí, me temo que al que quiera poner fin a esta guerra, como a todos aquéllos que han luchado por defender la paz, negándose a apoyar la guerra, se lo querrán cargar también. El dinero tiene el poder siempre, no los buenos deseos. No sé qué es mejor, cruzarse de brazos o involucrarse. Yo estoy hasta los cojones de aguantar, cualquier día tendré que enfrentarme a ellos como hace mi ama. Que le echa unos buenos cojones, pero yo creo que hay que ir más lejos, sí, yo creo que hay que entablar el diálogo con la Comunidad Europea y enterarse de qué planes tienen para el futuro de España y en qué lugar vamos a quedar nosotros con respecto a sus planes, bien sean

sobre terrorismo, política o economía, porque aquí va a estar el quid de la cuestión: como les intereseamos podremos respirar tranquilos, pero como sea lo contrario, ni puto caso.

Javi hace una pequeña pausa, con el ceño fruncido. Luego reanuda sus pensamientos:

–Voy a pedir una beca para hacer el último curso de carrera el año que viene en Lieja. Un amigo mío ya la ha solicitado. Hablaré con mi ama, seguro que me echará una mano. Hablaré con Fermín también para dejar para más adelante el plan de inversión que habíamos concebido juntos. Lo retrasaremos un par de años. Tengo que saber qué demonios pasa con Euskadi en Bruselas.

Javi camina despacio con la vista puesta en el suelo, apoyado su brazo derecho en los hombros de amama. Con el izquierdo sujeta el cesto que contiene varios puerros y una berza, pensativo, sin mirar a amama.

Ésta, ante el silencio prolongado de su nieto, lo saca de su abstracción al recordar de pronto:

–Ha llamado por teléfono un tal... No sé... Algún amigo debía de ser, porque no quería decir su nombre, ni de dónde llamaba.

–¡Ah, sí! Ya llamaré más tarde. Seguro que es alguno de la pandilla... ¿Qué hay para merendar? –pregunta Javi en un tono desenfadado mientras piensa para sí:

–¿Será Enrique? Lo más probable. ¿Dónde estará ahora? Ése seguro que está metido en algún lío y gordo.

–Te he puesto una tortilla de patata con una cebolla y jugosa, como a ti te gusta. Bueno, los peldaños estos cada día más altos me parecen. A ver cómo te agarro para no caerme.

Javi se queda quieto en el primer escalón, para que pueda cogerle del brazo izquierdo amama, apoyándose de esta manera e iniciando el ascenso sube despacio, uno a uno los peldaños de la entrada de la parte de atrás del caserío, por donde está la entrada que habitualmente se utiliza para subir al pasillo que da a la cocina.

–Despacio, sin prisa, amama, que la tortilla a mí me gusta fría.

Javi tranquiliza a amama que ve la intención de ésta de querer ir más deprisa de lo que sus pesadas piernas le permiten.

–Ascensor de éstos me vais a tener que poner dentro de poco, o si

no, bajar la cocina a la cuadra mejor sería, ahora que no tenemos vacas, así podría estar en la calle más tiempo. A Eguskiñe se lo voy a decir, ¿qué te parece? –pregunta amama encontrando una solución a la artrosis que cada día se apodera más de sus huesos, impidiéndola caminar con soltura.

–Bueno, entre Fermín y yo un fin de semana nos ponemos y con un poco de cemento y unos azulejos y Arcadio Basterrachea dirigiendo la obra, verás qué chula te queda. Hasta con chimenea.

Javi ve bien la idea de amama, sufre de verla encerrada en casa sin poderse mover muchos días, sobre todo cuando hace mal tiempo o está lloviendo.

–Así podría dedicarme aunque sea a plantar algunas flores –amama en tono nostálgico suspira.

–Claro, amama, pon este caserío con un poco de color, que desde que tú no bajas, ama tampoco lo hace y yo poco tiempo tengo con los estudios, sólo con la ayuda de Fermín pocas leches cogemos en la huerta y flores, menos –Javi aclara a amama tratando de consolarla un poco.

Suena el teléfono cuando ya están en el último peldaño. Javi deja a amama yendo corriendo hasta la cocina, descolgándolo y preguntando:

–¿Quién es?... ¿Dónde estás?... Claro, desde una cabina tampoco puedes decirme... que estás bien... se lo diré... descuida, que no pasa un día sin que pienses en ella... Sí, está bien pero preocupada... De acuerdo... sí, mucho. Agur.

Javi cuelga el teléfono y una sombra de preocupación se dibuja en su rostro.

–Mejor sería que la dejase en paz, ya se le pasará con el tiempo, hombres no le van a faltar, pero si este gilipollas la llama cada dos por tres, mi hermana se va a quedar pegada al teléfono esperando que suene cada día. No sé si decirle que la ha llamado o no –piensa mientras coloca los puerros en el fregadero terminando de limpiarlos con el agua fría del grifo.

–Bueno, me pongo el delantal de andar cocinando y en un santiamén te pongo la tortilla en la mesa. La tengo ahí, en el horno de la chapa, estará caliente todavía. Yo un café con leche tomaré

con unas galletas María –dice amama ya en la cocina.

–Amama, cuéntame cuando te enamoraste de aitita –va a preguntar a amama callándose de pronto al ver su paso cansino alejarse por el pasillo. Le cuesta creer que su amama en algún tiempo pasara por los mismos o parecidos problemas sentimentales que se derivan del amor. Por eso necesita saber que nada ha cambiado con respecto a los sentimientos amorosos en el mundo, antes y ahora, que Cupido no acierta en la diana. Cuando no es por una causa es por otra, qué difícil es de superar cuando la flecha de Cupido se desvía y hiere el alma de quien no puede corresponder en la medida que necesitan los enamorados, como en el caso de su hermana y Enrique.

–Cuando termine de merendar voy a ir al caserío de Fermín, tengo que preguntarle qué le parece este nuevo plan que se me ha ocurrido. Al extranjero no he salido todavía, mis amigos la mayoría han estado en Londres y en Francia, o en Norteamérica. Bueno, un día fui hasta Biarritz; fue como si no hubiera salido de aquí; los caseríos, la arquitectura de las casas, su etnia, es igual que la nuestra, la frontera es lo único que nos separa. Ahora ni eso, sí, creo que los problemas desde aquí no se arreglan, porque con enfrentarnos unos a otros ya tenemos bastante, mientras continuemos matándonos, lo único que conseguiremos es nuestro propio entierro. Desde fuera yo creo que hay que intervenir, si no lo hacemos los jóvenes, ¿quiénes tienen que sacarnos las castañas del fuego, mi ama? Ya está bien, yo soy un hombre y ya está bien de aprovecharme de las mujeres, ¿hasta cuándo? No lo soporto, quiero salir, sí, y ver desde otra perspectiva las cosas. Trabajaré de camarero... Ahora que recuerdo, tengo que entrar a las diez en el bar a servir copas. Ya tengo aquí un poco de experiencia, de paso puedo practicar también el poco francés que sé. Joder, también... A amama ni una palabra, para qué hacerla sufrir antes de tiempo. Todo será que Maite cuando se lo diga, se apunte a la solicitud de la beca, no sé si contárselo... Bueno, lo pensaré...

Javi está abstraído en sus pensamientos. Ha cargado la cafetera italiana de café y encendido la cocina de butano para que se haga más rápido y en una jarrita de porcelana ha echado la leche para calentarla dentro del microondas.

Cuando amama regresa del servicio se encuentra con su taza de loza blanca sin asas con el café y la leche mezclados, así como un plato lleno de galletas sobre la mesa.

Javi tiene también la tortilla encima de la misma, un trozo de pan de pueblo y un vaso de agua, no acostumbra a diario a tomar vino, salvo en algunas ocasiones especiales.

–Esto sí que es llegar y besar el santo. Malo cuando te empiezan a quitar terreno. Bueno, frío tengo también así que ese café con leche bien me va a venir para entrar en calor –comenta amama haciendo un gesto de estar helada.

–Siéntate y cuéntame cómo conociste a aitita –Javi pregunta a amama sin dejarla de observar.

Amama busca en el baúl de sus recuerdos el día y la hora del año... Y siente que el reloj ha dado marcha atrás en el tiempo conduciéndola por el túnel vertiginoso, deteniéndola aquella tarde de San Juan cuando recogiendo peras se le acercó Genaro para ayudarla en su tarea y... sus ojos se posaron en los suyos como mariposa en el polen de la flor, quedando ambos impregnados de miles de fragancias y sensaciones que culminarían al cabo de unas relaciones no exentas de obstáculos. Al cabo de un prolongado silencio, que a Javi le lleva a sentirse un tanto incómodo, temeroso de no haber sido oportuna su pregunta, amama, mientras echa azúcar en su tazón de café con leche, comienza despacio:

–¿Cómo conocí a tu aitita? ¿No te lo he contado todavía? –amama está extrañada por la pregunta, porque su vida, paso a paso, cree que ya la ha repetido en mil ocasiones diferentes, para incordio a veces de sus escasos oyentes: Fermín y Eguskiñe principalmente.

–Pues no, de tus amores nunca; ahora de la Guerra civil... Ahí te has pasado en muchas ocasiones, pero es que quiero saber si antes la juventud tenía los mismos problemas que ahora –Javi mientras mastica habla mirando de frente a su amama.

–Pues antes y ahora hay cosas que poca diferencia tienen; las modas pueden cambiarnos por fuera, a la hora de vestir, pero por dentro... El mundo, desde que es mundo, sigue igual. Lo mismo para hacer guerras que para acabarlas, y por amor muchos se siguen

matando también. Recuerdo un caso muy nombrado en Sopena, antes de la guerra, que el marido al verla en la cama con otro, sin pensárselo dos veces, cogió la escopeta de dos cañones de cazar y buena puntería tuvo, porque allí los dejó; y en Galdemes, una pareja de novios, de mi edad serían ahora, al tren se echaron porque en sus casas no estaban de acuerdo con que se casaran.

Amama está disfrutando de su merienda y de tener en frente a ella a su nieto escuchándole sus relatos antiguos.

–¿Tú habrías sido capaz de hacer un disparate por amor, amama?  
–pregunta Javi dejando de comer por unos momentos, pero recordando a su hermana que le tiene muy preocupado.

–Pues yo, enamorada ya estaba, pero para matarme... –amama deja en el aire la respuesta.

–En nuestra familia no ha habido ninguna mujer capaz de hacer eso, ¿no? –insiste Javi.

–Si de algo podemos presumir en esta familia, es de tener cabeza y no sólo para llevar moño... claro –le responde amama un poco intrigada. ¿Por qué le hará estas preguntas su nieto?, se pregunta curiosa, prosiguiendo:

–Pues mira, sin ir más lejos, tu madre enamorada está de Fermín y en cambio no pierde la cabeza, claro lo tiene, hay cosas antes que el amor. Mi ama, la pobre, que en gloria esté, dejó un gran amor porque era un juerguista. Mal lo pasó, pero el amor se le curó, y el juerguista siguió con sus juergas... Yo... –amama se calla, va a relatarle una historia pasada en la que ella también hubo de olvidar un gran amor para que su familia no sufriera entonces las consecuencias del escándalo y de su ruptura, pero omite dicho sucedido, sacudiéndose la cabeza y volviendo a las relaciones de Genaro, su marido, y ella.

–Pues problemas tampoco nos faltaron, por eso sería que cuanto más nos regañaban, a escondidas nos veíamos. Entre el trigo nos escondíamos. ¡Ay...! Todavía recuerdo su olor, el sol frente a nosotros y a mi amama buscándonos por todas partes. Como los ladrones a escondidas andábamos... –amama, con una sonrisa pícaro dibujada en su cara, mira a Javi, recordando a su marido cuando era un chaval también.

–¿Así que no os dejaban ligar? –pregunta conteniendo la risa Javi.

–¿Qué es eso de ligar? –pregunta en tono ofendido amama a su nieto.

–Bueno, que no os dejaban... que os vierais como rollo... Bueno, ¿cómo se llamaba entonces...? Eso, novios formales, ¿no? –aguantando la risa al ver la expresión de enfado de su amama, trata de corregir la pregunta causante del cambio repentino en su semblante.

–Entonces no era como ahora... O éramos novios o no salíamos con chicos; poca vergüenza tiene la juventud ésta cada día con uno... –amama le rebate enfadada dejando de mojar su última galleta dentro del tazón de café con leche.

Javi, al ver el semblante sombrío de su amama, y para hacerla cambiar de expresión, sólo se le ocurre preguntar.

–Cuéntame por qué no congeniaban los bisabuelos míos, que eran vuestros padres.

Amama da por finalizada su merienda, bebiendo el poco café que queda en su tazón, y secándose los arrugados labios, suspirando con una sonrisa mitad nostálgica, mitad divertida, comienza:

–Nuestros padres no congeniaban por razones de lindes entre ambos caseríos... Unas veces porque sus vacas pasaban a las huertas nuestras..., otras porque nuestras gallinas destrozaban sus sembrados revolviendo en busca de piedrecitas con las que comer y poner esos huevos morenos de cáscara dura, con una yema roja que no se acababa ni mojándola bien de pan... Lo cierto es que buenas broncas y buenas discusiones surgían entre ambas familias. Por fin mis suegros antes de casarnos se fueron a vivir a Alonsótegui, comprando mi padre la huerta que tantos disgustos nos dio. Pero al cabo del tiempo apareció Genaro hecho un hombre, un día de San Juan, quizás para recordar su niñez y me encontré frente a sus ojos; éstos quedaron clavados en los míos con tal intensidad que no pude apartarme de ellos, a pesar de que los padres de Genaro nos pusieron impedimentos, eso lo único que conseguía era atraernos más a los dos, aumentando en nosotros el deseo de amarnos y de vivir juntos toda una larga vida. Mucho sufrimos ambos por esta causa, hasta que llegó el primer hijo, Eduardo, y con él el principio

de una reconciliación. Si antes fueron las lindes de las huertas del caserío, las causantes de buenas broncas, después surgirían discusiones menores al querer llevarse el liderazgo de a quién se parecía más el niño si a los Olavarri o a los Aldecoa.

Amama relata por encima estos entramados familiares observando en su nieto un gesto exacto al de su suegro y meneaba la cabeza sin decir nada pensando para sí:

–Genaro no se parecía a mi suegro, ni en el blanco del ojo... En cambio este nieto... Lástima que no vivas para verlo por aquí seguro que acababan todas las discusiones.

Javi escucha con atención el relato de amama no quedándole ninguna duda en cuanto a que antes y ahora los tiempos no han cambiado aunque sí las causas de los problemas.

\*\*\*

Son las ocho de la tarde aproximadamente. Javi, después de haber merendado con amama ha repasado unos apuntes. Tiene un parcial el lunes y está seguro de tener bien preparado su trabajo. Se halla en su habitación sentado en su mesa de estudio. Se levanta desperezándose mientras recoge sus libros.

–Bueno, no puedo concentrarme, madrugaré mañana y me quedaré todo el día estudiando, pero ahora, antes de ir a trabajar al bar, tengo que hablar con Fermín, es el único en quien puedo confiar, él parece tonto, pero no, es más listo de los que creen los demás. Ya está todo recogido, amama está viendo la tele en la cocina, mi hermana no sé por dónde anda y mi ama no tardará en venir de Vitoria. Llamaré de todas las maneras por teléfono a Fermín, no vaya a ser que haya salido también, hasta las diez que entro a trabajar tengo tiempo. Le contaré lo de Enrique, a ver qué opina él de todo esto y de mi viaje a Bruselas, tiene que echarme una mano con mi ama, para convencerla de que tengo que hacer lo que creo que debo hacer, ella también hace lo que quiere. Quién le iba a decir no hace tanto tiempo que iba a involucrarse como lo está haciendo...

\*\*\*

Fermín, en la cuadra de su caserío, está dando los últimos toques de limpieza, esparciendo con la sarda unos montones de hierba seca entre los pesebres y en el suelo para que las vacas puedan echarse a dormir sin ensuciarse la piel y dejando bien surtidos los pesebres de alfalfa seca para que se alimenten, comprobando con cara de satisfacción que las cuatro vacas y la novilla están perfectamente atendidas, limpias y ordeñadas.

Tiene la leche depositada en sus correspondientes cantinas, para que el día siguiente se la lleven los de la cooperativa.

Suspira satisfecho dentro de la cuadra aspirando el aroma, a él le gusta esa mezcla de fuerte olor a hierba seca, a excrementos, a sudor de animal, junto con el sonido armonioso del mugir de las vacas y siente una paz que equilibra su estado anímico, un tanto agitado últimamente por tantos y tan graves acontecimientos que pueden traerle consecuencias imprevisibles.

—Con los animales da gusto: agradecidos son, y conformarse con poco hacen. Chavala, no te comas la alfalfa de Nemesio. ¿Por qué le pondría yo este nombre? Seguro que me acordé de mi tía la solterona, que muy guapa la cabrona, pero al cementerio todo se lo llevó. Como una que yo sé, que como no nos apesuremos un poco... Bueno, voy a dejar el banco éste en su sitio y voy a cambiarme y a ducharme. Hoy es sábado, iré a tomar algo al Mesón. Eguskiñe estará a punto de llegar; luego iré al caserío... Voy a llamar a amama a ver qué tal está de paso, jodida, seguro, pero, ¿cuándo vamos a acabar con esta situación? Ellos allí, yo aquí...

El timbre del teléfono lo saca de su abstracción. Girando sobre sus talones, apaga la luz de la cuadra subiendo por la escalera interior directamente a la cocina, donde tiene instalado el teléfono.

—Hombre, ¿eres tú, chaval...? Claro que estoy en el caserío... pues claro... faltaría más... Bueno, hale, te espero. Ahora mismo iba a llamar yo. No tardes.

Cuelga Fermín pensativo. ¿Qué querrá Javi...? Qué raro. Se queda preocupado y de pronto se le ocurre:

—Claro, es sábado y estará sin un duro... Voy a arreglarme antes de que llegue, si no luego se me hace tarde.

Fermín no ha terminado de ducharse y cambiarse la ropa de

faena por la otra de salir a la calle, cuando siente los pasos de Javi que le busca por toda la casa, llegando por fin a su habitación donde le encuentra a medio vestir.

La habitación es amplia con vigas oscuras de madera de roble, entarimado brillante de madera de nogal y muebles de castaño que denotan claramente que el poder adquisitivo de sus antepasados fue el propio de una buena economía.

–¡Hola, chaval! ¿Cómo andas tú por aquí? –pregunta Fermín terminando de ponerse los pantalones, subiéndose la cremallera.

–Bueno, lo primero, hola. ¿Cómo andas? –pregunta nervioso Javi.

–Yo bien, bueno... Bien... –va a decirle que no está bien del todo pero no quiere inquietar a Javi con sus problemas.

–Oye... Bueno, no sé por dónde empezar, estoy hecho un lío –le dice desde el quicio de la puerta de la habitación Javi, preocupado– ¿Con ama todo va bien?

–Bien, bien, pues no, pero mal tampoco –responde Fermín ya vestido saliendo de la habitación camino de la cocina.

Javi le sigue como un cordero al matadero, sin decir una palabra, su respuesta tampoco le ha confirmado nada. ¿Tendrán problemas?, se pregunta preocupado.

–Anda, siéntate ahí. ¿Quieres merendar algo? –Fermín le ofrece solícito.

–No, ya he merendado, gracias –responde Javi con un gesto negativo.

–¿Qué has merendado? –pregunta curioso Fermín.

–Bueno, te he dejado media tortilla –le responde Javi moviendo la cabeza.

–¡Con cebollita? –Fermín le pregunta haciéndosele la boca agua.

–Sí, con cebolla –le responde Javi divertido al ver la expresión de niño glotón, al que la simple mención de la comida tiene la virtud de hacerle olvidar todo lo malo que le acontece en el mundo, reflejada en su rostro.

Javi al cabo de un rato se desahoga contándole sus inquietudes, la relación de su hermana y Enrique, la huida de éste y el desconocimiento de sus motivos y la necesidad de saber más de lo

que se informa a nivel de la calle, lo mismo política como socialmente. Así como su decisión de posponer sus planes ganaderos para más tarde.

Fermín sentado frente a él en la mesa de bloque de mármol con madera en las patas y en los bordes, le escucha silencioso.

Los de Fermín son los únicos oídos que pueden escuchar sus confidencias, sintiéndose aliviado al terminar su relato.

–Bueno, bueno, me parece bien que quieras ver mundo, pero no te quedes enganchado por ahí... Aquí, poco a poco, todos estamos metidos en algún fregado. Yo problemas tengo también y no sé cómo resolverlos.

Fermín se mira las manos ásperas, fruto del trabajo duro de la fábrica y del campo, sin verlas... prosiguiendo:

–¿Te acuerdas del otro domingo que nos caímos al río Agapito, Nemesio y yo...? Bueno, aparte de la neumonía de Agapito, el pobre, hay más... No, si problemas tenemos todos, lo que pasa es que cada uno cree que el suyo es el más gordo.

Fermín relata su odisea con el paquete encontrado en el zulo próximo a la orilla del río, así cómo dónde lo tiene escondido y de cuantas piezas de artillería se compone éste.

Javi escucha sorprendido cada palabra que con gesto lleno de preocupación le va relatando Fermín. Si sorprendido se ha quedado al escuchar el hallazgo hecho por Fermín, no es menor su sorpresa cuando sale a relucir el nombre de Enrique como cómplice de la banda ETA, dado que fue él quién depositó las armas junto con un joven que él no pudo identificar.

Sin poder contener la necesidad de contárselo todo y como si la lengua se le hubiese desatado, relata Fermín a Javi la conversación escuchada en el bar de Llodio en la que participaba el padre de Enrique, así como la mención hecha sobre quien puso la bomba por equivocación en la mercería donde fue a comprar un encargo de su ama Mikel.

–Una confusión, así de sencillo, le confundieron con el propietario... –concluye en tono fatalista Fermín.

Javi quiere hablar, decir algo, pero no puede sino balbucear durante unos instantes.

–¡Joder, joder, qué fuerte, tío...! Simplemente se confundieron.

Fermín no está seguro de si debía o no haberle contado estos secretos a Javi, pero no podía seguir en silencio por más tiempo sin hacer un disparate. Se siente aliviado por un lado, pero por otro lamenta haber contado hechos tan importantes y de tanta trascendencia a un joven como Javi.

–No sé si he hecho bien, perdóname, pero los hombres, para ser hombres tenemos que saber aguantar todos los palos, ¿no te parece?

Fermín en el fondo está arrepentido de haber hablado, y ahora se siente culpable al ver dibujado en el rostro de Javi un gesto inequívoco de preocupación.

–Gracias, Fermín, eso demuestra que me consideras un hombre. Ya está bien de jugar a lo que no soy, te agradezco la confianza que has tenido. Y quiero ayudarte, pero estoy que me tiemblan las piernas. ¿Dices que lo tienes todo arriba en el camarote? –le responde en tono firme Javi, armándose de valor y superando poco a poco la fuerte impresión recibida.

Fermín asiente con la cabeza aliviado un poco por las palabras sinceras de Javi, pero no convencido del todo de si ha hecho bien en revelar le cuanto sabe sobre el asunto de las armas, así como de la participación del padre de Enrique en la muerte de su hermano.

–¿No tienes un pozo a cien metros de aquí? Pues vamos y lo primero que debemos hacer es echarlo todo dentro y lo llenamos de piedras y si un día estalla no creo que pueda matar a nadie. A la policía no se te ocurra ir a contárselo, porque no creo que puedan hacer nada ellos tampoco y además se enterarán los etarras, aunque estos chavales pertenecen la mayoría a Jarrai, los grupos de mierda que colaboran con HB, los lían bien, luego no pueden salir... Joder, qué asco, estoy hasta los cojones. Me parece que en Euskadi antes de aprender de memoria el catecismo, nos tendrían que enseñar qué cojones está pasando con la mierda de la política, quiero saber qué pasa yo también, seguro que los vascos que viven repartidos por Sudamérica, tampoco entienden qué es lo que nos traemos entre manos, ni cuál fue la causa...

Mira con cara preocupada Javi a Fermín. Éste se le queda también mirando sin comprender bien qué es lo que quiere decir.

¿Tendrán que ir sin más remedio donde Eguskiñe quiera? Porque tiene razón, piensa sin hacer comentarios al respecto, Fermín.

–Me voy a ir a Lieja –dice convencido Javi sin dejar de mirar con rostro triste el semblante preocupado de Fermín.

–¿Eso dónde está, en Navarra? No me suena.

Fermín trata de recordar ese lugar, pero no puede adivinar a qué pueblo se refiere de Euskadi, alzando su rostro hacia un punto inexistente de su cocina.

–No, eso está en Bélgica, en el corazón de la Comunidad Europea.

Javi cambia de posición en su silla reparando, mientras habla, en una fotografía de su madre con marco de madera antiguo, en uno de los dos aparadores de la cocina.

–Bueno, quité a mi ama y he puesto a la tuya... No te importa, ¿no?

Fermín, al percatarse de la mirada de Javi sobre la fotografía de su ama, trata de disculparse.

–No recordaba a mi ama tan guapa. Esa foto debe de tener...

–Javi trata de recordar, por unos momentos su mente se libera de la triste realidad, para descubrir dónde está hecha la fotografía, ya que no reconoce el monte que hay detrás de ella.

–Bueno, déjalo. ¿Has dicho Bélgica? ¿A qué hay que ir tan lejos, allí también van a manifestarse o qué?

Fermín no comprende a qué ir tan lejos, si por los menos fuese Madrid.

–Sí, allí se cuece todo lo que pasa en Europa, incluso en Euskadi

–continúa Javi, abstraído en la contemplación de la foto de su ama, con ese traje ceñido que la hace tan delgada y tan guapa.

–Pues si sabes lo que tienes que hacer allí, ya puedes empezar cuanto antes, porque como tardes un poco nos van a encontrar con taparrabos igual que los indios que descubrió Colón. Ayer cerraron dos fábricas más en Llodio.

A Fermín esta decisión le ha dejado perplejo, cuando Eguskiñe se entere... no quiere ni pensarlo, pero el tono decidido de Javi, junto con su gesto duro, no dejan lugar a dudas.

–Un año estaré por lo menos, creo... ¿Tú crees que se puede uno

dedicar al campo y a la política? –pregunta Javi intrigado.

–¡Pero bueno, explícate bien, chaval, porque esto es peor que las bombas que tengo escondidas en el camarote! ¿Qué cojones tienes tú que ver tan lejos, crees que allí saben lo que pasa en tu casa?

Fermín, lejos de sentirse aliviado por haberle contado sus secretos, se encuentra peor aún de la que estaba tras conocer la decisión de Javi.

–Fermín, me conoces mejor que ama, que amama y que la enana de mi hermana, y te digo que aquí no estamos ninguno seguro mientras la política siga como hasta ahora y mi ama tiene razón, hay que hacer algo –mira serio Javi a Fermín mientras pronuncia sus palabras.

–Algo, algo, tu ama no para de decir que hay que hacer algo, pero con algo no es bastante; mucho, diría yo...

Fermín mueve la cabeza fijándose en su brillante chapa económica sin una sola cazuela o puchero encima, nostálgico.

–No se parece esta chapa a la de tu amama; seguro que los callos buenos le han salido –rompe la conversación al comparar ambas cocinas, la suya y la de amama. Vienen a su mente los recuerdos de su niñez: la chapa siempre llena de cazuelas y pucheros, y su padre que era muy glotón levantando las tapaderas de cada una y aspirando su olor, disfrutando de los aromas más de lo que disfrutaba luego con los sabores.

–Deja de pensar en comer; ahora más que nunca debo yo hacer algo. Eso me has contado del futuro suegro de mi hermana, ni una palabra a nadie. Ella tiene que irse olvidando de esta gentuza. ¿Pero tú estás seguro de lo que me has contado? Eso es muy fuerte, tío.

–Palabra por palabra, ni una coma me he comido, estoy que exploto de la furia que tengo, ganas me entran de agarrarlo por el cuello. Sin pruebas no puedes denunciarlo. ¿Cómo voy y digo en la policía que he escuchado esta conversación en un bar, que es el novio de mi futura hija, que el que puso... la bomba es el futuro consuegro de mi mujer? Por loco me tomarían y a Bermeo me llevarían.

Fermín se levanta de la tosca silla de pino y empieza a recorrer la cocina de un lado a otro, con expresión colérica.

–No, si ya poco nos queda por pasar, que nos achiquemos, eso es lo que quieren con tanta provocación, pues mira, de no haber sido las cosas como son, no me habría planteado irme al extranjero, los grandes líderes han salido de situaciones límites, quién sabe si el que tiene que sacar las castañas del fuego soy yo algún día...

Javi, no muy convencido de lo que dice, mira a Fermín deseando que éste asienta aunque solamente sea con un gesto de cabeza...

–Mejor que tu ama, buena planta ya tienes, estudios no te faltan, y de conducta intachable, pues qué más tiene que tú Arzallus y los demás... Apellidos vascos también, herencia no te falta, ahora para ser político, algo más que ser bueno se necesita. Ya sabes... Hay que saber decir sin decir, hablar sin hablar, bañarse y esconder la ropa, conformar a todos y buenas palabras a los de derechas y a los otros... Bueno... Yo como ayudante poco te puedo hacer, pero al diablo lo veo venir antes de que asome el rabo... –Fermín se ha parado en medio de la cocina encendiendo un cigarro. Ofrece otro a Javi y éste, una vez encendido el suyo, aspira el humo con fruición, calmando así un poco su excitación y sus nervios sobrecargados.

–Yo de pocas palabras soy pero no me corto cuando tengo que hablar y con la razón menos –le responde Javi seriamente.

–Creo que empiezas a ser un hombre, y hacen falta chavales con ganas de contrarrestar a estos granujas. Que en política me veo metido yo también, aunque sea de portero para parar las tortas.

Fermín le da la mano derecha a Javi y con la izquierda le golpea el hombro, prosiguiendo:

–Entonces, manos a la obra; empecemos enterrando el muerto que tenemos arriba.

Javi se siente aliviado al escuchar las palabras de Fermín, estrechándole emocionado entre sus brazos.

La figura de su padre no podrá olvidarla jamás, pero Fermín para él, es ahora el tronco al que puede asirse en medio de la tormenta, seguro de que le conducirá, a través de las aguas revueltas, a la orilla del río.

\*\*\*

## XXXII

El domingo amanece después de una noche lluviosa y fría, con un cielo azul despejado y signos evidentes de que el día va a ser soleado y con unos cuantos grados más de lo habitual en los días precedentes.

Lorenzo se ha levantado pronto, antes que de costumbre, dejando dormida en la cama a Felisa.

Ellos viven en las afueras del pueblo en el barrio de Jandiola, fuera del pequeño núcleo urbano. El barrio está formado por una docena de caseríos próximos entre sí, suficientemente distantes unos de otros como para vivir con privacidad y lo suficientemente cercano como para no sentir la soledad.

—Bueno, los conejos ya tienen hierba para todo el día, éste hermoso se lo voy a llevar a María. A ver dónde cojones encuentro una jaula para meterlo, ése va a ser el problema.

Recorre con sus ojos inquietos el interior de la cuadra, donde descansan un par de vacas pintas, junto con un grupo, de no más de dos docenas de gallinas que dormitan también sobre un par de palos, y que poco a poco van desperezándose ante los constantes cacareos del gallo rojo de cresta erguida, que en su continuo kikirikí anuncia que hace rato que ha amanecido.

Un par de perros, sin ningún indicio de pedigree, chuchos, no muy grandes, ni muy agraciados, pero de mirada lista y penetrante, le siguen moviendo el rabo donde quiera que su amo vaya.

—¿No podéis quitaros de en medio? ¿A que me caigo todavía? ¡Largo de aquí! Sí, no me miréis con esa cara de lástima, ¿qué creéis, que al doctor no le voy a dar sopas con honda? Ése la guerra no la ha visto más que en la tele.

“Guau, guau”, le contestan ambos a la vez.

—Pues eso está mejor. A ver, tú, aparta también.

Un gato gris se ha cruzado celoso entre las piernas de Lorenzo, sin inmutarse ante los dos perros, que le vieron crecer hace tres años.

Bueno, las vacas hoy se quedan en casa; las gallinas me faltan. Las echaré un poco de borona, recogeré los huevos, también le llevaré una docena a María. Como pocos comemos nosotros, pues siempre me sobran. Además, hoy no viene a vernos la familia, ya saben que vamos al caserío de los Olavarri a comer.

Se detiene mirando en torno.

—Fermín vendrá a recogernos. Bueno, la cuadra ya está todo en orden. Voy a desayunar un poco, pero antes a ver dónde meto yo el conejo. En ninguna parte, con lo fiero que yo he sido, se me pone por delante la Eva Gardner en sus buenos tiempos y con mirarla ya tenía de sobra para dejarla enamorada... Más de una loca andaba detrás de mí...

Se queda mirando a los perros, hablándoles como si le comprendieran y éstos ladran afirmativamente al oír las palabras de Lorenzo.

—Pues eso, lo que no te comes en su momento, después te sobra, como los pantalones que cada día cuelgan más. Cuánto más viejo, más pellejo, ya lo creo, pero más sano también; si los chavales nos escucharan más, aprenderían de nuestros errores, porque todo es igual antes y ahora, a mí me lo van a decir... con las conchas que tengo encima. El mundo anda con el paso cambiado como Belmonte, aquel petitranco amigo de la mili, que no daba una desfilando, le pusieron en un pie una bota y en el otro un zapato, pues cuando el sargento decía: “un, dos, tres, uno, dos, tres”, a él había que decirle “bota y zapato” y aún así metía la pata cambiando el paso. La pata yo creo que andan metiendo unos con la política, otros con las drogas y los que quedan estudiando dejando los codos como mi nieto Roberto, poca salida les queda. Mal anda todo, barruntando tormenta. No sé en qué va a acabar todavía todo esto. Tengo que apuntarme aunque sea a auxilios especiales. Esta patria cabreada anda, unos por una cosa y otros por otra, pero de acuerdo no hay quién la ponga. Lástima que yo no aprendí antes cosas como en los libros vienen.

Se detiene como recordando:

—Ahora recuerdo, detrás del cedazo ése está la jaula que necesito.

Revuelve entre los diferentes aperos de la labranza depositados sobre unas estanterías, encontrando la jaula llena de polvo y de telarañas.

–Bueno, polvo no le falta, no se parece a mí... En fin, a ver si funciona la puerta...

Con ella en la mano la sacude con un trapo tratando de adecentarla un poco.

–El alambre de abrir un poco jodido ya está, pero esto lo arreglo enseguida.

Manipula la jaula Lorenzo y abre y cierra con normalidad la puerta. Se dirige a la jaula de grandes dimensiones donde alberga una docena de conejos grises y blancos, abre con cuidado la puerta y mete la mano sigilosamente. Todos los conejos corren asustados en diferentes direcciones, y casi se le escapan un par de ellos.

–¡Quietos o me lío a hostias con vosotros! Tú, déjate coger de una vez. Este se huele que va a la cazuela. Y tú, largo, que no das la talla, enano, como se dice ahora.

Más que hablar en voz alta ordena con todo el volumen de voz que tiene.

–¡Guau, guau! –ladran los perros alborozados y nerviosos al mismo tiempo. Por fin logra coger a uno de los más grandes por la nuca y lo saca de la jaula. El conejo se le resiste, consiguiendo con su actitud rebelar más aún a Lorenzo:

–No, si todavía este pura sangre se me va de las manos...

No termina de decir las últimas palabras cuando el conejo forcejea y, da un gran salto yendo a parar al suelo.

–¡Diantre! ¡Maldito sea! No corras tanto. ¡Quietos, Baltxa, Iru! –ordena por su nombre a los perros.

Los perros que ven libre al conejo, se dejan llevar por su impulso instintivo de cazadores yendo tras él como un rayo, los dos a la vez.

–¡Quietos, quietos! ¿A que me lo vais a comer todavía antes de tiempo?

El conejo busca refugio entre los fardos de hierba seca depositados a un lado de la cuadra, quedando oculto ante los ojos de los perros. Éstos, nerviosos, olfatean el lugar ladrándole sin cesar.

Las gallinas despavoridas saltan por toda la cuadra cacareando sin cesar, presas del pánico.

—¡Callaros, cotorras, mujeres parecéis!

Con los brazos en alto Lorenzo recrimina a las gallinas que como locas buscan refugio en los lugares más altos de la cuadra.

Mientras, los perros no dejan de ladrar como si estuvieran poseídos por el demonio.

Las vacas inquietas por tanto jaleo y asustadas por los ladridos de los perros, también se levantan una por una mugiendo.

—Sólo falta que la burra me dé una coz en medio del culo, para que terminemos de jodernos bien. ¡Rayos, truenos, centellas, como no os calléis todos prendo fuego a la cuadra! No sé para qué cojones me tengo yo que preocupar de vosotros, si sólo guerra sabéis darle. Como el gobierno, todos cacareando, pero orden nadie pone, así estoy yo: no sé si matar al conejo, a los perros o hacer un caldo de gallina. Apago la luz y a oscuras a ver si son capaces de meter ruido. Lo mejor será dejar que se calmen todos. Van a despertar a Felisa. Como en el Senado, gallinas cluecas parecen. Cacarear cacarean, si por lo menos pusieran huevos. También la luz habría que apagarles, total para lo que solucionan, y dejarlos encerrados hasta que se calmen y sepan qué decisiones tienen que tomar antes de jodernos a todos bien jodidos.

\*\*\*

Felisa ha despertado al escuchar tanto jaleo, su habitación se encuentra justo encima de la cuadra. Enciende la luz porque con el resplandor del nuevo día no es suficiente para que sus ojos ya cansados, puedan ver bien la hora que es en las agujas de su despertador.

—Éste cada día más loco está. ¿Para qué tendrá que ir a la cuadra si el hijo luego vendrá? Que se encarguen los jóvenes de esas cosas, pero éste se cree todavía que es un chaval. Vieja me llama a mí, en el espejo no se mira él. Hace bien, porque lo que veo yo ahí enfrente, mejor no mirar, y sin peinar menos.

Felisa habla en voz alta mientras se levanta de su cama antigua

de castaño, herencia de sus padres.

Todo el mobiliario fue heredado de ellos y nunca quiso desprenderse del mismo, aceptando únicamente los modernos aparatos domésticos de la cocina, que le facilitan las labores de cocinar, lavar, secar.

Un fuerte grito la saca de sus pensamientos, asustándola, es Lorenzo que, entre maldiciones y protestas lanza un quejido.

—¿A que se ha roto algo?

Rápida, sin arreglarse, se pone una bata encima del camión apresurándose hacia la puerta y atravesando el corredor baja las escaleras recién arregladas, que conducen a la cuadra.

—Menos mal que están bien, porque con los nervios que tengo me mataría si llegan a estar como hace tan sólo año y medio. Y tú, deja de quejarte, que esto parece, nunca mejor dicho, un gallinero.

Lorenzo oye los pasos de su mujer próximos, y con todo el coraje que le queda después de haber proferido mil juramentos, ordena a Felisa:

—Enciende la luz.

Felisa vacila.

—Deja de rérte y dame algo, aunque sea para lavarme la cara, tengo mierda hasta dentro de los cojones.

Felisa, aguantando la risa como puede, mete la mano dentro del bolsillo de la bata y saca unas cuartilla dándoselas a su marido, mientras sus ojos recorren la cuadra en busca de algo mejor.

Lorenzo la coge y se las pasa por toda la cara. Una vez libre ésta de excrementos y de orines, va a tirar las cuartillas al suelo, cuando con los ojos desorbitados, lleno del poco coraje que aún le queda, exclama enfurecido:

—¡Maldición! ¡Mis apuntes! Yo te voy a matar. ¿Has visto lo que has hecho?

Felisa con un trapo que ha encontrado en la mano, de pronto cae en la cuenta.

—Los apuntes.

—Pues claro, lista, los apuntes. Aquí estaban apuntados fechas y nombres que tú sabes que me cuesta meter en la cabeza, que no soy capaz de recordar en qué día he nacido. El médico se va a rér de

mí, ¿y yo no te dije que me los guardaras bien?

Felisa quiere aparentar disgusto delante de su marido para no irritarle más, pero tiene que contenerse las ganas de reír a carcajadas como sería de su gusto. Le responde sumisa:

—¡Que pena me da... Verte así sin conejo, sin apuntes y como no te duches pronto con agua bien caliente, seguro que con un catarro.

—Ya hablaremos, tú adrede lo has hecho, si tienes a quién parecerte retorcida, que eres una retorcida —Lorenzo lanza los papeles al suelo lleno de rabia.

—Este marido mío un día se muere en un arrebató, pero eso sí, con las botas puestas. ¿Pero qué hacías con la luz apagada en la cuadra? —Le pregunta Felisa como si no se dirigiera a él sino a las vacas que no dejan de observarlos a ambos, mugiendo de vez en cuando.

—¿Que qué hacía? ¿No te he dicho...? No, si a lo mejor crees que las estaba dando por el culo...

Colérico le responde Lorenzo, mientras trata de quitarse de encima parte de la suciedad que aún le queda por todo el pantalón.

—Quién sabe, con el tiempo todos cambiamos de gustos —le replica con retintín Felisa, sabedora del efecto que iban a causar en su marido, machista a ultranza, sus palabras.

—También podía ser que he querido cambiar de conejo, puestos así... ¿no? Mira el muy cabrón de donde sale —señala con el trapo sucio de excrementos de vaca en la mano, Lorenzo, en la dirección donde se halla el conejo escapado de sus manos.

Los perros, que también lo han visto, ladran desafortadamente lanzándose sobre él, éste vuelve a meterse en el mismo agujero por donde ha salido, con la rapidez de un rayo.

Felisa, moviendo la cabeza, gira sobre sus talones, esta vez sin poder contener la risa. ¡Ja, ja, ja!

—Sí, ríete, cabrona, a ti te quería ver, mis apuntes, mis chuletas, ¿a quién le cuento yo esto sin que se tenga que carcajear encima? Tras de puta apaleada... Sí que empiezo yo bien el día, este mano a mano está listo para sentencia. Con qué moral me presento yo, en inferioridad de condiciones estoy, con lo que me ha costado escribir solo. A ver cómo me las ingenio para quedar bien. Bien, lo tenía el nieto, que estudia y una mano me echó. Tendré que llamarle por

teléfono y que me dé los datos otra vez, pero conferencia es, leches, cara me va a salir. A ver, no son las nueve todavía, hasta la una tiempo tengo. Esta ropa la puedes tirar, Felisa, a la basura, porque si no voy a oler a mierda el resto de mi vida.

Felisa le prepara un baño bien caliente con un buen chorro de gel de baño; ha metido toda la ropa sucia de su marido dentro de un cesto de mimbre y tapándose la nariz le sugiere:

–Ponte a remojo porque tienes mierda para abonar un campo de patatas. Ya veo que te has caído dentro del pozo donde van a parar las orinas de las vacas.

Lorenzo la taladra con la mirada y aún furioso, le contesta:

–Y tú una cabeza que sólo te sirve para llevar pelo y poco. La conferencia la vas a pagar tú de tu bolsillo, como me llamo Lorenzo, o corto el teléfono. A ver qué pasa cuando no puedas hablar... lástima que no han vuelto a hacer una venta como aquella, ya habría comprado yo por lo menos un par de metros a ese precio. Pero para qué quiero los ahorros, si vicios tampoco tengo, buenos ratos he pasado leyendo y aprendiendo y el dinero a la postre, es lo de menos cuando ya ves que allí –dice señalando con el dedo al cielo azul– nadie se lo puede llevar, pero los buenos ratos pasados aquí, esos no te los quita nadie, y del agrado de Dios tienen que ser también, porque la gente malhumorada son las que más disparates suelen hacer, porque las personas cuando están contentas, no incordian. Así que Lorenzo prepárate, porque la que te va a ganar hoy en el debate no va a ser ni el médico ni el cura, ni el maestro, ni tampoco Eguskiñe, que ya sé que preparada también está, la que te va a dejar ko voy a ser yo, Felisa, tu mujer. Estoy viendo la cara de María. Prepárate, porque esta vez vamos a mearnos en las bragas. Descuidada esta vez no me vas a pillar sin recambio, porque sin estrenar tengo unas compradas el otro día en el mercado de Llodio, para la ocasión. Felisa, este día va a ser recordado toda la vida.

\*\*\*

Eguskiñe se ha levantado también más temprano de lo habitual, apenas ha podido dormir, ha estado leyendo y consultando sus libros hasta las cuatro de la madrugada.

Está contenta, la reunión de hoy la llena de satisfacción, también ella quiere estar no a la altura del doctor, sino por lo menos demostrarles a todos que su cultura ha aumentado desde el primer debate hace de eso dos años aproximadamente.

Conoce la historia de Euskadi y de Europa incluida, lo suficiente como para poder intervenir, conocimientos suficientes como para demostrar que dejó de ser aquella pobre ignorante. Todavía hoy no ha podido superar del todo la vergüenza que supuso el dejar que los demás hablaran y hablaran, mientras ella lo único que podía hacer era servir de comer y de beber toda la tarde y parte de la noche.

Como si le hubieran puesto alas en los pies recoge la habitación y la ropa sucia para meterla en la lavadora. Ordenando sus libros mientras acaricia los lomos de los mismos.

—A vosotros en parte os debo el cambio, me habéis dado buenos ratos, buenos conocimientos, buenas razones para vivir y sobre todo, mucha luz, lástima que a cambio me hayáis sacrificado un hijo. Quién sabe si algún día puedo yo escribir también alguna novela con lo que he aprendido, para que mi experiencia les sirva a muchos vascos para que comprendan y sepan las causa de por qué empezó a matar ETA y por qué siguen matando. Pero sobre todo, porque le conviene a más de uno que sigan matando. Es fácil hacer negocios sucios con la muerte, porque la guerra es siempre un negocio cruel, pero negocio al fin y al cabo y aquí no es diferente tampoco a otros países del mundo.

Eguskiñe habla con rabia en voz alta, quebrándosele las palabras al llegar a este punto. Se saca las lágrimas pasándose la mano derecha por los ojos, dándole los últimos toques a la habitación.

—Arreglaré también la de mi ama; más tarde desayunaré con ella, oigo sus pasos por el pasillo. Nerviosa también estará, seguro. Qué pena me da que no tenga veinte años menos... Mi ama es como yo, mejor dicho, yo soy como ella, sólo que luchando por diferentes causas. Sí, si yo pudiera escribir mi propia experiencia...

Eguskiñe siente una nueva luz dentro de sí con qué mirar a través de su ventana y el campo le parece hoy más hermoso, más

lleno de vida, a pesar de la desnudez de los árboles. Después del invierno siempre hay una nueva primavera, un canto nuevo de esperanza, piensa.

\*\*\*

Fermín, a la misma hora anda por la casa levantado, quiere dejarlo todo ordenado y en voz alta, comenta:

–Voy a darme prisa porque en el caserío de amama que hacer no faltará: botellas de vino y de whisky, coñac y alguna de anís llevaré también. En esa caja de cartón entrará todo. Hoy es mi cumpleaños, seguro que nadie se acuerda, pues una tarta con velas, ¿cuántas...? Bueno, con una hermosa será suficiente. Iré a la pastelería de Llodio a comprarla. Lo primero, de paso, allí tomaré el desayuno. Seguro que la cabrona de Eguskiñe no se acuerda ni del día ni de cuántos cumplo. Total, qué más da, para ella todo es lo mismo, ocho que ochenta. A ver que no falte nada: la caja de puros, buenos puros me ha dado en el estanco la chavala de Txaparro. Pegas no les pondrán.

Fermín repasa encima de la mesa de su cocina, cosa por cosa, y haciendo memoria de pronto, una duda le asalta:

–¿Le daré el chaquetón de pieles hoy? Bueno, qué más da, que en vez de regalarme ella a mí, le regale yo a ella, total, todo en casa va a quedar... Yo le llevo el regalo, no vaya a ser que me encuentre con que un día de estos los ratones se lo han comido y de comérselo que lo hagan en su casa, no en la mía. A la hermana menos mal que le compré otro igual; bueno, eligió la cabrona, claro, como le dije que lo mismo para ella que para Eguskiñe, para evitar problemas de celos, pues gusto y ganas no le faltaron. Ochocientas cincuenta mil pesetas con descuento y todo y pagao al contado... Pero qué cojones, qué sentido tendría yo en la vida si no es por Eguskiñe y por toda su familia...

Fermín va a su habitación y mirando a lo alto del armario, comprueba que allí sigue la caja con el lazo que contiene el chaquetón marrón de visón.

–Seguro que la cabrona pegas le pone, porque marrón es y lo quiere negro...

Sus pensamientos se disparan a la parte interesada del cuerpo de Eguskiñe, donde no va ir puesto precisamente el chaquetón de pieles, quedándose abstraído. De pronto sacude la cabeza dándose un golpe con la mano derecha cambiando de pensamientos.

–Como no me sirva esta estrategia y no me ponga fecha para la boda, a los dos fuego los voy a pegar.

\*\*\*

Javi no ha podido dormir bien hoy a pesar del cansancio de estar trabajando en el bar hasta altas horas de la madrugada.

Se levanta al escuchar en la cocina a amama y a su ama, se ducha bien para relajarse un poco y desayuna rápidamente.

Está taciturno y apenas pronuncia palabra, sin dejar de pensar en lo que Fermín le relatara, el nombre del asesino de su hermano y el hecho de que Enrique sea precisamente el causante del dolor que, por amor, sufre su hermana, son los grandes causantes de que en su cara se dibujen grandes ojeras junto con una palidez y un rictus amargo que no puede disimular.

Con el pretexto de cortar unas cuantas zarzas a la orilla del río, que están comiendo el camino entre su caserío y el de Fermín, sale con la azada al hombro dispuesto a desfogarse cortándolas.

Ya por el camino, se sube el cuello de su cazadora de paño, hace frío, aunque el sol ha hecho muy pronto su aparición y el azul del cielo anuncia un día despejado, la mañana es fría y húmeda.

Con gesto preocupado, habla consigo mismo mientras sujeta la azada con la mano derecha sobre su hombro.

–Vaya arbolado el nuestro, cuando se lo cuente a mi hermana... Porque no me puedo concentrar, yo tengo que estudiar hoy, pero cómo voy a concentrarme si tengo la cabeza que parece un programa especial de la NASA para ir a la luna, con más fórmulas dentro que un ordenador... A Inma quería presentarla un día de éstos a mi ama, pero cómo les cuento a mi hermana y a mi ama... Joder, ahora que empezábamos a funcionar con normalidad, dentro

de lo que cabe... con lo contentas que están en la cocina preparándolo todo... Tengo que hablar de nuevo con Fermín; voy a dejar aquí la azada, en una esquina, iré al caserío a verle, seguro que ya anda despierto. Necesito hablar, creo que hablar, aparte de decir gilipolleces, necesitamos todos, nunca había caído en la cuenta. No sé, pero de pronto, en poco tiempo, todo ha cambiado dentro de mí, no soy el mismo. Nadie en mi casa es el mismo. Es increíble cómo puede cambiar todo en tan poco tiempo, he dejado de ser ingenuo, ha llegado la hora de dar la cara aunque me la partan. Decidido, me meteré en política, no sé en qué, pero no se puede quedar al margen esperando que alguien arregle lo que otros desarreglan.

Javi camina mirando al suelo con paso decidido, necesita exponerle a Fermín todo cuanto está surgiendo dentro de él, motivándole para dar un nuevo rumbo también a su pequeña nave.

Respira con fruición el aire fresco, no contaminado, de la mañana, y ese aire limpio tiene la virtud de calmarle los nervios, dándole un impulso nuevo a su estado de ánimo.

Dando saltos de pronto siente que el cuerpo no le pesa y la mente le ha dado la respuesta, como si tuviera alas en los pies, estos inician una carrera desenfrenada, llegando en pocos momentos al caserío de Fermín.

Éste está metido dentro del coche con el motor en marcha, a punto de iniciar el viaje a Llodio.

–¡Para, para! –le grita Javi con los brazos en alto haciéndole señales en medio del camino.

Fermín al verlo, preocupado, desconecta el motor bajando el cristal de la ventanilla.

–¿Pasa algo?

–¿A dónde vas? –le pregunta Javi a su vez.

–¡Al carajo! ¿No tenías que estar durmiendo? ¿No vendrás de estar de juerga? –le recrimina Fermín deduciendo por su cara que el joven no ha dormido bien precisamente.

–Estoy para juerguear, tío, bueno, me voy contigo, tengo que hablarte.

Le dice Javi decidido subiéndose al coche y sentándose a su

lado. Fermín, desconfiado, pone de nuevo el motor del coche en marcha arrancando con cara preocupada, preguntándole:

–Hace frío. ¿Vamos a tomar algo en Llodio?

–Bueno, ya he desayunado, pero si tú quieres... –Javi se encoge de hombros, en actitud sumisa.

–Pues yo no he desayunado y por el camino podemos hablar de paso. Oye, lo de ayer... –va a continuar hablando, está preocupado Fermín por haberle involucrado en su secreto, pero no le deja proseguir Javi.

–Lo de ayer ha terminado de decidirme y me siento muy bien, hacía tiempo que no me encontraba tan a gusto conmigo mismo, y eso es lo que quería decirte. Puedes estar tranquilo, ya no tengo la más mínima duda: voy a dedicarme a la política, me iré a Lieja. No sé si serviré para Lendakari, pero aunque sea para pegar sellos, algo habrá que podré hacer yo... –concluye satisfecho Javi mirándole a Fermín agradecido por haber contado con él, al revelarle secretos tan importantes y hacerle cómplice de su descubrimiento así como por haberle sido útil deshaciéndose de todo el armamento.

–Tranquilo ya me dejas, cuando uno se hace hombre, debe de serlo para decidir por sí solo también. Demasiadas faldas tienes en casa. Tampoco te tienen que atar a la pata de la mesa. Vámonos a Llodio a por la tarta y de regreso pasamos por el caserío de Lorenzo y de Felisa, a la una he quedado con ellos. Buena enganchada nos espera hoy en tu casa. De política hasta la chimenea vamos a quedar, todos son ahora más papistas que el Papa. Yo escuchar y callar, con una tarde como la que nos espera, no tienes que ir... ¿a dónde has dicho? –pregunta Fermín al no recordar a qué país quiere ir Javi.

–A Lieja, Bélgica –le responde sonriendo, comprendiendo que tampoco sabe muy bien Fermín, en qué lugar de Europa se encuentra.

–Pues no tenías que ir tan lejos para aprender historias. Van a decir tantos nombres raros y tantos reyes, tantos sucesos, que con una lección de hoy te aprueban para ministro lo menos.

–¡Ja, ja, ja! –ríe Javi contento de poderse reír por fin. Hacía tiempo que no le brotaba la risa por las inquietudes y las dudas ante

el paso decisivo para su futuro que quería dar.

–Pero mañana hablaremos de lo de tu viaje con tu ama –le recuerda Fermín.

–Bueno, cuento contigo, vete abriendo tú el camino para cuando yo se lo diga –le responde Javi, pasándole el brazo por el hombro.

Fermín le mira de reojo sin apartar la vista de la carretera, sintiéndose también feliz y aliviado al tener con quien desahogarse hablando y una vez ocultado el armamento que hacía varias noches que no le dejaba dormir tranquilo.

–Qué chaval, como si fuera hijo le quiero, es noble y bueno, juventud así nos hace falta para el nuevo reemplazo... –piensa Fermín orgulloso y feliz también, mientras el coche sale del pueblo en dirección a Llodio.

\*\*\*

Maite se ha ido a casa de su amiga Sonia a comer, después de haber ayudado a amama y a su ama con los preparativos de la comida.

No tiene el día precisamente para celebraciones; últimamente nada le sale bien, en sus estudios no puede concentrarse, cada vez que el teléfono suena corre hacia él como una desesperada.

Tiene miedo de que cualquier día en la televisión o en la radio aparezca como noticia de algún hecho violento el nombre de Enrique. Sabe que tiene que dejarlo, no es posible una solución con él, pero está muy enamorada. No puede creer que Enrique haya ido más lejos de una simpatía hacia HB, pero las dudas están siempre como sombras en la noche acorralándola.

¿Por qué se ha ido de repente? ¿Por qué no se ha despedido de ella? ¿Por qué ha hablado con su hermano por última vez? Son tantas preguntas porque el amor que siente hacia él es zarandeado como el castaño en octubre, víctima propicia de los vientos que consiguen con sus movimientos que las castañas caigan al suelo y puedan ser pisoteadas por el hombre, librándolas de la envoltura dura y llena de pinchos que ocultan la hermosa castaña. Así se encuentra ella zarandeada por las dudas, los miedos y ese gran amor víctima de los elementos.

–Tengo que tomar una decisión, lo sé, y cuanto antes lo haga mejor, no puedo pasarme la vida esperando que suene el teléfono a sabiendas de que no llama porque podrían averiguar dónde se encuentra oculto, y si está oculto es por algo. ¡Voy a explotar! Hablaré con mi ama, me iré con mi tío Eduardo a California, aprenderé bien el inglés el curso que viene; ya no soy una niña, nada es igual que antes, no podré olvidarlo, pero tampoco puedo vivir toda la vida esperando. Mañana hablaré, hoy con tanto jaleo, no tienen tiempo ni ganas de escucharnos. Además no debo de preocuparles, que se diviertan, lo necesitan, aunque no entiendo cómo lo pueden pasar bien después de haber trabajado tanto, en preparar tanta comida, tanto plato, tanto mantel y tanta servilleta.

–Bueno, ya está todo listo, yo me despido, entre tanto carroza yo no pinto nada.

Se despide de su ama y de su amama con la mirada perdida y el corazón cansado y triste.

–No sé, pero, ¿qué le pasa a Maite? ¿Tú sabes algo? –le pregunta Eguskiñe preocupada a su ama.

Están arregladas ambas para recibir a sus invitados. Han insistido en que el debate sea en la cocina como la última vez.

Amama, sin apartar la vista de la ventana, desde donde se distingue la silueta de su nieta, con expresión preocupada que trata de disimular delante de su hija, le responde sin mirarla, suspirando:

–El amor todo lo cambia, hasta el color de las rosas, en este caso creo que alguna dificultad debe de tener mi nieta.

–Bueno, si sólo es eso... –le responde Eguskiñe sin darle demasiada importancia, terminando de ordenarlo todo, comprobando satisfecha que los invitados pueden empezar a llegar cuando quieran.

Su ama la mira pensando para sus adentros:

–¿Le parecerá poco con diecinueve años estar enamorada y tener problemas con el amor? Porque algo me dice que a mi nieta no todo le va de color de rosa precisamente.

\*\*\*

### XXXIII

El primero en llegar al caserío, es don Roberto, el maestro. Llama al timbre y le abre la puerta Eguskiñe sonriendo abiertamente, con los labios bien pintados, los ojos con ligero retoque de rímel y el pelo recién teñido y recién peinado.

–¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás, y la familia? –Eguskiñe pregunta contenta, sin darle tiempo a responderle a ninguna de sus preguntas.

–Bueno, tirando... ¿Qué te has hecho, Eguskiñe, pareces otra? Cada día estás más guapa –le responde don Roberto abrazándola contento de volver a verla de nuevo. Salvo en ligeras ocasiones en Llodio donde se han saludado hablando lo justo para preguntarse por las respectivas familias, no han tenido ocasión de hablar de ningún otro tema, más allá del saludo protocolario.

–Bueno, ya sabes tú que renovarse o morir... ¡Pasa, pasa, que alegría! Eres el primero, no tardarán en llegar los demás. Don Ismael ha llamado diciendo que se retrasará un poco, que no le esperemos para comer –Eguskiñe habla por el pasillo mientras se dirigen a la cocina, donde amama está con su moño bien hecho, su vestido lila con pequeños dibujos y su impecable delantal de color negro, esperando, dirigiéndose, al ver a don Roberto, hacia la entrada de la cocina con los brazos extendidos y una sonrisa emocionada.

–Cada día te pareces más a tu madre. Pasa, pasa, ¿Cómo andan los chavales, dando guerra, como siempre?

–Antes y ahora, amama, todos nacen sin saber leer y escribir, así que siempre repitiéndose la misma historia –se queda mirando a ambas mujeres y exclama con una sonrisa:– Cada día estáis más guapas, a ver si le dais el secreto a mi mujer –dice don Roberto emocionado abrazando a amama.

Pasan unos segundos abrazados y amama se separa un poco de él para verlo mejor.

–Las canas te han aumentado me parece, pero el pelo hermoso lo

tienes todavía –le dice feliz de verlo de nuevo.

–Parece que fue ayer... –comenta don Roberto pasando por alto el comentario de amama, mirando cada rincón de la cocina.

–El tiempo pasa tan rápido, que cuando quieres darte cuenta, pues eso, que nos dice que como las campanas del reloj cuando marca las horas, un campanazo una hora más, un achaque nuevo una merma más y hasta llegar a la vejez –le responde amama encogiéndose de hombros.

–Bueno, déjate de esas cosas, que los únicos viejos son los trapos, ¿no te parece? ¿Qué quieres tomar? –pregunta Eguskiñe solícita.

–Nada, gracias, todavía recuerdo, ¿cuánto turrón de almendras comimos, sin contar lo que bebimos? Me acuerdo muchas veces de aquella tarde, fue memorable...

Don Roberto fija su mirada en el fogón donde se hallan las cazuelas preparadas, la chapa de carbón encendida, el fuego bajo apagado, luce un sol radiante y aunque la mañana es un poco fresca, no lo es lo tanto como para tener que encenderlo. Algo echa de menos don Roberto, recordando de pronto:

–¡Ya sé, los chorizos! Es ahí donde estaban, ¿dónde están? –dice señalando el techo limpio de ristras de chorizos como sería ya lo habitual.

–Este año no hay cerdo, no tengo tiempo, con tanto ir y venir... –Eguskiñe se disculpa con un gesto de su cara, que dice bien a las claras que no se puede estar en misa y repicando.

–Los tiempos... A ver si estos jóvenes reaccionan y colaboran para que no se pierdan todas las tradiciones... –responde don Roberto con un gesto de duda reflejado en su rostro.

Eguskiñe, cambiando de conversación, le cuenta sus nuevos planes, el deseo de su hermano de invertir en Oquendo, la compra de la serrería, etc... Don Roberto no puede por menos, después de escucharla en silencio lo mismo que amama, de darle su opinión al respecto:

–Me parece fantástico tu forma de reaccionar, hay que tirar para adelante, pase lo que pase. Amama, qué hija tienes, vale mucho, hace falta mucha fuerza de voluntad en estos tiempos para ir

tirando. Cuando no es por una causa es por otra, pero nos quitan las ilusiones y las ganas de adoptar cualquier actitud lo mismo política que económica. En fin, me parece fantástico, vuelvo a repetir, tu forma de enfocar el futuro mirando hacia delante –responde don Roberto preguntándole a continuación por la familia uno por uno.

\*\*\*

Poco a poco, en un intervalo de media hora, han ido llegando al caserío los demás invitados. Los saludos se han ido repitiendo, las mismas preguntas de siempre sobre la familia, centro y eje de cómo están cada uno de sus miembros.

El doctor ha vuelto a llamar diciendo que llegará a la hora del café, y que le disculpen por no poder comer con todos ellos.

Lorenzo está ansioso y a la vez preocupado, las chuletas apuntadas no son del todo de su agrado, hay varias fechas, que duda sean las correctas, no oye bien pese a que no hace mucho tiempo le limpiaron la cera que tenía incrustada en los oídos, aumentando su capacidad auditiva.

Felisa y amama se han sentado una cerca de la otra. Amama en su sitio habitual de espaldas a la ventana frente a la puerta de la cocina, los demás: el cura, el maestro, Fermín, Javi, que ha decidido quedarse ante la insistencia de Fermín a que participe en el debate, el punto de vista de un joven difiere mucho del de alguien de cincuenta y no digamos de otro de setenta o de ochenta.

Con lo que las opiniones van a ser vistas con la objetividad que incurre la perspectiva de tres generaciones reunidas en torno a una mesa común, pero con unas vivencias diferentes que han conformado sus diversas opiniones.

Fermín no ve el momento de sentarse a la mesa, pasando por alto tanto saludo innecesario a su modo de ver. ¿Para qué tanto palique? Lo mejor es ir al grano directamente. El tío de Roberto se ha muerto, ¿y qué? si apenas lo conocíamos; la hermana de Felisa casi, casi, con noventa años, ¿qué espera, casarse y tener hijos? No entiendo cómo les gusta tanto a amama y a Eguskiñe saber cómo van todos, si queremos tener hijos o una huerta llena de berzas,

Eguskiñe y yo. A propósito, preguntaré a Eguskiñe por Agapito, teníamos que haber ido a verle hoy, pero vete tú a saber a qué hora terminaremos... –piensa con un vaso en la mano mientras habla contestando a tres al mismo tiempo. En uno de esos silencios milagrosos, Fermín puede preguntarle a Eguskiñe:

–Oye, Agapito, ¿qué sabes de él?

Eguskiñe, preocupada e interrumpiendo su conversación con don Fernando, el cura, cambia su semblante alegre por otro de preocupación, titubea, antes de decirle que Mari la ha llamado por teléfono temprano, para decirle que el estado de su esposo es crítico y le han ingresado de urgencia en la UVI.

–Bueno, no está muy bien, la verdad es que... Déjalo, ahora no podemos hacer nada.

A Fermín no le satisface esta respuesta, pero considera que tampoco es el momento más oportuno para hablar de su amigo delante de todos.

Por lo que sin más, hace una señal a todos los reunidos después de mirar antes a las agujas del reloj, indicándole éstas de que ya va siendo hora de sentarse a la mesa.

Como movidos por un resorte se aproximan todos a la mesa, mientras las sillas correspondientes son arrastradas, con el consiguiente ruido buscando la colocación correcta.

Eguskiñe es la única que se mantiene de pie, para poder ir sirviendo la mesa poniendo en medio de la misma una gran cazuela de barro llena hasta el mismo borde de menestra de cordero.

Fermín, con sólo verla olvida todos los problemas, incluido el empeoramiento de Agapito, para concentrar el paladar, en el sabor de la menestra preparada por amama cuyo solo aroma transporta al Paraíso Terrenal.

–Ésta no la has hecho tú, no... –pregunta con malicia a Eguskiñe, con los ojos iluminados por la visión.

Eguskiñe titubea y ante la presión que ejercen todos los ojos fijos en ella, contesta tratando de ser natural:

–Hoy la ha hecho mi ama, porque si la hago yo a lo mejor enveneno a alguien... –esto último lo dice con rintintín.

Ríen todos sin dejar de prestar atención a Eguskiñe, que va

sirviendo el contenido de la cazuela.

–De más hay, creía que seríamos diez o doce, de sobra va a quedar.

Comenta amama viendo que va sobrando la mitad de la cazuela, después de que Eguskiñe llene con buena medida los platos de todos los presentes.

–Más vale que sobre que no que falte. En casa de mi nuera cada vez que voy, con hambre me suelo quedar, come menos hoy la juventud que un pajarito –responde Felisa con el semblante risueño.

–Tú come así y el día que te mueras con grúa te van a tener que sacar de casa –Lorenzo le responde a Felisa mirándola preocupado comparando a amama con su mujer que tiene diez kilos más por lo menos que amama.

–Pero lo satisfecha que está en la cara le sale, amama y yo tristes solemos estar muchos días a la hora de comer, buena figura ya hemos cogido, pero a cambio hemos pagado con la falta de risa. ¿Quién puede reírse a gusto y dormir contento si en la tripa se están peleando las acelgas y las lechugas? ¿Eh? Pues como pesos ligeros pocas hostias se dan y el resultado está a la vista: buena figura, pero pocas risas también; hoy hasta reventar voy a comer, ya veréis cómo me inspiro después yo para contar cuentos, el que va a ganar el debate haciendo gracias, voy a ser yo –Fermín comenta, eufórico.

El cura, Javi y los demás asienten en que razón no le falta y los comentarios se suceden en torno a personas que quieren adelgazar y la sociedad moderna donde cada día proliferan más los regímenes para perder peso, y rara es la tertulia donde no hay un par de personas que estén haciendo régimen o la vayan a empezar mañana mismo. Ese mañana que no siempre llega, porque un régimen nunca se hace por placer, sino porque en los cánones de belleza que la nueva sociedad impone las personas gruesas no encuentran su sitio.

Acaba de bendecir la mesa don Fernando, cuando sienten un coche aproximándose al caserío. Eguskiñe y amama se miran y ésta se levanta de la mesa para ir a la ventana para ver quién llega.

–No entiendo de coches, pero si no me equivoco es el de

Carmen, me parece –dice amama volviéndose a los presentes.

–Pues llegan a tiempo, más vale llegar a tiempo que rondar un año.

Dice Eguskiñe acercándose a la ventana y retirando la cortina comprobando que en efecto es Carmen con su marido Nemesio.

Se dirige hacia la entrada para abrirles. A Fermín esta interrupción no le hace ninguna gracia y así lo manifiesta:

–Inoportunos ya son pues, nada de preguntar cómo están y que se sienten, que fría no se puede comer la comida –dice con expresión de pocos amigos a Eguskiñe.

Ríen todos por la transformación sufrida en el semblante de Fermín, que ha pasado de la felicidad más absoluta a la contrariedad más recalcitrante.

El cura y el maestro se han sentado el uno junto al otro, a la derecha de amama está Felisa y enfrente tiene a su marido. Javi está sentado al lado de Felisa, junto al cura y al maestro.

–Que se sienten al lado de Roberto, Carmen y Nemesio –dice amama señalando apretándose un poco al lado izquierdo de la mesa, mirando desde la entrada de la cocina.

Fermín se ha levantado como si tuviese un cohete y con velocidad de relámpago, ha puesto platos, cubiertos, servilletas, y vasos sirviéndoles el guiso de menestra antes de que Carmen y Nemesio lleguen a la cocina, para de esta manera no perder un minuto.

–Ya estáis ahí, pues rápido que se queda frío.

Carmen sorprendida y un poco cortada por llegar tan tarde, titubea dentro de la cocina, después de saludar con la mano a todos los presentes.

Nemesio, con una tarta en la mano, entra en la cocina después de su mujer y con una sonrisa afectuosa, saluda con un:

–Ya hemos venido, ni moverse, ¿aquí nos sentamos? Pues, Carmen que se enfría, déjate de remilgos.

Carmen obedece y sin esperar más Fermín introduce su tenedor en la menestra. Acto que es imitado por todos mientras el reloj da tres campanadas, una detrás de la otra, sin ser interrumpidas por ningún comentario.

Nemesio mira a unos y a otros que con muestras de apetito dan buena cuenta de la menestra y haciendo una pausa se queda mirando a todos y con socarronería comenta:

–Me recordáis aquel chiste que están todos los familiares después del entierro comiendo como ahora y cerca del cura está uno que con velocidad de relámpago come como un descosido y el cura le pregunta para que haga una pausa y se pare un poco: “¿De qué murió tu padre, hijo mío?”, “De repente” le contesta sin dejar de atacar las alubias con la cuchara.

Fermín, que se da por aludido, con mal talante le responde:

–¿Esa indirecta no será por mí?

Ríen todos con ganas que se han dado cuenta de con qué rapidez terminaba un plato Fermín y se estaba sirviendo en ese momento el segundo.

A amama casi se le atraganta un trozo de carne de la risa y Felisa tiene que hacer verdaderos esfuerzos para que la comida que tiene dentro de la boca no se le dispare a la cara de Lorenzo con lo cual el cuadro iba a ser completo.

–Tú te vas a ahogar, pues así se murió su padre de repente, no le veo la gracia al chiste –Lorenzo con cara seria le responde a Nemesio.

El cura y el maestro han tenido que dejar de comer muertos de risa, Javi esboza una sonrisa, mientras comenta para sus adentros:

–Estos carrozas se ríen por cualquier cosa.

Eguskiñe mira a Carmen encogiéndose de hombros y comentando:

–Pues no es para tanto, esa excusa la tengo al lado cada dos por tres –lo ha dicho con malicia mirando a Fermín.

–Eso, sólo faltaría que cada día me preguntes de qué murió mi padre... –Fermín le contesta con la boca llena casi sin poder hablar.

Las risas se suceden creando un ambiente alegre y lleno de anécdotas y de sabores.

Después de haber dado fin al segundo plato de menestra, Fermín alza el plato vacío en la mano para llenarlo de nuevo, cuando la mirada penetrante de Eguskiñe le dice que ya es suficiente. Fermín titubea como un niño cogido en falta, mira a un lado y luego a otro,

de pronto todos los ojos están fijos en él.

Sacando todo el coraje que le es imprescindible no sabe de dónde le sale la respuesta:

–Por si hay muertes repentinas...

Ríen todos de nuevo.

Eguskiñe mueve la cabeza y con cara de contrariedad, comenta:

–Entre una mujer y una cazuela como ésta, no lo dudaría...

Vuelven a reír todos menos Fermín que dejando de comer, con cara de pocos amigos le contesta:

–Pues ponme tú a prueba a ver qué pasa, y para que veas, ya dejo de comer, porque todavía no me habéis felicitado, los años hago hoy, pero claro, un día más y un año más...

Ahora todos estallan en una gran carcajada, felicitándole sin levantarse de sus sillas.

–¿Cuántos te caen?

–Que los cumplas con salud.

–No aparentas tantos.

¿Qué regalo te han hecho...?

Amama, un poco avergonzada por no haberle felicitado cuando ha llegado, ya que como han ido llegando a la vez, se le ha pasado por alto. Para disculparse, sólo puede decir:

–El regalo ya lo tengo.

–Ya sé que a ti no se te pasa así como así... Pero en cambio a otras...

Mira a Eguskiñe, que un poco colorada por el olvido y porque tampoco le ha comprado nada, sólo puede balbucear:

–Y qué más da uno más o menos...

–Sois unos chavales, pero Eguskiñe, un detalle... –Felisa risueña con cara de picaresca, comenta.

–Eso, un detalle... –comenta don Roberto malicioso.

Vuelven a reír. Nemesio, con un vaso de vino en la mano y a modo de disculpa, se levanta de la mesa con cara llena de satisfacción.

–Porque este invierno que viene, no necesite ladrillo en la cama.

Ríen de nuevo.

Se han levantado todos menos Javi, al que esta clase de bromas

no le divierten y no participa de las mismas.

–Ya empezamos como siempre... –Eguskiñe tiene un gesto de contenida irritación.

–Eso, a ver cuándo empezamos con el catecismo, que yo vengo preparado.

Lorenzo con el primer plato por la mitad, comenta un poco impaciente por empezar cuanto antes la lección que trae aprendida.

–Sin don Ismael no es lo mismo, habrá que esperar un poco, ¿verdad, María? –Felisa le guiña un ojo a amama. Ésta, maliciosa, asiente con un gesto de la cabeza.

–De todas maneras, hoy aquí me parece que puede haber un empate.

Eguskiñe, sirviéndole el segundo plato a Nemesio comenta sonriendo.

–¿Sólo un empate? Por la puerta grande salgo yo, para eso he venido –Lorenzo le rebate con fanfarronería.

–María, a éste le voy a dar yo para ir pasando, la revancha por todas las veces que me ha llamado tonta –Felisa, acercándose a amama le dice en voz baja. Amama asiente, en actitud de complicidad.

Carmen, que no sabe bien qué es lo que están celebrando, aunque piensa que puede ser el cumpleaños de Fermín con su plato vacío, comenta:

–¿Puede saberse de qué estáis hablando?

–A ti qué te importa, come y calla... –le responde su marido con el dedo índice en los labios.

–Eguskiñe, me parece que teníamos que haber llamado por teléfono –Carmen no está del todo a gusto, se han presentado en el caserío como tantas veces, ignorando que tenían invitados a comer.

–Aquí todos somos como de la familia. Bueno, tú tranquila, hoy tenemos debate –comenta Eguskiñe sonriente mirando a todos.

–¿Debate? Me suena a gallinero, todos cotorreando, pero sin arreglar nada –alega Nemesio señalando con un trozo de pan la salsa del plato.

–¿Cómo los de Jesús Hermida en la tele? –pregunta Carmen con cara extrañada mirando a todos sin comprender bien.

–Sí, mejor que con Hermida, aunque no nos vendría mal un mediador.

Lorenzo se queda mirando a Eguskiñe con el vaso de vino en alto, corroborando.

–Éste puede servir, el futuro Lendakari –Fermín orgulloso comenta dándole un golpe en la espalda a Javi que casi se atraganta por la fuerte palmada dada por Fermín y colorado como un tomate, le responde:

–Como me des otro golpe como éste, me dejas sin habla, tío.

Ríen todos.

–Guapo ya es tu nieto, ¿y por qué no puede ser el futuro Lendakari? ¿Te imaginas, María? –Felisa, todavía masticando, le dice a amama, feliz.

–Nada hay imposible, orgullosa me sentiría yo, aunque es joven todavía, que estudie... –amama se queda pensativa. Es la primera vez que oye esa casi imposible suposición y un cosquilleo siente de pronto dentro de su corazón junto con una lejana voz que le dice: “¿Por qué no?”.

Eguskiñe mira también a su hijo con ternura y la emoción la invade de pronto, tiene que mirar para otro lado y no pudiendo disimular que la idea no le parece descabellada, comenta:

–Ojalá le diera por la política, pero a éste la huerta le tira más.

–¿La huerta? Pues prepárate. ¿A dónde te quieres ir el año que viene? –Fermín le pregunta a Javi que un tanto cortado no sabe cómo decir delante de su ama y del resto, los planes que tiene de ir a Bélgica.

–A Lieja.

–¿A dónde has dicho? –pregunta Eguskiñe sorprendida, no creyendo haber oído bien.

–No sé qué quiere aprender de Europa allí, planes tiene así que déjale y en paz –Fermín, después de apurar su vaso de vino concluye rotundo.

–¡Pero eso está en Bélgica, no! –don Fernando también un poco sorprendido, inicia la conversación después de haber repetido la menestra.

–De primera, amama –don Roberto trata de disimular ante las

caras de sorpresa de amama y de Eguskiñe, prosiguiendo:

–¿Con una beca? Tengo dos antiguos alumnos, en Lieja, te puedo dar sus direcciones.

Don Roberto continúa la conversación, había permanecido callado dado que los temas eran, hasta este momento, intrascendentes para su gusto.

–La Comunidad Europea hoy nos maneja a todos, en todos los aspectos, políticos y sociales, por tanto, los jóvenes de hoy es lógico que quieran estar al día en todo lo relacionado con trabajo, intercambios, etc... –don Fernando responde sin darle importancia ante un hecho hoy evidente.

Javi asiente a las palabras del maestro y del cura agradeciéndoles el que les parezca bien su decisión, con un movimiento de cabeza.

–Eguskiñe, esta generación de hoy lo de ir al extranjero, como nosotros antes ir a Sodupe, igual –Felisa, encogiéndose de hombros da por sentado que el mundo en que nos movemos no es el que ella heredó cuando nació. Que por no haber no había autopistas, ni aeropuertos, ni medios de comunicación, ni poder adquisitivo para poder viajar y poder ver qué hay más allá de los montes de Orduña, y da por buena la idea de Javi de salir al extranjero para estudiar.

–¿Te acuerdas de aquel día que íbamos las dos subidas en el pobre burro de tu madre? Marcelino se llamaba, íbamos a Sodupe a vender la vendeja, y, el pobre a la vuelta, las dos ríe que te ríe, contentas con las telas de percal que habíamos comprado, y de pronto Marcelino que ve en la huerta una burra, se puso bien armado y a las dos al suelo nos tiró. Buen estacazo nos llevamos y lo peor la vergüenza que pasamos, cuando apareció el dueño, que no quería que la burra la montara Marcelino. Todavía recuerdo los juramentos que echó y lo coloradas que estábamos las dos en el suelo, ni fuerzas para levantarnos teníamos. Y los pocos coches, uno o dos, que pasaban, venga tocar la bocina. ¡Ja, ja, ja! –ríen las dos al recordarlo.

–Fíjate que tenemos que ir a Europa, a Bélgica, con Marcelino, todavía, de seguro, estaríamos por el camino. ¡Ja, ja, ja! –vuelven a reír sin preocuparse de los demás comensales.

Javi que no les quita ojo y ha oído el comentario, no quiere

perder el hilo y continúa hablando sobre la idea de ir a Bélgica a estudiar, ya que su madre no parece contrariada del todo y esto le anima.

–La Comunidad Europea es la que a partir de ahora va a decidir, aquí y en el resto de España, cómo y de qué manera, pero aparte de eso me gustaría descubrir algunas cosas más, ama, ¿no te importa? Me apuntaría para sacar una beca y trabajaré. Descuida, que como pueda, no te sacaré una sola pela –Javi, con cara de niño temeroso de la reacción de su madre, le dice un tanto precavido.

Eguskiñe va a contestarle: “¿Qué se te ha perdido tan lejos a ti?”, pero la mirada de Fermín junto con las del resto de los invitados, tienen la virtud de evitar que diga lo primero que le viene a la mente, como es su costumbre, optando por una medida más sabia, que es la de pensar la respuesta antes de hablar.

–Bueno, luego hablaremos, ahora no es el momento.

–Poco hay que pensar, ya es un hombre, las faldas empiezan a estorbarle –Fermín le responde tratando de echarle una mano a Javi, en tono más autoritario de lo que es habitual en él.

–Y yo me pregunto, qué cojones le interesa a los europeos o a la madre que los parió, nuestros asuntos, ¿acaso nosotros nos metemos a gobernar sus cocinas? Pues que se metan en lo suyo, que nosotros ya arreglaremos lo nuestro –Lorenzo responde apartando a un lado el plato, sin mirarlo, con coraje.

–Un poco más ya podía comer este hombre, pero ni con gloria bendita. María no te lo tomes a mal, no tiene arreglo, terminaré yo lo suyo, lástima me da ver en el plato algo para tirar a la basura, traumas del hambre que pasamos en la guerra, ¿te acuerdas? –Felisa le dice a amama mientras echa la mitad de lo sobrado de Lorenzo en su plato.

–Sí, tú aprovecha que luego así estás... –Lorenzo, con mirada de cabreo, le dice a su mujer.

–A mí me pasa igual, cuando mis nietos se van, siempre dejan algo, sobre todo Maite, y es lo que mejor me sabe, comer a escondidas, el pecado tiene... ¿cómo dicen mis nietos...? Eso, morbo, mucho morbo –amama ratifica las palabras de Felisa, pasando por alto el comentario airado de Lorenzo.

Felisa, riéndose de la expresión moderna utilizada por amama, asiente, con ojos de complicidad.

Don Fernando ha terminado su plato y al cabo de unos segundos comenta:

–La Unidad Europea no ha sido inventada en este siglo, ni en los últimos años, este sueño fue fraguado ya a principios del siglo pasado, cuando el término de Europa empieza a aparecer en los periódicos, en el “Journal Européen”, por citar alguno, también se estudió “la civilización europea”, como hiciera Guizot ya en 1828, y se hablaría de una “Literatura Europea”, con lo cual, nada de lo que está pasando hoy es nuevo.

–En efecto, tuvo muchos defensores el gran proyecto de la Unidad Europea, entre personajes importantes de la época apoyando este proyecto se encontraron ya en 1848, Gioberto y Cattanco, que utilizarían el término o expresión, de “Estados Unidos de Europa” –contesta don Fernando a don Roberto en el mismo tono empleado por éste.

–En los discursos pronunciados en Rouen en 1847, el abogado Vésinet, amén de muchos nombres célebres seguidores de esta idea, asegurarían que, “Nosotros tendremos paz cuando tengamos los Estados Unidos de Europa” –don Fernando concluye en medio de un silencio general que nadie interrumpe.

Javi, que escucha con atención comenta:

–Pero después vendrían la Primera y la Segunda Guerra Mundial, por lo que el sueño caro lo pagaron, ¿no?

Eguskiñe sonrío contenta por la intervención de su hijo.

–Bueno, pues si quieres una Europa en paz y aquí hay guerra y nosotros somos europeos, ¿qué cojones pintamos con la ETA...?  
–Lorenzo, con aires prepotentes, contesta a estos argumentos que le son completamente desconocidos y nuevos para él.

–Pues eso, claro está, que cuando digan ¡Basta!, pues a callar  
–Fermín da por finalizada esta cuestión.

Carmen mira a Eguskiñe sin decir nada. Su marido, dando por finalizado su plato, comenta:

–Con unos buenos guisos como éstos, sentamos a la mesa a ese Parlamento Europeo y aquí mismo zanjaríamos la cuestión. Dale la

receta a mi parienta, amama –Nemesio comenta en tono desenfadado terminando el vino que le queda en el vaso de un solo trago.

–Napoleón II ahora que recuerdo, también expresaría en el Senado su idea política en 1863, refiriéndose a Europa, de la siguiente manera: “Con todo el corazón deseo que venga un día en el que los grandes problemas que se plantean los gobiernos con los pueblos, puedan arreglarse en paz por un tribunal europeo”. También en el 1867 aclararía su deseo de crear los Estados Unidos de Europa –hace memoria don Fernando comenta mirando a todos los comensales.

–Pues buena la armó ése también, todos queriendo mangonear, pero lo que sí está claro es que ya somos europeos y con el terrorismo terminarán por acabar, ellos no nosotros, es una idea que tengo en la cabeza hace unos cuantos meses, dándome vueltas –comenta Eguskiñe de pie, antes de iniciar la recogida de los platos, para servir la cazuela de callos después de retirar de la mesa la poca menestra que ha sobrado.

–Guárdame ésa para la cena –le pide Fermín con un gesto del dedo índice señalando el contenido de la cazuela a Eguskiñe. Ésta con la cabeza le hace un gesto de que no se preocupe.

–Europa, ¿Europa va a arreglar este entuerto? No podemos nosotros, ellos menos podrán –Lorenzo con gestos de que están locos, comenta, moviendo la cabeza de un lado a otro en actitud de enfado.

–Como quieran allí, lo arreglan mejor que nosotros, ya lo creo, sólo tenemos que estar dentro de sus planes, antes ya estuvimos, ¿por qué no vamos a estar ahora también? –contesta Felisa resuelta dándole la razón a Eguskiñe.

Amama guarda silencio, no comprende bien qué tiene que ver una cosa con la otra, y opta por escuchar.

En la cocina empiezan a sentirse los primeros síntomas del grato ambiente creado por la comida y el vino traído por Fermín va desatando las lenguas poco a poco.

–Las mujeres qué sabrán y tú menos que nadie. Allí... allí... Aquí es donde nos duele, no allí, –despectivo Lorenzo le rebate a su

mujer, señalando con el dedo índice de su mano izquierda el suelo de la cocina y en la lejanía donde se supone está el Parlamento Europeo.

–Pues allí, dicen bien Eguskiñe y Felisa, porque aquí y en el resto de España no se decide ya ni para poner un clavo en el quicio de la puerta –don Roberto sale en defensa de las señoras.

–Vamos, ni para colgar la chaqueta, ¿no? –Fermín contesta cabreado ante la idea de ser manejados precisamente desde tan lejos.

–Más o menos... Europa, desde el siglo pasado, no ha llegado hasta aquí para que decidamos nosotros qué es lo que queremos, dónde y cuándo, eso se acabó –don Roberto comenta categórico.

–Bueno, pero explícanos por qué se acabó, porque yo no sé todavía cómo empezó, ni leches que me importa, pero decís que ellos acaban y empiezan cuando quieren, a ver ¿cómo se come eso? –Lorenzo escéptico les rebate al cura y al maestro. Ellos se miran y maliciosamente responden:

–¿Los callos?

Todos ríen.

–Callos los que tienen ellos y cara dura también, pero eso no sé cómo se come –Lorenzo ya cabreado del todo le responde.

–Bueno, entre los callos de “ellos” y los de amama... Hasta arriba ponme el plato... –sugiere Fermín a Eguskiñe que ha puesto en medio de la mesa la cazuela de barro con los callos.

Si bueno era para la vista y el paladar la visión de la cazuela de barro anterior, ésta supera en colorido, en olor y en sabor. Antes de que pueda empezar a servir Eguskiñe, Fermín con su tenedor ha pinchado un trozo de callo humeante, directamente de la cazuela, lo sopla con precaución porque está muy caliente, ya que sigue hirviendo aún fuera del fuego dentro del recipiente y comenta, casi quemándose la lengua:

–Amama, como estos Arguiñano quisiera la receta para hacerla en la televisión... Abriré otra botella o dos de vino, que andamos sólo con un pie –se levanta Fermín saliendo de la cocina hasta el pasillo donde ha dejado la caja de vinos, dado que la botella abierta al comienzo de la comida está vacía.

Se acuerda de pronto del chaquetón de pieles que ha dejado encima de la mesa del comedor, dudando de cuándo se lo va a dar.

–Bueno, ahora no es el momento, aunque nervioso y con miedo también estoy, pues esta mujer no sabes por dónde puede disparar... Bueno, lo primero es lo primero, ahora dos de vino, con una poco es y con la tarta... eso con la tarta, si no me la estampa en la cara... y lo único que consigo es comérmela de postre...

Fermín habla en voz alta para darse ánimos y esperanzas también en cuanto a la fecha de la boda, que no termina nunca de llegar.

Eguskiñe ha servido un plato a cada uno de callos, exceptuando a su ama, que con un gesto de la mano le ha dicho que es demasiado para ella.

Felisa pasa por alto la negativa de amama y con la mano y la cabeza le sugiere que el plato lo sirva más de la mitad.

Don Roberto, animado también, le hace un gesto a Eguskiñe de que el plato se lo llene más o menos como a Felisa, y como las ganas de los comensales suelen ser contagiosas, Eguskiñe con la cara llena de satisfacción, va sirviendo los platos hasta arriba.

A Fermín le pone menos de la mitad a la vez que guiña un ojo a todos mirándolos e imaginándose éstos la cara que va a poner cuando lo vea.

Entra Fermín por la puerta de la cocina con una botella en cada mano y una sonrisa de lado a lado, colocando éstas una a cada lado de la mesa.

Se sienta en su silla, siendo seguido por la curiosidad de todos que esperan su reacción en cuanto vea el plato medio vacío. Al darse cuenta Fermín de que en su plato no hay más que un cucharón, rojo como un tomate, se la queda mirando a Eguskiñe y con un:

–¡Ah, claro! Éstos son los que se va a comer el gato y te has confundido de sitio.

Los comensales contienen la risa, ya que el tono con que lo ha dicho no propicia las risas precisamente.

–Bueno, ha sido una broma, dame el plato, tienes razón, eran para el gato. Toma, bien lleno... –Eguskiñe le llena hasta arriba otro

plato, ofreciéndoselo con la mejor de sus sonrisas, lo cual tiene la virtud de desarmarlo, pasándosele el enfado inmediatamente y devolviéndole la sonrisa.

Don Fernando, con su vaso lleno de vino, alzándolo brinda:

–Porque cumplas otros cincuenta...

Levantando todos sus vasos y se oyen varios comentarios.

–¿Cincuenta?

–Medio siglo.

–Parece que tiene cuarenta.

–Felicidades.

–Zorionak.

Fermín, desarmado ante las muestras de cariño, sólo puede decir:

–Menos hablar que se quedan fríos los callos, y fríos no se pueden comer.

Todos ríen. Javi, que observa a cada uno de los presentes, siente algo nuevo, diferente, dentro de él, no sabe como definirlo, después de pensar un rato cae en la cuenta:

–Ya sé qué es, estoy muy orgulloso de pertenecer a esta familia, muy orgulloso de ser vasco, y muy orgulloso de saber que soy el último retoño de este árbol antiguo que ha dado tantas generaciones. Yo no debo defraudarles, por eso es mejor que ayude a una nueva reestructuración de Euskadi y colabore para erradicar esta violencia, no sé cómo, pero algo encontraré para empezar. De momento sé que desde aquí es más difícil tener las ideas claras. En el exilio, fuera de Euskadi, creo que se puede pensar más fríamente. Yo ahora, como estoy, tampoco podría ser imparcial, hay mucha mierda alrededor, muchos chavales manipulados, pero sí hay una realidad para mí: seguir los pasos de mis antepasados, pero con la cabeza bien alta, que nos la quieren llenar de fango estos gilipollas, como Enrique y su padre; ganas me dan de matarlos a los dos, pero así nada se arreglaría tampoco. Por eso lo mejor va a ser que me largue en cuanto pueda, una vez en Lieja las cosas cambiarán, pediré prórroga para la mili, y con venticinco años, entre una cosa y otra, entonces hablaremos... –sigue pensando sin dejar de observar a todos los allí reunidos, ajeno a sus comentarios.

El reloj imparable da la media de las tres sin que nadie le preste un mínimo de interés. Fermín moja el pan en la salsa rebañando el plato, llevándose los dedos a la boca para limpiárselos.

Amama, que no deja de contemplarlo complacida, le dice:

–Los dedos no te los comas, que esos crudos están.

Vuelven todos a reír.

Fermín mueve la cabeza y responde:

–Con esta salsa... Porque ya no puedo más que si no, me confundiría, no es para menos y con este pan...

–Un diez amama –levanta el vaso don Fernando.

–Por amama.

–Por la mejor cocinera de Euskadi.

–Por Euskadi –Lorenzo es el que así ha brindado y agrega:– Por la paz, venga de donde venga.

–Por la paz –corroboran todos haciéndose de pronto un silencio no interrumpido por nadie.

Al cabo de unos segundos Fermín, lleno de euforia, hacía mucho tiempo que no comía ni tanto, ni tan bueno, feliz piensa:

–Es el momento de darle el regalo a Eguskiñe.

Empiezan a hablar todos a la vez, una vez más el tema político surge en la mesa, con el secuestro de Julio Iglesias. Los comentarios impregnados de desaliento, rabia y sentimiento de frustración son el tema iniciado mientras Eguskiñe recoge todos los platos sucios de la mesa.

Fermín con cara contrariada, se calla dejándolo para la tarde.

Carmen se exalta y, con un manotazo en la mesa, responde:

–¡Hay que pararles los pies! Cuatro chavales que no saben ni limpiarse los mocos, están paralizando este país, quieren nuestra ruina y como nos crucemos de brazos y no nos enfrentemos, estos hijos acaban con el pan de sus propios padres.

Los comentarios corroborando sus palabras son unánimes.

–Ahora empezarán de nuevo con...

No termina la frase cuando Felisa, bien documentada con unos folios en la mano que ha sacado de su bolso, los extiende frente a ella y levantándose de su asiento, pide:

–Un poco de silencio. ¿Podemos empezar el debate?

Se miran todos sorprendidos, no sabiendo qué contestarle.

Eguskiñe, extrañada ante los folios que tiene Felisa frente a ella, después de mirar a todos los presentes, encogiéndose de hombros, le responde.

–Podemos.

–¿Por qué no?

–¿Y qué tema es el que prefieres?

Amama, al ver el montón de papeles de Felisa, le pregunta:

–¿Tú has escrito todo eso? Parece una novela.

Su marido, con ojos de no dar crédito a lo que ve, contrariado, la recrimina:

–Tú capaz de haber copiado la enciclopedia entera eres... Eso no vale, es trampa.

Las voces en pro y en contra no se hacen esperar. Javi piensa, sin prestar atención a las discusiones suscitadas en torno a los folios llenos de apuntes de Felisa:

–¡Vaya rollo que me espera!

Carmen le guiña un ojo a Eguskiñe, moviendo la mano en señal de que “Dios nos pille confesados”.

Lorenzo, con cara de carnero degollado comenta:

–A la Pasionaria ya le ha salido una contrincante.

Hay risas reprimidas. Don Fernando curioso, pone un poco de orden y con un gesto de la mano anima a Felisa para que empiece cuando quiera.

Felisa, nerviosa, saca unas gafas y despacio se las pone ordenando sus papeles, bien grapados y en perfecto orden.

–Así que tú queriéndome ganar, ésta no te la voy a perdonar. Si esto te has callado... ¿Cómo no puedo pensar que otras cosas también? –rojo por la ira, Lorenzo taladra con la mirada a su mujer.

Ésta, pasando por alto el cabreo y llena de serenidad, le pide a Eguskiñe:

–Retira todos los platos, pon la tarta, le cantamos a Fermín “Cumpleaños Feliz” y a los postres, con el café...

–Nos dan el té –concluye la frase su marido.

Las risitas por lo bajo no dejan de oírse. De pronto suena el timbre de la puerta.

–Menos mal que hay almas caritativas... –piensa Javi, que presente el rollo que le espera, ya que la tarde no ha hecho más que empezar.

–El doctor, qué oportuno –comenta Eguskiñe un poco aliviada, no le parecía bien del todo comenzar el debate sin su presencia.

–Yo abro yo, tú pon el café de puchero y no te pongas a fregar que hay que oír a Felisa –comenta en tono pesimista Fermín, levantándose de su silla y dirigiéndose hacia la puerta de entrada.

Eguskiñe, ayudada por Carmen, retira de la mesa todos los platos y cubiertos sucios dejándolos en la fregadera junto con los anteriores. La pila dice por sí misma lo que tendrán que fregar más tarde, mirándose ambas con cara de que buena les espera, pero ahora tienen que seguir poniendo los platos de postre y el servicio de café.

–Los tengo todos ahí en la balda de arriba y los cubiertos en el cajón de la derecha; el azucarero también está junto a las tazas –Eguskiñe le dice a Carmen que ha abierto equivocadamente el armario.

Carmen obedece mientras Eguskiñe echa un par de leños en el fuego avivándolo con el atizador de hierro, poniendo un gran puchero de porcelana rojo con incrustaciones negras por el uso y por el continuo contacto con el carbón y el humo desprendido por éste, cuando no, como en el caso de ahora, por el humo de la leña, en medio del chispeante fuego.

La cocina cobra una nueva actividad al escuchar la voz del doctor por el pasillo, saludando a Fermín. Don Ismael entra por la puerta con cara de cansancio, saluda a los presentes con un gesto de la mano, desplomándose en la silla que Fermín solícito le ha ofrecido ante su aspecto derrotado, que inspira una cierta lástima a todos los contertulios.

–El pobre, pena me da –amama piensa al ver su rostro desencajado con unas marcadas ojeras.

–Éste para pocos debates está; mejor estaría echándose la siesta –Eguskiñe con cara de lástima piensa también.

Carmen, que lo reconoce por haberlo visto en la cocina hace unos días, piensa compasiva:

–Está para que le atiendan a él.

–¿Ya ha comido, don Ismael? –pregunta solícita amama, preocupada por su aspecto físico.

–Sí, me han invitado en casa de los Guerrijabeitias; gracias, amama. Vengo cansado, he tenido una mañana... Bueno, ¿qué tal, Felisa? Lorenzo, hola Roberto, Fernando... Bueno, parece que el tiempo no ha pasado... –se queda pensativo de pronto su sonrisa se convierte en un rictus amargo.

Nadie comenta ni pregunta nada. Nemesio se levanta con el pretexto de ir al baño. Felisa con cara sonriente comenta, dirigiéndose a Javi:

–Ya estamos todos, Javi, tú aquí como si estuvieras de parlamentario; últimamente no me pierdo los debates de los ministros, y aquí hay más gente que allí, no sé para qué los pagan, si sólo van cuatro, cómo van arreglar los asuntos nuestros...

Lorenzo no da crédito a lo que ve y a lo que oye, por lo que con cara de pocos amigos, la recrimina:

–Para eso querías tanto adelanto en la casa, para tener tiempo de ver la televisión. ¿Qué entenderéis las mujeres de política? Eso es cosa de hombres.

Amama se lleva las manos a la cara para disimular la risa, guiñándole un ojo a Felisa, comentando por lo bajo:

–Así va el mundo...

Felisa, asintiendo a las palabras de amama y dirigiéndose al doctor comenta, pasando por alto las palabras de su marido:

–He venido con unas buenas chuletas, una nieta me ha ayudado. No me mires así –le dice a su marido– ¿No te ha ayudado a ti otro nieto? Pues como estudia para maestra entre las dos aquí traigo yo la revancha apuntada.

–¡Eso no vale, es trampa! –grita colérico Lorenzo, levantándose de la silla y con intención de golpear con el puño derecho la mesa, en el momento que Carmen pone la tarta que han traído ella y su marido, aplastándola por el centro, desparramándola y salpicando al maestro, al cura y a casi todos los presentes.

No pueden por menos que soltar la carcajada todos a la vez, a amama parece que le va a dar algo. El médico, que no sabe de qué

va lo de las chuletas, también ríe con ganas por el arrebatado irrefrenable de Lorenzo así como por sus consecuencias.

Don Fernando, pasados los momentos de risa y después de limpiarse bien la cara de tarta con una servilleta, le pone al doctor al corriente de lo que está pasando y éste ríe con más ganas aún.

La cocina de pronto es el punto y eje de risas provocadas por Lorenzo, que está a punto de marcharse, si no es por la rápida intervención de Fermín que lo conduce al cuarto de baño para que se lave las manos y pueda calmarlo, en medio de juramentos y maldiciones, por estar casado y no divorciado.

—Tranquilo, tranquilo, Lorenzo, no hagas un disparate —Fermín por el pasillo trata de calmarle.

—Ésta, mal de ojo me ha echado y quiere vengarse, esta mañana, sin ir más lejos, en el pozo negro de la cuadra me ha hecho caer y después mis apuntes me los dio para que los manchara aposta y ahora me salta con que ella bien hechos los trae y yo con cuatro fechas mal apuntadas. Fermín, tú eres testigo, mañana el divorcio pido, en la tele las enseñaron a éstas demasiado y nos quieren cortar los cojones para que seamos como ellas, cualquier día quieren que hagamos punto también. No te cases, Fermín, no te cases.

Fermín, pacientemente, le deja hablar para que así descargue toda la ira que le sale del alma y que no trate de disimular delante de él.

—Todos los machos necesitan hembra, por algo será... bueno, los hay que no... Pero tú toro bravo eres y con hombres no te vas a liar ahora... que desde que leen las mujeres, otras parecen... Por eso he oído que hay civilizaciones que no las dejan estudiar, ni aprender a leer. Ahora lo comprendo. Pero justo eso tampoco es, así que Lorenzo, habrá que estudiar más que ellas, porque si no jodido se nos presenta el panorama —comenta Fermín un tanto pesimista.

—Ahora no me la encuentro, con tanto cabreo...

Lorenzo, frente al wáter, revuelve con la mano en la bragueta, más cabreado aún al no dar con el miembro que en un tiempo lejano, vergüenza le daba porque a cada hora estaba empalmado, y ahora no se la encuentra ni para mear.

Fermín, frente al espejo del lavabo, se peina un poco, mientras

recuerda un chiste que viene a cuento por el comentario hecho por Lorenzo para desviar la atención de Lorenzo del incidente y que no se sienta más a disgusto de lo que ya está.

–Aquel abuelo con el nieto de siete años, los dos en la huerta estaban mirando a la luna; como tienen ganas de mear se bajan la cremallera; de noche era, claro, y el nieto le dice al abuelo: “Abuelo, abuelo, que te meas en los cordones de los zapatos”, “Hostias, debo de estar empalmaa, porque otras veces los cojones me suelo mear”.

Fermín ríe su propio chiste, esperando la risa de Lorenzo, pero éste se da por más aludido aún girando su cabeza, y más cabreado aún, ya que el chiste le suena a él de indirecta, le responde:

–Los cojones te los mearás tú.

–Bueno, bueno, cálmate, también podías hacer una cosa, ¿por qué no cogemos uno de los libros de Eguskiñe y lo abres por la mitad a ver quién sabe más...? ¿Eh? –le responde Fermín pasando a orinar seguidamente, tratando de corregir su error.

A Lorenzo esta idea parece calmarle un poco, devolviéndole los deseos de venganza junto con el de la revancha, respondiéndole en tono machista:

–Uno o dos, esa cabrona juro que me las pagará.

Fermín concluye con sus necesidades y mientras se sube la cremallera de su pantalón, con la mejor de sus sonrisas por haber acertado con la frase que ha tenido la virtud de apaciguarlo, le invita:

–Pues vamos. Menos mal que has jodido la tarta de Nemesio, todavía podemos comer la que he comprado yo y me cantáis lo del cumpleaños feliz; como los chavales soy, me gustan también esas canciones.

Fermín pasa el brazo por el hombro de Lorenzo, llevándose lo más tranquilo y sosegado, hacia la cocina.

Tal como había supuesto Fermín, su tarta preside la mesa con una vela roja de un tamaño superior a la media, con números adheridos a la misma, el cinco junto al cero de color rojo.

El café está a punto de subir y las bebidas junto al servicio para el mismo, todo está dispuesto sobre la mesa.

Todos miran a la pareja, para comprobar el estado anímico de Lorenzo, con una ligera inquietud.

Don Roberto saca un encendedor y enciende la vela, mientras hace una señal para que canten todos “Cumpleaños Feliz, cumpleaños feliz... Zorionak surik, zoroniak surik...”

–Bienvenido al medio siglo.

Le abrazan uno por uno. Amama saca un paquetito del bolsillo de su delantal, se lo entrega, le abraza y le da un beso en cada mejilla. Fermín, una vez pasados los besos y los abrazos, con el paquetito en la mano, presa de la emoción, quiere decir alguna palabra de agradecimiento, pero sólo se le ocurre:

–Cojonudos ya sois, mecagüen la leche, colorado me habéis puesto.

Eguskiñe es la última que queda por besarle y felicitarle; cuando lo va a hacer, sube el café desbordándose, teniendo que dar la vuelta para atender al puchero, parte de cuyo contenido que ve desparramarse sobre la plancha de la chapa económica, con el consiguiente olor a café quemado.

–Con las ganas me he quedado, esto ya costumbre es... –dice Fermín resignado.

Ríen de nuevo. Javi se levanta para llamar por teléfono a su novia, después de comprobar en el reloj la hora que es.

–Con todo lo que se oye, los jóvenes siguen queriéndose casar –don Roberto comenta sonriente, al ver las intenciones de Javi.

–Lo malo es que esta generación andan sin unos buenos ideales a los que poder tomar como ejemplo, lo tienen difícil... –don Fernando mueve la cabeza en actitud preocupada.

–Los moldes de los ancianos no les sirven, el ejemplo de los padres tampoco, y ellos todavía no han creado un sistema que resista los embates de la vida, con frágiles barquillas se lanzan al océano y a la primera galerna naufragan –don Ismael comenta con la vista perdida en un punto lejano que atraviesa la vieja viga de roble del techo de la cocina, llegando a ese punto donde debe de estar su esposa contemplándoles, probablemente.

Asienten todos a las palabras de don Ismael, mientras Fermín con un cuchillo en la mano, corta trozos de tarta y los va

repartiendo uno a uno entre los comensales servidos en sus respectivos platos.

Una vez concluído, él se sirve el último trozo de tarta. Mete la mano en el bolsillo con intención de abrir el paquete regalado por amama delante de todos, pero amama le mira y acompañándose de un gesto le dice:

–Luego, ábrelo luego.

Fermín, intrigado lo guarda de nuevo en el bolsillo, preguntándose, curioso qué será. Eguskiñe que ha visto el gesto y oído a su ama, también se hace la misma pregunta.

–La revolución –comenta Felisa en voz alta.

Se la quedan mirando extrañados sin saber a qué viene el comentario.

–La revolución, ésa, en casa la tendremos luego... –Lorenzo le dice a su mujer, enfadado.

–¿Qué revolución, la rusa? –pregunta don Fernando que no sabe de qué va Felisa.

–La industrial... –continúa Felisa segura de sí misma.

–¡Ah, ésa...! ¿Por ahí quieres empezar? –inquire don Roberto.

–Buen tema –comenta el doctor.

–¿Qué os parece si empieza Felisa? –pregunta Eguskiñe.

Asienten todos, incluidos Carmen y Nemesio, aunque a ellos ni les va ni les viene, y no sienten curiosidad por ningún tema en especial, al desconocer de qué van a tratar los debates.

–Pues sí, para mí, creo yo, que la revolución industrial puso el mundo, o mejor dicho a Europa, patas arriba, incluida Euskadi.

–Por supuesto –corroboran todos.

Felisa, impaciente, sin terminar de comer su tarta con sus apuntes en la mano, abre el debate. Guarda todos silencio, y con su voz clara comenta:

–En el primer tercio del siglo XIX Europa extiende sus alas en pos de la revolución industrial... A ver qué pone aquí... –Felisa con un folio en la mano lee despacio– En tan sólo siglo y medio los cambios efectuados por dicha revolución son bien claros y bien patentes por los logros y los adelantos que están ahí, frente a nosotros... –Felisa se sienta cediendo la palabra a quien quiera continuar con el tema.

–Frente a nosotros tenemos la nevera... –Lorenzo le contesta con menosprecio.

–Sí, señor, la nevera podía ser uno de esos cambios –le rebate don Roberto.

Don Ismael, que está terminando de comer su tarta, pide un poco de café.

Eguskiñe, solícita le sirve y a continuación al resto de los presentes.

–Este café no estaría aquí, de no ser por los medios de transporte tampoco –comenta don Fernando.

–Pero comentarios aparte... –don Ismael pide un puro también y Fermín le pone la caja delante, no sin comentar:

–Como encienda un puro don Ismael, la clase empieza sin remisión y de acabar... Vamos listos.

Hay varias sonrisas afirmativas, pero como a eso han ido, aparte de a comer lo preparado por amama, don Fernando continúa:

–Sería muy largo analizar los pros y los contras, lo bueno y lo malo de los logros obtenidos por tal revolución industrial pero, en efecto, es y puede ser un buen tema para un buen debate, yo lo apruebo –don Fernando asiente mientras se limpia la boca concluyendo su último trozo de tarta.

–Yo también, para empezar me parece perfecto –don Roberto corrobora las palabras de don Fernando.

Eguskiñe termina de servir el café sentándose, con los ojos encendidos, está radiante y Fermín se la queda mirando sin oír ni ver más lejos de su cara. Suspira:

–¡Menuda revolución iba yo a armar entre las sábanas blancas..!

Hay varias risitas y miradas maliciosas que el doctor, que empieza a sentirse mejor, pasa por alto, optando como es lo habitual en él, por tomar un aire de profesor de universidad. Y sin más preámbulos, aspirando el humo de su puro, comenta a modo de introducción:

–Una forma de mostrar al mundo su superioridad a principios del siglo pasado, fué precisamente demostrar quién era más fuerte económica y socialmente. Inglaterra, Francia, sin ir más lejos y cómo no, más tarde España, se enfrentarían junto con Alemania,

antes que nosotros, a competir en una carrera desenfrenada por obtener ese liderazgo.

Van a interrumpir al doctor, pero éste ha tomado la palabra, para desdicha de Fermín, haciendo una breve pausa mientras aspira el aroma de su recién encendido puro, rememorando en el pasado, continúa:

–Una célebre frase de Víctor Hugo decía, más o menos, así: “Vendrá un día en que los rusos, los ingleses, los franceses, y todas las naciones del continente, sin perder vuestra identidad, personalidad, etc., os fundiréis en una unidad superior, construyendo una fraternidad europea. Al igual que la Bretaña, la Borgoña, la Lorena, la Alsacia se han fundido en Francia. También vendrá el día que veremos dos grandes espacios: los estados Unidos de América y los Estados Unidos de Europa, tendiéndose la mano ambas potencias”, como ven no es nuevo lo de la Comunidad Europea.

Se oyen varias voces pidiendo intervenir en el tema, pero el doctor continúa muy metido en su papel sin ceder la palabra.

–Todavía no he terminado. A esta frase y este punto que es de vital importancia, le falta lo mejor: “Intercambiando productos, comercio, arte, industria, así como sus más importantes genios, colonizando también desiertos, mejorando todo lo creado bajo la mirada del Creador”. También, escuchen esto que es muy bueno: En 1867 Víctor Hugo en el diario El Porvenir, diría: “Habrá una nación grande y libre”, esto les suena, ¿verdad?

Se oyen varias exclamaciones a la vez.

–No, no es de Franco, Franco no inventó esta frase. Esta frase ya estaba inventada antes de nacer él, y termino...

Se oyen varios suspiros que quieren decir: “¡Menos mal!”, todos están ansiosos por intervenir menos Fermín, Carmen y Nemesio.

–La capital sería París y no se llamaría Francia, sino Europa. La Europa del siglo XX, he aquí, y finalmente con esto acabo; también se llamaría “Humanidad”. Hermosa palabra, lástima –concluye el doctor sonriendo.

La mitad del aforo se dispara en un debate sobre el tema. Felisa

está contenta de haber dado con un tema tan viejo y tan actual a la vez.

–Precisamente, antes de llegar usted, hablábamos de Europa sin entrar a fondo sobre esta cuestión. A mí concretamente estos casi dos siglos me apasionan.

Don Roberto pidiendo la palabra interviene, continuando:

–Si me lo permiten, yo añadiría que para llegar aquí hubo que pagar un gran precio, sobre todo porque el ser humano no se contenta con lo que tiene y una vez iniciada la revolución industrial, que éste es el quid de la cuestión... –dice mirando a Felisa que asiente con la cabeza–, la burguesía creada en Europa, impondría el liberalismo económico junto con el democrático, apoyando también los movimientos nacionalistas desplazando a las clases privilegiadas del Antiguo Régimen.

–Aquí tema tenemos para rato, porque esta revolución industrial sería nuestro talón de Aquiles. Hoy, nuestra inseparable ETA, tiene mucho que ver con todos los cambios que se suscitaron entonces, pero no nos precipitemos, vamos poco a poco. Una vez iniciada la revolución industrial, no se conformaron con sus propios productos, sino que como siempre el ser humano sintió la codicia de ir más lejos, ¿dónde?, a otros continentes ricos en metales, piedras preciosas, café, como decíamos antes, así todos querían competir para ser el más fuerte, el imperialismo está estrechamente vinculado a este movimiento expansionista –don Fernando concluye su intervención con el semblante serio, cediéndole la palabra a Eguskiñe.

–Que siempre hay uno para que quiera mandar en casa, por eso Inglaterra y Francia querían la supremacía.

Amama sonrío al escuchar a su hija.

–Mucho daño se les hizo a los pueblos indígenas, destruyendo sus costumbres, matándolos en guerra por querer quitarles todo lo que era suyo, coitaos, sin preguntarles siquiera si estaban de acuerdo o no con que los colonizaran –Felisa interviene con cara de lástima.

–Como siempre, te dejas y te dejan en bragas –dice Carmen resuelta. Su marido está en actitud de espectador y el sueño va

haciendo presa en él, con el codo sobre la mesa ha dado ya varios cabezazos.

Fermín se revuelve en la silla como si ésta tuviese alfileres, no sabe qué postura adoptar para no dormirse también.

–Tengo compañeros en Colombia y, en efecto, el daño fue irremediable, estas potencias no respetaron a los indígenas, al contrario, alteraron sus ancestrales sistemas sociales, antepusieron las ganancias y sus propias rivalidades económicas, al respeto hacia los nativos, que vieron cómo desaparecían sus lenguas, sus costumbres, sus formas de vida, podremos ver que aquí pasó algo parecido cuando llegaron a por el hierro de las minas, pero no nos adelantemos. La historia siempre se repite, desgraciadamente, porque la hacemos los hombres, y llevamos la avaricia, la envidia dentro de nosotros.

Don Fernando concluye su intervención para darle paso a don Roberto, que con el brazo en alto lleva un rato queriendo intervenir de nuevo.

–No cabe duda de que la revolución industrial cambió el mundo, creando constantemente nuevas necesidades; la tecnología avanzaba, conjuntamente con los avances científicos; poco a poco fueron haciéndose más accesibles los rincones más lejanos, pudiendo atravesar ríos, selvas, llegando incluso hasta los polos. El mundo se transformaba por momentos, lo mismo las costumbres de los nativos, como las de los foráneos. Uno de los propósitos más importantes también del reciente imperialismo, fue sin duda la creación de grandes empresas, junto con la inversión de grandes capitales, utilizando la importación sobre las restantes, monopolizando sus productos y concluyó creando la necesidad de explotar sus capitales. Con tal influencia de estas empresas sobre los propios gobiernos que los Estados asimismo practicaban una política colonial favorable a dichas empresas.

–Totalmente de acuerdo; hoy mismo quien manda en el mundo, es el capital, con el que se compran y se venden gobernantes y gobiernos que no aceptan las condiciones que imponen los propios consejos financieros, sean mercantiles, bancos, etc...

–Lo que decíamos antes, siempre el dinero –Eguskiñe corrobora también las palabras de don Roberto.

–Volviendo al colonialismo, que hay para mucho, a mí me gustaría decir que una cosa les llevaba a la otra, primero competir y luego defender y más tarde convertir. Por eso crearon empresas, después buenos puertos de defensa para controlar a los barcos que por allí pasaban, y más tarde la evangelización de los pobres indígenas; miles de misioneros fueron a parar a esas tierras conquistadas; tengo una tía y un tío, hermanos, eran chavales cuando fueron, evangelizando se quedaron. No, entonces, no, no me miren con esa cara, no... Hace cincuenta años, recuerdo cuando nació Fermín, qué coincidencia, hablar hoy de estas cosas –Felisa recuerda sonriente, con el beneplácito de todos menos el de su marido, que no ha podido entrar en el debate, ya que lo que él trae preparado no es precisamente tema relacionado ni con Europa, ni con la revolución industrial.

Fermín, sonriendo le dice:

–Ya lo creo que es casualidad también.

–Muchos frailes, padres blancos, por allí andaban por esos países colonizados eran descendientes de esos pioneros –corroboraba Eguskiñe.

Amama ha bostezado varias veces sin atreverse a insinuar que no puede dominar el sueño. Javi, de regreso de la cocina, observa a su amama y sin más preámbulos le dice:

–Amama, te he preparado la manta...

Eguskiñe levantándose de su silla corrobora las palabras de su hijo.

–Sí, vete un rato, que aquí no te apures, hay para largo.

Asienten todos levantándose de sus sillas, para dejar paso a amama, que está un poco avergonzada y sólo puede decir:

–La edad, pero ese trozo de tarta pequeño que queda, para luego me lo dejas.

El doctor va a decir algo, pero se contiene, últimamente es más comprensivo con sus pacientes.

–A éste también te lo tenías que llevar contigo –dice Carmen mirando a su marido que yace dormido encima de la mesa.

–Para poco te serviría... –comenta Fermín malicioso.

Ríen su salida y don Roberto se sirve una copa de pacharán. El

doctor le hace una seña para que a él le ponga una de coñac. Felisa se sirve un poco de anís y Carmen y Eguskiñe también se ponen un poco.

Dan las cuatro campanadas en el reloj de pared de la cocina, negro con incrustaciones de nácar; el ambiente de la cocina es sólo el preámbulo de lo que se va a hablar durante toda tarde.

Poco a poco se van sentando de nuevo y Fermín, ansioso por darle la sorpresa a Eguskiñe, piensa, mientras ésta se levanta de su silla para acompañar a su ama a la habitación. Al hacer el gesto de levantarse ve por el escote parte de sus senos y presos los ojos de Fermín se quedan fijos en ellos como atraídos por un imán: ¿Y si le doy el chaquetón ahora? No, lo más probable es que prefiera este debate. Tengo que ir con cuidao, porque ésta es como una escopeta de feria, no sabes por dónde puede salirle el tiro. A ver si la jodo... ¿La jodo? Obsesión tengo ya... –sigue pensando con la vista fija en el escote de Eguskiñe, tratando de llegar con su imaginación hasta donde acaban las redondeces de sus bien puestos senos.

–Bueno, ama se ha quedado descansando, la pobre –dice resignada Eguskiñe, sentándose en su silla de regreso de la habitación, al cabo de pocos segundos.

–Por eso cuando uno es joven tiene que aprovechar, si no se arrepiente después. Yo no me arrepiento de la vida, porque soy buen vividor, no como otros, que dejan la tarta para que se la coman los gusanos... –exclama Lorenzo fanfarrón y malicioso, mirando a Fermín y a Eguskiñe.

Las risitas contenidas no se hacen esperar de todos menos de Fermín y de Eguskiñe que se dan por aludidos. Felisa le va a replicar que no es para tanto y que no se meta donde no le llaman, pero opta por no llevarle la contraria, rebuscando entre sus notas y con una en la mano, pide la palabra:

El doctor está intrigado con Felisa, ¿qué se propondrá hablando sobre Europa y la revolución industrial?. Va a preguntárselo, pero no quiere interrumpirla. Parece conocer el tema bien, pero ¿y Lorenzo? mueve la cabeza y levantando su mano derecha en la que sostiene el puro, con un gesto le indica que empiece cuando quiera.

Don Roberto y don Fernando, así como los demás, guardan

silencio esperando a saber qué tema es el que tiene escrito, respetando en este caso su edad, porque estos temas tan lejanos no son precisamente los que pensaban tratar, sino algo más actual.

–Yo quisiera seguir, si no os parece mal, con el tema de antes, por ejemplo, a ver... sí, éste me gusta –con la nota que a Felisa le parece precisa, abre de nuevo el debate.

–Como decía... el mundo fue repartido y también gobernado al gusto de Alemania, Francia, Inglaterra, Italia y Estados Unidos, sin la menor contemplación, imponiéndose a todos los países que habían dominado –Hace un inciso, para continuar– Los salvajes, yo diría que no eran los pueblos que conquistaban, los salvajes eran ellos, ¿no os parece?

–Yo diría antes de nada, que los primeros en la lista fuimos los españoles en cuanto a las conquistas coloniales; si retrocedemos en la historia, no hay que ir más lejos, con Cristóbal Colón y el descubrimiento de América... los españoles fuimos los maestros de Europa y Estados Unidos más tarde, a la hora de usurpar lo que no nos pertenecía.

Se oyen voces ratificando las palabras del doctor. Felisa está feliz e irradia una nueva sensación dentro de ella mientras piensa: “Ha merecido la pena tanto esfuerzo”.

La cara de Lorenzo, sin embargo, refleja junto con sus pensamientos un signo inequívoco de contradicción.

–En cuanto llegue a casa le prendo fuego a sus libros, por no hablarme, como las zorras, de lo que se traía entre manos.

Las voces suben de tono en un intento de demostrar en efecto, que la lección primera partió de los propios españoles.

El doctor no interviene en la discusión. Al cabo de unos minutos pide silencio y las voces van bajando de tono hasta hacerse un silencio, después de insistir varias veces don Ismael, quien no quiere que se le vaya de la memoria un tema que a él, le parece de vital importancia llegado a este punto.

–Bueno, nosotros nos quedamos con Sudamérica y poco a poco lo fuimos perdiendo... Alemania invadiría más tarde Nueva Guinea, Togo, Camerún, etc. Francia fundaría la ciudad de Dakar, ¿quién no conoce los famosos rallyes París–Dakar...? Dejemos esto aparte.

También establecería protectorado sobre la Conchinchina oriental...

–Eso de la Conchinchina china me suena... ¿Dónde está eso? En la Conchinchina, me decía mi ama... –Fermín contesta con cara de descubrir algo nuevo.

Eguskiñe cambia el gesto y sonriente le dice al doctor:

–Inglaterra gobernaría la India, por ejemplo.

–Sí, bajo la autoridad de un virrey; Italia ocuparía Libia, etc., Estados Unidos por una módica cantidad, compraría los territorios de Alaska –don Ismael termina así su discusión cediéndole la palabra a don Roberto.

Carmen escucha, un poco intranquila por los ronquidos de su marido, subidos de tono en intervalos que parecen de un tres por cuatro y la tienen un tanto avergonzada.

Javi empieza a interesarse por los temas y se va sintiendo más a gusto a medida que estos temas empiezan a desarrollarse.

–De acuerdo que no fue justo cómo se lograron dichas conquistas, porque las pérdidas humanas fueron innumerables, pero gracias a ello el mundo dio un giro de ciento ochenta grados, porque no solamente aumentó el poder adquisitivo de estas naciones, sino que como consecuencia de este gran desarrollo, fueron posibles otros logros, tales como los grandes descubrimientos científicos a los que debemos tanto. ¿Injusticias? Claro, y muy grandes, no cabe duda... No dejo de recordarlo aunque sea un poco a mi pesar –don Roberto ha expuesto su opinión y don Fernando, levantando la mano también, continúa:

–La verdad es que no cabe duda que desde la perspectiva de hoy hay actos injustificables, pero de una guerra también se sacan conclusiones buenas...

Se oyen varias voces en contra.

–Ya, ya...

–Yo tampoco estoy de acuerdo con las guerras, pero el mundo se ha visto metido siempre en medio del bien y del mal, unas veces para regocijo de los violentos y otras para que los mansos se conviertan en violentos. También es mi opinión, que al final la violencia se transforma, dando buenos frutos, como si después de pecar el arrepentimiento trajera la solución junto con la

absolución... Porque no olvidemos que hay que perdonar siempre, porque como has dicho tú muy bien, ¿qué sería hoy el mundo sin los preliminares de la revolución industrial? –concluye don Fernando.

–¿Qué sería de la industria del cine si no es por el descubrimiento de los hermanos Lumiere que empezaron con el cine mudo?, el sonoro vendría más tarde y ya no digamos los sistemas cinematográficos de hoy...

El doctor, aspirando su puro afirma, continuando:

–¿Qué sería el mundo sin el descubrimiento de H. Berges, precursor de la fuerza eléctrica? La lista de adelantos en el siglo pasado y éste sería interminable. Robert Koch logró de aislar el bacilo de la tuberculosis, una de las plagas más grandes del siglo pasado, la empresa Bayer con sus productos químicos y farmacéuticos, la mortalidad entonces era incalculable. Henrich Hertz, descubridor de las ondas electromagnéticas. Insisto una vez más, qué sería de este mundo sin el matrimonio Pierre y Marie Curie, que en 1903 recibieron el premio Nobel de Física, descubridores del radio. En 1900 la aparición de los antibióticos fue decisiva, y tampoco hay que olvidar a Joseph Lister, un cirujano inglés que trataría las heridas con un método antiséptico. En fin, que estoy de acuerdo con Fernando, que entre la maldad es posible encontrar un brillante, sólo que, por su pureza, su color y su tamaño el precio de este brillante ha sido demasiado caro.

–¿Siempre vidas a cambio de soluciones? –pregunta Carmen alarmada.

Felisa, que ha comprendido bien lo expuesto por el doctor y por su propia experiencia, responde:

–Desgraciadamente, el hombre aprende más cuanto más sufre y cuantos más errores comete, de ahí será, que los grandes descubrimientos de tantos inventos, hayan sido personas que han sufrido y mucho en la vida...

Lorenzo, incómodo en su papel de oyente, quiere marcharse, pero tampoco le parece correcto, por lo que con aire disgustado no para de dar vueltas a las manos en actitud nerviosa. No pierde la esperanza tampoco, de que más tarde podrá sacar descaradamente,

como ha hecho su mujer, sus apuntes, aunque los suyos, tiene que reconocerlo, no están legibles precisamente, ni a la altura de los de Felisa, piensa, mientras el orador de turno está exponiendo.

–El tranvía, el coche, el tren, las locomotoras de vapor, el Canal de Suez y la bicicleta, también la máquina de escribir, en fin, yo he visto tantos cambios, que claro, sin los descubridores de entonces imposible habría sido ver tantos adelantos –comenta Felisa, resuelta, con más confianza en sí misma.

Fermín, con gesto de aburrimiento, intenta recordar algún chiste pero tiene que hacer grandes esfuerzos para no dormirse, la segunda copa de pacharán que lleva ingerida junto con la succulenta comida y el vino anterior, son suficientes ingredientes para hacerle cabecear de vez en cuando.

Eguskiñe, atenta a cualquier necesidad, está disfrutando del debate más que de la comida, de vez en cuando mira a la pila de cacharros sin atreverse a interrumpir por miedo a que con el ruido producido por dicha limpieza moleste y no puedan concentrarse en los temas.

–Cada nuevo descubrimiento, estoy de acuerdo con don Ismael en que el precio fue excesivo, pero precisamente cada nuevo descubrimiento suponía nuevas máquinas, más producción, más infraestructura industrial, más medios de transporte, fue incalculable la labor realizada por Europa a partir de esta revolución industrial. Sin ella, no hay que mirar muy lejos, nos encontraríamos hoy prácticamente con lo mismo que entonces teníamos: enfermedad, carencias económicas, no existiría la igualdad que hoy disfruta el hombre, en fin, reconozco también que el precio fue excesivo, pero perder lo que hoy tenemos sería absurdo –don Roberto concluye.

–El imperialismo de aquella época estaba basado precisamente en el dominio de las naciones más desarrolladas sobre las otras, y no solamente en el orden económico, también en el orden social, cultural, político, arrasaron con los principios que sustentaban a un pueblo como tal –don Fernando expone, pesimista.

–Los últimos restos de Imperio creados en el siglo XVI con la conquista de Colón en América, se fueron reduciendo, como ya

hemos dicho antes, para dar comienzo la guerra de Cuba en febrero de 1895, así como las del Pacífico y las de Filipinas, y la última metedura de pata de los españoles, fue la aventura colonial de Marruecos.

Don Ismael cede la palabra a Eguskiñe que ha levantado la mano.

–Las posesiones ésas del Pacífico y las de Filipinas, fueron codiciadas por Estados Unidos como rutas hacia los mercados de China.

–En el 1898... esperar que no veo bien –Felisa interviene con una nota– es hundida la escuadra española en ... a ver... Cavite, Filipinas, las embarcaciones del Almirante Cervera son hundidas en Cuba por los navíos americanos.

–Si es que lo nuestro fue de traca... –responde Eguskiñe con gesto malhumorado.

–Desde luego, este periodo bien merecía, no una tarde, sino varias tardes de debate, a mí es uno de los temas que más me apasionan, porque comprendiendo un poco lo que se cocía entonces, podemos decir bien, sin miedo a equivocarnos, que era de tal magnitud, que un análisis global sobre todas las consecuencias derivadas de esta revolución industrial es casi imposible de hacer, las guerras, las muertes, las tragedias, las pérdidas de identidad, la lista es interminable, no hay cifras para describirlas. La década que hoy vivimos, los logros, los avances, la técnica, la ciencia, han salvado a su vez tantas vidas o más de las que costó, sin contar con las que irá salvando, por tanto somos instrumentos de Dios y a Él sólo le cabe conocer el porqué de tanta desgracia y de tanto acierto, lo que decía yo antes –remata don Fernando rotundo.

–Pues porque somos seres racionales; un abuelo mío estuvo en la guerra de Cuba, algún pariente debo yo tener por allí, porque tuvo por lo menos cuatro novias cubanitas, y con el calor dicen, que uno más bravo se vuelve, con las fiebres lo trajeron, que se moría, que no se moría, pues no se murió, porque si no aquí no estaría yo –comenta Lorenzo.

–¿Os imagináis a Lorenzo en la isla aquella rodeado de palmeras? Guapo has tenido que ser tú, porque mujer más guapa no

habría en el pueblo.

Fermín aspira un poco aliviado al poder intervenir en algo, señalando a Felisa.

–Podemos cantar aquéllo de “Cuando salí de Cuba, dejé mi vida, dejé mi amor...” –Carmen entona dejándose llevar por la melodía, coreada por Felisa.

–¿Has traído la guitarra? –pregunta Eguskiñe, risueña, mirando a don Fernando.

–Si quieres te puedo tocar... yo –se ofrece Fermín.

Ríen todos. El ambiente es agradable y la cocina está sobrecargada de humo de puro y de cigarrillos.

De pronto Felisa empieza a llorar, su marido que la ve, asustado le pregunta:

–¿Arrepentida no estarás por lo que has hecho?

Se oye alguna que otra risa. Felisa, maliciosa, le contesta:

–En el pecado llevo la penitencia. Arrepentida estoy, sí, pero de haberme casado y no estar viuda.

Se vuelven a oír nuevas risas.

–Abre la ventana, Eguskiñe, que con el humo no puedo –dice Felisa señalando sus ojos llorosos.

Don Fernando se levanta a la par que Eguskiñe abre un poco la ventana para que se ventile la cocina un poco.

Javi no sabe si quedarse o marcharse, ante eruditos tan importantes, él, un tanto introvertido como es, no se atreve a meter baza y no se encuentra del todo cómodo.

–Ahora se pondrán a cantar las canciones del año de la república, más viejas que Matusalén y me encuentro... Ahora que lo pienso... Vaya evolución sólo con la música, la que le gusta a mi ama y la que me gusta a mí... La diferencia es bestial. La política de los tiempos de mi amama, que nació con la Primera Guerra Mundial, mi ama después de la gran guerra nacional, y yo con la de ETA. Los medios de locomoción de las tres generaciones, las fábricas de entonces, las de ahora, los estudios, las universidades, como han ido diciendo el doctor, el cura y el maestro la revolución industrial ha sido la precursora de todos los adelantos de hoy, que vamos a la luna más rápidos que antes a Vitoria en burro. Sí, aquí

hay para hacer muchos análisis. No sé qué me pasa, pero tengo el coco que parece una olla express... ¡Joder, qué difícil es buscar lo que quieres entre tanta mierda!... Por un lado lo malo jodiéndote y lo tienes que pasar por la trituradora y convertir en buenas acciones. Hablan de todo como si no fueran con ellos los problemas, como si aquí no pasara nada. No lo entiendo... Está bien lo que dicen, pero aquí pasan cosas que mejor era hablar de ellas, digo yo, porque lo que pasó hace dos siglos... –piensa sin dejar de observarlos a todos.

Fermín, que capta su mirada, pasándole el brazo por el hombro le tranquiliza.

–Tú tranquilo, que aquí aún no hemos empezado la tarde. Tómate algo.

Felisa pide paso para ir un momento al servicio, a la altura de Javi le pasa sonriente su mano por la cabeza, acariciándosela y suspirando y en voz alta:

–Quién pudiera tener tus años...

–Y yo los tuyos para saber lo que tú sabes... –le responde Javi con una sonrisa.

–Lástima que cuando eres joven no tengas tan claras las cosas, uno...

Le responde don Roberto basado en su propia experiencia y en la de los demás jóvenes, que como él, raro es el que sabe de verdad lo que quiere y le conviene.

–Si yo pudiera cambiar... –Carmen pensativa contesta sin terminar la frase.

–¿Cambiar qué? El destino es el que manda, porque si no quién me lo iba a decir a mí... –Eguskiñe contesta encogiéndose de hombros.

–No lo dirás por mí... –Fermín se da por aludido.

–Yo prefiero no creer demasiado en el destino, porque nuestras cabezonadas, nuestros propios errores tienen mucho que ver con las consecuencias, y con el precio que pagamos las propias facturas.

Don Ismael, con el puro casi por finalizar, comenta mirándolo con pena de que ya le quede tan poco:

–Pues sí, yo creo que el principio y la semilla de gran parte de nuestros problemas actuales en Euskadi, parte de esa incipiente

revolución industrial, no olvidemos que aquí tuvimos esa revolución y de qué tamaño –don Fernando hace un gesto con la mano señalando el horizonte.

–Yo, como soy partidario de empezar desde el principio y el principio primordial de todas las cuestiones fue el hierro acumulado en las entrañas de nuestras minas, creo que si empezamos por ahí llegaremos al quid de la cuestión. Porque sin minas en Euskadi tampoco habría habido revolución industrial, ¿les parece bien que antes de irnos por los cerros de Úbeda, vayamos al grano? –don Ismael, con gesto que no admite réplica, ordena más que sugiere aunque quiera aparentar lo segundo.

Se miran todos y Lorenzo, un poco más animado, comenta:

–De eso, yo sé un rato...

–Pues mejor, así participamos todos... –Eguskiñe contesta resuelta.

–Bueno, todos, todos... yo, aparte de haber visto bajar reatas de mulos del Monte de San Miguel, cargados con mineral, cuando era una mocosa y de haber oído hablar de las minas de Somorrostro donde nació la Pasionaria, que por cierto era amiga de mi abuela, no tengo ni idea –contesta Carmen, con gesto de que le da igual que hablen de minas como del año en que empezó la Primera Guerra Mundial.

–¿Entonces, lo de tocar la guitarra y cantar lo dejamos para más tarde? –pregunta don Fernando mirando a los asistentes.

Estos se miran entre sí, y como ninguno corrobora sus palabras, opta por decir:

–De acuerdo, sigamos con el tema sobre las minas de hierro... Más tarde cantaremos un poco.

Fermín pide:

–Eguskiñe, otro café, para escuchar todo sin perder detalle, ¿puede ser?

–Sí, puede ser, porque si no veo que le haces compañía a Nemesio, dale un golpe, Carmen, que él solo parece un orfeón... –contesta Eguskiñe riendo de la expresión de Nemesio y escuchando suspiros, ronquidos y toda clase de connotaciones desafinantes de notas musicales.

–¿No hay algo para evitar esto, doctor? –pregunta avergonzada Carmen.

El doctor la mira serio y con gesto de fastidio, le responde:

–Sí, dormir en habitaciones separadas.

Ríen todos de nuevo. Carmen, más avergonzada aún, le da un codazo a su marido y éste, asustado, pregunta:

–¿Qué, qué pasa?

–Que te han jodido la siesta, majo. Estas mujeres no saben cómo jodernos: si roncas porque roncas, si bebes porque bebes, la cuestión es joderle a uno.

Lorenzo, con cara de pocos amigos, censura a Carmen por lo que le parece una mala acción de despertar al marido cuando en el cielo se está mejor que en la tierra.

Felisa regresa a la cocina con la cara bien lavada, para despejarse un poco ya que el sueño ha estado a punto de vencerla en varias ocasiones. Con una sonrisa pregunta:

–¿Algo importante me he perdido?

Javi se levanta de su silla para dejarla pasar, le parece increíble su vitalidad y sus ganas de aprender a su edad, si su amama tuviera la mitad de su salud que ella... Con la cantidad de chavales de su edad que van de pasotas sin tener un horizonte claro, sin ilusiones, drogándose muchos porque la vida no les ofrece alternativas válidas para ellos, esta cuadrilla de carrozas de pronto tiene la virtud de dejarlo, a medida que transcurre la tarde, con la sensación de que los padres, los abuelos y los hijos se comunican poco y las tres generaciones se desconocen por completo.

Quisiera participar más en el coloquio, pero prefiere escucharles, no recuerda una reunión como ésta hablando de temas tan importantes y no sale de su asombro. Ha descubierto que en esta cocina hay más vida que en una discoteca llena de jóvenes bailando dando botes “bakalao”.

–Tú, si te aburres, te marchas –le sugiere al oído Fermín a Javi.

–Tranquilo, tío.

–¿Tío?

–Bueno... –le contesta.

–Bueno, ¿empezamos con las minas o lo dejamos para mañana?

–Lorenzo apremia a su mujer que termina de sentarse y por las demás interrupciones.

–A los que no les parezcan estos temas interesantes ni importantes... En fin, pero si se quedan no interrumpen, por favor. Eguskiñe, un poco más de café y una copa de lo mismo.

Esta orden dada a Eguskiñe por el doctor, junto con un gesto de suficiencia, tiene la virtud de levantar de la silla a Fermín, para contestarle con pocos modales, ¿quién es él para ordenar nada a Eguskiñe?, pero al ver a amama en el quicio de la puerta se calma y se guarda bien lo que a punto ha estado de decir, agradeciendo a amama su presencia, que tiene la virtud de llevar el debate y la tarde mejor que nadie, poniendo cada cosa en su sitio, piensa mientras también se han levantado varios a la vez, para dejarle paso a amama, mientras comentan:

–Corta siesta...

–Tanto ruido...

–Con un gallinero como éste...

El doctor se ofende al oírle a Fermín este comentario y, con cara de pocos amigos, le recrimina:

–Sí, un gallinero con algún que otro burro dentro.

Eguskiñe no puede retener la risa, Felisa tampoco y Lorenzo que también se da por aludido va a replicar, cuando Nemesio, interviniendo con voz suave, le responde:

–Tiene usted razón. Yo así nací y así me voy a morir, ya pueden disculpar.

–Ahora resulta que va a haber más tontos que sabios, siempre ha sido así, pero cuando se quiere aprender, pues resulta que a veces los tontos también pueden ser listos... Ponme ya que estás haciendo café, uno con leche para mí –amama media ante las caras descompuestas de Fermín y de Lorenzo.

–Pero bueno, aquí hay más interrupciones que en las películas aquellas mudas, que se cortaban cada cinco minutos en el catecismo –Carmen con cara risueña comenta no dándose por aludida.

–Bueno, sirvo café, ¿quién quiere copa?, que se la ponga, y tú, amama, pon un poco de orden.

Javi acerca a su amama el trozo de tarta que está encima del aparador poniéndoselo delante y guiñándole un ojo.

–Claro, así será el preferido... Como la cuidas...

–Yo también quiero un nieto así...

Se oyen varios comentarios.

Eguskiñe, satisfecha, sirve de nuevo café y algunas copas. Una vez finalizada esta tarea, pide un poco de silencio ya que cada uno habla de una cosa, excepto el doctor que impaciente espera que dé comienzo el debate que es lo que más le apasiona y no soporta ni tanto jaleo, ni tanto ir y venir; con gusto se iría, ¿pero dónde encuentra algo mejor para debatir de lo que sea y pasar la tarde? Y en voz alta:

–¿Tenemos de todo? ¿Todos, incluida amama? –esta pregunta tiene doble sentido y amama, llevándose en ese momento un poco de tarta a la boca, le contesta:

–De todo, de todo, no... Pero me conformo.

–Claro, con un novio y vestida de blanco, no te quejarías...

–Fermín le contesta riendo. Hay varias sonrisas y don Roberto, que continúa pidiendo la palabra hasta que le es dada.

–A propósito de las minas de San Miguel de Basauri, ya que las ha mencionado Carmen, diré que, en Vizcaya precisamente, ésas eran una de las más preciadas, se extendían hasta el este de Bilbao, pasando por Dícido y Setares al este de Santander. También se extendían por las localidades de Galdames, Sopuerta, Alonsotegui, el Rato, Güeñas, antiguo Albando, los Cotos del Moro, Ollargan, Maravilla, ésta prácticamente en el centro del mismo Bilbao.

Concluye tomando la palabra don Fernando:

–Sin olvidar las minas de Somorrostro, Triano y Matamoros, en estas zonas se extraían tres clases diferentes de minerales de hierro, el carbonato, la hematita parda y la hematita roja.

–Por eso les salió la Pasionaria... –ríe Carmen, siendo cortada por la inoportuna e inmediata intervención del doctor, adoptando como es habitual en él, su gesto de catedrático en el tema suscitado.

–Ya en el año ochenta de nuestra era, decía Plinio, refiriéndose al tema que nos ocupa, en la costa Cantábrica hay una montaña que toda es de materia de hierro. En Guipúzcoa también los

yacimientos más importantes se encontraban en Mutilos y en Ceráin; en el 1560, se decía que dichas minas existían desde tiempos inmemoriales, también viniendo a cuento con lo expuesto por Roberto, diré que la descripción de Plinio coincidía con los montes de Bilbao a los que describe como “una villa fundida sobre hierro”. A partir de la importancia, así como de su necesidad, de él para la revolución industrial, es fácil deducir lo codiciado de este precioso metal por los países europeos a principios del siglo pasado en plena expansión económica –concluye don Ismael.

Lorenzo ha levantado por primera vez la mano pidiendo la palabra. Todos se le quedan mirando sin atreverse a llevarle la contraria, por lo que se hace un silencio sepulcral en espera de lo que va a decir.

–Antiguamente el hierro, tengo entendido, lo utilizábamos aquí para el uso de pequeños talleres de ferrones, a ver, aquí tengo yo apuntes –sacando un papel arrugado lo extiende y sin ningún recato, después de las exposiciones por Felisa, concluye– Las familias de jauntxos como Lezama, Leguizamón, los Gandarias, los Allendes, los Chávarris, los Ibarras, éstos, a resultas de la Ley de 1825 que permitía las explotaciones mineras, pues muchas familias formalizaron estas explotaciones.

–Sí, señor, no olvidemos que en todo el país vasco el hierro fue el mineral que sustentó a toda la población, que se exportaba para la compra de bastimentos y provisiones –rebate don Fernando.

–Bueno, el Fuero sólo esto decía: “Hierro por bastimentos”.

Replica Felisa:

–“Por cuanto la tierra de Vizcaya es muy montañosa”... A ver si recuerdo bien, no, no me interrumpáis –pide Eguskiñe que de pronto parece no recordar lo que viene a continuación– ¡Ah, sí! Es muy montañosa y no siembran, eso es, ni cogen pan ni otras vituallas con las que de esta forma puedan mantenerse, pues eso, que el hierro es nuestra despensa, con el hierro hacíamos el trueque: “Yo te doy hierro... tú me das provisiones –concluye satisfecha Eguskiñe por su exposición Felisa pide la palabra y con un folio bien limpio, se pone las gafas y continúa lo expuesto por Eguskiñe: –Los principales mercados para estos trueques de hierro por

abastecimiento serían, hablando de Europa, mira por dónde... los Países Bajos, Amberes y los barcos que salían con flete de hierro para Normandía, traían a la vuelta trigo, tocino, telas, pescaos a los puertos de Deva, de Ondárroa y también a Motrico... allí tengo yo un tío –concluye Felisa.

Amama, con una sonrisa, la felicita por lo bien expuesto que está.

–...Que a su vez estos barcos cargaban en nuestros puertos el hierro en barras, en anclas, también en lana de las ovejas, junto con el hierro fueron ambos factores decisivos para la economía vasca hasta el siglo XVIII –don Roberto contesta así a Felisa, concluyendo lo expuesto por ésta.

–Yo diría, añadiendo a lo dicho, que nuestros marinos se convirtieron en mercaderes y transportistas oceánicos a la vez, los barcos facilitaban dicho comercio de ahí que aumentara también la flota vasca y, ¿cómo no?, también los astilleros, y de ahí y termino, que los puertos y conjuntamente las villas, se fueron convirtiendo en astilleros. Sin ir más lejos tenemos el puerto de Bermeo, el de Bilbao, el de Portugalete, Lequitio, Ondárroa, Plencia... Aquí el Fuero también decía “que en su costa se encuentran a cada paso astilleros”. Los unos dependían de los otros, claro está; antes estamos hablando de la revolución industrial –concluye don Roberto.

Se hace un pequeño silencio que es aprovechado por Nemesio que escucha con atención y no puede por menos que decir:

–Interesante ya me parece todo esto a mí; ¿no te parece Fermín?

Este le mira seriamente contestándole:

–¿Por qué crees tú que estoy aquí...?

Va a contestarle Nemesio pero el doctor no da opción a nuevas interrupciones, tomando la palabra:

–Yo añadiría que las sacas de lana iban a parar a los mercados de Flandes y de Francia, junto con el hierro, también frutas de Málaga y de Valencia, jabón, canela, clavo, sebo de vital importancia para el alumbrado, vino de La Rochelle de Gascuña, cuero de Indias, trigo, centeno... La lista sería interminable, de ahí la gran importancia de los puertos ante mencionados a los que añadiría,

que no solamente hacían barcos de carga sino también Capitanas Reales Armadas, pasando por bajeles de guerra, sobre todo los de carga en grandes cantidades. Si tenemos en cuenta que no había ni vías de ferrocarriles, ni trenes, ni accesos para transportar por carreteras por carecer de medios rodados, el gran auge marítimo era de vital importancia, y el rey como único señor, “era el hierro”. Yo me atrevería a llamarle “su majestad el hierro”. En una tierra pobre, húmeda, el trueque era la única subsistencia posible para este suelo, que con lo único que contaba para su supervivencia era, como ya he dicho antes, el hierro, libre de impuestos. Pero al regresar a España Fernando VII en Mayo de 1814, encarcelaría por complicidad a los absolutistas junto con los diputados liberales, una vez desaprobados los acuerdos habidos en las Cortes restableciendo los Fueros. Durante los veinte años de reinado, se verían interrumpidos por poco tiempo, por el intermedio del trienio liberal.

–Acabo... –interrumpe el doctor que ha oído una tosecita– dicho gobierno liberal ordenaría la abolición de las aduanas del interior, dividiendo el reino en 52 provincias administrativamente. Esto, claro, supuso un gran perjuicio para el campesinado vasco. Si tenemos en cuenta, esto, claro, se legislaba desde las Cortes de Cádiz, que los impuestos eran en metálico y éste era un país acostumbrado a pagar sus rentas en especies... el deterioro fue gravísimo. Y termino, ahora le cedo la palabra –le dice a Eguskiñe que tiene levantada su mano pidiendo intervenir– Bueno, los cambios empiezan a ser constantes... a partir de entonces...

–Muy bien, entonces teníamos hierro y se llegó a tener abiertas hasta 252 minas, a lo mejor había alguna más, ¿pero hoy cuántas tenemos? Ninguna que yo sepa, con lo cual se acabó lo que se deba, así que si nos quedamos hoy sin empresarios, ¿con qué hacemos los trueques? –Eguskiñe llena de coraje expone.

Se oyen varias voces dándole la razón:

–Eso, ¿qué minas de diamantes, o petróleo, o qué energía solar tenemos para exportar?

Lorenzo interviene cabreado, dándole la razón a Eguskiñe.

Todos suscitan un debate sobre lo expuesto por Lorenzo. Este por fin siente que la tarde empieza a merecer la pena.

–¿Pero tanto hierro teníamos? Porque 252 minas por poco que diesen... –pregunta amama sorprendida por lo que calcula que eran muchos miles de toneladas.

–Ya lo creo que teníamos, gracias a él España pudo engrandecerse y salir de la pobreza que la asfixiaba. Con lo cual empezaría a competir con Europa más tarde. Aquí, el gran error del gobierno... fue su empeño en destruir nuestra cultura y nuestra identidad. Eso se venía haciendo con los pueblos indígenas y aquí se quiso aplicar un sistema parecido. El que hoy tengamos que recuperar a pasos agigantados nuestra propia identidad, se debe precisamente a ese despegue económico junto con la pérdida irremediable de nuestros añorados Fueros. Este punto bien merecería otra tarde, represalias, vejaciones, sin contar lo que ha sufrido nuestro pueblo, hasta hace cuatro días. –Concluye don Roberto apesadumbrado.

De pronto se ha hecho un silencio que no es interrumpido por ninguno de los presentes.

Don Fernando, con gesto hosco y mirándose las manos que tiene apoyadas sobre la mesa, con tono apesadumbrado es el primero en tomar la palabra.

–Seguimos siendo la despensa de España, hoy en estos días aún ETA sigue haciéndoles el juego, echan a los industriales de Euskadi y con ellos se van las industrias, ¿a dónde? A Zamora, a Zaragoza, a Burgos, a Madrid... No hay región de España donde no haya un vasco invirtiendo a consecuencia del éxodo que ellos han provocado. Lorenzo ha dicho bien, ¿cuándo se vayan los empresarios, qué nos queda? ¿El sol, el oro? ¿Las minas de qué? Si están todas cerradas. ¿Hasta cuándo hay que seguir apoyando a ETA? ¿Hasta que vuestros hijos no tengan ni para alpargatas, como en los tiempos de amama, Felisa y Lorenzo?

El silencio vuelve a reinar en la cocina.

–En efecto, se ha dicho aquí muy bien, ya no queda hierro ni para hacer un tractor –es don Ismael el que en tono pesimista así ha hablado.

–Amama, aquí había hierro para dar y tomar, hacer un balance sería imposible, todo se empleó en la revolución industrial europea

y la de Euskadi, por supuesto. Sin olvidar tampoco, y esto es muy importante, que el gobierno se llevaba un tanto por ciento de todo lo extraído... –don Roberto, taciturno, suspira impotente al final de su alocución.

Al cabo de pocos segundos, como si de pronto se desatase una galerna en el mar, surgen las protestas, los comentarios encontrados. No se escuchan unos a otros, parecen tener todos razón, exponiendo sus propios sentimientos, sus propias razones de lo bueno y lo malo que supuso tal desarrollo industrial en Euskadi y en el mundo entero.

Al cabo de un buen rato de no aclararse nadie, levantándose de su silla pide silencio don Fernando y las voces poco a poco van bajando de tono, para regocijo de don Ismael que con cara de pocos amigos, mira indiferente a un lado de la cocina, observando sin ver un saco lleno de patatas.

–Con el descubrimiento del inglés Sir Henry Bessemer de un método de producción de acero mediante un proceso de descarburación del lingote de hierro, se descubrió que nuestro hierro era el más apropiado, por no ser fosforado y el que ellos necesitaban por carecer de él –expone don Roberto en medio de varios comentarios hechos por Lorenzo y Eguskiñe.

–Una de las materias primas y de primera necesidad entonces era, en efecto, el hierro, “el hierro de ustedes” por su fácil manejabilidad. Una Europa en pleno desarrollo industrial, ¿se imaginan los kilómetros de raíles, locomotoras, máquinas que empezaron a extenderse por todo el mundo? No hay que ser muy experto en números para imaginar la magnitud de esta necesidad. ¿Quiénes la necesitaban a toda ultranza? ¿Y los beneficios que aportaría dicha revolución?

–Inglaterra...

–Francia...

Se oyen varias voces contestando a la pregunta del doctor, que pide silencio continuando con el mismo tono de voz, mientras apaga un cigarrillo dentro de un cenicero sobrecargado de colillas y de ceniza.

Eguskiñe, al fijar su mirada en el cenicero donde el doctor ha

depositado su colilla, lo quita levantándose de la silla y abriendo la arandela de la chapa con el hierro colocado sobre el tiro, lo echa todo dentro, produciéndose una llama de varios colores que pasa desapercibida entre los contertulios, al iniciarse de nuevo, los comentarios con respecto al tema que los ocupa.

Don Roberto, que ha pedido otra vez la palabra, una vez que se hace el silencio, interviene:

—A raíz de la legislación libre cambista de la revolución del 68, las compañías extranjeras compraron minas a precios irrisorios. Pero aquí tenemos que apuntarnos un tanto, nosotros los vascos, que lo de vender no tenemos a gala, sino más bien lo de aumentar el patrimonio. Las familias vascas, como decía, no vendieron, sino que arrendaron. Gracias a este sistema la fuente de riqueza que aquí se produjo a finales del siglo XIX ahí está, no hay más que echar la vista hacia atrás para saber sus resultados, a nivel económico.

—No cabe duda que los vascos fueron astutos y listos en cuanto a la explotación de las minas, desde la Edad Moderna, en toda Euskadi son las familias de jauntxos los que explotaban las ferrerías, entre estos jauntxos se encontraban los Lazama—Leguizamón, como ya hemos dicho, los Salazar, los Chávarris, los Zubiria, los Ibarra y muchos más. Pero a resultas de una Ley de 1825, que permitía las denuncias de explotaciones mineras, son muchas las familias vizcaínas que formalizaron dichas explotaciones —don Fernando interviene en tono suave y con cara de preocupación.

Don Ismael que capta su preocupación, pide la palabra saltándose a Felisa, que con un folio en la mano quiere intervenir de nuevo.

—El hierro de las minas en la década de los cincuenta, se empleaba en las empresas siderúrgicas no muy competitivas de la zona, como ya hemos dicho antes. A partir del descubrimiento del inglés, Sir Henry Bessemer, como ha dicho Roberto muy bien, y con una necesidad vital para Inglaterra en su propio desarrollo industrial, empezaría a sacar el hierro de ustedes para exportarlo por la puerta falsa.

Las caras de asombro se dibujan en la mayoría de los presentes.

El murmullo de porqué se tenía que exportar por la puerta falsa, es el detonante en el momento justo en que el reloj da la media de las seis, hecho que pasa desapercibido encrespados como están los ánimos en una fuerte discusión.

Fermín mira a todos y en especial a amama, guiñándola un ojo en actitud de que no están bien de la cabeza.

—¿Una prueba?... ¿Qué prueba, queréis más pruebas? ¿Para qué se hizo entonces el ferrocarril de Francia en el 1865? Pues porque así, de esta manera, se acercaba el hierro a la ría y de ahí salía, como ha dicho don Ismael, por la puerta que a ellos les daba la gana —Lorenzo, con un apunte bien visible se ha levantado y con él en la mano levanta todo lo que le es posible el tono de voz.

—Once años más tarde se inauguró el ferrocarril de Galdames, también sería inaugurado un año más tarde los ferrocarriles de Mac Leman y la Orconera y alguno más.

Javi interviene contagiado por el espíritu reinante en la cocina.

—Pido la palabra, pido la palabra —grita Felisa a la que en varias ocasiones no han dejado intervenir, nadie la escucha y para hacerse oír sólo se le ocurre levantarse y coger una sartén y un cazo empezando a dar golpes con él.

Todos la miran echándose a reír.

—Si nace muda habría reventado. En vergüenza me estás dejando —le dice su marido con cara de que deje de meter ruido y se siente de una vez.

El doctor, sin poder dejar de reírse, algo que no le ocurre a menudo desde la muerte de su esposa, ya que la salida de Felisa le ha producido un ataque de risa y no pudiendo articular palabra, con un gesto de la mano se levanta ordenando al cabo de unos segundos, después de dominar ésta.

—Silencio, por favor, que va a hablar la delegada de la asamblea.

Varias risitas corroboran las palabras del doctor y Felisa, con uno de sus folios, interviene, no sin dar antes las gracias con gesto malicioso:

—Gracias, lo que no consigas a buenas, pues lo consigues haciendo la revolución, como lo hicieron entonces, por las buenas o por las malas. En la guerra todo vale... Aquí tengo... La ampliación

del puerto de Bilbao se hizo inminente y necesaria, por eso Víctor Chávarri y Pedro Gandarias concibieron la creación del puerto exterior en el Abra de Bilbao, encomendando esta obra a don Ernesto Churruca –finaliza Felisa sentándose satisfecha.

Amama, que todo lo observa, no puede por menos de estar sorprendida, por las actuaciones de Felisa, mientras piensa:

–Qué pena no haber nacido un poco después, para coger aunque sea por la cola el tren de la liberación de las mujeres, mi hija por los pelos lo ha cogido y ella no va a ser quien le ponga obstáculos en el camino. Hace dos años mi hija no estaba capacitada para intervenir, como lo está haciendo ahora, en un debate con gentes de carrera, ni para tratar de hacer negocios, por miedo o por falta de ilusiones o de conocimientos, lo que un día le pareció idea acertada comprar libros en lugar de un abrigo, hoy el tiempo le da la razón. Del saber se puede esperar el progreso, pero de la ignorancia la única esperanza es la pobreza, por eso los pueblos incultos, pobres seguros. Euskadi no puede caer nunca en la miseria, porque aquí hay cultura y de la cultura saldrá la respuesta, ésa es la mayor esperanza para el mañana, y si mi nieto se quiere ir al extranjero, yo le ayudaré y le apoyaré, aquí hacen falta voces con cultura, no rebaños de borregos apedreando y rompiendo cristales porque hay cuatro listos que los gobiernan, sin pensar en qué redil los meten con tal de llevarlos al matadero para sus propias ganancias. Generaciones que sepan bien lo que quieren y por qué lo quieren y cómo lo quieren, pero hay que empezar la casa por los cimientos. Primero saber quiénes somos, segundo cómo fuimos y tercero qué es lo que queremos y teniendo claras las cosas que vengan a mangonearnos... A mí me van a enseñar cómo se hacen los callos... Pues cada uno que aprenda lo que tiene que aprender y así podrá defender mejor su casa y sus intereses. Otro gallo me habría cantado a mí de haber sabido un poco más, aunque tampoco me arrepiento, por lo menos formalidad hay en esta casa y eso también es bastante en estos tiempos que corren, que no son buenos precisamente. ¡Ay, Jaungoikoa!, perdidos andamos, los unos por una cosa y los otros por otra. Pero nada hay que no pueda solucionarse, todo tiene arreglo tarde o temprano, pero con

conocimientos antes se levanta la casa –piensa amama para sí mientras continúa el doctor con el debate.

–Empresas como los Krupps alemanes, la Orconera, Isasu Mine inglesa, la Societé Franco-Belga de Mines, serían las que arrendarían las minas que antes decíamos, aunque así como la minería veía crecer sus dividendos, la empresa siderúrgica no sería lo mismo, precisamente por carecer de vías de comunicación ferroviaria. Hubo varios enfrentamientos por parte de los fabricantes reivindicando un nuevo reajuste y la ley de presupuestos de 1864 acabó con las franquicias otorgadas. En el Artículo 20 de la Ley de Ferrocarriles, concedía franquicias absolutas para la entrada de materiales extranjeros, con lo cual está muy claro que no se vendían los de aquí. Lo que va a pasar como entre China en nuestro mercado, con una mano de obra tan barata, ¿quién compite? –el doctor termina su alocución, haciéndole una señal a Eguskiñe. Ésta se acerca para ver qué quiere.

Fermín, que no les quita ojo, con cara de pocos amigos, se queda intrigado al no poder oír lo que dicen, dado que el tema ha suscitado debate entre don Fernando y don Roberto, Felisa y Lorenzo, subiendo de tono por momentos, preguntándose:

–¿Qué cojones le estará diciendo? Buena cara no ponen, ¿pasará algo?

Carmen, colorada por el calor de la cocina y por los continuos sofocos menopáusicos que tiene, se levanta, saliendo de la cocina al cuarto de baño.

–Por eso ahí nos dolía; hubo que hacer nuevos cambios y rápidos, construyendo raíles, máquinas de tren también nosotros, y todo con el hierro. El auge económico, todavía no demasiado boyante, poco a poco iba camino de crear una nueva clase social de propietarios mineros y ricos, claro, que se repercutirían en el nuevo Banco de Bilbao, nuevos ricos comerciantes, que poco a poco también se convirtieron en financieros, empresarios, la siderurgia también iba poco a poco incrementando sus beneficios financiados por los bancos. Aquí tenemos que lamentar la tala indiscriminada de los robles, los castaños, ante la nueva demanda hecha por las papelerías, las nuevas construcciones, esos bosques comprados por

los jauntxos serían devastados a finales del siglo pasado... Siempre un precio hay que pagar por todo –don Roberto concluye un poco fatalista.

–Sírname otra copa –pide Lorenzo a Fermín. Éste se la sirve y otra para él. También Felisa quiere un poco de anís. Amama, una vez consultada, hace un gesto de que se está pasando. Don Fernando pide un vaso de agua. Eguskiñe también atiende las peticiones de los invitados.

Nemesio, con ojos de no demasiado despiertos, mira a un lado y luego a otro, no sabiendo a quién escuchar. Los temas se disparan y las discusiones son constantes, también pide una copa de pacharán enciende un cigarro mientras piensa: Aguantaremos lo que nos echen, por el mismo precio. –Al doctor algo le ha oído sobre la salud de Agapito comentarle a Eguskiñe, y sus expresiones no le han gustado, quedándose preocupado.

–Euskadi va entrando en la revolución industrial poco a poco, en 1865 los consejos del Banco de Bilbao fundaron una Comisión del Ferrocarril Vizcaíno, uniendo Tudela con Bilbao, iniciando un año más tarde su construcción; 1863, se iniciaron los tramos Bilbao–Miranda, Haro–Tudela –don Fernando concluye cediéndole la palabra a Felisa, con la consiguiente contrariedad reflejada en el rostro de su marido en cada intervención que ésta hace.

–Las guerras Carlistas todavía no habían acabado por lo que el despegue costaba, pero una vez que éstas finalizaron la producción de hierro aumentó también. Aquí tengo yo unas cifras. A ver, aquí está el dato, no os pongáis nerviosos que acabo pronto, de 25.000 toneladas de producción de hierro pasamos, al año, claro, a un aumento de 2.683 millones en 1880, de 4.795 millones de toneladas en el 1890, entrando en el siglo con 5.361 millones toneladas en un año, ¿a qué viene tanto cambio? Aquí tengo yo apuntado lo más importante.

Va a continuar, pero su marido dando un fuerte golpe a la mesa, exclama:

–¡Trampa, has hecho trampa!

Las carcajadas suenan de nuevo mientras continúa:

–Si en la guerra vale todo, espera la que vamos a librar: tú y yo

más tarde, cuando lleguemos a casa.

Amama no puede por menos que reírse esta vez sin disimulos, a carcajadas, hasta que los ojos le lagrimean, teniendo que sacar su pañuelo blanco del bolsillo y pasárselo por los ojos.

Felisa, más hueca que un pavo real, le responde:

—¿Dónde, en la cama o en la huerta? ¿Te acuerdas? Aquellas sí que eran batallas...

Ríen todos imaginándolos en actitudes ardorosas y apasionadas de ambos cuando eran jóvenes.

Lorenzo mira a todos con cara desafiante y un poco más calmado al recordar, exclama:

—Ahí ganaba yo siempre, porque ésta un poco frígida ya era...

Las risas se suceden ante el asombro que sin pelos en la lengua, le contesta:

—O inexperto tú...

Ríen de nuevo todos.

—Muchos inexpertos hay hoy también, alguno más de lo que debían; cuando son jóvenes porque no saben, y cuando son viejos porque no pueden —exclama Carmen, que ha regresado del lavabo, medio en broma. Su marido la mira con malicia.

—Tontas también ya erais, tanta vergüenza, tanta vergüenza, que pasasteis los mejores años sin aprender el catecismo y cuando lo aprendisteis a desatiempo andasteis; ¿quién tiene la culpa...? Cada cosa a su tiempo.

Fermín no contesta, está intrigado y cabreado también, pensando en qué le habrá dicho el doctor que ha cambiado el semblante de Eguskiñe.

—La revolución, sí señor, aquéllo sí que era revolución, amama...

Va a continuar Lorenzo, pero amama le hace un gesto con los dedos llevándoselos a la boca, porque se ha puesto colorada.

Lorenzo malicioso, continúa:

—Bravo también era Genaro, tres por lo menos conté yo...

Amama, mitad avergonzada y mitad riendo, le contesta:

—Si llego yo a saber que tú andabas entre los avellanos, con una buena vara te habría dado en las costillas.

Javi se siente feliz, ríe por todo, se ha tomado un poco de

pacharán también y está eufórico, no recordaba una tarde como ésta, desde que su aíta y su hermano mayor celebraban las navidades, o cuando vinieron sus tíos de California junto con sus tíos de Madrid las navidades de hace dos años, que también se reunió la familia.

–No se puede concebir una sociedad sin una familia reunida aunque solamente sea en ocasiones especiales –piensa sin dejar de observar a uno y otro, tiene que animar a su ama para que se case con Fermín, quedándose éste con su ama, su amama y su hermana, de esta manera podrá irse más tranquilo.

–Después, cuando se vayan todos, se lo diré –piensa mientras bebe un poco de licor.

Don Fernando pensativo, levanta la mano derecha pidiendo la palabra, al mismo tiempo que pide silencio.

Poco a poco éste se hace y con la vista puesta en el mantel de hule de cuadros azules y blancos, empieza una vez logrado que todos se vayan callando.

–Yo creo que el verdadero análisis de aquellos tiempos, así como sus resultados que están a la vista, tuvo, como ya hemos dicho, su parte buena y su parte negativa, por lo menos en su forma de hacer déjenme, me explico... –prosigue al oír varias voces dando su opinión– Si no os importa, antes hemos dicho que la conquista de las colonias, la revolución industrial, tuvo su parte negativa que fue la destrucción de tantas culturas, con el agravante de la imposición por parte de las naciones que dominaban los distintos países que se iban conquistando, estoy de acuerdo en que a cambio el progreso ha tenido y ha pagado con creces tales desmanes, pero el precio está ahí y ahí nos duele precisamente a nosotros hoy todavía y a muchos pueblos más que no hay que citar, a Libia por ejemplo, con el problema del integrismo y nosotros con el problema vivo aún de la ETA. ¿Cuál es nuestro talón de Aquiles? Sencillamente esa revolución industrial... Un momento, que te cedo la palabra –le dice al doctor que ha hecho un gesto queriendo entrar en este punto– Si antes los trueques, las mercancías traídas de ultramar, libres de impuestos como estábamos creaban una forma de vida, al adoptar la monarquía medidas represivas desviando el tráfico que venía de

las colonias de ultramar, insisto, al desviar éstas fuera de nuestros puertos, nos quedamos como se dice, a dos velas. Gracias a los Fueros que creaban en Euskadi un sistema local diferente, debido precisamente como ya hemos dicho también, a la pobreza de la tierra que importaba por mar, libre de impuestos sus mercancías, ahora nos encontramos con una ruina económica total en Guipúzcoa y en Vizcaya con los jauntxos explotando pequeñas ferrerías, que destinaban su trabajo a la construcción naval una parte, otra para el consumo de aperos para la agricultura, otra parte para la construcción de armas y el resto para la exportación, el tema era preocupante. No es de extrañar tampoco que estos jauntxos comerciantes, hicieran causa común queriendo modificar los Fueros, junto con el partido de ala progresivo. Perdonad si me he extendido un poco, pero el tema, que aún no hemos abordado y de vital importancia para nosotros, creo yo que empieza precisamente en este punto –concluye don Fernando disculpándose por su un tanto extensa intervención.

–La próxima habrá que controlar como Hermida mirando al reloj –le contesta Lorenzo mitad en broma.

Don Ismael, con una de sus mejores sonrisas, exclama:

–Has dicho bien, aquí en este punto precisamente, se gesta todo el proceso que daría más tarde pie para que los Fueros fueran un estorbo y un obstáculo que debían eliminar, lo mismo el gobierno de Isabel II, como los propios gobernantes de ustedes, ante una demanda de hierro a la que no podían dar salida, pero que estaba esperando, porque la puerta pequeña no era suficiente y había que agrandarla para que saliera libre y a raudales.

Los gestos de asentimiento por parte de don Fernando y de don Roberto, son unánimes, dándole la razón.

Lorenzo, que ha oído, sorprendido mira a amama y a su mujer, sin comprender a qué se refiere. Éstas, con gestos también de no haber entendido lo referente a este punto, comentan por lo bajo:

–Hay que ver las cosas que estamos aprendiendo ahora.

–Y que lo digas, tantas represiones que hemos aguantado, miedo y todo nos ha dado hasta saber quiénes éramos. ¿Te acuerdas de pequeña en las escuelas? ¿Después con Franco en la guerra?

Cuando hemos querido levantar la cabeza, ya no hemos sabido ni cómo éramos antes...

Felisa, con gesto mitad de tristeza y mitad abatido, le contesta a amama que corrobora sus palabras con gestos similares.

–A un vecino mío la gramática vasca se la hicieron comer en la cárcel de Larrinaga en Bilbao, porque estaba estudiando euskera y tantas y tantas vejaciones como nos han hecho pasar. Está bien el progreso, pero ¿por qué hay que querer destruir nuestra cultura? Menos mal que el toro todavía lo hemos cogido por los cuernos –amama le contesta a Felisa, que hablan entre ellas mientras hay diferentes puntos de vista en el debate en la mesa levantando por momentos el tono de voz.

–¿Qué es lo que pasa ahora? –pregunta Carmen que se había quedado traspuesta y el fuerte tono empleado en el debate la despierta.

–Que no sé, lo de los Fueros, van a empezar o van a acabar, porque estas historias de antes, como no las conocemos, pues resuelta que no sé, no me aclaro del todo, así que a escuchar y a callar nosotros –Carmen asiente un poco avergonzada por no estar a la altura de sus contertulios.

Javi también por momentos va cogiendo confianza y su voz empieza a oírse, mientras Fermín, sorprendido le escucha atento mientras piensa:

–Yo que creía que de esto no entendía; claro, tanto libro comprendo, casi han arruinado a la madre entre la hija y el hijo, porque estas cosas no se aprenden si no se leen... Mecagüen la mar, hasta yo voy a tener que ponerme al día, va a tener cojones... Porque me quedo solo al final, como los tontos, el último de la clase.

Don Roberto también pide silencio, colorado y un poco sudoroso por el calor y el ardor del tema; una vez que éste se produce, con gestos nerviosos alza las manos una y otra vez mientras empieza su alegato.

–A mí aquí me duele de verdad, en este punto donde estamos llegando y sin entrar en más debates que no acabaríamos nunca. A ver si sé exponerlo de forma que comprendan lo importante de este

punto: el partido de ala progresista del liberalismo, quiso modificar los Fueros y este partido sería el que apoyaron los comerciantes... Bueno, continúo, un momento... –dice don Roberto, que para esta ocasión se ha levantado, quizás por la fuerza de la costumbre de hablar a sus alumnos de pie pudiendo moverse libremente, mientras anda de un lado a otro de la clase y con una regla en las manos dando ligeros golpes con la izquierda en la derecha, forma de abstraerse y recapacitar de esta manera cada palabra que expone. En esta ocasión tiene un puño cerrado, el izquierdo, dando palmaditas en la mano derecha, prosiguiendo, pensativo:

Todos se han quedado silenciosos y curiosos al mismo tiempo, su gesto es intrigante y tiene el poder de hacerse escuchar sabedor de que el tema merece la pena de adoptar una nueva actitud sumisa, dolorida y de respeto.

–Como decía, dicho partido sería el que apoyarían los comerciantes; en cambio los municipios dominados por los jauntxos, aplastarían en las juntas en su comisión de consumidores, a los representantes de Bilbao y San Sebastián –hace una pausa y prosigue–. Es de comprender que esta burguesía acabaría por destruir los Fueros, así como todos sus mecanismos forales, para beneficio del reino y de ellos... Bueno, y de los obreros que colaboraron a miles en las industrias que florecieron como consecuencia de esta gran pérdida.

De ahí también que la ETA hoy se siga vengando de una burguesía que nada tiene que ver con aquélla, pero que es origen de la misma.

Las voces a favor y en contra de este punto se disparan, hablando todos a la vez, excepto el doctor que mira al aforo desaprobando la interrupción hecha a don Roberto, sin hacer comentario alguno. Al cabo de un prolongado intercambio de opiniones encontradas, puede pedir la palabra de nuevo don Roberto, que respira profundamente antes de comenzar:

–Es hora de hacer balance, hemos hablado y bien por cierto, y me permitiría felicitar a Felisa y que me perdonen el resto, pero creo que se merece un aplauso, es la alumna más... joven del grupo –iba a decir mayor, pero rectifica.

Felisa, emocionada se levanta, mientras Lorenzo mira para otro lado, con cara renegada, en el fondo siente el cosquilleo de la envidia, tiene que reconocerlo aunque le moleste, que su mujer tiene mejor cabeza para el estudio que él, pero a escudriñar en el tiempo, para saber cuándo va a llover y cuándo va a salir el sol, le da cien vueltas, así como cuándo se pueden sembrar patatas, lechugas o berzas...

Una vez concluidos los aplausos, don Roberto pide un poco de silencio, continuando en la misma posición:

–Como decía, por un lado Europa pidiendo hierro, estamos hablando a mediados del siglo pasado, y nosotros no pudiéndoselo servir, excepto por la puerta de atrás, España arruinada necesitaba entrar en este nuevo desarrollo y también necesitaba de nuestro hierro y de su tanto por ciento que se llevaba por su extracción, y nosotros, que desaparecidas las aduanas estábamos en unas condiciones pésimas de poder sobrevivir, los nuevos empresarios vascos presionando también al gobierno para promover nuevos cambios, nos encontramos con un talón y de qué tamaño... Nuestras leyes ancestrales se quedaban viejas y un tanto retrasadas también, diría yo, que sí, hasta entonces fueron buenas, previsoras, no me interpreten mal –hace un paréntesis prosiguiendo despacio y midiendo bien lo que va a decir– Ese empuje, esos millones de toneladas de hierro bajo las minas, sin poderlo sacar, porque como ya hemos dicho antes sirvieron como supervivencia de nuestro campesinado vasco, ahora obstaculizan el nuevo desarrollo, y cuando hay una piedra que se pone en el camino la apartamos de la carretera para poder pasar, ésta no era una piedra, era una montaña y había que apartarla –el silencio en este punto es sepulcral, no se oye una voz, no pasa ningún coche por la carretera y Txakur guarda silencio, como si entendiese que no es el momento oportuno de interrumpir– Y así se decide por fin, en las Cortes de Cádiz, el 21 de julio de 1876, la abolición absoluta de nuestras leyes, nuestros amados Fueros, que son abolidos de un plumazo, sin contar con la aprobación del pueblo como se había venido haciendo, desde tiempos inmemoriales; aquí hay que lamentar la falta de democratización con que se llevó a efecto esta resolución.

Las caras de rabia, de coraje, de protesta se oyen salir de las preguntas de todos.

Don Roberto, de pie aún, deja que durante un largo rato opinen cada uno a su gusto. Al cabo de unos minutos pide de nuevo la palabra que le es concedida por unanimidad, pero cuando va a tomarla es interrumpido por amama que con cara de no comprender pregunta:

–Antes de que empieces de nuevo, y a lo mejor parezco tonta, pero, ¿qué decían las leyes, para qué estorbaban y por qué había que quitarlas de en medio?

Esta pregunta es corroborada por todos.

–¿Eso, qué decía?

–¿En qué punto estorbaban a todos las leyes?

–¿Es qué todas estorbaban?

Don Roberto, con ambas manos y una vez logrado que se calmen y guarden silencio, prosigue despacio esta vez mirando al mantel de cuadros en actitud preocupada.

–Aquí, en este punto se abrió la herida que aún no ha sido cicatrizada.

Don Ismael ha pedido varias veces la palabra alzando su mano y ante su insistencia, don Roberto va a continuar pero comprende que también los demás tienen derecho a expresarse y pidiendo excusas se sienta ante la decepción de todos, esperando a más tarde poder responderles a sus preguntas.

Don Ismael decide aclarar su punto de vista, retrocediendo en la historia antes de llegar al punto donde ha concluido don Roberto, ante las caras decepcionadas de todos los presentes, incluida la de Fermín.

–Aquí Espartero no tiene más que coger la manzana y comérsela porque está madura; el Convenio de Vergara firmado el 31 de agosto de 1839 por Espartero y Maroto, está basado en el acuerdo que tuvieron previamente los jauntxos de ambos lados. Aquí cabe destacar que el Convenio tampoco es muy claro respecto a los Fueros, se habla, pero sin garantizar nada, de que el Gobierno impondrá a las Cortes su concesión o modificación, pero como ya he dicho, nada aclaratorio. En cuanto al ejército Carlista, promete

garantizar los empleos de los soldados, de los jefes alistados en las filas de Maroto, conservando sus graduaciones o si lo prefieren alistarse en el ejército del reino. Con esto termino, los Fueros no son destruidos pero sí son papel mojado. No me interrumpen que yo he estado muy callado en la intervención hecha por Roberto.

Guardan todos silencio ante la dura réplica hecha por don Ismael, en la que el cura y Lorenzo han querido intervenir a la vez, optando por esperar hasta las últimas palabras del doctor.

—Continúo: entre los progresistas por un lado, queriendo ese desarrollo y esa fuente de riquezas, y los moderados, que defendían el pasado así como las tradiciones, la convivencia entre ambos no era la más propicia precisamente. En mi opinión, todavía no se ha solucionado hoy el problema de la pacífica convivencia, continúan de otra manera, para el caso, en el mismo punto. Industrialización o regresión, ¿dónde quieren quedarse los vascos?

Termina don Ismael y la avalancha de comentarios para todos los gustos no se hace de rogar.

—Ni lo uno ni lo otro.

—Hacia atrás nunca.

—Adelante, sin olvidar quienes somos.

—¿Por qué no pueden ir juntos, pasado, presente y futuro?

Eguskiñe también se ha levantado, pidiendo silencio, levantando la voz. Al cabo de un rato su petición es escuchada y del mismo modo se levanta para ser escuchada a medida que las voces van cediendo y bajando de tono.

—Los moderados en 1839 eran los que gobernaban; el ministro Arrázola, afirmaba en su Artículo primero que “Se confirman los Fueros de las Provincias Vascongadas y Navarra, sin perjuicio de la unidad constitucional de la monarquía”, y luego más tarde, ¿qué pasó?... —concluye sentándose cediéndole la palabra a don Fernando.

Éste se levanta y mirando a un lado y a otro, comenta, preocupado:

—Sí, en principio este decreto produjo gran esperanza entre las Diputaciones Vascas, que se hallaban controladas por jauntxos moderados. La Diputación de Álava le confirió el blasón de la

provincia a Espartero, nombrado diputado general, dicho cargo fue concedido por la Diputación de Vizcaya. Aquí yo haría hincapié en una cosa. Es la primera vez que un texto legal establece la preeminencia de la unidad constitucional sobre los Fueros. En lo sucesivo para los nacionalistas esta ley tiene la vigencia de la dramática pérdida de la soberanía de los Estados Vascos a manos de España... Perdonen, silencio, por favor –pide don Fernando al ser interrumpido por un clamor incesante de comentarios– Gracias. Continúo. Desde Sabino Arana a principios de siglo, hasta José Antonio Aguirre, sobre el año treinta de esta década, las reivindicaciones se han venido sucediendo, hasta el momento actual, en que aún no se ha dado por finalizada esta cuestión de reintegración foral, la vuelta a la situación anterior a la ley del 25 de octubre de 1839. Y mientras esta integración no llegue, la paz, desgraciadamente, tampoco.

El ambiente está caldeado de tal manera, que amama siente una especie de mareo, pidiendo a su hija que abra la ventana. Ésta, al ver la palidez de su rostro, se levanta de su silla como impulsada por un resorte abriéndola de par en par.

Este hecho lo agradecen todos los presentes, que sienten que tienen la sangre un tanto alterada, respirando con fruición a pleno pulmón el aire húmedo de la tarde adormecida y en sombras. Poco a poco se ha hecho de noche aunque nadie tampoco se haya percatado del paulatino proceso.

Una vez pasados unos minutos, Felisa con uno de sus folios en la mano, sus gafas puestas también, se levanta en actitud que no admite contradicción de que a ella también le ha llegado su actuación.

–Aquí tengo: Espartero por decreto de 29 de octubre de 1841... Cien años más tarde no pasaremos hambre, ¿te acuerdas, María? –hace un lapsus y prosigue leyendo– A ver, que me pierdo...

–Perdida ya estás y para siempre –le contesta Lorenzo, mientras contienen la risa los demás.

–Bueno, continúo: el decreto establecía que los corregidores serán sustituidos por jefes políticos; los ayuntamientos y diputaciones, así como la monarquía y las aduanas se establecerán

fuera de la costa, además de San Sebastián y Pasajes, Irún, Guetaria, Deba, Fuenterrabía, Plencia, Bermeo y Bilbao, trasladándose éstas a las fronteras. Triunfando los comerciantes y los productores, o sea, la industria, sobre los consumidores, sonando en Euskadi la era del desarrollo capitalista... ¡Qué bien me ha salido!. Voy cogiendo confianza, lo que daría yo por hablar en el Parlamento ése... –Felisa, guardando la hoja de su intervención, se sienta mientras se quita las gafas, satisfecha.

–Aquí, ahora y siempre, el poder del capital sobre lo tradicional; si malo fue uno, peor fue el otro, pero para mí lo peor de todo es que nos trataron sin respeto, sin importarles nuestras costumbres, sin permitirnos que nos manifestáramos como pueblo, como raza, como nación, sino vejando nuestra cultura, queriéndola a ultranza o deseando nuestra desaparición, erradicarla como si hubiese sido una mala hierba. No, en eso nadie puede estar de acuerdo, pero tampoco podemos, ni debemos a través de la violencia, tratar de vengarnos de quienes, en un pasado usurparon nuestras leyes, yendo contra el capitalismo, destruyendo la industria, extorsionando, matando indiscriminadamente, secuestrando, con el único fin de querer recuperar un pasado imposible y a nuestros propios hermanos que, a fin de cuentas, son nietos y biznietos que nada tuvieron que ver. Hoy tenemos un presente que aceptar y si queremos modificarlo, no es la mejor manera la forma actual de hacerlo, destruyéndonos nosotros mismos. Porque hoy por hoy, los únicos que nos estamos perjudicando, somos nosotros, sin credibilidad, sin honorabilidad, nadie nos escuchará ni aquí ni en Europa, como decíamos al principio; yo también estoy de acuerdo, Europa acabará con el terrorismo, pero ¿quién acabará con nuestros enfrentamientos? Sólo el respeto, la libre autodeterminación, la libertad de dejar a cada uno votar por su propia decisión, serán las únicas maneras de actuación, para que nuestros venerables ancianos, descansen tranquilos viendo bajo su roble que nada ha cambiado, que todo permanece igual, que la decisión es de todos, no de unos pocos, porque muchos muertos también hablan dentro de nuestra conciencia –don Fernando, como si rezara, concluye.

Todos aplauden emocionados, amama con lágrimas en los ojos,

igual que Eguskiñe, se sienten invadidas por los recuerdos de la muerte trágica de Mikel.

Concluidos los cálidos aplausos, don Ismael, por primera vez, se levanta de su silla y con gesto solemne, una vez se ha hecho el silencio, de nuevo comienza a hablar, siendo escuchado con interés y sorprendidos al verle en dicha posición.

–Yo, para concluir esta tarde, amén de darle las gracias a amama por esta comida, esta amistad, este cariño entrañable de esta familia... –tiene que hacer un enorme esfuerzo don Ismael para controlar las lágrimas y seguir su alocución ante la emoción que siente y contagia a los demás presentes– a la que quiero como propia, pediros un aplauso, para que este espíritu no se nos vaya de esta casa y sea ejemplo para otras familias, hoy tan deshechas por el egoísmo, la falta de caridad, la falta de amor...

Todos aplauden emocionados, amama sin dejar de secarse los ojos y sonándose la nariz, pide a su hija:

–Cierra la ventana que cogemos catarro...

Ríen rompiendo el momento cargado de emoción respondiéndole al doctor:

–Ojalá pueda muchas veces más haceros estos guisos y que tengáis apetito como el de hoy, porque sobrar para la cena creía yo que había hecho, pero...

Todos miran a las cazuelas, comprobando con un poco de arrepentimiento que se han pasado comiendo y que el cinturón más de uno se lo ha tenido que soltar, porque estaba a punto de estallarles.

–Pero doctor, yo no quiero quedarme sin saber por qué los Fueros tuvieron que desaparecer, ¿qué decían para que estorbaran? Eso no lo he entendido todavía –pregunta ansiosa amama de nuevo, al no haberla sacado de sus dudas anteriormente.

Don Ismael, que permanece en pie aún, mira a unos y a otros y carraspeando un poco y sacando el pecho, comienza de nuevo con gesto triunfante, mirando a amama:

–No me he referido a este punto, precisamente, por una razón, Amama, ha puesto usted el dedo en la llaga y ahí quería yo llegar, ¿qué artículo molestaba tanto para que tuvieran que erradicarlos

cuando nunca habían incordiado? Porque no fueron todas las leyes las que molestaban, no, pero sí una en particular...

Ahora se ha hecho de nuevo un silencio lleno de expectación, esperando con ansiedad la respuesta del doctor, todos menos don Roberto, que sonríe con cierta ironía, sabiendo lo que va a decir a continuación don Ismael. Este prosigue:

—La Ley XVII del libro Biskaiko Forua de José Estornes y de Pedro de Puxana y Aguirregabiria, dice así de simple y llanamente... para no equivocarme, traigo yo también aquí varias fotocopias en castellano antiguo, traducido al actual de esta Ley, causa de tanta desdicha y de tanta controversia, cuyas consecuencias han padecido ustedes y, desgraciadamente siguen padeciendo, podemos deducir sus causas si tenemos en cuenta los beneficios, cuantiosos por cierto, en términos económicos se entiende, en términos culturales devastadores, diría yo; caro han pagado el progreso y todavía lo siguen pagando, como lo pagaron los países colonizados por los europeos; están metidos ustedes dentro del mismo saco. No cabe duda de que el sistema empleado por el gobierno contra ustedes, fue más o menos el mismo que emplearon con los indios de América, no a ese extremo, pero sí hay muchas actuaciones similares a las de entonces: sometimiento a través de la pérdida de identidad, al cabo de varias generaciones todos olvidan el euskera, su forma de existencia y sus tataranietos serían españoles todos; en fin, creo que han cogido el tren a tiempo, pero mucho les queda aún por solucionar. ¿Por las buenas? ¿Por las malas? Dependerá mucho de qué parte está el gobierno, con ustedes o contra ustedes, pero me temo que su misma esperanza está, sí, en Europa y pidan al cielo para que así sea, que estén ustedes dentro de sus planes con otra reconversión industrial, porque de esa cuestión dependerá el que les interese poner fin a esta guerra, porque si no la paran ellos, aquí no han hecho ustedes más que empezar.

Don Ismael se sienta no sin antes observar en el rostro de todos el efecto producido por sus palabras.

LEY XVII QUE NO SAQUEN VENA  
PARA REINOS EXTRANJEROS

Otrosí, dijeron que había de fuero franqueza y libertad, y establecían por ley que ningún natural, ni extraño, así del Señorío de Vizcaya, como de todo el Reino de España, ni de fuera de ellos, no pueden sacar afuera del dicho Señorío para Reinos extraños, vena, ni otro metal alguno, para labrar fierro, o acero, sopena, que la persona que lo fazare pierda la mitad de sus bienes, y sea desterrado perpetuamente de los Reinos y lanzo, o bajel, o otra cualquier cosa, en que la fazare, si la mercedería que en ella llevare, pierda, y sea todo ello y la dicha mitad de bienes, la tercia parte para los reparos de los caminos de dicho Señorío, y la otra tercia parte para el acusador, y la otra tercia parte para la justicia, que lo ejecutare.

**Fuero de Vizcaya**

**Bizkaiko Forua**

*José de Estornes y Lasa*

*Pedro de Puxana y Aguirregabiria*

*XVII Legea. Miagairik  
ex daitela erbesteko erreñue-  
tarako atara.*

**B**aita, esan eben:  
Foruz, frankezaz  
eta erri-eskubidez  
ebela eta Legetzat ezarten  
ebela, semez Bizkai'ko Jau-  
rrikoa edo Espainia'ko  
edozein erreñutakoa izan  
zein ez izan, zein beste edo-  
zein erbestetakoa izan,  
erbesteko erreñuren batean  
burdiña ta galtzairua lantze-  
ko miagairik edo beste  
metalkirik ezin daikela iñork  
atara, zigor onenpean, atara  
dagian edonork bere onda-

sunen erdia gal dagiala eta  
erreñu onetatik betirako  
erbesteratua izan daitela, eta  
orretarako erabilli dauan  
itxas-ontzia eta beste edozer  
eta bertan eroazan saleros-  
kiak bere gal dagizala, eta  
guzti onen eta ondasunen  
irutatik bat Jaurerri onetako  
bideak konpontzeko izan  
beite, bigarrena salatariaren-  
tzat eta irugarrena bete-  
eragille izan dan Justizigiñaren-  
tzat.

El silencio ha sido absoluto, el asombro y las caras de estupefacción, han sido bien patentes. Las hojas repartidas han sido leídas por todos los presentes y las caras muestran bien a las claras que ahora comprenden el porqué de nuestra revolución industrial, porqué existe ETA, por qué seguimos aún reivindicando lo que nos pertenece por ley después de más de siglo y medio y cuales fueron las causas por las que hubo que abolir los Fueros.

Pasados los primeros momentos de estupor, de pronto se hace un gran revuelo en la cocina, de comentarios encontrados que expresan indignación y estupefacción, las caras van cambiando de expresión.

Amama no comprende lo que pasa, con un gesto de su cara pregunta qué sucede. Eguskiñe, con la hoja en la mano, temblorosa, la lee en voz alta, con voz quebrada por la rabia, mirando a su ama.

Se ha hecho de nuevo el silencio, su rostro por momentos demudado, tiene la virtud de encolerizar más aún a todos los reunidos.

–Don Ismael ha dicho bien hace un rato, el progreso ha sido un gran brillante, de gran tamaño y ha habido que pagarlo muy caro y nosotros, aunque por un lado hayamos sido favorecidos por la revolución industrial, no hay más que mirar las cifras de producción desde la pérdida de nuestros Fueros y, gracias a nosotros, España, que antes estaba en el pelotón de los torpes, pudiera alcanzar un puesto importante dentro de ese engranaje industrial, a causa de nuestro hierro, hoy esquilado, no hay que olvidar que el hierro fue decisivo en la Primera y en la Segunda Guerra Mundial así como dentro de la propia industria. El que hoy no quieran reconocer nuestra autodeterminación, creo yo que es una de tantas y tantas injusticias que configuran el mundo. De ahí también, añadiría yo y aplaudo a estas dos nuevas alumnas –don Roberto, que es el que así se expresa, hace una pausa mirando a Felisa y a Eguskiñe– que me han hecho tantas preguntas y es posible que hoy hayan encontrado por fin su respuesta junto con alguno de los presentes, incluyendo a Lorenzo, que seguro tiene mucho también que decir.

Don Roberto concluye y las miradas a los tres citados son de agradecimiento. Amama, que ha leído también la cuartilla dada por

el doctor, con ella en la mano sólo puede balbucear:

–Eguskiñe, ponle un marco con un cristal para que se lea bien, y que cuando vengan a esta casa amigos o parientes, o vecinos, leerlo puedan. Porque aquí en este papel tan pequeño, la cuestión de tantas desgracias como hemos pasado, y tantas lágrimas como hemos derramado y seguiremos derramando, en este pedacito de papel escrito y aclarado está. Muchas cosas he oído, la mitad no he comprendido, pero este poco, mucho me ha dicho. Don Ismael, usted me ha dado la respuesta, muchas cavilaciones, muchas noches en vela sin poder comprender. Ahora ya lo sé, a los gobiernos sólo el dinero les importa y siempre tiene que haber víctimas, no hay más que pasar una guerra para comprenderlo. Tantos amigos míos, tantos familiares que allí se quedaron y, para colmo, esta guerra de ahora, a mi nieto se lo han llevado también. ¿Cuándo aprenderemos a ganar sin tener que matar? –amama ha hablado casi en un susurro que ha sido escuchado por todos emocionados al ver su semblante triste y apenado.

Fermín, junto con los demás, siente que la saliva no puede pasarle por la garganta, secándosele como arena de playa expuesta al sol.

Don Fernando, pide poder intervenir para quitar un poco de dramatismo que se respira de pronto en la cocina, una vez que le ha sido concedido el turno de palabra, en tono pesimista también, comenta:

–Sí, lo bueno y lo malo, el bien y el mal, caminan inseparables desde la creación, ya desde Adán y Eva. Aquí, estos años decisivos y dramáticos de revolución industrial, están presentes y vivos aún desde la pérdida de nuestros Fueros; el siglo XX comenzó de la mano de uno de los más grandes empujes industriales producidos en España y, por consiguiente, en Euskadi, hasta entonces en la historia de ambas. Precisamente, debido a este empuje industrial, nacerían las industrias navieras vizcaínas, nuevos astilleros, el gran Puerto, grandes barcos hechos de hierro, y todo a partir de 1885. Altos Hornos, hoy desaparecidos, Vizcaya, Iberia, tantas y tantas industrias más formadas y dirigidas por esa oligarquía vasca, financiera, minera, industrial de aquella época a la que ETA no ha

perdonado todavía su incursión. Hoy, como también hemos dicho, parte de esas industrias están inactivas, pero hay miles más que nada tienen que ver con las primitivas a las que tampoco se les ha perdonado, por ser una derivación capitalista de las anteriores, culpables del gran deterioro cultural –concluye don Fernando con expresión de impotencia.

Lorenzo, ya ha lanzado varios improperios más, junto con Eguskiñe, Carmen, Nemesio, Felisa y el resto de los presentes, excepto don Ismael, que no deja de observar satisfecho de sí mismo y de sus grandes conocimientos, y que al cabo de un rato pide:

–Eguskiñe, ¿no podría meter un par de leños en la chapa? Parece que de pronto he sentido frío.

Eguskiñe, colorada y sofocada por el ímpetu que pone discutiendo acaloradamente con Nemesio afirmando que los hijos de aquéllos que inician las guerras son los que deberían caer en ellas y no los de quienes nada tienen que ver con los pleitos de los demás, un tanto contrariada por la interrupción, cambiando de expresión para que no se le note su estado de ánimo, con una sonrisa fingida, accede a meter dichos leños dentro de la chapa.

–Hay que ver, un papel de nada la que puede armar, menos mal que fue sólo una ley, que si llegan a ser todas no nos dejan vivos a ninguno, ni para que lo contemos a los nietos y menos, para que hablásemos aquí todos, ¿no te parece? –Felisa, que no sale tampoco de su estupor, acalorada, igual que Eguskiñe, comenta.

Javi está confundido por cuanto se ha debatido al cabo de la tarde, que es demasiado para que pueda asimilarlo así, sin más y en pocos minutos. Necesita tiempo para leer con detenimiento cuanto se ha dicho y tantas cosas más que presiente que no se han expuesto, que no puede por menos de mirar por primera vez a su ama con ojos diferentes.

No comprende del todo, no puede deducir por qué el bien y el mal es tan necesario para que el mundo funcione, el beneficio por encima del respeto hacia los pueblos, invadiéndolos, saqueándolos sólo por obtener beneficios, destruir para obtener. ¿Tecnología? ¿Industria? ¿Adelantos? Cuando él no ve nada más que una sociedad enferma, carente de valores, carente de humanidad,

carente de ilusiones... ¿Puede haber merecido la pena tanto logro cuando se está venerando al único dios que es el consumismo? ¿Y a esta mierda la llaman progreso?

–Puedo quedarme con los adelantos científicos, pero y los humanos ¿también tenemos que convertirnos en máquinas en manos de los manipuladores...? ¡Joder, qué asco...! Hasta la música es máquina hoy, ¿resulta que nosotros vamos a tener que barrer la mierda de la droga, la bebida, los errores de unos y de otros? Pues, Javi, no hay mierda por limpiar, la guerra próxima nuestra va a ser la de tener que barrer tanta inmundicia, y a ver si puede quedar un poco de campo libre donde no haya ni un resquicio de mierda, donde poder echar una nueva semilla para que no crezca tanta cizaña, tanto cardo y tantas ortigas juntas. Quieren que pasemos, que pasemos para que los beneficios nos destruyan; cada día que pasa tenemos un planeta más contaminado, talado, desertizado... Mucho hay que hacer, ya lo creo, pero sin nuestra ayuda mi ama, amama y mañana mis hijos, mis nietos, ¡Con qué planeta se pueden encontrar? Matándose igual que lo hace ETA ¿Dónde está el equilibrio? ¡Joder, macho, lo que te queda por hacer, Javi...! Pero los extremos no me gustan, nada que se imponga por la fuerza puede dar buenos frutos. Los mismos países colonizados el siglo pasado, se han vuelto contra las naciones que los colonizaron y aquí hay los mismos o parecidos vestigios... Javi, ¿quién te ha dicho que no hay trabajo, que no se puede hacer nada? Creo que nos han puesto antifaces para que no veamos la cantidad de cosas que nos quedan pendientes por hacer a los jóvenes de hoy. La mayoría pacifista tiene que imponerse sobre los violentos. Hay que buscar soluciones y urgentes... Pero no matándose unos a otros, yo quiero buscar soluciones, pero pacifistas –piensa para sí sin escuchar las voces subidas de tono por parte de casi todos los presentes, hay tanto que decir, tanto que aclarar, tantas cuestiones por debatir, que al cabo de un rato aún no se han puesto de acuerdo, todos opinan y cada uno de diferente manera.

Amama, igual que el doctor, observa y ambos, uno frente a otro, sin decirse nada se dicen demasiadas cosas.

Javi se levanta de pronto al escuchar el motor de un coche,

hecho que pasa desapercibido para el resto de los presentes, excepto para Txakur que ladra amenazadoramente.

Sale a la calle, es de noche, hace una tarde fría y un poco húmeda; su novia Inmaculada acaba de llegar con una caja de pastas en la mano.

Aparca su coche y bajando del mismo, saluda a Javi con un beso pasándole la caja. Javi con la mano izquierda la sujeta y con la derecha le pasa el brazo alrededor de la espalda.

–No veas lo que me ha costado llegar... Me he perdido en Sodupe, después casi me voy en una curva; es la primera vez que vengo, oye creo que son los nervios, ¡vaya corte! ¿Le habrás dicho a tu familia que venía? –Inmaculada pregunta de pronto, nerviosa.

–Bueno, no veas la que tenemos formada, hay invitados y bueno, por una cosa y otra no he podido, pero tú no te preocupes –Javi sube las escaleras parándose en la mitad de las mismas, besándola apasionado.

–Vaya traje más bonito y elegante que traes, los vas a dejar alucinados... –dice en tono tranquilizador.

–¿Pero por qué no les has dicho que venía? Vaya nervios que tengo –insiste Inmaculada no sabiendo si volverse atrás o seguir adelante.

–Tú tranquila, verás cómo no pasa nada, hoy le puedo pedir a mi ama cualquier cosa, está en su salsa –le responde cariñoso Javi.

–¿Por qué discuten? –Inmaculada que oye voces subidas de tono temerosa pregunta.

–Nada, que hay debate en la cocina, ríete de las asambleas parlamentarias, estos carrozas no veas la movida que tienen. Te habría gustado verles desde el principio, ha sido muy interesante, cuando mi ama te vea se va a caer... No tengas problema, no sabes la de veces que le hablado de ti, además ya te conoce –Javi ya por el pasillo, sigue tratando de calmarla un poco, mientras habla en tono cariñoso.

Inmaculada es la primera vez que viene a Oquendo y al caserío, aunque Javi quiere presentarla a su familia de forma informal, no implica que ella sienta que las piernas le tiemblan junto con un hormigueo por todo el cuerpo y el corazón le late un poco más

rápido de los habitual.

Javi entra decidido en la cocina, le cede el paso a Inma.

Eguskiñe que ha sentido voces por el pasillo, los mira curiosa al verlos entrar y amama también.

Mientras, siguen las discusiones que van cesando poco a poco. Javi le hace una seña a su ama para que se acerque. Esta así lo hace y Javi, una vez próxima a ellos le dice:

–Te presento a Inma, mi novia, ya me has oído hablar de ella.

Javi, con una sonrisa hace las presentaciones.

–Hola, encantada –sólo puede balbucear Inma, nerviosa.

–¿Qué tal? ¡Pasa, pasa! Hasta la cocina, nunca mejor dicho –responde Eguskiñe a modo de saludo y de presentación, también sorprendida por esa aparición, así, sin avisarla Javi.

–Caray, qué casualidad, tu cara me es conocida y no sé de qué...

Inma, Inma, yo conocí una en Bilbao vendiendo libros... Pero...

–Eguskiñe sacude la cabeza en señal de estar equivocada.

–Yo estuve vendiendo libros por metros en la Gran Vía –le responde con una sonrisa Inma.

–¿Tú? ¿La que me iba a dar una respuesta...? Voy a presentarte... Que encontraría una respuesta en los libros, me dijo. ¡Ya lo creo que encontré una respuesta...! Muchas respuestas...

Eguskiñe está emocionada; qué cosas tiene el destino, la joven que le vendió los libros... No se lo puede creer, piensa sorprendida y así lo manifiesta a los presentes.

Ahora todos miran con curiosidad a la recién llegada. Eguskiñe se la presenta como novia de su hijo, emocionada.

Amama también se siente dichosa al serle presentada, diciendo, después de darle un par de besos en ambas mejillas.

–Buen gusto tiene mi nieto. ¡Guapa ya es! Siéntate entre tanto viejo... ¡Cómo alegran estas caras de jóvenes guapos!

Les hace un poco de sitio y las palabras de amama son corroboradas por los presentes.

–Ya lo creo que tiene buen gusto tu hijo...

–El reemplazo... estos son los nuevos valores...

–¡Quién pudiera volver a empezar...!

–Sabiendo lo mismo –amama emocionada sonrío.

–Éste es Fermín –le presenta Javi cuando finalizan los saludos a Fermín sentándose a su lado después de hacerle sitio.

Eguskiñe, nerviosa por el impacto recibido, sin recuperarse aún, le trae una silla del comedor.

Fermín, que no ha dejado de observar a Inma, desde que han entrado por la puerta de la cocina, le dice:

–Guapa chavala, ya lo creo, y buen gusto ya has tenido también: alta, morena. Aquí estás como en tu casa.

–Felicidades... Bueno, esa caja de pastas he traído, como me han dicho que te gusta... y que era tu cumpleaños... en fin...

Inmaculada, colorada aún por el ambiente lleno de amigos junto con amama y la ama de Javi, nerviosa, se sienta sintiendo todas las miradas fijas en su rostro, ruborizándose aún más.

Eguskiñe con su semblante transformado está emocionada, la visión de la novia de su hijo, junto con las casualidades del destino, ¿quién le iba a decir que aquella joven risueña, jovial que le atendió en la tienda de la Gran Vía, a la que le debe parte de su gran transformación, sea la novia de su hijo? En efecto, a medida que la mira va recordando su rostro y no puede creer que esté ahí, frente a ella. Y que el debate que hoy se está celebrando sea precisamente fruto de aquella compra de libros en un momento en que lo último que habría pensado, había sido que precisamente dicha compra le iba a haber dado tanto sentido a su vida desde entonces.

Amama, que comprende sin hablar la expresión y lo que refleja el semblante de Eguskiñe emocionada, sólo puede decir, para sí: –Qué empinada es a veces la cuesta y qué ligera la carga cuando tienes una esperanza a la que aferrarte, qué destino tan inesperado, la joven que le dio fuerzas para empezar, puede ser su nuera...

Felisa y Lorenzo, que también han saludado a la recién llegada con cara sonriente, felicitan a ama:

–Guapa ya es, ya lo creo. Qué pochosos... guapa... buena pareja hacen.

Don Ismael también ha felicitado a amama y a Eguskiñe por la novia presentada por Javi, mirando al reloj al cabo de varios minutos de comentarios sobre la novia de Javi, comprueba que poco a poco la tarde está dando paso a la noche y que el cansancio

empieza a ser superior a sus resquebrajadas fuerzas, por lo que esta circunstancia tiene la virtud de ofrecerle la oportunidad de levantarse con un:

–Lo siento, pero creo que el debate lo pueden continuar ustedes sin mí, necesito descansar un rato, estoy agotado.

Don Roberto y don Fernando también se miran en actitud de complicidad y aprovechando esta circunstancia se levantan conjuntamente, ante la cara de sorpresa de Lorenzo al que no le parece ni justo ni buena la idea de que se vayan, ya que no le han dado la oportunidad de hablar de las represiones franquistas en la guerra, los gudarís, y tantas y tantas atrocidades como se hicieron con los vascos, sólo porque había que seguir desterrando lo que otros gobiernos ya habían hecho anteriormente, la identidad de un pueblo viejo y antiguo que siempre vivió y luchó por defender su territorio y su propia personalidad.

Con voz un tanto cabreada, levantándose de su silla, exclama con sus apuntes en la mano:

–La próxima vez en mi casa, ¿el mes que viene?

Se miran todos y don Ismael es el primero en responderle:

–Por mí... Queriendo podemos encontrar tantos debates, que nos va a faltar tiempo para describir tanto y tanto tema importante como queda aún por descubrir, el invierno va a ser largo, así que si ustedes están de acuerdo conmigo, cada domingo de mes sería formidable que tuviéramos un debate diferente.

–Por mí, encantado, en tu casa, Felisa, a ver cómo superas a amama, difícil te lo ha puesto –don Roberto, satisfecho, responde con una sonrisa mirándola con cariño a amama.

Don Fernando también está de acuerdo. Eguskiñe pregunta ilusionada:

–¿Y de qué tema vamos a hablar?

Lorenzo, en tono firme, ordena:

–De las represiones contra los vascos para empezar.

–Mucho podemos hablar de ese tema, más que una tarde vamos a necesitar –Eguskiñe sonriente asiente.

–La revolución industrial paso a paso, que apenas hemos dicho nada –don Fernando sugiere también.

–Del gobierno vasco ante la guerra –también sugiere don Roberto.

–Con Franco sólo tenemos para media docena de debates y con la ETA para catorce, los presos políticos, las represiones, sólo merecen un par de debates más; en fin, que lo expuesto hoy aquí y lo dicho en el anterior, son el aperitivo para dar paso a tanto como queda por decir –don Ismael, con aspecto de no poder más con sus huesos, concluye yendo a por su chaqueta que la ha dejado en el perchero de la entrada.

Carmen mira a Nemesio y éste se da por enterado; también se levantan con un poco de pena, ha habido temas que no han comprendido, pero el tema de la pérdida y el por qué de los Fueros, ha sido muy aclaratorio para ambos, por lo que se han quedado con la cuartilla para leerla después en su casa despacio, y después explicárselo a sus hijos.

Felisa, un poco desencantada, mira el reloj: son las ocho en este momento; el hecho de no haber dormido la siesta, también hace que su cabeza se resienta junto con el cansancio, pero la vía a posibles nuevos debates la hace feliz, por lo que cogiéndole por el brazo a don Roberto, le dice:

–Encárgate tú, como profesor, de todo, dinos de qué vamos a hablar para estar yo preparada.

Éste, cariñoso, le aprieta la mano que coge su brazo con suavidad, mientras le dice:

–Descuida, yo me encargaré de todo.

Lorenzo, no satisfecho por su intervención, con gesto agresivo le responde:

–Primero hablas conmigo, y después con Felisa para que coja un buen conejo.

–¿Mejor lo quieres aún? –Fermín que ha oído lo dicho por Lorenzo, le contesta risueño mirando a Felisa.

–Un poco de respeto, que hay ropa tendida, mejor que el que he traído a María, ése buena guerra me ha dado, para semental debías dejarlo –le recomienda a amama sabedor de lo que dice.

–Como salga como tú... –va a continuar en tono un poco verde amama, pero al ver el rostro de Inma que se parte de risa al escucharles, se contiene.

–Pues a lo dicho; yo como pueda, iré a tu casa, Felisa, te lo prometo, a ver cómo sabe ese conejo guisado –don Fernando, saliendo ya por la puerta corroborando, malicioso, riéndose por lo bajo.

–¿Podremos ir nosotros? –Carmen, con cara un poco acobardada por encontrarse en inferioridad de condiciones, señalando a su marido que está a su altura, pregunta temerosa.

–¡Por favor, Carmen! Parece mentira que hables así, pues claro que podéis, y ojalá también Mari y Agapito... el pobre... Bueno, qué rápidos os vais –le responde rotunda Eguskiñe no dándole opción a que la lleven la contraria.

Carmen de pronto repara en el montón de cacharros que quedan por fregar encima de la fregadera, y no puede por menos que sugerirle a Eguskiñe:

–¿No te importa que los friegue yo? Déjame, no me puedo marchar y dejaros tanto cacharro sucio.

Su marido asiente a su mujer, y a Fermín le sugiere:

–Échame una copa mientras friega la parienta.

Fermín se la sirve, yendo seguidamente hasta la puerta de salida despidiendo, junto con Eguskiñe al doctor, al maestro y al cura, y a Felisa y a Lorenzo, que los lleva de regreso a su casa don Roberto. Amama lo ha hecho desde su posición en la mesa, no permitiéndole que se levante.

–¡Qué ratos!

–¡Fantásticos!

–Cómo se ha ido la tarde, ahora, la de Navidad fue memorable.

Comentan bajando la escalera principal don Fernando, don Ismael y don Roberto. Felisa y Lorenzo son los últimos en bajar los escalones de piedra.

Los coches van saliendo uno a uno; Eguskiñe y Fermín están solos en la entrada, ésta le dice:

–¿Ese paquete que está en el comedor es tuyo?

Fermín con cara de sorpresa, le responde temeroso:

–Pues sí, como tú no te has acordado del día... pues yo sí, y lo prometido hay que cumplirlo; te prometí... –va a decir los que contiene el paquete pero no se atreve, por lo que cogiéndola por la cadera la conduce al comedor donde está dicho paquete depositado encima de la mesa.

–Hermoso ya es, ¿qué se te habrá ocurrido a ti?

Eguskiñe, picada su curiosidad le dice yendo hacia él y abriéndolo.

–Éste, con el poco gusto que tiene, cualquier cosa...

Ya abierta la caja y quitado el papel de seda que envuelve el regalo, lo que los ojos de Eguskiñe descubren envuelto tan cuidadosamente, la va poniendo un tanto nerviosa a medida que va viendo su contenido.

Al sacarlo y verlo frente a ella, emocionada se queda sin habla; Fermín, que temeroso la mira con miedo a haberse equivocado después de lo que le ha costado, pero poco a poco va cogiendo confianza y puede verse dibujado en su rostro una sonrisa en actitud de victoria.

–Parece que le ha gustado a la muy cabrona –piensa.

–Demasiado para mí. ¿Cuánto te ha costado...? A ver si la talla es la mía...

Eguskiñe, nerviosa, se lo pone y mirándose en un espejo después de pasar las manos por la fina piel, al verse con el chaquetón de visón puesto, sólo puede balbucear emocionada:

–El sueño de toda mi vida, nunca creí que tendría uno igual al que vi a una amiga en el Mesón el año pasado –vuelve a mirarse una y otra vez y emocionada abraza a Fermín, conteniendo las lágrimas producto de la emoción.

Fermín, más emocionado aún que Eguskiñe al comprobar que ha acertado con el regalo y que el dinero es lo de menos sólo por ver reflejada la emoción en su cara, ha merecido la pena comprarlo, dándole valor para pedirle por enésima vez:

–Eguskiñe, ¿cuándo nos casamos?

Eguskiñe se separa de él unos pasos quitándose el chaquetón y colocándolo despacio en el respaldo de la silla, con ternura y feliz le responde:

–Cuando tú quieras, elige la fecha.

Fermín no sale de su asombro, “¿tanto le habrá gustado el chaquetón?” piensa, “¿Será verdad lo de la estrategia?”.

Anonadado por la impresión y recelando sin dar crédito a lo que ha oído, le pregunta:

–Repítelo otra vez.

–Que cuando tú quieras, pero que quede claro una cosa, que no es por el chaquetón ¿eh?

Fermín no la cree demasiado, son tantas las veces que le ha rechazado, que no puede creer que no sea ésta la causa de su rápida decisión, contestándole socarrón:

–Si lo llego a saber, no uno, una colección te habría comprado hace tiempo.

–Mira, mi hermano Eduardo y la familia vienen el mes que viene a pasar las Navidades, me dicen que se quieren llevar a Maite, déjame, tiene que aprender inglés, no quiere terminar la carrera, he hablado con ella, me lo ha dicho todo y es mejor así, que se vaya y olvide a ese... Bueno... Dejemos eso, ya hablaremos con más tiempo de esto... Javi se quiere ir también a Bélgica, creo que es el momento, al tiempo hay que darle también su tiempo; una temporada fuera para Maite, en un año superará su disgusto y después seguro que querrá seguir estudiando. Javi lleva mucho dentro... Yo, antes tampoco preparada he estado para casarme. Ayer noche lo decidí después de hablar con mi hija y con mi ama en la cocina, sin saber lo de Javi. Así que si te parece, el mes que viene, pon la fecha cuando todos estén aquí... ¿Te parece bien?

Fermín que no sale de su asombro, sólo le puede contestar:

–Lo que tú digas, Eguskiñe... ¿no puede ser mañana? Lástima, eterno se me va a hacer, ¿por dónde empezamos? Tú de esto sabes más que yo... A propósito, ¿que será lo que amama me ha dado a mí?

Fermín, con una exclamación de júbilo ha levantado los brazos y al bajarlos su mano ha golpeado con el pequeño paquete regalo de amama. Mete su mano y nervioso e intrigado al mismo tiempo, lo saca abriéndolo. Es un pequeño estuche de piel negro de joyería, lo abre despacio y entre el terciopelo de color azul marino, ve dos alianzas de oro desgastadas por el tiempo y por el uso.

Sorprendido y emocionado a punto de llorar por la emoción, sólo puede decir:

–¿De quién eran?

Eguskiñe, que conoce bien dicha cajita por haberla visto muchas

veces en el interior de un pequeño joyero dentro del cajón de la cómoda de su madre, emocionada, con voz trémula, balbucea:

–Eran de mis abuelos, los padres de ama, ayer le dije que te iba a decir lo de poner la fecha, y esta idea ha sido cosa suya, mi regalo de cumpleaños es éste, ya te lo he dicho... pon la fecha tú.

Fermín está flotando en medio de las nubes, sin atreverse a mirar al suelo por miedo a que sea una fantasía, un sueño, no, no está bebido, los pies los tiene encima de la tarima. Abraza a Eguskiñe con tal intensidad que ésta, dejándose llevar por sus sentimientos, sólo puede pensar:

–¿Qué seríamos los hombres sin amor?

–¿Qué seríamos nosotros sin las mujeres? Disgustos ya nos dan las muy cabronas, pero, ¿no es esto el cielo? –piensa al mismo tiempo Fermín mientras la besa una y otra vez con tal pasión que Eguskiñe se desprende con suavidad de él antes de que pierda ella el control porque Fermín ya lo tiene perdido.

Sofocada, se separa tratando de poner en orden su aspecto físico, pidiéndole en tono suave:

–Vamos a la cocina.

–A la cama... Bueno, a la cocina, eternos se me van a hacer los días... Hay que decirles a todos, a amama la primera, después a tus hijos, a mi familia, a la tuya... Oye, trabajo nos va a dar organizar la boda... ¿no era mejor ir tú y yo al cura con amama y tus hijos y acabar cuanto antes...?

–¿Acabar? Apenas hemos empezado, ya verás la de cosas que nos piden, no vamos a tener ni tiempo para nada.

–Mejor, porque si no... ¿Has dicho para nada? ¿No podemos antes probar...? Anticuada ya eres tú también, para lo que quieres ya eres moderna... –le responde sabedor de que Eguskiñe quiere seguir fiel a sus principios, su marido no se acostó con ella hasta el día de la boda, y quiere que así sea ahora con Fermín, él no puede ser más ni menos que su marido.

–Si lo de ir de virgen es imposible, el hacerme respetar igual que lo hiciera con mi primer marido no tiene porqué serlo –piensa Eguskiñe convencida.

Le coge de la mano llevándole como si fuera éste un cordero

manso. Fermín siente que si en estos momentos Eguskiñe pidiera que se lanzase por un barranco, lo haría sin preguntarle cuál era el motivo.

Amama, que se ha imaginado la escena por el tiempo que llevan juntos Fermín y su hija en el comedor, está nerviosa e impaciente por verlos aparecer, sin escuchar a su nieto los planes hacia el futuro que expone junto con Inmaculada, mientras Carmen con remango, poco a poco va haciendo que la montaña de cacharros por fregar vaya disminuyendo, mientras Nemesio escucha con un poco de pena a este joven dinámico, lleno de vida y de ilusiones, planificar su futuro, sin poder evitar el sentir una gran tristeza al recordar a su hijo drogadicto, mientras piensa, sin intervenir en sus proyectos cara al futuro:

—Hasta con la droga han querido destruirnos, han metido aquí todo lo que les ha dao la gana, la misma policía ha repartido gratis para aniquilarnos. ¿Hasta cuándo tendremos esta peste y esta mierda que soportar los hijos, los padres y toda la familia? En mi casa no hay la misma alegría, mi mujer no es la que fue y yo, no sé quién soy... Agapito muriéndose está, esta mañana lo hemos visto antes de venir, en su lugar quisiera estar yo. ¿Pero entonces, que sería de mi familia? Mi mujer ya ha denunciado a los dos traficantes y no va a parar, algo tendré que hacer yo también. Trabajo aquí hay para todos, muchos chavales alcohólicos, mucha droga, demasiada, pero como hemos dicho antes somos un pueblo acostumbrado a la lucha y dura, tenemos que sacar el valor y no tomando más copas, sino serenos para enderezar tanta desgracia como tenemos encima. Gracias a mi mujer yo estoy tirando para adelante, creo que me voy a unir a algún grupo de ayuda, solo no sé hacer nada, pero con otro, cojones no me faltan, ni arrechos tampoco. Tendré que beber menos y utilizar la cabeza mejor, bueno, parece que me voy encontrando con otro espíritu y con más ánimos también —piensa cabizbajo mirando su copa medio vacía, apartándola a un lado.

Entra en la cocina Eguskiñe seguida por Fermín y ésta, con cara radiante de felicidad mira a su ama, haciéndole un gesto afirmativo con la cabeza.

Amama se levanta de un salto y echándose a llorar, presa de la emoción, se dirige primero a su hija abrazándola emocionada, en un prolongado abrazo. Después a Fermín y éste, no pudiendo ocultar su emoción, llora también.

Carmen, Nemesio, Javi e Inmaculada, con cara de sorpresa y

–¿Hay malas noticias?

–¿Agapito...?

–¿Sucede algo?

–¿Qué pasa?

Se dirigen todos hacia Eguskiñe que, nerviosa, pero más serena que amama y Fermín, está junto a ellos.

–Tranquilos, tranquilos, que no pasa nada, tenemos que daros una noticia. Lástima que no esté aquí Maite –dice recordando de pronto.

–Maite hace un rato que está en su habitación, voy a llamarla, ¿tan importante es? –pregunta intrigado Javi.

–Sí, llámala, prefiero que esté aquí, también debe de saberlo –le contesta emocionada Eguskiñe.

Javi sale hacia la habitación de su hermana como impulsado por un rayo.

Maite, que está repasando unas notas, al escuchar los fuertes golpes en la puerta junto con las voces de su hermano de que le abra, se levanta de un salto de la silla, con el corazón acelerado, temiendo una mala noticia.

–Ven a la cocina, no sé lo que ama quiere decirnos, no sé si es bueno o malo, pero algo pasa.

Javi, con gesto asustado le dice a su hermana. Ésta no duda de que algo sucede y la incertidumbre se apodera de ella.

–¿Se habrá enterado de alguna desgracia? ¿Le habrá pasado algo a Enrique?

El corazón le empieza a latir con tal intensidad que cree que se le va a salir de su sitio. Como una exhalación regresan a la cocina.

Al ver de pie a la mitad de la concurrencia se asusta, y al reconocer a Inma le saluda por encima, preguntando:

–¿Pasa algo?

Eguskiñe, con una sonrisa tranquilizándolos, les dice, mirando

feliz a Fermín, que continúa abrazado a amama, secándose las lágrimas, hecho que pone a ambos jóvenes más nerviosos aún.

–Que quería deciros que para el mes que viene nos vamos a casar, Fermín y yo. La fecha habrá que estudiarla, cuando sepamos qué día llegan los californianos.

Maite y Javi se miran con cara de no dar crédito a lo que oyen y de pronto se lanzan como una exhalación abrazándoles primero a su ama y después a Fermín, que vuelve a llorar preso de la emoción que le embarga todo su ser.

Inma mira a Carmen y Nemesio en actitud expectante. Estos también se miran con cara de sorpresa y llenos de júbilo también se abalanzan sobre Eguskiñe y Fermín, felicitándoles después de haberlo hecho sus hijos, dejándoles el campo libre.

–Esto hay que celebrarlo; una botella de champán en la nevera tengo; Javi, ábrela y tú, Maite, tráete las copas que hay encima del aparador del comedor, bien merece un poco de champán la buena noticia.

–¿No me has traído pastas tú, Inma? Pues abre la caja que es un buen momento.

–¡Zorionak, felicidades! Ya puedo morir en paz –amama concluye convencida de lo que dice.

–Hasta pasar la boda, no, que ésta arrepentirse puede, yo hasta que no pase el día no voy a dormir tranquilo –Fermín, socarrón, le responde a amama.

–Enhorabuena.

–Que seáis felices.

–¡Ya era hora!

Las muestras de cariño y de felicidad sinceras, se reflejan en los rostros de toda la familia, incluídas las de sus amigos e Inma.

Javi, con la botella de champán en la mano y Maite con una bandeja de copas en las suyas, la deposita encima de la mesa mientras Inma ha sacado los dulces del envoltorio de papel, una vez cortado el fino cordón que lo sujetaba.

Esta visión tiene el poder de poner aún más feliz si cabe a Fermín, que con cara alegre de que es una buena idea, comenta:

–Bien nos vendrá un dulce que no se por qué pero las piernas parece que no me aguantan.

Con las copas llenas una vez escanciadas por Javi, que por la falta de experiencia y el exceso de espuma ha vertido fuera de las copas más de la mitad.

–Por que seáis felices.

–Que así sea –corroboró amama.

–Enhorabuena a los dos –Maite emocionada y triste al recordar de pronto a Enrique, los felicita de todo corazón.

–Que Dios os conserve muchos años, pero no dar me otro nieto, ya edad no tenéis, tú, Fermín, sí pero Eguskiñe... pero los nietos pronto os van a caer, así que la misión bonita ya es también. Yo no sé si no he disfrutado más cuidando a los míos que siendo madre. Así que brindo porque este caserío no desaparezca y con él otras nuevas generaciones continúen la labor de nuestros antepasados –amama se extiende en el brindis, emocionada.

–Que así sea.

–Amén.

–Pues con nietos ya antes de casar, yo lo que diga amama. ¡Por los nietos! –brinda Fermín.

Riendose todos por su compromiso de querer ser abuelo sin ser padre primero.

–Hoy es un día grande para la familia de los Olavarri, desde ahí arriba los muertos para recordarnos que todo está escrito aquí, que sus vidas fueron recuerdo, experiencia y ejemplo a seguir, para que nosotros, los que estamos aquí, demos ejemplo a los que vendrán mañana. Hay que plantar buenos retoños para que árboles grandes puedan dar. Éstos –dice señalando a Eguskiñe y a Fermín– no van a dar retoños, pero con que guarden y cuiden a los que vengan, labor grande va a ser. ¡Por la familia, por Eguskiñe y Fermín, que Dios los guarde y a mis nietos también y a los biznietos!

Beben todos emocionados.

Fermín, después de haber ingerido media copa, brinda:

–Por que las palabras de amama se cumplan en esta casa, de eso, amama, sabes que buena nota yo voy a tomar. Buen ejemplo, buen respeto, por que ésta no se me arrepienta antes de llegar al altar...

Sueltan todos una carcajada riendo felices, incluída Eguskiñe que le responde, amorosa:

–Tú ándate derecho que ya sabes...

–¿Que ya sabes...? Bueno, el próximo debate después de la boda y tú, amama, catarro no me vayas a coger, que cuanto menos entre el médico en casa, mejor.

Todos vuelven a reír, sabedores de los celos demostrados por Fermín hacia el doctor.

–Por que el doctor no entre en casa.

–Y si entra que sólo sea por un catarro.

–Hasta después de la boda.

–No te arrepentirás...

Ríen de nuevo la salida de Fermín que aún no puede dar crédito, después de tantos años de desear este momento, no sea un sueño y al despertarse se encuentra con la Eguskiñe de siempre. De pronto se da un sopapo para comprobar que está despierto y al sentir que le ha dolido, sonriente y feliz exclama:

–¡Amama, esto no es un sueño, pronto tendrá yerno!

–Y nosotros un padre –exclaman emocionados Javi y Maite.

–Y yo un buen hijo –concluye amama, añadiendo –unos se van y otros se quedan, para que los eslabones de la cadena continúen atándose para que la nave continúe bien amarrada y no pueda galerna hundirla.

**FIN**

Vega Arámburu

11-04-96

## LOS FUEROS

El pueblo vasco vive hoy en los albores del cercano siglo XXI que está ahí, frente a nosotros, con un capítulo de su historia sin terminar, con una herida abierta sin cicatrizar y sin una solución convincente de la que poder sentirse orgulloso.

Para lograr hay que luchar, pero hay muchas armas con las que poder demostrar a través de un diálogo abierto, cuánto de error y cuánto de acierto hubo en un pasado y sólo a través de un análisis exhaustivo, libre de convencionalismos, de un bando hacia otro bando, se inclinará esa balanza que es la de hacer justicia, en el término exacto, nivelando ambos platillos.

Cuando un pueblo no sabe nivelar la justicia para su ecuanimidad, es fácil que un lado se incline hacia el lado contrario de la historia, de este modo la justicia nunca podrá actuar con justicia, la ecuanimidad nunca podrá defender la razón y la credibilidad será papel mojado con el que no podrá demostrarse su contenido.

Según Ruskin, los hombres no pueden hacer tanto bien a sus contemporáneos como a sus sucesores y desde todas partes desde donde pueda hacerse oír la voz humana, desde ninguno alcanzará tan lejos como desde la tumba.

Yo añadiría que la tumba no se ha cerrado en Euskadi, que los muertos siguen hablando y reivindicando desde hace casi siglo y medio, en este caso, las leyes para ellos sagradas y también para sus descendientes, contenidas dentro de el Fuero Vasco.

Para ti, querido lector, desconocedor tal vez de dicho contenido,

te diré cuánto de traumatizante supuso dicha pérdida para este pueblo.

Pueblo viejo, guerrero, luchador, defensor de su legado cultural, sus costumbres ancestrales, las lindes de su territorio, su derecho social, su identidad junto con su personalidad.

El 21 de julio de 1876, por resolución en las Cortes Españolas, perdió definitivamente el Pase Foral. También este mismo día por resolución de dichas Cortes, desaparecieron los últimos vestigios de las libertades euskeras.

Para que tú, querido lector, entres en contacto con lo que exponían y suponían dichas leyes, quisiera hacer una pequeña síntesis, y ofrecerte esa pequeña respuesta que, probablemente, estás necesitando para tu información, así como para tu comprensión sobre el por qué hoy, finalizando el siglo XX, los vascos seguimos enfrentados en una lucha que comenzó a fraguarse en el mismo momento en que estas leyes sagradas para los vascos, fueron usurpadas en las Cortes de Cádiz y que siguen aún vivas, y constituyen el germen de ese ánimo de lucha cuyo objetivo es recuperar dichas leyes para seguir hurgando en ellas con el deseo de no desaparecer como etnia, como pueblo, que posee un gran patrimonio cultural, engendrado a partir de dicho contenido, como irás viendo más adelante.

Desde antes de Jesucristo hasta nuestros días impera en el mundo el Derecho Romano, despótico, autoritario, centralizador, dictando la legislación que adoptaron todos los pueblos excepto los baskos, que afirmaron desde tiempos inmemoriales sus viejas y sabias “Leyes Orales”, más tarde ratificadas en el Fuero escrito.

Solamente los pueblos baskos no se acomodaron, ni se dejaron influir por ella, manteniéndose firmes y leales a sus viejas leyes orales, más tarde escritas, en las que sólo se tenían en cuenta los derechos del hombre.

De ahí que Roma, jamás sojuzgó en Baskonia, ni pudo dominarla. De tal manera Vizcaya, antes que el Imperio Romano, ha regulado su existencia jurídica, social y económica, en su ambiente de libertad, símbolo de la dignidad del hombre a través de épocas en las que el feudalismo, la servidumbre, el poder absoluto

de los reyes, constituían la modalidad reguladora de pueblos y colectividades.

El pueblo Vasco, regido con el sentido democrático, antes de que lo hicieran Francia e Inglaterra, vio negado este derecho por lo que desde mediados del siglo XIX se vio involucrado en una serie de luchas internas que aún hoy, en la actualidad, no ha visto finalizadas; divisiones políticas que restan la unión que hace que los pueblos crezcan y se desarrollen en paz, prosperidad y armonía.

Demasiadas guerras, demasiados muertos dan testimonio de este desgarró por parte del pueblo Vasco, que no termina de ver la luz que le conduzca a través de la larga noche en la que se halla sumido por causas que, si antes fueron de luchas contra el invasor, hoy, se han convertido principalmente en luchas internas.

Con el consiguiente deterioro de pérdida de credibilidad. Lejos quedan los días donde decir "soy vasco" era pasaporte de honradez, de persona trabajadora, cuando la mano estrechada corroboraba la palabra dada, símbolo de sentencia firmada, donde no se cuestionaba la posibilidad del incumplimiento del pacto llevado.

Hoy harían sonrojar de vergüenza al propio Sabino Arana, Unamuno, don Diego López de Haro, al General Zumalakárregui, etc., la lista sería interminable por la carencia de nobleza en la lucha terrorista que padece el pueblo vasco, como colofón de un siglo que finaliza sin ver los resultados políticos apetecibles, porque no le ha sido devuelta ni en parte, ni en su totalidad, la herencia usurpada a un pueblo que sólo luchó por una sola causa: la defensa de ser quien es, una raza, una etnia, una lengua, unas costumbres ancestrales, un fósil viviente que lucha por sobrevivir, que no ha sido respetado para que su legado, patrimonio de la humanidad, no se pierda, sino que se estudie y se analice quedando ahí vivo para las próximas generaciones que tienen derecho al estudio, al conocimiento íntegro de quiénes fuimos, quiénes somos y, por qué permanecemos aún vivos, ligados a un roble.

No, no soplan buenos tiempos para este viejo, pero por eso no menos sabio pueblo de Euskadi, divididos en ideologías, en luchas políticas, no creceremos con los resortes del buen hacer, buen comportamiento, ejemplo para nuestros hijos. La triste visión de los

hechos que ofrecemos, fruto de la herencia recibida, ha salpicado de vergüenza al patrimonio de nuestra ancestral cultura vasca.

Bien se merece nuestro legado sagrado, una mirada al pasado, tratemos de enmendar en el próximo siglo, tanto error acumulado, tanta muerte innecesaria, tanto luto enterrando la violencia, símbolo de pueblos bárbaros, para unirnos al carro del buen hacer, y dar ejemplo a nuestras futuras generaciones de que pudimos superarlo gracias a la tolerancia, al odio desterrado, al hacha guardada.

En esta amarga herencia, no ha faltado tampoco un hecho que era inevitable: la aceptación de la era moderna para Euskadi, con el consiguiente cambio de vida, costumbres, invasión de forasteros en busca de un trabajo digno.

Todo fue un golpe repentino: la industria, el desarrollo, la tecnología, las fábricas, las navieras, las autopistas, etc., que este aldeano solitario, que podía vivir sólo rodeado de paisaje, al que su vecino de vivienda le molestaba por su proximidad, de pronto ve crecer con estupor un pueblo frente a su ventana, obstaculizando la visión de su paisaje. El río donde pescaba, ya no baja agua fresca y azul, sino sucia y contaminada por las fábricas instaladas en sus orillas. Su lengua materna es desterrada, por quienes ven en ella un legado salvaje, exento de fondo literario.

De esta amada tierra y querida por todos los vascos, hombres como Marciano Zurita dirían: “Vasconia, tierra de infanzonada, señorial y tronquera”.

Villaespesa también diría refiriéndose a los vascos: “De las verdes montañas Vascongadas arrivaron hercúleos caudillos adustos y firmes como sus castillos, y francos y abiertos como sus casonas”.

En sus elogios tampoco se quedó corto el gran Humbost: “El País Vasco es el único país que he visto jamás que en su cultura intelectual y moral es verdaderamente popular”.

Pero antes que yo, también lo dijeron grandes hombres y yo, que me precio de conocer bien a mi pueblo, corroboro, que su gran manifestación cultural se debe a ese espíritu de lucha por la supervivencia, amor al trabajo que busca siempre el perfeccionamiento en bien hacer su oficio.

El Fuero dice, yendo aún más lejos que mi modesta opinión: “A los que por no trabajar andan pidiendo por la tierra, la primera vez se le pone seis meses de condena. La segunda vez se le destierra por dos años, y a la tercera que lo maten”.

Por lo que podemos deducir, que el sentimiento vasco ha estado en estrecha colaboración, con el trabajo, desterrando la condena que Dios hiciese en el Paraíso Terrenal a Adán y Eva a los que impuso como castigo: “Ganarás el pan con el sudor de tu frente”.

Este pueblo poco curioso por ver qué había más allá de sus verdes y majestuosas montañas, no luchó por ampliar sus fronteras, limitándose tan sólo a la defensa de sus territorio, como madre defensora de sus cachorros, agrediendo sin piedad al intruso que osara penetrar en su territorio con ánimo de llevarse un palmo de tierra.

De hecho también en el Fuero Vasco se describen las acciones de guerra, como hechos defensivos.

En el lema de la casa de Butón podemos leer la siguiente descripción: “Aerioagaz–Agika” que significa: “A dentelladas contra los enemigos” llevado como estandarte en todos los enfrentamientos de los vascos para defender bien su suelo, sus Fueros o simplemente el derecho de otros pueblos.

De estas tierras partieron hombres insignes hacia las Américas, con el espíritu de lucha por las libertades impregnado en sus corazones, así como el sentimiento de igualdad de cada hombre, sin el sometimiento a caudillos, reyes, etc., por considerarse ni más, ni menos que los tales, sino iguales ante la ley y derechos. Por encima de ellos, solamente Dios.

Por defender estos derechos, hombres como el Padre Vitoria, (fundador del Derecho Internacional), dice, refiriéndose a los indios “que son los indios dueños de los territorios que se estaban ocupando en América”. Francisco Javier denunciaría la explotación colonial en Portugal, en Goa. Un emigrado vasco de Rentería, sería quien iniciara “Las casas en la defensa de los indios”. Lope de Aguirre, fue el príncipe de la libertad, que se atreve a decirle en propia cara a Felipe II: “Rebelde hasta la muerte por tu ingratitud”. Por mencionar otro gran hombre defensor de los Derechos

Humanos y de la libertad: Simón Bolívar, admirado y querido mundialmente por su labor en pro de la independencia americana.

Sin nuestra cultura, nuestras leyes, nuestro espíritu de libertad y justicia, mamados en el seno de cada familia vasca, no habrían existido esos hombres defensores a ultranza de los derechos humanos a los que antes me he referido, sin contar a tantos y tantos frailes jesuitas y sacerdotes vascos, que defendieron estos principios en América.

El pueblo vasco sigue reivindicando la situación humillante en que se encuentra, creada por la pérdida de la ley prerrogativa de los Fueros.

El nacionalismo nace de esa injusticia como organismo reivindicatorio de la devolución de nuestras leyes más antiguas.

Aranzadi, prestigioso nacionalista, diría en un discurso pronunciado en el Congreso Español, que “toda la aspiración política del nacionalismo es volver al estado jurídico anterior a la Ley de 1839”.

Son muchas las protestas y reivindicaciones que se vienen haciendo desde entonces por grandes políticos que siguen luchando hasta la fecha por recuperar nuestra personalidad, para que ésta no desaparezca.

Azkain, hablando sobre los Fueros de Vascongadas anteriores a la Ley de 25 de octubre de 1839, diría en Guipuzkoarra que “estas constituciones fueron hechas, promulgadas y ejercidas por la raza vasca, teniendo derecho, por tanto a legislarse y a gobernarse por sí misma”.

Dentro del contexto de cómo se formó el carácter vasco, no tenemos más que seguir en la investigación del contenido de las Leyes Forales para encontrarnos la respuesta al por qué del culto que aún rinde el pueblo vasco al núcleo familiar. Fray, el mejor predicador: “El vasco debe dar lecciones muy elocuentes de rectitud a su familia”.

Como no es locuaz en sus expresiones orales, en la educación con sus hijos, el ejemplo es su gran valor positivo, para que éste cunda en el espíritu de sus hijos.

Desde épocas que se pierden en el tiempo, el vasco rinde culto al

hogar, la familia, consagrado este principio también y sancionando el incumplimiento, escrito en la legislación Foral.

La Ley IV, Título 16, ampara la “inviolabilidad del domicilio”, tal era el respeto al hogar en la época legendaria de Euskadi.

Podemos apreciar también, que la Ley XXV, Título II dice: “los bienes raíces de malhechores existentes en Vizcaya, no pueden ser confiscados, ni adjudicados y en ellos deben suceder los hijos o descendientes o ascendentes”. Despojar al delincuente era despojar a su familia. Y así en el cumplimiento de la Ley se cometía el horrendo crimen de destruir la economía de los hogares, sumiéndoles en la miseria.

Sólo así se podían conservar el vigor y la dignidad, debidos a la grandeza e integridad del Señorío.

En la Ley XL, Título I, conocida por “Pase Foral”, se lee: “Si el hombre lucha tras el ideal igualitario y, por tanto, individualista, fácil es comprender la grandeza de los vascos, que son partícipes de la democracia en su vida de relación desde los primeros tiempos de sus orígenes”.

El egoísmo de quienes quisieron aumentar sus beneficios, fueron los causantes del robo manifiesto a un pueblo al que no se le cuestionó, si estaba de acuerdo o no con la voluntad de hacer desaparecer dicho contenido.

Más bien se le usurpó el derecho, primero de manifestar su voluntad, de modificar aquella ley que obstaculizaba el desarrollo industrial y más tarde se le añadiría conjuntamente a esta acción indigna de usurpación, el deseo de destrucción de su espíritu libre, sometiéndolo a la dictadura, sofocando su cultura y con ella sus raíces, su lengua, sus costumbres, su etnia, etc.

Es hora de analizar y valorar cuánto de humillación lleva sufrido el pueblo vasco a medida que fueron sucediéndose los gobiernos desde Isabel II, primero siguiéndole Alfonso XIII, más tarde la república, la dictadura de Primo de Rivera y, para finalizar, la dictadura de Franco de tan reciente factura.

Al comienzo del siglo XXI el pueblo vasco sigue en esa lucha abierta, esperando que se le devuelvan, no solamente sus Fueros, sino el reconocimiento como nación, junto con una compensación

por el agravio cometido contra sus derechos, y su gran pérdida cultural.

Esa gran pérdida cultural que hoy quiere recuperar a ritmo acelerado, esperando no llegar demasiado tarde a la estación para coger ese último tren.

Demasiados pueblos con etnias propias en el mundo fueron sacrificados para alimentar la revolución industrial.

Esa revolución que antepuso intereses comerciales, sin preguntar a los mismos si estaban de acuerdo con su causa, sólo sometiendo culturas a fines lucrativos.

Es momento de que reflexionemos sobre tales deterioros y es momento también de devolverles, si ya no es posible su pasado anterior, sí por lo menos las disculpas y el perdón por tanto agravio cultural.

Sólo un pueblo con nobleza es capaz de reconocer sus propios errores, yo espero que un día el gobierno español tenga esa misma nobleza de reconocimiento para que sigamos como en el pasado, luchando como hermanos en causas comunes.

Sin utilizar como arma la condena, sin hacer un análisis de sus propios errores y sin sentir ningún remordimiento por cuanto se nos quitó en un pasado, tan sólo condenando para que parezcamos únicamente culpables ante la opinión pública que ignora nuestro pasado, al igual que tanto error cometido en más de siglo y medio.

Euskadi es pueblo viejo, sabio y generoso que puede perdonar y esperar y esperando está que llegue ese día en que se reconozcan sus derechos, se le devuelva su imagen, su credibilidad y lo que es más justo aún, le sea devuelta su honra perdida, para que pueda de esta manera recuperar su orgullo del que siempre tuvo a gala presumir: de pueblo antiguo, creíble, luchador, defensor de sus derechos, y respetuoso con todos los seres humanos.

De esto último dan fe en los distintos asentamientos del mundo donde los vascos se asentaron creando riqueza, sin imponer sus costumbres, engrandeciendo naciones, sin necesidad de cambiar hábitos comunes.

Porque tan sólo del respeto se logran causas de las cuales nadie tiene por qué arrepentirse más tarde.

Para el que peca existe un arrepentimiento y más tarde un perdón, sólo los villanos no se arrepienten ni perdonan.

Yo me inclino por la primera, hay que cerrar la tumba de los muertos para que éstos dejen de hablar y puedan dormir en “paz”.

Vega Arámburu

## CONFIRMACIÓN DE LOS FUEROS

### PRESENTACIÓN DE FUERO

*En la Villa de Valladolid a 8 de abril de 1527, presentaron este fuero en Consejo, Iñigo Urtiz de Ybarguan, y Pedro de Baraya en nombre del Señorío de Vizcaya.*

*Ramiro del Campo*

### CONFIRMACIÓN del Emperador.

*Don Carlos por la gracia de Dios Rey de Romanos y Emperador semper Augusto, Doña Juana su madre, y el mismo don Carlos por la misma gracia Reyes de Castilla, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas de Canaria, de las Indias, islas y tierra firme del mar Océano, Condes de Barcelona, Señores de Vizcaya y de Molina, Duques de Atenas, y de Neopatria, Condes de Ruisellón y de Cerdania, Marqueses de Oristán y de Gociano, Archiduques de Austria, Duques de Borgoña y de Brabante, Condes de Flandes y de Tirol, etc. Por quanto vos Pedro de Baraya alcalde del fuero del nuestro muy noble y leal Señorío de Vizcaya y vos Iñigo Ortiz de Ybarguen procuradores del dicho Señorío de Vizcaya, y en nombre de él, nos hicisteis relación por vuestra petición diciendo que los caballeros y escuderos, e hijos dalgo de la tierra llana del dicho Señorío tienen sus leyes, y fueros, y franquezas, y libertades, por donde se rigen y gobiernan, y se administra la justicia en el dicho Señorío por los jueces de él, el cual dicho fuero estaba confirmado y mandado guardar por los Católicos Reyes don Fernando y Doña Isabel, nuestros señores padres y abuelos que santa gloria hayan, y por mí*

*la Reina, y por los otros Reyes de buena memoria, que antes de nos fueron; y que así se ha usado y guardado hasta ahora, y porque mejor se guarde y cumpla de aquí adelante nos suplicasteis y pedisteis por merced, mandásemos aprobar y confirmar el dicho fuero, el cual hicisteis presentación ante nos sellado con el sello de dicho Señorío y firmado por los escribanos de la junta y regimientos de él: y nos tuvimoslo por bien.*

*Por ende, por hacer bien y merced al dicho Señorío de Vizcaya y vecinos de él por ésta nuestra carta de nuestra propia voluntad, y cierta ciencia, ratificamos, confirmamos, y aprobamos el dicho fuero según que en él se contiene, y los privilegios, y franquezas, y libertades del dicho Señorío, y tierra llana, y villas, y ciudad de él, según y por la vía y forma que por los Católicos Reyes nuestros señores padres, y abuelos fueron confirmados, y aprobados, y en el dicho fuero fe contiene, y mandamos a los del nuestro Consejo, Presidentes y Oidores de las nuestras audiencias Alcaldes de nuestra casa y Corte, y al nuestro Corregidor, o juez de residencia del dicho Señorío y a su lugarteniente, y a los alcaldes, Diputados, Procuradores, prebostes, prestameros y merinos, escuderos y hombres buenos del dicho Señorío y tierra llana, y a otros cualquier nuestros jueces y justicias, y a cada uno de ellos en su jurisdicción, que guarden y cumplan lo que en ésta nuestra carta contenido; y que contra el tenor, y forma de ello, ni pasen, ni consientan ir ni pasar por alguna manera; y los unos y los otros no lo traten con malprecio sobpena de la nuestra merced, y de diez mil maravedís para la nuestra cámara. Dada en la villa de Valladolid a siete del mes de junio año del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo de mil quinientos ventisiete. YO EL REY. Yo Francisco de los Cobos, Secretario de sus Augustas y Católicas Majestades, la hice escribir por su mandato. Compostelano. Licenciado Aguirre. Doctor Guevara. Acuña Licenciado. Martinus Doctor. El Licenciado Medina. Registrada. Licenciado Ximénez. Orbina por Canciller.*

*Licencia del Emperador para imprimir el Fuero.*

EL REY

CONFIRMACIÓN

*Por quanto vos Pedro de Varaya alcalde del fuero del muy noble y leal Señorío de Vizcaya. Y vos Iñigo Ortiz de Ybarguen procuradores del dicho Señorío, y en nombre de él me hicisteis relación que los Reyes Católicos Reyes mis señores abuelos que santa gloria hayan, confirmaron y aprobaron, y mandaron guardar el fuero de Vizcaya y que ahora lo habeis traído ante mí sellado con el sello de dicho Señorío y firmado de los escribanos de la junta y regimiento de él; y asimismo por nuestra carta lo he confirmado y mandado guardar; y me suplicasteis que por hacer más merced al dicho Señorío de Vizcaya diésemos licencia para que el dicho fuero se imprima en molde, y yo túvelo por bien, y por la presente doy licencia a cualquier de los impresores de éstos nuestros Reinos, con quien os concertareis, para que puedan imprimir, e impriman en molde el dicho fuero de Vizcaya y confirmaciones de él, y dáoslo impreso por el precio que con él asentareis, sin que por ellos caigan ni incurran en pena alguna; con tanto que no puedan imprimir más de los que se concertaren con vosotros para el dicho Señorío, y no los puedan vender a otra persona. Fecha en Valladolid el primer día del mes de junio del año mil quinientos ventisiete.*

YO EL REY

*Por mandado de su Majestad.*

*Francisco de los Cobos.*

**COMO SE PRESENTO EL FUERO CONFIRMADO POR SU MAJESTAD EN LA JUNTA GENERAL, Y SE RECIBIO Y OBEDECIO, Y MANDO IMPRIMIR.**

*Junto al árbol de Guernica, donde solían hacer las juntas generales de este muy noble y leal Señorío de Vizcaya hoy día que se contaron tres días del mes de julio del año de nuestro Salvador Jesucristo de mil y quinientos y ventisiete años estando en junta general de los caballeros y procuradores de la tierra del dicho Señorío de Vizcaya, asignada y aplazada según fuero, uso y costumbre para lo del suyo contenido. El noble señor Licenciado*

*Pedro Girón de Loaysa Corregidor y vedor de este dicho Señorío y sus Encartaciones por sus Majestades y el Licenciado Gudiel de Zerbatos su teniente general, y el señor don Juan Alonso de Muxica y Buitrón señor de Aramayona, y el señor don Juan de Arteaga y Gamboa, cuya es la casa y solar de Arteaga, y Ochoa Urtiz de Guerra, por el señor Martín Ruiz de Avendaño y Gamboa señor de Villa Real y otros muchos caballeros y escuderos e hijos dalgo de Vizcaya, y Rodrigo Martínez de Valendiz, y Fortun Sánchez de Susunaga Diputados de Vizcaya, y Pedro de Solacabal fiel de la ante iglesia de Mundaca, y Juan de Arana fiel de la ante iglesia de San Andrés de Pedrenales, y Martín de Landaeta fiel de la ante iglesia de Murueta, e Iñigo de Olaeta fiel de la ante iglesia de Forua, y Pedro Ibáñez de Arriualcarga, fiel de la iglesia de Luno, y Fernando de Zavala fiel de la ante iglesia de Ugarte de Muxica y Martín Sánchez de Monesterio fiel de ante iglesia de Arrieta, y Pedro de Sagargazte fiel de la ante iglesia de Mendara y Juan de Aztobieta fiel de Ajanguyz, y Rodrigo de Zubieta fiel de la ante iglesia de Arracua, y Juan de Gueztaraen fiel de la ante iglesia de Hereño, y Lope de Acorda fiel de la ante iglesia de Ybarranguelua, y Juan de Hea fiel de Nachitua, y Fernando de Aldamiz fiel de Gautiguiz, y Pedro de Lachaga fiel de Corteçubi, y Juan de Gallate fiel de Yzpazter, y Martín de Jauregui fiel de Vedarona, y Pedro Martínez de Yturrioz fiel de Nauarniz, y Juan Ochoa de Acuriola fiel de Guiçaburuaga, y Martín de Aldeaco fiel de Amoroto, y Fortuño de Leaegui fiel de Mendexa, y Lope de Aguirre fiel de Zenarruza, y Juan de Garro fiel de Aruaçegui, y Miguel de Axpee fiel de Xemeyn, y Andrés de Maguregui fiel de Hechabarria, y Martín de Sarafua fiel de Amorouieta, y Pedro de Ysalsi, fiel de Echano, y Martín de Burdaria fiel de Ybarruri, y Juan Sánchez de Oca por la ante iglesia de Gorocia, y Gonzalo de Susunaga por la ante iglesia de Varacaldo, y Martín de Echafo fiel de Abando, y Pedro Martínez de Helorca fiel de Galdakano, y Martín de Burdaria fiel de Arrigoriaga, y el mesmo Martín de Burdaria por Arrancudiaga, y Pedro de Vasauil por Leçama, y Juan Ochoa de Lucudiz fiel de Zamudio, y Diego de Verria fiel de Zondica y el mesmo Diego por la ante iglesia de Luxua, y Fortuño de Leura fiel de Herandio, y Diego de Arechualeta fiel de Lexona, y Juan de Larraondo fiel de Sopelana, y Juan de Garay fiel de Urduliz y por*

*Maruri, y Martín de Astuy fiel de Gatica, y Pedro de Aguirre fiel de Lauquiniz, y Juan Pérez de Ugalde fiel de Vasigo, y Juan Pérez de Errotaeta fiel de Meacaur, e Iñigo de Villela fiel de Munguia, y Martínez de Olagorta fiel de Gamiz, y Sancho de Mandaluniz fiel de Fruniz, y Fortuño de Landaeta fiel de Fuyca, y Juan de Hechauarria fiel de la ante iglesia de Santa de Meñaca, y Rodrigo de Arraño fiel de Lemona, y Juan de Yçaga fiel de Yurre, y Pedro Yñiguez de Lequerica por Arançaçu, y Pedro de Lexaraçu por la ante iglesia de Dima, y el dicho Pedro Yñiguez por Ceanuri, y por Castillo, y Ubidea, y Domingo de Sautuola por Olauarrieta; todos fieles procuradores de los dichos concejos, y ante iglesias de la tierra llana de Vizcaya estando así juntos bajo el dicho árbol en junta general según lo han de uso y de costumbre en preferencia de nos Martín Ybáñez de Zarra, y Pero Ochoa de Galarça escribanos de sus majestades en todos sus reinos y Señoríos, y escribanos fieles de la junta y regimiento del dicho Señorío, y de los testigos y usos escritos parecieron preferentes en la dicha junta. El licenciado Gudiel de Ceruatos teniente de Corregidor, y Pedro de Varaya alcalde del fuero de Vizcaya, e Yñigo Urtiz de Ybarguen procuradores de la dicha junta nombrados para suplicar a sus Majestades confirmasen los privilegios, fueros y franquezas y libertades que este Señorío de Vizcaya tiene. Y así parecidos hicieron relación como ellos en nombre del dicho Señorío, y junta caballeros, escuderos, hijos dalgo que de él habían suplicado a su majestad el Emperador Rey nuestro señor confirmase el fuero, privilegios, franquezas, y libertades de Vizcaya presentado el dicho fuero que Vizcaya tiene que les fué a ellos entregado signado de nos los dichos escribanos, y que su Majestad con acuerdo de los señores del su muy alto consejo los había confirmado y mandado para que su mejor fuese guardado, fuese imprimido en molde; y porque por vista lo viesan, presentaron el dicho fuero que a ellos les fué entregado con cierto auto, que parece por testimonio que da Ramiro de Campo secretario de su Majestad, como el dicho fuero fué presentado ante su Majestad en el su alto Consejo; y así mismo presentaron una carta y provisión real firmada de su Cesáreo nombre y sellada con su sello Real refrendada de Francisco de los Cobos su secretario y en las espaldas firmada de algunos del Consejo de su Majestad, la cual dicha provisión y confirmación va*

*y está en fin del dicho fuero. Y así presentada leer hicieron a nos los dichos escribanos. Y yo el dicho Pero Ochoa de Galarça la leí en voz alta e inlegible de forma que todos entendieron. Y así leído el dicho señor Corregidor, y los dichos señores don Juan Alonso de Muxica y Butron, y don Juan Arteaga y Gamboa, y Ochoa Urtiz de Guerra, por el el señor Martín de Ruyz de Auendaño y Gamboa, y los dichos Diputados de Vizcaya, en nombre de toda la dicha junta, y de todo el dicho Señorío de Vizcaya tomó la dicha carta y provisión Real de confirmación en sus manos; y quitados sus bonetes la besaron, y pusieron encima de sus cabezas, y la obedecieron con el acatamiento debido, rogando a Dios nuestro Señor la Cefárea y Católica vida de su Majestad alargue y guarde con acrecentamiento de su Imperio y Reynos como por su muy alto corazón es deseado: y en quanto al cumplimiento el dicho Corregidor, caballeros, Diputados, fieles y procuradores dijeron, que mandaban, y mandaron que el dicho fuero de Vizcaya y todo lo que en él contenido en juicio y fuera de él en todo y por todo de hoy en adelante fuese usado y guardado, según y de la manera que estaba escrito, y mandaban, y mandaron que el dicho fuero fuese imprimido según y como su Majestad su cédula mandaba con la dicha confirmación y con éste su auto; y mandaron a los señores del regimiento de Vizcaya que luego diesen forma como el dicho fuero se imprimiese; y de todos pidieron testimonio, y que este auto fuese asentado al pie del dicho fuero; a lo cual fueron presentes Juan Urtiz de Zarate, y Fernando de Nauca teniente de merino y prestamero, y Fortun Yñiguez de Ybarguen, y San Juan de la Rentería, y otros muchos. Y yo, el dicho Martín Ybañez de Zarta escribano presente fuí a todo lo susodicho en uno con el Pero Ochoa escribanos y testigos, y por ende hice aquí éste mi signo en testimonio de verdad.*

*Martín Ybañez.  
BIZKAIKO FORU  
(FUERO DE VIZCAYA)  
José de Estornes y Lasa  
Pedro de Puxana y Aguirreberria  
-MCMLXXXI-*

## Confirmación de los fueros.

### CONFIRMACION del Emperador.

**D**ON Carlos  
por la gracia  
de Dios Rey  
de Romanos  
y Emperador  
semper Au-

gusto, Doña Juana su madre,  
y el mismo Don Carlos por  
la misma gracia Reyes de  
Castilla, de Leon, de Ara-  
gon, de las dos Sicilias, de Je-  
rusalen, de Navarra, de Gra-  
nada, de Toledo, de Valen-  
cia, de Galicia, de Mallor-  
cas, de Sevilla, de Algezira,  
de Gibraltar, de las Yslas de  
Canaria, de las Indias, y las  
y tierra firme del mar Ocea-  
no, Condes de Barcelona, Se-  
ñores de Vizcaya, y de Mo-  
lina, Duques de Atenas, y de  
Neopatria, Condes de Ruy-  
sellon, y de Cerdania, Mar-  
queses de Oristan, y de Go-  
ciano, Archiduques de Aus-  
tria, Duques de Borgoña, y  
de Brabante, Condes de Fla-  
ndes, & de Tirol. &c. Por  
quanto vos Pedro de Vara-  
ya alcalde del fuero del  
nuestro muy noble & le-  
al Señorío de Vizcaya, &

vos



### PRESENTA- cion del Fuero.

En la villa de Valladolid,  
à ocho dias del mes de Abril  
de mil & quinientos y veynete  
& siete años presentaron este  
fuero en Consejo, Yñigo Vr-  
tiz de Ybarguen, y Pedro de  
Baraya en nombre del Seño-  
rio de Vizcaya.

Ramiro del Campo.

## Foruen Bayeztapena

### ENPERADOREAK ONARTUA



#### FORUAREN AURKEZ- PENA

Balladolid'go Urian, milla bosteun eta ogetazazpigarreneko apirillaren zortzigarrenean.

Ibarguen'go Iñigo Urtiz'ek eta Baraia'ko Pedro'k Foru au batzarrekoei aurkeztu eutsen.

Kanpo'ko Ramiro'k

**D**on Karlos'ek, Jainkoaren graziaz, Erromatarren Errege ta Enperadore beti Itzaltsuak, doña Juana aren amak, eta don Karlos berak, Jainkoaren graziaz, Gaztela'ko, Leon'go, Aragon'go, Sizilia bietako, Jerusalem'go, Naparroa'ko, Granada'ko, Toledo'ko, Balenzia'ko, Galizia'ko, Mallorkaseko, Sebillak'ko, Aljezira'ko, Jibaltar'go, Kanaria Ugarteetak'ko, Indietako, Itsas Aundi'ko Ugarte ta leorreko Erregeek, Barzelona'ko Kondeek, Bizkaia ta Molina'ko Jaunek, Atenas eta Neopatria'ko Dukeek, Ruiseillon eta Zerdeña'ko Kondeek, Oristan eta Goziano'ko Markesek, Austria'ko Artxidukeek, Borgoña eta Brabante'ko Dukeek, Flandes eta Tirol'go Kondeek, etab. Zuk, Baraia'ko Pedro, Bizkai'ko Jaurerri Guztiz Noble ta Guztiz Leialeko Foru-Alkate orrek, eta zuk Ibarguen'go Iñigo Ortiz orrek, Bizkai'ko Jaurerriko Aldun zareenez, eta beraren

vos Yñigo Ortiz de Ybarquén procuradores del dicho Señorío de Vizcaya, y en nombre del nos hizistes relacion por vuestra petición diziendo que los caualleros, y escuderos, & hijos dalgo de la tierra llana del dicho Señorío tienen sus leyes, & fueros, & franquezas, y libertades, por donde se rigen y gouernan, è se administra la justicia en el dicho Señorío por los juezes del; el qual dicho fuero estava confirmado y mandado guardar, por los Catholicos Reyes Don Fernando y Doña Ysabel nuestros señores padres y abuelos que santa gloria ayan, & por mi la Reyna; y por los otros Reyes de buena memoria, que antes de nos fueron: è que así se ha usado è guardado hasta agora; y porque mejor se guarde & cumpla de aqui adelante nos suplicastes; y pedistes por merced mandásemos aprobar y confirmar el dicho fuero; del qual hizistes presentacion ante nos sellado con el sello del dicho Señorío è signado de los escribanos de la junta è regimiento del: y nos tuuimoslo por bien.

Por ende por hazer bien, y merced al dicho Señorío de Vizcaya è vezinos del por esta nuestra carta de nuestro proprio motuo, è cierta ciencia, loamos, ratificamos, confirmamos; è aprobamos el dicho fuero segun que en el se contiene, & los priuilegios, è franquezas, y libertades del dicho Señorío, & tierra llana, è villas, y ciudad del, segun è por la via y forma que por los Catholicos Reyes nuestros señores pãdres, y abuelos fueron confirmados, y aprobados, y en el dicho fuero se contiene: y mandamos à los del nuestro Consejo, Presidentes & Oydores de las nuestras audiencias Alcaldes de nuestra casa y corte, y al nuestro luez mayor de Vizcaya, è al q̄ es ò fuere nuestro Corregidor, ò juez de residencia del dicho Señorío y a su lugar teniente; y à los alcaldes, Diputados, procuradores, prebostes, prestameros, è merinos, escuderos, è homes buenos del dicho Señorío & tierra llana, è à otros qualesquier nuestros juezes & justicias, è a cada vno dellos en su jurisdiccion, q̄ guarden y cumplan lo en esta nuestra

## Enperadoreana

izenean eskabide bat egin zeunskuen, esanez: Jaurerri orretako Lurrealde Lauko zaldun, eta eskutari eta aitonon semeek euren Lege, eta Foru, eta Frankeza eta Erri-Eskubideak dituela bizibide ta zuzenbide, eta Jaurerrian bertan Epaikariek euron bidez Zuzentasuna egiten dabela; Foru au don Fernando ta doña Isabel, Errege Katoliku, gure guraso jaun eta aitita-amomek (goian izan beitez) eta nik Erregin onek eta Gu baiño leenago izan ziran gomuta oneko Erregeek onartua izan zan, gordetzeko agindurik: eta onelantxe bete ta gorde izan da orain arte: eta gaurgero obeto gorde ta bete daiten, Jaurerriko silluaz sillau eta Batzarre ta Errejimentuko Eskribauek izenpetuta Gure aurrean aurkeztu zenduen ezkerro, Foru ori ontzat emon eta onartzeko agindu gengiala, errege egiñik, mesedez eskatu zeunskuen: eta Guk ontzat izan genduan. Orregaitik, Bizkaiko Jaurerriari eta bertako erritarrei on eta mesede egiteko, aitaturiko Foru au eskutitz onen bidez eta geuk geuretara eta jakiñaren gaiñean goratzen, onesten,

onartzen eta baieztatzen dogu, baita Jaurerri, eta Lurrealde Lau, eta uri ta Uriaundiko Lege Berezi, eta Frankeza, eta Erri-Eskubideak bere, gure guraso jaun eta aitita-amoma Errege Katolikuek onartu ta baieztu zituenenez, eta Foruan bertan datozean onetsirik: eta gure Auzitegietan Buru ta Oidore diranei, gure Etxe ta Gorteko Alkateei, eta Bizkaiko gure Epaikari Nagusiari, eta gure Korrejidorari edo izango danari, eta Jaurerri bereko Zuribideko Epaikariari, edo onen Leku-ordezkaritari, eta Jaurerri ta Lurrealde Lauko Aldun, Ordolari, Buruzagi, Prestameru ta Merinu, Eskutari ta Gizon onei, eta gure edozein Epaikari ta Justizigiñi eta onen agintebarrutian eurotariko bako txari gure eskutitz onek dakarrrena gorde ta bete dagiela agintzen dautsegueta berak dakarrenaren aurka ez daitezala joan, ez bertan datorrenik apurtu, ezta aurka joaterik edo iñork ezer apurtzerik ezelan bere onartu; eta ez batzuok, ez bestetzuok ez egizue aurkarik egin, gure mesedea galtzearen eta gure Dirutegirako izango litzate-

## Confirmacion.

tra carta contenido ; è que  
contra el tenor, & forma de-  
llo no vayan , ni passen, ni  
consientan yr ni passar por  
alguna manera: y los vnos ni  
los otros no fagades ende al  
fopena de la nuestra merced,  
y de diez mil marauedis para  
la nuestra camara. Dada en  
la villa de Valladolid à siete  
dias del mes de Junio año del  
nacimiento de nuestro Se-  
ñor Iesu Christo de mil y  
quinientos y veynte y siete  
años . YO EL REY,  
Yo Francisco de los Cobos  
secretario de sus Cessarea  
& Catolicas Magestades la  
fize escribir por tu manda-  
do. Compostelanus. Licen-  
ciatus Polanco. Licenciatus  
Aguirre. Doctor Gueuara.  
Acuña Licenciatus. Marti-  
nus Doctor. el Licen-  
ciado Medina. Regif-  
trada. Licenciatus  
Ximenez. Orbi-  
na por chan-  
ciller.  
(?)

*¶ Licencia del Empera-  
dor para imprimir el  
fuero.*

EL REY.



Or quanto vos  
Pedro de Va-  
raya Alcalde  
del fuero del  
muy noble y  
leal Señorío de Vizcaya. Y  
vos Yñigo Ortiz de Ybar-  
guen procuradores del di-  
cho Señorío, y en nombre  
del me hizistes relacion que  
los Catolicos Reyes mis se-  
ñores abuelos, que santa glo-  
ria ayan, confirmaon y a-  
probaron, è mandaron guar-  
dar el fuero de Vizcaya, y  
que agora lo auia des traydo  
ante mi sellado con el fello  
del dicho Señorío y firma-  
do de los escribanos de la  
junta y regimiento del; y an-  
ti mismo por nuestra carta  
lo he confirmado, y manda-  
do guardar : y me suplicaf-  
tes, que por hazer mas mer-  
ced al dicho Señorío de Viz-  
caya dieffemos licencia para  
que el dicho fuero se impri-  
ma en molde, è yo tuuelo por  
bien, y por la presente doy li-  
cen-

kezan amar milla marairen zigorrenpean. Balladolid' go urian emona, Jesukristo gure Jauna jaio ezkeru milla bos-teun ta ogetazazpigarreneko bagillaren zazpigarrenen. NEUK ERREGÉ ONEK. Neuk, Kobos'ko Frantzisko, Jaun Aundita Katolikuen Idazkari onek oneen aginduz idatzierazo neban. Konpostelanus, Lizenziatus Agirre'ko. Doktor Gebara'k. Akuña Lizentziatus. Martinus Doktor. Medina Lizenziatus Jimenez. Kantzilleraren ordez Orbina'k.



Forua irarteko  
ENPERADOREAREN  
BAIMENA

ERREGÉK

uk, Bizkai'ko Jaurerri Guztiz Noble ta Guztiz Leialeko Foru-Alkate zaran Baraia'ko Pedro orrek, eta zuk, Ibarguen'ko Iñigo Ortiz orrek, Jaurerriko Aldun zareenez, beronen izenean zerau aitatu zeunskuen, Errege Katoliku nire aitita-amonek (goian izan beitez) Bizkai'ko Forua baieztatu ta onartu egin ebela, gorde egiteko agindurik, eta, Jaurerriko silluaz sillatuz eta Batzarre ta Errejimentuko Eskribauek izenpetuz, orain nire aurrera ekarri dozuela; eta gure eskutitz onen bidez onartu egin dot, eta gordeteko agindu: eta Bizkai'ko Jaurerriari mesede aundiagoa egite arren, Foru ori irarteko baimena emon gengiala, erregu egiñik, eskatu zeunsten, eta Nik ontzat izan neban, eta agiri onen bidez gure erreiñuetako edozein inprimatzailleri baimena damotsot, Bizkai'ko Jaurerriari mesede egiñez, Bizkai'ko Forua ta

cencia à qualquier de los Impressores deſtos nueſtros Reynos, con quien os concertades, paraque puedan imprimir, & impriman en molde el dicho fuero de Vizcaya & confirmaciones del, y daroslo impreſſo por el precio que con el asentades, ſin que por ello cayan, ni incurran en pena alguna; con tanto que no puedan imprimir mas de los que ſe concertaren con voſotros para el dicho Señorío, & no los puedan vender à otra perſona. Fecha en Valladolid à primero dia del mes de Junio de mil & quinientos y veynte y ſiete años.

YO EL REY.

Por mãdado de ſu Mageſtad.  
Franciſco de los Cobos.

El auto de la junta.

**COMO SE**  
preſentò el Fuero confirmado por ſu Mageſtad, en la junta General, y ſe recibìò, y obedeciò, y mandò imprimir.



O el arbol de Guernica, donde ſevían hazer las juntas generales deſte muy noble y muy leal Señorío de Vizcaya oy dia que ſe contaron tres dias del mes de Julio del año de nueſtro ſalvador Jeſu Chriſto de mil & quinientos & veynte y ſiete años eſtando en junta general de los cavalleros, & procuradores de la tierra del dicho Señorío de Vizcaya, aſignada & aplazada ſegun fuero, uſo & coſtumbre para lo de yuſo contenido. El noble ſeñor Licenciado Pedro Giron de Loayſa Correſidor y veedor deſte dicho Señorío.

## Batzarraren Agiria

Baieztapenak barriro irar dagizan, eta, irarri ezker, zeuoi emon dagizuezan, zeuok ezarriko dozuen salneurrian, ori dala-ta ezertariko zigorrik eurenganatu baga eta orretan jausi baga, baiña, zuekaz bat eginda, Jaurerriak bear dituan baiño geiago ezin daitekela irarri, ezta inñori saldu bere. Balladolid'en, milla bosteun eta ogetazazpigarreneko Bagillaren leenengoan.

### NEUK ERREGÉ ONEK.

Jaun Aundiaren aginduz,  
Kobos'ko Frantzisko'k.

### BATZARRAREN AGIRIA

Jaun Aundiak onartutako Forua Batzarre Nagusian aurkeztu zala, eta artu, eta esana egin, eta irarteko agindu zala.

ernika'ko Zugazpean, Bizkai'ko Jaurerri Guztiz Noble ta Guztiz Leial onetako Batzarre Nagusiak egin oi diran lekuan, gaur, Jesukristo gure Jauna jaio ezker, milla ta bosteun eta ogeta zazpigarreneko Garagarrillaren irugarrenean, Bizkai'ko Jaurerriko Zaldun eta Aldunek Foruz, usarioz eta oituraz leen aitatu dan arazorako Batzarre Nagusi jakin bat egitean. Loaisa'ko Pedro Jiron Lizentzidun jaun presua, Jaurerri ta Enkartzaldean Jaun Aundien Korrejidore ta Ikuslaria, eta Zerbatos'ko Gudiel Lizentziduna, aren Ordezkari Nagusia, eta Muxika ta Butron'go don Joan Alonso, Aramaio'ko jauna, eta Arteaga ta Ganboa'ko don Joan, Arteaga'ko etxe ta sortetxeko jabea, eta Abendaño ta Ganboa'ko Martin Ruiz, Billarreal'go jaunaren ordez Gerra'ko

## Auto de la Junta.

Señorio & sus Encartaciones por sus Magestades, y el Licenciado Gudiel de Zerbatos fu teniente general, y el señor don Iuan Alonso de Muxica & Buytron señor de Aramayona, y el señor don Iuan de Arteaga & Gamboa, cuya es la casa & solar de Arteaga, y Ochoa Vrtiz de Guerra, por el señor Martin Ruyz de Auendaño & Gamboa señor de Villa Real, y otros muchos caualleros y escuderos & hijos dalgo de Vizcaya, y Rodrigo Martinez de Velendiz, y Fortun Sanchez de Sufunaga Diputados de Vizcaya, & Pedro de Solacabal fiel de la ante Iglesia de Mundaca, & Iuan de Arana fiel de la ante Iglesia de san Andres de Pedrenales, & Martin Perez de Echabarria fiel de la ante Iglesia de Busturia, & Martin de Landaeta fiel de la ante Iglesia de Murueta, & Yñigo de Olaeta fiel de la ante Iglesia de Forua, y Pedro Ybañez de Arriualçaga fiel de la ante Iglesia de Luno, y Fernando de Zauala fiel de la ante Iglesia de Vgarte de Muxica, y Martin Sanchez de Monesterio fiel de la ante

Iglesia de Arrieta, y Pedro de Sagargazte fiel de la ante Iglesia de Mendata, & Iuan de Aztobieta fiel de Ajanguyz, & Rodrigo de Zubieta fiel de la ante Iglesia de Arraqua, & Iuan de Gueztaien fiel de la ante Iglesia de Hereño, & Lope de Acorda fiel de la ante Iglesia de Ybarranguelua, & Iuan de Hea fiel de Nachitua, & Fernando de Aldamiz fiel de Gautiguiz, & Pedro de Lachaga fiel de Corçubi, y Iuan de Gallate fiel de Yzpazter, y Martin de Jauregui fiel de Vedarona, & Pedro Martinez de Yturrioz' fiel de Murelaga, & Rodrigo de Larrinaga fiel de Nauainiz, & Iuan Ochoa de Acuriola fiel de Guicaburuaga, & Martin de Aldeco fiel de Amoroto, & Fortuño de Leatgui fiel de Mendexa, y Lope de Aguirre fiel de Zenarruza, y Iuan de Garro fiel de Aruaçegui, y Miguel de Axpee fiel de Xemeyn, y Andres de Maguregui fiel de Hechabarria, y Martin de Sarafua fiel de Amorouieta, y Pedro de Yfasi fiel de Echano, & Martin de Burdaria fiel de Ybarru

ri,

## Batzarraren Agiria

Otxoa Urtiz, eta Bizkai'ko beste zaldun, eskutari ta aitonon semerik asko, eta Belendiz'ko Rodrigo Martinez, eta Susunaga'ko Fortun Santxez, Bizkai'ko Aldunak, eta Solozabal'go Pedro, Mundaka elizateko zergazaiña, eta Arana'ko Joan, Sukarrieta'ko San Andres elizateko zergazaiña, eta Etxebarria'ko Martin Perez, Busturia'ko zergazaiña, eta Landaeta'ko Martin, Murueta elizateko zergazaiña, eta Olaeta'ko Iñigo, Foru elizateko zergazaiña, eta Arribalzaga'ko Pedro Ibañez, Luno elizateko zergazaiña, eta Zabala'ko Fernando, Ugarte Muxika elizateko zergazaiña, eta Monesterio'ko Martin Santxez, Arrieta elizateko zergazaiña, eta Sagargazte'ko Pedro, Mendata elizateko zergazaiña, eta Astobieta'ko Joan, Ajangiz elizateko zergazaiña, eta Zubieta'ko Rodrigo, Arratzu elizateko zergazaiña, eta Geztaren'go Joan, Ereño elizateko zergazaiña, eta Akorda'ko Lope, Ibarrangelu elizateko zergazaiña, eta Ea'ko Joan, Natxitua'ko zergazaiña, eta Aldamiz'go Fernando, Gautegez'ko zergazaiña, eta Latxaga'ko

Pedro, Kortezubi'ko zergazaiña, eta Gallate'ko Joan, Ispazter'ko zergazaiña, eta Jauregi'ko Martin, Bedaru'ko zergazaiña, eta Iturrioz'ko Pedro Martinez, Murelaga'ko zergazaiña, eta Larrinaga'ko Rodrigo, Nabarniz'ko zergazaiña, eta Akuriola'ko Joan Otxoa, Gizaburuaga'ko zergazaiña, eta Aldeko'ko Martin, Amoroito'ko zergazaiña, eta Leacgi'ko Fortuño, Mendexa'ko zergazaiña, eta Agirre'ko Lope, Zenarruza'ko zergazaiña, eta Garro'ko Joan, Arbazegi'ko zergazaiña, eta Axpe'ko Migel, Jemcin'go zergazaiña, eta Magure'ko Andres, Etxebarria'ko zergazaiña, eta Sarasua'ko Martin, Amorebietako zergazaiña, eta Isasi'ko Pedro, Etxano'ko zergazaiña, eta Burdaria'ko Martin, Ibarri'ko zergazaiña, eta Oka'ko Joan Santxez, Gorozika'ko zergazaiña, eta Susunaga'ko Gonzalo, Barakaldo'ko elizatearen orde, eta Etxaso'ko Martin, Abando'ko zergazaiña, eta Elorza'ko Pedro Martinez, Galdakano'ko zergazaiña, eta Burdaria'ko Martin, Arrigorriaga'ko zergazaiña, eta Burdaria'ko Martin bera, Arran-

ri, y Iuan Sanchez de Oca por la ante Iglesia de Gorocica, y Gonçalo de Sufunaga por la ante Iglesia de Varacaldo, & Martin de Echafo fiel de Abando, y Pero Martinez de Helorça fiel de Galdacano, & Martin de Burdaria fiel de Arrigoriaga, y el mesmo Martin de burdaria por Arrancudiaga, y Pedro de Vafauil por Leçama, y Iuan Ochoa de Lucüdiz fiel de Zamudio, & Diego de Verria fiel de Zondica, y el mesmo Diego por la ante Iglesia de Luxua, y Fortuño de Leura fiel de Herandio, y Diego de Arechualeta fiel de Lexona, y Iuan de Larraondo fiel de Sopelana, y Iuan de Garay fiel de Vrduliz y por Maruri, y Martin de Astuy fiel de Garica, y Pedro de Aguirre fiel de Lauquiniz, y Iuan Perez de Vgalde fiel de Vafigo, & Iuan Perez de Errotaeta fiel de Meacaur, & Yñigo de Villela fiel de Munguia, & Martinez de Olagoita fiel de Gamiz, & Sancho de Mandaluniz fiel de Fruniz, y Fortuño de Landacta fiel de Fuyca, & Iuan de Hechauactia fiel de la ante Iglesia de Santa Maria de

Meñaca, & Rodrigo de Arraño fiel de Lemona, & Iuan de Yçaga fiel de Yurre, y Pedro Yñiguez de Lequerica por Arançazu, y Pedro de Lexarazu por la ante Iglesia de Dima, y el dicho Pedro Yñiguez por Ceanuri, é por Castillo, y Vbidea, & Domingo de Sautuola por Oluarrieta; todos fieles y procuradores de los dichos concejos, y ante Iglesias de la tierra llana de Vizcaya estando así juntos fo el dicho arbol en junta general segun que lo han de vfo, & de costumbre en presencia de nos Martin Ybañez de Zarra, y Pedro Ochoa de Galarça escribanos de sus Magestades en todos sus Reynos & Señorios, y escribanos fieles de la junta y regimiento del dicho Señorío, y de los testigos yuso escritos parecieron presentes en la dicha junta El Licēciado Gudiel de Ceruatos teniente de Corregidor, y Pedro de Varaya alcalde del fuero de Vizcaya, & Yñigo Vrtiz de Ybarguen procuradores de la dicha junta nombrados para suplicar a sus Magestades

## Batzarraren Agiria

kudiaga'ren ordez, eta Basabil'go Pedro, Lezama'ren ordez, eta Lukundiz'ko Joan Otxoa, Zamudio'ko zergazaiña, eta Berria'ko Diego, Sondika'ko zergazaiña, eta Diego berau, Lujua elizatearen ordez, eta Leura'ko Fortuño, Erandio'ko zergazaiña, eta Aretxabaleta'ko Diego, Leioa'ko zergazaiña, eta Larraondo'ko Joan, Sopelana'ko zergazaiña, eta Garai'ko Joan, Urduliz'ko zergazaiña, eta Maruri'ren ordez, eta Astui'ko Martin, Gatita'ko zergazaiña, eta Agirre'ko Pedro, Laukiniz'ko zergazaiña, eta Ugaldé'ko Joan Perez, Basigo'ko zergazaiña, eta Errotaeta'ko Joan Perez, Meakaur'ko zergazaiña, eta Billela'ko Iñigo, Mungia'ko zergazaiña, eta Olagorta'ko Martinez, Gamiz'ko zergazaiña, eta Mandaluniz'ko Santxo, Fruiz'ko zergazaiña, eta Landaeta'ko Fortuño, Fika'ko zergazaiña, eta Etxebarria'ko Joan, Meñaka'ko Andra Mari elizateko zergazaiña, eta Arraño'ko Rodrigo, Lemoa'ko zergazaiña, eta Izaga'ko Joan, Yurre'ko zergazaiña, eta Lekerika'ko Pedro Iñiguez, Arantzazu'ren

ordez, eta Lejarazu'ko Pedro, Dima'ko elizatearen ordez, eta Pedro Iñiguez berau, Zeanuri ta Castillo ta Ubidea'ren ordez, eta Sau-tuola'ko Txomin, Olabarriata'ren ordez: guztiak Bizkai'ko Lurralde Lauko Udala eta Elizateetako zergazaiñak eta Aldunak, usarioz eta oituraz ebenez, danak batera Zugazpean Batzarre Nagusia egiten ziarduelarik, Zarra'ko Martin Ibañez eta Galartza'ko Pedro Otxoa, Jaun Aundien erreiñu guztietan eta Jaurerrietan eta Jaurerri onetako Batzarre ta Errejimentuan Eskribau garanon eta leenago aitaturiko lekukoen aurrean, aitaturiko Batzarre onetan urren-go oneek aurkeztu ziran: Zerbatos'ko Gudiel Lizentziduna, Korrejidoarearen Ordezkaria, eta Baraia'ko Pedro, Bizkai'ko Foru-alkatea, eta Iburguen'go Iñigo Urtiz, Batzarre aretako Aldunak, Bizkai'ko Jaurerri onek dituan Lege Berezi, Foru, eta Frankeza, eta Erri-Eskubideak onartzeko Jaun Aundiei erregu egiteko izendatuak. Eta Aurkeztu ziranean, zerau kontatu eben, Jaurerri ta Batzarreko zaldun, eskutari ta aitonen

## Auto de la Junta.

des confirmassen los priuilegios, fueros, y franquezas, & libertades que este Señorío de Vizcaya tiene. E así parecidos hizieron relacion como ellos en nombre del dicho Señorío, & junta caualleros, escuderos, hijosdalgo, del auian suplicado à su Magestad del Emperador Rey nuestro señor confirmasse el fuero, priuilegios, franquezas, & libertades de Vizcaya presentado el dicho fuero que Vizcaya tiene que les fue à ellos entregado signado de nos los dichos escribanos, & que su Magestad con acuerdo de los señores del su muy alto Consejo, lo auia confirmado, & mandado que para que mejor fuesse guardado, fuesse imprimido en molde: & porque por vista lo vieffen, presentaron el dicho fuero que à ellos les fue entregado con cierto auto, que parece por testimonio que da Ramiro de Campo secretario de su Magestad, como el dicho fuero fue presentado ante su Magestad en el su alto Consejo: y así mesmo presentaron vna carta & prouision Real firmada de su Cesáreo

nombre, & sellada con su sello Real refrendada de Francisco de los Cobos su secretario, y en las espaldas firmada de algunos del Consejo de su Magestad, la qual dicha prouision y confirmacion va y esta en fin del dicho fuero. Y así presentada leer fizieron à nos los dichos escribanos. Y yo el dicho Pedro Ochoa de Galarça la lei à voz alta, & inteligible de forma que todos entendieron. Y así leydo el dicho señor Corregidor, & los dichos señores don Juan Alonso de Muxica y Butron, & don Juan de Arteaga y Gamboa, y Ochoa Vrtiz de Guerra, por el señor Martin Ruíz de Auendaño y Gamboa, & los dichos Diputados de Vizcaya, en nombre de toda la dicha junta, y de todo el dicho Señorío de Vizcaya tomó la dicha carta & prouision Real de confirmacion en sus manos: & quitados sus bonetes la besaron, & pusieron encima de sus cabeças, & la obedecieron con el acatamiento debido, rogando a Dios nuestro Señor la Cesárea y Católica vida de su Magestad alargue & guarde

## Batzarraren Agiria

semeen izenean Enperadore-  
Errege gure Jaun Aundiari  
erregu egin eutsoela, geuk,  
aitaturiko Eskribauok izen-  
petuz gero, aurkeztu geun-  
tsan Bizkai'ko Forua ontzat  
izan egiala, Bizkai'ko Foru,  
Lege Berezi, Frankeza ta  
Erri-Eskubideak onarturik,  
eta Jaun Aundiak, bere goi-  
goiko Batzarreko jaunkez  
batera onetsi egin ebala,  
obeto gorde zeiten, irarri  
zeitela agindurik, eta begiz  
ikus egien, eurei emon izan  
jaken aitaturiko Forua aur-  
keztu eben. Foru onek agiri  
bat dakar Jaun Aundiaren  
Idazkari dan Kanpo'ko  
Ramiro'k ezarria, eta Jaun  
Aundiaren goiko Batzarrean  
aurkeztua izan zala autor  
egiten dauana. Eta onelan-  
txe eskutitz edo erabagi bat  
aurkeztu eben, Jaun Aun-  
diak izenpetua, eta aren  
silluaz sillatua, Kobos'ko  
Frantzisko, aren Idazkariak  
egiztatua, eta atzekaldean  
Jaun Aundiaren Batzarreko  
batzuen sinadurak dakaza-  
na, aitaturiko erabagi ta  
baieztapen au Foruaren  
azkenean dator. Eta one-  
lantxe aurkezturik, guri  
Eskribauoi irakurri eragin  
euskuen. Eta nik, Galartza'  
ko Pedro Otxoak abots oze-

nez irakurri neban, guztiek  
entzuteko ta ulertzeko eran.  
Eta onelan irakurriz gero,  
aitaturiko Korrejidoreak,  
eta Muxika ta Butron'go  
don Joan Alonso'k, eta  
Arteaga ta Ganboa'ko don  
Joan'ek, eta Abendaño ta  
Ganboa'ko Martin Ruiz'en  
izenean Gerra'ko Otxoa  
Urtiz'ek, Batzarrekoen eta  
Jaurerri guztiaren orde-  
z baieztapen-eskutitza ta  
errege-erabagia euren eskue-  
tan arturik, burukoak kendu  
eta mun egin eutsoen, eta  
euren buru-gaiñean ipiñi  
eben, eta bear dan begirunez  
men egin eutsoen, Enpera-  
dore Katoliku ta Jaun Aun-  
diaren bizia luzatu egiala eta  
beraren Aginterria eta erre-  
ñuak, berak biotz-biotzez  
nai dauanez, geitu egizala  
gure Jaun eta Jaungoikoari  
eskaturik: eta Korrejidore,  
zaldun, Aldun, zergazain eta  
Ordelarien eginkizunari  
buruz, esan eben: Agintzen  
ebela, eta agindu bere one-  
lantxe egin eben, Bizkai'ko  
Forua eta berak dakarren  
guztia auzietan eta auziez  
kanpo, oso-osorik eta edo-  
zergaitik bere aurrerantzean  
usatu ta gorde daitela idatzi-  
ta dagoanez, eta agintzen  
ebela, eta agindu bere

de con acrecentamiento de su Imperio & Reynos como por su muy alto coraçon es deseado: y en quanto al cumplimiento el dicho Corregidor, caualleros, Diputados, fieles; y procuradores dixeron, que mandaban, y mandaron que el dicho fuero de Vizcaya, y todo lo en el contenido en juyzio & fuera del en todo y por todo de oy en adelante fuese vsado y guardado, segun y de la manera que estava escrito, & mandaban, & mandaron que el dicho fuero fuese imprimido segun & como su Magestad por otra su cedula mandaba con la dicha confirmacion & con este su auto; & mandaron à los señores del regimiento de Vizcaya, que

luego diessen forma como el dicho fuero se imprimiese: & de todo pidieron testimonio, y que este auto fuese assemado al pie del dicho fuero: à lo qual fueron presentes Iuan Vrtiz de Zarate teniente general de prestamero, y Rodrigo de Zarate, & Fernando de Nauea teniente de merino y prestamero, y Fortun Yñiguez de Ybargua, y san Iuan de la Renteria, y otros muchos. E yo el dicho Martin Yuañez de Zaria escribano presente fuy à todo lo fuso dicho en vno con el dicho Pero Ocha escribano y testigos, & por ende fiz aqui este mi signo en testimonio de verdad.

Martin Yuañez.



Q AVTO

## Batzarraren Agiria

onantxe agindu eben, Foru au irar zeitela, Jaun Aundiak baieztapen eta agiri onegaz batera bialtzen eban txartelean agintzen ebanez; eta Bizkai'ko Errejimentuko jaunei, aitaturiko Forua irar zeitenean, argitaratu egiela agindu eutseen, eta guzti onen agergarria eskatu eben, eta agiri au Foruaren urrengo ezarri zeitela: au egin zanean, antxe ziran Zarate'ko Joan Urtiz, Prestameruaren Ordezkar Nagusia, eta

Zarate'ko Rodrigo, eta Nabea'ko Fernando, Merinuaren Ordezkarria, eta Prestamerua, eta Ibargen'go Fortun Iñiguez, eta Errenteri'ko San Joan, eta beste asko. Eta ni, Eskribau nazan Zarra'ko Martin Ibañez au, guzti au egin zanean, antxe izan nintzan Pedro Otxoa Eskribauagaz eta lekukoekaz batera, eta orregaitik ezarri neban neure ikur au: egiaren agergarri: Martin Ibañez'ek.



¶ *Ley. XVII. Que no se saque vena para Reynos estraños.*

**O**Tro si, dixerón, q̄ quia de fuero, fr̄aqueza, y libertad, y establecian por ley, q̄ ningun natural, ni estraño, afsi del dicho Señorío de Vizcaya, como de todo el Reyno de España, ni de fuera dellos, no puedan sacar a fuera deste dicho Señorío para Reynos estraños, vena, ni otro metal alguno, para labrar fierro, ò azero: sopena, que la persona, que lo sacare, pierda la mitad de sus bienes, y sea desterrado perpetuamente destos Reynos: & la nao, ò baxel, ò otra qualquier cosa, en que la sacare, & la mercaderia, que en ella llevar, pierda, & sea todo ello, & la dicha mitad de bienes, la tertia parte para los reparos de los caminos deste dicho Señorío, & la otra tertia parte para el acufador, y la otra tertia parte para la justicia, q̄ lo executare.

¶ *Ley. XVIII. En q̄ guarda han de estar los priuilegios, y escrituras, y sello.*

**O**Tro si, dixerón, q̄ querian, y establecía por fuero, y ley, q̄ todas las mercedes, priuilegios, fr̄quezas, & libertades, q̄ el dicho Condado, & Señorío tiene de sus Altezas, & todas las prouisiones Reales, y escrituras de sobre ello, las originales se pongan, y esten en el arca del dicho Condado, que

está en Guernica en la Iglesia de nuestra Señora tanta Maria la Antigua, con este fuero original signado, por que esten mejor guardadas: y que sus traslados signados, & autorizados, esten en el arca del mismo Condado, que esta, y estuviere, a do el Corregidor del dicho Condado estuviere, & residiere; & que aya tres llaves en cada arca, & las llaves esten en poder del corregidor, & diputados de Vizcaya, sendas llaves de cada arca; & que el sello esté en la arca de Guernica. Y que el Corregidor cada vez, que los dos diputados, & los dos sindicos requirieren, que dé la llave para sellar qualquier carta, que les pareciere ser en utilidad, & provecho del Condado, aya de dar la llave dentro de veynte, y quatro horas para sacar el sello de la arca, y passadas las dichas veynte, & quatro horas, si el dicho corregidor no diere la dicha llave, los dichos dos diputados puedan descerrajar, y tomar el sello, y sellar las tales cartas sin pena alguna.

*XVII Legea. Miagairik  
ez daitela erbesteko erreñue-  
tarako atara.*

**B**aita, esan eben:  
Foruz, frankezaz  
eta erri-eskubidez  
ebela eta Legetzat ezarten  
ebela, semez Bizkai'ko Jau-  
rerrikoa edo Espainia'ko  
edozein erreñutakoa izan  
zein ez izan, zein beste edo-  
zein erbestetakoa izan,  
erbesteko erreñuren batean  
burdiña ta galtzairua lantze-  
ko miagairik edo beste  
metalkirik ezin daikela iñork  
atara, zigor onenpean, atara  
dagian edonork bere onda-  
sunen erdia gal dagiala eta  
erreñu onetatik betirako  
erbesteratua izan daitela, eta  
orretarako erabili dauan  
itxas-ontzia eta beste edozer  
eta bertan eroazan saleros-  
kiak bere gal dagizala, eta  
guzti onen eta ondasunen  
irutatik bat Jaurerri onetako  
bideak konpontzeko izan  
beite, bigarrena salatariaren-  
tzat eta irugarrena bete-era-  
gille izan dan Justizigiñaren-  
tzat.

*XVIII Legea. Lege bere-  
ziak eta izkribuak eta  
sillua zein zainzaillek  
jagon bear dituan.*

**B**aita, esan eben:  
Forutzat eta Lege-  
tzat ezarri nai ebela,  
aitaturiko Konderri ta Jaure-  
riak Jaun Aundiengandik  
dituan mesede, lege berezi,  
frankeza ta erri-eskubide  
guztiak, baita arazo oni  
buruz dituan Errege-  
Erabagi ta izkribuak bere,

leen-izkribuak izan ezkeru,  
Konderriko kutxan gorde  
daitetzala, kutxa au leen-  
idatziriko ta izenpeturiko  
Foru onegaz batera Gerni-  
ka'n, Antxiñako Andra  
Mariren eliza deritxanean  
gordetzen dala, obeto gor-  
deta egon daitezcan: bir-  
izkribuak izan baleitez,  
barriz, izenpetu ta legezko-  
tuz gero, Konderri bereko  
kutxan gorde daitetzala, ku-  
txa au Konderriko Korreji-  
dorea egotez dagoan edo  
egongo dan lekuan dagoala;  
eta kutxa bakoitzeko iru gil-  
tza izan daitetzala, eta Biz-  
kai'ko Korrejidoreak eta  
Aldunek kutxa bakoitzeko  
giltza bana izan dagiela; eta  
sillua Gernika'ko kutxan  
gorde daitela; eta Konde-  
rriarentzat mesedegarri ta  
onuragarri litzateken edo-  
zein eskutitz sillatzeko  
Aldun biek eta Sindiku biek  
giltza eskatu dagien bako-  
txean, Korrejidoreak ogeita-  
lau orduren barruan emon  
dagiala, sillua kutxatik atara  
dagien; eta Korrejidoreak  
giltza emon bago ogeitalau  
orduok igaro badaitez, aita-  
turiko Aldun biek sarrailla  
kendu eta sillua arturik,  
ezertariko zigorrik irabazi  
bago eskutitzak sillatu dai-

# ¿POR QUÉ NO SOMOS IGUALES?

Letra y música: Vega Aramburu.

Arreglo y adaptación: José Pérez del Pino.

Andante ( $\text{♩} \approx 96$ ).

re-qui-em ae-ter-nam Do-mi-ne!, re-qui-em, re-qui-em, re-qui-em, A-ve, Ma-  
rí-a, A-ve, Ma-rí-a, re-qui-em ae-ter-nam. ¿Por qué no so-mos i-gua-les?, ¿por  
qué?, ¿por qué?, ¿por qué?, blan-cos, ne-gros, ¿por qué?  
A-ve, Ma-rí-a, A-ve, Ma-rí-a. Se-rán cuan-to más i-gua-les, se-  
rán cuan-to más i-gua-les, ¿por qué?, ¿por qué?, re-qui-em ae-ter-nam Do-mi-ne!, re-qui-em,  
re-qui-em, re-qui-em, ¿por qué?, ¿por qué?, A-ve, Ma-rí-a, A-ve, Ma-  
rí-a. No, no so-mos i-gua-les, no, hay di-vi-sión,  
hay di-vi-sión. ¿Por qué no so-mos i-gua-les?, ¿por qué?, ¿por qué?, ¿por  
qué?, blan-cos, ne-gros, ¿por qué?, A-ve, Ma-rí-a,  
A-ve, Ma-rí-a. Se-rán cuan-to más i-gua-les, se-rán cuan-to más i-gua-les, blan-cos,  
ne-gros. re-qui-em ae-ter-nam Do-mi-ne!, re-qui-em, re-qui-em, re-qui-em.

Chord symbols: Dm, F, A, F, C7, F, F, Dm, A7, Dm, A7, Dm-Gm7, A7, Dm, Bb, Gm, A7, Dm, F, Dm, A7, Dm, F, A, F, C7, F, A7, Dm, F, A-ve, Ma-rí-a, Dm, A7, Dm, Dm7, Bb, Bb9, Dm, A7, Dm, A7, Dm, Dm, F, Dm, Bb, Dm, A7, Dm, Bb, A-ve, Ma-rí-a, Dm, A7, Dm, Bb, C. Dm, F, C7, F, A7, Dm.

# TOMA MI MANO

Letra y música: Vega Arámburu.

Arreglo y adaptación: José Pérez del Pino.

Andante ( $d \approx 80$ ).

The musical score is written in treble clef with a key signature of one flat (Bb). It consists of 11 staves of music. The lyrics are written above the notes, and guitar chords are indicated below the staff lines. Dynamics such as *mf*, *f*, and *p* are also present.

**Staff 1:** To-ma mi ma-no, mi ma-no, có-ge-la, có-ge-la.  
 Chords: C, mf, Em, Am, Dm, Bb.

**Staff 2:** có-ge-la a-sí. To-ma mi ma-no, mi ma-no, tó-ma-la.  
 Chords: G7, C, Am, G9...8, C.

**Staff 3:** tó-ma-la a-sí, con fue-r-zo, con fue-r-zo, con  
 Chords: G7/9, C, f, Dm7, C, Dm7, C, mf.

**Staff 4:** fue-r-zo, pa-ra que sien-tas ca-lor, pa-ra que  
 Chords: G7/9, Am, G7/4...3, Am, p.

**Staff 5:** sien-tas ca-lor. To-ma mi ma-no, mi ma-no,  
 Chords: G7/4...3, Am, C, mf, Em, Am.

**Staff 6:** tó-ma-la a-sí, tó-ma-la a-sí, a-sí, a-sí, Lu-cha,  
 Chords: F, G, D7, Em, Am, G, Am.

**Staff 7:** lu-cha por la vi-da, por la vi-da, lu-cha,  
 Chords: C, Dm7, Am.

**Staff 8:** lu-cha por lo-grar el a-mor, có-ge-la, có-ge-la a-sí, a-  
 Chords: G, G7, C, F, f, D7, G7/6...5.

**Staff 9:** sí, có-ge-la, có-ge-la. No te sien-tas no-  
 Chords: C, mf, Am, C, Am, Dm, mf, G7.

**Staff 10:** la ma he-ri-da, per-di-da, per-di-da, per-di-da,  
 Chords: C, Am, F, Dm7.

**Staff 11:** per-di-da. sí, a-sí.  
 Chords: C, p, Dm7, C, D.C. y Salta, G, G7, f, C.

## **NOTA**

*Quisiera expresar al finalizar mi obra mi agradecimiento a cuatro mujeres que durante, y después de la misma, me han ayudado con su cariño y su ánimo para que yo siguiera adelante, y de esta manera pudiera continuar con la misma, cuando mi ánimo no se encontraba en sus mejores momentos.*

**NEREA NIETO**  
**MERCEDES VISO**  
**CARMEN MORENO**  
**ISABEL ARÁMBURU**

## GLOSARIO

- Vendeja* (verduras de la huerta)  
*Baltxa* (negro)  
*Iru* (tres)  
*Aitita* (abuelo)  
*Hecha* (manera)  
*Zuritos* (copas pequeñas de cerveza)  
*Larri* (triste)  
*Coitado* (infeliz)  
*Baseritarak* (hombre del campo),  
*Amama* (abuela)  
*¡Jaungoikoa!* (Dios mío)  
*Vainas* (judías verdes)  
*Borona* (maíz)  
*Sorguiñas* (brujas)  
*Ama* (madre)  
*Arrecho* (derecho)  
*Agur* (adios)  
*Egunon* (buenos días)  
*Bersolari* (poeta, cantautor de la antigüedad)  
*Chalas* (terneros)  
*Guaté* (algodón)  
*Cincho* (cinturón)  
*Cosiendo trajes* (hablando de sus cosas)  
*Neska* (jovencita)  
*Tela* (dinero)  
*Aíta* (padre)

*Tinako* (media barrica de madera que hacía las veces de cubo)

*Baserritar* o *etxeko* (señor de la casa)

*Etxecoandres* (señoras de la casa).

*Barojil* (frio)

*Txikitos* (vinos)

*¡Lastana!* (guapa, hermosa)

*Txarriboda* (cena compuesta por todos los integrantes del cerdo que no se utilizan ni para hacer los chorizos, morcillas, jamones que se curarán, reservándolos en algunas ocasiones, cuando no se han ido en la elaboración de los chorizos y en este caso, como es obvio se compondrá del hígado, corazón, morcillas de sangre, puerro con canela, etc.)

## **BIBLIOGRAFÍA**

### **EL NACIMIENTO DE EUROPA**

#### **CONTINENTES EN COLISIÓN Y EL DESTINO DE LAS NACIONES**

Michael Andrews

Planeta - R.T.V.E.

### **EL BILBAO DE JULIO LAZURTEGUI**

M. Victoria de Soucha Oraa

Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Bilbao

### **HISTORIA CONTEMPORÁNEA**

R. Palmer & S. Colton

Akal/Textos

### **EL HOMBRE VASCO**

Vicente de Amezaga

La gran enciclopedia vasca vol. I

### **EL NACIONALISMO VASCO. DE SUS ORÍGENES A LA ETA**

Stanley G. Payne

### **DOPESA**

### **EL ADIÓS A UNA MINA DE HIERRO Y OTROS APUNTES Y ESBOZOS DE MI PAÍS**

La gran enciclopedia vasca

### **ÁLAVA**

Micaela J. de La Portilla y Clara I. Ajamil

Guía Everest

### **EL NACIONALISMO VASCO**

F. García de Cortázar y J. Manuel Azcona

Biblioteca Historia 16

### **EL CLERO VASCO EN LA CLANDESTINIDAD (1940-1968)**

Serafín Esnaola y Emiliano de Iturraran

### **EL ÁRBOL DE GUERNIKA**

G. L. Steer

### **HISTORIA GENERAL DEL PAÍS VASCO**

Manuel Estomba y Donato Arrinola

La gran enciclopedia vasca

### **MUJERES Y NACIONALISMO VASCO. GÉNESIS Y DESARROLLO DE EMAKUME ABERTEZALE**

Batza 1906-1936

**EN TORNO AL CARÁCTER VASCO**

Manuel de la Sota

Colección Abiatu

**BREVE HISTORIA DE EUSKADI. DE LA PREHISTORIA A NUESTROS DÍAS**

Francisco Letamendi (Ortzi)

**EL MOVIMIENTO OBRERO ESPAÑOL, 1886-1926. HISTORIA Y CRÍTICA**

Manuel Buenacasa

**CRÓNICA GENERAL DE ESPAÑA. LA REVOLUCIÓN Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA**

Stanley G. Payne

Ediciones Júcar

**HISTORIA DE LOS EUROPEOS**

Jean Baptiste Duroselle

Círculo de Lectores

**LA NUEVA VASCONIA**

Fernando Sarriallh de Ihartza

Ediciones Vascas E.V. Argitaletxea

**CRÓNICA GENERAL DEL PAÍS VASCO NAVARRO**

Obra redactada por conocidos escritores de Madrid y provincias.

Dirigida por el académico de la historia D. Cayetano Rosell.

Sociedad Editorial Aquiles Ronchi, Madrid. 1865

**PRINCIPIOS CONSTITUCIONALES DEL FUERO DE VIZCAYA**

Tomás de Otaegui

Editorial La gran enciclopedia vasca

Tomos I y II

**DICCIONARIO AMAIA DE LA LENGUA VASCA**

Jaime de Kerexeta

Grupo editorial Ernesto Amaia

**ENCICLOPEDIA VISUAL DEL MUNDO.**

Capítulos 31, 32, 33 Y 34

**FUERO DE VIZCAYA**

José de Estornes y Lasa y Pedro de Puscana y Aguirreagaviria

MCMLXXXI

**LA VIDA DE LAS REVOLUCIONES**

Vicente Aguilera

Mas-Ivars Editores, S.L.

**LA GRAN ENCICLOPEDIA DE FRASES CÉLEBRES. SELECCIÓN Y ORDENACIÓN**

José Luis Díez y Vicente González

Tomos I-II

